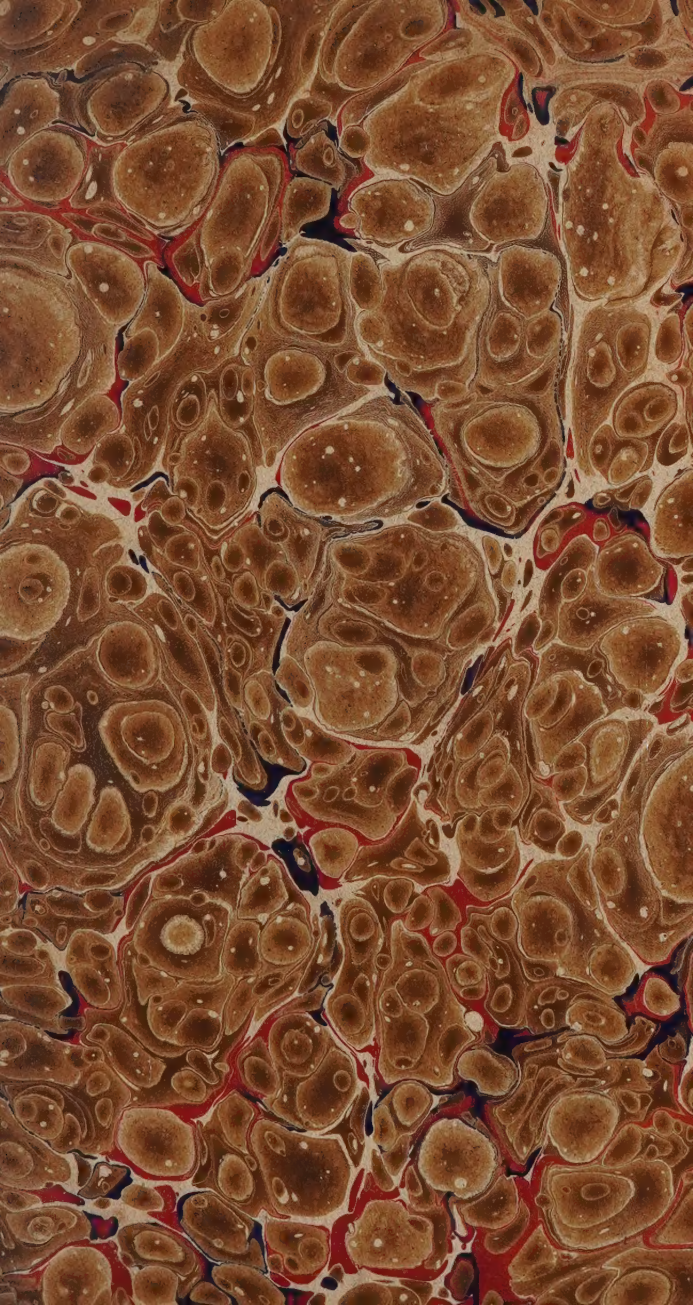
BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
217 No.
N



Vilarrasa F.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL CRISTIANISMO,

POR

AUGUSTO NICOLÁS,

JUEZ DE PAZ,

CON APROBACION MOTIVADA

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DONNET,

ARZOBISPO DE BURDEOS,

SEGUNDA VEZ TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR

D. FRANCISCO PUIG Y ESTEVE,

PRESBÍTERO,

CONFORME Á LA EDICION DE PARÍS DE 1847, REVISADA Y CORREGIDA CON CUIDADO POR SU AUTOR.

No quiero que se tenga una filosofía para las ciencias y otra para la religion.

(PORTALIS, *De l'usage et de l'abus de l'esprit philosophique*).

Qui studuerunt intelligere, cogentur et credere.

(TERTUL., *Apolog.*).

SEGUNDA EDICION.

TOMO TERCERO.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA:

IMPRENTA DE PABLO RIERA,

1854.

Varios Prelados de España han concedido 1300 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL CRISTIANISMO.

TERCERA PARTE.

PRUEBAS EXTRÍNSECAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRÓLOGO.

I. *El cristianismo*, dijo Fontenelle, *es la única religion que tiene pruebas.*

Si estudiamos esta verdad, no solo encontrarémos que en efecto el cristianismo es la única religion que tiene pruebas, sino que estas son á la vez en él tan imponentes, numerosas y variadas, que cautivan siempre á toda clase de talentos y caractéres, y hasta á un mismo talento en las varias disposiciones en que puede sucesivamente encontrarse, sin dejarlo jamás en una duda legítima de su creencia, y verémos asimismo que, independientemente de las pruebas fijas y generales, aducidas por los talentos de todos los lugares y de todos los tiempos, el cristianismo reserva para cada siglo, y para cada evolucion del talento humano, pruebas especiales que no pueden apreciarse mas que conociendo bien el momento en que se hacen necesarias, y que corresponden de una manera exacta y paralela á la tendencia de las necesidades, de las ideas y de las situaciones de la humanidad. Del mismo modo, para repetir una de nuestras comparaciones, que de lo alto de un elevado faro, fijo é inmóvil en medio de la movilidad de los mares la benéfica luz hiere con sus cambiantes colores el asustadizo ojo del navegante.

ace 1078

Al penetrar en esta economía de las pruebas de la revelacion cristiana, no sabe uno qué admirar mas; si la condescendencia de Dios que así acomoda su verdad á todas las proporciones de la razon humana, ó la resistencia de esta que encarece siempre el valor de su trabajo, y que no deja de hallar pretextos para negar y dudar. Mas la posibilidad de esta misma resistencia es otro de los miramientos y contemplaciones de esta divina economía que se apodera de la razon sin violentarla, y que, satisfaciendo en cierto modo sus justas exigencias, le deja, no obstante, la libertad de su ceguera para proporcionarle el mérito de su fe.

Un hombre que anduvo flotando toda su vida entre estos dos estados, Rousseau, exponia del modo siguiente esta armoniosa variedad de las pruebas de nuestra Religion:

«Habiendo sido dotados los hombres de cabezas tan diversamente «organizadas, seria difícil que unos mismos argumentos, sobre todo en «materias de fe, los cautivasen igualmente á todos. A uno, por su «disposicion particular, no le hacen fuerza mas que cierta clase de «pruebas, y á otro otras enteramente distintas. A veces pueden to- «dos convenir en una misma cosa; pero es muy raro que convengan «por razones idénticas.

«Por consiguiente, cuando Dios hace á los hombres una revela- «cion en la que todos deben creer, es necesario que la estableza so- «bre pruebas buenas para todos, y que, en consecuencia, sean diver- «sas segun los varios modos de ver de los que tienen que adoptarlas.

«Con este raciocinio, que me parece justo y sencillo, se ha descu- «bierto que Dios habia dado á la mision de sus enviados diversos ca- «ractéres que debian hacerla conocer á todos los hombres, grandes «y pequeños, sábios é ignorantes, rudos é ilustrados. El que tiene la «capacidad suficientemente flexible para dejarse afectar á la vez por «todos aquellos caractéres es sin duda feliz; pero no por esto merece «compasion el que solo se afecta por algunos, mientras se afecta lo «bastante para dejarse persuadir.

«El primero, el mas importante y cierto de estos caractéres, se des- «prende de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de «su belleza [1], de su santidad, de su verdad y profundidad y de to-

[1] No sé por qué quiere atribuirse al progreso de la filosofía la hermosa moral de nuestros libros. Esta moral, sacada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica. Solo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y semejante á sí mismo. (*Nota de* Rousseau).

«das las demás cualidades que pueden revelar á los hombres las ins-«trucciones de la suprema sabiduría y los preceptos de la suprema «bondad. Este carácter, como ya he dicho, es el mas claro é infalible; «lleva en sí mismo una prueba que dispensa de toda otra; pero es «el menos fácil de hacer constar: para ser sentido exige estudio, re-«flexion, conocimiento y discusiones de que solo son capaces los hom-«bres sábios, instruidos y que saben raciocinar.

«El segundo carácter está en el de los hombres llamados de Dios «para anunciar su palabra: su santidad, su veracidad, su justicia, «sus costumbres puras y sin tacha, sus virtudes inaccesibles á las pa-«siones humanas, son, con las cualidades del entendimiento, la ra-«zon, el talento, el saber y la prudencia, otros tantos respetables indi-«cios cuya reunion, cuando nada los contradice, forma una prueba «completa en su favor, y atestigua que son algo mas que hombres. «Esta es la señal que con preferencia cautiva á las personas buenas «y rectas, que siempre ven la verdad en todo lo que es justo, y no «saben oir la voz de Dios sino de boca de la virtud.

«El tercer carácter de los enviados de Dios es una emanacion del «divino poder que puede interrumpir y cambiar el curso de la natu-«raleza á voluntad de los que reciben aquella emanacion. Este ca-«rácter es evidentemente el mas brillante de los tres, el mas chocante, «el que primero y mas pronto salta á la vista; el que, marcándose «por un efecto sensible, parece exigir menos exámen y discusion; «por esto es tambien este carácter el que comprende especialmente «el pueblo.

«Quiero detenerme aquí sin investigar si esta enumeracion podria «extenderse mas: es una discusion inútil á nuestro asunto, pues está «claro que cuando todas estas señales se encuentran reunidas, son «capaces de persuadir á todos los hombres, á los sábios, á los bue-«nos y al pueblo; á todos, excepto á los insensatos, incapaces de ra-«zon, y á los malvados que no quieren dejarse convencer por nada [1]. »

Este órden con que clasifica Rousseau los principales géneros de pruebas del cristianismo nos parece que puede ser modificado de la manera siguiente:

El segundo carácter que señala, el resultante de los efectos de virtud y de razon que el cristianismo opera en sus verdaderos discípulos, nos parece deber ser considerado, en primer lugar como que no exige

[1] ¡Cómo se trata á sí mismo!!! — *Tercera carta de la Montaña*, pág. 85, 86, 87, 88, 89; edicion de 1793.

ningun estudio ni ninguna investigacion, y que es propio para hacerse sentir de todas *las personas buenas y rectas* que ven, como dice Montaigne, *en la virtud el signo especial de la verdad.* La santidad del cristianismo imprime algo de sobrehumano en todo lo que toca, y hé aquí, en efecto, lo que choca á la generalidad de los talentos. Este carácter es siempre permanente, siempre sensible, y por poco que uno mismo lo experimente penetrando en la práctica, siente de él efectos tan súbitos, tan señalados, tan inmediatos, que se hace inútil toda otra prueba, porque uno mismo se convierte en la prueba mejor; es la prueba por sentimiento y por efecto que da de la divinidad del cristianismo la persuasion mas general y mas vulgar. Hé aquí la prueba mas poderosa para los sencillos de corazon, para todos los hombres de buena voluntad.

A una gran distancia de estos últimos se hallan los espíritus especulativos ó filosóficos cuya inteligencia aspira á remontarse hasta los principios, á conocer sus ramificaciones, y á apurar todas las consecuencias de las cosas. Para estos la belleza del sistema cristiano, el encadenamiento y la fecundidad de sus dogmas, la sublimidad, profundidad y exactitud de su doctrina, y todas esas otras cualidades que revelan en él, como dice Juan-Jacobo, *las instrucciones de la suprema sabiduría y los preceptos de la suprema bondad,* componen (lo hemos visto en la parte de nuestros *Estudios* que precede) un órden de pruebas que los llena de admiracion, y que se desprende de la sustancia misma del cristianismo.

Últimamente, entre los talentos filosóficos y los sencillos de corazon hay una multitud de entendimientos que podríamos llamar simplemente razonables, los cuales se hallan dispuestos á creer sin escudriñar el objeto de su creencia; pero á creer fundados en buenas razones de la divinidad de su fundamento. Para estos se ponen siempre de manifiesto las pruebas sacadas de los hechos milagrosos que rodean la institucion del cristianismo.

Pero es preciso tener bien presente que estas tres clases de pruebas nada deben tener entre sí de exclusivo. La tendencia de las ideas, segun los indivíduos y las épocas puede inclinarse á la una mas bien que á la otra: sin embargo, es necesario tener á la vista las tres, para que, atendida la debilidad del humano espíritu, si se le escapa la una pueda asirse de las otras, á mas de que las tres recíprocamente se apoyan.

El último órden de pruebas que acabamos de señalar, la prueba ex-

terior ó histórica, no podria abandonarse sin exponernos á grandes riesgos.

Las otras dos pruebas, las pruebas por sentimiento ó por especulacion, pueden flaquear, porque no siempre es bastante puro el corazon, ni la razon bastante fuerte para comprenderlas igualmente. Son además indeterminadas y susceptibles de exageracion y menosprecio, y encuentran en las pasiones por un lado y en las abstracciones por otro, dos escollos en los cuales pueden desnaturalizarse y perderse. El espíritu de error puede imitarlas por falsas apariencias de verdad y de virtud. Son, en una palabra, pruebas extremas, y nunca deja de haber peligro en los extremos.

Para precaverse contra este peligro, es necesario balancear estos dos órdenes de pruebas por la prueba histórica, prueba positiva, independiente de nosotros y de los accidentes de nuestra naturaleza, y á la cual podemos interrogar siempre que nos plazca; prueba sensible á la razon y decisiva para la fe. El cristianismo tiene un interés inmenso en presentar siempre esta prueba, porque solo él la posee; solo él puede invocar los hechos sobrenaturales que son como los títulos de su divino orígen. Debe incesantemente conservarlos, y los producirá lleno de confianza hasta el último dia, pues constituyen una verdadera demostracion que hace callar á los mismos que se resisten á dejarse convencer por ellos, y contra la cual irán siempre á estrellarse todos los vanos esfuerzos de la incredulidad.

Esta prueba ha recibido principalmente una nueva consagracion con los asaltos de que la filosofía del siglo XVIII la hizo objeto. Entonces vimos á hombres de genio, con todas las fuerzas del talento y de la opinion, coligados contra este fundamento de nuestra fe, quedando solos para defenderlo algunos apologistas sin reputacion y sin nombre. Y ¿qué resultó de esta gran lucha? En el dia, calmados los ánimos y desenmascaradas por la mano del tiempo todas las apariencias, podemos decirlo ya: esos apologistas, á pesar de la inmensa desproporcion en los medios, obligaron á sus contrarios los filósofos á algo peor que el silencio: á la bufonería, al sofisma, á la impostura, al ultraje y á la violencia; y entre tantos epigramas, tantos libelos, tantas sátiras y declamaciones, escrito todo, si se quiere, con habilidad y elocuencia, no ha quedado ni una sola razon, un solo argumento contra la demostracion evangélica, la que, al contrario, se ha enriquecido con todo el progreso hecho desde entonces por el genio del hombre en las ciencias, y en boca del venerable obispo de Hermó-

polis y en la pluma de Chateaubriand ha vuelto á aparecer como el astro del dia despues de la tempestad.

Conviene renovar y esforzar esta demostracion invencible, y sellar con ella el trabajo de los presentes *Estudios*.

II. Seria hacerse grande ilusion el desconocer la importancia de esta demostracion y desesperar de su efecto, porque no se presenta con los atavíos de la novedad, y puede por lo mismo parecer anticuada. La verdad no envejece, especialmente en lo que tiene de mas decisivo sobre nuestros destinos. Su interés es siempre de actualidad, porque se confunde con nuestro interés propio. Hablar de ella es hablar de nosotros mismos. Por esto la verdad cristiana está incesantemente en accion, y será siempre la cuestion del dia. No consiente el reposo sino en su seno. Cuando no estamos en él, nos molesta una terrible duda que provoca el exámen y excita la curiosidad. — ¿Quién es ese personaje llamado Jesucristo? ¿Son auténticos los Libros santos? ¿Son verdaderos sus relatos? ¿Hubo realmente profecías, y se han cumplido con exactitud? ¿Son en efecto ciertos los milagros que se dice sucedieron cuando el cristianismo estaba en su cuna? ¿Cómo puede explicarse la rápida propagacion de su doctrina y su predominio civilizador hasta nuestros dias, etc.? — Hé aquí cuestiones que jamás serán anticuadas, porque, una de dos, ó hemos optado ya por su parte afirmativa, y en tal caso nos complacemos en confirmarnos en ella, en confirmar tambien á los demás y á deducir de ella las consecuencias prácticas que tanto importan á nuestros deberes y á nuestra felicidad; ó bien no hemos llegado á esto todavía, y entonces nos hallamos en una situacion penosa que aspira á tener un término, á encontrar una solucion. La negativa solo, decididamente adoptada, podria proporcionar el reposo de la indiferencia absoluta; pero no es dado ni aun á los espíritus fuertes fijarse en ella, y los mas grandes incrédulos que lo intentaron no lograron otra cosa que dar al mundo el espectáculo de las mas ridículas contradicciones.

Debe tenerse tambien presente otra circunstancia bien notable: aun cuando la demostracion evangélica haya sido presentada con frecuencia, ó mas bien porque lo ha sido, en efecto, muchas veces, ha sucedido que muchos no le han prestado mas que una atencion indirecta y fugitiva, pero suficiente para producir grandes ilusiones en el juicio, como aquellas bellezas clásicas que aprendemos por deber y por rutina en nuestra primera edad, y que nos hemos condenado á

ignorar siempre ó á no entrever sino de una manera imperfecta, precisamente porque las sabemos de memoria. Lo mismo acontece con las verdades morales y religiosas que con las verdades de gusto: ¡desgraciado de aquel á quien hayan sido propuestas fuera de tiempo, y que haya oido hablar demasiado de ellas antes de ser capaz de meditarlas! Jamás las conocerá bien, y solo le queda un recurso, que es olvidarlas para volverlas á aprender de nuevo. No sé si por desgracia ó por fortuna, cási hemos venido á parar, en Religion, á esto último, y no dudamos que alguno que se creia suficientemente instruido en las pruebas evangélicas, fundado en la fe de lo que habia aprendido ú oido decir en la edad en que se hallaba interesado en combatirlas, ó al menos en no apreciarlas como merecen, sentirá al estudiarlas atentamente de nuevo una impresion de verdad que no esperaba y que lo dejará convencido.

Para cada cosa hay en la vida una hora, un punto de madurez, y con frecuencia sucede que las verdades mas claras no se elevan sino muy tarde sobre el horizonte de nuestro entendimiento. Entonces nos quedamos pasmados de no haberlas reconocido antes, de haber pasado tantas veces por su lado sin haber reparado en ellas, y aun de haberlas impugnado sin conocerlas, como sucede con esos espectáculos de reverberacion cuyos pormenores no se descubren completamente mas que en ciertos dias buenos, y cuya exacta observacion depende de colocarse el observador en un punto mas alto ó mas bajo, mas próximo ó mas lejano, que es cási siempre efecto de la casualidad. De la misma manera el perfecto conocimiento de ciertas verdades, y sobre todo de las verdades morales y religiosas, que podríamos llamar verdades de *reverberacion*, porque, á diferencia de las verdades geométricas, engendran mil consecuencias mas ó menos contrarias á nuestras inclinaciones, depende frecuentemente de tal grado de moralidad, de tal disposicion de alejamiento ó de retorno á la virtud, de tal situacion del espíritu ó del corazon, de tal circunstancia de fortuna ó de relacion, variables á cada instante ó á lo menos á cada período de la vida, y que exigen de parte de todo hombre que quiere estar de buena fe consigo mismo una revision concienzuda de las grandes verdades de sus destinos. De aquí resulta que del mayor incrédulo al Santo mas grande no media regularmente mas que un paso ó quizás menos todavía; muchas veces no se trata, para el primero, mas que de alzar los ojos hácia la verdad. Está ya enfrente de ella... fije bien sus miradas, y... ya está convertido. Pero no mira, porque dice que

ha mirado ya otras veces, y no se ha sentido herido por su luz. Sin embargo, quizás no ha mirado nunca por sus propios ojos, ó acaso lo haya hecho diez, veinte ó treinta años atrás, es decir, en una edad y en una situacion en que era él tan diferente de lo que es ahora, como puede serlo ahora de otro hombre distinto, no atendiendo á que desde entonces la verdad no ha variado de sitio, pero él ha ido variando en torno de ella hasta el punto de que su juicio y su comprension, bajo este respecto, son enteramente otros de lo que fueron. ¡A veces apoya el hombre todas las resoluciones de su edad madura, todas las seguridades de su vejez, y todos los intereses de su eternidad sobre una preocupacion de la juventud y á veces de la infancia! ¡Qué delirio! ¡Da lástima ciertamente el considerar de cuán frágiles ilusiones se componen y se alimentan á veces nuestros mas graves juicios! ¡Y á pesar de esto vivimos en paz y morimos! Morimos en un estado que si lo conociésemos nos aterrorizaria y nos apresuraríamos á salir de él; algunas veces lo sospechamos y ¡nos vamos al otro mundo con la sospecha!!! «En verdad, dice Pascal, que es una gloria para la Religion «el tener por enemigos á hombres tan irracionales.»

Parece que estas consideraciones deben excitar vivamente la atencion en el momento en que vamos á presentar el cuadro de las pruebas mas directas de la divinidad del cristianismo, y obligar á hacer el exámen cuya oportunidad acabamos de demostrar.

III. Hay una postrera consideracion, deducida de la disposicion general de nuestros estudios, que debe dar á esta última parte una eficacia muy especial y un gran carácter de novedad.

Cuanto mas reflexionamos sobre las disposiciones del entendimiento humano respecto de la Religion, mas admiramos el poco fundamento en que se apoyan las ilusiones de la incredulidad, y por qué combinaciones de luz, para hablar así, ha permitido Dios que quedasen en su ceguera los espíritus vanos que no ponen en la investigacion de la verdad toda la diligencia de que es digna, y que por lo mismo merecen el error que codician.

Muchas veces nos hemos preguntado cómo es que pruebas tan irrefragables como las que se desprenden de los hechos evangélicos, pruebas de tal naturaleza que, despues de todo, nada sério y formal se les ha podido oponer en el transcurso de diez y ocho siglos que se hallan expuestas á contradiccion; contra las cuales Voltaire no ha podido ser mas que un bufon, y Rousseau un sofista; que han obligado

al silencio ó á vanos efugios á todos los que quisieron destruirlas ó trastornarlas, y que hasta los han visto á veces, por la mas rara contradiccion, caer de rodillas ante la misma verdad que habian blasfemado; — nos hemos preguntado, repetimos, cómo semejantes pruebas no hacen una impresion igualmente soberana sobre todos los espíritus, y por qué siendo siempre victoriosas, no son siempre convincentes.

Nos ha parecido que la solucion de este problema se apoya en dos razones, una proveniente de una disposicion moral, y otra de una disposicion racional del espíritu humano. El célebre abogado Erskine las indicó en varios pasajes de sus escritos sobre el cristianismo, y vamos á consignarlas aquí.

Primeramente, por lo que respecta á la disposicion moral, es un error cási inexcusable el pensar que la creencia en los hechos es siempre independiente de la voluntad ó del estado moral de nuestro espíritu, y que por consiguiente esta creencia no merece alabanza ni vituperio. ¡Cuántos hay que dicen: Las pruebas de la Religion no me producen una impresion convincente, y ciertamente esto no depende de mí, no está en mi mano, no puedo yo mismo darme la fe, etc., y se duermen sobre esta ilusion! Si este lenguaje debiera tomarse al pié de la letra, ciertamente podríamos admirarnos de que estas mismas pruebas que determinan la fe del uno, no hagan ninguna impresion en el otro, siendo así que ambos se hallan con frecuencia dotados de igual disposicion y de igual juicio, y están de acuerdo en todos los demás puntos que someten á su exámen. ¿Por qué dos hombres tendrán generalmente la misma manera de ver en las cosas ordinarias, y dejarán siempre de entenderse al tratar de las pruebas de la Religion? ¿Por qué este disentimiento tan profundo acerca de un solo punto, como si uno de los dos hubiese perdido de repente el juicio? Todo esto es tanto mas raro, cuanto que el punto de este disentimiento consiste muchas veces en lo que hay de menos vago, de mas preciso y de mas determinado por su naturaleza: *un hecho:* las profecías, por ejemplo, los milagros, etc... ¿De dónde proviene esto?... De que cada vez que un hecho se encuentra enlazado de una manera íntima con un principio general, nuestro modo de considerar este hecho debe necesariamente resentirse del punto de vista bajo el cual consideramos el principio. Así y únicamente así puede explicarse la diversidad extraordinaria de creencias humanas en lo que se refiere á *los hechos* políticos, como, por ejemplo, los complots y conspiraciones contra el Gobierno, y los varios caractéres de los hombres políticos que han ocu

pado altos destinos del Estado. No es menos notable esta diversidad de situacion respecto de la mayor parte de los hechos morales. Hay personas que cási parecen incapaces de creer en los grandes ejemplos de generosidad y desinterés. ¿Podia Neron dar crédito á una historia como la de Codro? El libertino no cree en la virtud de las mujeres, el espíritu fuerte en la de los sacerdotes, etc. Por la misma razon podemos, en una multitud de casos, prever con alguna confianza el modo como será acogida por determinadas personas la relacion de ciertos hechos. La persuasion de admision ó el repudio de estos hechos pueden á veces ser involuntarios en los primeros momentos, es decir, ser consecuencia inevitable de un carácter moral muy pronunciado; pero en tal caso este carácter proviene anteriormente de una série de acciones voluntarias que lo hacen moralmente responsable de una persuasion que al mismo momento no depende ya de él, y no creemos ser injustos haciendo recaer la reprobacion ó el elogio moral sobre esta simple persuasion.

Lo mismo sucede con la diversidad de creencias en los hechos evangélicos. Hallándose estos hechos íntimamente enlazados con principios morales de la mayor importancia, es natural suponer que la manera con que serán recibidos y la creencia de que serán objeto, deben participar mucho de la opinion que nos merezcan los principios mismos. Los que admitan los principios, se hallarán dispuestos á admitir tambien los hechos; los que nieguen los principios, naturalmente se sentirán inclinados á la incredulidad en los hechos; y como esta apreciacion íntima de los principios morales forma parte de nuestro bueno ó mal carácter, la disposicion á la fe ó á la incredulidad que de aquí resulta, llega á ser un hecho libre, susceptible de censura y vituperio, y autoriza verdaderamente á decir que la fe es un deber, y la incredulidad un crímen. A esto se refieren aquellas palabras del Evangelio: «El que cree en el Hijo no se condenará; mas el que no cree en él «está ya condenado.» —Pero ¿por qué? —«Porque vino la luz al «mundo, mas los hombres prefirieron las tinieblas á la luz, porque «sus actos eran malos...» Tal es el motivo de la condenacion [1].

[1] Joan., III, 18, 19. —«La voluntad, dijo muy bien Pascal, es uno de los «principales órganos de la creencia, no porque ella la forme, sino porque las «cosas se nos presentan verdaderas ó falsas segun es el aspecto por donde se «las mira. Cuando la voluntad se complace mas en una cosa que en otra, aparta «la consideracion del entendimiento, para que se pare menos en las cualidades «de la que no ama; y así es como el entendimiento puesto de acuerdo con la

Muchos no se aperciben de este motivo que vicia su incredulidad, involuntaria en apariencia, porque cumplen con los deberes comunes de la ley natural; pero les harémos dos observaciones: —primera, que no siempre han cumplido con estos deberes, y que les ha quedado de sus antiguos desarreglos, á los cuales con frecuencia solo pone fin la edad, la posicion y á veces la propia conveniencia, una oculta indisposicion hácia los mismos principios de donde aquellos deberes proceden; —segunda, que á mas de estos comunes deberes de la ley natural, el Evangelio, que es la ley natural perfeccionada, impone otros muchos deberes á los cuales se resisten la naturaleza y el orgullo, y de aquí esa secreta resistencia á aquella luz mas pura, mas acusadora, mas obligatoria, que es la raíz de su incredulidad y que la acrimina: «ellos prefieren las tinieblas *naturales* á la luz *sobrenatural*, porque «*respecto de esta* sus actos son todavía malos. Hé aquí el motivo de «su condenacion.»

Verdad es que, segun los mismos principios que nosotros hemos sentado, podrá decírsenos que tambien nosotros nos dejamos arrastrar por la pendiente de nuestras prevenciones creyendo en los hechos evangélicos, y que, apoyándose nuestra creencia menos en la certidumbre de estos hechos en sí mismos que en la influencia moral por la cual los juzgamos, carece del carácter de *racionalidad* que debe ser su único fundamento.

A esto es fácil responder que la certidumbre de estos hechos en sí misma es independiente de esta influencia; que estamos prontos á aducir los motivos de esta certidumbre, y que hay entre nosotros y los incrédulos la inmensa diferencia que estos no pueden señalar las razones motivadas de su incredulidad. Los incrédulos no objetan nada formal á la exposicion de las pruebas históricas del cristianismo, y se li-

«voluntad, se para en considerar el aspecto que ama aquella, y formando sus «juicios por lo que en él descubre, va regulando sus creencias conforme á la «inclinacion de su voluntad.» — «De aquí proviene, dice Leibnitz, que tiene «tantos recursos un alma para resistir á la verdad que conoce, y que sea tan «larga la distancia que va del espíritu al corazon.» (*Teodicea*, t. II, pág. 80). — Y de aquí proviene igualmente que el hombre pueda ser justamente castigado por no haber creido ó por haber vivido en creencias que sean falsas. Escuchemos á uno de los patriarcas de la filosofía moderna: «Un dia tendrémos que «dar cuenta á Dios de todo lo que habrémos hecho en consecuencia de los er«rores que habrémos tomado por verdaderos dogmas; y ¡ay en aquel dia ter«rible, ay de aquellos que se habrán voluntariamente cegado!» (*OEuvres de Bayle*, t. II, p. 226).

mitan á decir que no están convencidos. Ni siquiera niegan, dudan, siendo así que nosotros afirmamos apoyados en pruebas.

Nótese bien: una cosa es la *certidumbre* de un hecho, y otra la *conviccion* de este mismo hecho. La certidumbre de un hecho existe siempre que pueden darse tales razones de su existencia, que no haya otras mas fuertes para destruirlas, y que, aplicadas á otro hecho análogo harian obligatoria su admision. Así, si los hechos de la vida de Jesucristo se apoyan en razones históricas tan fuertes como las de los hechos de la vida de Sócrates ó de César, deberá haber certidumbre de aquellos hechos: y esta certidumbre no dependerá por esto de la disposicion del carácter moral de cada uno de nosotros; tendrá sus reglas, existirá por sí misma y á pesar nuestro. La *conviccion* empero puede no existir á despecho de esta misma certidumbre, y esto por las razones que hasta aquí hemos aducido. A veces nada tendrémos que decir que sea lógico, nos darémos por vencidos, y sin embargo no estarémos convencidos. Nada hay mas ciego, mas frívolo y fantástico que una pura conviccion, y sobre todo nada es mas múltiple: cada uno tiene su conviccion propia. Es un modo de sentir á ciegas, influido por el humor, por las pasiones y por todos los accidentes internos ó externos de la vida individual. Por esto decimos todos los dias que las convicciones no se discuten, lo cual no puede decirse de la certidumbre que pertenece esencialmente al dominio de la discusion. Por consiguiente, para que la *conviccion* sea incontestable, para que esté justificada debe ser racional y motivada, y estar fundada sobre la *certidumbre*.

Pues bien, lo repetimos: entre la fe cristiana y la incredulidad hay la notabilísima diferencia de que si es verdad que una y otra se inspiran de principios morales opuestos, sin embargo la conviccion cristiana descansa al fin en una *certidumbre* histórica y puede dar razon de sí misma, mientras que la incredulidad es esencialmente negativa de toda certidumbre, y se limita á una pura conviccion ó mas bien á una carencia de conviccion. Por esto nada hay mas flotante, menos enlazado y mas contradictorio en sí mismo que la incredulidad.

Aun no considerando mas que la influencia moral bajo que se forma la fe cristiana ó la incredulidad, la primera estribaria en mucho mejores condiciones de verdad, precisamente porque está rodeada de mejores condiciones de virtud. Pero además la certidumbre que resulta á su favor de las diversas pruebas de la divinidad del cristianismo, se eleva por fin á un acto de razon, de juicio y de pleno ejercicio de

todas las facultades por cuyo medio percibimos lo verdadero. La incredulidad, al contrario, obedeciendo por un lado á una influencia moral sospechosa de error, porque no es relativamente pura, y no teniendo, por otro, ningun elemento de certidumbre que objetar á la certidumbre de la fe, se encuentra necesariamente como en suspenso y en oposicion con todas las garantías de la verdad. La incredulidad peca por sus dos términos: el carácter moral y la certidumbre lógica. Por esto ¡cosa notable y que prueba la armonía que hay entre estos dos términos! el restablecimiento del uno produce el del otro: la aquiescencia racional á la certidumbre evangélica entraña la reforma del carácter moral, y la reforma del carácter moral basta á veces para hacer reconocer la certidumbre evangélica y restablecer de este modo entre los elementos de la *conviccion* y los elementos de la *certidumbre* esa perfecta armonía de la cual resulta lo que hay de mas fuerte en el corazon del hombre, porque participa de todas las potencias del alma: LA FE.

Hé aquí todo cuanto teníamos que decir para explicar la resistencia de la incredulidad á la certidumbre evangélica por una de sus causas: la *disposicion moral*.

El remedio á esta causa está en las siguientes palabras de Juan-Jacobo, aplicables lo mismo al cristianismo que al deismo: «Hijo mio, «procura tener tu alma en estado de desear siempre que haya un Dios, «y jamás dudarás de su existencia [1].» Tened vuestra alma en estado de desear siempre que el Evangelio sea verdadero, que su autor sea Dios, y no dudaréis de él jamás.

Sin embargo, hay una segunda causa de la resistencia de ciertos espíritus á la demostracion evangélica, que depende, como hemos dicho, de *una disposicion racional*.

Existe en nuestra naturaleza un principio que rechaza las pruebas de un hecho y su demostracion, cuando las consecuencias que envuelve parece que tienden á lo imposible ó á lo absurdo. Las pruebas exteriores, consideradas con atencion, son bastante fuertes para convencer al hombre de la verdad de un hecho cualquiera, con tal que no haya rechazado antes este hecho en sí mismo, declarándolo imposible sin examinar las pruebas. Esta idea de imposibilidad forma en él como un fallo de no admision prejudicial de sentido comun, contra el cual se estrellan con frecuencia todos los rasgos de la evidencia extrínseca. Ya se concebirá cuán peligrosa debe ser semejante disposi-

[1] *Emilio*, lib. IV, pág. 53, edicion de 1793.

cion, y á cuántos efectos de ignorancia y de error daria orígen en cualquiera ciencia si nos dejáramos llevar absolutamente por ella. Basta observar que en las mismas ciencias naturales hay muchas proposiciones ó fenómenos que parecen contradictorios ó imposibles antes y aun á veces despues de la demostracion de su certidumbre. En materias religiosas especialmente, seria absurdo dejarse guiar de semejante disposicion, pues estas materias son misteriosas por su naturaleza, y jamás pueden dejar enteramente satisfecha nuestra comprension. Y como el espíritu humano se siente naturalmente inclinado á calificar de imposible lo que para él es incomprensible, la verdadera Religion no podria tener jamás ningun género de prueba, si las pruebas extrínsecas de su divinidad pudiesen ser dominadas por esa pretendida razon de imposibilidad de su verdad intrínseca. Sin embargo, lo repetimos, esta es la gran causa secreta que paraliza el efecto de la demostracion evangélica en muchos entendimientos deistas. No quieren decir absolutamente que le es imposible á la razon comprender el que en una circunstancia cualquiera haya querido Dios manifestar su accion inmediata, porque esto seria contradecir una verdad que ellos mismos reconocen respecto de la creacion del mundo. Tampoco pueden decir que los hechos evangélicos, de los cuales se deduce esta accion inmediata, son falsos; á lo menos nada tienen que objetar á las pruebas que para ello aducimos: quieren decir tan solo que, atendido el objeto y la estructura intrínseca del cristianismo, suponer que este pueda ser objeto de una intervencion directa del cielo es irracional [1].

[1] El ilustrado presbítero de Gourcy exponia perfectamente esta extravagancia de la incredulidad de su tiempo, parecida en este punto como en todos los demás á la incredulidad de los primeros siglos del cristianismo. « Fieles imi-« tadores de *Celso*, decia, los incrédulos han seguido constantemente la senda « que aquel les habia trazado, y jamás han querido entrar en la verdadera que « *Orígenes* les mostró hace tantos siglos. Evitan la discusion de los hechos in-« contestables, segun todas las reglas de la certidumbre histórica, que demues-« tran evidentemente la divinidad de Jesucristo y de su Religion, porque no les « es posible impugnarlos; y como tampoco pueden debilitar las victoriosas in-« ducciones que de ellos deducimos, procuran no tocarlos. No se trata, dicen « ellos, de examinar si son ó no efectivos, sino de si la doctrina y los misterios « que ellos establecen, son dignos de Dios y conformes con la razon... Así por « un capricho extravagante que solo el interés de una causa desesperada puede « sugerirles, se obstinan en hacer á la razon juez de lo que manifiestamente está « fuera del dominio de la razon, y no quieren servirse de ella para comprobar « los hechos ciertos y decisivos que son los únicos que se hallan á su alcan-« ce.» (*Antiguos apologistas de la Religion cristiana*, t. II, pág. 271).

Pues bien, aun cuando esta preocupacion no sea, como ya hemos demostrado, legítima en sí misma, nos parece que los apologistas cristianos no han sacado de ella todo el partido que hubieran podido, y que, sin pretender reducir la sustancia misteriosa del cristianismo á las proporciones de la humana razon, lo cual seria contradictorio, han mirado con poco interés el hacer ver que el cristianismo considerado en sí mismo no era ni absurdo ni contrario á la razon. Se ha confiado demasiado exclusivamente en su evidencia extrínseca. Se ha querido probar demasiado, y no se ha procurado lo bastante el persuadir. Finalmente se ha aislado demasiado las pruebas intrínsecas de las extrínsecas. Esto nos explica en gran parte la incredulidad; pues generalmente los espíritus fuertes no conocen la sustancia del cristianismo, y por esto descuidan el punto esencial sobre el cual Dios mismo fundó su admisibilidad y por el cual nos invita á la creencia.

Es cierto que, como en otro lugar hemos observado, acaso los espíritus no habian estado nunca como ahora en tan buena disposicion á favor de este estudio intrínseco. En los siglos de fe esto era demasiado prematuro, y quizás hubiera habido peligro en haber apelado con anticipacion al exámen filosófico de los dogmas conocidos ya entonces por la instruccion tradicional y sobre todo por su frecuente participacion. En el siglo de incredulidad que de repente se presentó con tanta violencia, lo mismo era ya demasiado tardío, y como el furor de las preocupaciones filosóficas no aspiraba nada menos que á destruirlo todo y á mofarse con una ligereza sacrílega de las divinas verdades, lo mejor que podia hacerse era encerrarlas dentro del santuario, y defenderlas en el exterior. En nuestros dias solamente, en que una reaccion religiosa ha empezado á introducir, si no la fe, á lo menos la buena fe en los espíritus; en que hay deseo de creer si no se cree todavía, y que, en fin, á toda la ignorancia de los tiempos de inocencia se juntan todas las exigencias filosóficas de los tiempos muy adelantados; en nuestros dias, repetimos, este estudio intrínseco se ha hecho posible, y por consiguiente las pruebas extrínsecas adquieren por este medio una nueva fuerza.

Aunque estas son suficientes para demostrar la verdad de que Dios ha hablado por la autoridad de los hechos sobrenaturales de que su palabra va siempre acompañada; por mas concluyente que sea esta prueba, no puede producir todo su efecto mientras quede en los espíritus algun resto de la preocupacion de que la doctrina cristiana, objeto de esta divina palabra, repugna á la razon. Demostrar, pues,

que esta doctrina no repugna á la razon, es remover el obstáculo que obstruia la vista de las pruebas extrínsecas, es preparar los ánimos á creer en ellas. Mostrar desde luego que el cristianismo no es absurdo, que es razonable y racional, y aun que brilla con apariencias enteramente divinas, es introducirse ya en el camino de creer que en efecto es divino, y predisponerse á las pruebas incontestables de este último punto. Esto es lo que hemos hecho en la segunda parte de nuestros *Estudios*, que constituye de este modo la *preparacion evangélica* relativamente á la última parte que será su *demostracion*.

Por mas misteriosa que la doctrina cristiana se quede siempre en su fondo, siempre sostiene por sí misma su divinidad á los ojos de la razon, como hemos podido experimentarlo en el prolongado trabajo que sobre ella llevamos hecho. Despues de este trabajo, y penetrados aun de la admiracion que en nosotros excitó, ¿cómo podríamos resistirnos á admitir la prueba de que esta doctrina procede realmente del cielo?

Esto debe ser así: tal es el resultado de lo que precede.

Esto es así: tal será el resultado de lo que sigue.

Hemos echado ya firmísimos cimientos de este resultado en la parte preliminar, al tratar *de la inspiracion de Moisés, — de la naturaleza humana, — de la institucion de los sacrificios, — de la esperanza universal del Libertador, — de las circunstancias de la venida y del reino de Jesucristo.* — Estos solos Estudios preliminares pudieron autorizarnos para deducir desde luego la divinidad del cristianismo.

Ahora empero, — despues de habernos despojado de toda falsa y mezquina prevencion contra el cristianismo estudiándolo en su sustancia, — vamos á volver á este órden de pruebas, valiéndonos de los mismos hechos que tocamos al comenzar, con la única diferencia que en la primera parte eran hechos preliminares, universales y generales, y ahora serán hechos inmediatos, particulares y especiales.

El estudio intrínseco del cristianismo que, segun nuestro designio, ha debido ser la parte principal y como el alma de la obra, se encontrará de este modo como envuelto en un cuerpo de pruebas sensibles. Esta alma y este cuerpo obrarán recíprocamente uno sobre otro, hasta el punto de satisfacer á la vez todas las exigencias de nuestro espíritu, apoderarse de él enteramente hasta no dejarle ningun motivo fundado

de resistencia á una verdad tan ámplia, diversa y abundantemente comprobada.

La parte de esta vasta demostracion que nos queda por presentar es la menos nueva, y ha sido tantas veces y tan ventajosamente tratada, que hubiéramos podido remitir los lectores á las excelentes obras de Abbadie, de Houtteville, de Duguet, de Bergier, de Frayssinous y de Duvoisin; pero nos hemos decidido á tratarla de nuevo para ponerla de acuerdo con el todo de nuestros *Estudios* y con la actual disposicion de los talentos, menos contenciosos y mas accesibles á las razones de sentido comun y de evidencia natural. Por consiguiente, no tendrémos necesidad de penetrar mucho en las críticas detalladas; nos bastará presentar el sumario de cada cosa de por sí: lo restante se irá cayendo por su propio peso, y además podrá encontrarse en las sábias apologías que hemos indicado.

CAPÍTULO II.

JESUCRISTO.

I. «Aun bajo el punto de vista filosófico, el cristianismo no es una «mera concepcion de la inteligencia, es algo mas; es un hecho, *el ma-«yor de todos*, y este hecho tiene por centro *la persona del Cristo*, del «Cristo, *tal como nos lo representa el Evangelio* [1].»

A este hecho positivo se dirigia una grande inteligencia cansada de sus extravíos por las regiones de la duda, para encontrar la verdad y descansar.

Dogmatícese ó filosófese cuanto se quiera, siempre descollará, por encima de todo, un hecho cuya existencia seria absurdo negar, y cuya inmensidad seria ridículo poner en duda; un hecho sobre el cual es forzosamente necesario formarse una opinion y tomar partido.

Sobre esta tierra que nos sostiene, entre los hombres que por ella han pasado y dejado impresas sus huellas, hay UNO que vivió, habló y obró; que fue visto, oido y tocado: el lugar, la época, la duracion de su existencia y los hechos principales que la distinguen, todo

[1] Schelling, *Discurso de apertura*, Berlin.—*Revista independiente* del 1.° de mayo de 1842.

es cierto, preciso, positivo, tan cierto, preciso y positivo como el hecho que tenemos actualmente á nuestra vista. Dudar de la existencia y de los principales hechos de la vida de Sócrates seria locura; pues bien, *los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están menos atestiguados que los de* Jesucristo [1].

Sócrates, Alejandro, César, Carlomagno, etc., todos aquellos, en fin, cuya existencia está mas comprobada por la accion que imprimió en el mundo; todos esos grandes hombres entraron hace mucho tiempo en los dominios de la historia; todos terminaron su vida, cediendo la escena de los sucesos á otros, que la cedieron á otros á su vez, y ha sido mucho que un amigo ó un discípulo fiel se ocupase de ellos durante una generacion. Ni siquiera el odio fue duradero sobre su memoria, y la impasible posteridad ha consagrado la nada absoluta en donde entró su existencia por medio de la misma imparcialidad de sus juicios. Pero no vayamos tan léjos: entre los hombres que nosotros mismos hemos visto, hay uno que puede servir de comprobante á la reflexion que estamos haciendo, y que durante su vida se la habia aplicado á sí mismo: ¡Napoleon! ¡qué estrépito no movió! ¡cuántos espacios no llenó su fama! ¡en cuántos acontecimientos no fue actor! ¡Jamás existencia alguna fue mas vasta, mas agitada, mas colosal! Nosotros mismos lo vimos: pues bien ¡cuántos de nosotros pueden ya decir en la actualidad:

No he hecho mas que pasar, y ya no existia!

¿Quién se conmueve á su recuerdo?... Volvió á entrar para siempre en la nada, y los mármoles que cubren sus despojos son menos frios que lo están los espíritus respecto de tan grande hombre.

La persona de Jesucristo tiene otra certidumbre, un destino muy diferente, una certidumbre y un destino únicos entre todos. Despues de diez y ocho siglos que apareció en esta tierra, puede decirse que no ha desaparecido de ella todavía; ocupa aun la escena, se halla incesantemente *en presencia del siglo*. En la actualidad, muchos millones de hombres darian la vida por él, mientras otros conspiran contra todo lo que le pertenece. Por todas partes hay quien se agita, ya para atacarlo, ya para defenderlo; y en medio de todo, él es el objeto capital de todas las discusiones, de todas las resoluciones, de todas las afecciones simpáticas y antipáticas de la humanidad. La historia no ha podido apoderarse de él todavía; todavía no ha venido

[1] J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

para él la posteridad; y despues de tanto tiempo no se encontraria ni una sola mano que fuese bastante impasible para trazar lo que se llama su *retrato*. Solo á los Evangelistas estaba reservado el prodigio de tan sublime imparcialidad.

¡Somos los hijos de los Cruzados, y no ocultarémos nuestra frente por los hijos de Voltaire! exclamaba no há mucho la voz animada de un noble Par, desde lo alto de la primera tribuna del mundo; y estas palabras fueron acogidas por todos los órganos de la opinion en Francia y en Europa, como el *manifiesto* de la lucha que se agita en todos los espíritus, y cuyo motivo es Jesucristo. Y no es esta lucha el *renacimiento* facticio de una situacion antigua, sino la continuacion no interrumpida de la que estalló en torno del mismo Jesucristo, que fue causa de su suplicio, y que le hacia decir á sus discípulos: *Confidite, ego vici mundum!* y que no se ha acabado aun. — *¡Voltaire!* ¡los *Cruzados!* El anacronismo que resulta de la amalgama de estos dos nombres, expresa toda la impotencia del tiempo sobre la persona de Jesucristo, y la permanencia de su accion al través de las vicisitudes de todas las edades.

Destruid todos los monumentos históricos, y queda anulada la certidumbre de los hechos de la vida de César, y cási de la de Napoleon; mientras que la certidumbre de la vida de Jesucristo sobreviviria todavía, porque subsiste en un hecho siempre vivo y actual, el cristianismo. — El cristianismo (no entendemos por este nombre la doctrina, sino la sociedad cristiana) existe; existe no en un rincon oscuro y desconocido, sino en todas partes: en Francia, en Europa, al otro lado de los mares, por todo el mundo. Existe, no en la superficie, sino en el corazon de las cosas; es el alma de la civilizacion, de las costumbres, de las leyes, de los hábitos y de las instituciones: todos nosotros somos, de buen grado ó contra nuestra voluntad, expresion suya, producto de su influencia, y todos los dias engendra en nosotros ideas y gérmenes nuevos, de los cuales él es el principio y el móvil. Negarlo es negarnos á nosotros mismos. Pues bien, este hecho, el mas inmenso y arraigado de todos los hechos, del cual todos los otros no son mas que accidentes, este hecho tiene por centro y punto de partida la persona del Cristo, el Cristo solo. La vida y los ejemplos de Jesucristo son el tipo del cristianismo, y es inútil buscarles otro; sin él el cristianismo no es nada, con él es Jesucristo mismo aplicado á los hombres, sin interrupcion en toda la série de diez y ocho siglos.

El hecho de la aparicion de las diversas circunstancias que compo-

nen la vida de Jesucristo no es un hecho pasado ya como todos los demás hechos históricos, cuya certidumbre solo se apoya en testimonios que no existen hace ya mucho tiempo. Es un hecho continuo, un hecho siempre existente, siempre en accion, que todavía está pasando á nuestra vista; y cada acto, cada acontecimiento imputable al cristianismo, debe atribuirse á Jesucristo, proviene de él, es él mismo.

En fin, aun cuando no miremos las cosas mas que bajo el punto de vista humano, puede asegurarse que esta accion confirmativa de Jesucristo, que no ha cesado durante los últimos diez y ocho siglos, no cesará en adelante, y que los siglos futuros mas lejanos la verán como nosotros tan viva, tan actual como es ahora, y como ha sido desde su aparicion en el mundo.

Ninguna certidumbre puede, pues, compararse con la certidumbre de Jesucristo, y son de tal naturaleza los caractéres que la distinguen, que entre todos los hombres á él únicamente pueden pertenecerle: nos dan de él no solo la idea mas positiva, sino la mas sobrehumana que podamos concebir, y hacen que las mismas razones que prueban su existencia, prueben al propio tiempo su divinidad.

II. Añadamos con Schelling que el hecho de la existencia de Jesucristo se nos representa *tal como el Evangelio lo ha descrito.*

Efectivamente, nada hay mas claro, mas original y distinto que la idea que todos nos formamos de Jesucristo. Podemos vacilar acerca de la fisonomía moral de Sócrates ó de Caton, porque participan mas ó menos de las de sus contemporáneos, y hay muchos rasgos de sus costumbres que han permanecido en las sombras, y que acaso ganan mucho con esta dudosa oscuridad; pero respecto de Jesucristo es imposible que suceda nada de esto. Su luminosa faz se destaca sobre todo lo demás, y se presenta á nuestra vista en un místico aislamiento. No es posible formarse de él dos ideas; nombrarlo es hasta cierto punto verlo aparecer tal como el Evangelio nos lo ha representado. Es necesario observar tambien, y esto es notable, que la moral evangélica que en nuestros tiempos modernos ha sucedido á la ley natural, está formada no tanto de las palabras como de los ejemplos de Jesucristo. De aquí es que los hechos de su vida han llegado á ser una especie de patrimonio de las costumbres públicas y como el molde en donde se funden todas las virtudes. Son todos tan claros y positivos, que nos valemos de ellos para comprobar y valuar todos los hechos morales que nos conciernen.

¿Se dirá tal vez que esa fisonomía de Jesucristo puede no ser mas que una concepcion imaginaria de los mismos Evangelistas? A semejante observacion solo contestaríamos: *En este caso el inventor seria mas admirable que el héroe* [1].

¡Cuántas razones vienen á justificar esta feliz expresion del buen sentido! Son tan naturales y manifiestas que es cási por demás el enunciarlas.

Estas palabras sirven de conclusion á un elocuente pasaje de Juan Jacobo que todo el mundo sabe de memoria. Por esto no lo transcribimos; pero vamos á citar otro pasaje escrito en nuestros dias con menos entusiasmo (la verdadera fe, siempre acompañada de la razon, no tiene necesidad de exaltarse), pero con grande reflexion y sabiduría:

«Cási siempre me ha parecido la prueba mas fuerte de una autori-«dad superior, impresa en la historia del Evangelio, el que el carácter «santo y perfecto que este nos describe, no solamente se diferencia «de todos los tipos de perfeccion moral que los que escribieron aquel «libro habian podido concebir, sino que al contrario les es expresa-«mente opuesto. En los escritos de los rabinos tenemos abundantes «materiales para construir el modelo de un perfecto institutor judío, «tenemos las máximas y acciones de Hillel, de Gamaliel y del rabino «Samuel, quizás imaginarias todas en gran parte, aunque marcadas «todas con el sello de las ideas nacionales, todas formadas conforme «á una regla de perfeccion imaginaria. Sin embargo, sus pensamien-«tos, sus principios, sus acciones y carácter son infinitamente distin-«tos de los de nuestro Redentor. Aficionados á querellosas controver-«sias, y á paradojas capciosas, defensores sistemáticos de los princi-«pios exclusivos de su nacion, partidarios celosos y obstinados de la «conservacion de la mas pequeña coma de la ley, mientras que con «sofismas engañosos se van separando de su espíritu: hé aquí lo que «son la mayor parte de esos grandes hombres; la exacta semejanza «y la imágen reflejada de aquellos escribas y fariseos, reprobados tan «solemnemente como una contradiccion manifiesta de los principios «del Evangelio.

«¿Cómo pudo suceder que hombres sin ninguna instruccion pen-«sasen en pintar un carácter tan distinto bajo todos conceptos de su «tipo nacional, poniendose ademas en desacuerdo con todos esos ras-«gos que el hábito, la educacion, el patriotismo, la religion y la na

[1] J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

«turaleza parecian haber consagrado como los mas bellos de todos?
«Si se quiere que semejante carácter sea inventado por el hombre,
«como la impiedad ha imaginado, la dificultad se aumenta todavía
«al observar que los escritores sagrados, refiriendo hechos diferen-
«tes, como san Mateo y san Juan, nos conducen, por fin, á la mis-
«ma representacion, nos exponen igual retrato. Parece, al contrario,
«que esto mismo nos da la clave para resolver todas las dificultades;
«pues si pidiésemos á dos artistas que hiciesen cada uno una estatua
«que diese cuerpo á sus ideas de perfecta belleza, y ambos expusie-
«ran al público su obra, cuya forma fuese igualmente tomada de ti-
«pos y modelos enteramente distintos de todo lo conocido hasta enton-
«ces en el país, si estas dos estatuas se pareciesen completamente, es
«seguro que al consignarse un hecho semejante, pareceria cási increi-
«ble, á menos que pudiera suponerse que uno y otro artista habian
«copiado el mismo original.

«Tal debe ser, pues, el caso presente: tambien los Evangelistas
«deben haber copiado el modelo vivo que nos presentan, y la con-
«formidad de los rasgos morales que le atribuyen no puede provenir
«mas que de la exactitud con que respectivamente lo describieron.
«Pero todo esto no hace mas que aumentar nuestra misteriosa admi-
«racion, porque no era seguramente como los demás hombres el que
«por su carácter podia de tal manera distinguirse de todo lo recono-
«cido como mas perfecto y admirable por todos cuantos lo rodeaban;
«el que á pesar de manifestarse tan superior á todas las ideas nacio-
«nales de perfeccion moral, nada tomaba, sin embargo, del griego
«ni del indio, del egipcio ni del romano; el que no teniendo nada de
«comun con ningun tipo de carácter conocido ni con ninguna ley de
«perfeccion establecida, puede no obstante parecer á cada uno el tipo
«de la excelencia que mas le encanta [1].»

Estas sábias reflexiones, como todas las que hasta aquí llevamos hechas en el presente capítulo, tienen, como se ve, una doble tendencia: conducen á reconocer *la verdad* del carácter de Jesucristo, y al propio tiempo nos llevan á la conclusion de su divinidad y recíprocamente: brilla esta de tal modo en su persona, que se confunde con su realidad, y la prueba y justifica.

En efecto, la mejor prueba de la realidad de la persona de Jesucristo es que la perfeccion de su carácter es tal, que no es posible que el hombre la haya concebido, y menos aun que cuatro escritores os-

[1] Wisseman, *Discurso* 4.°

curos, como los Evangelistas, hayan acertado todos igualmente á pintarla de una manera tan conforme á lo que es en realidad, á pesar de la diversidad de detalles, y al mismo tiempo tan diferente de todos los tipos que podian tener á la vista. En este sentido puede decirse que no solamente la autenticidad del Evangelio prueba la verdad del carácter de Jesucristo, sino tambien que la divinidad del carácter de Jesucristo prueba la verdad del Evangelio.

Hay en la perfeccion del carácter de Jesucristo, tal como aparece en las relaciones evangélicas; algo de único y de inconcebible para el entendimiento humano; y, nótese bien, es una perfeccion tan sublime y tan acabada que no solamente eclipsa todo lo que habia habido hasta entonces de mas perfecto, sino tambien todo lo que despues ha podido producir el mismo deseo de igualarla. Hay, si podemos hablar así, solucion de continuidad entre ella y la perfeccion humana, y, como tambien dijo con admirable exactitud Juan Jacobo: *Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios.*

En nuestra especie la perfeccion humana se halla dividida de modo que se reproduce igualmente en diferentes sujetos, y se excede, si es permitido decirlo así, á sí misma. Si nos preguntan cuál es el mayor capitan de todos los siglos, de repente se ocurren á nuestra memoria casi simultáneamente los nombres de Alejandro, de César, de Carlomagno, de Napoleon y otros. Si nos preguntan por el mas grande orador, vacilamos entre Demóstenes, Ciceron, Bossuet y algunos otros. ¿Quién dirá, dejando á un lado a Jesucristo, cuál ha sido el mas sábio, fallando entre Anaxágoras, Sócrates, Platon, Solon, Numa y tantos otros? ¿Quién se atreverá, aun tomando por tipo á Jesucristo, a decir cuál es el mas santo entre los Santos? Pero pronunciad el nombre de Jesucristo, y al momento todo queda oscurecido á su alrededor, todo desaparece, y la idea de su perfeccion se conserva sobrenatural é incomparable. Plutarco se entretuvo en sus *Hombres ilustres* haciendo el paralelo de sus héroes, lo cual le fue muy fácil, como lo será siempre cuando se trate de hacerlo entre hombres. Solamente tratándose de Jesucristo es de todo punto imposible: es el *unico* que no admite *paralelo*. Y reparad bien en la fuerza de esta observacion: cuando un hombre es realmente superior, en cualquiera género, como Bossuet o Miguel Ángel, su superioridad no es mas que relativa, no absoluta respecto de los otros hombres, pues aun cuando parezca que estos no han llegado a esa superioridad, convenimos en que la co-

sa es cuestionable y en que no es imposible que suceda lo contrario. Respecto de Jesucristo, no solo es incontestable su superioridad, sino que podemos decir, permítasenos la expresion, que ni siquera *se le puede ir en zaga.* — Todavía otra observacion: todos los grandes hombres son mas ó menos la expresion de su tiempo, el compendio y la flor de su siglo, al cual dominan, pero saliendo de él y como un vigoroso retoño de sus entrañas: es esto tan exacto, que un grande hombre no viene nunca solo, y pertenece siempre á un gran siglo. Advertid además que nunca es tal la originalidad de un grande hombre, que no se encuentren en la descomposicion de su virtud ó de su genio algunos *filones* de imitacion que lo enlacen con sus antepasados. Limitándonos á los hombres virtuosos de los tiempos modernos, á los Santos, podemos fácilmente conocer que todos ellos proceden de Jesucristo, que son imitadores suyos; pero ¿de quién procede Jesucristo, á quién imitó, de qué costumbres ó de qué sociedad es expresion? «Dicen «que *Sócrates* inventó la moral; sin embargo, otros antes que él la «habian puesto en práctica: él no hizo mas que presentar como lec- «ciones los ejemplos de aquellos. *Arístides* habia sido justo antes que «*Sócrates* hubiese definido la justicia; *Leónidas* habia muerto por su «país antes que *Sócrates* hubiese constituido un deber del amor de la «patria; Esparta existia mucho antes que *Sócrates* recomendase la so- «briedad, y antes que él hubiese dado la definicion de la virtud la «Grecia abundaba ya en hombres virtuosos. Pero ¿en dónde podia «haber aprendido Jesucristo esa moral tan elevada y tan pura, de «la cual él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Del seno del mas «furioso fanatismo se dió á luz la mas alta sabiduría, y la sencillez «de las mas heróicas virtudes honró al mas vil de todos los pue- «blos...[1]» *

En una palabra: la propiedad de la sabiduría de Jesucristo procede de sí misma, es decir, que es *increada.*

Pero lo que la distingue tambien muy esencialmente, es que es *creadora.* ¡Qué cosa mas prodigiosa si no es simplemente divina! Esta sabiduría incomparable que nadie ha podido ni podrá jamás igualar, es al propio tiempo *la mas imitable*, y la que mas discípulos ha engendrado. Todos los demás sábios no lograron influir, como dice Voltaire, *en las costumbres de la calle en que vivian;* y Jesucristo ha influido so-

[1] J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

* Repárese que es Rousseau quien trata de este modo al pueblo judío. (*Nota de los Editores*).

bre el mundo entero, y todo se ha reformado á su imágen, se ha hecho *cristiano* ó tiende á serlo. Las mas profundas distinciones de costumbres, de climas, de figuras y colores que existen entre los hombres y que tantos argumentos han sugerido contra la unidad de la especie humana, desaparecen á su presencia y van á confundirse en la unidad de su imitacion y de su amor, hasta el punto de volver á encontrar en ella la prueba mas poderosa de aquella unidad de naturaleza que parecian combatir. «En verdad que cuando vemos la manera «con que lo siguieron los griegos, á pesar de no haber fundado nin«guna secta entre ellos; la veneracion con que lo honraron los bramas, «á pesar de haberles sido predicado por hombres de la casta de los «pecadores; la adoracion que le tributó el hombre de color del Ca«nadá, á pesar de pertenecer á la raza blanca que detesta, no pode«mos menos que considerarlo como destinado á destruir todas las dis«tinciones de color, de forma, de figura y de costumbres; destinado á «formar en sí mismo el tipo de la unidad, en la cual deben confun«dirse todos los hijos de Adan, y á darnos, en la posibilidad de esta «convergencia moral, la prueba mas convincente de que la especie «humana, por variada que parezca, es esencialmente una [1].»

Este punto merece llamar grandemente la atencion, y por esto insistimos en él: Jesucristo, el único cuya perfeccion no depende mas que de sí mismo, es el único que ha hecho imitadores, y los ha hecho con tal poder, que toda la raza humana siente su accion.

Añadamos tambien que él es el único que ha permanecido siempre superior á todos sus imitadores. Crió virtudes prodigiosas, y tan prodigiosas, que creemos que una de las mas grandes señales de su divina superioridad es que nunca hayan llegado estas virtudes á aventajarlo, ni siquiera á igualarlo. Es achaque de las influencias humanas sepultarse en su triunfo, esto es, producir efectos que las aventajan y exceden. El discípulo borra la memoria del maestro, y cuantos mas sucesores este se da, mas rivales se prepara; y esto se concibe bien, porque no dispone ya sino de una fuerza que es comun á todos, y de la cual no es él mas que un motor accidental. Solo Jesucristo domina para siempre su propia obra, ¡y qué obra! De él parten rayos de perfeccion, que se reflejan hasta lo infinito en sus discípulos, y que brillan con el mas vivo esplendor en mil caractéres heróicos que dejan á la humanidad asombrada. ¡Qué caracteres, que héroes, todos esos grandes Santos que engendró el cristianismo! Su número es innume-

[1] Wisseman, *Discurso 4.°*

rable y su superioridad indecible. Pero á mas de que tantos méritos y perfecciones proceden y se encaminan á Jesucristo, que es su tipo directo, la perfeccion personal de este divino ejemplar se ha conservado tan superior, tan distante de todas esas copias, que seria impiedad y hasta locura el querer oponérselas.

Todos estos rasgos característicos de la persona de Jesucristo le son tan exclusivamente propios, y lo separan tan profundamente del resto de los hombres, que la mas fria razon no sabe cómo no ver en él mas que un puro hombre, y la incredulidad tiene motivo de admirarse de sí misma, y de buscar su orígen en otra parte que en la reflexion [1].

Además, es tan exacto cuanto acabamos de decir, que no tenemos reparo en apelar de ello al sentido moral de cada uno de nuestros lectores, y en creer que no se nos acusará de exageracion. Tambien este es otro rasgo de la sobrenatural perfeccion de Jesucristo que debemos admirar, y es tan positiva y real, que todo el mundo la siente, y no hay necesidad de que la justifiquemos. En su panegírico no cabe exageracion. ¿Dónde hay un hombre á quien pudiera aplicarse lo que acabamos de decir de Jesucristo? La verdad y amor propio se resentirian justamente de semejante pretension; á mas de que no hay nadie en la tierra cuyas alabanzas no exijan alguna restriccion. Únicamente Jesucristo agota todas las palabras: en él tan solo está autorizada la alabanza hasta la adoracion. La palabra *divino*, figurada é hiperbólica en cualquiera otro sentido, se convierte, aplicada á él, en propia y exacta; á nadie choca, ni aun á los mismos incrédulos, y la humanidad la consiente sin orgullo y sin envidia, porque ve que el que de ella es objeto no le pertenece. Creemos ser con esto verdaderos intérpretes del sentimiento universal, que nos proporciona una palpable confirmacion de la verdad de nuestra fe.

Podríamos limitarnos á estas consideraciones generales; porque, ¿cómo podríamos atrevernos á pintar detalladamente todas las perfecciones que brillan en nuestro adorable modelo? ¡Cuán divina de-

[1] « Debe imponerse silencio á la reflexion que se inquieta, mientras no esté « en estado de presentar realmente una persona, la que en punto de Religion « tenga el valor y el derecho de colocarse al lado de Jesucristo.— No hay nadie « que sea capaz de superar á Jesucristo, ni que lo sea despues de Él y por Él de « llegar al mismo grado de perfeccion absoluta en la vida religiosa. — No será « posible en ningun tiempo que álguien se eleve sobre Él, ni es posible conce- « bir un legislador que le iguale. » (Strauss, t. II, pág. 769, 770, 773). Así es como termina el libro mas atrevido que se haya escrito en nuestros dias contra la divinidad de Jesucristo.

bió ser la inspiracion que obligó á los Evangelistas á abstenerse de semejante idea y limitarse á solo indicarlas! ¡Qué conjunto de virtudes! ¡qué perfeccion en cada una de ellas! ¡cómo concuerdan entre sí sin perjudicarse unas á otras! ¡cómo se desarrollan sin incurrir, como las virtudes humanas, en esa especie de exceso que las hace degenerar en vicio! En él la bondad es sin flaqueza, el celo sin intolerancia, la firmeza sin soberbia, la humildad sin bajeza, la resignacion sin abatimiento, la paciencia sin vanidad, y la caridad sin límites.

El carácter de Jesucristo es esencialmente verdadero, y no ofrece nada de extremado ni de contradictorio. La naturaleza humana se deja ver en él en todo el candor de sus legítimas emociones, la naturaleza divina en toda la sublimidad de sus perfecciones. Cuando el hombre es virtuoso con frecuencia lo es á costa de la verdad de su naturaleza, se remonta y se violenta, ya no es hombre, y á pesar de esto no logra escapar á mil debilidades que hacen traicion á su artificiosa grandeza. En Jesucristo el hombre no desaparece jamás, y goza la naturaleza de todos sus derechos; pero al propio tiempo las virtudes se ostentan en él sin debilidad, sin mancha, y tanto mas divinas, cuanto ellas se atemperan á todos los sentimientos legítimos de la naturaleza humana; porque son por esto mismo mas verdaderas, y esta perfecta verdad constituye su divinidad. Jesucristo es virtuoso como un hombre que á la vez fuese Dios: como un Hombre-Dios. En él tanto el hombre como el Dios se presentan con toda su integridad. El Dios puede decir: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?* Y el hombre puede tambien decir: *¿Quién de vosotros me convencerá de insensibilidad?* En la perfecta armonía de estos dos estados se descubre el Dios, y esto es precisamente lo que en él nos seduce y encanta, lo que nos alienta á imitarlo, lo que hace que el modelo mas acabado sea al mismo tiempo el menos desesperante. Podemos quejarnos y llorar con Jesucristo; podemos evitar los sufrimientos, tolerar á los pecadores, amar todo lo que es amable, y hacerlo todo con Jesucristo. Juan Jacobo decia perfectamente: «Una de las cosas que mas me encantan en el ca-«rácter de Jesús no es solamente la dulzura y sencillez de las costum-«bres, sino la facilidad, la gracia y hasta la elegancia de todas ellas. «No huia de los placeres ni de las fiestas, concurria á las bodas, mi-«raba á las mujeres, jugaba con los niños, le gustaban los perfumes, «comia en casa de los publicanos. Su autoridad no era nunca impor-«tuna: era á la vez indulgente y justo, amoroso con los débiles y ter-«rible con los malos. Su moral tenia un cierto atractivo, cariño y

«ternura; poseia un corazon sensible, y era hombre de excelente so-«ciedad. Aun cuando no hubiese sido el mas sábio de los mortales, «hubiera sido el mas amable de todos ellos [1]. » Y con todo esto, ó mas bien por esto mismo nos convida, nos llama, nos hace subir con él á la cumbre de las mas eminentes virtudes, de los mas costosos sacrificios, hasta la cruz.

¡Qué de cosas se le ocurren á la pluma en este momento! ¿Qué dirémos arrobados por tanta admiracion, pero contenidos por nuestra insuficiencia en expresarlas? ¿Referirémos lo de la *Magdalena*, lo de la *Samaritana*, lo de la *mujer adúltera*, lo de la *Cananea*, lo del hijo de la *viuda de Nain* devuelto á su madre, lo de *Lázaro* restituido á sus hermanas, lo de la *multitud alimentada*, lo de los *enfermos sanados*, lo de los *tiernos niños* acariciados, lo de los *humildes publicanos* acogidos, ó lo de los *orgullosos fariseos* desenmascarados? ¿Irémos á perdernos en la contemplacion de aquella pasion y muerte inefables?... ¡Qué bondad en todo, qué justicia, qué sabiduría, qué penetracion, qué perfeccion tan encantadora, qué dulce majestad, qué plenitud de gracia y de verdad! Los actos y palabras de Jesucristo en estas diversas circunstancias han llegado á ser las eternas fórmulas de todas las virtudes, las mismas virtudes en ejemplo. Reparad cómo brilla, cuán divinamente se destaca de en medio de aquel pueblo estúpido, de aquellos doctores hipócritas, de aquellos escribas capciosos, de aquellos soberbios fariseos, y hasta de sus mismos discípulos, todavía intolerantes y groseros. Ved cómo confunde con su verdad todos los errores, desbarata con su sabiduría todos los artificios, triunfa con su santidad de todos los vicios, alienta con su mansedumbre todas las debilidades; cómo gasta todos los furores con su paciencia, y cuán de veras se compadece su bondad de todos los dolores. ¡Ah! ¡no hay duda, es el Dios salvador, es el *buen Dios!!!*

Observad que todo cuanto hace Jesucristo, sorprende desde el mismo instante, y que, colocándose en su situacion, ningun hombre, sobre todo de entre los que estaban á su rededor, hubiera guardado la misma conducta. Solo y aislado, no toma consejo mas que de sí mismo, y posee el secreto de todas sus acciones; pero apenas estas acciones son conocidas, se justifican á los ojos de la razon por rasgos de la sabiduría mas ilustrada y de la mas infalible verdad. Todo en él se encamina á edificar é instruir, y á distribuir en torno suyo la parte exacta de verdad que á cada cosa corresponde, sin que pueda descu-

[1] *Carta tercera de la Montaña.*

hrirse en él, no dirémos ningun defecto, pero *ni siquiera exceso de perfeccion.*

Esta última observacion queda ya explicada; pero como nos parece que es la mas distintiva del carácter de Jesucristo, cuya propiedad es la *verdad*, el *natural* mismo de la virtud, creemos deber volver á hablar de ella sirviéndonos de una comparacion de Malebranche:

«¿Hay algo mas pomposo y magnífico, pero mas vano é imagina-«rio en su fondo, que la idea que nos da la filosofía antigua de su «sábio? El retrato que nos hace Séneca de Caton es demasiado bello «para que sea natural: todo en él es artificio y disfraz que solo puede «engañar á los que no estudian ni conocen la naturaleza. Caton era «un hombre sujeto á todas las miserias de la humanidad; no era in-«vulnerable, pues que los que le pegaban le herian. No tenia, como «pretende Séneca, ni la dureza del diamante que se resiste á la accion «del hierro, ni la firmeza de las rocas para mantenerse inmóvil con-«tra las tempestades; en una palabra, no era insensible... Sin em-«bargo, pegáronle una vez de bofetones, y no se enfadó, no se vengó, «pero tampoco perdonó; sino que negó orgullosamente que se le hu-«biese injuriado. Queria que se le creyese infinitamente superior á los «que le habian herido. Su paciencia no era mas que vanidad y orgu-«llo: era ofensiva é injuriosa para los que le habian maltratado, pues «Caton manifestaba con tan estóica paciencia que miraba á sus ene-«migos como bestias, contra las cuales era degradante encolerizarse. «A este desprecio de sus enemigos y desmedida estimacion de sí mis-«mo llama Séneca grandeza de alma. *Majori animo*, dice hablando «de la injuria hecha á Caton, *non agnovit quam ignovisset.* ¡Qué ex-«travío, confundir la grandeza de alma con el orgullo, y separar la «paciencia de la humildad!... Los cristianos saben por su mismo «Maestro que los impíos son capaces de herirlos, y que los hombres «de bien están á veces sujetos á los impíos por disposicion de la Pro-«videncia. Cuando uno de los criados del gran sacerdote dió á Jesu-«cristo una bofetada, este sábio de los cristianos, infinitamente sábio, «y tan poderoso como sábio, confiesa que aquel criado ha sido capaz «de herirlo. No se enfada ni se venga como Caton, sino que perdona «como si le hubiese realmente ofendido. Podia vengarse y perder á «sus enemigos; pero sufre con una paciencia humilde y modesta, «que no es injuriosa á nadie, ni aun al mismo criado que le habia «ofendido [1]...»

[1] Malebranche, *Investigacion de la verdad*, lib. II, parte 3.ª

No obstante, ¡cosa rara! lo que engaña á la incredulidad en el carácter de Jesucristo es precisamente lo que comprueba nuestra fe. No se puede ver en él un Dios, dice el incrédulo, porque siente como un hombre, porque es susceptible de ser ofendido, porque se deja tratar ignominiosamente y se anonada en manos de los hombres. Pero en todo esto se pierden de vista dos puntos capitales: primero, que Jesucristo no solamente es Dios, sino Dios-hombre, y que si como Dios es invencible, como hombre es pasible, y que esta *pasibilidad* del hombre se aviene con la *invencibilidad* del Dios, puesto que se somete á ella *voluntariamente*, y que el colmo del poder de un Dios es *contenerse á sí mismo*, hasta dejar maltratar y sufrir la naturaleza humana que le está unida. El segundo punto de vista es que Dios se hizo hombre para instruir á los hombres en el arte de la virtud, y para mostrarles su perfecto modelo, y que á este fin debia figurar en su persona no un *Dios* sino un *hombre* virtuoso. Para que pudiésemos llegar á obrar como él, era preciso que sintiese como nosotros, sin cuya circunstancia el modelo ni siquiera se nos podia proponer. Si, por ejemplo, cuando recibió aquella bofetada no hubiese sentido la ofensa, ¿cómo hubiéramos aprendido de él el modo de soportarla?... Observad asimismo que además de lo dicho ya sobre la conciliacion de la santidad del Dios con la sensibilidad del hombre en Jesucristo, de esta misma sensibilidad resulta la manifestacion de la divinidad por la perfeccion de las virtudes con que aquella es probada. En los sufrimientos se descubre el hombre, el Dios en la manera de soportarlos. Sí, lo que debe convencernos de la divinidad de Jesucristo es su santidad en nuestra sensibilidad, y en este sentido debe parecernos mas Dios cuanto mas hombre es.

La incredulidad no comprende todo esto, y se engaña miserablemente; porque, como hemos dicho varias veces, es menester que tenga algo con que engañarse, no teniendo la firme voluntad de no ser engañada, y no estando reservada la fe mas que á esta firme voluntad.

III. Pero esto mismo nos proporciona un argumento mas en favor de la divinidad de Jesucristo.

Si Jesucristo no hubiese sido realmente Dios, si solo hubiese querido representar el papel de tal, y los Evangelistas hubiesen consentido en hacérselo representar, ¿hubieran escogido unos medios y anunciádose de una manera que hacia de su pretension lo mas increible

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

al entendimiento humano? es evidente que no. Todos esos rasgos que dejan ver en Jesucristo la debilidad y la impotencia, y que escandalizan á la incredulidad, hubieran sido cuidadosamente disimulados ó encubiertos bajo las apariencias de una majestad y firmeza sobrehumanas.

Para apreciar esta reflexion, es necesario sobre todo colocarnos en el seno de las costumbres de los judios y paganos, y prescindir de las luces que el cristianismo nos ha dado. ¿Cómo nos representaríamos entonces, no diremos á un Dios, pero á un sábio? Acabamos de verlo en el retrato que hace Séneca de la orgullosa impasibilidad de Caton. ¿De qué manera se figuraba el pueblo judío al Mesías? Como un conquistador soberbio que debia abatirlo todo á sus plantas. Hé aquí las preocupaciones en que se hallaba á la sazon sumido el mundo, y particularmente la Judea. ¿Se quiere, pues, que en semejante estado cuatro escritores oscuros se hiciesen bastante superiores á la naturaleza humana para adivinar, contra el torrente de todas las preocupaciones de su época, las cualidades de una alma verdaderamente heróica, y pintarla tan perfectamente en Jesucristo? ¿Por qué lo hacen débil en su agonía? ¿No saben pintar una muerte constante? Sí, indudablemente; el mismo san Lucas describe la de san Esteban y la representa mas valerosa que la de Jesucristo. Pero no: los Evangelistas ponen desde luego de manifiesto lo que diez y ocho siglos de luces apenas nos han enseñado á descubrir, y aciertan en los rasgos que convienen á la muerte de un hombre-Dios, el cual despliega en el curso de su suplicio una fuerza tanto mas sobrehumana, cuanto mas profundamente siente todo su horror, y mas parece que va á sucumbir en él [1]. — Pero aun cuando Jesucristo y sus humildes historiadores hubiesen, solos entre todos sus contemporáneos, comprendido el pa-

[1] «No ha habido jamás un hombre, observa Bossuet con mucho tino, cuyo «sentimiento haya sido mas fino, y que haya debido sentir mas horror por la «muerte que Jesucristo, habiendola mirado con relacion al pecado, que era «extranjero en el mundo, y que fue introducido en él por el espíritu maligno. «Por otra parte estaba contemplando todas las blasfemias y todos los crímenes «que debian acompañar la suya: lo que le hizo sentir ese espanto, esos horro- «res y esas tristezas, que en Él hemos presenciado. Mas no hemos de pensar «por esto que la agitacion de sus pasiones turbulentas haya penetrado hasta la «parte superior de su alma, ni sus agonías han llegado hasta tal punto. Le su- «cede á poca diferencia lo que á esas encumbradas montañas, que son agitadas «por los vientos y tempestades en sus laderas, mientras que en sus cimas mas «empinadas brillan un sol hermoso y la serenidad de los cielos.»

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

pel que convenia realmente á un hombre-Dios, y conocido por medio de cierta iluminacion todos los hechos que forman aquella pasion y aquella muerte, que cautivarán siempre la admiracion de los siglos, no habríamos resuelto mas que la mitad de la dificultad. Faltaria preguntarnos todavía, ¿cómo es que, dispuestos á inventar y ofrecer á los ojos de sus contemporáneos la Divinidad, escogieron precisamente los rasgos que eran mas directamente contrarios á las preocupaciones de su tiempo? Queriendo Jesucristo pasar por Dios, él y sus discípulos debian *estudiar* la manera con que los hombres se figuraban entonces á Dios, y en particular al Mesías, so pena de que su proyecto fracasara. El talento que nos vemos obligados á concederles para salvar la primera dificultad, haciéndoles adivinar las cualidades que corresponden á la vida y á la muerte de un Dios, no puede negárseles de repente para escapar á la segunda, y negárseles hasta el punto de no concederles siquiera aquella cualidad de sentido comun que debia advertirles que pintándolo tal, lo pintaban en oposicion á las preocupaciones de su tiempo, y por consiguiente sin garantías de buen éxito. Una de dos: ó tenian talento, ó no. No puede pretenderse que fuesen á la vez unos grandes genios y unos insensatos. ¿No era el colmo de la locura decir á los hombres, en el siglo de Herodes y de Neron, mostrándoles á Jesucristo crucificado: *Ahí teneis á vuestro Dios?*... Y ¿no era en realidad el colmo de la sabiduría haber encontrado de este modo los verdaderos caractéres de la muerte de un Dios?... Sálgase la incredulidad, si puede, de este laberinto.

Hagámosle notar entre tanto que es tan cierto que el papel de Jesucristo era diametralmente contrario al éxito de su empresa, que la gran causa de la incredulidad de los judíos fue precisamente el no saber resolverse á ver á su Mesías, al que esperaban como dominador de todo, en un suplicio infame, y que la gran causa de la incredulidad pagana fue tambien, como vemos en los escritos de Celso, de Porfirio y de Juliano, lo que manifestaba directamente contra la pretendida divinidad de Jesucristo todas las particularidades de su vida, y sobre todo de su pasion y de su muerte, por las cuales aparecia débil, abandonado é impotente en manos de sus enemigos y verdugos. ¿Hubieran concebido la realizacion de su empresa chocando tan de frente con todas las preocupaciones de su tiempo, y de hecho sucumbiendo en ella desde el principio, ellos, á quienes por otra parte es preciso conceder tanta habilidad que hubieran adelantado á su siglo en diez y ocho siglos, ó mas bien en todos los siglos?...

Al fin lograron lo que pretendian, se dirá.

A esto contestarémos, que con semejante réplica se va á forcejear contra una nueva y poderosa prueba de la divinidad del cristianismo, pues precisamente porque la conducta de Jesucristo estaba en oposicion con todos los cálculos humanos, su éxito no puede explicarse sino por la accion de una fuerza enteramente divina. Pero sin recurrir todavía á este argumento, nos limitarémos ahora á sostener, y en buena lógica no podrá contestársenos, que entre los que pretenden que el cristianismo no es mas que un hecho humano, y los que quieren que sea un hecho divino, el *éxito solo* nada prueba, porque prueba á lo menos tanto para unos como para otros. Esto es lo menos que se nos puede conceder: no hay remedio, pero esto basta para volver á encerrar á la incredulidad en el círculo de la dificultad en que la habíamos asediado.

Lo cierto es que el éxito, realizado ó no, parecia absolutamente imposible y contrario á los medios empleados; que era menester estar loco para proceder como lo hicieron los fundadores del cristianismo; y la prueba es que fueron tratados como tales.

No es menos cierto que se necesitaba una profundidad de genio, humanamente hablando, inaudita, para sorprender así, en el seno de la verdad mas desconocida entonces, todos los secretos de una vida y de una muerte que siempre nos parecerán divinas.

Finalmente, creemos tener derecho para decir que es un absurdo atribuir á Jesucristo y sus discípulos, si no se quiere ver en ellos mas que los fundadores de una religion humana, tanto talento ó tanta demencia, y lo que es peor todavía, ambas cosas á la vez.

Admitid, al contrario, que Jesucristo es Dios, y que sus discípulos estaban inspirados por él en la pintura que nos hicieron de su persona, y todo queda explicado y manifiesto, así la sabiduría como la locura de su conducta.

La sabiduría: fue ella misma, fue Dios quien prestó realmente en Jesucristo el personaje evangélico, cuya adorable perfeccion admiramos. ¿Qué extraño es, pues, que se hubiese conducido como Dios, y que los Evangelistas lo pintasen como tal? Debia suceder así necesariamente: Jesucristo no tuvo necesidad mas que de ser lo que era, y los Evangelistas que de copiarlo. Las tinieblas de la ignorancia en que se hallaba á la sazon sepultado el mundo respecto del carácter divino, hacian parecer inconcebible este carácter en Jesucristo, pues semejante descubrimiento no era una invencion del hombre, sino una

simple revelacion de la misma sabiduría divina manifestándose á la tierra, é inspirando á sus discípulos, tanto mas aptos para oirla cuanto mas sencillos eran, la relacion fiel de las acciones que ella misma habia hecho.

La locura: no la habia sino porque no se comprendia cómo unos hombres aislados podian sin estar locos aspirar á un resultado cualquiera, despreciando todos los medios humanos, entre los cuales el mas indispensable es no chocar abiertamente con las preocupaciones de su tiempo. Esta consideracion inspiró á Pascal las siguientes exactas palabras: «Mahoma estableció su religion matando, Jesucristo ha-«ciendo matar á los suyos; Mahoma prohibiendo leer, Jesucristo man-«dando leer, etc.; en fin, todo es tan opuesto, que si Mahoma tomó «la senda de alcanzar humanamente su objeto, Jesucristo tomó la de «perecer humanamente; y en lugar de decir que ya que Mahoma al-«canzó su objeto, tambien pudo lograrlo Jesucristo, deberémos de-«cir, que puesto que Mahoma logró su objeto, el cristianismo debia «perecer, si no hubiese estado sostenido por una fuerza enteramente «divina.» Careciendo, pues, de esta fuerza, hubiera sido el colmo de la locura obrar como lo hicieron Jesucristo y sus discípulos; pero con la asistencia de esta fuerza, la locura de la cruz se convierte en sabiduría, pues es muy propio de un Dios manifestar su accion por la exclusion de todos los medios humanos, y hacer brillar su fuerza en nuestra debilidad.

De este modo se explica y comprende todo, y el punto de vista de la razon en Jesucristo se confunde con el de la fe. Es verdad que este último punto de vista es preferible al primero; pero, á mas de que está esto conforme con la naturaleza de las cosas, se hallan ambos en una armonía tan perfecta, que no forman juntos mas que uno solo, y no se puede suprimir el uno sin perder el otro.

IV. Hasta aquí no hemos considerado el carácter de Jesucristo mas que por su lado moral: no es menos digno de nuestras meditaciones por el lado intelectual.

¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? decia; y asimismo hubiera podido decir: *¿Quién de vosotros me convencerá de error?* Ambos retos, de una temeridad insensata en boca de cualquiera otro, están de tal modo justificados en la de Jesucristo, que no atinamos en lo que podrian tener, humanamente hablando, de inconveniente y de contrario en particular á lo que dice de sí mismo en otro pasaje: *Apren-*

del de mi que soy manso y humilde de corazon. Y es porque todo en él se concilia por estas otras palabras: *Yo soy la verdad.*

De hecho, jamás ha habido palabra mas sujeta á la discusion y á la aplicacion que la de Jesucristo. Arrojada á los cuatro vientos, transmitida de siglo en siglo, por todas partes y siempre ha dado abundantes frutos de verdad, de perfeccionamiento y de civilizacion. Jamás ha recibido un solo mentís. Aceptada ó rechazada, ha aducido siempre su prueba, saludable ó terrible, y *ha convencido de pecado y de juicio* á los que no ha podido convencer de su verdad y excelencia. Es aquella aguda espada de dos filos que salia de la boca de Jesucristo en la celestial vision del águila de Patmos.

¡Qué motivo de profundas reflexiones para una alma que busca en el cristianismo señales de verdad! ¿No es mas que un hombre, aquel de cuya boca salió una palabra semejante; una palabra cuya verdad no han podido apurar diez y ocho siglos de desarrollos y de aplicacion, y que aun en nuestros dias tiene á su lado todas las luces y todas las seguridades del porvenir?... ¿No es mas que un hombre el que de en medio de las mas opacas tinieblas, en que estaba entonces sumido el entendimiento humano, dijo con tanta justicia: *Yo soy la luz del mundo*, y pronunció de sí mismo aquel profético juicio, cuyo cumplimiento esta atestiguado y garantizado por todo cuanto existe: *El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra subsistirá eternamente*?... ¿No es mas que un hombre, aquel cuya palabra, concedida al mundo ó retirada de él, constituye su luz ó sus tinieblas, la santidad ó la corrupcion, la vida ó la muerte?... Dígalo la recta razon. ¿No es mas que un hombre, no es mas que esa palabra que sale de ordinario de la boca del hombre, ó es mas bien la *Palabra* misma, es decir, el *Verbo* de Dios bajo la forma de hombre?...

Por lo que á nosotros toca, lo confesamos, no conocemos la verdad por otras señales que las que acompañan á la palabra de Jesucristo. En una y otra parte vemos el mismo poder, la misma inmutabilidad, la misma infalibilidad, la misma universalidad, la misma perpetuidad, la misma fecundidad, la misma sencillez, la misma profundidad, igual armonía con nuestra conciencia y nuestra razon, igual confirmacion de experiencia, igual crédito de sentido comun; ambas se confunden en nuestro espíritu como dos sonidos idénticos, dos luces iguales, y no podemos distinguir esos dos verbos, el uno interior y el otro exterior; de modo que, sin el testimonio de la historia, creeriamos que la naturaleza nos ha dado el conocimiento y el uso de ambos,

y que lòs habíamos mamado á la vez en los pechos de la verdad.

Y sin embargo el hecho es cierto: esa palabra, que de tal modo se confunde con la verdad natural, procede de Jesucristo. Ha habido un dia en que el Evangelio no existia, y un dia en que empezó á aparecer. Su mismo nombre dice que fue para el mundo la *buena nueva*. Es tan cierto esto, es tan cierto que la luz del Evangelio era *nueva*, que todo el género humano en masa se sublevó para rechazarla como una contradiccion con todo lo que se creia ser la verdad, que ella misma se vió obligada á darse el nombre de *locura*, y que solo á través de furiosos obstáculos acabó por hacer reconocer lo que es en realidad: la misma Sabiduría, la misma Verdad.

Estúdiese bien la singular manera de introducirse el Evangelio en el mundo. Hay una verdad natural, que es como el modelo, el *tipo*, por el cual se regulan todas las operaciones de nuestra alma, y estas no pueden hacerse recibir sino por su conformidad con aquella verdad madre. El Evangelio vino á aumentar la capacidad de esta última, no por via de deduccion, sino de adicion al conocimiento que teníamos ya de ella; extendió la revelacion primitiva de la infinita verdad, y tomándola en el punto en que la habia dejado el Criador en nosotros, la aumentó con una nueva revelacion: es una revelacion de la misma verdad en cuanto á la naturaleza, mas ámplia empero y mas adelantada en cuanto á su extension: el centro es el mismo, la circunferencia mas dilatada. —Por consiguiente, el resultado de esto no es tan solo haber aumentado para nosotros la suma de la verdad, sino haber restablecido y rectificado la que ya poseíamos y que habia quedado alterada. En el dia la luz evangélica nos parece tan conforme á la luz natural, que las confundimos una con otra; pero cuando apareció no sucedia así: se repelian mútuamente. Y ¿de dónde provenia esto, sino de que la luz natural se habia debilitado y corrompido en el seno de la humanidad? El efecto de la luz evangélica fue, pues, restaurar en nosotros la verdad natural y aumentarla con su adicion, á la manera que empezamos por reforzar los cimientos cuando queremos dar mas elevacion á un edificio ya viejo. Y hasta cierto punto se hizo esto espontáneamente, tan conforme era á la naturaleza de las cosas, y por una accion recíproca de los dos órdenes de verdades, una sobre otra. La luz evangélica agotó la luz natural, y esta, al agotarse, se identificó con la luz evangélica de tal manera, que desde entonces no ha habido mas que una sola y única verdad. Esta es la existente en nuestros dias y que se va desarrollando cada vez mas, pues tiene

la luz evangélica una virtud de que carecia la luz natural, virtud conservadora en cuanto á la sustancia, y al propio tiempo progresiva hasta el infinito en cuanto á la aplicacion. — En todo lo dicho no raciocinamos apoyados en la doctrina y las creencias; sino apoyados en los hechos, en la historia del entendimiento humano [1].

Mas todavía queremos insistir en nuestro propósito: aquel cuya palabra obró esa fusion, esa progresion de la verdad en el mundo, ¿no será mas que un hombre, un heredero de ignorancia y de error como los hijos de los hombres, ó será el Autor de la verdad, la Verdad misma? ¿Qué otras señales queremos para reconocer la Verdad?

¡Cuán interesante es para el entendimiento humano trasladarse al momento en que apareció en el mundo esta regeneradora verdad, y figurársela encerrada todavía en el seno de su Autor! ¡Cuán bien se muestra entonces con caractéres correspondientes á su celestial orígen, *y cómo brilla en medio de las tinieblas que no la comprenden!* Estas tinieblas cubren toda la tierra; cubren principalmente la Judea en la cual la falsa idea que habia prevalecido del Mesías habia completamente sofocado la verdadera, y *viniendo* este Mesías *á los suyos, los suyos no lo recibieron.* Contempladlo: todo es tinieblas á su rededor: solo y aislado, lleva en su seno aquella luz que algun dia debia llenar todo el mundo. Habla: ¡poderoso, divino lenguaje! Cada palabra suya se convertirá en la sabiduría de las naciones, y desde sus labios pasará hasta los confines del mundo, hasta los confines de los siglos, y todo lo cambiará, todo lo renovará á su paso. ¡Cuán sublime es todo su contenido, y cuán perfectamente se descubre que aquel de quien procede es el *Verbo,* y que todo lo que dice no le viene de los hombres sino de su *Padre que está en los cielos!* — Jesús no discute, no raciocina ni perora: anuncia su doctrina sin arte, sin esfuerzo, sin temor de no ser comprendido, con una sencillez llena de confianza, del mismo modo que el labrador echa su simiente en la tierra, seguro de que lleva en sí misma la virtud que dentro de poco la ha de hacer germinar. — Cuando el hombre instruye á otro hombre, le deja entrever el camino por donde él mismo se ha instruido, y procura atraérselo por medio del raciocinio; repasa con su discípulo, y se confirma en su ciencia enseñándosela. Si habla por inspiracion, es el primero

[1] Para no equivocarse en la verdadera significacion en que han de tomarse algunas palabras del brillante pasaje que precede, ténganse presentes las doctrinas vertidas en los cap. IV y V de la primera parte, lib. I, sobre la *Religion natural*, y *Necesidad de una revelacion primitiva. (Nota de los Editores).*

que se conmueve, se transporta, se sorprende, y su lenguaje brota gran copia de imágenes impotentes para pintar la verdad que descubre como un espectáculo que no le es familiar. Nada de esto le sucede á Jesucristo. No se descubre el orígen de su ciencia, ni esta aparece aprendida de los hombres, ni conocida por inspiracion, sino el fruto natural y propio de su pensamiento, su pensamiento mismo en su union íntima con su Padre. Por esto nada aumenta ni disminuye la plenitud de su conviccion sobre la verdad que enseña, ni la oposicion que encuentra, ni los transportes que excita. Solo él no se manifiesta sorprendido: sus garantías están en otra parte. Lleno de los misterios de lo alto, no le conmueven como á los demás mortales á quienes se comunica Dios accidentalmente. Habla de ellos sin violencia, la verdad le es familiar, visiblemente él ha nacido en el secreto que revela. Algunas veces hasta se ve obligado á disimular la sublimidad de su doctrina y á distribuir con cierta medida *lo que él tiene sin medida* [1], á fin de que nuestra debilidad pueda soportarlo. Habla de las cosas mas grandes con tanta sencillez, que parece que no ha pensado en ellas nunca, y al mismo tiempo con tanta precision, que se ve desde luego lo que de ellas pensaba: esta claridad y aquella ingenuidad forman un conjunto admirable [2]. A la manera que un rey ó el heredero de un rey, nacido y viviendo en el seno de las grandezas, habla de ellas sin énfasis y como de una cosa que para él es ordinaria y natural: así habla Jesucristo del reino de los cielos, de Dios su Padre, de sus Ángeles, de la eternidad, de la justicia y de la misericordia, de la vida y de la muerte. Habla de todo esto, no para hacer ostentacion ni justificar el conocimiento que de ello tiene, sino porque tal es su mision, tal es la verdad, y aun entonces reviste su pensamiento de imágenes tan sencillas, tan ordinarias, tan naturales, que no puede menos de reconocerse que todas aquellas cosas son efectivamente para él sencillas, ordinarias y naturales. *El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza que ha sembrado el hombre en su campo.* ¡Qué sublime trivialidad! *¿Quién de vosotros*, dice en otro lugar, *es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que se habia perdido hasta que la halle? Y cuando la hallare la pone sobre sus hombros gozoso; y viniendo á su casa, llama á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabien, porque he hallado mi oveja, que se habia*

[1] Joan., VIII, 34.
[2] Pascal.

perdido. — *¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiere una, no enciende el candil, y barre la casa, y busca con cuidado hasta hallarla? Y despues que la ha hallado, junta las amigas y vecinas y dice: Dadme el parabien, porque he hallado la dracma que habia perdido.* — *Hé aquí,* dice, *el retrato de vuestro Padre celestial: tal será la alegria entre los Ángeles de Dios por un pecador que hiciere penitencia.* ¡Qué divina grandeza no se descubre en semejante sencillez! ¡Cuán magníficas son en sí mismas todas estas ideas de la bondad de Dios, de su misericordia, de la debilidad humana y al mismo tiempo de su valor! ¡Cuán bien se conoce, por la tierna bondad del que las hace tan accesibles al hombre y que las usa con tanta familiaridad, que él mismo es ese *buen pastor* que corre en pos de su oveja, esa *mujer* que busca la dracma, ese *Dios Salvador!*

No proponemos esta prueba al raciocinio ni á la lógica, sino al sentido moral, al sentido íntimo, á las mas instintivas percepciones de lo bello en nosotros, y ¡desgraciado el que á semejante prueba se queda insensible!

V. Por otra parte, tenemos una soberana garantía del hecho de la divinidad de Jesucristo en la declaracion de Jesucristo mismo. Repetidas veces nos dice que él es *el Cristo, Hijo de Dios vivo,* — *la Verdad,* — *el Principio,* — *la Luz del mundo,* — *la Vida eterna,* — *el Mesías prometido desde el orígen del mundo,* — *el Salvador del género humano.*

No solamente se da el título de Dios, sino que ejerce sus prerogativas, hace sus obras y reivindica sus derechos. Todas sus palabras, toda su conducta revelan este designio, y sostiene este papel hasta en medio de los tormentos, hasta la muerte, y despues de la muerte. «Siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpacion el ser el igual á «Dios, dice san Pablo.» *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo* [1].

Veamos ahora la indeclinable consecuencia que de aquí debemos sacar.

Ó dice verdad, ó miente: si dice verdad, es Dios; si miente (perdónenos Dios este terrible dilema, nuestro corazon lo borra á medida que la mano lo va escribiendo), es un impostor ó un demente.

No cabe medio entre estos dos extremos, y las mismas razones que prueban que Jesucristo es Dios, si son solidas, prueban, si no lo son, que es un impostor ó un demente.

[1] Philip., II, 6.

— ¡Jesucristo impostor!!! ¡Jesucristo insensato!!! exclamará el mismo incrédulo. ¡Ah! no me hagais decir semejante desatino: ¡léjos de mi pensamiento tal blasfemia! Trastornais todos mis sentimientos y mi razon; primero me tendria á mí mismo por un insensato; permitidme, permitidme que vea en él á un gran filósofo, un hombre eminentemente sábio, un justo amigo de Dios, un bienhechor del género humano, digno de todos nuestros respetos y de todo nuestro reconocimiento.

— ¡No! *El que no está conmigo*, dice el mismo Jesucristo, *está contra mí*: tan absoluta y exclusiva es su voluntad de ser reconocido por lo que dice ser, por *igual á Dios*. Desprecia todo homenaje que no se extienda hasta la adoracion, y consiente en que se le trate de blasfemo é insensato si no es Dios. Vedlo en manos de sus enemigos que se burlan de él, y haciendo alusion á su pretendida divinidad, le cubren el rostro y lo golpean en la cara, diciéndole: *Adivina quien te pegó*. Despues de toda una noche pasada en esta sangrienta ironía, «cuando «fue de dia, dice el historiador sagrado, se juntaron los ancianos del «pueblo y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y lo llevaron á su concilio, y le dijeron: *Si tú eres el Cristo, dínoslo*. — Y les «dijo: *Si os lo dijere, no me creeréis, ni me dejaréis. Mas desde ahora el «Hijo del hombre estará sentado á la diestra de la virtud de Dios*. — «Entonces dijeron TODOS: ¿LUEGO *tú eres el Hijo de Dios?* — Y les con«testó: VOSOTROS LO DECÍS: YO LO SOY. — Y ellos dijeron: *¿Qué mas «testimonio necesitamos, supuesto que lo habemos oido de su propia «boca* [1]?»

Igualmente, cuando presentado al pontífice, le acusaba la turba de haberse arrogado el poder del mismo Dios, el príncipe de los sacerdotes le dijo: «*¿Nada respondes á lo que estos deponen contra tí?* «— Y Jesús callaba. Y el pontífice le dijo: *Te conjuro por el Dios vivo, «que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*. — Jesús le responde: «TÚ LO HAS DICHO. *Y mas os digo, que veréis de aquí á poco al Hijo del «hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nu«bes del cielo*. — Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus ves«tiduras y dijo: Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de tes«tigos? Hé aquí, ahora acabais de oir la blasfemia, ¿qué os parece? «Y ellos respondieron: Reo es de muerte. Entonces le escupieron en «la cara, etc. [2].»

[1] Luc., XXII, 63 al 71.

[2] Matth., XXVI, 63 al 67. — No es tan solo en la pasion que la declaracion

Si Jesucristo no es Dios, tenia razon el pontífice en tratarlo como un blasfemo. El mismo Jesucristo no reclama contra semejante tratamiento: lo sufre como un efecto de la ceguedad de los judíos que no quieren ver en él á un Dios. Su única defensa fue decir que lo era realmente. No se le creyó: desde este momento nada dice, ni siquiera reclama cuando se le trata como á un vil blasfemo, y todo lo que sigue es consecuencia de esto.

Esta situacion de Jesucristo en presencia del pontífice es además y será siempre la única que puede tomar en presencia de la razon; y la incredulidad de todos los tiempos, puesta en el caso de fallar acerca de su persona, deberá concluir como los judíos.

La opinion que, sin reconocer en Jesucristo un Dios, quiere limitarse á ver en él un sábio, es muy moderna. Dentro de poco buscarémos su orígen, bastándonos entre tanto hacer notar que se halla plenamente refutada por *la unanimidad* del juicio que antiguamente formaron de Jesucristo sus amigos y sus enemigos.

Por esto examinando los testigos contemporáneos de Jesucristo, nada encontramos que pueda dar idea de semejante opinion.

Los parientes de Jesucristo creen que ha perdido el juicio y que está enajenado [1].

Los judíos quieren despues hacerlo pasar por impostor.

Los Apóstoles dicen que es el Hijo de Dios, y Dios como él.

A estos tres juicios está reducido cuanto de él se dice, *y no podemos suponer una cuarta opinion.*

Esta observacion es de d'Agueseau [2], quien añade luego: «Los «dos primeros son evidentemente falsos, por consiguiente el último «es verdadero.»

de su divinidad acarrea á Jesucristo el furor de los judíos, sino tambien durante el curso de su vida. En prueba de esto véase entre otros el siguiente pasaje que es tan notable: «Como se pasease Jesús en el templo por el pórtico de Sa- «lomon, le rodearon los judíos, diciéndole: — ¿Hasta cuándo nos acabas el al- «ma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. — Jesús les respondió: — Os «lo digo, y no me creeis: las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, estas «dan testimonio de Mí. *Yo y el Padre somos una cosa.* — Entonces los judíos «tomaron piedras para apedrearle. — Jesús les respondió: — Muchas buenas «obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál obra de ellas me apedreais? — «Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la buena obra, sino por la «blasfemia: y porque tú, SIENDO HOMBRE, TE HACES DIOS Á TÍ MISMO.» (Joan., x).

[1] Marc., III, 21.

[2] *Algunas reflexiones sobre Jesucristo*, § 48, t. XV, pág. 460.

En lo sucesivo y durante los primeros siglos del cristianismo, estuvo el mundo dividido entre dos opiniones acerca de Jesucristo: la una, que era Dios; la otra, que era un impostor. Atribuyéronle este ultimo carácter todos los que negaron su divinidad, segun se desprende de los escritos, no solo de los judíos sino de los mismos filósofos paganos, como Celso, Porfirio, Juliano y otros.

En ninguno de los juicios comparados de la persona de Jesucristo, vemos nada que se parezca al que actualmente discutimos, es decir, que se le hubiese considerado como un sábio. Es notable además que no pudiendo los paganos prescindir de la impresion que en ellos hacia su divinidad, pero no queriendo tributar á esta divinidad el verdadero homenaje que le correspondia, haciéndose desde luego cristianos, lo colocaron entre *sus dioses*[1]: tan lógica era la alternativa, que no les permitia ver en él un simple grande hombre.

Es cierto que en nuestros dias, para escapar la incredulidad á esta rigurosa alternativa, quisiera escoger entre los hechos de la vida de Jesucristo, y, dejando á un lado los pasajes del Evangelio que tienen relacion con el dogma y sobre todo con los milagros, limitarse á la simple moral, y no ver en Jesucristo mas que el autor de una doctrina humana. Pero semejante pretension no es tolerable, y en cualquiera otra materia seria calificada de insensata. ¿En qué nos fundaríamos para decir que el Evangelio es verdadero en tal punto y falso en tal otro, y que esa eleccion entre su verdad y su falsedad se hace exactamente en el sentido y á la medida favorable de la incredulidad? ¿En qué puede apoyarse la opinion de que todo lo dogmático es necesariamente *símbolo*, de que todo lo milagroso es necesariamente *leyenda*, y que lo único real y cierto es la parte moral? ¿Hay algo en el Evangelio que lo denote y autorice, y no nos refieren sus autores con las mismas garantías, con igual acento de verdad, en una parte este precepto de Jesucristo: *Lo que no quieras para ti, no lo hagas á otro;* en otra parte la siguiente invocacion de su divinidad: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra;* y en otra la accion de este mismo

[1] Christo templum facere voluit, cumque *inter deos* recipere. (Lampridio *in Alexandrum*). Cuenta además Lampridio que Alejandro Severo tenia dos *lararios*, ú oratorios en su palacio imperial: el uno no era mas que una sala destinada para colocar en ella los bustos de los grandes hombres, ó como un *museo* que nada tenia de religioso. El verdadero lararío, aquel en que Alejandro adoró á Jesucristo, estaba consagrado á los dioses: — Virgilium in secundo larario habuit, ubi Achillis et magnorum virorum... Sed in larario *maiore, inter deos*, Iesum... (*Ibid.*). — Esta distincion es muy importante.

poder: *Lázaro, resucita?*... Si creeis en la verdad del Evangelio relativamente al primer punto, ¿por qué no admitís los dos restantes, ó si no admitís los dos últimos, por qué creeis en el primero? ¿Por qué no decís que todo en él es falso, que nunca ha dicho Jesucristo ninguna de estas cosas, que ni siquiera ha existido semejante personaje, y que cuatro escritores oscuros se convinieron para inventar un carácter fantástico, y engañar con él á todo el género humano?

Es preciso venir á parar á esto, porque el Evangelio no puede dividirse: es inconsútil como la túnica de Jesucristo. La moral, el dogma y los milagros están en él entrelazados y se apoyan recíprocamente: forman todos juntos como un tejido, del cual no podemos quitar un solo hilo sin romper toda la trama. Échense suertes si se quiere sobre él; pero es preciso aceptarlo ó desecharlo todo entero.

Notad bien ahora que no nos adelantamos todavía hasta decir que todo lo que dijo Jesucristo sea verdad, por ejemplo, que fuese él el Hijo de Dios: sino únicamente que dijo: *Yo soy el Hijo de Dios*; — que resucitase á Lázaro, sino tan solo que dijo: *Lázaro, resucita*, etc. — Despues de esto os dejamos en la libertad de creer que no fuese el Hijo de Dios, que no resucitase á Lázaro... Lo cierto es, que él habló y obró en estos dos casos y en todos los análogos con visible intencion de que se le creyese al pié de la letra, lo mismo que cuando dijo: *Bienaventurados los que lloran*, ó bien: *El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.*

Añadimos mas todavía: en este sentido jamás ha sido impugnada la veracidad del Evangelio, y los judíos y paganos no han puesto nunca en duda que Jesucristo quiso *hacerse pasar* por Dios, y que quiso que *pareciese* que hacia milagros. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era esto demasiado notorio para ser disputado, y este acuerdo, unido á lo que precede, debe al fin poner límites á la incredulidad, si no se ha de renunciar á discutir con ella.

Sin embargo, volvemos á nuestro argumento: un simple mortal que quiere hacerse pasar por Dios, es un impostor; y si para consumar su impostura recurre á falsos milagros, es un vil charlatan, un aventurero audaz.

Esto es incontestable, y solamente dejan de resistir su necesidad lógica los semi-incrédulos, en quienes un resto de fe hace rechazar aquel principio, por el horror que les causa la posibilidad de aplicarlo á Jesucristo: su incredulidad no se halla resuelta, tiene miedo á su propia sombra: son unos inconsecuentes con quienes no queremos cuestionar.

Pero para un verdadero fiel ó un sincero incrédulo la admision de semejante principio no debe envolver repugnancia alguna: no debe envolverla para el primero, porque no puede aplicarse á Jesucristo; ni para el segundo, porque no ve en Jesucristo mas que un simple mortal.

Sentado, pues, este incontestable principio, abramos el Evangelio, y recorrámoslo con imparcialidad, si es posible, teniendo únicamente á la vista esta aplicacion. Fijémonos bien en la idea de que Jesucristo no es Dios, y penetrémonos del verdadero sentimiento que deben inspirar tantos pasajes en que se arroga el título, los derechos y el poder de tal.

Por ejemplo:

Cura Jesús á un paralítico en sábado, y los judíos lo acusan de haber violado el descanso de este dia. Jesús responde: «Mi Padre, cuya «accion es incesante, no conoce sábado. Igual es mi accion [1].»

Los judíos toman estas palabras literalmente, y «siguen queriendo matarlo, porque no solamente quebranta el sábado, sino tambien porque á esta violacion añade la audaz blasfemia de decir que «su Padre es Dios, HACIÉNDOSE IGUAL Á DIOS [2].»

¿Qué les responde Jesucristo? ¿Va á retroceder á la vista de esta sacrílega comparacion? Oigámosle:

«EN VERDAD, EN VERDAD os digo, que todo lo que el Padre hiciere, «lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le da «poder de hacer todo lo que él hace, y os mostrará en su persona «obras mas admirables todavía. Porque así como el Padre resucita «los muertos y les da vida, así el Hijo da vida á los que quiere. *Hay «mas:* El Padre no juzga á ninguno, pues ha dado al Hijo *toda la «potestad* de juzgar, para que TODOS HONREN AL HIJO COMO HONRAN AL «PADRE [3]... No os maravilleis de esto, porque vendrá un dia en que «todos los que están en los sepulcros saldrán de ellos á la voz del Hi«jo de Dios: los buenos para recibir su recompensa, y los malos su «castigo...»

Poned estas palabras en boca de cualquier otro que no sea Jesucristo: figuraos que las oís por primera vez, y decid, ¿tendríais á su autor por un hombre cuerdo? Ó si por otra parte no pudiéseis ne-

[1] *Pater meus usque modo operatur, et ego operor.* (Joan., v, 17).

[2] ..... AEQUALEM SE FACIENS DEO. (Joan., v, 18).

[3] ..... *Neque enim Pater judicat quemquam: sed omne judicium dedit Filio*, UT OMNES HONORIFICENT FILIUM, SICUT HONORIFICANT PATREM... (Joan., v, 22, 23).

garle a este hombre capacidad y talento, ¿no os indignaríais contra una impostura tan odiosa y un orgullo tan sacrílego? Y en fin, si lo viérais tomar las maneras de un charlatan y echar mano de falsos milagros para acreditar su impía pretension; si viérais que el pueblo seducido le sigue á todas partes, lo aplaude y diviniza; si viérais que la mas negra impostura y la mas grosera supersticion van invadiendo todas las imaginaciones y usurpando todos los derechos de la razon y de la verdad, ¿no os indignaríais y horrorizaríais contra el autor de semejante superchería?

Figuraos, no obstante, que venciendo la repugnancia que os inspira, y deseando ver hasta dónde llega su locura ó su audacia, seguís á las turbas, y lo veis distribuir pan y vino á sus discípulos, dirigiéndoles estas palabras: «Tomad y comed, este es mi cuerpo; be«bed todos, esta es mi sangre. — En verdad os digo, que mi cuerpo «es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. — El que no «coma mi carne ni beba mi sangre no poseerá la vida en sí mismo. «Yo soy el pan vivo bajado del cielo, etc.» — Nosotros lo confesamos francamente: la repugnancia que semejante espectáculo nos causaria es superior á toda comparacion.

Sin embargo, hay una cosa que le pondria colmo, y seria oir al impostor hablar á cada instante de la verdad, llamarse á sí mismo LA VERDAD, y fulminar, lo mismo que la Verdad, rayos contra los hipócritas é impostores. Cuanto mas bella y seductora fuese su moral, mas resaltaria la impostura de su pretension y de sus obras, y, favoreciéndola en apariencias, pondria mas de manifiesto su carácter de hipocresía y falsedad.

Hé aquí la espontánea é invencible impresion que el Evangelio y el carácter de su héroe deben hacer en cualquiera que no crea en su divinidad. Desde el principio al fin, á cada página, habla de verdad, y manifiesta pretensiones y actos que si no son de un Dios, son de un impostor. No se funda esta alternativa en una ó en dos acciones, sino, lo repetimos, en toda la vida de Jesucristo.

Una sola accion de Sócrates, la última, deslustró la sabiduría de toda su vida y principalmente de su muerte. Es inconcebible, como muriendo por la santa causa de la verdad divina, termina su sacrificio por un acto de idolatría y de supersticion, mandando que se inmole un gallo á Esculapio. Semejante acto de infidelidad á sus principios permanecerá eternamente sobre su memoria, como una mancha que oscurecerá su brillo.

Si Jesucristo no es Dios, debe ser otra cosa bien distinta; pues toda su vida está llena de actos mil veces mas inconciliables con sus principios que la única accion que se puede echar en cara á Sócrates. Los principios de Jesucristo son el establecimiento del reino de la verdad, de la humildad, de la caridad y de la adoracion pura en espíritu y verdad; y hé aquí que, haciéndose honrar como Dios, constituyéndose en motivo y fin de todas las virtudes que enseña, las viola de la manera mas insigne, y da en su persona un ejemplo monstruoso, fuerza es decirlo, de impostura, de orgullo, de egoismo y de idolatría. Es peor que la inmolacion de un gallo á Esculapio, es la verdad inmolada á sí mismo, y esto no una sola vez y accidentalmente, sino del modo mas sostenido y sistemático, por todos los actos de su vida, y hasta en su misma muerte.

Leed principalmente en san Juan el discurso y oracion que hace despues de la cena la víspera de su muerte. Si es Dios, no hay nada mas sublime: es el epítome, la quinta esencia de la verdad y del amor. Pero si no es Dios, toda aquella oracion, llena de rasgos que suponen su divinidad, no es mas que una paródia sacrílega, una amalgama de expresiones ininteligibles, falsas y blasfemas.

Con grandísima exactitud dijo, pues, Rousseau, que: *Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios.* Queriendo hacer el elogio de Jesús, era lo menos que podia decir: era necesariamente lógico que llegase hasta aquí; una vez empeñado en la comparacion de Jesús con Sócrates, no podia salir del empeño sino proclamando su divinidad; de lo contrario, Jesús lo hubiera perdido todo en este paralelo, y la misma razon que hacia que se reprochase á Sócrates la última accion de su vida, hubiera atraido sobre Jesucristo la reprobacion de todos los amigos de la verdad.

Si Jesús no es el verdadero Mesías, el Hijo y el igual de Dios, ¿qué es mas que aquellos falsos Mesías que aparecieron en su tiempo, Dositeo, Simon Mago, Menandro y Barkochebas? Si nadie vacila en condenar la impostura de estos últimos, ¿por qué inconsecuencia se consagra la de Jesús?

— Jesús se salió con la suya, se dirá, y los otros sucumbieron en su empeño. — ¡Se salió con la suya! ¡y por esto veis en él á un sábio! ¡y por esto le honrais!... ¿Lo habeis pensado bien? por esto mismo deberíais despreciarlo mas y mirarlo con horror. — Porque ¿en qué se salió con la suya? En hacerse pasar por Dios, en hacerse adorar como tal por espacio de diez y ocho siglos en todo el universo; es decir,

segun vosotros, incrédulos en su divinidad, que se ha salido con la suya en su impostura, la cual ha perpetuado y propagado, y que su ultraje á la verdad es tanto mas enorme, cuanto mas inveterado é incurable es. Léjos de rehabilitarlo, este mismo éxito es quien lo acrimina. Si el incrédulo es consecuente consigo mismo, su indignacion y horror deben aumentarse en la misma proporcion del triunfo del impostor. *¡Destruyamos al infame!* tal deberia ser el grito de su conciencia y de su razon, y al proferirlo Voltaire tuvo á lo menos la franqueza de su audacia [1].

Estas palabras de Voltaire hablando de Jesucristo son el reverso lógico de aquellas otras con que deducia Rousseau su divinidad: unas y otras son preciosas como expresion y como prueba de la fuerza de nuestros argumentos. Prueban con energía que no es posible tener á Jesucristo meramente respeto, y que la razon, cuando no hay ninguna preocupacion que la detenga en la pendiente de la fe, ó de la incredulidad en Jesucristo, no puede dejar de acabar por adorar ó aborrecer á su persona.

— Pero sin embargo, se dirá, — y convenimos en que se impugne esta conclusion, no porque ella no sea perfectamente legítima, sino porque envuelve la alternativa de decidirse, y salir de ese estado dudoso, que ni es la fe, ni la incredulidad; estado en el cual desfallecen una multitud de inteligencias, y en que padece tanto la filosofía como la Religion, porque no es verdadero ni racional, — pero sin embargo, se dirá, porque nosotros no reconozcamos la divinidad de Jesucristo, no podeis obligarnos á suscribir á que sea un *infame*, y poner en nuestra alma y en nuestros labios lo que está mas léjos de nuestra

[1] Se ha pretendido que Voltaire, al lanzar este grito de guerra, con que termina todas las cartas que escribió á d'Alembert, solo queria hablar de la supersticion y del fanatismo; pero no cabe duda que va mas léjos su pensamiento, y que tiene la osadía de atacar cuerpo á cuerpo á la misma persona del Salvador de los hombres. La prueba de esto es que d'Alembert, á quien van dirigidas las cartas, y que debia conocer bien todo su pensamiento, al contestarle sobre esto en una de sus cartas: «V. quisiera, le dice, que hiciéramos imprimir el «*Testamento de Juan Mestier*, y que de él se distribuyeran cuatro ó cinco mil «ejemplares; pero en ello poco ó nada perderia el *infame*, ya que hay *infame*, «y nosotros seríamos tratados por locos por los mismos que hubiésemos con«vertido. Lo que V. sabe ha de ser atacado con miramiento, como Pedro Cor«neille.»

Sobre estas palabras: *Lo que V. sabe*, Beuchot, fiel editor, pone la siguiente nota: — «Leccion conforme á la edicion de Kehl. El original dice: *J. C. ha de «ser atacado.*» (Voltaire, edicion Beuchot, t. LX, pág. 344).

imaginacion: el horror, la indignacion y el desprecio por su persona. Porque al fin y al cabo no podemos desconocer que Jesucristo dotó al mundo de una moral sublime, disipó las tinieblas de la idolatría, introdujo en la humanidad un espiritualismo santificante, emancipó de la supersticion los espíritus, de la infamia los corazones, de la esclavitud las cabezas; fundó el reino de la libertad y de la caridad, é ingertó la verdad en todas partes, en las costumbres, en las instituciones y en las leyes; imprimió al género humano una marcha civilizadora, que sigue aun vigorosa y lozana despues de diez y ocho siglos; colmó á la tierra de las maravillas de su virtud; salvó y salva todavía incesantemente al mundo. — Estos son sus títulos á nuestro respeto, á nuestra admiracion, á nuestro reconocimiento; — no podemos desconocerlos ni olvidarlos sin desconocernos y olvidarnos á nosotros mismos: ¡no! nunca podréis obligarnos á que lo blasfememos.

— Adoradlo pues: ya que acabais de exponer los títulos que á ello os obligan y de cerraros el retorno á la incredulidad.

— Pero ¿por qué?

— Vamos á explicarnos:

Mirada en sí misma, la obra de Jesucristo es de tal suerte incomparable, que aquel que hizo todo cuanto acabais de reconocer, hizo lo que no es dado hacer á un simple mortal. Por consiguiente, no hay respeto, ni admiracion, ni agradecimiento, que sean capaces de pagar la deuda que le reconocen la razon y el corazon: es menester un sentimiento que sea infinito como lo es el beneficio: es menester creer en él y adorarle.

Cotejada con su pretension y su conducta, la obra de Jesucristo da una fuerza irresistible á esta conclusion; porque habiendo sido sin duda alguna la pretension y conducta de Jesucristo de hacerse reconocer por Dios, y como si no era Dios, su conducta y su pretension *en esta parte* eran las de un impostor, se hace indispensable admitir que se levantó y se sostiene un edificio que todo es de verdad sobre una impostura y por medio de una insigne impostura, y que las virtudes evangélicas, que son las que vivifican el mundo, son ellas mismas vivificadas por medio de una creencia que las viola abiertamente en su objeto.

Aun no está aquí todo, y al permitiros, á costa de una contradiccion tan enorme, que separáseis la obra de Jesucristo y su pretension, no he podido haceros mas que una concesion; pues que entrambas no forman mas que un todo, y es necesario ó admitir ó desechar las dos.

Todo lo que acabais de ponderar en favor de Jesucristo se reduce á la nada si le despojais de su divinidad, pues esta se confunde é identifica con su obra.

En efecto, todo el Evangelio, su moral, sus luces y virtudes, emanan directamente del principio de que Dios intervino misericordiosamente con Jesucristo para rescatar al género humano. El dogma de la Redencion, la Cruz: hé aquí el Evangelio, hé aquí el cristianismo. Creemos haber demostrado en nuestros estudios sobre la *Redencion* las sublimes ideas que de Dios y de sus atributos nos ha dado el cristianismo: de su justicia, de su santidad, de su grandeza y de su misericordia; las no menos profundas que nos ha dado de nosotros mismos: de nuestra miseria, de nuestra grandeza, de nuestro estado primitivo, actual y futuro; de nuestras relaciones absolutas con Dios, con nosotros mismos y con los demás hombres; todas esas magníficas nociones que han cambiado la faz del mundo, y todas las causas que las han puesto en accion en la humanidad, no son mas que emanaciones é irradiaciones del gran sacrificio del Hombre-Dios. El cristianismo es menos el resultado de las palabras que de la conducta de Jesucristo, y á decir verdad no es mas que Jesucristo erigido en imitacion y en modelo: y el mundo no cambió tanto por lo que dijo como por lo que hizo el Salvador, y no tanto por los hechos de su vida como por el grande hecho de su muerte. Su moral evangélica es una moral en accion; y el teatro de esta accion es la Cruz, y su actor necesario un Hombre-Dios. Por esto vemos que en todo el curso de su vida incesantemente apela Jesucristo á su muerte como al objeto de su mision y al principio de su resultado. Habla de ella continuamente, todo cuanto dice la supone, no hace mas que ir preparando su aplicacion, esperando á que suene la hora de su *consumacion*, y aplaza para esta hora la conversion de todo el universo. *Quando exaltatus fuero à terra omnia traham ad me ipsum.* — Hé aquí el Evangelio: tomadlo, y leedlo, y en todo él no descubriréis mas que esto. En este sentido es y ha sido siempre admitido, entendido y practicado en todas partes hasta nuestros dias, y si ha producido todos los frutos que tanto admirais, y si en la actualidad los produce todavía, es porque esto es real y efectivo, es decir, porque Jesucristo es Dios.

Por consiguiente, cuando admirais las maravillas del cristianismo, no haceis mas que admirar los esplendores de la divinidad de Jesucristo, y si aquellos son verdaderos, esta lo es tambien.

¿Diréis que esta divinidad no es mas que una sublime hipótesis ima-

ginada por el mismo Jesucristo para dar un fundamento á su sistema, y hacerlo admitir por el género humano?

¿Sabeis lo que decís? ¡una hipótesis! es decir, una cosa que no se apoya en nada: ¡tal es á vuestros ojos el fundamento de ese cristianismo que tanta admiracion os causa! Pero ese mismo cristianismo no es otra cosa que la revelacion aplicada al mundo como un modelo segun el cual la humanidad debe reformarse. Por consiguiente, si esta divinidad es una quimera, el cristianismo debe serlo igualmente: y sin embargo lo teneis por una magnífica realidad. Estais embelesados al contemplar todo lo que contiene de verdad, de vida y de fecundidad en su seno. Poneos de acuerdo con vos mismo. Lo que hay de cierto es que si negais la divinidad de Jesucristo, negais toda la ciencia y toda la virtud de la Cruz; y que si negais la ciencia y la virtud de la Cruz, nada os queda del cristianismo. Todas estas cosas están unidas y entrelazadas, por decirlo así, con Jesucristo, en el altar de su sacrificio.

Además, ¿no conoceis que la *hipótesis* de la divinidad de Jesucristo, que no hubiera debido entrar en su obra sino como medio auxiliar, habria usurpado extraordinariamente su fin, y habria hecho pagar muy caro el auxilio que le habria prestado? ¿Cuál es, en efecto, el objeto del cristianismo, sin arrancar del mundo la idolatría, restablecer el culto del Dios verdadero, la *adoracion pura en espíritu y verdad*, é inspirar al mundo todas las virtudes que son su consecuencia: la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la penitencia? Por consiguiente, si Jesucristo no era Dios, ¿no está claro que haciéndose adorar como tal, fundaba en su persona el reino de la idolatría, perjudicaba al culto del verdadero Dios, consagraba el error y la mentira, confiscaba en provecho propio todas las virtudes que inspiraba, las engañaba y violaba, sustituyéndose á su fin legítimo, y abusaba monstruosamente, preciso es decirlo, de lo mas sagrado que hay en el corazon del hombre: la fe, el desinterés, el amor?... ¡Cosa horrible! Nosotros nos representamos todos los sacrificios que se hicieron, que se hacen y que se harán en el mundo al solo nombre de Jesucristo; todos esos millones de mártires, cuya sangre purpuró la tierra; todos los suplicios y torturas que sufrieron, ¡y todo por la falsa persuasion de que Jesucristo era Dios! ¡Jesucristo el autor y el fautor de esta falsa persuasion!!! ¿Es posible semejante impostura? ¿No está en palpable contradiccion con el carácter dulce, humano y verídico de Jesucristo? ¿Puede conciliarse con el respeto y admiracion que sen-

timos por su persona? ¿Hubiera logrado tanto crédito y un éxito tan feliz, y seria aun en la actualidad, despues de diez y ocho siglos, la clave del cristianismo y de toda la civilizacion que de este procede?... ¿No veis que esto es tocar hasta lo imposible y lo absurdo, y que á fuerza de no creer delirais?

Pero aun no está todo aquí:

La divinidad de Jesucristo, se dice, no habria sido mas que una sublime hipótesis imaginada para hacer admitir su moral. — Está bien; pero ¿quién habria hecho admitir esta hipótesis?

Se concibe una ficcion que halague las disposiciones de aquellos á quienes se dirige, que entre en sus miras, y los conduzca por medio de seductores artificios á un resultado ventajoso que al principio les hubiera repugnado; pero ¡una ficcion que repugna tanto como el resultado! ¡mas que el resultado!!! Esto es evidentemente contradictorio.

¿De dónde nacen todas las resistencias que encontró el cristianismo en el mundo, desde la sublevacion de los judíos contra Jesucristo hasta la incredulidad que en este momento estamos combatiendo, sino de que Jesucristo fue propuesto como Dios?... El incrédulo admite el resultado del cristianismo, su moral, sus instituciones civilizadoras, etc.; las admira y las aplaude; son el fundamento de su respeto y reconocimiento por Jesucristo. *Una sola cosa* le indigna y le rebela, la divinidad de Jesucristo. Y sin embargo, por la mas singular contradiccion, presenta esta divinidad como el incentivo seductor, por cuyo medio habria Jesucristo atraido á sí el mundo. No conoce que el sentimiento de incredulidad que le obliga á hacer la objecion, la vuelve contra él mismo.

Lo difícil en el cristianismo, ó mejor, lo imposible, humanamente hablando, estaba precisamente en hacer ver, en hacer adorar á Dios, al Señor de cielos y tierra, en un hombre puesto en cruz. Respecto del universo pagano, especialmente, léjos de ser esto un medio de buen éxito, era el grande obstáculo, la grande insigne *locura*. Es verdad que este mismo obstáculo, una vez vencido, se convertia en un medio; pero para vencerlo se necesitaba un medio superior á todo obstáculo; y si para hacer creer en la moral era preciso hacer creer en la divinidad de su autor, para hacer creer en la divinidad de su autor contra toda apariencia de razon, contra todos los instintos de la naturaleza, todas las preocupaciones y todos los intereses, y con toda esa fuerza, esa rapidez, esa universalidad, esa perpetuidad y esa in-

tensidad soberana que de todo triunfó, se necesitaba nada menos que esta misma divinidad.

Ninguna salida le queda, pues, á la incredulidad para evadir las imposibilidades de su sistema.

La conducta y la obra de Jesucristo se concuerdan de una manera desoladora para su razon, y no le dejan mas que la eleccion de las inconsecuencias, ó mas bien las acumulan para hacérselas devorar todas á la vez.

Inconsecuencia en ver al sábio por excelencia en un hombre que habia llevado la demencia ó la impostura hasta el punto de confundirse con la divinidad, fingir su poder, usurpar sus adoraciones, y exigir sus sacrificios.

Inconsecuencia en ver un insensato ó un impostor en el Autor de la mas pura y sublime moral que jamás se haya conocido, y en quien el mundo civilizado venera á un acabado modelo de perfeccion, al tipo de la sabiduría y de la verdad.

Inconsecuencia en ver ambas cosas en una misma persona, y para evadirse de reconocer en Jesucristo á un Dios-Hombre, ver necesariamente en él un sábio y un loco, un justo y un criminal.

Inconsecuencia, por fin, en atribuir el triunfo mas prodigioso que en el mundo se ha visto á una grosera impostura que, además de los obstáculos exteriores que hubiera tenido que vencer de una manera humanamente inexplicable, habria llevado en sí misma contradicciones que hubieran debido confundirla aun cuando todo hubiese concurrido á favorecerla.

De este modo se ve la incredulidad obligada á admitir sucesivamente y aun á la vez el *sí* y el *no*, el *pro* y el *contra*, la mentira y la verdad, la luz y las tinieblas, y á abrazarlas y acumularlas monstruosamente en su razon.

Pero esta razon rechaza al fin tantas inconsecuencias, y volviendo á su libre ejercicio, se asegura á sí misma que teniendo necesariamente que optar entre la divinidad y la impostura en Jesucristo, no puede vacilar en abrazar la creencia en su divinidad.

La divinidad en Jesucristo se presenta rodeada de misterios.

La impostura en Jesucristo se presenta erizada de absurdos.

Los misterios que corresponden á la divinidad de Jesucristo son de la esencia de esta misma divinidad, y pertenecen á un órden sobrenatural, que debe necesariamente envolverlos, y en el cual la razon debe admitirlos.

Los absurdos que en sí envuelve la impostura en Jesucristo trastornan el órden natural de las cosas que mas pertenecen al resorte de la razon, y en el cual esta misma razon no puede admitirlos sin negarse á sí misma.

La incredulidad se figura hacer un acto de independencia rechazando la creencia en la divinidad de Jesucristo, y no repara que no puede hacerlo sin caer desde luego bajo el yugo de la creencia en su impostura, mil veces mas costosa á la razon.

La cuestion no está en creer ó no creer, sino en creer esto ó aquello.

En efecto, si creer es admitir lo que no comprendemos, es incontestable que no comprendemos la impostura en Jesucristo, y que en este sentido hay creencia como en el caso de admision de su divinidad.

Pero hay la enorme diferencia de que creer en la divinidad de Jesucristo es creer en lo que por su naturaleza *debe ser incomprensible:* un fenómeno puramente divino; lo que es simplemente superior á la razon sin contradecirla; lo que, en una palabra, es del verdadero dominio de la creencia, porque no lo es del de la razon.

Creer, empero, en la impostura de Jesucristo es resignarse á no comprender una cosa que por naturaleza *debe ser comprensible:* un fenómeno puramente humano; es cegar por antojo la razon y ponerla en entredicho consigo misma; mas que todo esto, es admitir lo que se comprende muy bien, pero que *se comprende muy bien ser falso é imposible,* es ir contra las luces de la razon.

El que la fe cristiana sea esencialmente racional, aunque su objeto sea incomprensible, consiste precisamente en que su contrario es absurdo. — A mas de que su objeto no es nunca tan incomprensible que no sostenga admirablemente por sí mismo su divinidad á los ojos de la razon.

Pondrémos fin al presente estudio con una opinion célebre sobre la gran verdad que es su objeto; con el juicio de Napoleon sobre Jesucristo.

Todo el mundo sabe que al fin de su vida, y durante aquel intervalo que medió entre el trono y la tumba, aquel grande hombre, grande por la naturaleza y por la fortuna, y doblemente instruido por la prosperidad y los reveses, se ofrecia á sí mismo, desde el fondo de su destierro, el grande espectáculo de las cosas humanas, y que empleaba en juzgarlas aquella actividad que poco antes habia dispuesto de sus destinos. Desde la elevacion de su genio y de su fortuna, y á la distancia en que esta lo habia colocado de la escena del mundo, como para hacerle conocer su perspectiva y dejarle entrever con la antici-

pacion los juicios de la posteridad, su escuadriñadora mirada recorria el campo de la historia, y mirándose en él á sí mismo el primero, comparaba todas las grandezas con la suya, y se mezclaba familiarmente con las mas ilustres.

Una sola lo detuvo y le pareció tanto mas sobrehumana cuanto que lo excedia infinitamente. Celoso, no obstante, como uno de los mas orgullosos representantes de la humanidad, de no dejarse imponer por ella, pero colocado en una situacion en que no podia habérselas mas que con la verdad, aplicó al juicio de esta singular grandeza toda la experiencia que poseia de los hombres y de las cosas, y en particular la del arte del triunfo [1], que tantas veces habia empleado por sí mismo, y cuyos secretos habia agotado. Hizo mas: evocó todos los que habian sobresalido en este arte entre los hombres, y les pidió analogías para la solucion que buscaba. Mas todo fue pueril y vano: no tardó en conocer que no podia hacer ningun parangon, y que al lado del poder que queria juzgar, todo poder humano no era mas que nada; y él, *que se conocia bien y que conocia á los hombres*, como el Centurion del Calvario, dijo y confesó que Jesucristo era Dios.

Hé aquí ese juicio por tantos títulos precioso, por su objeto, por su autor, por la ocasion y por el lugar en que fue pronunciado. Al leer sus razones tan cabales, tan vigorosas, tan sensibles, parece que está uno sintiendo que esta es la última prueba en favor de Jesucristo, y que cualquiera entendimiento puede inclinarse y suscribir á lo que se inclinaba el gran genio de Napoleon vencido por la evidencia [2].

«... Es verdad que Jesucristo propone á nuestra fe una série de «misterios. Manda con autoridad que creamos en ellos, sin dar mas «razon para ello que estas tremendas palabras: *Yo soy Dios.*

«Indudablemente se necesita la fe para este artículo, del cual de-

[1] Á saber, el arte de exquisita prudencia de que debe usarse en los triunfos, de los que gozó Napoleon con tanto esplendor. *(Nota de los Editores).*

[2] Este juicio de Napoleon sobre Jesucristo se publicó en un libro escrito en 1841, conforme á las comunicaciones del general *Montholon.* Los periódicos lo han publicado posteriormente como un extracto de las *Memorias* inéditas *del general Bertrand,* que era con Montholon el interlocutor de Napoleon en la conversacion de este último sobre nuestro asunto. Citado este juicio muchas veces y en circunstancias solemnes, pasa generalmente por *histórico.* Por otra parte, no está toda su importancia en su autenticidad, sino en la fuerza de verdad que lo distingue y en el caracter original que lleva impreso. Esto último es lo que mejor prueba su autenticidad: es *el hilo del ovillo.*

«rivan todos los demás; pero una vez admitido el carácter de la divi-
«nidad en Jesucristo, la doctrina cristiana se presenta con la precision
«y la claridad del álgebra; es necesario admirar en ella el encadena-
«miento y la unidad de una ciencia.

«Apoyada esta doctrina en la Biblia, es la que mejor explica las
«tradiciones del mundo; las ilustra todas, y los demás dogmas se en-
«lazan íntimamente con ella como anillos sellados de una misma ca-
«dena. Convengo en que la existencia de Jesucristo es desde el prin-
«cipio al fin un tejido altamente misterioso; pero este misterio corres-
«ponde á dificultades comunes á todas las existencias. Rechazadlo, y
«el mundo es un enigma: aceptadlo, y teneis una admirable solucion
«en la historia del hombre.

«El cristianismo tiene la gran ventaja sobre todos los filósofos y so-
«bre todas las religiones, que los cristianos no se hacen ilusion acerca
«de la naturaleza de las cosas. No se les puede echar en cara ni la su-
«tileza ni el charlatanismo de los ideólogos, que han creido resolver
«el grande enigma de las cuestiones teológicas con vanas disertacio-
«nes sobre sus grandes objetos. ¡Insensatos! su manía se parece á la
«de un niño que pretende tocar el cielo con las manos, ó que pide que
«le dén la luna para su juguete ó curiosidad!

«El cristianismo dice sencillamente: *Nadie ha visto á Dios mas que*
«*Dios*. Dios ha revelado lo que él era; su revelacion es un misterio
«que no pueden concebir ni la razon ni el talento. Pero, supuesto que
«Dios ha hablado, es necesario creer en lo que ha dicho; esto es de
«excelente buen sentido.

«El Evangelio posee una virtud secreta, un no sé qué de eficaz,
«un calor que obra sobre el entendimiento y encanta al corazon; al
«meditarlo, experimenta uno lo mismo que al contemplar el cielo.
«El Evangelio no es un libro, es un ser vivo con una accion y un po-
«der que invade todo cuanto se opone á su extension. Aquí está, so-
«bre esta mesa, el libro por excelencia (y en esto el Emperador lo to-
«caba con respeto): nunca me canso de leerlo, y todos los dias lo
«hago con igual placer.

«El Cristo no cambia, jamás vacila en su enseñanza, y hasta su
«mas mínima afirmacion está marcada con un sello de sencillez y de
«profundidad que cultiva al ignorante y al sábio, por poca atencion
«que le presten.

«En ninguna parte se encuentra esa serie de bellas ideas, de her-
«mosas máximas morales, que desfilan como batallones de la mili-

«cia celeste, y que producen en nuestra alma el mismo sentimiento «que experimentamos al considerar en una noche clara de verano la «extension infinita del cielo, brillante con el resplandor de los astros.

«Esta lectura no solamente preocupa sino que domina todo nuestro «espíritu, y jamás corre el alma ningun peligro de extraviarse con «semejante libro.

«Una vez dueño el Evangelio de nuestro espíritu, cautiva tambien «nuestro corazon. El mismo Dios es nuestro amigo, nuestro padre «y nuestro verdadero Dios. Ninguna madre se toma mas cuidado por «el hijo que tiene á sus pechos. El alma seducida por la belleza del «Evangelio ya no se pertenece á sí misma; sino que Dios se apodera «de ella, dirige sus pensamientos y facultades, y ella es toda suya.

«¡Qué prueba mas cabal puede darse de la divinidad de Jesucris- «to! Con un imperio tan absoluto, no tiene mas que un solo objeto, «el mejoramiento espiritual de los indivíduos, la pureza de la con- «ciencia, la union á lo que es verdadero, la santidad del alma.

«Finalmente, y en este mi último argumento, no hay Dios en el «cielo si un hombre ha podido concebir y ejecutar con tan completo «éxito el gigantesco designio de granjearse el culto supremo usurpan- «do el nombre de Dios. Únicamente Jesús se atrevió á tanto. Solo él «ha dicho claramente: *Yo soy Dios*, lo cual es muy distinto de esta «afirmacion: *Yo soy un Dios*, ó de esta otra: *Hay dioses*. La historia «no hace mencion de ningun otro indivíduo, que se haya calificado «á sí mismo con el título de Dios, en el sentido absoluto. La fábula «no dice nunca que Júpiter y los demás dioses se hubiesen diviniza- «do á sí mismos. Semejante conducta hubiera sido el colmo del or- «gullo y una monstruosidad, una extravagancia absurda: los deificó «la posteridad y los herederos de los primeros déspotas. Siendo to- «dos los hombres de una misma raza, pudo Alejandro llamarse hijo «de Júpiter; pero toda la Grecia se burló de semejante supercheria, «y ni aun la apoteosis de los emperadores romanos fue jamás una cosa «séria para los mismos romanos. Mahoma y Confucio se hicieron pa- «sar simplemente por agentes de la divinidad. La ninfa Egeria de Nu- «ma no fue nunca mas que la personificacion de una inspiracion bus- «cada en la soledad de los bosques. Los dioses bramas de la India son «una invencion psicológica.

«¿Cómo, pues, un judío, cuya existencia histórica se halla mas «comprobada que todas las demás del tiempo en que vivio, él solo, «hijo de un carpintero, se anuncia de repente como Dios, como el Ser

«por excelencia, el Criador de todos los seres? Se arroga toda clase «de adoraciones; edifica su culto por sus propias manos, no con pie- «dras sino con hombres. Las conquistas de Alejandro nos dejan exta- «siados. Pues bien: hé aquí un conquistador que confisca en prove- «cho propio, que une é incorpora á sí mismo no una nacion sino la «especie humana. ¡Qué milagro! El alma humana con todas sus fa- «cultades se convierte en una cosa aneja á la existencia de Jesucristo.

«Y ¿cómo? por un prodigio que excede á todos los prodigios. Quie- «re el amor de los hombres, es decir, lo que hay en el mundo mas di- «ficil de alcanzar: lo que un sábio pide en vano á algunos amigos, un «padre á sus hijos, una esposa á su esposo, un hermano á otro, en «una palabra, el corazon: esto es lo que para sí quiere; lo exige ab- «solutamente, y en seguida se sale con la suya. — De esto infiero yo «su divinidad. — Alejandro, César, Aníbal y Luis XIV, con todo su «genio, fracasaron. Conquistaron el mundo, y no pudieron conseguir «tener un amigo. En la actualidad acaso soy yo el único que ama á «Aníbal, á César, á Alejandro... El gran Luis XIV, que tanto brilló «en Francia y en el mundo, no tenia ni un amigo en toda su monar- «quía, ni siquiera en el seno de su familia. Es verdad que amamos á «nuestros hijos; pero ¿por qué? Obedecemos en ello á un instinto de «la naturaleza, á una voluntad de Dios, á una necesidad que los mis- «mos animales reconocen y cumplen; pero ¡cuántos hijos hay que se «muestran insensibles á nuestro cariño y á tantos cuidados como se «les prodigan! ¡Cuántos hijos ingratos! General Bertrand, ¿os quie- «ren vuestros hijos? Vos los quereis mucho á ellos, y sin embargo no «estais seguro de ser correspondido... Ni vuestros beneficios, ni la «naturaleza podrán inspirarles nunca un amor semejante al de los cris- «tianos por su Dios. Si llegáseis á morir, vuestros hijos se acordarán «seguramente de vos mientras gasten vuestra fortuna; pero vuestros «nietos apenas llegarán á saber si habeis existido... ¡Y sois el gene- «ral Bertrand! ¡y estamos en una isla donde vos no teneis mas dis- «traccion que vuestra familia!

«Pero habla Jesucristo, y las generaciones le pertenecen desde «luego, por vínculos mas estrechos y mas íntimos que los de la san- «gre, por una union mas íntima, mas sagrada y mas imperiosa que «cualquiera otra. Enciende la llama de un amor que apaga el amor «propio, y prevalece sobre todo otro amor.

«A este milagro de su voluntad ¿puede no reconocerse al Verbo, «criador del mundo?

«Los fundadores de religiones ni siquiera tuvieron idea de ese amor «místico que, bajo el bello nombre de caridad, es la esencia de todo «el cristianismo.

«Esto seria porque no querian lanzarse contra un escollo, seria por- «que en una operacion semejante como es el *hacerse amar*, el hombre «lleva en sí mismo el sentimiento de su impotencia.

«Por esto el gran milagro de Jesucristo es, sin contradiccion, el «reino de la caridad.

«Únicamente él consiguió elevar el corazon del hombre hasta lo in- «visible, hasta al sacrificio del tiempo: únicamente él, creando esta in- «molacion, supo crear un vínculo entre el cielo y la tierra.

«Todos los que creen sínceramente en él, experimentan ese amor «admirable, sobrenatural, superior: fenómeno inexplicable, imposi- «ble á la razon y á las fuerzas del hombre: fuego sagrado, dado á la «tierra por ese nuevo Prometeo, cuya actividad no puede gastar el «tiempo, el gran destructor de todas las cosas, ni limitar su dura- «cion... Hé aquí lo que mas admiro yo, Napoleon, que he meditado «sobre ello con frecuencia. Esto es lo que me prueba absolutamente «la divinidad de Jesucristo.

«En otro tiempo he entusiasmado á millares que morian por mí. «¡No permita Dios que yo pretenda formar ningun parangon entre «el entusiasmo de los soldados y la caridad cristiana, tan diferentes «entre sí como la causa que los produce!

«Pero al fin y al cabo era indispensable mi presencia, la electrici- «dad de mi mirada, mi acento, que yo pronunciara una palabra: yo «encendia entonces en los corazones un fuego sagrado... Es verdad: «poseo ese poder mágico que acalora la imaginacion; pero no puedo «comunicarlo á nadie; ninguno de mis generales lo recibió ni adivinó «de mí; no poseo tampoco el secreto de eternizar mi nombre y mi «amor en los corazones, y de obrar prodigios en ellos sin el concurso «de la materia.

«Ahora, que estoy en Santa Elena..., ahora, que estoy solo y «aislado en esta roca, ¿quién batalla, y conquista imperios por mí? «¿Dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿Quién se acuerda de «mí? ¿Quién se agita por mí en Europa? ¿Quién se me ha conservado «fiel? ¿Dónde están mis amigos? Sí, vosotros dos, ó tres, cuya fideli- «dad os inmortaliza; solo vosotros compartís y consolais mi destierro!»

(Aquí la voz del Emperador tomó un acento particular de irónica melancolía y de profunda tristeza).

«Sí: nuestra existencia ha brillado con todo el resplandor de la dia-«dema y de la soberanía; y la vuestra, Bertrand, reflejaba este res-«plandor como la cúpula de los Inválidos, que hicimos dorar, refleja «los rayos del sol... Pero ha llegado la hora de los reveses, y poco á «poco se ha ido borrando el oro. La lluvia de la adversidad y de los «ultrajes, en que de continuo se me anega, se va llevando las últimas «particulas. Ya no somos mas que plomo, general Bertrand, y pronto «no pertenecerémos ya mas que á la tierra.

«¡Hé aquí el destino de los grandes hombres! ¡Este fue el de César «y de Alejandro: ser olvidados para siempre! El nombre de un con-«quistador ó de un emperador no sirve mas que de tema en los cole-«gios. Nuestros grandes hechos caen bajo la férula de un pedante que «nos insulta ó nos alaba.

«¡Qué variedad de juicios no nos permitimos sobre el gran «Luis XIV! Apenas habia acabado de morir este mismo gran Rey, lo «dejaron en el aislamiento de su alcoba de Versalles... abandonado «de sus cortesanos, y quizás hecho objeto de sus burlas. ¡Ya no era «su señor! Era un cadáver, un ataud, una sepultura y el horror de «una inminente descomposicion.

«Esperemos un momento todavía..., y esta será mi suerte, y lo que «va á sucederme tambien á mí... Asesinado por la oligarquía ingle-«sa, muero antes de tiempo, y mi cadáver va á ser devuelto á la tier-«ra para ser pasto de los gusanos.

«Hé aquí el destino muy cercano del gran Napoleon... ¡Qué abis-«mo entre mi profunda miseria y el reino eterno de Jesucristo, pre-«dicado, amado, adorado, siempre vivo en todo el universo!... ¿Es «esto morir? ¿No es mas bien vivir? Esta es la muerte del Cristo; «esta es la de Dios.»

Estos últimos pensamientos de Napoleon nos recuerdan la manera sublime con que la santa Escritura traza los destinos mortales de Alejandro el Grande. Ya en el tomo primero habíamos hecho una comparacion semejante con el destino de Jesucristo; pero estaba reservado á la gloria eterna de aquel á quien adoramos, que esta comparacion la hiciera un nuevo Alejandro, y que el mas colosal poder de los tiempos modernos se diese á sí mismo en prueba de nuestra fe [1].

[1] La divina figura de Jesucristo ha debido muchas veces ser objeto directo de nuestros *Estudios*, porque todos van á parar á ella. Por esto la hemos contemplado bajo tres aspectos correspondientes á las tres partes de nuestro tra-

CAPÍTULO III.

LOS EVANGELIOS.

«El hombre nació mentiroso: la verdad es simple é ingénua, y él «quiere lo especioso y lo que engalana; la verdad no le pertenece, «viene del cielo formada ya, por decirlo así, y en toda su perfeccion; «y el hombre no ama mas que su propia obra, la ficcion y la fábula. «Ved el pueblo: inventa, argumenta y ataca con grosería é inde- «cencia; preguntad hasta al mas hombre de bien, si es siempre ve- «raz en sus discursos, si no se sorprende á veces en ciertos disimulos «en que van necesariamente envueltos la vanidad y la ligereza; si pa- «ra salir mas airoso no se le escapa con frecuencia el añadir á un he- «cho que esté contando una circunstancia que le falta. Sucede hoy «una cosa delante de todos, y cien personas que la vieron la cuen- «tan en seguida de mil maneras distintas, y despues de todo, aun «queda uno que si se le escucha, la contará de un modo que no es «conocido todavía: ¿qué crédito podré, pues, dar á los hechos an- «tiguos y distantes muchos siglos de nosotros? ¿Qué fundamento pue- «den prestarnos los mas graves historiadores? ¿Qué es la historia? «¿Es verdad que César fue asesinado en medio del Senado, y que ha- «ya existido un hombre que se llamó César? ¡Qué consecuencia, me «diréis, qué dudas, qué exigencias! Os reis, no me juzgais digno de «contestacion, y yo hasta creo que teneis razon. — Sin embargo, quie- «ro suponer que el libro que hace mencion de César no sea un libro «profano, escrito por hombres falaces, encontrado por casualidad en «las bibliotecas, entre otros manuscritos que contienen historias ver- «daderas ó apócrifas; que al contrario sea inspirado, santo, divino;

bajo, filosófico, teológico, é histórico. Lo hemos hecho en la primera parte, en el capítulo *De la venida y del reino de Jesucristo;* en la segunda, en los dos capítulos sobre *La redencion;* y en la tercera, en el presente capítulo sobre *Jesucristo.* Reuniendo estos tres estudios, puede tenerse uno completo sobre Jesucristo; tan completo á lo menos como es posible á nuestra flaqueza relativamente á tan divino asunto; pues que nos parece hallarnos en una lucha, aun mas desigual, que la de Jacob con el Ángel.

«que lleve en sí mismo estos caractéres; que se encuentre despues de «dos mil años en una sociedad numerosa que no haya permitido hacer «en él durante todo este período la mas mínima alteracion, y que se «haya hecho una especie de religion el conservarlo en toda su integri- «dad; que haya además una obligacion religiosa é indispensable de «prestar fe á todos los hechos contenidos en ese volúmen, en que se «habla de César y de su dictadura: confesadlo, Lucilo, vos dudaréis «todavía que haya habido un César [1]. »

Con esta delicada ironía hacia justicia La Bruyère á los *espíritus fuertes*, respecto de la autenticidad y verdad de los Evangelios. Nos parece, en efecto, que á esto deberíamos limitarnos en esta materia. Esta es una cuestion de buen sentido y de buena fe. Si la examinamos de frente, no es única; la verdad del Evangelio *salta á la vista*, y el dicho vulgar, *verdadero como el Evangelio*, no es mas que el grito del sentido comun y de la verdad. La Bruyère y J.-J. Rousseau lo han probado evidentemente. Léanse los pasajes de estos dos eminentes genios sobre la materia; y si despues de haberlo hecho duda alguno todavía, es que está enfermo.

Efectivamente, la incredulidad en ciertos entendimientos es un achaque, y el querer curarlo por medio de argumentos sobre los detalles es agravarlo lastimosamente. Antes agotaríais el agua del mar que las objeciones que os presentará, pues vuestras mismas contestaciones le darán siempre lugar á otras nuevas, principalmente si estas contestaciones son fuertes y concluyentes. Cuando la incredulidad ha llegado á semejante estado, lo mejor que se puede hacer es abandonarle el terreno. Entonces empieza quizá á dudar de sí misma, y la verdad se presenta sola á recobrar sus derechos.

Al inconveniente de sobreexcitar á la incredulidad, la argumentacion por detalles añade otro de no menor importancia: turbar la simple fe, haciéndole creer que su objeto es contestable, y que exige un formidable aparato de pruebas y argumentos para poderse sostener; y quien tal vez no hubiera dudado nunca de la autenticidad del Evangelio, se hallará menos cimentado en su fe por la fuerza de las pruebas que le habréis dado, que dudoso por la idea de la necesidad que de ellas tiene.

Tal fue el resultado de las fuertes apologías que los Houtteville y los Bergier opusieron al frenético fanatismo de los incrédulos del si-

[1] La Bruyère, cap. *De los espíritus fuertes.*

glo XVIII. Al volverlas á leer en el dia, admiramos el candor de aquellos hombres generosos, que en aquella época esperaban convencer por medio de buenas razones, que llevaban la defensa tan léjos como los ataques, y que hacian á estos últimos el honor de confundirlos punto por punto mucho tiempo despues que ya no eran dignos de él.

¿Es esto decir que los vituperamos? ¡Ah! no: Dios lo sabe, no nos atreveríamos á decirlo. Únicamente deploramos la necesidad en que se encontraron de proceder así, y de sepultar tanta razon, tanto saber y tanto celo en una lucha de detalles, cuando el buen sentido de la posteridad y la imprescriptible fuerza de la verdad iban muy luego á hacerlas inútiles.

¡Cuán grande debe ser nuestro reconocimiento por hombres semejantes! Merecieron tanto mas cuanto menores fueron sus pretensiones; soportando todo el peso del dia y del calor, no dejaron que se arraigase ningun error, ninguna preocupacion, y conservaron el campo de la verdad libre de toda usurpacion, hasta el dia en que volvió ella á ocuparlo por sí misma. Demostraron á los talentos sérios que los leen aun, que la fe cristiana es verdadera; que bajo su aparente sencillez encierra todo un ejército de pruebas tan numerosas y siempre mas fuertes que las objeciones, y que á cualquiera direccion que se excave en sus cimientos, en cualquiera punto que se la ataque, no podemos dejar de retirarnos confundidos. En fin, templaron armas para las luchas venideras, y, dignos sucesores de los *Orígenes*, de los *Cirilos* y de los *Eusebios*, prepararon á los *Julianos* y á los *Voltaires* futuros seguras é indispensables derrotas.

A Dios gracias no nos encontramos nosotros en presencia de semejantes adversarios, y podemos hablar el lenguaje del sentido comun y de la simple verdad, seguros de que las exigencias de nuestros lectores no traspasarán los límites del buen sentido y de la buena fe.

En esta persuasion justificarémos, como hemos hecho hasta aquí, la verdad evangélica, valiéndonos de raciocinios filosóficos y de argumentos morales, y apoyándonos en hechos, pero sin engolfarnos en ellos [1].

[1] Tememos mucho faltar á nuestra palabra y ceder un poco á esa tentacion de *detalles* que acabamos de echar en cara á nuestros venerables antecesores. Pero hay la diferencia entre su posicion y la nuestra, que en ellos era la tentacion de la *necesidad*, y en nosotros la tentacion de las *riquezas:* nosotros hemos venido al mundo como un hijo pródigo despues de un padre avaro.

§ I.

Volviendo á tomar la posicion natural que corresponde á nuestro asunto, dirémos desde luego:

Hé aquí los Evangelios: es decir, cuatro historias contemporáneas de la vida de Jesucristo; ¿por qué no hemos de creerlas auténticas? ¿por qué no hemos de creerlas verdaderas?

¿Os ha ocurrido jamás sospechar de la autenticidad de los Anales de Tácito, de los Comentarios de César? — No, por cierto. — Pues bien: ¿por qué privilegio de desconfianza dais menos crédito á la autenticidad de los Evangelios?

¿Hay algun motivo para sospechar de esta autenticidad? ¿Se ha descubierto alguna prueba, algun indicio siquiera, que revele una suposicion ó alguna alteracion en estas historias? — De ninguna manera. — ¿Están desmentidas por otras historias contemporáneas ó en contradiccion con las circunstancias y las costumbres, en cuyo seno parecen haber sido escritas? — Léjos de esto, se hallan en la mas perfecta concordancia con todas ellas. — ¿Les falta acaso ese sello de vida y de sinceridad que nos persuade en las demás historias que admitimos? — No, lo llevan en el mas alto grado. — ¿Van, en fin, acompañadas de esa sospecha acusadora que nunca falta en las obras apócrifas? — Muy al contrario: nunca libro alguno gozó de mas confianza; siempre fue tenido por la verdad misma, hasta el punto de hacer de él la base del juramento.

Encontrándose, pues, todos los caractéres de la autenticidad en este libro, ¿por qué hemos de, no diré desconocerlo, sino solamente ponerlo en duda?

Quisiéramos una razon, una razon plausible, menos que esto, una de esas razones cuestionables, por las cuales se ha podido pretender, por ejemplo, que el pasaje de Josefo, relativo á Jesucristo, no pertenecia realmente á este historiador.

Pero no; sin ninguna sombra de razon provocan algunos escépticos esta cuestion y la resuelven, ó mas bien la cortan con un gesto, como si esos espíritus fuertes que tantas pruebas exigen para todo estuvieran dispensados de dar ellos ninguna.

Ellos, ellos son los que aquí deben darlas, y supuesto que niegan una autenticidad, jamás puesta en duda, universalmente reconocida, deben ellos presentar las razones de su incredulidad. Los Evan-

gelios están en posesion de esta autenticidad: ¿se la quitarán ellos?

¿Quereis saber el sólido argumento por cuyo medio creen conseguirlo? Hélo aquí: — *Es* posible *que los Evangelios no sean auténticos, luego no lo son;* — á este fundamento está la incredulidad reducida.

Pero por muy mezquino que sea semejante fundamento, es fácil aniquilarlo y destruir hasta la *posibilidad* de que los Evangelios no sean auténticos. Nos reservamos hacerlo mas adelante, bastando por ahora el buen sentido para conocerlo.

¡Qué buen sentido hay, en efecto, en que los Evangelios hubiesen podido sorprender de tal modo la fe del género humano! ¡que hubiese podido encontrarse una mano tan oculta, tan diestra, tan venturosa, para deslizarlos é introducirlos por todas partes, y hacerlos prevalecer hasta el punto de que no se hubiese podido saber jamás en dónde, cómo, ni cuándo habria preparado ó consumado su impostura! Si esto fuera posible, seria necesario dudar de todo, desapareceria la autenticidad histórica, y no quedaria en pié ningun libro, ni ningun documento; ó bien seria menester admitir para el solo libro de los Evangelios una suspension de todas las leyes de la verdad histórica, y acogerse, para no creer en ellos, á un milagro mayor que todos los que se quiere evitar.

Y sin embargo, es tal la disposicion de ciertos espíritus que rehusan todo crédito á ese santo libro, que basta citarlo para no ser creido, y en su concepto vale mas que él cualquiera libro pagano, por malo que sea. Hablamos del punto de vista histórico; pues por una nueva contradiccion inconcebible, ese mismo libro, que para ellos no es mas que un tejido de fábulas en cuanto á los hechos, es todo de oro en cuanto á las ideas; y miran con un respeto solemne y entusiasta el objeto mismo de su arrogante y desdeñosa incredulidad.

No insistimos sobre este punto sino porque en él se han perdido algunos espíritus de buena fe, pero irreflexivos, que no lo examinan bien, y á cuya consideracion es conveniente hacerlo resaltar.

Pero no basta hacerlo resaltar: es menester buscar su raíz, y nosotros creemos haberla encontrado; y es la siguiente:

El libro de los Evangelios considerado en sí mismo, y haciendo abstraccion de su objeto, no hubiera sublevado jamás á la incredulidad. Se le hubiera dado el mismo crédito que á cualquiera otro; hasta se hubieran descubierto en él condiciones de autenticidad muy particulares, únicas, y se hubiera enviado á una casa de locos al primero á quien se le hubiera ocurrido que la historia que contiene fue capri-

chosamente inventada. Así se procederia, en efecto, en nuestros dias, con quien negase la existencia y los hechos de Sócrates ó de César, menos atestiguados sin embargo que los de Jesucristo. — La diferencia empero consiste, en que los hechos de Sócrates y de César son hechos naturales, y los de Jesucristo sobrenaturales; en que aquellos nos son extraños y no nos exigen ningun sacrificio, y los de Jesucristo nos penetran, se apoderan de nosotros, y nos obligan á imitarlos y seguirlos con toda la autoridad de un Dios. — Y entonces decimos (no sin una apariencia de razon, es verdad), un hecho natural y sin consecuencia es creible y admisible por su naturaleza; y si llega á estar probado, la prueba trae consigo su admision, porque por otra parte nada se le opone. Pero un hecho sobrenatural, un hecho cuyas consecuencias dominan y subyugan la razon y la voluntad, un hecho de esta naturaleza, importa consigo un obstáculo contra el cual vienen á estrellarse todos los rasgos de la evidencia natural de las cosas. Tiene uno derecho para exigir pruebas que estén á su altura, es decir, *sobrenaturales* como él. Sin embargo, la verdad del Evangelio no se apoya mas que en pruebas *naturales*, mil veces suficientes para un hecho natural, pero insuficientes para un hecho sobrenatural.

Este es, si no nos equivocamos, el verdadero punto de vista de la objecion.

Vamos á contestarla.

Es contradictorio querer en último resultado una prueba sobrenatural de un hecho de la misma especie; porque ¿qué podria ser esta misma prueba sobrenatural mas que otro hecho sobrenatural, que á su vez tendria necesidad de otra prueba sobrenatural, y así indefinidamente? Es claro, pues, que esto seria un círculo vicioso.

Por ejemplo, en prueba de su divinidad Jesucristo resucita á Lázaro. Esta resurreccion es un hecho sobrenatural que prueba el poder sobrenatural de Jesucristo. — Pero este mismo hecho de la resurreccion de Lázaro, ¿de qué otro modo se podria probar mas que por medio de una prueba natural? ¿Qué otra prueba podian tener de esta misma resurreccion los que la presenciaron, sino la prueba *de la vista*, por la cual juzgaban de todos los hechos ordinarios de la vida?

La razon de esto es muy sencilla, pues consiste en que siendo el hombre el objeto de la prueba, es preciso que sea esta conforme á la naturaleza humana y que se le adapte, y por consiguiente que sea *natural* y *humana*, so pena de faltar á su objeto.

Es menester, pues, admitir una prueba que sea por necesidad na-

tural, como la única posible al hombre para saber un hecho sobrenatural. Esta prueba podrá ser mas ó menos poderosa y directa, pero en definitiva no podrá ser nunca mas que una prueba simplemente natural.

Colocada así la razon, concebimos que deben ser grandes sus exigencias; pero al fin y al cabo, por grandes que sean, deben tener un término bajo pena de ser ella irracional, y este término no puede dejar de ser el mismo de la naturaleza de las cosas.

Por consiguiente, si la verdad de los Evangelios se halla tan bien probada como la naturaleza de las cosas la consiente, si en ella están todas las condiciones llevadas hasta su mas alto punto, si su medida está colmada y no queda lugar á la mas mínima duda legítima sobre esta materia, será preciso admitir los Evangelios.

Efectivamente, no podríamos sustraernos á ello, sino borrando la prueba histórica de la lista de las pruebas naturales, ó volviendo á decir que se necesita algo mas que una prueba natural.

Hemos visto ya que siempre es absurdo exigir mas que una prueba natural. Es por otra parte incontestable que la prueba histórica, cuando es perfecta en su género, es una prueba natural decisiva que no puede desecharse sin nota de demencia [1]. Por consiguiente, si en los Evangelios se encuentran todas las condiciones de esta prueba, será necesario admitirlos.

Desde el momento que se tiene la prueba, la prueba incontestable de un hecho, es racionalmente preciso admitirla. ¿Qué importa despues de esto que el hecho sea natural ó sobrenatural? ¿es por esto menos prueba la prueba en sí misma? ¿el hecho es acaso por esto menos cierto?

Conviene, pues, no dejarse preocupar con lo que hay de sobrenatural en los hechos evangélicos, sino para exigir que su prueba sea tan perfecta como pueda *naturalmente* exigirse. Es menester no pasar mas adelante, so pena de incurrir en las inconsecuencias que acabamos de señalar.

Hé aquí la respuesta á la objecion que es la fuente secreta de la incredulidad en los Evangelios: es una incredulidad *cuando menos* sin razon.

Hemos anticipado algo de lo que deberémos tratar mas extensamente en el capítulo sobre los *milagros* para resolver esta objecion. Entremos ya en nuestro estudio sobre los *Evangelios*.

[1] Aguardamos para mas tarde el hacer ver que la prueba histórica es, bajo ciertos respectos, mas poderosa todavía que la prueba de la *vista*. Nos basta al presente que se reconozca que es en sí misma decisiva.

¿Es cierta su autenticidad?

Ya hemos visto que no hay nada que autorice dudar de ella, que es *notoria*, y que no hay mas motivo de sospechar de ella que de la de los monumentos históricos mejor probados.

Pero esto no basta: nosotros añadimos que los Evangelios se hallan con condiciones tales de autenticidad, que excluyen hasta la *posibilidad* de su suposicion ó de su falsificacion, y que esta autenticidad es *necesaria*.

§ II.

Empecemos reconociendo que en la actualidad están los Evangelios tan esparcidos por todo el mundo, tan comprobados por el uso que de ellos se ha hecho, y tan consagrados por la veneracion y la fe de la sociedad cristiana, que seria absolutamente imposible añadirles ni quitarles nada, de modo que semejantes alteraciones pudiesen prevalecer sobre el verdadero texto recibido. Esto es incontestable. Los Evangelios gozan, aun bajo este respecto, de un privilegio de conservacion única, del cual carecen todos los demás libros (y lo que decimos de los Evangelios puede decirse de todo el cuerpo de las santas Escrituras). Ese privilegio se compone de dos elementos que se combinan de una manera maravillosa para darle una gran fuerza: el primero es la autoridad católica que, desde lo alto de la Iglesia, vela sobre el sagrado depósito; el segundo es la multitud de fieles esparcidos por todo el universo que, por el uso que ha hecho de este depósito, conserva su vigilancia y atestigua su integridad. Hacemos aquí abstraccion de la *infalibilidad* de la Iglesia, y la miramos tan solo en su organizacion humana; pero á pesar de esto descubrimos en ella dos admirables medios de conservacion de la verdad de las Escrituras: la autoridad que impide á la multitud el caer en error, y la multitud que impide á la autoridad el caer en arbitrariedad. Si la autoridad quisiera poñer una mano arbitraria al cuerpo de las santas Escrituras, no podria; pues se lo impedirian los millones de miradas, la voz y la pluma de los que leen, cantan, explican, comentan y transcriben las Escrituras por todo el universo. — Por otra parte, esta multitud no puede extraviarse, engañarse ni adulterar en nada las santas Escrituras con el uso que de ellas hace, hallándose dirigida por una autoridad que guarda su depósito y defiende su integridad y pureza.

Seria menester admitir que la autoridad y la multitud se convinie-

sen para cometer una falsificacion, lo cual seria manifiestamente imposible, pues en este caso no habria á quien engañar, y la falsificacion seria descubierta por su propia evidencia.

Admitamos empero este convenio imposible: aun en este caso se le suscitaria un obstáculo insuperable, un testimonio incorruptible: — la herejía.

Efectivamente, la falsificacion de que estamos hablando deberia tener un objeto, sin lo cual es absolutamente increible; este objeto no podria ser otro que engañar á alguno que deberia ser distinto del mismo falsificador, distinto por consiguiente del catolicismo, que en dicho supuesto seria el falsificador. Ese uno á quien se querria engañar así, no podria ser otro que la herejía; y dejamos á nuestros lectores el pensar si esto seria posible. La herejía, que no reconoce mas autoridad que la de las Escrituras, concentra en ellas solas todas sus pretensiones, y nos las opone sin cesar: ¿podríamos, pues, admitir que las dejase alterar por su eterna enemiga, la Iglesia católica, y alterarlas en perjuicio propio? ¡Qué hermoso texto de recriminacion seria este contra una Iglesia que la acusa de variacion y de novedad, una novedad tan criminal! Evidentemente hay un obstáculo insuperable en la corrupcion de las Escrituras por la Iglesia, y recíprocamente por la herejía; pues aunque la herejía esté interesada en esta corrupcion con motivo de la necesidad que tiene de justificar sus novedades, la Iglesia está demasiado interesada por su parte en confundir estas novedades, para dejar pasar un medio semejante de justificacion.

Observad además cómo bajo este punto de vista están admirablemente distribuidos los papeles: por un lado teneis á los judíos por el antiguo Testamento, y por otro, para el nuevo Testamento, á las herejías cristianas; y en el centro á la Iglesia católica, blanco de los ataques de unos y otras, y que vela sobre todos.

¿Cómo podrian tantos intereses encontrados prestarse á una falsificacion del cuerpo de las Escrituras, comun á todos? ¿Cómo puede admitirse que los judíos hubiesen dejado pasar la suposicion de los Evangelios, que los confunden por su concordancia con las profecías? ¿Cómo creer que los cristianos dejasen pasar una alteracion de las profecías, que en tan alto grado les interesa por esta misma concordancia? Y entre los cristianos, ¿cómo admitir entre la Iglesia católica de un lado, y las herejías de otro, cualquiera suposicion cuyo objeto, siendo necesariamente lastimar á una de las dos, excitaria desde luego vivísimas reclamaciones?

Sin embargo, nosotros queremos admitir tambien este aumento de imposibilidad, y concedemos que en un momento dado los católicos, sacerdotes y fieles, los herejes con sus infinitas sectas, y los judíos en su dispersion, hubiesen hecho una tregua solemne, y tan secreta, que la historia no hubiese podido consignar ningun vestigio de ella, y que el objeto de esta tregua hubiese sido falsificar de concierto, y por no sé cuál interés, las Escrituras. En este monstruoso caso de imposibilidad, habria habido todavía un enemigo comun, que hubiera hecho abortar esa tentativa insensata, y la hubiera cubierto de confusion: este enemigo es la incredulidad.

La incredulidad, á la cual oponemos por todas partes las Escrituras; esa incredulidad á la que nos dirigimos en este momento ¿tiene, sí ó no, interés en discutirlas, en contradecirlas, en desacreditarlas y confundirlas? A la misma incredulidad toca decirlo. ¿Ha usado de este interés, de este derecho? Sí: ha usado y abusado de ellos hasta la hiel, hasta la sangre. ¿De qué modo, pues, se hubiera podido eludir ese encarnizamiento, ese odio irreconciliable? ¿Quién no ve, en fin, que la evidencia de semejante imposibilidad llega ya á su colmo?

Resumamos todo cuanto acabamos de decir, y tomémoslo en su último resultado.

1.° En la actualidad no se hallan las Escrituras tan solo en manos del Papa, de los cardenales, de los obispos y de los sacerdotes, diseminados por todo el universo, sino tambien en manos de la multitud innumerable de fieles católicos, y su uso en poder de tantos es tal, que imposibilita toda falsificacion, porque no podria provenir esta sino de una arbitrariedad por parte de la autoridad, ó de error por parte de los fieles, y porque son de tal naturaleza las relaciones de la multitud de los fieles con la autoridad de los pastores, que la multitud impide á la autoridad incurrir en arbitrariedad, y la autoridad impide á la multitud incurrir en error (salvo el privilegio de la infalibilidad de que ahora no queremos hablar).

2.° Admitiendo que esto fuera posible, quedaria todavía un nuevo obstáculo, pues las Escrituras no están solamente en manos de los católicos, sino tambien en las de los herejes, enemigos de aquellos, y en las de los judíos, enemigos de los cristianos; y seria preciso sorprender la vigilancia ú obtener la complicidad de todos los herejes y judíos, que no podrian prestarse á ello sin sufrir grave detrimento, y por consiguiente sin abdicarse á sí mismos.

3.° Y finalmente además de los católicos, de los herejes y de los

judíos, quedan aun otros vigilantes de las Escrituras, y son los incrédulos, los cuales siempre en guerra con la fe, siempre atacando y siempre atacados, y atacados por las Escrituras, no las dejarian adulterar contra sí mismos, sin arrojar un grito tanto mas fuerte y terrible cuanto que esta vez seria el grito de la verdad.

Hé aquí lo que puede decirse de la situacion actual de las Escrituras.

Pues bien: —fijaos bien en lo que vamos á decir: —esta situacion *ha sido siempre la misma.*

Siempre ha habido pastores y fieles en la Iglesia católica; siempre ha habido herejes y judíos fuera de esta Iglesia; siempre ha habido incrédulos además de los herejes y judíos, y siempre incrédulos, judíos, herejes y católicos han tenido á la vista y en su poder las mismas Escrituras; siempre, en fin, han estado respectivamente unos á otros en un estado de hostilidad exclusivo de toda colusion ó de toda tolerancia para cometer ó sufrir la mas ligera suposicion en un cuerpo de títulos que interesaban igualmente á todos.

Voltaire llama á las santas Escrituras el *legajo de la parte contraria:* está muy bien dicho. Este *legajo* no ha cesado de *darse en traslado,* desde el principio del *proceso,* á todas las *partes* que en él figuran contra nosotros, judíos, herejes é incrédulos. Lo han tenido constantemente en su poder, nosotros mismos se lo hemos dado, y les hemos obligado á leerlo y discutirlo oponiéndoselo. Le han dado mil vueltas para defenderlo ó atacarlo, lo han convertido en su propio *legajo* comentándolo, interpretándolo, y dándole tortura para sacar de él contra nosotros infinidad de inducciones falsas ó sacrílegas. Y ¿es este *legajo,* tan marchitado por sus propias manos durante diez y ocho siglos, tan cargado de sus injuriosas objeciones, tan manchado por el veneno de su impiedad, que nos recusan *en el dia* como sospechoso de inautenticidad?... No son ya *aceptables,* no lo fueron jamás, porque las Escrituras no se les han ocultado nunca; fueron escritas á su propia vista, á la vista de los judíos y los paganos, que degollaban á sus autores, pero que no los desmentian.

A lo menos deberia alegarse algo mas que una simple sospecha vaga é indeterminada, una pura alegacion, menos que todo esto, una simple *posibilidad* de inautenticidad, porque esto y no mas es lo que se objeta contra los Evangelios. —Es burlarse abiertamente del buen sentido y de la verdad el emitir semejante *sospecha* en presencia de la libre é incesante publicidad de discusion y exámen de que nuestras Escri-

turas fueron objeto desde el momento de su aparicion. Si su autenticidad fuera realmente cuestionable, ya no seria una simple sospecha, sino una prueba contundente lo que contra ellas se produciria, puesto que su suposicion no podria dejar de ser manifiesta. Pero por esto mismo no se presenta jamás una prueba semejante, porque lo que hace que semejante suposicion no pudiera dejar de ser manifiesta, hace que sea absolutamente imposible.

Por último, lo que acaba de confundir á tan singular sospecha, es que los primeros incrédulos, judíos, herejes y paganos, en quienes la incredulidad se hallaba fortificada por preocupaciones de nacimiento y por razones de Estado, y que no desplegaron ni menos violencia ni menos habilidad contra el cristianismo que los incrédulos modernos, no la abrigaron nunca, nunca dudaron un momento de la autenticidad de las Escrituras, y de los Evangelios en particular, y esto á pesar de haber hecho de ellos el campo comun de sus discusiones, y á pesar de que, por ser contemporáneos de su orígen, hubieran estado en situacion de desmentir su autenticidad si hubiesen podido; pero no lo hicieron nunca, á pesar de que se atrevian, como hemos notado ya, á inmolar á sus autores. La verdad no puede jamás ser inmolada.

Parécenos que todo cuanto llevamos dicho hasta aquí basta para fijar la consideracion de un entendimiento de buena fe. Le hemos demostrado en primer lugar, que por lo mismo que no hay ningun motivo de sospecha contra la autenticidad de que están en plena posesion los Evangelios, era preciso admitirla supuesto que tal es la regla sobre que descansan todos los fundamentos de la historia; — en segundo lugar, que los Evangelios están y siempre han estado en tales condiciones de controversia y de discusion, que la simple *posibilidad* de su suposicion ó alteracion es radicalmente inadmisible; que al menos se deberia aducir una prueba evidente de semejante suposicion, porque no habria podido dejar de ser manifiesta; pero que no se hace ni puede hacerse, porque lo mismo que habria puesto á esta suposicion de manifiesto la hacia *imposible*.

Podríamos limitarnos á estas consideraciones generales y no salir de la defensiva, pues tenemos en nuestro abono la fuerza de los argumentos morales, fuerza que no obliga menos que la de los hechos; es aun mas rigurosa hasta cierto punto, y es siempre eminentemente legítima y justa cuando no tiene que combatir mas que contra argumentos de la misma naturaleza. Además, ¿no es un hecho, y un hecho muy grande, *la posesion universal de autenticidad* de que gozan los

Evangelios? ¿No es tambien un hecho, y un hecho muy grande, *la ausencia de todo hecho contrario*, principalmente en la ventajosa posicion en que se hallaria el incrédulo de revelarlo si en efecto existiese? ¿No es un hecho, y un hecho muy grande *el haber estado siempre los Evangelios en poder de nuestros adversarios*, judíos, herejes ó incrédulos, el haber sido escritos á la vista de todos ellos y el no haberles ocurrido á pesar de esto poner en duda su autenticidad hasta en los siglos posteriores? Estas son las sencillas pero profundas bases sobre que hemos asentado nuestra argumentacion: es, pues, completa, ya por lo que respecta á los hechos, ya tambien por lo relativo al raciocinio.

Sin embargo, queremos llevarla un poco mas léjos. Tomando en una mano la antorcha de la historia, y en la otra la de la crítica, vamos á hacer palpar la autenticidad é integridad de los Evangelios, manifestando que en todas épocas y desde su orígen han sido lo mismo que son en la actualidad, tales como salieron de la pluma de sus autores. La autenticidad de los Evangelios no será solamente *notoria* y *necesaria*, sino que será por consiguiente *manifiesta*.

§ III.

Sentemos una regla. — Los Evangelios, incontestables, son sin embargo contestados: esto es lo que *se ha de comprobar*. — Para efectuar esta comprobacion, tomemos títulos y escritos, no solamente incontestables sino incontestados y reconocidos por todas partes como auténticos y verídicos; — comparemos los Evangelios con esos escritos, y veamos lo que estos últimos dicen de ellos. — La regla es segura y jurídica; y si vemos que los Evangelios son reconocidos y aprobados en esos documentos de comparacion incontestados, será necesariamente indispensable reconocer que participan de su autenticidad, y que no pueden haber sido objeto de una suposicion posterior.

Como es inútil limitarse á los tiempos en que los Evangelios eran evidentemente reputados auténticos por todas partes, y como todas las dificultades imaginables respecto de ellos se refieren á los tiempos primitivos, trasladémonos desde luego á esos tiempos primitivos.

— El primer monumento que se presenta es la Historia Eclesiástica, de *Eusebio*, escrita por los años 324. Haciendo este historiador el catálogo de los Libros sagrados, pone en primer lugar los cuatro Evangelios (de san Mateo, de san Marcos, de san Lucas y de san Juan),

los hechos de los Apóstoles, las Cartas de san Pablo, la primera de san Juan, y la primera de san Pedro. «Hé aquí, dice, los que están «admitidos por UN CONSENTIMIENTO UNIVERSAL [1].» Este testimonio es positivo, nadie lo ha puesto nunca en duda, y de él resulta que á principios del siglo IV los Evangelios estaban en posesion de la misma reputacion de autenticidad que en nuestros dias. Tenemos, pues, demostrado á lo menos, que no fueron supuestos desde esta época.

—El segundo testimonio notable que se presenta en seguida, marchando hácia atrás, es Orígenes, cuyos escritos deben colocarse en el año 245, un siglo antes de Eusebio. Al principio de su Comentario sobre san Mateo, dice aquel gran doctor, que habia aprendido por la tradicion que hay cuatro Evangelios, los cuales SON LOS ÚNICOS RECIBIDOS SIN CONTESTACION EN TODA LA IGLESIA DE DIOS QUE ESTÁ DEBAJO DEL CIELO: *quæ sola in universa Dei Ecclesia quæ sub cœlo est, citra controversiam admittuntur:* el de san Mateo, el de san Marcos, el de san Lucas, y el de san Juan [2]. — ¡Qué prueba mas brillante de la autenticidad de los Evangelios! *Dos siglos* tan solo despues de Jesucristo, *un siglo* despues de la emision de los Evangelios (san Juan vivió cien años, y escribió el suyo al fin de su vida), los vemos admitidos en todas partes, sin sombra de dificultad, tan acreditados como en nuestros dias. ¿Se puede admitir una suposicion, no dirémos posterior, pero ni siquiera anterior? No queda lugar á una suposicion semejante. —Por otra parte, no citamos el testimonio de Orígenes sino como una *mira*, pues podríamos indicar otros mil que le son contemporáneos. En los escritos de aquel tiempo se ve que los Evangelios eran citados, comentados y discutidos por todas partes; toda la Iglesia propagada por el universo *(universa Ecclesia)* está llena de los sonidos de la voz apostólica, y esto en presencia del mundo pagano que se indigna contra él y lo reprueba, pero que no lo desmiente.

—Antes de Orígenes encontramos tambien á Tertuliano, que arguye á los herejes con los escritos apostólicos y con su crédito universal: «Vemos lo que recibieron de Pablo los corintios y los gálatas, lo «que leen los filipenses, los tesalonicenses y los efesios, lo que dicen «los romanos á quienes Pedro y Pablo dejaron un Evangelio sellado «con su sangre. Tenemos además las iglesias fundadas por Juan: «aunque Marcion no quiere admitir su Apocalipsis, la sucesion de los «obispos que se remonta hasta el orígen, se detiene en Juan como en

[1] *Hist. eccles.*, lib. III, cap. XXV.
[2] *Comment. in Matth.*, p. 203.

«su autor. Así es como se reconoce el orígen de todos los demás li-«bros. No son solo las iglesias apostólicas, sino todas las iglesias que «están unidas á ellas por el vínculo de una misma fe, quienes poseen «el Evangelio de san Lucas desde su nacimiento [1].» Tertuliano habla mas particularmente del Evangelio de san Lucas, porque este era el que se oponia mas terminantemente á las novedades de Marcion. — Por lo demás, designa, caracterizándolos perfectamente, los cuatro Evangelios, de los cuales dos son de los mismos Apóstoles (Juan y Mateo), y los otros dos de sus discípulos (Marcos y Lucas): «Se nos «enseñó la fe, de entre los *Apóstoles*, por Juan y Mateo, dice, y se «nos confirmó, de entre los *apostólicos*, por Lucas y Marcos: *nobis «fidem ex apostolis Joannes et Matthæus insinuant; ex apostolicis Lucas «et Marcus instaurant* [2].» ¿Se quiere algo mas preciso y formal? Estamos cási en el primer siglo, y todas las iglesias esparcidas por el universo poseen el *mismo Evangelio*.

— Acerquémonos mas aun á este primer siglo, á ese siglo que vió morir á san Juan, y que le vió escribir su Evangelio. Hé aquí un discípulo póstumo de este Apóstol, san Ireneo, educado por Policarpo, que habia sido discípulo de san Juan: por cierto que debemos tocar ya á la época de la suposicion de los Evangelios, ó no ha habido jamás tal suposicion. Si se atrevian á producirlos, debia ser tímida y clandestinamente, ó de todas partes se levantarian contra ellos reclamaciones, críticas á lo menos, sobre todo por parte de los enemigos del cristianismo, entonces tan ardientes y numerosos: «Es tal, dice san Ire-«neo, la certidumbre de nuestros Evangelios, que los mismos herejes «dan testimonio de ellos, y sacan de ellos autoridades para confirmar «su doctrina. Los ebionitas que solo se sirven del *Evangelio segun san «Mateo*, pueden ser convencidos por este mismo Evangelio, de que «abrigan sentimientos erróneos acerca de nuestro Señor. Marcion que «quita muchas cosas al *Evangelio segun san Lucas*, y blasfema con-«tra Dios, puede ser refutado por los mismos pasajes que admite. Los «que distinguen á Jesús del Cristo, y que sostienen que Jesús sufrió, «pero que el Cristo permaneció impasible, podrian corregirse, si le-«yeran con amor de la verdad el *Evangelio de san Marcos* que admi-«ten: los discípulos de Valentino [3] admiten el *Evangelio de san Juan* «en toda su integridad, *plenissime utentes;* es, pues, fácil probarles

[1] Contra Marcion, lib. IV, cap. V.
[2] Idem, idem, cap. II.
[3] Dogmatizaban en el año de 120.

«que no dicen mas que falsedades... Y, supuesto que los que nos con-«tradicen admiten los Evangelios y se sirven de ellos, las pruebas que «contra ellos aducimos de los mismos Evangelios, son ciertas é inven-«cibles [1].» ¡Y en el siglo XVIII se han atrevido á poner en duda una autenticidad tan brillante é invencible en el primero!

—Pero entremos en este primer siglo, —pues es necesario conducir la incredulidad hasta los piés de la verdad, y hacérsela mirar de frente. —San Justino, filósofo pagano, convertido y martirizado en el año 167, que durante sus viajes habia visitado todas las iglesias del Oriente, y que escribia cincuenta ó sesenta años despues de san Juan, expone en la apología que dirige al emperador Antonino, las principales prácticas que entonces estaban en uso entre los cristianos. Entre otras leemos la que sigue: «El dia del sol (el domingo) como lo «llaman todos los que habitan en los poblados y los campos, se reunen «en un mismo lugar, y se leen las Memorias de los Apóstoles *(Com-«mentaria Apostolorum)* ó los escritos de los Profetas, segun el tiem-«po de que hay que disponer. Cuando el lector ha concluido, el que «preside pronuncia un discurso para exhortar á la imitacion de aque-«lla sublime doctrina, etc.» Sigue lo restante de las prácticas de la misa, tales como las vemos aun en el dia en nuestras iglesias católicas [2]. — Por estas palabras: *Memorias de los Apóstoles*, san Justino designa claramente los Evangelios, y se explica mas adelante del modo siguiente: «Los Apóstoles en sus Memorias que se llaman *Evange-«lios* [3].» —Hé aquí, pues, el uso de la lectura de los Evangelios en las asambleas de los cristianos notoriamente acreditado y puesto en práctica desde el principio del segundo siglo, lo cual prueba evidentemente que dicho uso se remontaba mucho mas, y por consiguiente que se hallaba establecido ya en el siglo primero, es decir, en vida y por las manos de los mismos Apóstoles. Ahora preguntarémos, ¿qué le queda á la hipótesis de que los Apóstoles no habian sido realmente los autores de los Evangelios?... —Por lo demás, no es permitido poner en duda la perfecta identidad de aquellos Evangelios de que habla san Justino con los Evangelios de san Mateo, san Juan, san Lucas y san Marcos, aun cuando no los nombre; porque el mismo, en la primera parte de dicha apología, y particularmente en los largos párrafos 15 y 16, transcribe sus principales pasajes, con el objeto de ha-

[1] San Ireneo, lib. III, cap. II, n.° 7.
[2] Justin., *Apol.*, I, núm. 67.
[3] Idem, idem, núm. 66.

cer conocer su sublimidad á los paganos: pasajes que están tomados indistintamente en los cuatro Evangelios, y que se encuentran en ellos palabra por palabra. —Si en esto no hay evidencia, ¿dónde la habrá?

Sin embargo pasemos mas adelante:

San Ignacio, *contemporáneo y discípulo de san Juan*, dice que recurre *al Evangelio como á la carne de Jesucristo, y á los Apóstoles como al presbiterio de la Iglesia* [1], designando claramente con esto las dos partes del Nuevo Testamento. Si el Evangelio hubiese sido apócrifo, ¿lo hubiera aquel Santo ignorado? ¿hubiera hablado de él de esta suerte?

Además, en sus cartas á los de Esmirna y de Éfeso, cita varios pasajes del mismo Evangelio. —Lo mismo se nota en otros Padres del *siglo primero*, como san Bernabé, san Clemente de Roma y san Policarpo, todos discípulos inmediatos de los Apóstoles: en sus cartas á los fieles de sus iglesias hay muchísimas citas, sacadas de nuestros Evangelios [2]. Es verdad que estas citas no se encuentran á veces al pié de la letra, pero su sentido es siempre perfectamente idéntico. Esos Padres citaban de memoria; por esto notamos esa diferencia, y la prueba está en que las otras citas que hacen del Antiguo Testamento presentan el mismo carácter. No puede dudarse que hacen uso del Evangelio y no de la simple tradicion, pues muchas de sus citas, bastante largas, se encuentran literalmente en nuestros Evangelios, y con frecuencia se refieren á ellos: *Ait quippe Dominus in Evangelio: — alia quoque scriptura ait: — sicut scriptum est*, etc.

Nos parece haber llevado á su colmo la prueba de la autenticidad de los Evangelios, pues desde el siglo IV nos hemos ido remontando paso á paso hasta el corazon del primero, hasta los piés de los Apóstoles, y hemos visto los Evangelios constante é incontestablemente reconocidos por auténticos, universalmente admitidos como obra de los testigos de la vida de Jesucristo, cuyos nombres llevan. A menos de habérselos visto escribir, no se puede imaginar nada de mas cierto.

— Pues bien: vamos á vérselo escribir. No queremos defraudar á la incredulidad este último gusto, y ya que ha negado la evidencia, queremos presentársela hasta la saciedad.

Si hay en toda la antigüedad un documento histórico que sea auténtico y sobre el cual pueda cualquiera apoyarse, es seguramente el

[1] *Ad Philadelph.*, num. 5.

[2] Menos del de san Juan, que todavía no estaba escrito. —Véase á Bergier en su *Certidumbre de las pruebas del cristianismo*, pág. 35, 36, 37, 38, 39.

libro de los *Hechos de los Apóstoles*. A nadie hasta ahora se le ha ocurrido la mas ligera sospecha contra este documento. El sábio é imparcial Mr. Guizot, al rectificar en su traduccion de Gibbon la simple omision que este historiador, hostil al cristianismo, habia cometido del testimonio de esta historia, en lo tocante á las primeras persecuciones de los cristianos, se expresa así: «El único medio de justificar «semejante omision era atacar la autenticidad de los Hechos de los «Apóstoles; porque si son auténticos, es absolutamente necesario con«consultarlos y apoyarse en ellos: *los tiempos antiguos nos han legado «poquísimas obras, cuya autenticidad esté tan bien comprobada como la «de los Hechos de los Apóstoles.* (Véase á *Lardner's Credibility of the «Gospel's history*, parte 2). Por consiguiente Gibbon no tuvo ningun «motivo para guardar silencio respecto de los escritos de san Lucas, «aunque esta laguna no deja de tener su importancia [1].»

Los Hechos de los Apóstoles empiezan así:

«He hablado, ó Teófilo, en mi primer discurso de todas las cosas «que Jesús comenzó á hacer y enseñar, hasta el dia en que, despues «de haber instruido por el Espíritu Santo á los Apóstoles que habia «escogido, fue recibido arriba, etc.»

Tenemos, pues, que la misma pluma que escribió los Hechos de los Apóstoles, cuya autenticidad está *incontestada*, escribió *lo que Jesucristo hizo y enseñó*, es decir, un Evangelio, y esta pluma es la de san Lucas. Luego, el Evangelio de san Lucas es auténtico. Es menester convenir en esto, ó declararse contra los *Hechos de los Apóstoles*, es decir, *contra lo mas auténtico que los tiempos antiguos nos legaron.*

Pero hay mas:

A su vez el Evangelio de san Lucas empieza así: «Ya que *muchos «han intentado* poner en órden la narracion de las cosas que entre nos«otros han sido cumplidas, como nos las contaron los que desde el «principio las vieron por sus ojos, y fueron ministros de la palabra, «me ha parecido tambien á mí, despues de haberme muy bien in«formado cómo pasaron desde el principio, escribírtelas por órden, ó «buen Teófilo, para que conozcas la verdad de aquellas cosas en que «has sido instruido, etc. [2].»

Concuerda esto perfectamente con los *Hechos de los Apóstoles* para

[1] *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. III, pág. 147, nota, edicion de 1828.

[2] Traduccion del P. Scio.

hacernos ver la misma pluma, el mismo autor, la misma obra hasta cierto punto, pues el Evangelio es llamado por el autor de los Hechos *mi primer libro*, y vemos, en efecto, que este primer libro lleva la misma dedicatoria, y justifica por su introduccion la referencia que tiene con él la introduccion de los Hechos de los Apóstoles. — Hay mas: así como los Hechos de los Apóstoles se refieren al Evangelio de san Lucas, el Evangelio de este Santo se refiere á su vez á otros Evangelios preexistentes (*Ya que muchos han intentado poner en órden*, etc.), y completa con esto la certidumbre histórica de nuestros Evangelios.

Los *Hechos de los Apóstoles* forman de este modo la base inmediata de la certidumbre evangélica. No consienten que se diga que los Evangelios fueron compuestos despues de la toma de Jerusalen y de la dispersion de los judíos, en una época en que no habian quedado ya testigos oculares que pudieran contradecir á los Apóstoles; pues se hace mencion en ellos de muchos hechos que habian pasado en el templo de Jerusalen, y en esto los *Hechos* están tambien de acuerdo con la carta de san Clemente, en que se habla, núm. 41, del ejercicio de la religion judáica en el templo de Jerusalen como de una cosa todavía existente, y en que se encuentran al mismo tiempo citas de los Evangelios de san Mateo, san Marcos y san Lucas. Debemos además tener presente que en los *Hechos de los Apóstoles* la escena no pasa solamente en Judea, sino en Antioquía, en Chipre, en Asia, en Macedonia, en la Acaya y en Roma: es una historia general contemporánea, escrita en presencia del mundo entero, y que debia encontrar por todas partes testigos capaces de juzgar de la verdad ó falsedad de los hechos referidos por el historiador. Recibida por todas partes desde su orígen, merece, pues, esta historia, hasta el mas alto grado, la reputacion de autenticidad de que disfruta, y por consecuencia importa la de los Evangelios de que hace mencion.

Por fin, tenemos otros documentos no menos auténticos é igualmente inmediatos, que deponen con toda claridad de la certidumbre evangélica: las *Cartas de los Apóstoles*. ¿Quién se atreveria á desechar esas cartas dirigidas á todas las naciones de la tierra, á los romanos, á los efesios, á los gálatas, á los partos, á los hebreos de la Palestina, á los judíos dispersos y á las doce tribus; esas cartas recibidas, guardadas y solemnemente leidas en sus *propios originales* durante tanto tiempo por los diferentes pueblos del mundo, que veian en ellas las *constituciones* de su fe? «Si quereis satisfacer una lauda-

«ble curiosidad, escribia Tertuliano en el siglo III, recorred las igle-«sias apostólicas, en las que todavía se conservan en los mismos si-«tios las sillas de los Apóstoles, y en las cuales, al oir la lectura DE «SUS PROPIAS CARTAS ORIGINALES *(apud quas* IPSÆ AUTENTICÆ LITTERÆ «*recitantur)*, os figuraréis estar viéndolos á ellos mismos, y escuchar «el sonido de su voz, etc. [1].»

Estas Cartas, lo mismo que los *Hechos*, suponen siempre los Evangelios, los citan ó aluden á ellos; están impregnadas de ellos, ó por mejor decir son los mismos Evangelios predicados; y si los Evangelios no existieran, podrian servirnos de tales. Por consiguiente, cuando la incredulidad ataca la autenticidad de los cuatro Evangelios, á mas de que choca contra la evidencia, deja subsistir toda la verdad que quiere destruir, á saber, los hechos sobrenaturales de la vida de Jesucristo y su doctrina. Esta verdad resulta lo mismo de los *Hechos de los Apóstoles* y de sus *Cartas*, que de los Evangelios. Para que el incrédulo pudiera lograr su objeto, seria preciso que destruyese no solo la autenticidad de los cuatro Evangelios, sino tambien la de los *Hechos de los Apóstoles, el libro mas auténtico que nos legaron los tiempos antiguos*. Si semejante exceso no fuese todavía bastante, seria preciso ir mas léjos, llevar la temeridad hasta poner en duda las *Cartas* de san Pablo, y, por fin, no dejar ninguna autenticidad á las de san Pedro ni á las de san Juan; porque de otra manera no se llegaria á probar nada contra la causa cristiana que se sostendria con toda su fuerza. En efecto, las Escrituras del Nuevo Testamento se hallan enlazadas entre sí con tan estrecho nudo, con una relacion tan íntima, que no es posible dejar de admitirlas todas como auténticas, ó desecharlas todas como supuestas. Pero ¿por qué? diréis acaso. Porque en todas se encuentran los mismos hechos y los mismos dogmas. Porque el libro de los *Hechos* contiene todo lo que hay de esencial en la historia de los Evangelios, á los cuales se refiere necesariamente. Porque las *Cartas* de san Pablo son ininteligibles si anticipadamente no admitís los Evangelios y los *Hechos*. Porque las *Cartas* de san Pedro, de Santiago y de san Juan se refieren claramente á las de san Pablo. Y para decirlo todo de una vez, porque no hay ninguna, ni la de san Judas, á pesar de ser tan corta, que no contenga todo cuanto tiene el cristianismo de fundamental, ya sea en los milagros, ya en la doctrina. En esto no cabe, pues, eleccion, porque lo que fuese exceptuado ha-

[1] *Tratado de las prescripciones*, n.° 36.

ria revivir todo lo demás. La incredulidad debe por consiguiente mirar si, para sostener su empresa, se atreve á tentar lo que hasta aquí y en el desvanecimiento de sus mas audaces temeridades no habia aun imaginado: sostener que es falso todo el cuerpo del Nuevo Testamento, y atacar la autenticidad de las *Cartas* y de los *Hechos* lo mismo que la de los *Evangelios*.

— Pero mientras esperamos que se decida, terminarémos la cadena de nuestra demostracion, corroborando la autenticidad de los Evangelios con el testimonio de los herejes y de los paganos.

Las primeras herejías se levantaron en la Iglesia inmediatamente despues de la muerte de los Apóstoles; luego, los libros del Nuevo Testamento, sobre los cuales procuraban apoyarse, existian en tiempo de los Apóstoles, y por consiguiente son auténticos. Aquellas herejías no atacaban la autenticidad de las Escrituras; al contrario, les rendian una solemne testificacion al intentar plegarlas á sus doctrinas particulares. «Evita las Escrituras (dice Tertuliano hablando del he-«reje Valentino, que apareció en Roma bajo el pontificado de san Hi-«ginio, el año 141 de nuestra era), y trata de concordarlas con sus «errores, cambiando la significacion de los términos.»

Heracleo y Ptolomeo dogmatizaban al mismo tiempo que Valentino. El primero habia escrito unos comentarios sobre el Evangelio de san Lucas y de san Juan, y el segundo cita con mucha frecuencia los Evangelios en una carta á Flora.

Los gnósticos, cuyo orígen se pierde en los tiempos apostólicos [1], se resistian á admitir los libros del Nuevo Testamento, y pretendian que los Apóstoles habian tenido una doble doctrina, la una pública, grosera y conforme á las preocupaciones de los que los escuchaban, contenida en los libros del Nuevo Testamento, y la otra secreta y mas pura, de la cual solamente los gnósticos, esto es los perfectos, tenian conocimiento. — Nótese bien la fuerza de este testimonio: hé aquí unos herejes que se rebelan contra toda la doctrina consignada en los Evangelios, y que pretenden ser herederos directos y privilegiados de otra doctrina mas apostólica. Atacan no solo la doctrina, sino los hechos, pretendiendo que todos los actos de la vida y muerte de Jesucristo, y la misma persona de su humanidad, no fueron reales, sino fantásticos y aparentes. Es claro que deben tener el mayor interés en desembarazarse de las Escrituras atribuidas á los Apóstoles, porque les son

[1] San Pablo alude á ellos en su primera carta á Timoteo, VI, 20.

directa y completamente contrarias. Decir que estas Escrituras no son de los Apóstoles es lo primero que debia ocurrírseles á quienes pretendian que lo que en ellas se contenia no era de los Apóstoles. Pero no: es tal la evidencia de la autenticidad de estas mismas Escrituras, que se ven obligados á recurrir al singular sistema de que los Apóstoles hubiesen tenido dos doctrinas, una engañosa y para el pueblo, la cual habian consignado en sus libros, y otra real para los perfectos, que habian confiado á una tradicion secreta, y de que prestándose los mismos hechos á esta doble doctrina, habrian aparecido ser lo que no habian sido nunca. ¿Puede imaginarse un testimonio mas evidente, en favor de la autenticidad de los Evangelios, que este rarísimo sistema inventado en una época tan próxima á su publicacion?

Con razon, pues, san Ireneo deducia de las primeras herejías la ventaja que nosotros oponemos ahora á la incredulidad: «La autoridad «de nuestros Evangelios se halla tan bien probada, dice, que los mis«mos herejes dan testimonio de ella... Nuestra doctrina es, pues, muy «cierta, ya que está apoyada en los libros que nuestros mismos adver«sarios justifican con su confesion [1].»

Pero la incredulidad pagana, mas libre de toda prevencion cristiana, mas interesada y mas audaz contra el cristianismo que la herejía misma, ¿hubiera acaso lanzado uno solo de esa multitud de dardos que por todas partes buscaba contra la autenticidad de los Evangelios, base fundamental de nuestra fe? No, y creemos que este testimonio es muy decisivo, y que él solo habria podido dispensarnos de todos los demás.

No tuvo la idolatría defensores mas hábiles, ni el cristianismo mas encarnizados enemigos que Celso, Porfirio y el emperador Juliano. Todos cuantos recursos pudieron proporcionarles la filosofía, el conocimiento de la historia, la elocuencia, el talento y la malignidad, los emplearon en defender el culto de los dioses falsos y en destruir el de Jesucristo; y Mr. de Chateaubriand hace observar con razon en sus *Estudios históricos*, que la incredulidad moderna no es mas que plagiaria suya, y que todo Voltaire se encuentra en Juliano.

Pues bien: esos famosos incrédulos, dignos corifeos de todos sus sucesores, que todo lo han atacado en el cristianismo, valiéndose de todos los medios, nada adelantaron contra la autenticidad de las Escrituras. Son estas la única cosa que no se atrevieron á tocar y que admi-

[1] San Ireneo, lib. III, cap. II, n.º 7.

tieron necesariamente. Se ve que la tascan, por decirlo así, como un freno, y que la cubren de espuma; pero esto mismo prueba que la reconocen y atestiguan en el mas alto grado.

El mas antiguo de los tres, Celso, que escribia en 170, y que es tan conocido por su lucha con Orígenes, declara él mismo desde el principio de su obra que ataca á los cristianos con conocimiento de causa, y que no ignora ninguna de sus pruebas: *Novi enim omnia*[1]. No pudiendo recusar la autenticidad de los Evangelios, se prevale singularmente del de san Mateo; sigue sumariamente su historia, y la comenta injuriosamente. Todos sus dardos están fraguados aquí. Opone las genealogías del Salvador; dice que nadie vió sus milagros mas que sus discípulos, y que estos *los exageraron mucho*, etc. Es inútil entrar en mas detalles.

Porfirio, que escribia á mediados del siglo tercero, publicó contra el cristianismo un tratado que los paganos miraban como divino. La mayor parte de las objeciones de este filósofo estaban sacadas de los libros del Nuevo Testamento. Por ejemplo, reprobaba la imprudencia de los Apóstoles que habian seguido al Salvador á su primera invitacion. Se burlaba de los Evangelistas que, por una hipérbole ridícula, escribieron, decia él, que Jesucristo habia hecho caminar á Pedro sobre las aguas del mar, á pesar de no hablarse entonces mas que del lago de Genezaret, etc.

Juliano, en fin, que vivia á mediados del siglo *cuarto*, que por consiguiente habia podido recoger todos los argumentos forjados en el espacio de cuatrocientos años contra el cristianismo, y añadirles todos los que este alejamiento podia ya favorecer contra la autenticidad de sus orígenes; Juliano, que en su calidad de *apóstata* reunia el doble conocimiento y la doble experiencia de un pagano y de un cristiano; Juliano en fin, cuyos ataques debian ser tanto mas osados cuanto que salian de una mano *imperial*, y que habia jurado confundir al *Galileo*[2]: Juliano, sin embargo, no habla jamás de los Evangelios ni de los otros libros del Nuevo Testamento, sin atribuirlos á los Apóstoles cuyos nombres llevan. Ya cita pasajes sacados de las *Cartas* de san Pablo, como él mismo dice, ya recuerda, segun san Lucas y san Mateo, palabras textuales de Jesucristo, y algun rasgo de su historia. Confiesa que Jesucristo curó, en ciertos sitios de la Judea, á cojos, sordos y ciegos. Por fin, cuando prohibe á los cristianos enseñar las

[1] *Orígenes contra Celso*, lib. I, pág. 11.

[2] Con este nombre llamaba á Jesucristo. *(Nota de los Editores).*

bellas letras y explicar los poetas, *Vayan*, dice, *á explicar el texto de Lucas y de Mateo en las asambleas de los galileos* [1]. — Pero donde es evidente la confesion de este célebre impío, y se le ve morder el freno de la certidumbre evangélica, es en el siguiente pasaje: «Ni *Pablo*, «ni *Mateo*, ni *Lucas*, ni *Marcos* se atrevieron á decir que Jesús fuese «Dios. Cuando en Grecia y en Italia hubo muchas personas que lo «hubieron reconocido por tal, y que empezaron á honrar los sepul- «cros de Pedro y Pablo, entonces declaró *Juan* que el Verbo se habia «hecho carne y que habia habitado entre nosotros. Sin embargo, cuan- «do nombra á Dios y al Verbo, no nombra ni á Jesús ni á Cristo. Juan «debe ser considerado como el orígen de todo el mal [2].»

No pudiendo negar la autenticidad de los Evangelios (los cuales coloca en la misma línea que las Cartas de san Pablo), se desquita diciendo que Jesús no está representado en ellos como Dios; no pudiendo negar la sublime doctrina del *Verbo hecho carne*, en san Juan al menos, echa mano para eludir este gran testimonio de dos efugios contradictorios que descubren y confunden su mala fe: el primero es, que hasta que el universo hubo reconocido la divinidad de Jesucristo, san Juan no dió de él testimonio, (¡cómo si la rápida creencia del universo en la divinidad de Jesucristo no presupusiera el testimonio de los demás Apóstoles, cuyos sepulcros eran por todas partes venerados!); el segundo es, que Juan no da testimonio, porque, á pesar de todo, cuando habla del *Verbo* no nombra ni á *Jesús* ni á *Cristo*..., y que sin embargo, debe ser considerado como el orígen de todo el mal... — ¡Lamentables contradicciones y rabia impotente que confirman lo que quieren atacar, y que descubriendo la mas perversa y audaz voluntad de destruir los fundamentos de nuestra fe, prueban que estos fundamentos son indestructibles!

No obstante, en medio de todo esto, ni siquiera le pasa por la imaginacion atreverse á atacar la autenticidad de los Evangelios, ni aun con malas razones, como lo hace con la divinidad de Jesucristo, á pesar de ser este el medio mas sencillo y mas directo de destruir la creencia en semejante divinidad. Al contrario, la reconoce y establece, sacando todas sus imputaciones de los mismos Evangelios y de la conducta de sus autores.

¿Se concibe ahora cómo haya podido la incredulidad moderna llegar á poner en duda una autenticidad apoyada en tantas pruebas,

[1] Julian, *Epist. XLII.*
[2] S. Cyril. c. Julian.

certificada por tantos testimonios, corroborada con tales sufragios, una autenticidad que, como acabamos de demostrar, es *notoria*, — *necesaria*, — *manifiesta?*

Pero con esto no ha hecho mas que lo que puede hacer: aumentar la evidencia de la verdad que quiere oscurecer, lo cual no es seguramente insignificante, atendido el grado á que semejante evidencia ha llegado á manifestarse.

Sin embargo, vamos á ver, siguiendo nuestra investigacion, no dirémos las razones (pues que ni aun ella misma les atribuye esa fuerza), sino los escrúpulos de la incredulidad.

§ IV.

¿Por ventura no ha habido *Evangelios falsos?* Y si esto es así ¿por qué no han de poder fingirse historias como esas? En el caso afirmativo ¿quién nos asegura que todos los Evangelios y los hechos que contienen no son supuestos? — Primera dificultad.

Estos mismos Evangelios, adoptados actualmente por toda la cristiandad, ¿en qué estado se hallaban antes de que la imprenta diese á su texto esa uniformidad y fijeza, que ya no permiten en el dia añadirles ni quitarles nada? ¿No encontramos en los manuscritos antiguos innumerables *variantes?* ¿Hasta dónde pudieron llegar estas variantes, y qué es entonces de la certidumbre del relato y de la doctrina á través de semejante confusion? — Segunda dificultad.

Los *Evangelios falsos* y las *variantes:* hé aquí las dos dificultades que se aducen contra la autenticidad y la verdad de nuestros Evangelios.

Contestacion:

Es cierto que ha habido *Evangelios falsos*, y lo es tambien que los manuscritos antiguos, segun los cuales se ha fijado el actual texto de nuestros Evangelios, presentan muy numerosas *variantes*.

Convenimos en que estos dos hechos, y las inducciones que de ellos saca la incredulidad, no están desprovistas de ciertos visos de razon, que producen ligeras sombras; pero si se las estudia y examina á la luz de una sana crítica, esas sombras y esos falsos visos se desvanecen, y en su lugar solo se encuentran nuevos argumentos en favor de la certidumbre de nuestra fe.

I. Empecemos por los *Evangelios falsos:*

Primeramente pongamonos de acuerdo sobre lo que debe entender-

se por *Evangelios falsos*. ¿Son estos historias falsas de todo punto, relatos fabulosos y totalmente diferentes de los que contienen los Evangelios reputados verdaderos? De ninguna manera. Se les parecen tanto que, bajo este punto de vista, se les hubiera podido confundir con ellos. Lo que principalmente los hizo distinguir de los últimos, fue que eran *apócrifos*, es decir, atribuidos á autores que en realidad no los habian escrito, y que despues, examinándolos detenidamente, se descubrieron en su contenido tradiciones poco seguras, y alteraciones de la verdad en ciertos detalles.

Sentado esto (salvo el derecho de volver á ello y tratarlo mas extensamente dentro de poco), ciñámonos desde luego al raciocinio que de aquí quiere deducirse.

Ha habido Evangelios falsos, se dice; *luego se han podido suponer historias semejantes;* — esto es cierto hasta cierto punto con la explicacion bien entendida, sin embargo, y resultante de lo que precede, de que la suposicion cuya posibilidad reconocemos, no afecta el fondo del relato, sino su orígen, y, si se quiere, solamente algunos detalles: es decir, que ha podido haber Evangelios *apócrifos*, pero no *falsos* en sí mismos. En efecto, una cosa es la *autenticidad* de un escrito, y otra su *falsedad*. Puede un escrito ser *auténtico*, mientras emane de aquel cuyo nombre lleva, y ser no obstante *engañoso* si falta á la verdad; así como puede ser *verdadero* en lo que dice, y *apócrifo* por ser supuesto el autor. Lo repetimos: tan solo de esta última manera deben entenderse los *Evangelios falsos*, llamados así, no tanto porque sean *falsos*, como porque son *apócrifos;* y como se fundan sobre su existencia para deducir por vía de analogía la posibilidad de *Evangelios falsos*, la razon exige que la analogía sea conforme á su objeto y que no lo exceda, y por consiguiente que no se saque de la existencia de los *Evangelios falsos* otra consecuencia sino que se pudieron hacer otros Evangelios semejantes, esto es, no *falsos*, propiamente hablando, sino simplemente *apócrifos;* por ejemplo: que en lugar de ser el *Evangelio de san Juan*, el que lleva su nombre, no sea del *mismo san Juan*, sino de uno de sus discípulos. Esto es muy importante, porque, aun cuando se les quitase á nuestros Evangelios la autenticidad, les quedaria todavía su verdad. Pero vamos á ver que todo esto no es mas que una mera hipótesis.

Luego, continúan, *todos los Evangelios y los hechos que contienen, pueden ser supuestos.* — Esto es completamente falso. Decimos mas: es lo contrario de lo que debe deducirse.

Si se pudieron suponer Evangelios con alguna apariencia de verdad y alguna esperanza de buen éxito, no pudo suceder sino porque hubo Evangelios verdaderos, en los cuales se pudo imitar esa apariencia de verdad y esa esperanza de buen éxito. Podia suceder, solo porque habian acontecido hechos de la misma naturaleza de los que en ellos se contaban, de modo que de aquí resulta que el fondo de la historia evangélica es verdadero.

Lo que da á este razonamiento un peso decisivo es que la publicacion de aquellos Evangelios tuvo lugar en una época cercana y casi contemporánea á los sucesos que relatan, y que todos están conformes en el conjunto de estos sucesos: lo cual prueba á la vez, que fueron trazados sobre un fondo de historia comun, y por lo mismo *preexistente*, y que la ilusion que pudieron producir en una distancia tan próxima al tiempo y lugar en que colocan esta historia no pudiendo provenir mas que de la verdad de esta, la presupone, y por consiguiente la demuestra.

Para juzgar de la exactitud de este raciocinio, y de la falsedad de su contrario, apliquémoslos ambos á un caso análogo y familiar: *A las Memorias de la marquesa de Crequy.*

El raciocinio de la incredulidad es el siguiente: — «Las memorias «sobre el siglo XVIII de la *marquesa de Crequy*, que pasaron al prin«cipio por verdaderas, son falsas: luego se han podido suponer con «buen éxito otras memorias semejantes, *luego, todas las memorias «que poseemos sobre el siglo XVIII, y todos los hechos que contienen «pueden ser supuestos.*»

Nuestro raciocinio es este otro: — «Las *Memorias de la marquesa de «Crequy*, se han podido suponer con buen éxito: luego es preciso que, «acerca de los sucesos que refieren, haya otras memorias auténticas, «cuya apariencia habrán tomado; es preciso que durante el si«glo XVIII haya pasado realmente un conjunto de hechos idénticos, «ó á lo menos análogos, que favorezca esta suposicion: luego, el éxi«to mismo de la suposicion de las *Memorias de la marquesa de Cre«quy*, presupone una historia auténtica y verdadera de los hechos ge«nerales que contienen, y por consiguiente la demuestra.»

Hay que añadir otra observacion muy importante, y es que en este caso, que es absolutamente parecido al nuestro (pues los Evangelios eran *memorias* apostólicas, *commentaria apostolorum*, y memorias contemporáneas, porque san Justino, que las llama así, no distaba mas de los sucesos evangélicos que distamos nosotros del siglo de Luis XV),

cuanto mas extraordinarios son los hechos referidos, mas tienden á la verdad de estos hechos las memorias apócrifas que los vuelven á referir. — El autor de las *Memorias de la marquesa de Crequy* pudo engañarnos sobre algunas insignificantes anécdotas de salon, pero no ha podido hacer lo mismo respecto á los grandes acontecimientos de la revolucion francesa. Aquí se ha visto precisado á ser fiel y exacto, y á confundirse con la historia. Decimos mas: no podria engañarnos sobre algunos detalles, sino á fuerza de ser verdadero sobre aquellos grandes sucesos; de modo, que el éxito de su inocente superchería prueba su gran verdad. El medio infalible que hubiera podido escoger para no engañar á nadie, y para ver su obra despreciada como la de un insensato, hubiera sido contar que á mediados del siglo XVIII y en las calles de París habia parecido y vivido por espacio de tres años un Profeta, un Taumaturgo, un hombre extraordinario, que se decia Dios, curando los ciegos y los cojos, resucitando los muertos, haciéndose seguir por todas partes y hasta los lugares mas desiertos por grandes turbas de pueblo, testigos de sus prodigios; que perseguido, pero presentado al Parlamento y llevado de tribunal en tribunal, habia sido ajusticiado entre dos ladrones en la plaza de Grève, y que despues, habiendo resucitado á los tres dias y burlado á los soldados que la policía habria puesto de centinela en su sepulcro, habia dejado á París, la Francia y el mundo en un estado de fermentacion que nada podia contener. Lo repetimos: si el autor de las *Memorias de la marquesa de Crequy* hubiese escrito esto, se hubiera hecho silbar, porque todo hubiera depuesto contra él; pues un acontecimiento semejante hubiera debido hacer grande impresion sobre el siglo, y encontrarse consignado así en los monumentos públicos como en los recuerdos particulares del país. — Pues bien, no era menor la dificultad para los autores de los Evangelios *apócrifos*. Por consiguiente, si se atrevieron, no sin resultado, á contar semejantes hechos, debia ser porque estaban de acuerdo con otros Evangelios auténticos, cuya semejanza y autoridad tomaban, y porque unos y otros se hallaban conformes con la tradicion, con todos los monumentos, con todos los recuerdos contemporáneos de la Judea, con los hechos, en fin, los hechos recientes, los hechos presentes, porque por todas partes se sentia aun la impresion de los sucesos de Jesucristo: en la Judea, en la Grecia, en la Italia: todo el universo se hallaba por ellos conmovido, transformado, y nuestro mundo actual fermentaba ya bajo tan poderosa impresion.

Insistimos, pues, en decir, que de la existencia de los *apócrifos* es necesario deducir lo contrario de lo que la incredulidad deduce; es decir, que todos los Evangelios y los hechos que contienen *no pueden* ser supuestos, y que esos Evangelios *apócrifos* presuponen una historia evangélica auténtica y verdadera; y la presuponen tanto mas, cuanto mas extraordinarios son los acontecimientos en ellos referidos.

Así es que, en puro raciocinio, la objecion que saca la incredulidad de los hechos evangélicos, no vale nada, ó mas bien vale mucho contra ella misma.

Pero sobre todo peca en lo de hecho.

La incredulidad va á estrellarse, en efecto, contra el punto que hemos sólidamente establecido ya, y que es necesario no perder de vista; es decir, que los cuatro Evangelios segun san Mateo, san Juan, san Marcos y san Lucas fueron, desde el instante de su publicacion hasta el momento actual, reconocidos como únicos auténticos, no solamente por toda la Iglesia diseminada por todo el universo, sino por los mismos herejes y paganos; que los Evangelios falsos gozaron siempre de tan poco crédito y tuvieron tan mal éxito, que jamás pudieron confundirse con los verdaderos; que los cristianos no se ocuparon nunca de ellos; que sus mas encarnizados enemigos no se prevalieron nunca de ellos; y que, en fin, cayeron por sí mismos y sin que hubiera necesidad de arrancarlos, como aquellas plantas parásitas que se secan sobre un tronco vigoroso en quien ninguna impresion producen y que continúa en toda su lozanía.

Hé aquí ahora las necesarias consecuencias que de esto se siguen:

Es, pues, ilógico deducir de la falsedad de los unos la falsedad de los otros, pues su destino fue totalmente diferente: los unos no pudieron pasar por auténticos ni un solo dia [1], y los otros están en posesion de autenticidad hace mas de diez y ocho siglos. ¿De dónde puede proceder esta diferencia de destino, sino de una diferencia de naturaleza, de que los unos son falsos y verdaderos los otros? Si se les hubiera confundido, si todos hubiesen llegado hasta nosotros mezclados, concebiríamos la objecion; pero si ni un solo dia en tan largo espacio de tiempo han marchado realmente unidos, ¿como se puede deducir de los unos por los otros?

Al contrario, de la falsedad de los unos resulta una prueba mani-

[1] Entrarémos en algunos detalles que completarán esta asercion.

fiesta de la verdad de los otros. En la actualidad tenemos evidentemente una señal cierta para distinguirlos: conocemos la suerte infalible de los Evangelios falsos. Caen tarde ó temprano, porque no puede dejar de suceder; ni siquiera se sostienen, y no es exacto decir que se pueden suponer Evangelios, pues los *Evangelios falsos* prueban que no se pueden suponer, porque de hecho no pudieron serlo, no pudiendo por su falsedad llegar á acreditarse. Por consiguiente, si nuestros cuatro Evangelios se acreditaron y se sostuvieron, si resistieron la crítica mas envenenada y fueron incontestablemente reconocidos como auténticos por todo el mundo, esto prueba que no eran falsos, que son realmente auténticos.

Si no hubiese habido *Evangelios falsos*, se podria dudar hasta cierto punto de la autenticidad de nuestros Evangelios; podria creerse que hubiese sido posible en cierta manera suponerlos. Pero ahí están los Evangelios falsos para desvanecer esta hipótesis, y así como *era necesario que hubiera herejías* para atestiguar con sus variaciones el milagro permanente de la indisoluble unidad de la Iglesia de Jesucristo, *era tambien necesario que hubiera Evangelios falsos* para atestiguar con su caducidad la solidez de los títulos de nuestra fe.

Los Evangelios falsos prueban que la Iglesia ha estado siempre excesivamente precavida y vigilante contra los errores, aun los errores inocentes, y que por consiguiente es con razon que tenemos fe en la integridad de su depósito. ¿Por dónde sabemos que hubo Evangelios falsos? ¿Fueron los judíos, los herejes, los paganos, los incrédulos ú otros de los numerosos enemigos de la Iglesia, quien los descubrió y denunció, y que se los arrancó de las manos en medio de su gran confusion? No; y si hubieran sido ellos, ¿por qué no habrian hecho lo mismo con los cuatro Evangelios que han sobrevivido? Pero si no fueron ellos, ¿quién fue?... La misma Iglesia, la sociedad cristiana los echó y extirpó de su seno, libre y espontáneamente, por la accion natural de su propia delicadeza; y si es permitido decirlo así, por el resorte de su temperamento eminentemente antipático al error. De este modo los Evangelios falsos ofrecen una magnífica garantía de autenticidad en favor de los verdaderos. La Iglesia hubiera podido dejarlos juntos, siguiendo el curso natural de las cosas, que por todas partes nos ofrece la mezcla de lo verdadero con lo falso. Tal vez no lo hubiéramos conocido nunca, y ella se hubiera aprovechado de esto, pues hubiera tenido mayor número de títulos que oponer a sus enemigos; pero no podia ser, ¡tan verdadera es la Iglesia! ¡tan mortal

es el aire que ella respira para todo lo que sabe á error! ¡tan auténticos y verdaderos son, por consiguiente, los cuatro Evangelios que presenta al mundo, hace mas de mil ochocientos años!

Todo esto va á hacerse mas sensible con algunas explicaciones sobre detalles que hemos creido deber reservar para el fin, con el objeto de no entorpecer la marcha de nuestros argumentos.

Hay dos clases de Evangelios falsos: unos emanados de los cristianos, otros forjados por los herejes. Es menester distinguirlos bien.

El orígen de los primeros nada tiene de criminal. Era natural que los fieles, instruidos por los Apóstoles, quisiesen consignar por escrito todo cuanto se les habia enseñado acerca de Jesucristo, sus milagros y doctrina. Un hombre instruido por Santiago ó por un discípulo suyo, llamaba al Evangelio que él mismo escribia, el *Evangelio de Santiago;* un discípulo de santo Tomás, titulaba al suyo el *Evangelio de santo Tomás;* todo esto muy inocentemente y sin intencion de engañar á nadie. Es regular que estas historias se multiplicasen considerablemente; que se encontraran en ellas muchas verdades de detalles, segun el genio de los diferentes escritores, y segun la instruccion de cada uno de ellos; que además de los hechos principales contados por los Apóstoles, algunos mezclasen en ellas tradiciones poco seguras, y quizás hasta algunos dogmas contrarios á la doctrina de los Apóstoles; que á medida que los Evangelios escritos por los Apóstoles y por sus discípulos mas instruidos empezaron á difundirse y ser conocidos, los otros fueran despreciándose y perdiendo su crédito, y que en los siglos posteriores no se respetasen mas que los que aparecian mas conformes á los Evangelios que se sabia habian sido escritos por los Apóstoles, y que eran admitidos por las iglesias apostólicas.

Esta es la historia de los falsos Evangelios cristianos [1], impropiamente llamados *falsos*. Tratándose de una cosa profana, hubieran pasado por verdaderos: la mayor parte de nuestras historias mas auténticas y acreditadas no tienen tantos títulos á ello; pero el excesivo y prudente rigor de la tradicion católica no les permitió implantarse en su seno. En esto obró además con grandísimo discernimiento: desechó absolutamente algunos como apócrifos, toleró otros como mistos ó dudosos, y los conservó todos á cierta distancia de los cuatro Evangelios publicados por los mismos Apóstoles, y universalmente reco-

[1] Han quedado algunos que confirman lo que hemos dicho de su semejanza con los verdaderos.

nocidos no solo como únicos auténticos y verdaderos, sino como *Sagrados*. Por esto, cuando los Padres de la Iglesia que hemos citado hablan de los cuatro Evangelios, dicen que son los únicos recibidos en la Iglesia universal: *quæ sola in universa Dei Ecclesia, quæ sub cœlo est, citra controversiam admittuntur* [1]; sobre los cuales jamás se ha suscitado la mas ligera duda: *hæc sunt de quibus nulla unquam prorsus extitit dubitatio* [2], y respecto de los demás, los mencionan, pero tan solo como *memoria* y sin discutir su autoridad y sin impugnarlos; tan insignificantes los consideraban al lado de los cuatro Evangelios. Sin embargo, entre ellos habia algunos tan conformes á estos, como los Evangelios de los *egipcios* y de los *hebreos*, que era cási lícito confundirlos con ellos [3]; pero no siendo su orígen directamente apostólico, fueron siempre cuidadosamente distinguidos de los demás. Subsistian, no obstante, como monumentos respetables; pero se servian poco de ellos, tan poco, que Clemente de Alejandría, Eusebio y san Gerónimo que los tenian á la vista, hicieron notar como una singularidad digna de atencion, que los antiguos Padres *(del siglo I)* habian citado *un* pasaje del Evangelio de los egipcios, y *uno* del de los hebreos. Los cuatro Evangelios, al contrario, se encuentran citados siempre y en todas partes desde el *siglo I;* y segun nos enseña san Justino, eran, desde entonces como ahora, leidos con fe y veneracion en las asambleas de los fieles, que veian en ellos los únicos testimonios auténticos, verdaderos y sagrados de la vida, de los ejemplos y de las palabras de Jesucristo. Hay otra cosa muy notable y que contesta á la falsa idea que algunos se forman de la facilidad de los primeros cristianos en dejarse engañar y es, que su confianza en los títulos auténticos de su fe era tan exclusiva, y tan absoluta su desconfianza por todo lo que no emanaba directamente de las fuentes apostólicas, que en este punto incurrian en exceso, pues un Padre del siglo I, san Ignacio [4], creyó deber echar en cara á algunos el no querer fundar su fe *sino sobre los escritos auténticos*, conservados en los archivos de la Iglesia; conducta que atacaba la autoridad no menos sagrada de la tradicion, pero que prueba la escrupulosidad con que se procuraban conservar los escritos de los Apóstoles.

[1] Orígenes.

[2] Eusebio.

[3] San Epifanio creyó que el evangelio de los hebreos era el mismo de san Mateo.

[4] Carta á los de Filadelfia.

Además de los que acabamos de hablar, habia otra clase de *Evangelios falsos*, y eran los que los herejes suponian ó falsificaban maliciosamente para autorizar sus errores. Concíbese que estos no prevalecieron jamás, y que si la Iglesia extirpaba los Evangelios falsos nacidos en su propio seno, con mayor razon desecharia los que sus enemigos querian introducir en él. Hijos estos Evangelios de las herejías, murieron con ellas. Hasta puede decirse que no llegaron á vivir, porque reprobados por los Padres de la Iglesia así que los forjaban los herejes, jamás los católicos los admitieron, y solo fueron conocidos de un pequeño número de sectarios. Por otra parte, estos Evangelios no eran mas que una alteracion manifiesta de los Evangelios verdaderos: uno de los herejes mas osados, Marcion, habia acomodado á sus errores el Evangelio de san Lucas. A pesar de los cambios que en él habia introducido, Tertuliano demuestra que este evangelio así desfigurado era todavía bastante parecido al nuestro, *quod nostro consonat*, y emplea en esta tarea todo su cuarto libro contra aquel hereje. Con su lectura puede convencerse cualquiera de que Marcion no habia quitado de san Lucas mas que los dos primeros capítulos, en que se habla del nacimiento del Salvador, y que desde el principio del tercero hasta el fin no se habia atrevido á cambiar mas que algunas palabras. San Epifanio nota tambien detalladamente todos los cambios que Marcion se habia permitido, y san Ireneo atestigua asimismo esta conformidad del evangelio de Marcion con el de san Lucas. Este es el motivo porque Tertuliano termina su libro burlándose de los vanos esfuerzos de su adversario: «Te compadezco, Marcion, le dice; has trabajado «en balde; encuentro á mi Jesús hasta en tu evangelio: *Christus enim «Jesus in evangelio tuo meus est.*»

Esta es la verdad respecto de los *Evangelios falsos*, ya emanen de los cristianos, ya de los herejes. No se llaman *falsos* porque todo sea en ellos falso y fabuloso, sino porque llevan indebidamente el nombre de un Apóstol ó de un discípulo del Salvador; porque cuentan algunos hechos falsos ó inciertos, mezclados con los verdaderos é incontestables, y en fin, porque algunos contienen ciertas doctrinas falsas. Por lo mismo que no eran mas antiguos que la secta que los produjo, tampoco le sobrevivieron. Todos esos documentos falsos cayeron en el desprecio, mientras que los verdaderos Evangelios continuaron siendo exclusivamente respetados como obra de las manos de los Apóstoles.

Hemos creido deber entrar en estos detalles *justificativos*, para no dejar ninguna duda sobre el punto de hecho que ha servido de base

á nuestros raciocinios. Estos raciocinios subsisten, pues, en toda su fuerza, y es lógico deducir de ellos, como nosotros lo hemos hecho, que la objecion sacada de los *Evangelios falsos* no es consecuente, y que por el contrario estos *Evangelios* suministran nuevos argumentos en favor de la autenticidad é integridad de los nuestros.

II. Veamos ahora la segunda dificultad sacada de las *variantes*. Tambien en este punto la objecion va á transformarse en prueba.

Seria irracional pretender que Dios hubiese debido obrar un milagro perpétuo y visible, para preservar á los Evangelios de cualquiera movilidad del texto sin resultado en el fondo. No hace Dios nada inútil, y esto lo hubiera sido. No hace Dios nada extraordinario y ostensiblemente sobrenatural, sino con la necesaria medida para motivar nuestra fe. Fuera de estos casos, oculta su accion en la marcha natural de las cosas humanas, y vuelve á tomar su naturaleza de *Dios escondido* [1]. Corresponde á nuestra fe ejercitarse para descubrirlo: basta que no pueda ser engañada.

Es preciso caminar á la luz de este principio en el exámen de la dificultad sacada de las *variantes*.

Era natural que los manuscritos de los Evangelios sufriesen algunas variantes. Tal ha sido en todos tiempos la suerte de todos los manuscritos antiguos. La atencion y la mano de los copistas y traductores, á menos de estar inspirados y dirigidos extraordinariamente por Dios, debian inevitablemente incurrir en transposiciones, sinonimias, deslices y otras inexactitudes semejantes, de las cuales el grande arte de la imprenta ha purgado despues á los monumentos del talento humano. Lo que les sucedió á los Evangelios, les sucedió tambien á los escritos de Ciceron, de Horacio y de Virgilio; y á pesar de esto los críticos mas severos creen poseer el texto *auténtico* de esos autores. ¿Por qué, pues, no deberíamos creer igualmente poseer el texto auténtico de los Evangelios? Si las variantes fuesen suficiente motivo para desecharlos, ¿no seria preciso desechar asimismo todos los libros de la antigüedad?

Segun el curso natural de las cosas, hasta debia suceder que los Evangelios se sobrecargasen de un número mas considerable de variantes que cualquiera otro libro, porque desde que hay libros en el mundo no ha habido ninguno que haya sido leido, copiado, tradu-

[1] *Vere tu es Deus absconditus.* (Isai., XLV, 15).

cido y comentado con tanta frecuencia, en tantos lugares y por tantos lectores, copistas, traductores é intérpretes como este [1].

No deberémos, pues, admirarnos de que el número de estas variantes pase de *treinta mil*, segun el cálculo de los críticos mas hábiles.

Pero sí deberémos admirarnos de que entre estas *treinta mil* variantes, no se haya encontrado NI UNA que afectase al fondo del pensamiento ni al sentido de ese divino escrito.

Los trabajos filológicos que se han hecho para poder llegar á este resultado son inauditos. Su investigacion ha suscitado una ciencia enteramente especial y reciente, á la que se han dedicado sábios de todos los países y de *todas las convicciones*, con un ardor digno de la importancia de su objeto. «Pero á pesar de haberse agotado todas «las fuentes á donde podia irse á beber, dice el ilustrado políglota el «cardenal Wisseman; á pesar de haberse recogido todas las expli- «caciones que dieron de los textos los Padres de todos los siglos; á «pesar de haber estudiado las versiones de los árabes, de los siríacos, «de los coftos, de los armenios y de los etíopes, y examinado su ma- «nera particular de interpretar el sentido; á pesar de haber habido «un enjambre de literatos que se han dedicado á compulsar los ma- «nuscritos de todos los países y de cada siglo, subiendo desde el dé- «cimosexto *hasta el tercero;* á pesar de los críticos que, despues de «haber agotado las riquezas del Occidente, viajaron como naturalis- «tas por regiones lejanas para descubrir nuevos testimonios; á pesar «de haber habido algunos que, como Scholtz ó Sebastiani, visitaron «las cavernas del monte Atos, ó las bibliotecas todavía desconocidas «de los desiertos del Egipto y de la Siria; á pesar de todo esto, nada «se ha descubierto aun; ni siquiera UNA SOLA VERSION que haya po- «dido suscitar LA MENOR DUDA acerca de ninguno de los pasajes con- «siderados antes como ciertos y decisivos... De hecho, si examina- «mos el nuevo texto publicado por Griesbach, el primer crítico que «se ha arriesgado á añadir una nueva version al texto admitido; y

[1] Los críticos hacen observar que se encuentran muchas menos variantes en las *Cartas* de los Apóstoles que en los Evangelios: «Sucedia esto porque «los copistas, al escribir historias ó discursos paralelos, como son los cuatro «Evangelios, y teniendo en la memoria expresiones de otro evangelista, po- «dian fácilmente ponerlas en el que estaban copiando. Á veces hasta parece «que lo hicieron expresamente con el objeto de ilustrar un pasaje por medio «de otro. Se nota que esto sucedió muy pocas veces en las cartas de san Pa- «blo, etc.» (*Prefacio general á las Cartas de san Pablo*, N. T. de Berlin, 1741, pág. 3).

«si observamos, lo que es muy fácil á causa de la diferencia de ca-
«racteres, cuán escasas son las ocasiones en que la gran copia de do-
«cumentos que consultó le ha permitido hacer alguna rectificacion,
«no podemos dejar de sorprendernos de la exactitud de nuestro texto
«ordinario, aun cuando hubiese sido formado sin eleccion conforme
«á los primeros manuscritos que vinieron á mano, despues de la in-
«vencion de la imprenta. Debemos experimentar grande satisfaccion
«al ver la poca diferencia que existe entre los mejores manuscritos
«y los que son menos estimados, y la manera admirable como se
«ha conservado siempre la completa integridad de la historia inspi-
«rada [1]. »

Quien haya leido los escritos y conozca el carácter de Wisseman, apreciará en lo que vale lo que acabamos de transcribir; sabrá las garantías de ciencia, de sinceridad, de reserva y moderacion que acompañan á todo cuanto sale de su pluma, y considerará la cita que acabamos de hacer como si fuera la misma verdad.

Hé aquí, pues, la dificultad de las variantes desvanecida como la de los Evangelios falsos, y no solamente desvanecida, sino convertida en prueba de la verdad evangélica, pues ha dado lugar á la justificacion de un resultado prodigioso de integridad en los Evangelios, y tanto mas prodigioso, cuanto que ha salido de los elementos mas contrarios en apariencia, como si Dios no hubiese abandonado los fundamentos de su Religion á todas las vacilaciones ostensibles del error, sino para hacer resaltar los límites secretos que le tiene prescritos.

Y es por cierto digno de admiracion, como dijimos al principio, que esa simple fe del pueblo que cree en el Evangelio, sin tener en cuenta ninguna de las dificultades que se le pueden oponer, sea, sin embargo, tan bien inspirada y tan bien justificada, que despues de haber removido todas estas dificultades y de haberse consumido en investiga-

[1] Wisseman, discurso 10.°, *Estudios orientales.* — Lo notable es que muchos críticos han buscado este resultado con la *esperanza* de desmentir la integridad de las Escrituras. — Por otra parte, los resultados de que se trata, hace observar el Emo. Wisseman, son absolutamente iguales á los obtenidos por el estudio crítico del *Antiguo Testamento*, de manera que el cuerpo entero de nuestras Escrituras se halla de este modo á cubierto, por medio de la ciencia, de toda sospecha de alteracion. — Aconsejamos al lector que vea sobre esto los detalles llenos de interés que encierra el citado discurso del Emo. Wisseman *.

* Estos *Discursos* los insertamos á continuacion de las *Vindicias de la Biblia* que estamos imprimiendo. (*Nota de los Editores*).

ciones y trabajos para conocerlas, el sábio llega como el fiel á esta última palabra: Creo [1].

Tal debe ser, efectivamente, la conclusion de este Estudio sobre los Evangelios. Despues de haber demostrado que su autenticidad es notoria, necesaria y manifiesta, la hemos purgado de todas las vanas dificultades que se le oponian, y las hemos hecho concurrir á atestiguar su mas grande certidumbre.

Para completar esta conclusion nos falta hacer ver ahora la relacion de la *autenticidad* de los Evangelios con su verdad.

§ V.

Un incrédulo del último siglo decia:

«Los Evangelios suministran *la prueba mas completa de la verdad «del cristianismo*. Por esto jamás pondrémos en evidencia demasia- «do grande la autenticidad de estas obras, pues de aquí depende el «juicio que debemos formar de la sinceridad de los que las escri- «bieron [2].»

La incredulidad se arrepentirá siempre de provocar la luz. Nosotros creemos haberla fomentado, y haber puesto *en su mas grande evidencia* la autenticidad é integridad de nuestros santos Evangelios. Luego hemos *suministrado la prueba mas completa de la verdad del cristianismo*.

Verdad es que en general la *autenticidad* de un escrito no importa en sí mismo su *verdad;* pero las circunstancias que acompañan á los Evangelios forman entre su *autenticidad* y su *verdad* vínculos tan fuertes, tan numerosos y estrechos, que no es posible separarlas. Muy pe-

[1] No hay nadie, ni aun el mismo Strauss, que entre los modernos es el mayor enemigo que ha tenido la divinidad de Jesucristo, y que ha trabajado contra ella tan pesadas producciones, que no haya concluido como él con esta formal confesion: «Hice un nuevo estudio. San Juan ha desvanecido todo el peso «de mis dudas contra su autenticidad, y el valor que se merece... He reconoci- «do igualmente que una carta de san Pablo, escrita treinta años despues de «la resurreccion, y en presencia de testigos que vivian aun, es un título *digno «de fe.*» (Prefacio de la tercera edicion, y sec. III, cap. IV, § 36). — Si Strauss hubiese hecho otro *nuevo estudio*, habria vuelto á la fe del carbonero: tan verdadero es el dicho de Bacon, *que los pocos estudios apartan de la fe, y que los muchos hacen volver á ella*. Por lo demás es digno de notarse que no se necesita mas que lo que Strauss confiesa en este pasaje para creer en Jesucristo.

[2] Freret citado por Bergier.

netrada de ello estaba la incredulidad cuando dirigió todos sus ataques al punto de la autenticidad.

Una vez establecida esta autenticidad, veamos, en efecto, las razones de verdad que de todas partes van como á cruzarse en torno suyo.

Es cierto, pues, que poseemos un título directo de la divinidad de Jesucristo; una historia de los hechos sobrenaturales de su vida, escrita por sus contemporáneos y familiares, DE AQUELLA PALABRA DE VIDA, dice uno de ellos, QUE OIMOS, QUE VIMOS CON NUESTROS OJOS, QUE MIRAMOS, Y PALPARON NUESTRAS MANOS: *quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ* [1]. — PORQUE, dice otro, NO OS HEMOS HECHO CONOCER EL PODER Y LA PRESENCIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SIGUIENDO FÁBULAS INGENIOSAS; SINO COMO QUE CONTEMPLAMOS CON NUESTROS PROPIOS OJOS SU MAJESTAD: *Non enim doctas fabulas secuti notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem et præsentiam: sed spectatores facti illius magnitudinis* [2].

De modo que tenemos una historia, y no solo una, sino *cuatro* testimonios directos y positivos, explícitos y precisos, unánimes y diversos. Hasta tenemos *ocho*, pues á los cuatro Evangelios pueden añadirse las *Cartas* de san Pedro, san Pablo, Santiago y san Judas, cuya autenticidad es incontestable, y que no atestiguan menos los hechos evangélicos que los Evangelios mismos, y que por consiguiente son otros tantos Evangelios.

Los tenemos aun en mayor número, pues nosotros pretendemos que los *apócrifos* deben contarse tambien [3]. Convenimos en admitir que en si mismos no tienen valor alguno; pero, unidos á los *auténticos*, son dignos de atencion, y reciben de ellos un valor como céntuplo: son, si se quiere, *ceros*, pero *ceros* precedidos de ocho *unidades*.

Nos explicarémos:

El cristianismo está fundado sobre la certidumbre de los hechos contenidos á la vez en los verdaderos y en los falsos *Evangelios*. Si estos hechos no hubiesen sido verdaderos y universalmente conocidos, seria imposible que tantos y tan diferentes autores se hubiesen concertado para escribirlos, unos en la Judea ó en Egipto, otros en la Grecia ó en Italia; unos con pleno conocimiento, otros con nociones poco

[1] I Joan., I, 1.

[2] II Petr., I, 16.

[3] Véase la larga lista de estos Evangelios en Bergier, *Diccionario de teología*, en la palabra *Evangelios*.

exactas; estos con miras inocentes, aquellos con el designio de tergiversar la doctrina de Jesucristo. En una palabra, ¿hay algun Evangelio falso en el que no se diga, por ejemplo, que Jesucristo apareció en la Judea durante el reinado de Tiberio, que predicó, que hizo milagros, que murió y resucitó, y que envió sus Apóstoles á predicar su doctrina? Siendo incontestables estos hechos capitales, ¿qué nos importa que hayan sido escritos por cincuenta autores buenos ó malos, habiendo ya cuatro que los consignaron con toda la buena fe, toda la exactitud y toda la uniformidad que se puede desear? Los *apócrifos*, que no pueden debilitar la fuerza de los *auténticos*, confirman poderosamente su verdad. Ya hemos visto que la diversidad de ciertos detalles entre los cuatro Evangelistas es una señal segura de su verdad; ¡cuánto mas brillante llega á ser esta verdad en esa gran diversidad que presentan los *apócrifos*, producto de diferentes manos, salidos á luz en diversos lugares y con diversas intenciones (pero al mismo tiempo), y todos, no obstante, de acuerdo entre sí y con los *auténticos*, sobre los principales hechos de la vida de Jesucristo! Era tan grande y extraordinaria la verdad de estos hechos, que preocupaba todas las inteligencias, todo el mundo queria conocerla, por todas partes se abria paso, hasta podia favorecer á los *apócrifos*, y comunicar sus apariencias á ese error, por otra parte inocente á veces [1]. En este sentido los *Evangelios falsos* mas bien son *inauténticos*, que *falsos*. Todos son mas ó menos verdaderos, pues todos son mas ó menos semejantes, y esta semejanza en hechos tan extraordinarios, expresados por órganos tan diversos, no podria existir si no tuviera la verdad por base. Hasta podemos decir que respecto de nosotros no son enteramente *inauténticos*, pues son auténticos á lo menos en cuanto á la época, y esto basta para decir que una época que vió producirse tantos testimonios diversos, y sin embargo unánimes, sobre los hechos de la divinidad de Jesucristo, de seguro contenia su verdad.

Mas en este punto oigo que se nos interrumpe: — Todo esto, me dicen los espíritus de buena fe, es muy poderoso, esas reflexiones son muy concluyentes; todas las razones aducidas hasta el presente en este capítulo nos han chocado igualmente; y sin embargo, desde que estamos en él nos está apurando una preocupacion, de que no podemos libertarnos, y que sobrevive siempre en el fondo de nuestro espíritu á pesar de todo lo que V. nos ha dicho. ¿Por qué motivo todos los tes-

[1] Dejamos ya desarrollada esta última consideracion.

tigos que V. nos presenta son cristianos? ¿Cómo es posible que no viesen los paganos lo que los cristianos veian, y si lo vieron, por qué en sus escritos no hacen mencion de ello? Este vacío y este silencio de su parte, tratándose de unos hechos tan prodigiosos, nos tiene parados y nos hiela. Al contrario ¡qué poderoso empuje no sentiríamos si viésemos citados los Evangelios y confirmados por las historias profanas! ¿Seria V. capaz de darnos sobre esta dificultad una solucion que nos satisfaga?

—Esta preocupacion es legítima, y nosotros la hemos igualmente sentido. Para hacerla cesar en mí, al principio procuré recopilar todo lo que los escritores judíos y paganos habian podido decir sobre el naciente cristianismo. Pero hallé ya hecha esta compilacion y sábiamente ejecutada en la *Historia del establecimiento del cristianismo sacada de solos los autores judíos y paganos*, por Bullet. Encontré en ella testimonios curiosos y convincentes, que si hubiesen de trasladarse aquí alargaríamos demasiado este capítulo; mas, si he de confesar francamente la verdad, esta lectura ha interesado mas mi curiosidad que satisfecho plenamente mi conviccion; en ella se siente mas el esfuerzo del autor, que su resultado. Despues de su lectura echaba menos una cierta cosa, que hallé, sin embargo, pronto, haciendo una reflexion bien sencilla, que ahora mismo me pasmo de que no me hubiese ocurrido desde un principio.

Esta reflexion es la siguiente: Que todos los testigos que he aducido como cristianos, no lo son, en efecto, sino paganos, y en el mas alto grado de fuerza. En efecto, todos los cristianos de aquella época eran judíos ó paganos convertidos, como lo hace observar Tertuliano, quien dice: *Fimur, non nascimur christiani*, nos hacemos, mas no nacemos cristianos. Los testimonios, pues, que hemos presentado son testimonios de paganos, robustecidos con la conversion de sus autores, y los mas escritos con su propia sangre. ¡Cuál no debe ser, pues, su fuerza! No han sido inspirados por preocupaciones cristianas que tuviesen sus autores, sino al contrario, á pesar de las preocupaciones paganas que habian recibido en su nacimiento y en su educacion. Si se hubiesen quedado paganos los autores de todos estos testimonios, como lo fueron en sus principios, os satisfarian, segun parece; y sin embargo, serian realmente menos poderosos, porque tendrian contra sí la conducta de sus autores, que no se conformaria con ellos, conducta de que se aprovecharian nuestros adversarios para oponérnosla, como se ha hecho ya contra el famoso pasaje de Josefo sobre Jesucristo. Por

consiguiente, la conversion, los trabajos, y la muerte de estos ilustres testigos, con los que confirmaron su testimonio, léjos de debilitarle no hacen mas que venir en su corroboracion y á darle una fuerza irresistible. Si Tácito, si Plinio se hubiesen hecho cristianos, ¿no seria por lo mismo mas poderoso su testimonio? ¿Y qué seria si lo hubiesen sellado con su sangre? Sin embargo, su conversion no hubiera hecho mas que disminuir el número ya tan reducido de los testimonios paganos. Tales fueron los primeros Confesores, los antiguos Padres, los Mártires, los Apóstoles. Los hechos evangélicos y los apostólicos eran tan sorprendentes, que no era posible verlos y quedarse pagano: de manera, que si el cristianismo se halla reducido á un corto número de testigos paganos no debe atribuirse sino á su misma verdad y poder. El cristianismo los convertia á sí á la manera de un mar que invade y se traga sus playas, hasta que pronto no quedó ni uno solo.

Y esta es la suprema garantía de la verdad evangélica, y seria preciso negar toda la historia de aquel tiempo y su continuacion hasta nosotros para destruir esta verdad. Solo ella podia causar la soberana impresion que cambió rápidamente la faz del mundo. En esto no se parecen los Evangelios á ningun otro libro. Apenas salidos de la pluma de sus autores, se colocan en nuestras bibliotecas y se conservan en ellas como monumentos helados del pensamiento, ó como recuerdos de un indivíduo, sin que nada los acompañe ni las ratifique, muchas veces ni siquiera la conducta y las convicciones de los que los escribieron. En prenda de la verdad de los Evangelios se nos da toda la vida y principalmente la muerte de los Evangelistas, y la garantizan además mil otras vidas y mil otras muertes. La rápida fundacion de tantas iglesias; la desercion de los altares y de las costumbres del paganismo; el respeto y la fe de cien pueblos distintos, que hicieron de este libro la grande constitucion de su sociedad, el testigo y el juez de sus juramentos; la fidelidad y abnegacion de tantos millones de mártires que murieron por su verdad; el furor y la rabia de tantos enemigos, judíos, herejes, paganos é incrédulos de toda especie, á cuya vista fue escrito, publicado y predicado, sin que jamás hubiesen podido desmentirlo; el triunfo que acabó por conseguir sobre el mundo antiguo, y la creacion del mundo moderno cuyas costumbres, instituciones y leyes inspiró; los beneficios, las virtudes y las verdades sin número de que ha sido fuente en el seno de la humanidad, que sin cesar bebe en él todos sus elementos de civilizacion, de progreso y de porvenir: hé aquí las inmensas garantías de la verdad de este

libro: hé aquí lo que le convierte en un libro único, que juzga y no es nunca juzgado, que no solo es verdadero sino la verdad misma; algo mas que un libro, pues un libro no está escrito mas que sobre el papel insensible y perecedero, y el Evangelio está escrito sobre el mundo, y le ha de sobrevivir.

Mas por fuertes y extraordinarias que sean estas garantías de la verdad del libro de los Evangelios, hay una que las excede á todas y que jamás fue invocada en vano: es el libro mismo; pues hasta aquí solamente lo hemos considerado por el exterior sin llegar á abrirlo todavía.

Abrámoslo. ¡Qué perfume de verdad! ¿Es posible desconocerla bajo esa sencillez, esa indigencia, esa desnudez, si nos es permitido decirlo así, del estilo? Ni el mas pequeño adorno, ni la mas ligera emocion, ni la reflexion mas inocente. Es el hilo enteramente aislado del relato. La mano que lo va desenvolviendo está oculta del todo, y no se conoce si es de un amigo ó enemigo. ¡Cuán propio era esto de su objeto! ¡Cuán bien se reconoce á Dios en esa privacion, en esa inutilidad por sí mismo, de todo lujo de elocuencia y de poesía, de que habia revestido á sus precursores! ¡Cuán bien sienta esa fria imparcialidad á la justificacion que habian de hacer los Evangelistas, como un sublime *proceso verbal*, de aquellos grandes acontecimientos sobre los cuales debian comprobarse las profecías! Y al mismo tiempo, ¡con cuánta exactitud resalta todo el cuadro, por la misma ausencia de todo artificio! ¡Cuán imponente es semejante ingenuidad!

¡Es necesario rendirse á tales muestras de verdad! ¡Quién se atreverá á ver en los Evangelistas unos fanáticos ó impostores; en los Evangelistas que no son ni siquiera apologistas, y que se poseen y dominan hasta el punto de contar la pasion y muerte horribles de Jesucristo, sin tributarle una lágrima, sin soltar una palabra de indignacion, un suspiro de simpatía! ¡En los Evangelistas, que se privan hasta de los medios mas legítimos de persuasion; que se limitan á referir el hecho sin añadirle una palabra, y que lo refieren sin órden, sin preámbulo, sin transicion ni conclusion! ¡En los Evangelistas que creen deber observar la verdad en todo, hasta en las cosas que les perjudican, pintándose rudos, perezosos é ingratos, y que representan á su Maestro con rasgos tanto menos inventados, cuanto que por su oposicion con las costumbres y preocupaciones de aquel tiempo, eran inconcebibles y debian por lo mismo suscitar mas incredulidad!

Cuando consideramos todo lo que los Evangelistas tenian que con-

tar de increible en la vida de Jesucristo, tantos prodigios, y prodigios tan extraordinarios, prodigios dados como recientes y públicos; cuando consideramos toda la ceguedad, todo el odio, todas las malas disposiciones que debian esperar encontrar, las cuales fermentaban en torno suyo, ó mas bien se habian desencadenado ya contra la persona de Jesucristo y contra ellos mismos, y vemos por otra parte la calma extraordinaria y la celestial serenidad que reinan en el Evangelio, y esa ausencia completa de toda precaucion, de toda explicacion, de toda justificacion, no atinamos á explicarnos tanta confianza de parte de los Evangelistas, sino por la grande certidumbre de los sucesos que refieren, y por la profunda conviccion en que están de la divinidad de Jesucristo. Hasta nos sentimos obligados á admitir que esta certidumbre reina á su rededor, y que escriben en el seno de la notoriedad pública, menos para enseñar á sus contemporáneos los hechos de Jesucristo, que para rectificar y fijar el conocimiento que estos tienen ya de ellos. Los Evangelios suponen evidentemente este conocimiento exterior, y lo suponen en su mas alto grado: él es quien dispensa á sus autores de toda precaucion, y forma como el marco y la atmósfera de su relato. Nada dicen de él, y en esto mismo lo manifiestan, pues en el caso contrario hubieran procurado justificar la revelacion de unos hechos, contra los cuales todo el mundo estaba prevenido. Pero estos hechos se habian abierto ya paso por sí mismos y por el eco de sus numerosos testigos, y hasta se los habia ya consignado por escrito con mas ó menos exactitud, pero con igual persuasion [1]. Para decirlo de una vez: el mismo san Lucas confirma en su introduccion todas estas conjeturas: «*Ya que muchos han intentado*, «dice, poner en órden la narracion *de las cosas que entre nosotros han* «*sido cumplidas...*, me ha parecido tambien á mí, *despues de haberme* «*muy bien informado cómo pasaron* desde el principio, escribírtelas «por *órden*, ó buen Teófilo, para que conozcas la verdad de aquellas «cosas en que has sido instruido [2]. » — Este pasaje es el único de los

[1] Puede muy bien decirse que el Evangelio era conocido antes de su redaccion; porque san Mateo no escribió el suyo sino rogado por los judíos convertidos, de los cuales muchos habian sido testigos como él de las maravillas del Salvador; y san Marcos lo hizo instado por los fieles de Roma. De manera que los Evangelistas solo escribian lo que se les pedia, y lo que era notoriamente público. Así es como la fe es anterior á la Escritura. (Rossignol, *Lettres sur Jésus-Christ*, t. II, p. 47).

[2] Luc., I, 1.

Evangelios que permite fijarnos en el exterior, en la sociedad de aquel tiempo; nos la manifiesta claramente ocupada *de las cosas cumplidas en su seno*, examinándolas y escribiéndolas, y nos manifiesta *esas mismas cosas*, por decirlo así, *todas esas cosas* que san Lucas quiere *tambien* manifestarnos *por órden*.

Este corto pasaje de san Lucas dice mucho, en nuestro concepto; y como fue escrito sin intencion de producir este efecto, y como hubiera podido no escribirse, lo mismo que no escribieron ninguno semejante los otros Evangelistas, los cuales entran inmediatamente en materia, y se concretan estrictamente á ella, nos persuade tanto mas y nos da al mismo tiempo del silencio de los demás Evangelistas idea de la mas ingénua sinceridad, de la mas sencilla buena fe; pues llega hasta no verse á sí misma y hasta correr peligro de no ser conocida, no haciéndose notar.

Este último rasgo característico, que se encuentra en toda la fisonomía de los Evangelistas, fue celebrado por Pascal con grande ingenio: «El estilo del Evangelio es admirable bajo una infinidad de «aspectos, dice, y entre otros, por no hallarse en él ninguna invec«tiva por parte de los historiadores, contra Judas ó Pilatos, ni con«tra ninguno de los romanos ó de los verdugos de Jesucristo. — Si «esta modestia de los historiadores evangélicos hubiese sido afectada, «y lo hubiesen hecho para llamar sobre sí la atencion, no atreviéndose á hacerla notar ellos mismos, no hubieran dejado de procurarse «amigos que lo hubiesen hecho con ventaja para ellos. Pero como «obraron de esta suerte, sin afectacion y por un movimiento de todo «punto desinteresado, no lo hicieron notar por nadie: ni siquiera sé «si esta observacion se ha hecho hasta ahora, lo cual prueba la sin«ceridad con que la obra se hizo [1].»

Otro de los testimonios de esta ingenuidad y de la perfecta verdad que supone, es que los cuatro Evangelistas, haciendo cada uno por separado una historia de la vida de Jesucristo, y teniendo que hablar de los hechos tan numerosos y singulares, se hubiesen expuesto á malas inteligencias entre sí, y á contradicciones inevitables que podian confundirlos. — ¿Se dirá acaso que se convinieron para evitar estas contradicciones? Pero no; porque precisamente incurrieron en ellas. — ¿Se dirá, que en este caso estas contradicciones los confunden? Pero no; porque son solo aparentes. — ¿Se dirá, en fin, que se pu-

[1] *Pensamientos*, parte II, art. 10.

sieron de acuerdo para incurrir en esas contradicciones aparentes y disimular así su secreto concierto? Pero no tambien ; porque estas apariencias son tan poderosas, que los comprometen realmente á los ojos del gran número de espíritus incrédulos y superficiales, y es necesaria para disiparlas toda la paciencia de la fe ayudada de la ciencia [1]. —Todo es, pues, natural sobre este particular en los Evangelistas, y solo la verdad ha podido ponerlos de acuerdo, puesto que sus aparentes contradicciones prueban que no se concertaron. Es cosa admirable y altamente persuasiva que pintándonos cada uno por su parte la persona de Jesucristo con un colorido diferente y bajo un diferente aspecto, nos hayan representado todos la misma idéntica fisonomía, pero fisonomía que á ninguna otra se parece ; en términos que propiamente no hay mas que un Evangelio por mas que sean cuatro los Evangelistas : ¡ tanta es la realidad que habia en su divino modelo , y tan natural la reproduccion que nos dan de ella.

¡Cómo ha podido el Dr. Strauss no sentir la poderosa impresion que esto debia causarle! ¡Cómo pudo bajar hasta esa miserable suputacion de las variaciones evangélicas , que á lo mas no pasan de variantes! ¿Nos será preciso seguirle al través de todas las cámbroneras de su ingrato trabajo? No por cierto , pues á la verdad le bastan sus mismos enemigos oponiéndolos unos á otros. Hemos visto cómo el sistema ecléctico de Mr. Salvador era tratado por uno de sus correligionarios [2]; veamos ahora cómo Mr. Salvador juzga á su vez el sistema místico de Strauss : — « Jamás podrán estas hipóteses mantenerse en « pié delante el Nuevo Testamento. » — « El lenguaje oriental y con « frecuencia sublime de estos libros les imprime un sello general de « autenticidad y sinceridad [3]. » — « Léjos de hallar que reprender en « las diferencias que se hallan en ese monumento cuádruplo, ellas son « las que constituyen su verdadera riqueza , y le hacen parecer mayor. « conservando en él la marca involuntaria é ingénua de los hombres

[1] Esto es lo que hizo el conde de Stolberg en su preciosa historia de Jesucristo, en la que con un conocimiento profundo y variado de las costumbres, de las localidades y de la historia judía y pagana, ha ilustrado una porcion de puntos ininteligibles y contradictorios en apariencia , y ha revelado en los Evangelistas una exactitud y un acuerdo entre sí y con todo cuanto los rodeaba , cuyo efecto resalta vivamente sobre la parte sobrenatural de su relato, por la razon muy concluyente de que no habrian podido inventar esta parte sin hacerse á sí mismos traicion por alguna contradiccion sobre las demás.

[2] Tomo I, p. 289.

[3] Salvador , *Jésus et sa doctrine* , liv. II, p. 492. — Préface, p. 8.

«y de las circunstancias [1].» —«Las tradiciones de los cuatro Evan-«gelistas están de acuerdo con todas las obras de los Apóstoles, y con «la multitud secundaria de las relaciones apócrifas. Si se les exami-«na con reflexion es imposible que no se les adopte en su totalidad «como unos monumentos verdaderos [2].»

Nos parece que hay otra señal no menos notable de la verdad de los Evangelios, y es que en el relato de los mas grandes prodigios de Jesucristo no se encuentra ninguna expresion de asombro, ningun detalle ocioso, ninguna amplificacion parásita, ningun sabor de leyenda, ninguna mira de agradar, en una palabra, ni el mas leve recelo de no ser creido; sino una sencillez sublime que desdeña toda vana curiosidad. Por cierto no es así como se inventa. No solamente es esto prueba de una sinceridad exenta de toda afectacion, sino de la grande conviccion que tenian los Evangelistas de la divinidad de su Maestro. —«Jesucristo dijo en alta voz, *Lázaro, ven afuera;* y el que habia «estado muerto salió teniendo las manos atadas y cubierto el rostro; «Jesucristo dijo: *desatadle y dejadle andar.*» —Hé aquí todo cuanto se ofrece á nuestra consideracion. Un acontecimiento tan prodigioso es contado como si se tratase de una accion ordinaria. Es que en Jesucristo era una cosa natural mandar á la muerte y ser obedecido. Esto era lo que nos importaba saber. Pero ¿se echó Lázaro á los piés de su Libertador? ¿No contó lo que le habia pasado mientras estuvo muerto? Un poeta se entretiene en estas circunstancias, como lo hizo, en efecto, Gerónimo Vida [3], y es una señal de la indigencia del espíritu humano que busca las cosas pequeñas hasta en las grandes. Pero no es así como hablan los que refieren los milagros de Jesús: lo refieren con el mismo espíritu con que fueron obrados; es decir, para fijar nuestra fe y no para halagar nuestra curiosidad; y Dios permitió que nos dieran de ellos mas elevada idea por medio de la sencillez, que lo hubieran podido hacer empleando todos los ornamentos de la elocuencia.

Este método, que no pudo ser inspirado sino por la sinceridad y la conviccion llevadas al mas alto punto, comunica al Evangelio un aire

[1] Salvador, *Jésus et sa doctrine*, liv. II, p. 167.

[2] Idem, *id.*, 164.

[3] Gerónimo Vida compuso, á instancias de Leon X, su *Poema de la cristiada*, en seis cantos, que fue muy aplaudido. Sin embargo se reprendió al autor el haber mezclado con demasiada frecuencia lo sagrado con lo profano y las ficciones de la mitología con los oráculos de los profetas.

pasmoso de verdad. No puede uno prescindir de creer en lo que tan pocas pretensiones manifiesta á ser creido, en lo que tanta indiferencia muestra porque se le crea. Esa completa ausencia de reflexiones y de adornos engrandece los hechos y les da un aspecto seductor de rigurosa fidelidad; es mas que una reproduccion, es algo de la realidad, como si los mismos hechos hubiesen venido á imprimirse sobre ese fondo de un candor inalterable. Cuenta una piadosa tradicion, que cuando Jesucristo marchaba al suplicio, al caer bajo el peso de la cruz, una santa mujer penetró por entre la turba de sus verdugos, y acercándose á su persona, aplicó sobre su adorable rostro un lienzo blanco para enjugar el sudor y la sangre de que estaba cubierto, y que en recompensa de tan animosa compasion se obró un milagro: la fisonomía de la augusta Víctima quedó impresa en el lienzo consolador. Asi, podemos decir, el Evangelio nos reproduce la fisonomía de la vida de Jesucristo, y en su tierna y verídica sencillez es para nosotros como el lienzo de la Verónica.

Finalmente, hay una postrera consideracion, en la cual es necesario que nos fijemos, porque pone el sello á todas las demás: la *santidad* del Evangelio.

Haciendo La Bruyère el retrato del *hombre de bien*, dice que no se le deberia exigir nunca juramento, sino simplemente *sí ó no*, porque, añade, su carácter jura por él.

El carácter del Evangelio jura por él. No se le deberia exigir otra prueba. Su santidad importa su verdad, y su moral atestigua sus hechos.

¡Qué santidad! ¡qué moral! ¡qué sabiduría! ¡qué sublimidad de doctrina! ¡qué pureza de preceptos! ¡qué perfeccion tan sostenida! El Evangelio presenta bajo este punto de vista una elevacion y profundidad ilimitadas, que se modifican recíprocamente por su propia suavidad, y que son para el alma como el firmamento del cielo. Sobre esto todo el mundo está de acuerdo, y el Evangelio no encuentra mas que adoradores.

¿Seria posible que un libro tan santo no fuese mas que un receptáculo de imposturas, un tejido de falsedades? no, no, es imposible; puede jurarse por la conciencia humana que es imposible.

No se diga que los hechos evangélicos son increibles: los atestigua el Evangelio, y el Evangelio es creible; basta esto para admitirlos, pues la santidad del libro está á la altura de la incredulidad de los hechos. Si estos son increibles, mas increible es que el Evangelio mienta;

y aun cuando concediéramos que son increibles, no por esto dejaríamos de afirmar que son verdaderos.

Observad que la santidad del Evangelio se resume en su *veracidad;* porque, ¿qué es toda su moral mas que el establecimiento del reino de la verdad relativamente á todo, á Dios, á nosotros mismos y al prójimo? ¿Y qué es su héroe sino LA VERDAD, como él mismo dice: *Ego sum Veritas?* Las palabras de La Bruyère que hemos citado son enteramente evangélicas, y las encontramos otra vez en este pasaje: «Oísteis que fue dicho á los antiguos: No perjurarás; mas cumplirás «al Señor tus juramentos: pero yo os digo que de ningun modo ju«reis, sino que vuestro hablar sea sí, sí; no, no: porque lo que pasa «de esto procede de mal [1].» ¿Se quiere que una moral delicada en materias de verdad, hasta el punto de no querer apoyarse en el juramento, sea al propio tiempo perjura á sí misma, hasta el extremo de no estar apoyada sino en un armazon de mentiras? El absurdo disputa aquí la victoria á la impiedad.

Observad, en fin, que lo que hace á esta contradiccion mas chocante es que en el Evangelio la moral y el relato se hallan entrelazados de una manera indisoluble; que en él el milagro es cási siempre la ocasion del precepto, y el precepto la intencion del milagro; y, para decirlo todo de una vez, que el hecho es en él la moral en *accion*, que ambos tienen el mismo orígen y el propio objeto, y que la solidaridad que los une es tal, que es preciso rechazarlos ó aceptarlos á la vez. El Evangelio, lo dijimos ya, es como la túnica de Jesucristo, *sin costura,* y no puede dividirse.

Por esto, cuando lo leemos; cuando estudiamos sus sagradas páginas; cuando recorre la vista ese divino tejido de hechos ingénuos, de preceptos sublimes, de tiernas parábolas, de benéficos milagros, de profundas instrucciones, de máximas celestiales y de santos ejemplos, y vemos el perfecto acuerdo y la admirable fusion de todo esto en un fondo comun de candor y de verdad, nos sentimos penetrados de una persuasion irresistible. Entonces creemos; lo creemos todo. Ni siquiera soñamos en dudar de nada. Experimentamos una especie de confusion por haber dudado, por haber impugnado un libro semejante. Todas las pruebas que habíamos acumulado las miramos entonces como inútiles y supérfluas; nos basta la simple afirmacion, la simple declaracion del Evangelio para apoyar nuestra fe; y el incré-

[1] Matth., v, 33, 34.

dulo mismo, si no ha abjurado de todo sentido moral, si no ha perdido enteramente el gusto de lo verdadero, no puede contener entonces una de esas confesiones, tanto mas elocuentes cuanto mas combatidas han sido, y en las que se hace sentir la fuerza de la verdad cuanto mas victoriosa es.

«Os lo confieso, dice: la sublimidad de las Escrituras me encanta, «la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Recorred los libros de «los filósofos con toda su pompa; ¡cuán pequeños son al lado de este! «¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á la vez sea obra «de los hombres? ¿Es posible que aquel de quien él traza la historia, «no sea mas que un hombre? ¿Es ese el tono de un entusiasta ó de «un sectario ambicioso? ¡Cuánta dulzura, cuánta pureza en sus cos«tumbres, y al mismo tiempo, qué gracia tan tierna en sus instruc«ciones, qué elevacion en sus máximas, qué profunda sabiduría en sus «discursos, qué serenidad de ánimo, qué delicadeza y exactitud en «sus respuestas, qué imperio sobre sus pasiones!... ¿Dirémos acaso «que la historia del Evangelio fue caprichosamente inventada? Amigo «mio, no es así como se inventa, y los hechos de *Sócrates*, de que «nadie duda, se hallan menos comprobados que los de Jesucristo. «Además, esto es eludir la dificultad sin destruirla; seria mas incon«cebible que muchos hombres se hubiesen puesto de acuerdo para for«mar este libro, que no que uno solo hubiese prestado el asunto. Ja«más los autores judíos habian conocido ni ese tono ni esa moral, y «el Evangelio encierra caractéres de verdad tan grandes, tan lumi«nosos, tan perfectamente inimitables que su inventor seria mas ad«mirable que su héroe [1].»

El Evangelio es, pues, verdadero, y la Religion de Cristo divina.

[1] Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

CAPÍTULO IV.

LAS PROFECÍAS.

Leemos en la parábola del *mal rico*, que al pedir este condenado que Lázaro resucitase para que fuera á manifestar á los cinco hermanos que habia dejado en este mundo la verdad de la otra vida, y hacerle evitar sus tormentos, se le contestó: «Tienen á Moisés y los Pro«fetas; óiganlos... Si no oyen á Moisés ni á los Profetas, tampoco «creerian aun cuando resucitara un muerto.»

Es tal, en efecto, la fuerza de las profecías en el concepto del que examina atentamente su antigüedad, su número, su repeticion, su precision, su anterioridad reconocida y su admirable exactitud con el cumplimiento, que puede decirse que el milagro que ponen en evidencia es tan grande como la resurreccion de un muerto. Devolver la vida á quien no existe ya, no supone mas poder que predecirla en quien no existe todavía, cuando la prediccion es tan lejana, tan circunstanciada y puntual que solo el Autor de la vida puede haber confiado el secreto de su cumplimiento. El poder de *predecir* se confunde en tal caso con el de *producir*, y es una de sus derivaciones. El tiempo opone á las investigaciones del hombre un velo tan espeso y un silencio tan mudo como la muerte: son dos abismos igualmente cerrados; son como las dos manos de Dios, con las cuales da el ser ó lo retira... Solo él puede abrirlas, y descubrir lo que solo él puede hacer.

No se diga que la prevision del hombre y el cálculo de las conjeturas pueden á veces adivinar algo. Esto no es exacto, sino cuando el suceso futuro se refiere por algun punto al suceso presente, y entra en las leyes generales bajo las cuales uno se encuentra colocado, porque entonces este suceso no es propiamente futuro, pues existe ya en el presente como en su gérmen; solo se trata de desprenderlo de él: de la misma manera que la medicina puede detener la vida en un cuerpo que esta no ha abandonado aun enteramente, y que está adherida todavía á algun órgano. Pero cuando la vida no existe ya, ó cuando no ha existido nunca; cuando está de tal manera sepultada en el tiempo ó en la muerte, que no subsiste de ella ningun principio ni relacion

en el presente ; cuando su objeto es tan singular é individual que escapa á toda induccion sacada de las leyes generales, y que, en fin, se halla arrojado léjos de toda posibilidad conjetural en las profundidades del porvenir, entonces la prediccion es un verdadero prodigio, y el poder de profetizar, *de suscitar* en cierta manera el suceso, es absolutamente igual al de *resucitar* [1]. ¿Qué será, pues, cuando el suceso no es solamente lejano, singular y extraño á toda relacion con las leyes generales, sino contrario á estas leyes, contrario hasta á las leyes naturales, una excepcion, un fenómeno, un prodigio? Si profetizar es un prodigio, ¿qué será profetizar prodigios?

Esto son nuestras profecías.

Forman la prueba mas magnífica de la divinidad del cristianismo, y el espectáculo mas curioso que al espíritu humano puede ofrecerse.

Se hallan además dispuestas con tan rica economía, que puede decirse que si las demás pruebas del cristianismo dejan á la incredulidad sin razones, esta la deja sin pretextos. ¿Se ha argüido algo contra nuestras profecías [2]?

Así es que no tenemos que discutir, sino exponer simplemente su verdad.

Para hacerlo con todo método y abrazar todas sus condiciones, examinarémos sucesivamente los siguientes puntos:

1.° Anterioridad de las profecías;

[1] Por esto la calificacion de *profeta* envolvia la de *taumaturgo*. Leemos en el cap. LXVIII del Eclesiást. que el cuerpo de Eliseo profetizó despues de su muerte, porque su contacto resucitó á un muerto que habia sido colocado en la misma fosa. Al ver los milagros obrados por Jesucristo decian asimismo los judíos: «Ha aparecido un gran *Profeta* entre nosotros, y Dios ha visitado á su «pueblo.» (Luc., XVI, 7).

[2] No puede llamarse argumento este raciocinio sofístico de Rousseau: «Entiendo que para que una profecía tuviera autoridad deberian reunirse tres circunstancias cuyo concurso es imposible; á saber, que yo hubiese sido testigo «de la profecía, que lo fuese del suceso predicho, y que se me demostrase que «este suceso no habia podido concordarse fortuitamente con la profecía; porque aun cuando fuese *mas precisa, mas clara, mas luminosa que un axioma «de geometría*, supuesto que la claridad de una prediccion hecha al azar no hace *imposible* su cumplimiento, si este cumplimiento tiene lugar nada prueba «en rigor para el que lo ha predicho.» — Sobre semejantes objeciones no debe discutirse, sino aprovecharse de ellas. — ¡Cuán glorioso es para la Religion tener por enemigos hombres tan poco razonables, y cuán fuerte y bien cimentada es menester que sea para no dejar ni siquiera al genio otras armas contra ella que estos deplorables extremos! Por otra parte, al exponer la verdad de las profecías, verémos que contestamos implícitamente al argumento de Rousseau.

2.° Certidumbre del cumplimiento;

3.° Imposibilidad de que la concordancia de las profecías con su cumplimiento sea efecto de la casualidad ó de un concierto humano;

4.° Realidad de esta concordancia;

5.° En fin, despues de haber tratado de las profecías que tienen por objeto á Jesucristo, examinarémos las que él hizo.

§ I.

La primera condicion de una profecía es que haya precedido al cumplimiento. Antes de pasar mas adelante, es menester satisfacer plenamente á esta exigencia.

Las profecías están contenidas en el Antiguo Testamento, que forma la constitucion del judaismo, y es incontestable que el Antiguo Testamento es anterior al Nuevo, y que el judaismo precedió al cristianismo.

Esto nos bastaria ya; pero nuestra seguridad puede remontarse mas aun.

La historia profana, lo mismo que la del pueblo judío, nos enseña lo que por otra parte la crítica mas atrevida no ha atacado jamás; á saber, que unos trescientos años antes de la era cristiana, *Ptolomeo*, rey de Egipto, mandó hacer una *version* en griego de todos los libros hebreos que componen el Antiguo Testamento, y que esta traduccion la hicieron setenta doctores judíos de Alejandría para uso de los de su nacion que vivian entre los griegos, ó que hablaban la lengua griega. En esta famosa *version de los Setenta*, difundida desde entonces por el mundo, leemos ahora las profecías.

Estamos, pues, ciertos de que las profecías precedieron, á lo menos en trescientos años, al suceso á que se refieren.

Este hecho está admitido sin contradiccion, y va acompañado de otro que le da muchísima fuerza; cual es, que las mismas profecías se encuentran citadas, desde los tiempos mas remotos, en los numerosos escritos de los doctores judíos que las comentan y aplican al suceso futuro que tenian por objeto.

Podríamos remontarnos mas todavía y demostrar que el cánon de los judíos, en el cual se hallan contenidas las profecías, fue cerrado antes de la entrada de Alejandro el Grande en Jerusalen. Sobre este punto están unánimes todas las tradiciones de los doctores hebreos, y Josefo lo reconoce tambien así en su obra contra Apion. — Hay mas:

la admision de las profecías en el cánon de los judíos nos autoriza á referirlas todavia mas atrás, es decir, á sus verdaderas datas, pues esta admision no pudo verificarse sino por graves razones de autenticidad, si hemos de juzgar por la escrupulosa severidad con que procedió siempre la Sinagoga en la consagracion y conservacion de los Libros santos, severidad que le hizo excluir del cánon los libros de los Macabeos y el del Eclesiástico, á pesar de la santidad de su inspiracion.

En fin, no olvidemos el estudio que nosotros mismos llevamos hecho ya del *Peutateuco*, en el que están consignadas las primeras profecías, y la maravillosa concordancia de todas las ciencias exactas en saludar á este libro como el mas antiguo y verídico de todos los libros, como al libro verdaderamente *inspirado*. Esta verdad forma en el dia como la última piedra de la pirámide de las ciencias [1].

De modo que la antigüedad de las profecías se halla sostenida y como puesta de manifiesto á nuestra vista con caractéres fijos y patentes: la traduccion de los Setenta, la clausura del cánon de los judíos y la antigüedad científicamente probada del Pentateuco.

El primero de estos caractéres nos basta, y justifica al mismo tiempo los demás. Efectivamente, hallándose asegurada, como lo está, la época de la traduccion de los Setenta, la *anterioridad* de cási trescientos años que de aquí resulta es suficiente para llenar la primera condicion de la verdad de las profecías, y esta verdad justifica á su vez la antigüedad de las profecías anterior á esta época en cási trescientos años. La verdad de las profecías, que no puede proceder mas que de la inspiracion, no podria aliarse con una suposicion, una falsificacion cualquiera, y por otra parte esta falsificacion careceria desde entonces de objeto. — La anterioridad que la version de los Setenta supone, á mas de ser bastante para probar la verdad de las profecías, garantiza, pues, ya por la inspiracion que esta verdad implica, ya por el ningun interés en referirlas fraudulentamente mas allá, la verdadera antigüedad de las profecías, las cuales se nos presentan entonces escalonadas en el largo espacio de cuatro mil años anteriores al acontecimiento que tienen por objeto.

La prodigiosa anterioridad de las profecías se halla, pues, claramente probada.

Pero lo que la pone fuera de toda controversia es, que las mismas

[1] Véase nuestro capítulo titulado: *Moisés juzgado por las ciencias en el siglo XIX*, t. I, pág. 247.

razones que acabamos de dar van envueltas en otra razon mayor que disipa y acalla todas las objeciones.

Esta razon es el pueblo judío y su estado en el mundo [1].

La ley mosáica, toda figurativa de la Nueva Alianza, debia naturalmente ser abolida al empezar esta; las profecías debian sepultarse en el triunfo de su cumplimiento, y el pueblo que era su custodio debia dejarlas desaparecer para abrazar su divino objeto. Cuando está terminado el monumento, quita el arquitecto los andamios que sirvieron á su construccion y que en adelante perjudicarian á la belleza del edificio; sus planos y modelos se hacen inútiles, y por lo mismo son abandonados y olvidados.

Mas esto no podia suceder tratándose del edificio de la Religion, al menos sobre la tierra; y el divino Arquitecto debia conservar sus diseños y sus planos, para probar que habian sido fielmente ejecutados.

Vamos á manifestar la razon de esta necesidad, y de qué modo fue satisfecha.

Debiendo entrar principalmente la libertad humana en el plan de la Religion, la evidencia de esta no podia nunca ser tal, que no dejara ningun motivo á la fe para ejercitarse, y por consiguiente ningun pretexto á la incredulidad. En todos tiempos ha debido haber incrédulos. Pero es menester notar como un rasgo profundo de la economía celestial, que nunca han sido las mismas las razones aparentes de incredulidad, aun cuando siempre hayan tenido poco mas ó menos igual importancia. Son sombras, pero sombras que cambian de lugar, y que por lo mismo prueban al observador que sigue su movimiento, que no son, en efecto, mas que sombras vanas. Por ejemplo, los judíos contemporáneos de Jesucristo, tenian como motivo de credibilidad, sus milagros; pero tenian como motivo de incredibilidad el incumplimiento aparente de las profecías: la oscuridad, la humildad, la vida pobre y la muerte infame de Jesucristo contradecian abiertamente los caractéres de grandeza, de poder y de dominacion universal que señalaban las profecías, y que el sensualismo ó el orgullo, que constituyen la esencia de toda incredulidad, buscaban, sobre todo entonces, en el órden material, en el cual no debian jamás encontrarse [2]. — Hé aquí las causas de la incredulidad de los judíos. — Despues

[1] Vamos ahora á considerar al pueblo judío solo en su estado *moderno*. — En el tomo I lo hemos considerado ya en el *antiguo*, y pueden juntarse ambos cuadros.

[2] Confundian la primera venida de Jesucristo con la segunda que esperamos,

estas causas desaparecieron, y el prodigioso desarrollo de la grandeza espiritual de Jesucristo vino á justificar magníficamente las profecías, y hacer de un objeto aparente de incredulidad uno de los mas sólidos fundamentos de nuestra fe. Pero al mismo tiempo, los motivos de credibilidad que tenian los judíos, los milagros, cesaron, y se hicieron por consiguiente cuestionables para los entendimientos que quieren evitar el someterse. — Indudablemente para un entendimiento inclinado á la fe, por la pureza de intencion, los milagros deben ayudar á creer en el cumplimiento de las profecías, así como el cumplimiento visible de las profecías debe ayudarnos á creer en los milagros; y de este modo, siendo la atencion dirigida y sostenida de una prueba á otra, acaba por comprenderlas y conciliarlas ambas. Así vemos que un gran número de judíos espirituales veian en Jesucristo el cumplimiento de las profecías, y gozaban á la vez de las profecías y de los milagros, del mismo modo que, á pesar de la distancia de los milagros, podemos nosotros en el dia estar seguros de su certidumbre, y añadir su efecto al de las profecías. Pero la incredulidad, cuando es resultado del sensualismo y del orgullo, no es capaz de prestar esta atencion libre y calmosa á un objeto cuyas consecuencias le repugnan. Es propio de su condicion ocuparse menos de los motivos de credibilidad que de los de incredibilidad; y como no se llega á ilustrar bien estos últimos sino partiendo de los primeros, procede entonces á la inversa; es decir, llega al colmo de la ceguera, ceguera sobrenatural como la fe, pues se ofusca hasta no ver las pruebas sensibles y presentes. — Esta consideracion nos llevaria muy léjos, y la dejarémos para mas adelante: nos basta por ahora haberla presentado como razon incidental del estudio que estamos haciendo.

Debia, pues, haber incrédulos en tiempo de Jesucristo, lo mismo que en el nuestro, lo mismo que siempre: los motivos de incredibilidad debian, empero, ser diferentes.

Dios, que saca siempre del mal algun bien, saca de esta diversidad la ventaja de hacer servir la incredulidad de unos para confundir la incredulidad de otros; porque nuestras rebeldías se convierten en instrumentos suyos, y obrando libremente por lo que respecta á nosotros, obramos fatalmente por lo que respecta á él.

La ceguera decida de los judíos se convirtió en sus manos como en

y que ha de ser CON GLORIA, como profesamos en el símbolo constantinopolitano, que se canta en nuestros templos, y de la que tanto hablan las Escrituras. *(Nota de los Editores).*

un polo sobre el cual debia girar á nuestra vista, con la mas fecunda sencillez, toda la verdad de las profecías.

No creyendo los judíos en el cumplimiento de las profecías, permanecieron testigos irrecusables de su anterioridad é integridad.

La misma incredulidad que les impidió ver el suceso, se las hizo cumplir; porque, por lo mismo que no vieron la divinidad de Jesucristo, lo crucificaron, como estaba profetizado; siendo de este modo agentes no sospechosos del suceso, y permaneciendo testigos irrecucusables de las profecías.

Atrayendo despues sobre sí un castigo ejemplar como su crímen, llevaron á la vez á toda la tierra las profecías en sus manos y su cumplimiento escrito sobre su frente.

Finalmente, están todavía dando cumplimiento á las profecías, en cuanto estas habian predicho esa ceguera y ese castigo, y están reservados á su cumplimiento futuro, en lo relativo á la prediccion de que algun dia han de volver á congregarse.

Pero este cuadro es demasiado vasto. Es preciso repartir sus detalles y no tomar por ahora mas que los relativos á la parte actual de nuestro exámen: la certidumbre de las profecías.

Eran necesarias dos cosas: 1.ª, que las profecías quedasen siempre bastante independientes del cumplimiento, para que nunca pudiera decirse que habian sido hechas ó alteradas conforme á él; 2.ª, que su prueba fuese conocida con el cumplimiento, y marchase siempre y por todas partes á su lado, para que todos los que conocieran el cumplimiento, conociesen tambien las profecías.

Tal es la doble maravilla que tenemos á la vista.

1.° Somos testigos directos de las profecías, y de las profecías independientes del cumplimiento, *antes del cumplimiento*.

En efecto, el pueblo que nos ofrece las profecías nos da desde luego la prueba mas extraordinaria de su certidumbre, puesto que, aun cuando haya transcurrido hace ya tantos siglos el término prefijado para su cumplimiento, no deja aun de esperarlo. Los judíos están esperando todavía y han esperado siempre al Mesías, con todos los caractéres que le damos; y esta esperanza eterna es la mas alta expresion de la profecía, es la profecía misma. No importa que haya traspasado ya su objeto; pues no lo ha podido traspasar sino porque se dirigió hácia él, y en este sentido su misma continuacion despues de el, prueba su fuerza. ¡Qué hermosa claridad debian despedir las profecías antes de su cumplimiento, supuesto que le sobreviven hasta

el punto de hacerlo esperar tanto tiempo despues de haber ya pasado!

Por esto decimos que somos testigos de las profecías, independientemente del cumplimiento, *antes del cumplimiento*, supuesto que el cumplimiento no se ha verificado aun para los heraldos de las profecías. — Es cierto que para nosotros el cumplimiento se efectuó ya; pero ¿somos nosotros quien presenta las profecías? — Los que las presentan no ven su cumplimiento, de donde resulta que para ellos es como si no hubiera llegado; y como son ellos, lo repetimos, ellos solos, quien presenta las profecías, es exacto, exacto al pié de la letra, que vemos en ellos las profecías *antes del cumplimiento*.

Indudablemente no podia Dios emplear un medio mas sencillo y efectivo que este para asegurarnos de la anterioridad y conservacion de las profecías; porque la aficion al cumplimiento y el deseo de hacerlo triunfar hubieran podido forjarlas ó alterarlas. Pero los judíos tienen horror á este pretendido cumplimiento, y miran con execracion su creencia; desde el primer momento llevaron ese horror y esa execracion hasta el extremo de anegarse en la sangre del que era la consumacion de todas las profecías; y cayendo esta sangre todavía sobre ellos, despues de diez y ocho siglos, por una maldicion formidable, los persigue é irrita incesantemente contra él. Y son ellos, sin embargo, doblemente enemigos de Jesucristo por el crímen y por el castigo de su muerte, los que nos presentan esas profecías que prueban la divinidad del uno y el deicidio de los otros... ¿Cómo las habian de forjar ó alterar en favor de esta prueba que los confunde?... Hay aquí un abismo que la mas osada incredulidad no se atreverá nunca á traspasar.

Es moralmente imposible que los judíos prestasen al cristianismo el auxilio de la suposicion ó falsificacion de las profecías. Ya es de por sí un gran prodigio que no las hubiesen borrado ó alterado para perjudicarlo. Pero es tal el colmo de su ceguera y de la sabiduría que los hace servir á sus designios, que la aversion que tienen al cumplimiento de las profecías está en proporcion con el cariño que las tienen, preocupados como están por una interpretacion toda carnal, cuya falsa idea les inspira tanto celo por la conservacion de esos títulos de nuestra fe, como se necesita para contrabalancear el interés que podian tener para borrarlos ó alterarlos en nuestro daño.

Hemos expuesto ya los diversos caractéres de este celo extraordinario de los judíos por la conservacion de sus libros santos, á vista de

las profecías que contienen [1]. Como no queremos repetirnos, nos bastará consignar aquí la declaracion que el historiador judío Josefo hacia á la faz del mundo entero, sesenta años solamente despues de Jesucristo, en lo mas fuerte del cumplimiento de las profecías contra su nacion, y sobre las ruinas humeantes todavía de aquel templo, cuya destruccion habia sido anunciada seiscientos años antes por Daniel, de una manera tan precisa y circunstanciada: «Nada puede haber mas «cierto que los escritos autorizados por nosotros, pues están exentos «de toda contrariedad, porque no aprobamos mas que lo que *los Pro-«fetas escribieron* HACE MUCHOS SIGLOS. No tememos que haya entre «nosotros muchos libros que se contrarien; pues solo tenemos veinte «y dos que contienen todo lo sucedido que puede interesarnos desde «el principio del mundo hasta el presente, y á los cuales estamos obli-«gados á dar crédito. Tenemos á estos libros tan grande respeto, que «nunca ha habido nadie bastante audaz para quitarles, añadirles ni «cambiarles nada. Los consideramos como divinos; les llamamos así, «y nos hacemos un deber de guardarlos inviolablemente, y de mo-«rir contentos, si fuera preciso, para conservarlos [2].»

¡Cosa admirable! la misma pluma que escribió la historia del grande infortunio predicho á los judíos, nos garantiza la certidumbre y antigüedad de la prediccion [3], sin ver el milagroso enlace que las une. ¡Ceguera muy de bulto y muy culpable en sí misma; pero muy útil y provechosa á la causa de nuestra fe!

Las profecías son, pues, ciertas, y para poder poner en cuestion esta certidumbre seria preciso negar el hecho mas prodigioso y decisivo que hay en el mundo: el testimonio de los judíos.

2.° Pero este hecho en sí mismo no era bastante: se necesitaba además que su evidencia fuera tan pública como el acontecimiento al cual sirve de prueba. Era necesario que este prodigioso hecho fuera un hecho comun y trivial.

El cristianismo, hemos dicho, no debió estar nunca desprovisto de pruebas *presentes, actuales*. Los milagros iluminaron su cuna; las profecías debian ir acompañando y alumbrando todo su curso. Lo que estas tienen de justificativo no podia conocerse sino á medida que fuera realizándose su cumplimiento, que consiste en el desarrollo del cristianismo. Para servirle de prueba, era, pues, preciso que lo siguie-

[1] Tomo I de nuestros *Estudios*.
[2] Josefo contra Appion, lib. I, cap. II.
[3] Mas adelante encontrarémos el testimonio de Josefo sobre *Daniel*.

sen siempre y á todas partes, y que los judíos, que son los que las llevan consigo como en depósito, contribuyesen de esta manera á los destinos de perpetuidad y universalidad de la Religion de Jesucristo, pero rezagados y como atados á su carro.

Tal es, en efecto, el estado y la mision del judaismo sobre la tierra; estado verdaderamente prodigioso, tan prodigioso como lo seria la inmortalidad terrestre de un solo hombre, supuesto que las naciones mueren lo mismo que los indivíduos; que principalmente todas las naciones de la antigüedad contemporáneas de la judía están ya sepultadas en el polvo, y que ella sola la mas antigua de todas, y para colmo de prodigio la mas combatida por los hombres y por Dios, vive aun, vive siempre y en todas partes, pero en todas partes y siempre en un estado deplorable de exterminio. «Es cosa pasmosa el ver á ese «pueblo subsistir despues de tantos años, y verlo siempre miserable: «siendo necesario, para la justificacion de Jesucristo, que subsista «para probarlo, y que sea miserable porque lo crucificó; y aun cuan«do sea contradictorio estar miserable y subsistir, subsiste, sin em«bargo, siempre á pesar de su miseria [1].» Todo es prodigioso en ese pueblo.

Así llena maravillosamente las funciones providenciales á que fue destinado, de archivero y como de *guardasellos* del cristianismo; marcado él mismo con estos sellos formidables, llevando á todas partes la profecía á la par del cumplimiento, reuniéndolos ambos en su propia persona, é iluminando á toda la tierra con una antorcha que únicamente á él lo deja en las tinieblas y que brilla mas á causa de esta misma oposicion.

Por otra parte, véase cuán expresamente está destinado este pueblo á servir de testimonio al cristianismo.

Mientras no se verificó el grande acontecimiento, vivió la vida natural y ordinaria de los demás pueblos; reunido en cuerpo en un punto del globo, gozó de todos sus privilegios de nacionalidad, hasta fue para los conquistadores objeto de un particular respeto, y vió á los Ciros y Alejandros tenderle una mano amiga, y encaminarse religiosamente hácia su templo, la maravilla del mundo. Tuvo tambien sus fases de decadencia y de adversidad: muchas veces faltó poco para que la idolatría le absorbiese, la cautividad lo tuvo por mucho tiempo en poder de sus vecinos, y en la época de sus Macabeos se vió reducido á un puñado de valientes encerrados en las concavidades de

[1] Pascal.

algunas rocas; pero siempre, feliz ó desgraciado, vivió la vida de los pueblos [1].

Mas desde el instante en que iba á sonar la primera hora del cumplimiento, y en que iba á ser necesario justificar para siempre y en todas partes las profecías, se declaró en este pueblo un doble fenómeno: dejó enteramente de existir como pueblo, y empezó á vivir como secta. Exterminado en su primer estado, é inexterminable en el segundo, se apoderó de él una vida puramente fatídica. Por no haber comprendido á tiempo el cumplimiento de sus profecías y el verdadero término de sus destinos, se encerró en ellas y las convirtió en una especie de cárcel, en una como tumba, donde quedó sepultada y en la cual aun permanece, sin que nada haya sido capaz de sacarlo de semejante estado. Los golpes que ha sufrido solo sirvieron para hundirlo mas en él. Al mismo tiempo, como arrebatado por un torbellino (este torbellino que salió del Calvario y rasgó el velo de su templo), fue dispersado por el mundo y barrido de todas partes, sin límite y sin fin. Se le dijo: en ninguna parte existirás ya como pueblo, y en todas estarás siempre como testimonio. Tu dispersion entre todas las naciones infieles marchará al igual de su vocacion á la fe que rehusas, y cuyo garante serás en medio de ellas. Siempre agonizante para que nada puedas cambiar en tu estado, y siempre sobreviviente para que este estado subsista, serás la personificacion universal de lo pasado en lo porvenir, y como el prolongado eco de los siglos proféticos en medio de los siglos cristianos. Por este medio, testigos todos los hombres del cumplimiento, habrán sido realmente testigos de la profecía, y los verán distintamente y á la vez, pues viviendo la profecía, el profeta mismo habrá estado siempre y en todas partes errando á ciegas en medio del cumplimiento, y haciéndose ver y oir de todas las razas y de todas las generaciones. — ¡En verdad que, como dice Pascal, es divina esta economía [2]!

[1] «No se le quitó el cetro por la cautividad de Babilonia, porque estaba pro-«metida y profetizada la vuelta á sus tierras. Cuando Nabucodonosor se llevó «el pueblo, temiendo que se creyese que el cetro iba á ser quitado de la tribu «de Judá, se les dijo antes que estarian poco tiempo en el cautiverio, y que «serian restablecidos. Fueron siempre consolados por sus profetas, y *sus re-«yes continuaron.*» (Pascal).— Este último hecho se hará en adelante mas patente.

[2] «Así es, como desterrados, errantes y fugitivos, y como sobrecogidos por «las mismas impresiones de terror, que se apoderaron del fratricida Cain, se «les ve correr de una parte á otra, esparramarse por toda la superficie de la tier-

Tal es el estado prodigioso y trivial á la vez que presenta el pueblo judío. Este carácter de trivialidad perjudica al efecto del prodigio en el concepto de las inteligencias superficiales, y templa la luz demasiado viva de la evidencia para no dejar reinar mas que la semiluz de la fe; pero para las inteligencias que insisten en estudiar las cosas, la misma trivialidad del hecho descubre mas el prodigio.

Hé aquí la razon porque hemos insistido tanto, mas acaso de lo necesario, en el objeto del presente estudio. El estado del pueblo judío, á mas de servir para conservar la certidumbre distinta de las profecías en el seno de su cumplimiento, y precisamente porque sirve tan bien á este objeto, prueba en sí mismo la divinidad de la Religion, á la cual se halla tan visiblemente adaptado. El mismo medio de prueba es tambien una prueba. El gran sello de las obras de Dios, que aparece igualmente en la Religion y en la naturaleza, es que por todas partes se descubra el fin, y los medios en ninguna. Es un encadenamiento de pruebas que, al propio tiempo que constituye un magnífico conjunto de demostraciones, cada una de por sí tiende directamente al centro. En ellas no hay *mayor* ni *menor*, sino que todo, hasta las *premisas*, es *conclusion*.

Volvamos empero á la marcha metódica que mejor se aviene con nuestra flaqueza, y prosigamos nuestro estudio sobre la verdad de las profecías.

Hemos visto ya que su anterioridad es indudable: veamos ahora la certidumbre de su cumplimiento.

« ra, llevando una venda sobre sus ojos, y presentando en todas partes los tes-« timonios auténticos de nuestra fe, y de cuán justa es la causa que defende-« mos. De manera que los judíos por este carácter de reprobacion que en todas « partes presentan á los ojos del universo entero, como escrito sobre su misma « frente, se hacen en todos los lugares una de las pruebas mas invencibles de « la verdad del cristianismo, que con tanto encarnizamiento combaten.» — Así hablaba san Agustin (*De fide rerum, quæ non videntur*) mil cuatrocientos años atrás; y esta prueba que era entonces de una fuerza irresistible, es todavía hoy la misma siempre y en todas partes, siempre y en todas partes subsistente á los ojos del universo, ó mejor aumentada y fortificada por el tiempo y las revoluciones, que lo han trastornado todo, sin poder cambiar en nada el extraordinario y extraño estado de este pueblo, quien, por mas que se haga, no puede incorporarse con los otros pueblos, ni fundirse con nuestras costumbres. Es semejante á los fragmentos de una materia que fuese insoluble, que siempre nadaria sobre un líquido sin poder nunca mezclarse con él.

§ II.

Aquí las cosas hablan por sí solas: «No es menester esperar por «mucho tiempo, podemos decir con Tertuliano, ni ir muy lejos para «conocerlas. El cumplimiento de las profecías está patente á nuestra «vista: es el mundo moderno y todo cuanto en él tiene lugar. Todo «lo que ahora pasa, fue predicho; todo lo que vemos, fue anunciado.» *Nec hoc tardius aut aliunde discendum; coram sunt quæ docebunt, mundus, et seculum, et exitus. Quidquid agitur prænuntiabatur; quidquid videtur audiebatur* [1].

La historia del cristianismo, que no es mas que la historia del mundo moderno: hé aquí el cumplimiento de las profecías. Procurarémos probarlo; pero en este momento solo se trata de determinar el terreno de la prueba y como los dos platillos de la balanza: las profecías y el cumplimiento.

¿Ha existido Jesucristo? ¿Tenemos á la vista, —¿sí ó no?— la época y las circunstancias históricas de su aparicion, la oscuridad de su nacimiento, los rasgos principales de su carácter y de su vida, la infamia y los dolores de su suplicio, la sublimidad de su doctrina, la rápida revolucion que causó en el mundo, la desaparicion de la nacionalidad judía que lo desconoció, y la dispersion de sus restos por el universo bajo los visibles golpes de una maldicion que solo los conserva en todas partes para no dejarlos vivir en ninguna; la conversion de todas las demás naciones, divididas hasta entonces por el politeismo, á la única ley pura y santa de Jesucristo; la permanencia y la indestructible universalidad de su reino á través de todos los siglos, su incesante y progresiva influencia sobre el mundo, y todos los demás hechos y detalles que se desprenden de estos, aun cuando no vayamos á buscarlos sino en la historia profana? Y ¿qué somos nosotros mismos mas que su expresion y su producto? El cumplimiento de las profecías está delante de nosotros, en torno nuestro, en nosotros, somos nosotros mismos, y por consiguiente nada puede imaginarse de mas cierto. En otra parte justificarémos esta certidumbre detalladamente, es decir, cuando examinemos la *realidad de la relacion de las profecías con su cumplimiento*.

Dejamos, pues, probadas la anterioridad de las profecías y la certidumbre de su cumplimiento.

[1] Apologet., XX.

Antes de demostrar su concordancia, y para asegurarle toda su fuerza, se hace indispensable desvanecer toda suposicion que pudiera hacer creer que esta concordancia fuese efecto de la casualidad ó de un concierto humano.

§ III.

Todo es grandiosísimo en las proporciones de la verdad de las profecías. Quiso Dios que esta gran prueba, que debia sostener la majestad de su Religion en la plenitud de los tiempos, y ocupar el lugar de los milagros de que la habia rodeado su cuna, no dejase á la incredulidad ningun pretexto, y satisfaciese á todas las exigencias de una fe racional. Por un lado tenemos el prodigio del estado del pueblo judío en el mundo, que nos garantiza admirablemente la certidumbre é integridad de las profecías, y por otro está la historia inmensa del cristianismo, es decir, la historia del mundo moderno, nuestra propia historia, que es el cumplimiento de aquellas. No son medios insignificantes ni hechos pequeños, sino lo que hay de mas grande y mas vasto debajo del cielo. ¿Se podria, pues, negar la existencia de las profecías independientemente de su cumplimiento? ¿Se podria negar la existencia del cumplimiento independientemente de las profecías? ¿Hay algo en sí mismo mas patente? ¿Hay algo mas claro y distinto?

No fue Dios menos pródigo en precauciones y garantías para hacernos conocer su voluntad y su accion libre y providencial, en la concordancia de las profecías con su cumplimiento, y para no dejar en esta grande obra de sus manos nada á la casualidad ó á los vanos cálculos del hombre.

Creyendo el incrédulo agotar el poder de Dios y forjarse un triple escudo contra su verdad, ha dicho: Para creer en las profecías, seria menester: 1.° *Que yo fuese testigo de las profecías;* 2.° *que fuese testigo del cumplimiento.* — Acabamos de ver que la mano de Dios ha desvanecido completamente estas dos dificultades. — Nos resta la última, á saber: Seria preciso 3.° *que se me demostrase, por la* IMPOSIBILIDAD *del cumplimiento que este no ha podido adaptarse fortuitamente á las profecías.*

Esta exigencia es evidentemente sofística é irrisoria en la intencion de su autor, puesto que tiende á un *imposible.*

Y sin embargo Dios la ha tomado por medida. Oponiéndole esta

monstruosa objecion no se ha hecho mas que prepararle la gloria de resolverla, y puede decirse que en esto mas le ha costado á la incredulidad el concebir, que al poder divino el crear pruebas de su verdad.

El cumplimiento de las profecías es el cristianismo; — la persona de Jesucristo, su vida y su muerte; — la ruina de los judíos, su ceguera y dispersion; — la caida del paganismo y la vocacion de las naciones idólatras á la ley evangélica; — la grande y rápida revolucion que el espíritu cristiano obró en el mundo; — la universalidad y perpetuidad de este poder espiritual, cuya fuerza enteramente divina obra en razon de la debilidad de sus medios, teniendo por palanca una cruz de palo.

Pues bien, ¿eran en sí mismas humanamente *posibles* todas estas cosas en el seno de las tinieblas naturales del paganismo? ¿No son prodigiosas y por consiguiente inconcebibles, menos para el que las ha obrado?

Su *imposibilidad* natural es una de las grandes pruebas de la divinidad del cristianismo, y lo demostrarémos luego, pues en la actualidad se ofrece por sí bastante clara la materia; y para abreviar, el autor mismo de la objecion, Rousseau, conviene en ello.

La historia de los primeros tiempos del cristianismo, dice el mismo, despues de haber trazado un elocuente cuadro de esta historia, *es un continuo prodigio* [1].

El Evangelio y su autor, le parecen por otra parte, como hemos visto ya, *inconcebibles.* Su inventor seria mas admirable que su héroe [2].

Ahora bien, ¿era *posible* predecir lo que era *imposible* imaginar? ¿No tenemos la misma dificultad, ó por mejor decir, no es esta una dificultad mil veces mayor? Pues en este caso habia tres prodigios en vez de uno: el de la invencion de la prediccion, el del cumplimiento, y el de la concordancia del prodigio de la invencion con el del cumplimiento. Si profetizar es un prodigio, repetirémos ¿que será profetizar prodigios?

Por consiguiente, la tercera condicion impuesta por Rousseau, está satisfecha. ¿Necesita un cumplimiento *imposible* para estar completamente seguro de que este no pudo adaptarse fortuitamente á la profecía? Pues bien, el cristianismo es ni mas ni menos que esto. Este cumplimiento no entraba en el curso natural de las cosas; es so-

[1] *Respuesta al rey de Polonia*, pág. 262.
[2] *Emilio*, lib. IV.

brenatural. Su *molde*, si es lícito decirlo así, no estaba en las cosas humanas y posibles, y por consiguiente no pudo la casualidad hacérselo encontrar.

Pero ¿no estamos haciendo demasiado honor á la objecion? ¿No es un absurdo pretender que no haya profecía sino con la condicion de la imposibilidad natural de su cumplimiento? ¿No hay otros caractéres que no permiten atribuir á la casualidad su concordancia? Y qué, por mas anteriores, repetidas, unánimes é invariables que hayan sido las predicciones; — por mas inverosímil, imprevisto y extraordinario que sea el cumplimiento; — por mas precisa, clara, luminosa y decisiva, en fin, que sea la concordancia de aquellas predicciones con este cumplimiento, ¿se podria no obstante pretender que todo no habia sido mas que un capricho de la casualidad?

Por el decoro de Rousseau queremos dejar que se refute él mismo:

«No debe sorprenderme, dice, que una cosa suceda cuando es po«sible, y convengo en que la dificultad del suceso está compensada por «la cantidad de veces que se intenta. *Sin embargo*, si se me dijera que «de los caractéres de imprenta arrojados al acaso ha resultado la *Enei«da* tal como la conocemos, ni siquiera me dignaria dar un paso pa«ra ir á cerciorarme de la exactitud del hecho. Olvidais, se me di«rá, el número de veces que los caractéres han sido arrojados; mas «¿cuántas veces quereis que suponga necesarias para hacer verosí«mil la combinacion? Yo, que no veo de ellas mas que una vez, apos«taria el infinito contra uno que su producto no es nunca efecto del «acaso [1].»

El acierto de la casualidad, aunque posible, puede, pues, ser tan reducido respecto del número de veces que una cosa se haya intentado, que equivalga á la proporcion de la unidad contra el infinito, es decir, á una posibilidad absurda en fuerza de ser inverosímil, á una posibilidad sofística, ó, para decirlo mejor, á una *imposibilidad* de sentido comun.

Nuestras profecías se hallan dispuestas de tal suerte, respecto de su cumplimiento, que resulta claramente una *imposibilidad* como la que acabamos de indicar, de que su concordancia con este último sea efecto de la casualidad, y es necesario estar ciego para no descubrir en ellas el infalible sello de la inspiracion.

Si los caractéres de imprenta arrojados al acaso (y vamos á ver que no presentan menos multiplicidad las profecías) no podrian formar la

[1] *Emilio*, lib. IV.

Eneida, ¡con cuánta mas razon puede y debe decirse esto mismo del Evangelio y de la divina figura de Jesucristo, mezcla inconcebible de debilidad y de poder, de humildad y de grandeza, de aniquilamiento y de dominacion, de humillacion y de gloria, de infamia y de triunfo, que no se explica mas que por sí misma; verdadero enigma, cuya solucion solo pudo darla el cumplimiento, y darla á fuerza de prodigios! Y ¿qué podríamos decir de esa revolucion, tan rápidamente desarrollada al rededor suyo en todo el mundo; la *conversion* de todas las naciones idólatras, y la *perversion* de la sola nacion judía, que deberia haber sido la primera en aprovecharse de la salud que ella misma traia en sí para toda la tierra; todo el universo convertido á la voz de un judío, y solo la nacion judía proscrita en todo el universo por haberse hecho sorda á aquella voz que salia de su seno? ¡Qué hecho no solamente prodigioso, no solamente superior á todas las previsiones, sino *opuesto* á todas las previsiones y en particular á todos los instintos y á todas las ilusiones de este mismo pueblo judío, del cual habian salido las profecías! Añadid á todo esto las particularidades mas accidentales y mas contingentes: el lugar, la época, el linaje determinado de donde debia nacer el Mesías, las circunstancias históricas mas caracterizadas, los detalles biográficos mas minuciosos y mas puntuales de su nacimiento, de su vida y sobre todo de su muerte; en seguida, y como en el segundo plan, la caida de la nacion, la ruina de Jerusalen, la profanacion y la perpétua destruccion del templo; y todo esto bosquejado con grandes rasgos, sin que haya tenido que hacer mas la historia sobre este bosquejo que mezclar y entonar los colores. — Hé aquí el cumplimiento predicho; cumplimiento que, como se ve, desafiaba todas las conjeturas del entendimiento y todas las combinaciones del acaso.

¿Qué sucederá, pues, si pasamos ahora á considerar la época y el modo de la prediccion?

Si un cumplimiento tan extraordinario y tan completo hubiera sido predicho la víspera de su realizacion, la prediccion hubiera sido milagrosa, porque, lo repetimos, nada lo suponia y todo lo excluia; era increible para los mismos que en él eran testigos y actores, y se necesitaba una sucesion de prodigios para realizarlo. Mas no fue predicho la víspera, sino que para encontrar el último anillo de la cadena profética, es menester remontarse á *quinientos años mas atrás*. «Dios «dió á la majestad de su Hijo, dice el gran Bossuet, poder de hacer «callar á los Profetas durante todo este tiempo, para tener á su pue-

«blo en expectacion de Aquel que debia ser el cumplimiento de todos «los oráculos [1].»

Entre otras muchas cosas es notable, en efecto, que el espíritu profético que no habia dejado de hacerse oir por espacio de cuatro mil años, se hubiese enteramente callado durante los cinco siglos anteriores á la venida de Jesucristo. Este intervalo no era muy considerable; hasta cierto punto se hacia indigno de la prediccion, y debia quedar reservado para atestiguar su anterioridad. Mas tarde tendrémos ocasion de admirar el carácter indicativo de la última profecía.

Otra cosa no menos admirable hace observar Pascal, y que en la historia del pueblo judío está rebosando evidencia, á saber: «que «mientras las profecías solo sirvieron para conservar la ley, el pueblo «fue negligente; mas desde que no hubo ya ningun profeta, apare«ció el celo, lo cual fue sin duda una gran providencia [2].» Celo carnal y ciego sin embargo, y cada vez mas *farisáico*, que se ceñia á la letra desatendiendo el espíritu, hasta el punto de convertirse y emplearse contra Jesucristo, y de ser, aun en la actualidad, deicida del espíritu y fanático de la letra, segun él merecia y á nosotros convenia, conforme lo hemos explicado ya en la primera parte de este *Estudio*.

Fijémonos tambien, como en otro rasgo providencial, en que solo cuando las profecías hubieron cesado, y durante aquellos cuatrocientos ó quinientos años que transcurrieron desde entonces hasta el cumplimiento, los judíos, hasta allí aislados de las demás naciones, empezaron á repartirse y propagarse en colonias por todo el mundo y á llevar consigo á todas partes las profecías que, traducidas luego en griego por los *Setenta*, fueron infiltrando en los otros pueblos la creencia confusa y la general predisposicion hácia el grande acontecimiento que debia regenerarlos, como verémos dentro de poco. Desde entonces empezaron los judíos su mision de testimonios de las profecías, á la cual estaban reservados para los siglos futuros.

Sea lo que quiera de estas observaciones hechas como de paso, siempre tenemos que *quinientos años* separan el fin de la prediccion, del principio de su cumplimiento; y decimos el fin de la prediccion, porque hácia atrás se extiende en un espacio de muchos miles de años y comienza con el mundo. Anterioridad prodigiosa que, unida á lo imprevisto é inverosímil del acontecimiento, aumenta la evidencia de la inspiracion.

[1] *Discurso sobre la historia universal*, parte 2.ª

[2] *Pensamientos*.

Esto merece ocuparnos un poco mas. Si un solo hombre hubiese predicho un suceso semejante en la víspera de su realizacion, como *Juan Bautista*, seria prodigioso; y si lo hubiese predicho quinientos años antes, como *Malaquías*, seria de una fuerza infinita. «Pero aquí hay «mucho mas, dice Pascal; hay una cadena de hombres que por es- «pacio de cuatro mil años constantemente y sin variacion, vienen uno «tras otro á predecir el mismo suceso; hay un pueblo entero que lo «anuncia y que subsiste durante cuatro mil años para atestiguar las «seguridades que de él tiene, y del cual no pueden separarlo ni las «amenazas ni la persecucion. Todo esto es muy considerable [1].» Lo hemos dicho ya [2] y creemos deber repetirlo: —Durante toda la antigüedad no tiene el pueblo judío mas que una doctrina, una política, un destino, una idea fija, que es anunciar, figurar y esperar el Mesías; conservar y fecundar en su seno *el germen de una bendicion que algun dia debe difundirse por toda la tierra*. Nada mas lo preocupa que este grande objeto, nada es capaz de distraerlo ni separarlo de él; se entrega á él todo entero, y, no durante tal ó cual siglo, sino por espacio de cuarenta siglos consecutivos. Su paciencia y tenacidad en estar esperando por tanto tiempo este grande acontecimiento, tienen algo de la invariable repeticion de los actos de la naturaleza y de aquel instinto augural con que dota esta á los animales. Abrahan, Jacob, Moisés, David, Isaías, Daniel y tantos otros, patriarcas, legisladores, reyes, pontífices y anacoretas, no aparecian de tarde en tarde mas que para repetir la grande esperanza y determinar y fijar cada vez mas las circunstancias y caractéres de su divino objeto. El espíritu de orgullo y dominacion que es condicion de cuanto hay grande entre los hombres, y que llama y arrastra al genio por vias incesantemente nuevas, nada puede sobre ellos: siempre se limitan todos al papel de *precursores*, y no hacen servir la superioridad tan grande de su influencia mas que para preparar el lugar á *uno mayor que ellos*. En cualquiera época en que estas promulgaciones aparezcan ni uno solo de sus autores tiene la pretension de atribuirse las promesas de sus antecesores ni de desesperar de su futura realizacion; sino que cada uno de ellos se va colocando puntualmente en esa fila de heraldos que, de boca en boca, anuncian cada vez con mas fuerza la llegada de Aquel que debe cerrar su marcha, porque es su grande objeto... Esa profética promesa era una herencia nacional que cada generacion trans-

[1] *Pensamientos.*

[2] Tomo I, pág. 364.

mitia á la siguiente, y que se iba engrosando en su curso con el tributo de cada nueva profecía, con la notabilísima particularidad de que en sus mas bellos dias de poder y de gloria, en tiempo de sus Davides y Salomones, jamás pretendió el pueblo judío que iba á aparecer el Mesías, y que en sus mas apuradas situaciones, en la época de sus Danieles y de sus Macabeos, nunca desesperó de verlo llegar, hasta el momento supremo de la venida de Jesucristo, *en que por todas partes se le buscaba*, en que parte de la nacion reconoció con todo el mundo que habia llegado ya, y en que la restante se dispersó, y ya no ha subsistido hasta nuestros dias mas que para manifestar á todos los pueblos de la tierra el prodigio de esa concordancia, que solo él no ve para hacerla ver mejor á los demás.

Ahora preguntarémos: ¿qué significa la suerte del acaso en una sucesion semejante, en una sucesion tal de tiempo, en una persistencia tan continuada y en tal concordancia de predicciones, á pesar de la inmensa diversidad de los tiempos, de los órganos y de las situaciones de esa invariable profecía? Si es casualidad, es una casualidad muy rara.

Y á pesar de esto, hay mas todavía.

Observad que no son las profecías la servil y monótona repeticion unas de otras, y que ninguna de ellas describe el cumplimiento por entero, sino que todas contribuyen á ello trazando cada una un rasgo particular ó mas profundo, un color distinto ó mas vivo, de modo que individualmente son bastante significativas para tener una importancia propia de prediccion, y sin embargo, solo su reunion abraza la plenitud de su objeto. Además de la inspiracion particular que descubre y hace ver en cada una de ellas tal ó cual faz del objeto, hay una inspiracion general que las domina todas, que las dirige, las hace visiblemente converger hácia un mismo punto sin buscarse, y hace del todo un conjunto cuyo diseño y secreto solamente ella posee, hasta que la presencia del original viene á revelarla y justificarla. —«El «Redentor del género humano, culpable desde el pecado de Adan «(dice un célebre rabino convertido, el caballero Drach), es el ob«jeto y el fin único de todas las profecías que concurren á señalárnos«lo de una manera que no podemos desconocerlo: en su conjunto for«man el cuadro mas perfecto, y los mas antiguos profetas trazan su «primer boceto. A medida que se van sucediendo, van acabando los «rasgos que sus antecesores dejaron imperfectos. Cuanto mas se van «acercando al cumplimiento mas animados son sus colores; y, cuan-

«do está ya terminado el cuadro, desaparecen los artistas. El último «de ellos (Malaquías) tiene cuidado, al retirarse, de indicar el per«sonaje (Juan Bautista) que ha de levantar su velo [1].»

Cuentan que un célebre pintor de la antigüedad, no pudiendo pintar como habia imaginado la espuma de un caballo, y fatigado ya de tanto trabajo y de tanta impotencia, arrojó incomodado su pincel sobre el lienzo, y que la casualidad hizo entonces admirablemente lo que todos los esfuerzos de su arte no habian podido lograr. Al caer el pincel sobre la tela, dejó pintado en la boca del caballo un verdadero parecido á espuma. La cosa no es imposible; lo que lo hubiera sido, seria que la misma accion de arrojar el pincel, efectuada á grande distancia, hubiese formado todo el caballo; y lo que lo hubiera sido mas aun, seria que el mismo pincel, arrojado muchas veces por varias manos y en distintas épocas, hubiese producido una vez una parte, otra vez otra, cada una muy distinta y todas acordes para componer, reuniéndolas, el asunto del cuadro.

Pues bien, las profecías se hallan dispuestas de tal suerte, que no se puede dar mejor imágen de lo imposible que la de atribuir á la casualidad su concordancia, ya entre sí, ya con el cumplimiento, ora todas reunidas, ora cada una en particular.

Esta es visiblemente la obra de la inspiracion, la obra de Dios, complaciéndose en trazar á los hombres el plan de su misericordia y de su salvacion, con tal diversidad de instrumentos, tal intermitencia de accion y tal multiplicidad de toques, que la maravillosa concordancia que de aquí resulta no pueda atribuirse ni á los caprichos de la casualidad ni á los cálculos de los hombres, sino al libre ejercicio de su sabiduría y de su poder, tanto en la prediccion como en su cumplimiento.

Considerada desde este punto de vista, es la Religion un milagro continuo que llena toda la extension de los siglos desde el orígen del mundo; va marchando paralelamente con la naturaleza, y revela, lo mismo que esta última, la accion del Ser soberano. Se halla dividida en dos grandes fases: la prediccion y el cumplimiento. La concentra y reune un grande y único objeto: Jesucristo, objeto de la prediccion y sujeto del cumplimiento. En ambas fases es igualmente visible la accion de Dios; pues si en la primera se revela *prediciendo* lo que será, en la segunda se manifiesta *produciendo* lo que fue predicho.

[1] *Primera carta de un rabino convertido*, pág. 41.

Por una parte prepara y por otra consuma; de un lado traza el plano y de otro levanta el edificio, tan infalible en la promesa como fiel en su cumplimiento. Y sin embargo, notadlo bien, no es porque la accion de Dios sea realmente sucesiva, como nos parece; solo lo es su *revelacion*. En sí es una misma obra, siempre subsistente en la eternidad de su objeto y de su amor, y en este sentido el cumplimiento existia antes que la profecía: *Agnus qui occisus est ab origine mundi* [1]. Pero como no existia mas que en el pensamiento de Dios, solo Dios pudo describirlo antes de mostrarlo, y esto es lo que llamamos *prediccion*. Con el fin de acomodarse á nuestra flaqueza y dispensarnos este gran beneficio de su misericordia de una manera que nos hiciese apreciar su graciosidad y omnipotencia, plugo á Dios, al principio, solo prometerlo, y despues distribuírnoslo, haciéndonos ver en estos dos testimonios de su liberal omnipotencia en los dos *Testamentos*, el *Antiguo* y el *Nuevo*, que él es su único Autor y dispensador, para que solo él fuera objeto de nuestro amor y reconocimiento [2]. No quiso que sucediera con la Religion lo que con la naturaleza: dárnosla *ya perfecta*, é introducirnos en ella como un rey en su palacio enteramente concluido. La razon de esto es muy sencilla: la Religion tenia por objeto corregir en nosotros la naturaleza degradada por el pecado; y como el pecado, orígen de esta degradacion, era el *orgullo*, cuya propiedad es el atribuirse inmediatamente cuanto posee, y no reconocerse deudor de nada á nadie, el beneficio reparador de la Religion debia concedérsenos sucesivamente, con lentitud y economía, á fin de que no nos sintiéramos nunca tentados de apropiarnos su principio, y que la mano que nos lo dispensa estuviera siempre visible sobre nosotros y nos tuviera siempre deseosos de amor y de fe.

Por otra parte toda la Religion no es mas que un conjunto de promesas, de las cuales unas han de realizarse en el tiempo, y las otras en la eternidad. Dios nos da el cumplimiento de las primeras como un gaje de su fidelidad en cumplir las segundas, de manera que á nuestra fe no le falte nunca en qué apoyarse, ni tampoco en qué ejercitarse. Y lo que hay en esto de mas admirable es que las promesas

[1] Apoc., XIII, 8.

[2] Los dos Testamentos, dice san Agustin, se dan recíprocamente testimonio; pues el Viejo predice el Nuevo, y el Nuevo verifica la certidumbre de las predicciones del Viejo; y el uno está clamando al otro, como los dos serafines: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de vuestra gloria.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

temporales han sido como escalonadas de tal suerte, que por su cumplimiento sucesivo se ayudasen mútuamente á hacerse creer de generacion en generacion, como todas cooperan á que se crean las que han de cumplirse en la eternidad. Dios, dice muy á propósito san Agustin, quiso portarse con nosotros como un honrado deudor, que podria exigir que se le creyese bajo su palabra, pero que tratando con un acreedor desconfiado, le dice: Como V. no da crédito á mi palabra, voy á firmarle un debitorio para pagárselo en diferentes plazos. Como se pasa una raza y otra viene tras ella, y todos los siglos se van pasando de esta manera, era menester que el Escrito de Dios, y su rúbrica, si podemos hablar así, permaneciese inmoble, á fin de que cuantos pasarian sucesivamente en este mundo pudieran leerla, y fuesen fieles en el camino por el que era menester andar para gozar de sus promesas [1].

Tales son las razones profundamente filosóficas de la economía del cristianismo y de esa magnífica mezcla de profecías y cumplimientos que la compone con tanta variedad y unidad, con tan bello conjunto y tan preciosos pormenores, con tanta fecundidad y tanta sencillez.

Si en esta grande obra se sirvió Dios de los hombres y de los acontecimientos, y se ocultó detrás de ellos para poner á prueba nuestra fe, lo hizo como señor que es de los hombres y de los sucesos, obrando las cosas mas grandes valiéndose de las mas pequeñas, y llegando á su objeto por la hostilidad misma de los medios, hasta el punto de aparecer á nuestra contemplacion al través de este ejercicio ó prueba de nuestra fe.

Por esto acumuló en sus profecías todos los elementos que se oponian á la prevision natural del cumplimiento y á su fiel concordancia, á fin de que jamás pudiéramos atribuir á la casualidad una maravilla semejante.

Por esto tambien, para que no pudiéramos ver en ello un concierto humano, se sirvió, para efectuar el cumplimiento, de aquellos judíos que no creian en él y que con su incredulidad decida eran instrumentos de la Providencia, tanto mas fieles á sus fines cuanto mas rebeldes se mostraban á sus intenciones; tanto mas exactos cuanto mas ciegos estaban; tanto mas aptos, en fin, para justificar la concordancia del cumplimiento con la profecía, cuanto que eran á la vez

[1] ¡En cuántas cosas, añade el Santo, no ha cumplido ya el Señor lo que nos tiene prometido! ¡Cuántas son ya las que nos ha dado en virtud de su firma y de su Escrito!

testigos de la profecía, ejecutores del cumplimiento, y hostiles á su concordancia.

Pero ya es tiempo de justificar y completar todo cuanto precede, demostrando *la realidad de esta concordancia.*

§ IV.

Todo lo que hasta aquí llevamos dicho supone la realidad de la concordancia de las profecías con el cumplimiento.

Mas aquí está toda la dificultad, se nos dirá; esta es la historia *del diente de oro.* Nosotros reconocemos la verdad de todo cuanto acabais de establecer, y habeis probado bien, contra un sofista, que no hay nada mas incontestable que la certidumbre *de lo que se llama* las profecías, su anterioridad y su integridad, garantizadas como se hallan por el testimonio mas brillante que es posible imaginar, por lo mismo que está interesado en contra de la consecuencia que de él deducís: el pueblo judío. — No os ha sido menos difícil el hacernos admitir la certidumbre *de lo que llamais* el cumplimiento, supuesto que forma la historia de lo que nos toca de mas cerca, nuestra historia doméstica, la historia del cristianismo que nos engendró y nos engendra á todos los desarrollos sociales que estamos viendo; — en fin, por lo que hace á la concordancia de aquellas profecías con este cumplimiento, es, en efecto, un absurdo, cuando se considera el modo con que dichas profecías están dispuestas, y el carácter extraordinario del cumplimiento, el decir que semejante concordancia, aun cuando fuese *mas precisa, mas clara y mas luminosa que un axioma de geometría,* en rigor nada probaria. — Nosotros somos mas justos y menos hostiles, ó mas bien no somos nada hostiles á esta verdad; nos felicitaríamos de que nos la demostráseis; no esperamos mas que esto, pero lo esperamos. Demuéstresenos que hay perfecta concordancia entre las profecías y el cumplimiento, y nada mas pedimos. Estamos dispuestos y hasta comprometidos, por lo que precede, á deponer todo cuanto nos resta de incredulidad contra la verdad de este solo punto, y á rendirnos con gusto, si efectivamente se nos prueba [1].

Veamos, pues; pero ante todo dejemos arregladas dos dificultades prévias:

1.ª El verdadero texto de las profecías está en hebreo, y ninguno

[1] Esto deberia suceder y sucederia en efecto, si *el corazon* no tomara parte en el juicio.

de nosotros conoce este idioma; por consiguiente, ¿quién nos sale garante de la exactitud de esas traducciones de que nos verémos obligados á servirnos, y de que no hayan sido adulteradas, cosa tan fácil, despues del cumplimiento?

2.ª Admitiendo que queda resuelta esta primera dificultad y que tenemos á la vista una version fiel del texto, no hay texto tan claro que alguna vez no necesite de interpretacion, y la justicia nos obliga á reconocer esta necesidad, sobre todo en lo relativo á las profecías, ya porque su sentido natural se refiere á hábitos y costumbres que no existen, ya porque su sentido místico tiene relacion con un órden de ideas religiosas que nos son mas desconocidas todavía. Por consiguiente, ¿quién nos garantiza el que esta interpretacion sea exacta y desinteresada, y que no será una vista, afectada por el cumplimiento, la que leerá las profecías y las teñirá de sus colores? — Francamente, estas dos dificultades nos parecen insuperables.

— Nada de esto: pocas palabras bastarán para disiparlas. La misma Providencia que nos conservó el cuerpo de las profecías proveyó á todo lo que debia facilitarnos el poderlas leer en una version fiel, y á que sus interpretaciones fueran seguras é incontestables.

Por lo que hace á la primera dificultad recordemos que la santa Escritura fue traducida del hebreo al griego por *Setenta* sábios doctores judíos, en tiempo y por órden de Ptolomeo, rey de Egipto, unos *trescientos años* antes de Jesucristo. — Hízose esta traduccion con todas las garantías de ciencia y fidelidad apetecibles; — fue admitida por todos los judíos, y de ella se servian cuando apareció Jesucristo, y es la que citan los Apóstoles que escribieron en griego; — finalmente, hízose sin ninguna preocupacion por el cumplimiento, pues lo precedió en tres siglos, y aun dado que fuese infiel, en su misma infidelidad su concordancia con el cumplimiento constituiria la profecía [1]. — Aho-

[1] Es admirable por demás la garantía providencial de la traduccion de los *Setenta*, que por sí misma goza aun en el dia de un crédito incontestable. En una época en que el griego y el hebreo eran aun lenguas vivas, san Gerónimo, tan profundamente versado en ambos idiomas, desafiaba á sus adversarios á que le indicasen un pasaje cualquiera del griego que no se encontrase palabra por palabra en el hebreo: *Æmuli nostri doceant, assumpta aliqua de Septuaginta testimonia, quæ non sunt in Hebræorum litteris (Quæst. hebr.* sobre el Génesis): y todos los rabinos (*Talmud, tratado Megvilla*, f. 9, retro; *Sopherim*, cap. I, § 8; — *Libro Iohhavin*, p. 137, edic. de Amsterdam; — *Libro Meor-Gnenaim, parte Hadrat-Zekenim*; — Filon, *Vida de Moisés*, lib. II; — Josefo, *Antigüedades*, lib. XII), léjos de contradecir esta asercion, conside-

ra bien; en esta traduccion es donde leemos las profecías. El conocimiento de la lengua griega es bastante comun entre nosotros, para que podamos cerciorarnos con facilidad del verdadero sentido de sus términos y de la fidelidad de las traducciones latinas y demás que sobre ella hayan podido hacerse. — Hasta los que no conozcan el griego pueden examinar la traduccion latina consagrada por el Concilio de Trento bajo el nombre de *Vulgata*, y que ofrece las mismas garantías que los *Setenta*. El orígen de esta traduccion se remonta hasta el *primer siglo* de la Iglesia, cuando las lenguas latina, griega y hebrea estaban en recíproco comercio, y era imposible cometer ningun desliz sobre sus respectivas significaciones. Por esta traduccion se hacían en las asambleas de los fieles las lecturas públicas *de los escritos de los Profetas y de las memorias de los Apóstoles*, de que nos habla san Justino, *Apol.* 1, n. 67. Mas adelante, esta traduccion fue revisada y pasada por el crisol de la ciencia filológica por san Gerónimo, que la comprobó con el texto de los *Setenta*, el *Hebreo* y el *Caldeo*, y publicó luego una version mas correcta y escrupulosa que mereció el sufragio de los mismos judíos y la aprobacion de san Agustin [1]. Esta es la traduccion de que nos estamos sirviendo todos los dias, y está aprobada y recomendada por el Concilio de Trento. La *Vulgata* y los *Setenta* nos dispensan, por consiguiente, de recurrir al *hebreo*, y nos ofrecen todas las garantías apetecibles. A los que no procuran exagerarse las dificultades, estas explicaciones deben bastarles.

La segunda dificultad, que tiene por objeto la interpretacion de los pasajes en sí mismos, es tambien muy fácil de resolver. Para simplificarla, consentimos en privarnos de todas las profecías cuyas apa-

raban la version griega de los Setenta como inspirada por el Espíritu Santo.— Por lo que toca á su fecha, parece que esta traduccion se hizo deliberadamente para ser como la salvaguardia y el baluarte de la integridad de las divinas Escrituras contra todos los fraudes que podrian haber introducido en ellas los grandes intereses de que mas adelante debian ellas decidir. Si este fraude se hubiera efectuado, cualquiera que hubiera sido la mano que lo hubiera cometido, se hubiera hecho público desde luego á causa de la grandísima publicidad que se dió á las Escrituras con esta version, y la facilidad de comparar siempre á los Setenta con el hebreo y recíprocamente. Esta reflexion es de san Gerónimo: *Post Septuaginta*, dice, *nihil in sacris litteris potest immutari vel pervertí, quin eorum translatione omnis fraus et dolus patefiat.* Lo mismo piensa san Hilario (*super* Psalm. II, et CXXXI, 24).

Hemos sacado los materiales para esta erudita nota de la *Primera carta de un rabino convertido*, pág. 39 y 40.

[1] *De Doctrina christiana*, lib. VIII, c. V.

riencias fueren dudosas, aun cuando una interpretacion profunda nos conduciria infaliblemente á un sentido favorable, y hay muchas que presentan este carácter y en las cuales se halla la expresion de la verdad cristiana. — Hacemos el sacrificio de estas para fijarnos tan solo en las que brillan por sí mismas y á las que no hay necesidad mas que de citar y dejar hablar. — Y en fin, nos comprometemos á aducir en apoyo del sentido que ellas nos ofrezcan, el testimonio y asentimiento *de los mismos judíos*, en lo que haya de mas autorizado entre ellos, principalmente sus *paráfrasis caldáicas* [1].

Esta última garantía lo desvanece todo, así la primera como la segunda dificultad.

Entremos, pues, en materia.

Antes de abrir el libro de las profecías, debemos observar un fenómeno que por sí mismo ha excitado ya nuestra atencion, y es que

[1] Las *paráfrasis caldáicas* son tambien una de esas garantías que podemos llamar *providenciales*. Son unas traducciones de varias partes de la santa Escritura en lenguas *caldea* y *siriaca* para el uso del pueblo judío, que, despues de su cautiverio, se hallaba mas familiarizado con estos idiomas que con el hebreo. Estas traducciones son ocho, y los judíos las llaman *Targum, interpretacion* ó *traduccion*. Se las llama tambien *paráfrasis*, porque van acompañadas de glosas ó comentarios. Parece que las *Targum* ó *paráfrasis caldeo-siriacas* no se hicieron hasta cuatrocientos ó quinientos años despues de Esdras, es decir, por los tiempos de la venida de Jesucristo. Segun la tradicion de los judíos, Onkelos, autor de la primera paráfrasis sobre el *Pentateuco*, era contemporáneo de Gamaliel el Antiguo, en cuya escuela hizo san Pablo sus estudios; la segunda paráfrasis sobre los *Profetas* es de Jonathan-ben-Uzzel, que fue discípulo de Hillel, muerto, poco mas ó menos, en la época del nacimiento de Jesucristo, y las demás son posteriores. — Los judíos respetan estas paráfrasis cási tanto como al mismo texto hebreo, y los rabinos se convinieron en hacer creer á la generalidad que estas obras tienen un orígen igual al de los Libros sagrados. Es muy fácil comprender las ventajas que importan á la verdad cristiana estas traducciones cuyo sentido es conforme con el texto original y la version de los *Setenta*, con los cuales constituyen una triple garantía. Conócense además por ellas muchas antiguas costumbres de los judíos que ayudan á ilustrar la inteligencia de los Libros santos. Pero la principal ventaja que puede sacarse de ellas es que la mayor parte de las profecías relativas al Mesías están tomadas por los autores de estas *paráfrasis* en el mismo sentido que nosotros les damos. Semejante autoridad es un argumento incontestable contra los judíos, supuesto que atribuyen á los *Targum* la misma autoridad que al texto hebreo. No es menos fuerte este argumento contra los incrédulos, pues el testimonio que da de la verdad de las profecías y el apoyo que presta á su interpretacion son enteramente ajenos al conocimiento del cumplimiento, y provienen del mas antiguo y mas puro orígen de las tradiciones judáicas.

la verdad que vamos buscando brilla en torno de este libro, formándole una especie de auréola luminosa que revela y comienza el prodigio que se oculta en su interior.

En estos mismos *Estudios*, prescindiendo de toda autoridad sagrada y valiéndonos nada mas que de pruebas exclusivamente profanas, hemos establecido ya el hecho de que antes de la venida de Jesucristo todas las naciones de la tierra esperaban, sobre la fe en los antiguos oráculos, á un Enviado del cielo que debia regenerarlas;

Y que el punto del globo donde este Enviado debia aparecer y del cual debia partir la regeneracion, estaba en Oriente para todos los pueblos de Europa, y en Occidente para los de la India, es decir, para todos, unos y otros, entre la Europa y el Asia mayor, y expresamente en la *Judea*, POLO DE LA ESPERANZA DE TODAS LAS NACIONES [1].

Lo declaran en términos formales Voltaire, Volney y Boulanger. Conforme á las tradiciones llaman á este Enviado *gran Mediador*, — *Juez final*, — *Salvador futuro*, — *Rey*, — *Dios conquistador y legislador*, — *que debia resucitar la edad de oro y rescatar á los hombres del imperio del mal.*

Plutarco por las tradiciones egipcias, — Sócrates (2.° Alcibíades) entre los griegos, — Virgilio, Ciceron, Tácito y Suetonio entre los romanos, — Confucio y las tradiciones chinas estudiadas en sus fuentes por Abel de Remusat, — las tradiciones mejicanas publicadas por Humboldt; — hé aquí, limitándonos á las mas notables, las particulares garantías de la verdad de este hecho reconocido y atestiguado por la misma incredulidad.

Este hecho contiene implícitamente la verdad de las profecías, como los rayos del sol bañando la cumbre de las montañas suponen su disco, aun cuando no esté todavía sobre el horizonte.

Todas estas tradiciones tan unánimes en su universal dispersion, parten necesariamente de un orígen comun, cualquiera que sea el punto á que se refieran, y este orígen aparece siempre en toda su plenitud y espontaneidad en el seno de la nacion judía, la mas antigua, la mas directamente interesada en el objeto de semejantes tradiciones, puesto que debia salir de ella, y, en fin, la única que indica visiblemente en sus Profetas y en los escritos de estos los oráculos originales de esa expectacion universal. Tambien Tácito nos dice que su orígen se hallaba en antiguas y sagradas escrituras, *antiquis sacerdotum lit-*

[1] Boulanger.

terris contineri, lo cual se refiere visiblemente á los libros de los judíos [1].

Pero ¿de qué modo habia podido esta creencia penetrar en los demás pueblos? Fácil es contestar á esta pregunta, si se atiende: — 1.° á que las primeras profecías se remontan al orígen del mundo, y que cada rama de la gran familia humana, al separarse del tronco, debió llevarse consigo esta esperanza, alimentada por los males que esta debia remediar; — 2.° á que en lo sucesivo los sábios de todas las naciones fueron á beber en aquella misma fuente original, engrosada con los oráculos posteriores, y debieron enseñar luego á sus conciudadanos una creencia que á todos igualmente interesaba; — 3.° á que los judíos, cautivos por mucho tiempo en el Egipto y en la Caldea, debieron dejar en estos países la impresion de esta creencia, sobre todo habiendo uno de sus mas grandes profetas, Daniel, publicado por aquel tiempo y en la corte de los reyes de Babilonia y de Asiria sus mas magníficas predicciones, las cuales causaron tanta sensacion, que mas tarde Alejandro el Grande, particularmente designado en una de ellas, fué á Jerusalen para conocerlas; — 4.° en fin, á que despues de las últimas profecías y durante los cuatro ó cinco siglos inmediatamente anteriores á Jesucristo, estos mismos judíos se dispersaron en colonias por todas las partes del mundo, desde donde iban todos los años á Jerusalen; y á que en este flujo y reflujo, como tambien por la sublime singularidad de su culto, debieron llamar la atencion y penetrar á los pueblos, que recorrian, del conocimiento de las profecías en que estaban ya imbuidos, y que interesaban á todas las naciones por el grande acontecimiento que tenian por objeto.

Hé aquí cómo se explica perfectamente la universalidad de la expectacion de un Salvador de la raza humana, por derivacion del orígen profético que observamos en el pueblo judío.

Para dar, pues, á las profecías su verdadera importancia, es menester escucharlas acompañadas de la multitud de ecos repetidos por todas las tradiciones del universo, y formando en torno suyo otras tantas opiniones legítimas y otros tantos testigos irrecusables de su imponente realidad. En una palabra, el prodigio existe ya para nosotros confusamente en el exterior; solo se trata de conducirlo á su verdadero orígen, y de verlo salir del libro que lo contiene.

Abramos, pues, este libro extraordinario que, despues de haber

[1] Lo declara formalmente el historiador Josefo, que aludia á estos oráculos, como Tácito y Suetonio, y los aplicaba, como ellos, á Vespasiano.

llenado al mundo antiguo con la fama de sus oráculos, llena todavía al mundo moderno con su cumplimiento.

Las profecías, como hemos observado ya, se nos presentan como un cuadro en el que la intencion del pintor está al principio expresada como en gérmen, — en el que la vemos sucesivamente irse desarrollando, precisando y formulando con claridad, — revestirse de formas y colores, — salir en cierta manera del lienzo, aquí por un rasgo, allí por otro, — calentarse y animarse, — y, despues de haber recibido hasta las particularidades mas significativas de la vida y de la accion que ella debe reproducir, esperar velada el gran dia de la exposicion, en que la presencia misma del original vendrá á hacer brillar el prodigio de la semejanza.

Nosotros que estamos ya iniciados en el conocimiento del original, y que podemos reconocerlo al mas pequeño rasgo, entremos, por decirlo así, en el taller del pintor, y asistamos á todas las gradaciones de la formacion de su obra.

I. El primero de todos y como el *embrion* profético se encuentra en el versículo 15 del capítulo III del Génesis. Al mismo momento de la caida del primer hombre por las asechanzas del demonio, representado bajo la figura de la serpiente, ejerciendo Dios los castigos de su justicia sobre los culpables y su posteridad, insinúa la reserva de una reparacion futura que hará al hombre victorioso de su enemigo: «Entonces el Señor Dios dijo á la serpiente... Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ELLA QUEBRANTARÁ «TU CABEZA, Y TÚ PONDRÁS ASECHANZAS Á SU CALCAÑAR.» Hé aquí el texto de la Vulgata: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius:* IPSA *conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus.*

Indudablemente somos los primeros en reconocer que, tomada aisladamente y hecha abstraccion de todas las demás, esta primera indicacion profética no mereceria quizás que nos fijásemos en ella; pero no juzgarémos así cuando veamos la conformidad de desarrollo que existe entre ella y las siguientes. Esto nos obliga desde ahora á insistir en hacer ver en este primer gérmen la intencion y la tendencia con que el objeto va á manifestársenos cada vez mas distinto.

1.° El *autor* de la caida, la serpiente, es aquella cuya *cabeza* debe ser *quebrantada* por el *calcañar* de su víctima, y que no podrá hacer mas que *poner asechanzas* contra este calcañar vencedor. Evidente-

mente es esta la mas alta expresion de la reparacion por aquella víctima, que es el hombre.

2.° No será Adan ni Eva directamente quien alcance esta victoria, sino que debe salir de su descendencia, *semen*, y por consiguiente su cumplimiento está oculto en el porvenir.

3.° No debia salir de la descendencia del *hombre*, ni de la descendencia del *hombre y de la mujer;* sino ¡cosa singular y bien expresa! de la *descendencia de la mujer*, SEMEN MULIERIS. La misma mujer en uno de sus descendientes, segun los Setenta y la Vulgata (IPSA *conteret*), será quien obre esta revolucion [1]: intencion evidente de hacer de la reparacion la antítesis de la caida; y como solamente la mujer habia hecho y transmitido el mal induciendo el hombre á pecar, hacer que tambien ella sola trajese y transmitiese el remedio. A esto alude san Pablo en su carta á los Gálatas cuando dice: «Cuando vino el cum«plimiento de los tiempos, envió Dios á su Hijo, *hecho de mujer*, para «redimirnos:» *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum,* FACTUM EX MULIERE... *ut redimeret, etc.* [2].

Se dirá que semejantes interpretaciones son interesadas; y aun cuando se desprenden efectivamente del asunto, se necesitan los ojos de un cristiano para descubrirlas, y el calor de su celo para fecundarlas.

Contestarémos de nuevo que no hay nada de esto, y que basta conocer la conformidad de esta primera profecía con las siguientes, para sentirse llevar retroactivamente á buscar en ella lo que muy pronto se va á desprender naturalmente de ella.

Añadirémos además, lo cual desvanece todo asomo de prevencion, que las antiguas *paráfrasis caldáicas* entendieron como nosotros que se hablaba en este pasaje del *Mesías* que habia de venir, como dice san Pablo, en la plenitud de los tiempos. La paráfrasis de Jonathan-ben-Uzzel dice en efecto: «A la verdad habrá un remedio para ellos (Adan «y Eva), pero no para tí, pues te quebrantarán con el calcañar.» — Y la paráfrasis de Jerusalen añade: «Es decir; *en el fin de los dias*, en los dias del REY-MESÍAS [3].»

En fin, recordemos la admirable conformidad de la fábula griega

[1] Está reconocido por todos sin contestacion que en el hebreo *ipsa* se refiere á *semen* y no á *mulier;* pero es el mismo pensamiento mas aclarado en la expresion.

[2] *Ad Galat.*, IV, 4.

[3] *Disertacion sobre el Mesías*, por Jacquelot. — *Primera carta de un rabino convertido*, p. 37. — *Traduccion poliglota de las paráfrasis*, por Walton.

de *Prometeo*, segun Esquiles, y de la egipcia de *Isis y Tifon*, segun Plutarco, con ese pasaje del Génesis; conformidad tan grande, segun hemos demostrado ya en otra parte de los presentes *Estudios* (tomo I, p. 383 y sig.), que es imposible que la razon mas desconfiada no suscriba á la interpretacion que de ella acabamos de deducir. Para adquirir conciencia de esta verdad, debe el lector volver á leer la parte de nuestro trabajo á que hacemos referencia, el cual no podemos reproducir aquí ni en compendio, porque lo debilitaríamos, ni en su totalidad, porque nos extenderíamos demasiado; pero que, sin embargo, importa tener presente, pues sirve de poderoso justificativo á una interpretacion tan útil á la causa de nuestra fe, que se la creeria inspirada por una prevencion toda cristiana, y que es, no obstante, tan independiente de ella, que la encontramos mas explícita y mas favorable todavía en los escritos de los paganos. Para quedar convencido, no se necesita, sobre este particular, mas que un poco de perseverancia y algun esfuerzo de atencion; y por cierto que el asunto vale mucho la pena, aun cuando no fuera mas que á título de curiosidad.

II. Pasemos á la segunda profecía.

Segun la primera, el vencedor de la serpiente debe salir de la descendencia de la humanidad en general, aunque particularmente de la mujer.

Vamos á ver ahora irse particularizando cada vez mas la generalidad de aquella prediccion.

De toda la humanidad, llamada de este modo á producir ulteriormente su Libertador, va Dios á tomar un solo hombre, Abrahan, y con este hombre va á formar un pueblo distinto; y de este pueblo, cuya especial mision será anunciarlo antes y servirle de testimonio despues, debe salir aquel *Descendiente de la mujer* por quien debe efectuarse la salvacion del género humano.

«El Señor Dios dijo á Abrahan: Sal de tu país y de tu parentela «y marcha á la tierra que te mostraré. — Yo haré salir de tí *un gran «pueblo. — Y todas las naciones de la tierra serán benditas* EN TÍ.» — IN TE *benedicentur universæ cognationes terræ*. (Génes., XII, 3).

Mas adelante y despues del sacrificio de Isaac, se renueva á Abrahan la misma promesa con mas fuerza y precision.

«Por mí mismo he jurado, dice el Señor, por cuanto has hecho esta «accion, y no has perdonado á tu hijo único por amor de mí: te ben«deciré; — y *multiplicaré tu descendencia* como las estrellas del cielo,

«y como la arena que está á la ribera del mar; — tu posteridad po-«seerá las puertas de sus enemigos; — *y en* TU SIMIENTE *serán benditas «todas las naciones de la tierra.*» — *Benedicentur* IN SEMINE TUO *omnes gentes terræ.* (Génes., XXII, 18).

¡Sublime operacion! Como consecuencia de la primera promesa, y para preparar *visiblemente* desde léjos su realizacion, al intento crea Dios un pueblo. A este efecto toma un hombre como si fuera un *pedazo de mármol*, como si fuera una *cantera*, segun la enérgica expresion de Isaías, en el cual va á *tallar* ó de la cual va á *extraer* [1] todo ese gran pueblo que no debe parecerse á ningun otro, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos; y que será el depositario, el instrumento y el perpétuo testimonio de la bendicion que debe algun dia derramarse sobre todas las naciones.

Todas las naciones de la tierra serán benditas EN TÍ, — EN TU SIMIENTE. — Tal es el objeto preciso y definitivo de la eleccion de Abrahan y de la formacion del pueblo judío. No se hace esta eleccion por él ni por un favor caprichoso y gratuito, sino para que sea un instrumento y sirva á la manifestacion de los designios de la misericordia de Dios sobre la humanidad en general; para nosotros los *gentiles* y para todos los humanos entresacó Dios de la humanidad á este pueblo como un plantel escogido y cultivado con esmero, del cual debia salir algun dia el tallo bendito, en el cual todos seríamos ingertados; á todos los hombres y á todos los pueblos amaba Dios y tenia á la vista en solo Abrahan y en solo el pueblo judío; el antiguo Testamento no era mas que el preámbulo del Nuevo, y los judíos, *como pueblo de Dios*, no eran mas que *vinculaciones* respecto de todas las naciones de la tierra *llamadas* á recoger la herencia del *Testamento*. Así es como debe entenderse la *eleccion* del pueblo judío respecto de la *vocacion* de los gentiles, y como debiendo absorberse en esta vocacion, para la cual tan solo se hizo aquella. Por no haber comprendido el pueblo judío las cosas de este modo, incurrió en la orgullosa pretension de dominar toda la tierra, y el efecto de esta obcecacion carnal fue verse rechazado de la salvacion comun. Por no haberlo tampoco comprendido así la incredulidad, se escandaliza de la conducta privilegiada de Dios con ese pueblo únicamente, durante los tiempos antiguos. ¡Ciertamente! El

[1] *Attendite ad petram unde excisi estis, et ad cavernam laci, de qua præcisi estis. Attendite ad Abraham patrem vestrum, et ad Saram quæ peperit vos; quia unum vocavi eum, et benedixi ei, et multiplicavi eum.* (Isaías, LI, 1 y 2).

estado miserable de este mismo pueblo en los tiempos modernos, en el seno de la bendicion universal, de la cual solo él está excluido, es muy á propósito, sin embargo, para demostrarnos que no era para él solo que Dios se servia de él de esta suerte, y que los verdaderos herederos de Abrahan no tanto son los judíos como los cristianos, ya sean judíos, ya gentiles [1].

Pero ¿por qué, se dirá, se sirvió Dios así del pueblo judío? ¿Qué necesidad tenia de semejante intermediario? ¿No podia por ventura llamarnos inmediatamente y sin tantos rodeos á la salvacion que nos tenia reservada?

Indudablemente: Dios podia valerse de mil otros medios, podia hasta prescindir de todos ellos, y nada hubo que sea necesario en sí por respecto al camino que ha seguido; pero si consideramos que *á nosotros* era á quien convenia que obrase de manera que lo *viéramos obrar* lo suficiente para reconocer su providencia, sin sentirnos no obstante obligados irresistiblemente á ello, admirarémos la sabiduría de este plan de la Religion. La salvacion que Dios nos reservaba, para hacerse mas clara y sensible, y para dar lugar á nuestro amor y á nuestra fe, sin los cuales no podia aprovecharnos, debia ocultarse á nuestras miradas, debia irse anunciando, preparando y personificando desde léjos con una accion libre y visiblemente providencial: hé aquí el motivo de la eleccion de Abrahan, de la distincion del pueblo judío, y de la prediccion del objeto porque ambas cosas se hicieron.

Por otra parte, el hecho justifica la intencion. — La formacion especial del pueblo judío para obrar mas adelante la conversion de los gentiles, y la prediccion de este doble hecho y de su intencion, revelada muchos siglos antes de que se verificase, constituyen una grande y bella profecía que revela la intervencion de la Divinidad en todo, y sirve de fundamento á nuestra fe.

El gran retorno de toda la humanidad á la unidad de una ley santa, despues de los extravíos cada vez mas deplorables en que cada pueblo se iba perdiendo bajo el politeismo, estaba incontestablemente fuera del alcance de toda prevision, de toda verosimilitud y hasta de toda posibilidad; y sin embargo se predice aquí dos mil años antes de suceder, y se repite en las demás profecías con una constancia infatigable.

[1] Todas estas ideas están contenidas en aquellas palabras de san Juan Bautista: «Haced fruto digno de penitencia. Y no querais decir dentro de vosotros: «*Tenemos á Abrahan por padre.* Porque os digo, que poderoso es Dios para «levantar hijos á Abrahan de estas piedras.» (*Matth.*, III, 8 y 9).

Debiendo salir esta revolucion extraordinaria especialmente del pueblo judío, pueblo singular entre todos los pueblos, y debiendo salir este pueblo en particular de Abrahan, escogido de entre todos los hombres, se aumenta con esto considerablemente la divina singularidad de la prediccion.

¡Con qué constancia de intencion se sostiene este plan!

Abrahan tuvo dos hijos: antes de la eleccion de Abrahan, la profecía se aplicaba á estos dos hijos lo mismo que á todos los hombres; pero así como Abrahan fue escogido entre todos los hombres, Isaac fue escogido entre los hijos de Abrahan, y la divina promesa se fijó en particular en él y en él solo.

«De Isaac, dice Dios á Abrahan, saldrá la descendencia que debe llevar tu nombre.» (Génes. XXI, 12).

«Yo seré contigo y te bendeciré, dice Dios despues á Isaac, para «cumplir el juramento que prometí á Abrahan tu padre. — Multipli- «caré tu posteridad como las estrellas del cielo, y *serán benditas en* TU «SIMIENTE *todas las gentes de la tierra.*» (Génes. XXVI, 3 y 4 [1]).

La misma eleccion se verificó entre los hijos de Isaac. Eran dos: Esaú y Jacob; y á Jacob en particular es á quien pasa la antigua promesa:

«Yo soy el señor Dios de Abrahan tu padre, y el Dios de Isaac...: «tu posteridad será numerosa como el polvo de la tierra..., y *serán «benditas en tí y en* TU SIMIENTE *todas las familias de la tierra.*» (Génes. XXVIII, 13 y 14).

Observad que para dar á esta eleccion de Isaac primero y luego á la de Jacob un carácter mas providencial y mas libremente electivo, se invierte el órden natural de las cosas. La ancianidad de Sara se hace fecunda en detrimento de Ismael, y la sorpresa hecha á Isaac de su bendicion en favor de Jacob la quita á Esaú á quien naturalmente correspondia como primogénito [2].

[1] Ismael, el otro hijo de Abrahan, es objeto de una prediccion especial. «Y «aun al hijo de la esclava lo haré caudillo de un gran pueblo, dice el Señor á «Abrahan, porque es hijo tuyo... Este será un hombre fiero; levantará las «manos contra todos, y todos alzarán sus manos contra él, y plantará sus tien- «das frente á frente de todos sus hermanos.» (Génes. XXI, 13, y XVI, 12). Prediccion terrible, en la cual es imposible no reconocer al pueblo *ismaelita* ó árabe, que se la ha aplicado siempre á sí mismo.

[2] Es verdad que habia vendido su derecho de primogenitura, pero el engaño no por esto existia menos respecto de Isaac. — Esta superchería, como otros mil rasgos de la Biblia, ha escandalizado á muchos talentos superficia-

La fuerza de esta profecía repetida en los mismos términos á Abrahan, á Isaac y á Jacob: *In semine tuo benedicentur omnes gentes*, está, como hemos notado ya, en esa *vocacion de los gentiles* anticipada en dos mil años, y precisada en el canal por donde debe efectuarse: el pueblo judío. —En estos solos términos es prodigiosa. — Pero tendria un carácter mas significativo si la palabra *semen*, empleada tambien en la primera profecía, debiese entenderse, como dice Sacy, de un descendiente individual y particular, que seria el Cristo.

Sin embargo, así es como la resuelve un célebre intérprete, profundamente versado en la lengua, las costumbres y tradiciones de los hebreos, san Pablo: «Las promesas, dice el grande Apóstol, fueron «hechas á Abrahan y *á su simiente*. No dice: Y *á las simientes*, como «hablando de muchos, sino como DE UNO: *Y á* TU SIMIENTE, *que es* «*Cristo* [1].»

El Apóstol no hacia mas que salvar el equívoco, y no daba por esto un nuevo sentido que no fuese conocido en el lenguaje ordinario. Tenemos de ello una prueba clara en este célebre pasaje del libro de los Reyes: «Y cuando tus dias fueren cumplidos (dice el Señor á David ha«blando de Salomon) y durmieres con tus padres, levantaré en pos «de tí *un hijo tuyo*, que procederá de tus entrañas, y afirmaré su rei«no. *Este* edificará un templo á mi nombre [2].»

Pero las profecías van explicándose cada vez mejor por sí mismas, y la interpretacion que acabamos de presentar va á salir como de su oscuridad en la tercera profecía.

III. Esta tercera profecía es la de Jacob.

Hemos visto ya la prediccion, cuyo objeto es la salvacion de todas

les; pero todas estas sombras se desvanecen ante una distincion que es muy natural. En los acontecimientos humanos hay siempre dos cosas: la libertad del hombre que puede obrar el mal, y la providencia de Dios que, por este mismo mal que reprueba, va al bien que se ha propuesto. No existe solidaridad entre ambas cosas, y el bien que saca Dios de nuestras malas pasiones no las justifica, como ni por estas tampoco puede acusarse á Dios. Así es como la revolucion francesa, tan fecunda en crímenes como fue, funcionó, por decirlo así, en las manos de Dios como una máquina terrible de justicia y de purgasion; sin que pueda decirse que los verdugos estuvieron exentos de responsabilidad, así como las víctimas no dejaron de adquirir el mérito de su expiacion, y Dios permaneció en su gloria y su santidad infalibles.

[1] *Ad Galat.*, III, 16.

[2] *Suscitabo* semen tuum *post te, quod egredietur de utero tuo, et firmabo regnum ejus.* Ipse *ædificavit domun nomini meo.* (II Reg. VII, 12).

las naciones, particularizarse de todos los hombres en Abrahan, Isaac, y Jacob. Pero á diferencia de Abrahan é Isaac que no habian dejado mas que dos hijos, Jacob deja doce: ¿cuál de estos doce hijos será el heredero de las divinas promesas? Los peligros de error, humanamente hablando, se multiplican. Sin embargo, la prediccion, léjos de envolverse en términos equívocos para evitarlo, va á hacerse mas precisa y mas claramente indicativa que nunca.

«Y Jacob llamó á sus hijos y les dijo: Reuníos todos para que pueda «deciros lo que os ha de suceder *en los últimos dias.*»

Lo que vamos á oir es, pues, una profecía, y una profecía relativa al fin de los judíos. Este fin lo conocemos ya por las profecías que preceden; pero veamos lo que de él va á decir esta.

Todos los hijos de Jacob son como revistados por el santo Patriarca, y cada uno recibe su parte de proféticas bendiciones. Al llegar á Judas, las palabras del venerable anciano toman otro tono, y dice:

«Y tú, Judá, te alabarán tus hermanos: tu mano se pondrá en las «cervices de tus enemigos; los hijos de tu padre te adorarán. — Judá «es un cachorro de leon; á la presa subiste, hijo mio: reposando te «acostaste como leon y como leona. — ¿Quién le despertará?

«*No será quitado de Judá el cetro,* y habrá siempre caudillos de su «raza *hasta que venga* EL QUE HA DE SER ENVIADO, Y ÉL SERÁ LA EX-«PECTACION DE LAS GENTES:» *et ipse erit expectatio gentium*, segun los *Setenta;* ó bien lo que es mas expresivo todavía, «Y ÉL SERÁ LA CON-«GREGACION DE LAS NACIONES:» *et Ipsius erit congregatio gentium*, (Génes. XLIX, 8, 9 y 10 [1]).

Mas adelante, continuando el Patriarca en predecir la suerte futura de cada uno de sus hijos, de repente se interrumpe entre *Dan* y *Gad,* y hablando consigo mismo, exclama: — «¡TU SALVADOR ESPERARÉ, «SEÑOR!» (Génes. XLIX, 18).

Finalmente, hablando á José: «Las bendiciones de tu padre fue-«ron confortadas con las bendiciones de los padres de él: hasta que «VINIESE EL DESEO DE LOS COLLADOS ETERNOS.» (Génes. XLIX, 26).

[1] Jacob continúa inmediatamente teniendo la vista fija en el Mesías: *Atará á la viña su pollino, y á la vid, ó hijo mio, su asno. Lavará en el vino su vestido, ó en la sangre de uvas su pálio. Mas hermosos son sus ojos que el vino, y sus dientes mas blancas que la leche.* Todo lo que sigue, aunque oscuro en sí, no debe dejarse pasar desapercibido á causa de su conjunto, pues demuestra toda la importancia que da el Profeta en este objeto en su sublime exaltacion. Judá desaparece y domina el Mesías, cuya vision absorbe el entusiasmo del anciano.

Hé aquí la profecía de Jacob.

Toda la antigüedad judáica se reasume en una sola voz para reconocer en ella al Mesías. Todo en ella es terminante, y son inútiles los comentarios. El objeto de la prediccion es idéntico al de las profecías anteriores: *la salvacion del mundo*, la conversion de todas las naciones al Dios verdadero. Pero ¡cuánto mas claros y explícitos son todos sus rasgos! — Esa posteridad, ese *semen*, que era colectivo y equívoco, se ha desprendido, precisado y personificado, y se ha convertido en Scilo, el Mesías, QUI MITTENDUS EST; la palabra hebrea tiene todos estos significados [1]. — En él, *semen* de Abrahan, de Israel y de Jacob; en él, *semen de la mujer*, todas las naciones serán *conducidas á la unidad de un solo rebaño;* él será *la expectacion de todas las gentes*. — Él, en fin, él, *Salvador* enviado de Dios, será tambien y particularmente *la expectacion* de Jacob: SALUTARE TUUM EXPECTABO, DOMINE [2]!

Pero no solamente son mas acabados los mismos rasgos que en las profecías anteriores, sino que se añaden otros nuevos no menos luminosos. — El principado, *el cetro*, en la tribu de Judá, HASTA QUE VENGA *(donec veniat)* aquel Mesías, *expectacion, centro de congregacion* y *salud* de todas las naciones; — y cuando haya venido, *este cetro perdido* para siempre. — ¡Qué precision tan luminosa!

Y ¡qué fiel cumplimiento! Todo el mundo sabe, en efecto, que la tribu de Judá tuvo siempre la preeminencia en el pueblo judío durante los tiempos antiguos; que tenia el privilegio de darle jefes, reyes, y en fin, mas tarde su nombre; y todo esto desde la bendicion

[1] Las tres paráfrasis caldáicas Onkelos, Jonathan y la de Jerusalen, aplican esta profecía al Mesías, al cual entienden por la palabra *Scilo;* — en el tratado *Bereschit Rabba*, se lee: *Hasta que venga* Scilo, *que es el* Mesías; — en el libro *Bereschit Ketzara*, sect. 79, se lee: *Hasta que venga* Scilo *porque ha de suceder que las naciones del siglo traerán presentes al* Mesías, *hijo de David;* — este es igualmente el modo de pensar del rabino Kimki, en su libro de las raíces de las palabras sobre Scilo, quien nos dice que es una profecía que habla del Mesías. — A estos pueden juntarse los RR. Isaac, Abrabanel, Salomon, Recchai, Lipman en su *Nitzacon;* el Talmud sobre el *Sanhedrin*, cap. II; el R. Isaac en su Escudo de la fe, part. 1, cap. 14; en una palabra, todo lo que hay de mas considerable en la antigüedad rabínica.

[2] Todos los antiguos judíos aplicaron igualmente al Mesías estas palabras de Jacob, y el autor de la paráfrasis caldáica, *Onkelos*, hasta le hace añadir que no espera la libertad de su pueblo de Gedeon ni de Sanson, sino del Cristo que le fue prometido.

de Jacob, bendicion tanto mas providencial y profética, cuanto no era natural, pues Judas no fue el primogénito [1].

No es menos incontestable que este cetro, siempre constante en Judá, se le quitó cuando el advenimiento de Jesucristo, con una coincidencia notable que justifica al pié de la letra el *donec veniat* de la profecía. — Todas las historias profanas atestiguan este hecho. — Por su supremacía se habian arrogado los romanos mas de un derecho; pero el pueblo judío tenia siempre su rey que era aliado de Augusto y que aun ejercia los derechos mas importantes de la soberanía. La primera usurpacion que cometió Augusto de estos derechos fue mandar hacer, en la época del nacimiento de Jesucristo, el censo de todos los habitantes de la Judea; pero no impuso ninguna contribucion. Cuando Herodes murió, encargó á Augusto la ejecucion de su testamento, no solamente en calidad de soberano, sino tambien en la de tutor poderoso, de quien sus hijos tenian efectivamente necesidad. Arquelao, hijo de Herodes, fue constituido por Augusto, no rey, sino monarca de una parte de la Judea, con formal promesa de honrarlo con el título de rey si se hacia digno de él. No lo fue nunca, en opinion de la política romana, antes al contrario, dentro de poco fue desterrado á Viena en las Galias. Desde entonces tuvo la Judea un procurador particular *(procurator)* que estaba sometido al gobernador de la Siria

[1] Cuando se trata de alguna preferencia ó de algun honor siempre es esta tribu la primera nombrada. — Es la primera en ofrecer los dones al Señor. (*Núm.* VII, 12). — Tiene su lugar señalado al Oriente del campamento, delante mismo de la puerta del tabernáculo. (*Núm.* II, 2 y 3). — Habiendo consultado todo el pueblo á Dios, despues de la muerte de Josué, sobre la eleccion de un nuevo jefe, el Señor señala á Judá.

Despues se confirió á esta tribu la autoridad real en la persona de David y sus descendientes; y David proclama que la superioridad de la tribu de Judá es mas antigua que la monarquía. *Dios, dice, escogió los gefes en Judá, y luego escogióme á mí de la casa de mi padre para hacerme rey.* (*Paral.* XXVIII, 4).

Durante el cautiverio una parte de esta tribu permaneció en Judea, y la otra, cautiva y todo, daba á *Daniel* y *Ezequiel* al pueblo judío, y tenia consigo á uno de sus reyes, *Joaquin*, á quien el sucesor de Nabucodonosor, *Evilmerodach*, hacia comer á su mesa, y *colocaba su trono sobre los de los demás príncipes tributarios suyos.* (IV Reg. XXV, 28).

En fin, despues de la vuelta del cautiverio, que se verificó mandando *Zorobabel*, de la tribu de Judá, gozó esta tribu de mas dominio que nunca, pues fue cási la única que sirvió de base y cimiento á la república. De ella salieron los magistrados, los senadores y los guerreros, y ella, en fin, fue la que dió su nombre á todas las demás tribus, conocidas en adelante todas juntas con el de *Judíos*.

(præses). Estos sucesos que acabaron con la nacionalidad judía y la convirtieron en una provincia romana [1], tuvieron lugar en los doce primeros años de la vida de Jesucristo. Una circunstancia de esta vida nos manifiesta la Judea *debiendo dar al César lo que es del César*, y en fin, el gran drama de su muerte ilumina el último aniquilamiento de la nacionalidad judía, que, á pesar de su odio contra él, *no tenia derecho para hacerlo morir*, y se vió obligada á hacer legalizar su deicidio por un romano. *Crucifige*, gritaban á Pilatos: palabra que reasume todo el cumplimiento de la profecía [2].

Hay todavía otra circunstancia que justifica dicho cumplimiento, y es la siguiente: *Ipsius erit congregatio gentium*. Anunciarla es justificarla. Todas las naciones civilizadas y bárbaras, errantes por espacio de cuatro mil años en las tinieblas de la idolatría, recibieron de repente la ley evangélica, y fraternizaron en el título universal de cristiano, mientras que la nacion judía se iba abismando cada vez mas hondamente.

Por consiguiente: *el cetro permaneció en Judá hasta* el advenimiento de Aquel que debia congregar y reunir á sí todas las naciones.

Este cetro le fue quitado para siempre desde el instante de este advenimiento.

Todas las naciones se convirtieron inmediatamente á la ley del Salvador.

Hé aquí la profecía, — hé aquí su cumplimiento. — Y sin embargo, los separan dos mil años. ¿No es esta una hermosa prueba?... pero prosigamos.

IV. El Mesías (Scilo), *expectacion* y *salvador* futuro de las naciones, es ya el objeto distinto de las profecías, el término de los destinos de Judá y la esperanza de Jacob. En adelante no lo perderémos ya mas de vista, y esta majestuosa figura resaltará cada vez mas bajo el pincel de los Profetas.

[1] Una sombra de rey, Herodes Agrippa, estuvo en el trono de Jerusalen nada mas que desde el año 38 al de 45.

[2] Despues de haber estado mucho tiempo los judíos haciéndose ilusiones sobre la destruccion de su nacionalidad, se vieron, por fin, obligados á reconocerla, y entonces se entregaron á la desesperacion al ver que no se cumplia la profecía, por no haber aparecido aun el Mesías, como ellos se lo figuraban: «Un dia, dice el Talmud, se oyó este grito: ¡Desdichados de nosotros, el cetro ha sido quitado á Judá!» *(Carta sobre Jesucristo*, por El. Rossignol, p. 189).

«Lo veré, exclama el primero que viene en seguida, mas no ahora; «lo miraré, mas no de cerca. De Jacob saldrá una estrella, y de «Israel se levantará una vara; y herirá á los caudillos de Moab, y «destruirá á *todos los hijos de Seth.*»

«Hé aquí lo que dice Balaam, hijo de Beor; hé aquí lo que dice «*un hombre cuyo ojo está cerrado, y que ve las visiones del Omnipotente,* «*y que cayendo tiene los ojos abiertos.*» (Núm. xxiv, 17).

No somos nosotros quien aplica al Mesías esta profecía: son los judíos desde mucho antes de la venida de Jesucristo. Las tres primeras paráfrasis caldáicas al principio, y en seguida cási todos los doctores judíos, convienen en esta interpretacion. Para comprender toda su fuerza es menester leer toda la profecía. Desde luego se ve la bendicion profética pronunciada sobre Israel, cási en los mismos términos que hemos oido en la profecía de Jacob: «Cuando se acuesta, dice, «duerme como un leon y una leona que nadie se atreve á despertar.» Se interrumpe en seguida la profecía, y Balaam *empieza á profetizar de nuevo*, y con mas energía exclama: *Lo veré*, etc... Y entonces no habla ya mas de Jacob y de Israel, sino de una *estrella que saldrá de Jacob*, y de una *vara que se levantará de Israel*, y que triunfará no solo de los caudillos de Moab, sino de *todos los hijos de Seth*, es decir, de *la generalidad de los hombres* [1], todo lo cual no puede referirse mas que á aquel de quien se habia dicho antes *que todos los pueblos de la tierra serian benditos en su persona*, y que *congregaria en sí á todas las naciones.*

Sobre estas palabras dice un doctor judío: «*Nuestros doctores* las «explican así: Traspasará las extremidades de Moab, esto es, exce- «derá á David, y destruirá todos los hijos de Seth, lo cual pertenece «al *Mesías;* y esto debe ser *necesariamente* verdadero, pues David no «reinó nunca sobre todos los hijos de Seth. Por otra parte, ninguno «de los reyes de Israel tuvo el imperio universal del mundo, es decir, «ninguno ha sido rey de todos los hijos de Seth [2].»

[1] Como si dijera de todos los hijos de *Adan*, pues *Seth* fue el único de sus hijos cuya posteridad constituyó despues, por medio de Noé, toda la especie humana.

[2] Véase la *Disertacion sobre el Mesías*, por Jacquelot, p. 100, en la que hay otras muchas citas rabínicas.

Nos parece que no es necesario aplicar la conquista de Moab á David, como hacen los doctores judíos, y romper así la unidad de esta profecía. Mas natural es aplicarla toda al Mesías y ver en ella una progresion de la dominacion de Jesucristo que decia despues á sus Apóstoles: *Vosotros me seréis testigos*

Además, el profeta Balaam, como se sabe, vivia entre las naciones idólatras, y algunos han creido que estas habian sido instruidas por él en la venida del Mesías, debiéndose á esta circunstancia el haberse arraigado en todo el Oriente aquella antigua y general opinion, de que hablan Tácito y Suetonio, que *de la Judea saldria el Dominador universal;* palabras que coinciden, en efecto, con los términos de la profecía de Balaam.

Lo que sí es incontestable es que á la época del advenimiento de Jesucristo, toda la Judea, preocupada por esta profecía, tenia la vista fija en el horizonte de los acontecimientos para ver cuándo se levantaria aquella *Estrella de Jacob*, y leemos en Josefo y en el Talmud que el crédito pasajero de *Barkochebas*, aquel supuesto Mesías cuyo fanatismo concitó los últimos golpes dados por Adriano á los judíos, procedia en gran parte de la significacion de su nombre, que quiere decir *hijo de la Estrella*, y del partido que de esto habia sacado para aplicarse la profecía de Balaam.

Todas estas interpretaciones y conformidades tomadas de autores y escritos libres de toda preocupacion cristiana, aumentan la importancia de esta profecía y la colocan en un rango importante en esa larga cadena, por medio de la cual vamos descendiendo desde el orígen del mundo hasta Jesucristo.

V. Pero hé aquí que el historiador de todas las profecías que preceden, el autor del Pentateuco, el libertador y legislador de los hebreos, el ministro de la primera alianza, Moisés, antes de dejar para siempre el pueblo que habia formado, va tambien y en su propio nombre á deponer en favor de Jesucristo, y á resignarle con anticipacion todos sus poderes.

Moisés es indudablemente el mas grande de todos los caudillos, y hasta puede decirse el único caudillo del pueblo judío. Lo que principalmente lo distingue es que fue su libertador, su fundador, y que de una familia formó un gran pueblo. Solamente desde él y por sus manos recibió este pueblo forma y vida, y las recibió tan poderosas que nada pudo borrar la impresion que dejó. Todos los caudillos que le sucedieron solo tuvieron autoridad en virtud de la ley que él habia dado, y para hacerla respetar; de modo que fue él quien siguió mandando en ellos, como Dios habia mandado en él, y *los hijos de Israel les obedecieron, en Jerusalen, y en toda la Judea, y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra.* (Hechos de los Apóstoles, 1, 8).

haciendo lo que Dios habia mandado á Moises. (Deuter. xxxiv, 9 .

Por esto el mismo pueblo judío selló el libro de Moisés con estas palabras, que consagran su incomparable superioridad : — «Y de allí «adelante no se levantó en Israel un profeta SEMEJANTE á Moisés, á «quien el Señor hablase cara á cara, — en toda suerte de señales y «portentos, como los que por su mision hizo en tierra de Egipto á Fa- «raon, — y toda mano robusta y grandes maravillas, que hizo Moi- «sés á vista de todo Israel.» (Deuter. xxxiv, 10, 11 y 12).

Añadamos, en fin, que el mismo Moisés, lleno de la majestad de su mision, le daba toda esta importancia, y habia comprometido todas las futuras generaciones del pueblo judío á su ley, por medio de las mas formidables maldiciones contra los infractores.

Sin embargo, bé aquí que él mismo anuncia á los israelitas la venida de un nuevo legislador :

— «El Señor tu Dios, dice, *levantará* para tí de tu nacion y de en- «tre tus hermanos *un profeta* como yo : á él oirás.

«Segun demandaste al Señor Dios tuyo en Horeb, cuando se con- «gregó el pueblo, y dijiste : No oiré de aquí adelante la voz del Se- «ñor Dios mio, ni veré ya mas este grandísimo fuego, porque no «muera.

«Y el Señor me dijo : Bien han hablado en todo. *Levantaré para «ellos un profeta de en medio de sus hermanos,* SEMEJANTE Á TÍ : y pon- «dré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le man- «dare. - Mas el que no quisiere oir las palabras que hablará en mi «nombre, experimentará mi venganza.» (Deuter. xviii, 15-19).

Estas palabras no tienen significacion alguna si no se aplican á *Aquel que debia ser enviado, al Mesías*, objeto de las profecías anteriores que el mismo Moisés habia consignado por escrito.

Ya hemos dicho que lo que distingue á Moisés es su calidad de *legislador*, acompañada del don extraordinario de milagros. Además, él de ordinario no profetizaba, excepto en la profecía que estamos examinando. Solamente, pues, en esta calidad de *legislador taumaturgo*, distintiva y hasta cierto punto exclusiva de él, era posible parecérsele, y un profeta *semejante á el* no podia entenderse comunmente de un nuevo profeta, sino de un *legislador como el*.

Esta calidad de *legislador* es particularmente el objeto de la semejanza en la profecía en cuestion, pues se dice que aquel profeta *semejante* á Moisés es prometido al pueblo judío, *segun la demanda que este pueblo hizo al Señor en Horeb* donde se dió *la ley* , *diciendo : No oiré*

de aquí adelante la voz del Señor Dios mio, ni veré ya mas este grandísimo fuego, porque no muera. Este *motivo* de la demanda es la razon de la promesa, é ilustra vivamente *su objeto*, que no puede ser sino una nueva manera de revelacion, una nueva ley y un nuevo mediador de esa nueva alianza mas suave que la antigua. Por esto se dice, hablando de aquel profeta *semejante á Moisés:* A ÉL OIRÁS. Lo oirás, pues ¿en qué? ¿en sus predicciones? no, en sus MANDAMIENTOS; pues, se dice en seguida, *yo pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le* MANDARE; *y el que no quiera oir las palabras que este profeta* HABLARÁ EN MI NOMBRE, *experimentará mi venganza.*

Por este medio se nos descubre manifiestamente otra circunstancia, y es que si ese profeta futuro, de quien se habla, es *semejante á Moisés* en su calidad de legislador ó ministro de la alianza de Dios con los hombres, le es muy *superior* por el ejercicio de esta calidad y las circunstancias de esta alianza; porque en vez de que en la promulgacion hecha sobre el monte *Horeb*, la voz de Dios se hizo oir claramente, no dejando á Moisés mas que el cuidado de recordar y conservar sus mandamientos; en la nueva alianza Dios se servirá de la misma boca de su profeta para hablar á los hombres. La palabra misma de Dios entrará y habitará en ese nuevo profeta *suscitado de entre los hombres*, pero al mismo tiempo *Verbo de Dios*. Estas dos cosas separadas en la antigua alianza, en la que Dios estaba de un lado y de otro su servidor Moisés, serán reunidas en la alianza nueva á la mayor gloria de ese *nuevo profeta*, en el cual la temible palabra del Sinai entrará para suavizarse y ponerse al alcance del hombre, así como á la mayor gloria y á la mas perfecta paz del hombre, al que se dignará Dios hablar como un hombre á otro hombre, y conversar como un amigo con otro [1].

[1] Para comprender toda la exactitud de esta aplicacion, debe tenerse presente que las dos naturalezas de *Hombre* y de *Verbo de Dios* estaban en Jesucristo *unidas*, pero no *confundidas;* y así como *Hombre*, y aun como *Verbo*, Hijo de Dios, distinto en *persona*, aunque unido en *esencia* con Dios *Padre*, podia decir, y decia en efecto: «Mi doctrina no es mia, sino de Aquel que me «ha enviado. (Joan. VII, 16). Yo os digo lo que oí en mi Padre. (Joan. VIII, «38). Yo no he hablado por mí mismo; mas el padre que me envió, él me dió «mandamiento de lo que tengo de decir y de lo que tengo de hablar. De la «misma manera que mi Padre me habló, así lo hablo.» (Joan. XII, 40 y 50). — Lenguaje que concuerda perfectamente con el de nuestra profecía: «Pondré «mis palabras en su boca, y él os hablará todo lo que yo le hubiere mandado... «A él debeis escuchar;» (Deut. XVIII, 15-18) y con la investidura que recibió Jesucristo en el Tabor (donde apareció el mismo Moisés para atestiguar el cumplimiento de su profecía) cuando se oyó una voz del cielo que decia: *Este*

A esto precisamente se refieren las otras profecías que vienen como por sí mismas á colocarse á continuacion:

«Por esto sabrá mi pueblo mi nombre en aquel dia; porque en-«tonces diré: Yo EL MISMO QUE HABLABA, VEDME AQUÍ PRESENTE.» (Isaías, LII, 6).

—«¿Quién subió al cielo para ir á recibir la sabiduría y hacerla «descender de lo alto de las nubes?... El que todo lo sabe, la cono-«ce... Este es nuestro Dios... que encontró el *camino* de la verdad, «y *la entregó sobre el monte Horeb* á Jacob su servidor y á Israel su «muy amado. *Despues de esto*, FUE VISTO EN LA TIERRA Y CONVERSÓ «CON LOS HOMBRES.» (Baruch, III, *in fine*).

Hé aquí la nueva *alianza* y el profeta *semejante á Moisés* como *mediador* de la alianza, pero *mas grande que él* como mediador de una alianza mas perfecta y mas íntima: será el mismo Dios, y no su terrible voz cercada de rayos y truenos, sino hecho visible, hecho hombre, y conversando con los hombres como lo podria hacer uno de ellos.

Otra profecía lo dice expresamente:

«Hé aquí que vendrá el tiempo, dice el Señor, y haré *nueva alianza* «con la casa de Israel y con la casa de Judá: no *segun el pacto* que «hice con sus padres, en el dia que los tomé de la mano para sacarlos «de la tierra de Egipto: pacto que invalidaron, y yo les hice sentir «mi poder, dice el Señor. Mas hé aquí el pacto que haré con la casa «de Israel cuando hayan llegado aquellos dias: pondré mi ley en las «entrañas de ellos, y la escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios, «y ellos serán mi pueblo.» (Jeremías, XXXI, 31, 32 y 33).

Podríamos multiplicar las citas de profecías semejantes, pero basta con estas para hacer ver que la alianza hecha por Dios con el pueblo judío en el monte Horeb, por el ministerio de Moisés, debia ser sustituida por otra alianza mas definitiva y mas perfecta. Se halla claramente predicho y consignado en los Libros santos que esta alianza exigia un nuevo Mediador, un nuevo Moisés, en quien y por quien se uniria Dios á los hombres de una manera mas misericordiosa y mas íntima, y Moisés designa á este futuro Mediador cuando dice: *El Señor tu Dios levantará para tí de tu nacion y de entre tus hermanos* UN PROFETA COMO YO: *á él oirás, etc.*

es mi Hijo muy amado, en el cual he puesto mis complacencias; escuchadle: IPSUM AUDITE, (Matth. XVII, 5). IPSUM AUDIES, habia dicho la profecía... (Deut. XVIII, 15). El cumplimiento y la promesa se parecen aquí como dos ecos de una misma voz.

¿Quién es este profeta? Evidentemente ninguno de los del antiguo Testamento; pues ninguno pretendió pasar por legislador como Moisés, y *nunca hubo en Israel profeta semejante á Moisés*, dice el sagrado texto (Deuter. XXXIV, 9). Al contrario, todos los profetas exhortaron á Israel á la observancia de la ley de Moisés mientras se esperaba la nueva ley que ellos no hacian mas que anunciar; y es de notar tambien que el último de los profetas concluye su prediccion diciendo: *Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, que le encomendé en Horeb para todo Israel.* (Malaquías, IV, 4). — ¿Quién es pues, repetimos, ese profeta que debia traer *una ley superior á la del monte Horeb*, sino aquel de quien hablan las anteriores profecías, el Mesías, que debia ser *sacado de entre los judíos sus hermanos*, nuestro salvador JESUCRISTO, del cual decian estos: *Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo* (Luc. VII, 16); Jesucristo autor del Evangelio, que puso fin á la ley de justicia inaugurando la ley de gracia; Jesucristo, *á quien el mismo Dios ha vengado contra la nacion que lo despreció;* Jesucristo, en fin, que, aplicándose á sí mismo la profecía, decia á esta nacion infiel: «No penseis que yo os he «de acusar delante de mi Padre: otro hay que os acusa, Moisés, en «quien vosotros esperais. Porque *si creyéseis á Moisés, tambien me «creeríais á mí;* PUES ÉL ESCRIBIÓ DE MÍ.» — *Nolite putare quia ego accusaturus sim vos apud Patrem: est qui accusat vos, Moyses, in quo vos speratis. Si enim crederitis Moysi, crederitis forsitan et mihi:* DE ME ENIM ILLE SCRIPSIT. (Joan, V, 46).

¡Cuán convincente es toda esta conformidad! Indudablemente, para conocer toda su exactitud, es necesario entregarse al exámen, á cierta confrontacion; pero en todo este trabajo no hay nada que no sea sencillo y natural; se hace en cierta manera por sí mismo, y sus elementos se hallan tan bien ordenados, los unos respecto de los otros y todos respecto del mismo resultado, que basta no oponerse á él para que se ofrezca espontáneamente al investigador.

VI. Siguiendo el órden de los tiempos, hemos visto que las predicciones van precisándose y concentrándose cada vez mas en Jesucristo. — Al principio no dicen sino que aquel libertador que debe derramar las bendiciones de Dios sobre todos los pueblos de la tierra, saldrá de la especie humana, y propiamente hablando, de la mujer, de una manera particular; — en seguida de la estirpe de Abrahan con exclusion de todas las demás naciones; — y despues de la tribu de Judá

con preferencia á todas las otras tribus: concordancia siempre mas admirable de singularidad, pues ninguna otra nacion mas que la judía, ninguna otra tribu mas que la de Judá pretendió dar al mundo este Salvador, y todas lo esperaron de la Judea, y en la Judea de la tribu de Judá, de donde salió efectivamente, en el momento preciso en que esta tribu *perdió el cetro* de su nacion, que habia conservado hasta entonces.

Pero hay otra cosa mas notable todavía: la *familia* de entre todas las familias de la tribu de Judá, la familia de la cual debia salir particularmente el Mesías, se halla tan claramente designada como la tribu, la nacion y la especie.

Todas las profecías subsiguientes convienen en anunciar que la *familia de David* debia dar al mundo el Salvador: *y de la familia de David salió en efecto* [1].

[1] Véanse las dos genealogías de Jesucristo en el Evangelio: la primera (en san Mateo) por José, esposo de María, y la segunda (en san Lucas) por María, madre de Jesucristo. En la primera no se considera á José como Padre de Jesucristo, supuesto que de hecho no lo era, y los mismos genealogistas lo declaran, sino como *pariente* de la santa Vírgen, pues era costumbre que la mujer casara con pariente, y que la genealogía, *aun la de la mujer*, se contase por el marido, como el mas noble representante del parentesco comun á ambos. — Por esto san Mateo al consignar la genealogía de José consigna al mismo tiempo la de María respectivamente á sus ascendientes comunes; y recíprocamente san Lucas, al dar la genealogía de María da de la misma manera la de José, ó mas bien ambas sirven para justificar con doble prueba que Jesucristo, *por María*, descendia de David, puesto que esta descendencia no solo está probada directamente por María, sino tambien indirectamente por su *pariente*, José. Todo esto se ve manifiestamente al observar que las dos ramas genealógicas se juntan primero en *Zorobabel*, y se confunden en *David*, la una por Salomon, su primogénito, y la otra por Natan, su hijo segundo. —

Queda una ligera dificultad: hemos dicho que san Lucas da la genealogía directa de María, y que san Mateo la da por José. Sin embargo, se dirá quizás, una y otra no hablan mas que de *José*. Es verdad; pero en san Mateo, José figura en su nombre y como *hijo de Jacob*, mientras que en san Lucas, figura en nombre de María y como *hijo de Helí*, lo cual debe necesariamente querer decir aquí, *hijo por alianza*, ó bien *yerno de Helí*, supuesto que *Helí* ó *Joaquin* era, como es sabido, padre de la santísima Vírgen. De modo que, si en esta segunda genealogía, en lugar de José leeis María, veréis que en todo lo demás es la línea propia de María.

Hé aquí la clave de las dos genealogías y de sus aparentes oposiciones. Desde que se toma en la mano esta clave, nada hay mas sencillo. Por otra parte era muy difícil que los Evangelistas se equivocasen tan torpemente como hacen creer las primeras apariencias. Aquella manera de contar debió ser muy

Los sagrados cánticos de este gran Rey resuenan desde el principio al fin con esta profética esperanza, y encierran las mas sublimes circunstancias de aquel reinado eterno de *su hijo*, que es al mismo tiempo *Señor suyo*, y al cual se dieron *todas las naciones* en patrimonio. A pesar de esto no queremos citarlos, porque el estilo lírico y figurado en que están escritos les quita ese carácter preciso y decisivo, necesario para tratar con la incredulidad.

Pero hay otros Profetas que hablarán por él:

—«*Saldrá una vara de la raíz de Jesé* (Jesé era padre de David), «dice Isaías, que escribia mucho tiempo despues del reinado de Da«vid y de Salomon, y de su raíz subirá una flor, y se parará sobre «él el espíritu del Señor... Juzgará á los pobres con justicia, y re«prenderá con equidad en defensa de los mansos de la tierra; y he«rirá á la tierra con la vara de su boca, y con el soplo de sus labios «matará al impío... En aquel dia *la raíz de Jesé* será expuesta como «un estandarte *delante de todos los pueblos*, y las naciones *la invoca«rán.*» (Isaías, XI).

—«Mirad que vienen los dias, dice el Señor por boca de Jeremías, «en que cumpliré las palabras favorables que dí *á la casa de Israel*, «—*á la casa de Judá.*—En aquel dia, en aquel tiempo, haré *germi«nar de David un pimpollo de justicia*... y este es el nombre que le da«rán: *El Señor* (Jehovah), que es nuestro *Justo.*» (Jeremías, XXIII).

No se puede desear nada mas completo y preciso á la vez que esta profecía. En ella está indicado el término final á que se dirigen las primitivas promesas. Renuévanse estas promesas en todo lo que tienen relativo *á la casa de Israel* (Israel era el sobrenombre de Jacob), es decir, á la nacion judía en general, y luego *á la casa de Judá* en particular. Estas promesas se adelantan mas todavía, pues precisan, en la casa de Judá, la *familia* de la cual debe salir aquel que es todo su objeto; y Jeremías nos dice que de *la familia de David* (aquella fami-

común, porque las familias se conocian entre sí y daban gran valor á su genealogía para que pudiera alterarse, mucho mas en una época en que el censo general que se acababa de hacer, habia llamado y fijado la atencion de todos sobre el particular.

Además, se le daba á Jesucristo tan públicamente la cualidad de *hijo de David*, que la hallamos consignada no solo en el Evangelio, sino en los escritos de muchos herejes, como Cerinto, los carpocracianos, los ebionitas, y otros, aun cuando negaban que habia nacido de una vírgen. Y, lo que es mas aun, es que el mismo *Talmud* lo consigna formalmente (Véase la refutacion del *Munimen fidei*, por Gousset, 1.ª part. cap. 1, núm. 3).

lia de la cual ya nos habia dicho Isaías: *Una vara saldrá de Jesé) germinará aquel pimpollo de justicia* que al mismo tiempo que será hijo de David, de Judá y de Israel, hijo del hombre, y propiamente hablando *de la mujer*, será tambien Hijo de Dios, Dios mismo, pues su nombre será *Jehovah, nuestro Justo.* YEHOVAH TSIDKENOU [1].

VII. Podríamos citar otras muchísimas profecías, de las cuales resulta que el Mesías debe ser á la vez *hijo de David*, é *Hijo de Dios*. Por otra parte, nada hay mas formalmente reconocido por los antiguos intérpretes judíos. Pero lo que importa notar ahora es que hay otras profecías no menos positivas, en las que se dice que ese *Dios salvador, hijo de David,* debia ser asimismo hijo de una *vírgen.*

Esta creencia se hallaba generalmente acreditada en las tradiciones universales. En nuestro *Estudio acerca de la esperanza del Libertador* hemos colocado este hecho fuera de toda duda. Particularmente en la nacion judía, este nacimiento milagroso era el carácter distintivo del *Mesías;* por esto, cuando *Simon Mago* concibió la sacrílega pretension de rivalizar con Jesucristo, tuvo cuidado de darse por madre una *vírgen* [2]. En fin, desde el primer momento de su predicacion, publicaron los Apóstoles, y los Evangelistas consignaron, que Jesucristo habia nacido de una madre *vírgen.*

Desde los tiempos mas antiguos se habia predicho lo mismo.

En la primera de todas las profecías se dice, como hemos visto ya, que el *semen mulieris* será quien quebrante la cabeza de la serpiente; lo cual entendieron los *Setenta* de una manera tan propia y exclusiva, que identificaron este *semen* de la mujer con la mujer misma, haciendo referir á ella el verbo *conteret;* IPSA CONTERET CAPUT (traduccion literal de los *Setenta*), violentando con ello la letra del texto para atender á su verdadero espíritu.

Pero esta profecía debia ser mas explícita; y como aquellas aguas,

[1] Las paráfrasis caldáicas y todos los rabinos judíos posteriores entienden esta profecía de la filiacion *humana* y *divina* del *Mesías* absolutamente como nosotros. Pueden verse numerosas citas de ellos en la 2.ª *Carta de un rabino convertido*, p. 125 y sig. — Lo mas sorprendente y no menos incontestable es que las antiguas paráfrasis caldáicas, especialmente la de Jonatan ben-Huzzel, lo mismo que muchos otros comentaristas judíos, dicen formalmente que está predicho que el Mesías será el *Verbo de Jehovah*, y justifican esta interpretacion con el significado de las palabras hebreas empleadas en el texto. Véase tambien la 2.ª *Carta de un rabino convertido*, p. 144 y sig.

[2] San Clem., *in recogn.*, lib. 2, cap. 14.

turbias todavía, que, despues de haberse dejado ver por un momento sobre la superficie de la tierra, se infiltran en ella para reaparecer en una gran distancia vivas y cristalinas, la vemos surgir de repente en aquel célebre pasaje de Isaías, en que se encuentran á la vez la filiacion *natural* del Mesías de *la casa de David*, —su nacimiento *sobrenatural* como hijo de una *vírgen*, —y su filiacion divina como hijo de *Dios*.

«Oid pues, *casa de David*: ¿Por ventura os parece poco el ser moles«tos á los hombres, sino que tambien lo sois á mi Dios? — Por esto «el mismo Señor os dará una señal: Hé aquí que *la vírgen* [1] conce«birá y parirá un hijo, y será llamado *Emmanuel* (Dios con nosotros).» (Isaías, VII, 14).

— «El pueblo que caminaba por las tinieblas, vió una gran luz, y «amaneció el dia para los que moraban en la region de las sombras «de la muerte.

«Se alegrarán como los que se alegran en la siega, *cuando tú ha«yas venido*, y como se regocijan los vencedores con la presa que co«gieron, al repartirse los despojos.

«PORQUE HA NACIDO UN PEQUEÑO INFANTE PARA NOSOTROS, y un hijo «se ha dado á nosotros [2]. Sobre su hombro ha sido puesto el princi«pado, y será llamado *Admirable* [3], *Consejero*, DIOS FUERTE, *Padre «de la eternidad, Príncipe de paz*.

«Su imperio *se irá extendiendo siempre*, y la paz que establecerá so–

[1] El latin dice: *Ecce virgo concipiet;* pero como en el latin no hay artículos, no se sabria si se ha de traducir *la vírgen* ó *una vírgen*. Las traducciones modernas hechas con solo el texto latino traen *una vírgen;* pero el texto griego de los *Setenta*, que reproduce fielmente el hebreo, dice *la vírgen*. San Juan Crisóstomo hace aquí la siguiente reflexion: «El texto no dice solamente *Hé «aquí que* UNA VÍRGEN, sino *Hé aquí que* LA VÍRGEN, con el artículo; una vír«gen famosa y única, la que nos habia sido anunciada.»

[2] El profeta habla aquí en *pretérito*, y sin embargo se trata de un acontecimiento *futuro*. Este modo de hablar se encuentra con frecuencia en los Profetas, pero nada se puede inferir de él contra la realidad de la prediccion, cuando esta se manifiesta en el conjunto de sus palabras. Al contrario, el buen gusto enseña que este es un carácter inimitable de la verdadera inspiracion. Arrebatados los Profetas en alas del Espíritu Santo, ven aquello de que están hablando á la luz de Dios, que no tiene mañana ni ocaso, y en cuyo derredor el dia es eterno. Esta manera de expresarse importa además un distintivo grande de certidumbre. ¿Cómo es posible dudar de una cosa que el Profeta ve ya y que os la refiere como cumplida?

[3] Ó mas bien *milagro* (PÉLÉ), dice Mr. Drach.

«bre el solio de David *no tendrá fin;* poseerá su reino para afirmarlo «y consolidarlo en juicio y en justicia desde entonces *para siempre.*» (Isaías, IX, 2, 3 y 6).

Algunos rabinos modernos, preocupados por la aplicacion que hacian los cristianos de esta profecía al nacimiento milagroso de Jesús, intentaron alterar su sentido aplicándola ya al hijo de Isaías, ya al rey Ezequías; pero todos sus esfuerzos fueron vanos. — Esta profecía consta de dos partes, la primera: *He aquí que la vírgen concebirá*, c. VII; y la segunda: *Ha nacido para nosotros un pequeño infante*, c. IX. — Ambas partes están enlazadas entre sí por un mismo objeto, *el nacimiento de un infante*, y de un *Infante-Dios;* pues en la primera parte es llamado *Dios-con-nosotros*, y en la segunda *Dios-fuerte*. De modo que, segun opinion de todos los comentadores rabínicos, la segunda parte no es mas que una extension de la primera. — ¿Cómo podian aplicarse á un niño ó á un hombre ordinario, como el hijo de Isaías ó bien de Ezequías, aquellas expresiones: *Admirable, Consejero, Dios fuerte, Príncipe de la paz, su imperio se extenderá desde entonces para siempre, y la paz que establecerá no tendrá fin?* — El valor de todas estas expresiones que apuran el lenguaje de la admiracion mas entusiasta, y que serian sacrílegas y blasfemas si prodigasen así á un simple mortal *el nombre incomunicable;* el valor, decimos, de todas estas expresiones prohibe su aplicacion á cualquier otro que no fuese aquel que las anteriores profecías nos acostumbraron ya á mirar como al Hijo de Dios, *Jehovah nuestro justo, — á quien todas las naciones invocarán*, etc., en una palabra, el *Mesías*.

Esto es lo que afirman sin vacilar las mas antiguas tradiciones judáicas, como la paráfrasis caldáica de Jonathan-ben-Huzzel, — el Medrasch-rabba, sect. *debarim*, fol. 287, col. 3, — el libro *Ben-Cira*, fol. 41 vuelta, edicion de Amsterdam, 1760, y los cabalistas. Todos entienden que esta profecía habla del *Mesías*.

«Pero lo que yo mas admiro, dice el ilustrado Mr. Drach, de quien «tomamos estas observaciones, es la confesion arrancada al R. Da«vid Kimhhi por la fuerza de la verdad. Este rabino, cuyos penosos «esfuerzos para defenderse contra la importuna claridad del texto le «producen una especie de fatiga mortal, arrastra su explicacion co«mo por los cabellos al través de tres capítulos. En el último versí«culo, al cual nos parece verlo llegar todo ensangrentado, el autor «lo abandona, y acaba por reconocer en nuestra profecía la predic«cion *de los tiempos del Rey-Mesías*. Diríase que, agotadas todas sus

«fuerzas y sucumbiendo bajo el peso de la verdad, se deja caer de «rodillas, confiesa al fin lo que antes se empeñó en negar, y arroja «un prolongado suspiro [1].»

Con razon, pues, refiriendo el primer evangelista, san Mateo, la concepcion milagrosa de Jesucristo, la aplica á nuestra profecía. «Mas «todo esto fue hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el «Profeta, que dice: *He aquí la Virgen concebirá y parirá un hijo, «y lo llamarán* EMMANUEL, *que quiere decir* DIOS-CON-NOSOTROS.» (Mat. I, 22 [2]).

VIII. Pero la mejor explicacion de las profecías se encuentra en las profecías mismas; se corroboran recíprocamente por medio de concordancias y relaciones que atestiguan la grande unidad de su orígen y de su objeto. Al añadir una nueva circunstancia, cada una acepta las circunstancias ya adelantadas por las otras, y las enlaza como en un solo tejido.

La profecía siguiente, que leemos en Miqueas, confirma esta verdad:

«*Y tú*, BELEN, Ephrata, pequeña eres entre las mil ciudades de «Judá: *de tí*, sin embargo, *saldrá el que sea* DOMINADOR en Israel, aquel «*cuya generacion es desde el principio y desde los dias de la eternidad.*

«Por esto los abandonará HASTA EL TIEMPO EN QUE PARIRÁ AQUELLA «QUE HA DE PARIR, y entonces las reliquias de sus hermanos se reu«nirán con los hijos de Israel.

«Y él estará firme y pastoreará en la fortaleza del Señor, en la su«blimidad del nombre del Señor su Dios, y se convertirán todos, por«que desde luego será engrandecido hasta los términos de la tierra.

«Y él será su paz.» (Miqueas, v, 2, 3, 4 y 5).

Esta profecía, tan poco citada por entero, es admirable.

Las primeras palabras: *y tú, Belen*, etc., son pasmosas. ¡Qué! no solamente se designa la raza, la tribu, la familia, sino la ciudad, ¿qué decimos? ¡el lugar, y hasta el establo de *Belen*, la mas pequeña entre mil!

Por lo que respecta á la realidad del suceso (el nacimiento de Jesús

[1] *Carta de un rabino convertido*, p. 111.

[2] El uso que san Mateo (escribiendo en hebreo en medio de la nacion judía) hizo de esta profecía es una grande garantía del significado de las palabras que la constituyen en el sentido favorable á nuestra fe, que, como ya hemos visto, es por otra parte el de las antiguas tradiciones judáicas, que han permanecido fuera del cristianismo.

en Belen), no cabe duda alguna: no citarémos solamente los Evangelios que lo refieren, sino *la notoriedad* que san Justino, en el siglo II, invocaba sin que nadie lo contradijera, y los registros del estado civil de la Judea, conservados en los archivos de Roma. — «Belen, decia á los paganos, es un lugar de la Judea situado á treinta «y cinco estadios de Jerusalen: en él nació el Cristo, y podeis cer«cioraros de este hecho por medio de las tablas del censo que formó «en Judea Quirino, *el primero de los prefectos* de esta provincia [1].» — Mas adelante Orígenes decia tambien á Celso: «Si hay alguno á «quien no persuada la historia de Jesús escrita por sus discípulos, y «necesita otras pruebas del nacimiento de Jesús en Belen, no tiene «mas que fijar la atencion en que *todavía se enseña* la gruta en que «nació, y en esta gruta el pesebre en que fue envuelto en pañales, «todo conforme al relato del Evangelio. Hay una tradicion local *(los «enemigos de nuestra fe convienen en ello)* de que en esa gruta nació «Jesús, el objeto de la admiracion y adoracion de los cristianos [2].» — La certidumbre de este suceso se halla, pues, tan bien probada como la singularidad de la profecía, y su concordancia es verdaderamente prodigiosa.

La cualidad de *Hijo de Dios* resulta en seguida de estas palabras: «De tí (Belen) saldrá el que sea Dominador en Israel, aquel cuya GE«NERACION ES DESDE EL PRINCIPIO Y DESDE LOS DIAS DE LA ETERNIDAD.»

Luego estas otras palabras: «Por esto los abandonará HASTA EL «TIEMPO EN QUE PARIRÁ AQUELLA QUE HA DE PARIR,» son una verdadera alusion al pasaje citado de Isaías: *He aquí que la Virgen concebirá y parirá un hijo*, etc., y confirman la aplicacion que de él hemos hecho al Mesías. Las extraordinarias calificaciones que de una y otra parte se dan *á Aquel que debe ser concebido*, son demasiado sinónimas para que no sea uno mismo el personaje á quien se dirigen: *el Niño-Dios*. Nos acabarémos de convencer de ello, cuando sepamos (lo cual ha sido generalmente notado) que Miqueas va siguiendo los pasos de Isaías hasta repetirlo palabra por palabra, como se ve en el capítulo precedente á la profecía que estamos examinando. Esta profecía tiene por objeto al Mesías, conviniendo en ello hasta el mismo *Talmud* [3].

[1] San Justin., Apolog., núm. 74. — Estas palabras, *el primero de los prefectos*, confirman lo que dijimos en otra parte, de que *Judá perdió su cetro* en la época del nacimiento de Jesucristo.

[2] *Orig. contra Cels.*, lib. 1, núm. 51.

[3] *Tratado sanhedrin.*, p. 98.

Por consiguiente, lo mismo podrá decirse de la profecía de Isaías, de la cual no es mas que una reproduccion aumentada con algunas circunstancias. Debe decirse tambien que este giro alusivo de la profecía de Miqueas: *hasta que parirá* Aquella que ha de parir, imprime al suceso un carácter solemne que acrece mas aun la idea del prodigio resultante ya de la profecía de Isaías.

No deja tambien de ser interesante observar lo feliz y asombrosa que es la designacion de la pequeña ciudad de *Belen*, y la *concepcion milagrosa* que debe hacer nacer en ella al *Dominador*, cuya *generacion es desde el principio y desde los dias de la eternidad.*

Finalmente, para que no sea posible equivocarse, la profecía se termina pintando de una manera sublime el extravío de los gentiles (tan propiamente llamados *las reliquias de sus hermanos*) hasta el advenimiento del Mesías, — su conversion en verdaderos hijos de Israel, núcleo de la nueva fe, — el majestuoso poder de aquel reino del Dominador que se extenderá hasta las extremidades de la tierra, — su gloria y nuestra paz, ET ERIT ISTE PAX; último rasgo que viene á cernerse felizmente sobre la idea de *Belen*, de *Virgen* y de *Niño-Dios*, como el preludio de aquellos celestiales cánticos que el mundo iba á oir: *Gloria in altissimis Deo*, ET IN TERRA PAX *hominibus bonæ voluntatis.* (Luc. II, 14).

IX. Esta pintura de *la conversion de los gentiles*, de la destruccion del paganismo y del retorno á la adoracion del Dios verdadero por todas las naciones, constituye la esencia y como el horizonte de todas las profecías. Pueden reconocerse fácilmente por este distintivo que les es comun á todas. Este es el gran fin á que van á parar y confundirse, cualquiera que sea la circunstancia particular que las distingue. Otro cuadro correlativo al de la conversion de los gentiles, y que es como su reverso, es el de *la reprobacion de los judíos*, infieles y ciegos á la luz que sale de su nacion. Esta luz, que ilumina á unos y ciega á otros, está siempre personificada en un mismo objeto: el Mesías, el Salvador, de quien tantas veces hemos hablado ya.

Nunca os exhortaríamos bastante á meditar sobre todo cuanto habia de inverosímil é increible en esta doble revolucion, y hasta de contradictorio con el estado del mundo antiguo, y del pueblo judío en particular, relativamente á los demás pueblos. A un tiempo dado todos aquellos pueblos tan extraviados, tan perdidos, tan divididos hacia cuarenta siglos por los caminos de la idolatría, son llamados, reuni-

dos, *unificados* en la sublime santidad de una sola ley divina, y el pueblo que habia sido el depositario de la promesa de esta ley, el único pueblo que en la antigüedad habia escapado á la idolatría, es precisamente el único excluido de aquella bendicion universal que habia salido de su seno. Este suceso trastorna todas las ideas, y únicamente el hábito puede impedir que de continuo lo admiremos. Solo el insensato puede dudar del hecho en sí mismo; solo el sofista puede intentar explicarlo por medios naturales.

Tenemos, pues, un acontecimiento que fue pronosticado mucho antes de su realizacion y en un estado de cosas diametralmente inverso, cuando toda la tierra era *idólatra* y el pueblo judío era el *pueblo de Dios;* y pronosticado no una sola vez, sino mil; no vagamente y aquí y allá, sino de la manera mas expresiva, y de un modo siempre constante.

En su apoyo citarémos nuevos ejemplos, y los citarémos sin comparaciones ni comentarios.

—«Vision profética de Isaías:

«En *los últimos tiempos* la casa del Señor se elevará sobre los co-«llados, *y afluirán á ella todas las naciones.* É irán *muchos pueblos* y «dirán: Venid y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de «Jacob, y nos enseñará sus caminos, y andarémos por sus senderos, «PORQUE DE SION SALDRÁ LA LEY, Y LA PALABRA DEL SEÑOR DE JERU-«SALEN.

«Y será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida «la altivez de los magnates, y solo el Señor será grande en aquel dia; — LOS ÍDOLOS SERÁN ENTERAMENTE DESTRUIDOS:» *idola penitus conterentur.* (Isaías, II, 1, 2, 3, 17 y 18). —«Desde donde nace el sol «hasta donde se pone, grande será mi nombre entre las naciones, y en «todas partes se sacrificará y ofrecerá á mi nombre una hostia pura.» (Malaquías, I, 11).

—«De nuevo me habló el Señor, diciendo: Congregaos, pueblos; «*pueblos lejanos, pueblos de la tierra, oid.* No digais nunca: Conju-«rémonos todos reunidos; mas dad gloria al Señor de los ejércitos, «y sea él vuestro temor y vuestro terror, y *el será en santificacion para* «*vosotros.* — SERÁ EN PIEDRA DE TROPIEZO Y DE ESCÁNDALO PARA LAS «DOS CASAS DE ISRAEL, EN LAZO Y RUINA PARA LOS MORADORES DE JE-«RUSALEN. Y MUCHOS DE ELLOS TROPEZARÁN Y CAERÁN, Y SERÁN QUE-«BRANTADOS, Y ENLAZADOS Y PRESOS. — Lo que os digo debe permanecer «secreto y sellado entre mis discípulos. — *Esperare*, pues, al Señor,

«*que esconde su rostro de la casa de Jacob y lo aguardaré.*» (Isaías VIII, 5, 9, 13, 14, 15, 16 y 17).

— «Hé aquí mi siervo, mi escogido; derramaré sobre él mi espíritu, «*y anunciará la justicia á las naciones...* para que abra los ojos á los «ciegos, y dé libertad al cautivo y la luz del dia á los que estén en «las tinieblas de la cárcel. — Mis primeras predicciones fueron cum- «plidas, y anuncio ahora otras nuevas. — *Conduciré los ciegos por el «camino que no saben, y los haré andar por sendas que ignoran: haré «que delante de ellos las tinieblas se cambien en luz y lo torcido en dere- «cho: haré en su favor estas maravillas, y no los desampararé jamás.* «— *Sordos, oid; ciegos, abrid los ojos para ver.* — ¿QUIÉN ES EL CIE- «GO SINO ISRAEL, MI SERVIDOR? ¿QUIÉN ES EL SORDO SINO AQUEL Á QUIEN «ENVIÉ MIS PROFETAS? Tú que ves tantas cosas, ¿no las observarás? «*El Señor le tuvo buena voluntad para santificarle, y engrandecer y san- «tificar su ley: sin embargo este mismo pueblo es saqueado y destruido.* «*¿Quién dió á Jacob y á Israel por presa á los destruidores? ¿No fue «el Señor mismo, contra quien pecamos? Ellos no quisieron andar por «sus caminos ni obedecieron su ley.* POR ESTO DERRAMÓ SOBRE ELLOS LA «INDIGNACION DE SU FUROR; *declaró á su pueblo una fuerte guerra, y «quemóle en rededor,* Y NO LO CONOCIÓ, *y le incendió sin que se aperci- «biese.*» (Isaías, XLII, 1, 7, 9, 16 y siguientes).

— «Atendedme, pueblo mio, y oidme, tribu mia: porque la ley «saldrá de mí, *y mi justicia será establecida para luz de los pueblos,* «y morará entre ellos. — Vendrá un dia en que diré: *Yo, el mismo «que os hablaba, vedme aquí presente.* — Preparó el Señor su santo «brazo, viéndolo todas las naciones, y *todos los términos de la tierra «verán al* SALVADOR *que debe enviar nuestro Dios.* Rociará muchas na- «ciones, en su presencia cerrarán los reyes su boca, *porque lo verán «aquellos que no habian oido hablar nunca de él, y los que nada sabian «de él lo contemplarán.*» (Isaías, LI, 4; LII, 6, 8, 10 y 15).

— «Estad atentos y venid á mí, oidme y vivirá vuestra alma, y «haré con vosotros un pacto sempiterno, fiel á mis promesas hechas «á David. — *Ved que lo dí por testigo á los pueblos, por caudillo y maes- «tro á las naciones.* — Hé aquí que llamarás *al pueblo que no conocias, «y las gentes que no te conocian correrán á ti* por causa del Señor tu «Dios, y del SANTO DE ISRAEL, *que te glorificó.*» (Isaías, LV, 3, 4 y 5).

— «Buscáronme los que antes no preguntaban por mí, halláronme «los que no me buscaron: dije: vedme, vedme, á una nacion que no «invocaba mi nombre (los gentiles).

«Extendí mis manos todo el dia á un pueblo incrédulo (el pueblo «judío) que anda en camino no bueno y sigue sus pensamientos. «En el dia de mi furor se convertirán en humo y en fuego que arderá «todo el dia. — Su pecado está escrito delante de mí, se lo devolveré «y derramaré su merecido en su seno. — Castigaré vuestras iniqui- «dades, dice el Señor, y las de vuestros padres juntamente.

«Como cuando se halla un grano en un racimo, y se dice: No lo «desperdicies... asimismo sacaré yo de Jacob una posteridad fiel (el «pequeño número de judíos que reconoció á Jesucristo). Mas vos- «otros (racimo podrido), que despreciásteis al Señor, pereceréis to- «dos, porque llamé y no respondísteis, hablé y no oísteis, y hacíais «el mal delante de mis ojos, y escogísteis lo que yo no quise. — Por «tanto, esto dice el Señor Dios: Mis siervos comerán y vosotros ten- «dréis hambre; mis siervos beberán y vosotros tendréis sed; mis sier- «vos se alegrarán y vosotros seréis avergonzados (pintura del estado «actual de los judíos), y dejaréis á mis escogidos vuestro nombre como «una imprecacion (el nombre de judío); y el Señor os hará perecer, «y á sus siervos los llamará con otro nombre (el de cristiano). El que «sea bendito en este nombre sobre la tierra, lo será por el Dios de ver- «dad; pues quiero crear nuevos cielos y una tierra nueva, y todo lo «que haya sido será borrado de la memoria.» (Isaías, LXV, 1-17).

— «¡Ay de Ariel [1], Ariel, ciudad que conquistó David! se han su- «cedido los años y las solemnidades pasaron ya (es decir, van á cam- «biarse los tiempos). Yo circunvalaré á Ariel, y será triste y mústia. «Y pondré sitio como una corona al rededor de tí, y sentaré contra tí «trincheras, y levantaré baluartes para cercarte. Serás humillada, «hablarás desde el suelo, y desde debajo de la tierra tu habla saldrá «murmullando. Y la multitud de los que te aventarán será como pol- «vo menudo. El Señor de los ejércitos visitará esta ciudad con true- «nos y conmocion de tierra, y con voz grande de torbellino y de tem- «pestad, y de llama de fuego devorador. — Pasmaos y maravillaos; «temblad y vacilad; embriagaos, pero no de vino; titubead, y no de «embriaguez. Porque el Señor *va á derramar sobre vosotros espíritu «de letargo; cerrará vuestros ojos, cubrirá con un velo vuestros pro- «fetas, y las profecías serán para vosotros como las palabras de un li- «bro sellado, que cuando le dieren á quien sabe leer y le dicen: Lee aquí: «él contesta: No puedo porque está sellado; y lo dan á quien no sabe*

[1] Este era el nombre del altar de los holocaustos, tomado aquí por el templo y la ciudad de Jerusalen.

«*leer diciéndole: Lee aquí; y contesta: No sé leer.* — Y dijo el Señor: «Porque este pueblo se me acerca con su boca, y con sus labios me «honra, mas su corazon está léjos de mí, y me dieron culto, segun «mandatos y doctrinas de hombres; por tanto, hé aquí que *yo ex-* «*citaré de nuevo la admiracion de este pueblo con un prodigio grande* «*y espantoso, porque perecerá el saber de sus sábios, y se oscurecerá* «*la inteligencia de sus prudentes.*» (Isaías, XXIX, 1-6, y 9-14).

— «Anda y dirás á este pueblo: Oid, oyentes, y no lo entendais; «y ved la vision y no la conozcais. Ciega el corazon de este pueblo y «agrava sus orejas, y cierra sus ojos... Y yo dije: ¿Hasta cuándo, «Señor? y me contestó: hasta que la tierra quede sin habitantes.» (Isaías, VI, 9, 10 y 11 [1]).

— «Los ojos del Señor están abiertos sobre el reino que peca. Ex- «terminaré este reino de la haz de la tierra, dice el Señor; no obs- «tante, exterminándolo, no destruiré del todo, dice, la casa de Ja- «cob. — Pues hé aquí, yo mandaré y haré que la casa de Israel sea «AGITADA ENTRE TODAS LAS NACIONES DE LA TIERRA, COMO SE AGITA EL «TRIGO EN UNA CRIBA.» (Amós, IX, 8 y 9).

De este modo están claramente profetizadas en los Libros santos *la reprobacion de los judíos* y su estado actual de ceguera y dispersion, — y *la conversion de los gentiles* y nuestro estado de bendicion y de luz, es decir, de las naciones cristianas, tan perdidas antiguamente en las tinieblas de la idolatría, — estos dos grandes prodigios que nada en sí los indicaba siquiera, y que llenan en el dia todo el universo.

¡Ay de quien no se sienta conmovido por la fuerza de una prueba semejante! se encuentra en aquella misma condicion de ceguera que los judíos, cuyo espectáculo no lo conmueve.

X. Pero es menester dirigir ya nuestras miradas hácia el héroe de todas estas maravillas. Las páginas que acabamos de citar se hallan entrecortadas de suspiros por su venida y de repetidas promesas de que no debe tardar. Todo hasta entonces se halla como suspenso y esperando. Su expectacion llena todos los siglos, y esta expectacion es tan viva y enérgica, que consume todos aquellos siglos y los cuenta como si fueran un corto número de dias.

— «Envia, Señor, EL CORDERO DOMINADOR de la tierra.» (Isaías,

[1] El retorno del pueblo judío y la misericordia final de que será objeto, se hallan tambien representados á lo léjos en las profecías. (Deut. XXX, 3-8. — Isaías, XLIII, 6, 8, 21, 22, 25, 26, etc.).

XVI, 1). — «No callaré en favor de Sion, y no sosegaré en favor de «Jerusalen, hasta que aparezca su JUSTO como una antorcha encen- «dida. — Las naciones verán á TU JUSTO, y todos los reyes á tu ín- «clito, y te será puesto un nombre nuevo, que pronunciará el Señor «con su boca.» (Isaías, XLII, 1). — «Cielos, enviad rocío de lo alto, «y las nubes lluevan AL JUSTO: ábrase la tierra y brote AL SALVADOR.» (Isaías, XLV, 8. — «¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras!... «Cuando tú hagas aparecer tus maravillas no podrémos soportarlas.» (Isaías, LXIV, 1).

— «Hé aquí lo que dice el Señor que crió los cielos, el Dios que «formó la tierra: No he hablado nunca en secreto: no en vano dije «al linaje de Jacob: Buscadme. — Yo soy quien anunció desde el prin- «cipio lo postrero, y digo tiempo antes lo que aun no es. Por mí mis- «mo juré que delante de mí se encorvará tu rodilla, y toda lengua «jurará por mi nombre. Todas mis resoluciones son inmutables, y «todas mis voluntades se ejecutarán. Lo he dicho, y lo cumpliré; lo «he diseñado, y lo haré. Se acerca el tiempo de enviar MI JUSTICIA; «no lo diferiré, y EL SALVADOR QUE DEBO ENVIAR no se tardará.» (Isaías, XLV y XLVI). — «MI JUSTO está cercano, va á salir MI SALVA- «DOR, y mi brazo hará justicia á las naciones.» (Isaías, LI, 5). — «De aquí á poco tiempo conmoveré el cielo y la tierra, la mar y to- «do el universo; y moveré todos los pueblos, y VENDRÁ EL DESEADO «DE TODAS LAS NACIONES.» (Ageo, II, 7 y 8 [1]).

Este Deseado de todas las naciones, hijo de la mujer, de la *raza* de Abrahan, de la *tribu* de Judá, de la *familia* de David, fruto de una *virgen* y *Niño-Dios*, que debe nacer en Belen, cuando *se le quite* el cetro á Judá, para ser al pueblo judío *en piedra de tropiezo* y *hacerse suyos* todos los demás pueblos, nos es suficientemente conocido en todas las circunstancias de su venida y de su mision. — Pero su persona, su continente, sus hechos y *gestos*, están aun cubiertos con un velo impenetrable. ¿Seria posible que el prodigio de la profecía llegase hasta el punto de descorrer este último velo, hasta el punto de

[1] *Commovebo cœlum, et terram, et mare, et aridam, et movebo omnes gentes:* ET VENIET DESIDERATUS CUNCTIS GENTIBUS. (Ageo).

Adspice convexo nutantem pondere mundum
Terrasque, tractusque maris, cœlumque profundum;
Adspice venturo *lætentur ut omnia sæclo.*

(Virgilio, *Polion*).

presentarnos no solamente un cuadro y una historia, sino una biografía y un retrato?

«Hé aquí mi siervo, á quien ampararé; hé aquí mi escogido en el «cual ha puesto mi alma toda su complacencia. Derramaré sobre él «mi espíritu, y anunciará la justicia á las naciones. — *No verá ni ten-«drá acepcion de personas, y su voz no se hará oir nunca en las calles.* «— *No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que aun humea.* «— *No será triste ni turbulento,* mientras establezca la justicia en la tier-«ra. Los países lejanos aceptarán su ley.» (Isaías, XLII, 1, 2, 3 y 4). «Entonces serán abiertos los ojos á los ciegos, se devolverá el oido á «los sordos, los paralíticos adquirirán la ligereza del ciervo, y será «desatada la lengua de los mudos.» (Isaías, XXX).

«Mi siervo será exaltado, sublimado, y se engrandecerá extraor-«dinariamente. *Al principio aparecerá sin gloria ante los hombres, y «no tendrá nada que lo distinga entre los hijos de los hombres.* Rociará «en seguida muchas naciones, y los reyes cerrarán la boca en su pre-«sencia.

«Crecerá como una tierna planta y como raíz en tierra sedienta. No «hay en él buen parecer ni hermosura. Le vimos, y nada habia en «su aspecto que atrajese nuestras miradas.

«Despreciado y el postrero de los hombres, varon de dolores y que «sabe lo que es sufrir, y su rostro como escondido y despreciado, por «lo cual no hicimos aprecio de él.

«En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nues-«tros dolores, hasta el extremo de reputarlo nosotros mismos como «leproso, y herido de Dios, y abandonado.

«Por nuestras iniquidades fue llagado; quebrantado fue por nues-«tros pecados. El castigo expiatorio que debia procurarnos la paz cayó «sobre él, y con sus heridas fuimos sanados.

«Todos nosotros como ovejas nos extraviamos; cada uno se des-«vió por su camino, y el Señor cargó sobre él la iniquidad de todos «nosotros.

«Él se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca: como «oveja será llevado al matadero; y como cordero delante del que lo «trasquila enmudecerá y no abrirá su boca.» (*Jesus autem tacebat...* Marc. XIV, 61).

«Desde la angustia y desde el juicio fue levantado en alto: ¿su ge-«neracion quién la contará? fue cortado de la tierra de los vivientes: «por la maldad de mi pueblo *lo he herido.*

«*Quisieron que en su sepulcro estuviera entre los impíos, y ha estado «con el rico desde su muerte;* porque no hizo maldad, ni hubo mali- «cia en su boca.

«Se le dará el precio de sus sufrimientos y se hartará de él; y este «justo por excelencia *justificará á muchos con su ciencia*, y llevará so- «bre sí los pecados de todos.

«El Señor le concederá una numerosa posteridad y repartirá los «despojos de los fuertes, porque entregó su alma á la muerte, y *con «los malvados fue contado*, y cargó con los pecados de muchos, y *por «los transgresores rogó.*» (Isaías, todo el cap. LIII).

¿Quién trazó este retrato de Jesucristo? ¿fue un Evangelista ó un Padre de la Iglesia? ¡Qué detalles! qué colorido! qué expresion! qué conformidad con los hechos! qué exactitud y naturalidad en los emblemas! ¿Qué decimos? esto no es una pintura emblemática de un porvenir muy lejano; es una representacion fiel de lo presente, y lo que todavía no existe está pintado como si ya estuviera á la vista.

La admirable concordancia de este ECCE-HOMO mostrado por Isaías, con el que ocho siglos despues mostró Pilatos al pueblo, es tanto mas decisiva para la fe cuanto el objeto en sí era imaginable (esta es la propiedad de todas nuestras profecías), y que para representarlo así era absolutamente necesario que el Profeta lo hubiese visto. Naturalmente la idea de humillacion y sufrimiento no debia avenirse con la idea de Dios, ni de ninguna manera podia aliarse con la de dominacion y de triunfo. Es esto tan cierto, que á causa de este estado de oprobio fue Jesucristo *escándalo para los judíos y locura para los gentiles*, y que á pesar de la minuciosa descripcion que de él se habia hecho, la nacion, tan bien advertida por esta descripcion, no pudo reconocerlo, y se apoyó, para rechazarlo, en que era un hombre oscuro: *Jesus erat ullo splendore præditus, sed reliquis mortalibus fuit simillimus. Quamobrem constat non esse in eum credendum* [1], justificando así doblemente la profecía que lo habia representado de este modo, y que habia dicho que por esto mismo no se le reconoceria. Y era tal la invencible repugnancia á admitir esta alianza de humanidad y de divinidad, de oprobio y de gloria en una misma persona, que mas tarde apremiados los mismos judíos por los argumentos de los cristianos, sacados de sus profecías, á reconocer que el Mesías debia ser

[1] Extracto de un libro judío sacado del *Tela ignea Satanæ* de Wagenseil, tomo II, p. 41.

humillado, imaginaron *dos Mesías distintos*, un Mesías de gloria, y otro de oprobio y de dolores [1]: tan claro era que el Mesías debia ser humillado, y tan inconcebible al mismo tiempo que debiese ser glorioso y triunfador. Sin embargo, en las profecías se hallaba constantemente representado en este doble y contradictorio estado. La singular concordancia de la profecía con su cumplimiento es, pues, en esto, enteramente sobrenatural y divina.

A Isaías particularmente, con tanta propiedad llamado el *quinto evangelista*, se concedió el trazar el conjunto de la fisonomía de Jesucristo. Los demás profetas delinearon algunos otros rasgos particulares y accesorios, repartidos entre todos, como para mejor demostrar la inspiracion que los dirigia; semejantes á artistas á las órdenes de un gran maestro que se vale de su mano para pintar los pormenores de lo que únicamente él concibe.

Zacarías estuvo encargado de representar la humilde entrada del Salvador en Jerusalen, del modo siguiente:

«Regocíjate mucho, hija de Sion; canta, hija de Jerusalen: MIRA «QUE TU REY vendrá á tí justo y Salvador: — vendrá pobre y sentado «sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna.» (Zacarías, IX, 9).

Esta profecía está, punto por punto, conforme con el suceso, tal como se nos cuenta en los cuatro Evangelios. Seria menester declararse absolutamente contra estos, para negar el prodigio de semejante conformidad. Por consiguiente, cuanto hemos dicho respecto de los *Evangelios* debe disipar hasta la menor sombra de una legítima desconfianza. La ingenuidad de los historiadores de Jesucristo sobre este punto particular de su relato es tambien notable: cada uno de ellos refiere el acontecimiento de una manera que sin ser contradictoria no es sin embargo idéntica con la de los demás, no guiándose mas que por sus propios recuerdos. Uno de ellos llega hasta decir con una sencillez inimitable: «Los discípulos no entendieron al principio estas co«sas; mas cuando fue glorificado Jesús, entonces se acordaron de que «todo aquello estaba escrito de él, y que haciéndolo no hacian mas «que dar cumplimiento, sin saberlo, á la profecía.» (Juan, XII, 16 [2]).

El mismo profeta hizo alusion á los treinta dineros de plata por los que debia Judas vender á su Maestro, y á que los devolveria en seguida, roido por sus remordimientos, á los príncipes de los sacerdotes,

[1] Esta concepcion de los rabinos data poco mas ó menos del siglo XI.

[2] Mas tarde esto dió lugar á aquella acusacion dirigida contra Jesucristo, de que habia querido hacerse pasar por rey de los judíos, y á aquella inscrip-

que con ellos comprarian el campo de un alfarero. (Mateo, XXVII).

«Ellos pesaron entonces treinta siclos de plata (dice el *pastor de «las naciones* en la vision del Profeta), los cuales dieron por mi recom- «pensa. Y el Señor me dijo: echa al alfarero ese bello precio en que «me apreciaron; y tomé los treinta siclos de plata y los eché en la casa «del Señor para el alfarero.» (Zacarías, XI, 12 y 13).

Seria nunca acabar querer recordar aquí detalladamente todas las circunstancias particulares de la vida, y sobre todo de la pasion del Salvador, que los Profetas pronosticaron: dijeron que debia ser desechado (Salm, CXVII, 22); negado (Isaías, LIII, 3); acusado (Salmo XL, 10); vendido (Zac. XI, 12); abofeteado (Isaías, L, 6); escarnecido (Isaías, XXXIV, 6); atormentado de mil maneras (Salmo, LXVIII, 27), y abrevado en hiel (Salm. LXVIII, 22); que seria taladrado de piés y manos (Salm. XXI, 17); que le escupirian á la cara (Isaías, L, 6); que seria muerto (Daniel, VI, 21), y sus vestidos sorteados (Salm. XXI, 19); que su sepulcro seria glorioso (Isaías, XI, 10), etc.

Convenimos en que muchas de estas circunstancias aisladas no tendrian en sí mismas significacion ni importancia; pero existiendo, como ya hemos visto, el cuerpo de la profecía de una manera tan incontestable; presentándose tan de relieve el verdadero y único objeto de las inspiraciones proféticas, todas estas circunstancias particulares se le reunen por sí mismas como piedras salientes, cuyo arranque é irregularidad las hace mas propias para servir de enlace, porque les falta un objeto y es imposible señalarles otro [1]. — Los acontecimien-

cion que Pilatos hizo poner en hebreo, en griego y en latin, en lo alto de la cruz:

JESÚS DE NAZARET,
REY DE LOS JUDÍOS;

conforme á la profecía que habia dicho:

HÉ AQUÍ VUESTRO REY.

[1] «Si á pesar de esto, dice con mucha gracia san Agustin, se hallan en los «Libros santos algunos pasajes, que, segun parece, no significan nada, están «allí en favor de lo que hay de significativo. Solo la reja es la que abre la «tierra; mas para que lo haga son indispensables las otras partes del arado. Y «en los instrumentos de música no se tocan sino las cuerdas, y solo ellas son «las que dan el sonido, y sin embargo se juntan á ellas otras cosas que son «necesarias para sujetar y poner tirantes las cuerdas, y hacer que estas resue- «nen. De un modo semejante en una historia profética, se tocan ciertos suce- «sos, que nada significan, con el fin de atar á ellos, por decirlo así, los que

tos, no tememos decirlo, deben venir en apoyo de esta interpretacion. — Indudablemente la profecía debe tener en sí un cierto grado de claridad, suficiente para no depender del acontecimiento y poderse acomodar á su conveniencia; pero cuando esta claridad existe ya manifiestamente acerca de los puntos principales; cuando es cierto que en realidad hay ya profecía independientemente del acontecimiento; el conocimiento de este puede venir en seguida á acabar de hacer apreciar todos los detalles de la profecía objetivándolos, manifestando en el objeto la intencion y el enlace que no estaban siempre visiblemente expresados en la profecía, y que desde entonces se los encuentra tales. De este modo la profecía y el suceso, que es su cumplimiento, se aclaran recíprocamente y se hacen conocer el uno al otro. Es cierto que la evidencia de la verdad de su concordancia es menos sencilla y menos inmediata; pero está mas justificada, porque parte de dos extremos, y porque supone doblemente la accion divina en la profecía que predijo claramente el suceso envuelto aun en las tinieblas del porvenir, y en el suceso que da exacto cumplimiento á la profecía, hasta en lo que tenia de mas implícito y confuso. La oscuridad de la profecía se convierte así por medio del suceso que la disipa en un manantial de evidencia igual á la que resulta de su claridad, haciendo ver que nada hay de fatal ni de fortuito en uno ni en otro, sino que en todo obra Dios libremente, pero de un modo inevitable. — Por ejemplo, no hay, entre todas las profecías que pueden citarse, ninguna tan clara ni tan justificada como aquella, tan oscura antes, relativa *á la hiel y vinagre* que debian dar á beber al Salvador, cuando esta víctima voluntaria de las iniquidades de los hombres exhaló su último suspiro, para dar lugar al cumplimiento de esta profecía, pidiendo de beber, y despues de haber satisfecho libremente á las mas secretas particularidades de las profecías, cerró sus labios divinos humedecidos con aquella *hiel* anunciada, pronunciando estas soberanas palabras, que revelan el dueño de las profecías y de los sucesos: CONSUMMATUM EST.

Así es como todo se convierte en evidencia, hasta la oscuridad, para quien sabe ver las cosas y quiere penetrarlas. Es verdad que esto exige exámen, atencion y suspender el primer juicio; pero tengamos presente que debe suceder siempre así en la economía de la verdadera

«significan ciertas cosas importantes y dignas del Espíritu de Dios, que juzgó «á propósito deber delinearlas y hacerlas figurar.» *Ciudad de Dios*, lib. XVI, «cap. II, núm. 3).

te, que no existiria sin este ejercicio, y añadamos, como acabamos de probarlo por medio de un ejemplo, que de este ejercicio sale la fe mas convencida de lo que lo hubiera estado por la evidencia inmediata, pues esta evidencia le hubiera parecido sospechosa por su misma espontaneidad; á mas de que nada de lo que está visiblemente dispuesto á convencer, convence en realidad. Una prueba *encontrada* en las entrañas del asunto tiene mil veces mas fuerza que otra que *se ofrece por sí misma* desde que lo divisamos. La primera es proporcionada por la verdad.

La Religion, como la naturaleza, está llena de estas pruebas, que *se encuentran* á medida que vamos penetrando en su seno. Léjos de hallarse enteramente dispuesta para convencer, podia decirse que hasta cierto punto no lo está sino para no convencer á los que no quieren ser convencidos, para chocarles y escandalizarlos. Las profecías claras y decisivas, por ejemplo, como muchas de las que hemos citado, están mezcladas con otras oscuras y equívocas que les perjudican, y podríamos decir que fueron escritas para servir de texto á la incredulidad y de ejercicio á la verdadera fe, que muy pronto se ve recompensada de este ejercicio por una comprension cada vez mas grande de lo que la habia ofuscado al principio, y por una disposicion mas racional, en razon misma de esta experiencia, á creer lo que todavía le queda por descubrir [1].

La marcha de un entendimiento juicioso y sincero y que es capaz de comprender la sabiduría de esta bella economía, debe, pues, consistir en admitir las primeras pruebas que se presentan y adherirse á ellas como al fundamento de su sumision, esperando á que esta misma sumision lo haga digno de comprender otras nuevas, y de hacer por sí mismo la preciosa experiencia de esta fecundidad de la fe.

Y esto es siempre fácil, cualquiera que sea el grado de alejamiento en que se encuentre uno colocado. Si tiene la Religion oscuridades

[1] «Lo que nos ocultan las sagradas Escrituras en los pasajes oscuros, dice «san Agustin, no es mas que lo que nos dicen claramente en otros. Sin em- «bargo, para que no suceda que se nos hagan insípidas las verdades, que nos «enseñan en estos por habernos costado poco, pican nuestro gusto en otros «pasajes, cubriendo estas mismas verdades de una oscuridad, que no está en «nuestra mano dejar de querer la penetrar; y cuando la hemos penetrado se «nos hace como nuevo lo que aquella nos ocultaba, por mas que lo supiése- «mos ya, y esta especie de novedad nos lo imprime con mayor fuerza, y nos «lo hace mas sabroso.» (*Carta á Volusiano*, núm. 18).

que sirven de pretexto, tiene tambien resplandores que quitan toda excusa. Posee pruebas invencibles, á las que no podemos racionalmente resistirnos, y de las cuales podemos siempre partir para inclinarnos á una sumision racional; y que irá siempre motivándose cada vez mas.

Durante el curso del presente *Estudio*, muchas veces hemos aducido pruebas de este género, citando profecías tan patentes, que es menester estar ciego para no deducir de ellas la divinidad de la Religion que tienen por objeto.

Pero parece que la verdad divina haya querido franquear todos los límites de su manifestacion en la última profecía que nos resta hacer conocer, y, segun la cual, es absolutamente verdadero decir que *la misma resurreccion de un muerto* no convenceria á quien fuese bastante obstinado para no reconocer su luminosa exactitud.

Ya se comprenderá que queremos hablar de la profecía de Daniel.

XI. Entre todas las profecías de Daniel hay tres muy célebres: la primera relativa al reinado de Antíoco Epífanes; la segunda á la sucesion de los reinos y al triunfo del cristianismo en explicacion de la estatua vista en sueños por Nabucodonosor, y la tercera y mas notable, la de las *setenta semanas*, que se refiere directamente á Jesucristo.

No hablarémos de la primera, porque su objeto no nos interesa ahora mucho, y como hemos expuesto ya la segunda en nuestro *Estudio* sobre *la venida y el reino de Jesucristo*, vamos á ceñirnos solamente á la tercera.

Antes de empezar, y para dejar cerradas todas las puertas á la desconfianza á que su misma claridad podria dar motivo, debemos fijar bien en nuestra memoria todas las pruebas de anterioridad de las profecías que hemos presentado ya. Estas pruebas incontestables cubren todas las profecías de Daniel lo mismo que las demás, y esto deberia bastar; pero quiso la Providencia que tuvieran otras garantías particulares, y hay, entre otras, dos muy decisivas.

La primera es la confesion forzada del pagano Porfirio que, en el desvanecimiento de su prevencion, interesado en prescindir de la primera profecía de Daniel relativa al reinado de *Antíoco Epífanes* (tan bien justificada por los sucesos, *que mas bien refirió cosas pasadas*, dice él, *que describió acontecimientos futuros*), se atrevió á alegar, sin sombra de prueba, que el libro de Daniel habia sido escrito por un

desconocido, durante el reinado de aquel príncipe [1]. Desmentido y confundido al momento por los judíos, su imputacion careció de importancia, pero quedó subsistente su huella para manifestar el mas alto punto á que habia la incredulidad osado llegar respecto de las profecías, y en justificacion de las otras dos de Daniel, sobre Jesucristo, que aquel insensato ataque dejaba subsistir con una anterioridad suficiente, aunque no completa: ataque semejante á esas crecidas de los rios que cubren por un momento los machones de un puente sin llegar hasta sus arcos, y cuya impotencia y pasajera furia solo sirve para acreditar la prudencia del arquitecto que supo prever este caso y desafiarlo.

La segunda garantía está en la siguiente declaracion de Josefo, cuyo *origen*, *data* y *circunstancias* previenen toda objecion: «Todas estas «desgracias, dice, cayeron sobre nuestra nacion durante el reinado «de Antioco, como lo habia predicho Daniel MUCHO TIEMPO ANTES; — «habló *tambien* del poder de los romanos y de su imperio, — y *pre-* «*dijo* LOS MALES CON QUE ESTOS DEBIAN OPRIMIR Á NUESTRA NACION [2]. «— Todos los escritos que nos dejó Daniel se leen aun en nuestras «asambleas [3].»

Vamos á transcribir literalmente el texto de la profecía: es preciso no dejar pasar desapercibida una sola palabra. No subrayamos nada de ella, porque en este caso deberíamos subrayarlo todo.

«Está atento á la palabra, dice el Espíritu de Dios al Profeta, y en- «tiende la vision:

[1] *Porphyr. apud Hieronym., præfat. in Daniel.*

[2] En esta declaracion se hallan expresamente indicadas las tres grandes profecías de Daniel. La primera, en efecto, se refiere, como hemos dicho, á las *persecuciones de Antioco*; — en la segunda se habla del poder de los romanos: *Ese reino de hierro que todo lo quebrantará y que cuando esté mas pujante vendrá el otro reino que no se ha de acabar jamás, semejante á una piedrecita que sin* TOCAR LA MANO DE HOMBRE *se desprende del monte vecino, quebrantando y confundiendo todos los reinos, y extendiéndose para siempre como una montaña hasta los términos del mundo* profecía que los mismos judíos aplican y entienden referirse al reino del Mesías; — y por fin, en la tercera, en la de las *setenta semanas*, y solo en ella, se habla de AQUELLOS MALES CON QUE LOS ROMANOS DEBIAN AGOBIAR A LA NACION de Josefo, de los cuales fue él mismo ciego historiador y cronista.

[3] Flav. Josefo, *Antiq. judaicæ*, lib. X, cap. 12. — Por lo demás todos estos escritos de Daniel hacen parte de la traduccion de los *Setenta*, y existian, por consiguiente, *con pública notoriedad* en el mundo hacia mas de cuatrocientos años.

«A setenta semanas se ha reducido el tiempo decretado sobre tu «pueblo y sobre la ciudad santa, para que fenezca la prevaricacion y «tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea introducida «justicia perdurable, y tengan cumplimiento las visiones y las profe- «cías, y sea ungido el Santo de los Santos.

«Sabe, pues, y nota atentamente:

«Desde la salida del edicto para que Jerusalen sea reedificada hasta «que aparezca el Cristo, se pasarán sesenta y dos semanas, y de nue- «vo será edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia.

«Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo: y no «será ya mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un cau- «dillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y aventará sus «ruinas. Su fin será estrago, y despues del fin de la guerra vendrá «la desolacion decretada.

«Sin embargo, él (el Cristo) afirmará su alianza con muchos en la «última semana, y desde la mitad de esta semana cesarán las hostias «y los sacrificios, y la abominacion de la desolacion entrará en el tem- «plo, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin [1].»

Apenas puede uno creer á sus propios ojos al leer este oráculo, que podria tomarse por una *cronología* hecha despues de los sucesos; se siente uno poseido de aquel movimiento que hizo caer á Nabucodonosor á los piés de Daniel, obligándole á exclamar: *Vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios, porque tú pudiste descubrir este arcano* [2].

Todas las profecías forman como una gran cadena de montañas, que arrancando del valle, van sucediéndose unas á otras en elevacion, y descubren desde lo alto de sus cimas variados puntos de vista de un mismo horizonte, segun es su situacion respectiva; pero de en medio de todas ellas se destacan picos gigantescos, desde los cuales la vista descubre y abraza el horizonte completo. Tal es Isaías, y sobre todos Daniel.

Aun cuando redujéramos todo lo que hemos dicho y todo cuanto puede decirse en favor del cristianismo á estas cortas líneas, seria suficiente: no hay inteligencia un poco racional que no deba someterse á lo que ellas contienen. No se necesitan aquí raciocinios complicados ni profundas investigaciones; no se necesitan mas que ojos, y basta abrirlos. ¡Cuán feliz deberia considerarse la incredulidad, si es sin-

[1] Daniel, IX.

[2] Daniel, II, 47.

cera, de haber al fin encontrado uno de esos motivos de credibilidad tan justificados y tan conformes á lo que la misma incredulidad exige, que no hay necesidad de buscarlos, sino que se apoderan de uno, y á los cuales no puede resistirse sin resistirse á la evidencia!

Por mas que se busque, por mas que se examine, no puede encontrarse en esta brillantísima prueba de nuestra santa Religion fundamento ni pretexto para una objecion cualquiera: es preciso rendirse á ella ó retirarse, al fin de todo, convencido de no querer convencerse. Nos explicarémos para que se comprenda bien este último pensamiento.

Todo el mundo conviene en que las semanas de Daniel no son *de dias, sino de años*. La sola lectura de la profecía lo demuestra; pues setenta semanas *de dias* no harian mas que unos diez y seis meses, y es absurdo colocar tantos sucesos considerables y sucesivos, de que el Profeta habla, en un espacio de tiempo tan corto. No pueden, pues, ser sino *semanas de años*. Por otra parte estaba en uso entre los judíos este modo de contar, como puede observarse en muchos pasajes, principalmente en el del *Levítico*, que fija el año del jubileo: *Contarás asimismo siete semanas de años, esto es, siete veces siete, que juntos hacen cuarenta y nueve años* (capítulo xxv, 8). Tampoco era desconocido de los escritores profanos este método: pues Aristóteles habla claramente de él, y mas aun Varron en sus libros titulados *las Semanas*[1]. — Pero hay un testimonio mas directo: en el capítulo ix habla Daniel de las *setenta semanas*, sin decir si son de dias ó de años (á menos que se diga que lo indica ya con la extension de los sucesos de que allí habla); pero sigue inmediatamente el capítulo x, en el que teniendo que decir que estuvo llorando por espacio de *tres semanas*, añade: *Semanas* DE DIAS: *Lugebam*, dice, *tres hebdomadas* DIERUM, segun la traduccion literal de los *Setenta*. ¿Quién no conoce, pues, que no calificó así las semanas de su duelo, sino para diferenciarlas de las otras semanas de que acababa de hablar, las cuales por consiguiente no son semanas de dias sino *de años*, como si lo hubiese dicho expresamente? Este punto es incontestable, y es preciso que lo sea cuando los talmudistas y en general todos los judios convienen en ello[2].

Una vez reconocido este punto, la cuenta es muy sencilla. Constan-

[1] Arist., *Pol.*, lib. VII, *sub finem*, — M. Varro in Gelio, 3, 10.

[2] Josefo Medo. — Jachiad. — Abarbanel. — Manasés. — Ben-Israel.

do cada semana de siete años (como las comunes de siete dias), las setenta semanas hacen *setenta veces siete años*, que suman *cuatrocientos noventa años*, absolutamente del mismo modo que señalaba reglas el *Levítico* para fijar el año del Jubileo.

Pero no bastaba fijar la duracion: era preciso fijar su punto de partida y su término, y esto es precisamente lo que hizo el Profeta por medio de estas formales palabras: Desde *la salida del edicto para que Jerusalen sea reedificada* hasta *que aparezca el Cristo* (Ab *exitu sermonis, ut iterum ædificetur Jerusalem* usque *ad Christum ducem*). Este edicto para la reedificacion de Jerusalen lo dió *Artagerges Longimano*. Por medio de un decreto anterior habia ya Ciro autorizado la reconstruccion del templo únicamente; pero Artagerges permitió que se reedificasen *la plaza y los muros*, permiso que se dió el *año vigésimo* de su reinado, segun es de ver en *Esdras*, libro II, cap. II, 1, y en el *Eclesiástico*, cap. XLIX, 15. Debemos, pues, empezar á contar las semanas desde el año vigésimo del reinado de Artagerges.

Segun los mejores cronologistas, cuya opinion se funda en circunstancias referidas por Tucídides, Cornelio Nepote y Plutarco, principalmente en el destierro de Temístocles y su permanencia en la corte de los reyes de Persia, el principio del reinado de Artagerges debe fijarse en el último año de la olimpiada setenta y cinco, que corresponde al año 280 de Roma; de modo que el año vigésimo de su reinado y el comienzo de las *semanas* debe caer poco mas ó menos en el año 300 de Roma. Añádanse luego á este número setenta semanas, ó lo que es lo mismo cuatrocientos noventa años, y se encuentra el año 790 de Roma, y el 37 de la era cristiana.

Examinad ahora de nuevo la profecía y ved el prodigio de su exactitud.

Desde luego se señalan setenta semanas, como formando la duracion total del tiempo que debe transcurrir hasta la aparicion de la justicia eterna, la redencion de nuestras iniquidades y la consumacion de las profecías, es decir, *hasta* la muerte del Cristo *inclusive;* lo cual está perfectamente de acuerdo con los sucesos que debian servirles de cumplimiento, habiendo muerto Jesucristo en el año 34, al declinar la semana setenta, que se terminaba, como hemos visto, en el año 37. Contando por semanas era imposible ser mas exacto.

Pero el Profeta no se limita á esto, sino que lleva la precision en la precision misma. Divide en efecto inmediatamente despues las *setenta* semanas en *siete, — sesenta y dos —* y *una;* hace mas: divide esta

ultima en *dos mitades*, y luego el tiempo, así dividido, lo distribuye á los acontecimientos de la manera siguiente:

Las *siete* primeras semanas, ó sean cuarenta y nueve años, las destina á la reconstruccion de Jerusalen *en tiempo de angustia*, lo cual se realiza al pié de la letra, bajo la direccion de Nehemías y á pesar de la resistencia de los samaritanos, de los árabes y de los amonitas, conforme leemos en el lib. II de *Esdras*, cap. IV, V, VI y VII.

Vienen en seguida las *setenta y dos* semanas, *despues de las cuales*, dice el Profeta, SERÁ MUERTO EL CRISTO; lo cual coloca la muerte del Cristo, segun la cuenta general, despues de la semana *sesenta y nueve* y *en la setenta*, ó sea *entre el año* 30 *y el* 37 de la era cristiana, como sucedió en efecto.

Finalmente, tomando de nuevo esta semana, *la setenta* y última, como digna por su importancia definitiva de ser considerada aparte, esta semana que puede llamarse la semana de los misterios, el Profeta concentra en ella todas nuestras miradas, y por medio de un postrer arranque de precision nos reproduce su objeto de este modo: — «Y en una semana, dice, el Cristo afirmará su alianza con muchos.» En efecto, el año 30 de su vida empezó el Cristo sus predicaciones, que inauguraron el reinado de la nueva alianza. — «Y desde *la mi*-«*tad* de esta última semana cesarán las hostias y los sacrificios, con-«tinúa el Profeta, y la abominacion de la desolacion entrará en el «templo, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.» — Efectivamente, en la mitad de la última semana, es decir, en el año treinta y cuatro de Jesucristo, su sacrificio puso fin al sacrificio mosáico, y empezó á derramarse sobre los judíos aquella série de calamidades que acabó por el saqueo de Jerusalen por Tito, la profanacion y ruina del templo, y, en fin, la desolacion que dura todavía en la actualidad [1].

Así, pues, la profecía de Daniel anuncia *la venida* futura de los sucesos, del mismo modo absolutamente que la astronomía *la venida* de los astros en tiempos determinados... Pero los astros tienen movimien-

[1] Mr. Cour de Gebelin ha compuesto una cronología exacta de la profecía de Daniel (*Disertacion sobre la hist. orient.*, p. 34 y sig.), en la que el erudito escritor demuestra la completa armonía de la narracion sagrada con el relato de la historia profana. — Lo que nos parece mas estable es que el desacuerdo de los cronologistas en la computacion de los cuatrocientos noventa años de esta profecía no sea mas que de siete á nueve años; desacuerdo que no consiste en la misma profecía, sino en la falta de precision de la cronología general con la cual se enlaza.

tos regulares y periódicos, que permiten á la ciencia conocerlos por medio de sus cálculos; y sucesos tan fuera del curso natural de las cosas, y tan complicados como los que se contienen en nuestra profecía, no pueden ser predichos, y predichos con una exactitud tan matemática, sino por Aquel *que cambia los tiempos y los siglos, traslada los reinos y los afirma, revela las cosas mas ocultas, y ve todo lo que será lo mismo que lo que es* [1].

Por otra parte, esta exactitud profética es tan real, y la explicacion que de ella hemos hecho, hasta poderla calificar de *astronómica*, es tan justa y literal, que de hecho la misma astronomía se arregló despues sobre ella.

Un jóven astrónomo del último siglo, arrebatado á la ciencia por una muerte prematura, y *cuyos raros y multiplicados conocimientos*, dice el ilustre filósofo Bonnet, *estaban realzados por una modestia, un candor y una piedad, mas raras todavía*, Cheseaux, hizo en las profecías de Daniel descubrimientos *astronómicos* que dejaron asombrados á los dos primeros astrónomos del siglo, Mairan y Cassini. «No «hay medio de negar las verdades y descubrimientos que se encuen«tran probados en vuestra disertacion, le escribia Mairan; pero no «sé comprender (tenia la desgracia de ser incrédulo) cómo y por que «están tan *realmente* contenidas en la santa Escritura.» Cassini, sin pararse como Mairan en el *cómo* y el *por qué*, declaró poco despues haber encontrado todos sus métodos, para el cálculo de los movimientos del sol y de la luna, *deducidos del ciclo de Daniel* y de la llegada de los equinoccios y del solsticio al meridiano de *Jerusalen*, muy demostrados y perfectamente conformes á la mas exacta astronomía. «¿Quién hubiera sospechado, añade Bonnet, que el estudio de un «profeta enriqueceria á la astronomía trascendental, y que nos pro«porcionaria, respecto de ciertos puntos muy difíciles de esta bella «ciencia, un grado de precision muy superior al que el cálculo ha«bia hasta entonces producido [2]?»

¿Qué verdad es, pues, esa cuyas pruebas sirven al mismo tiempo á las ciencias mas exactas; que no solamente se halla justificada, sino

[1] Daniel, II.

[2] *Investigaciones filosóficas sobre las pruebas del Cristianismo*, por Bonnet. Amsterdam, 1783, p. 163, nota. — Los descubrimientos de Mr. de Cheseaux, se imprimieron en sus *Memorias póstumas sobre diversos puntos de astronomía y de Matemáticas*. Lausana, 1754, en 4.°. Obra profunda y que solo está al alcance de los sábios mas iniciados en los secretos de la astronomía sublime.

que justifica, ó mas bien, que no se halla justificada sino porque lo justifica todo? ¿No debe ser simplemente, y en el sentido absoluto de la palabra, LA VERDAD? Y ¿cómo será posible no reconocerla, cuando al querer comprobarla bajo el punto de vista moral por la única manera posible, *la práctica*, descubrimos que se adapta á la tierra lo mismo que al cielo, y que á la vez regula los deseos del hombre y los astros del firmamento?

Por seguir la parte cronológica de la profecía hemos descuidado la parte narrativa; pero ¿qué hemos de hacer notar? Las cosas hablan aquí por sí mismas, y al hombre solo le corresponde el silencio de la admiracion. Los rasgos y circunstancias van empujándose y sucediéndose rápidamente en este espejo del porvenir con una exactitud cada vez mas sorprendente y que no deja lugar á la admiracion para detenerse, hasta que despues de haberla llevado á su colmo, la abandona á sí misma sobre el vacío infinito de toda explicacion natural, y la obliga en cierta manera á asirse de la fe.

Resumiendo el Profeta todas las profecías anteriores, determina, en fin, á dia fijo el *tiempo prometido* al *pueblo* y á la *ciudad*: aquel tiempo, que diez y seis siglos antes llamaba Jacob *el tiempo postrero*, y por el cual habian suspirado los Patriarcas y Profetas; aquel tiempo cuya expectacion habia estado ocupando toda la sucesion de los siglos.

En el fondo de esta perspectiva presentada de este modo, nos descubre en primer término *la reconstruccion de Jerusalen en tiempos de angustia.*

Despues mas allá, al cabo de sesenta y nueve semanas, y en la setenta, *es introducida la justicia en los siglos, el Santo de los Santos, el Cristo; — su bautismo; — su alianza confirmada con muchos; — el* CRISTO MUERTO; *— su pueblo, que debe negarlo, desechado; — la consumacion de las profecías; — la cesacion de los sacrificios.*

Por fin, en último término se presenta CON SU JEFE FUTURO *el pueblo ejecutor del fallo de desolacion pronunciado contra el pueblo y la ciudad; la abominacion de la desolacion se ve introducida ya en el templo, y son saqueados la ciudad y el santuario; la devastacion llega á su colmo; y, despues de esta guerra, la desolacion tantas veces predicha no cesa ya mas, y sigue y seguirá hasta la consumacion y hasta el fin...* ET POST HEBDOMADAS SEXAGINTA DUAS OCCIDETUR CHRISTUS: ET NON ERIT EJUS POPULUS, QUI EUM NEGATURUS EST. ET CIVITATEM ET SANCTUARIUM DISSIPABIT POPULUS CUM DUCE VENTURO: ET FINIS EJUS VASTITAS, ET POST FINEM BELLI STATUTA DESOLATIO... ET ERIT IN TEMPLO ABOMINATIO DE-

SOLATIONIS : ET USQUE AD CONSUMMATIONEM ET FINEM PERSEVERABIT DESOLATIO.

Tomad ahora la historia *profana*, y ved en el Talmud y en los escritos de los rabinos consignado el hecho de que la disolucion del *sanhedrin* (el sacerdocio mosáico) se efectuó CUARENTA AÑOS antes de la ruina de Jerusalen, es decir, exactamente desde la muerte de Jesucristo [1]; que en esta misma época *el santuario del templo se abrió por sí mismo de par en par* [2]; que se observaban en él cosas raras, de modo que un famoso rabino exclamó un dia: «¡Oh templo, templo! ¿que «te conmueve? ¿por qué te intimidas á ti mismo [3]?» Escuchad, segun Josefo y Tácito, aquella voz extraordinaria que se dejó oir un dia de Pentecostes en medio de un estruendo espantoso del fondo del santuario: SALGAMOS DE AQUÍ, SALGAMOS DE AQUÍ [4]; ved por espacio de *siete años*, con todo el pueblo judío, á un hombre del pueblo correr sin direccion por las calles de la ciudad, gritando incesantemente en medio de la paz mas completa: «Ha salido una voz del Oriente, una «voz ha salido del Occidente, una voz ha salido del lado de los cuatro «vientos: voz contra Jerusalen y contra el templo, voz contra los nue«vos desposados y contra todo el pueblo. ¡Ay del templo! ay de la «ciudad! ay de todo el pueblo! ay de Jerusalen!» Hasta que herido él tambien por una piedra durante el sitio, exclamó: ¡ay de mí tambien [5]! Contemplad esa guerra inaudita por su devastacion, y el pueblo romano dirigido por su caudillo Tito, dirigido á su vez por una fuerza misteriosa é irresistible, que á pesar de la benignidad de su carácter lo convirtió en instrumento de los mas espantosos horrores, sin que le fuese posible moderarlos [6]; fuerza tan visiblemente sobrenatural, que él mismo, aun siendo pagano, la confesó, diciendo á sus amigos: *Hemos hecho la guerra dirigidos por Dios; él es quien ha arrojado á los judíos de sus fortalezas, contra las cuales nada podian las fuerzas humanas ni todas las máquinas* [7]. *No soy yo quien ha vencido*, decia además el mismo Tito rehusando las coronas que las naciones le ofrecian;

[1] *Tratado sanhedrin*, fol. 41; *Gnaboda-zara*, fol. 8.

[2] R. David Gans, *Crónica*, año 1718. — Talmud, *Tratado Yoma*, fol. 37.

[3] R. Johanam, hijo de Zacai, *Tr. de fest. expiat.*

[4] Josefo, *de Bello judaico*, lib. VII. — Tacit., *histor.*, lib. V, cap. 13.

[5] Josefo, *de Bello judaico*, lib. VII, cap. 12.

[6] Sábese que hizo cuanto pudo para salvar el templo, como Juliano el apostata mas adelante para reedificarlo.

[7] Josefo, *de Bello judaico*, lib. VII, cap. 16.

no he hecho mas que prestar mis manos á la venganza divina[1]. Ved, por último, en la misma época extinguirse para siempre en todo el universo el fuego de los sacrificios, y el espíritu profético, ya verdadero ya mentiroso, guardar un silencio absoluto y tan sumamente raro hasta entonces, que Plutarco hace de esto el objeto de un tratado especial en el que se pierde investigando sus causas[2]; y la alianza *contratada* por el cristianismo con los pueblos modernos, el *pueblo judío rechazado*, la *desolacion* convertida en el estado *permanente* de este pueblo..., y despues deducid vosotros mismos la consecuencia.

Daniel escribió esta memorable profecía durante la cautividad. Despues volvieron los judíos á su país y reedificaron el templo, luego la ciudad: se estaba construyendo el templo todavía, cuando se oyeron los últimos acentos proféticos que llenaron de entusiasmo á los trabajadores.

Todas las profecías están mútuamente encadenadas por un enlace maravilloso que las hace diferir entre sí por ciertos rasgos particulares, y las hace parecerse todas por la convergencia y fusion de todos estos rasgos en el grande objeto que las reune y justifica: son como una familia de hermanas, que al través de su fisonomía propia reflejan de diversos modos los rasgos distintivos de su padre, doblemente visibles, por esta misma diversidad y por esta armonía en todas ellas[3].

Así las últimas profecías que vamos á citar anuncian claramente, como todas las demás, la venida del divino Mediador. Su conformidad acerca de este comun é invariable objeto es en el mas alto grado decisiva, y no lo son menos las circunstancias particulares, y no indicadas aun, por cuyo medio se apropian su prediccion.

[1] Filostrato, *Vida de Apolonio Tianeo*, lib. VI, cap. 9. — Parece que el tiempo se encargó de ejecutar esta desaprobacion que Tito hacia de su triunfo. «Entre las estatuas que decoran el arco triunfal de Tito, dice Wisseman, ve«mos las de los emperadores que lo mandaron levantar y que pasaron por de«bajo de él en triunfo, en el dia mutiladas, desfiguradas y cási arrancadas del «monumento que debia recordar la grandeza de los que ellas representaban, «siendo así que el candelero de oro del templo y la lámpara del testimonio per«manecen aun intactas en él y sobre ellas; en otro tiempo trofeo de guerra, «hoy de profecía; para aquellos emperadores prenda de victoria, y para nos«otros de una fuerza superior á todas las demás.» (Discurso IX sobre la *Arqueología*).

[2] DE LOS ORÁCULOS QUE HAN CESADO Y POR QUÉ. (*Obras morales*, tomo V).

[3] . . . . . *Facies non omnibus una,*
Nec diversa tamen, qualem decet esse sororum.
(Ovid., *Metam.*).

Por esto, durante la penosa reconstruccion del segundo templo, humilde y modesto comparativamente al antiguo, van desfalleciendo todas las esperanzas de Judá, y sus miradas fijas hasta entonces en el porvenir, se vuelven dolorosamente hácia lo pasado; pero la mirada de Ageo, venciendo las apariencias, saca de esta circunstancia un motivo particular de prediccion, anunciando que *muy pronto y en este segundo templo* se realizará la esperanza de Jacob. Hé aquí sus mismas palabras:

«Habla á los ancianos y díles: ¿Quién ha quedado entre vosotros «que haya visto esta casa en su primera gloria? ¿y cuál os parece está «ahora? ¿acaso no es ella ante vuestros ojos así como si no fuera? «Pero armaos de fuerza y trabajad con ánimo, dice el Señor, por- «que hé aquí lo que dice el Señor de los ejércitos: AUN FALTA UN POCO «DE TIEMPO, y yo conmoveré el cielo, y la tierra, y la mar, y *todo «el universo*... Y conmoveré *todos los pueblos* y VENDRÁ EL DESEADO DE «TODAS LAS NACIONES; y *henchiré de gloria esta casa*, dice el Señor de «los ejércitos... *La gloria de esta última casa será mucho mayor que «la de la primera*, dice el Señor de los ejércitos, *y en este lugar daré «la paz* [1]. »

Finalmente, Malaquías revela una circunstancia de la venida de Jesucristo, hasta entonces desconocida, y que estaba reservada para caracterizar en él el último profeta: esta circunstancia era que Jesucristo tendria un *precursor inmediato*. — Malaquías, que por un lado termina la cadena de los Profetas remontándose hasta Jacob, hasta Abrahan y hasta Dios, se inclina por el otro como para dar la mano, á través de cuatro siglos de silenciosa expectacion, *á Juan Bautista*, precursor inmediato de Jesucristo. — Las palabras del Profeta corresponden admirablemente á este carácter definitivamente indicativo:

«VOY á enviar mi ángel, que PREPARARÁ EL CAMINO ANTE MI FAZ. «Y LUEGO vendrá á su templo el Dominador á quien vosotros buscais, «y el Ángel de la alianza que tanto deseais. HÉLO AQUÍ QUE VIE- «NE [2]... »

§ V.

Llegó el tiempo en que Elisabeth debia concebir, y parió un hijo... y Zacarías, su padre, tomó á este niño en sus brazos, y lleno del Espí-

[1] Ageo, II, 3-10.
[2] Malaquías, III, 1.

ritu Santo, profetizó diciendo: — «Bendito sea el Señor Dios de Is-«rael, porque visitó á su pueblo y nos suscitó un poderoso Salvador «en la casa de David su siervo, conforme lo habia prometido por me-«dio de los santos profetas que vivieron en los pasados siglos, y se-«gun lo habia jurado á nuestro padre Abrahan. Y TÚ, NIÑO, profeta «del Altísimo serás llamado, porque IRÁS ANTE LA FAZ DEL SEÑOR, PARA «APAREJAR SUS CAMINOS, para dar á su pueblo conocimiento de salud «por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó «desde lo alto el Oriente, para alumbrar á los que están sentados en «tinieblas y en sombra de muerte, y para enderezar nuestros piés á «camino de paz [1].»

Este niño era JUAN BAUTISTA.

Algunos dias antes de su nacimiento, María, prima de Elisabeth y embarazada como ella, habia ido á visitarla. Juan saltó de alegría dentro del seno maternal, y Elisabeth, llena tambien del Espíritu de Dios, dijo á María: «BENDITA ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES Y BENDITO ES «EL FRUTO DE TU VIENTRE [2].»

María prorumpió entonces en estas palabras:

«Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en Dios «mi Salvador, porque miró la bajeza de su esclava; pues ya desde «ahora ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES, por-«que el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas... Ha hecho bri-«llar el poder de su brazo... Recibió á Israel su siervo, acordándose «de su misericordia, conforme lo habia prometido á nuestros padres, «á Abrahan y á su posteridad para siempre [3].»

HABIENDO PARIDO LA QUE DEBIA PARIR, el niño fue llamado JESÚS, y llegado el tiempo de la purificacion, María y José lo llevaron á Jerusalen para presentarlo al Señor. Habia á la sazon en Jerusalen un varon justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, que estaba esperando la consolacion de Israel, y habitaba en él el Espíritu Santo, que le habia revelado que no moriria hasta despues de haber visto al CRISTO del Señor. Fué, pues, un dia guiado por el espíritu de Dios al templo, y encontró allí á José y á la Madre del niño Jesús que iba á cumplir con lo que la ley prescribia. El santo anciano tomó al Niño en brazos, y al momento bendijo á Dios diciendo: «Ahora, Señor, pue-«des despedir á tu siervo en paz; porque segun tu palabra han visto

[1] Luc., I.
[2] Luc., I.
[3] *Idem*, *ibid.*

«mis ojos el Salvador que nos habeis dado, aquel CUYO CAMINO PRE-«PARASTE ANTE LA FAZ DE TODOS LOS PUEBLOS, PARA SER LUZ QUE ILUMINE «Á TODAS LAS NACIONES [1].»

Treinta años despues, Juan, segun aquellas palabras de la profecía: *Voy á enviar mi ángel que preparará el camino ante mi faz*, estaba en el desierto bautizando y predicando el bautismo de la penitencia para la remision de los pecados... La ciudad de Jerusalen, la Judea y todo el país circunvecino iban entonces á encontrarlo y lo contemplaban como pasmados, pensando en su interior si Juan seria el Cristo. Pero Juan dijo en presencia de la multitud: «Yo os bautizo «en agua, mas en pos de mí viene el que es mas fuerte que yo, ante «el cual no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus za-«patos. Tiene la criba en la mano, y purgará su aire, y recogerá el «trigo en su granero, y hará arder la paja en un fuego inextingui-«ble [2].» Otras muchas cosas decia evangelizando con ellas al pueblo.

A la sazon pasó por allí Jesús, y Juan, señalándolo al pueblo, dijo: «HÉ AQUÍ EL CORDERO DE DIOS, HÉ AQUÍ EL QUE QUITA EL PECADO DEL «MUNDO [3].»

Y acercándose Jesús fue bautizado por Juan en el rio.

Y despues que Juan fue encarcelado, volvió Jesús á Galilea predicando el Evangelio del reino de Dios.

De modo que, despues de cuatro siglos de silencio, despues que el último profeta Malaquías habia dicho: HÉLO AQUÍ QUE VIENE, y al espirar el término fijado por Daniel, apareció Juan Bautista el *Precursor;* y en seguida Jesucristo, *el Deseado de todas las naciones*, entró en su templo y empezó su mision.

¡Qué encadenamiento y qué maravillosa concordancia!

Hacia treinta siglos que se sucedian los profetas anunciando la aparicion del Mesías, regenerador universal de todas las naciones; y estas profecías no se habian aplicado á nadie todavía, y el Mesías siempre prometido era siempre esperado. Viene Jesús al mundo en la oscuridad mas profunda, y al momento, á pesar de esta oscuridad, es proclamado como siendo AQUEL *cuya venida habia sido preparada á la faz de todos los pueblos, por la boca de todos los profetas que le habian precedido, para ser la luz que habia de iluminar á todas las naciones;*

[1] Luc., II.
[2] Marc., I.
[3] Juan, I.

y los sucesos vienen en seguida á justificar inmediatamente esta aplicacion profética de las profecías.

Si las profecías no se hubieran aplicado á Jesucristo hasta despues que toda la tierra hubiese estado convertida al Evangelio, en tiempo de Constantino ó de Teodosio, la fuerza y exactitud de la aplicacion hubieran sido eminentemente concluyentes; pero se hubiera podido decir, no obstante, que los mismos sucesos habian sugerido la comparacion. Pero no fue así. Desde el primer momento, en lo mas fuerte de la oscuridad y de la ignorancia natural de los sucesos, y cuando todo parecia contradecirlos, se le aplicaron las profecías sin vacilacion, y en términos tan expresivos y grandiosos como ha podido hacerse despues en los dias de mayor gloria para Jesucristo, y como podrá hacerse jamás.

Bajo este punto de vista, que no es muy observado, los cánticos de Zacarías, de Simeon y de la santa Vírgen, y las palabras de Elisabeth y de Juan Bautista son incomparablemente las mas grandes y mas concluyentes de todas las profecías. Tienen sobre todas las demás el carácter decisivo de que no solo predicen claramente el porvenir, sino que aplican además la prediccion, á pesar de todas las aparentes contradicciones del presente, y que no solo anuncian el Salvador en general, sino que designan directamente su persona.

La primera de todas las profecías habia dicho que naceria de la mujer en general, y las otras precisándose sucesivamente habian anunciado que saldria del pueblo judío, de la tribu de Judá, de la familia de David, y de la pequeña ciudad de Belen; Daniel, en fin, habia señalado la época fija de su aparicion. Pero por muy precisas que estas predicciones fuesen, podian aplicarse aun á gran número de hombres de la misma nacion, de la misma tribu, de la misma familia y de la misma época, con mas ó menos exactitud. Pero ahora la precision de la profecía llega á su colmo: señala con el dedo la misma persona del Cristo, y dice: ESTE ES: HÉ AQUÍ EL CORDERO DE DIOS QUE QUITA EL PECADO DEL MUNDO: HÉ AQUÍ EL QUE FUE ANUNCIADO DESDE EL PRINCIPIO. Y lo designa precisamente de este modo cuando naturalmente nada lo revela, ó mas bien, cuando parece que todo se conjuraba á sustraerlo á la aplicacion de las profecías: cuando no era mas que un hombre ordinario, un niño oscuro, un fruto oculto todavía en el seno maternal.

Podemos, pues, decir que todo es sobrenatural y demostrativo en las profecías. En ellas todo se lo reservo Dios para sí, á fin de que nos

viésemos obligados á reconocerlo. Así como habia hecho la profecía obró despues su cumplimiento, y él fue tambien, él solo, quien hizo la aplicacion de la profecía á los sucesos que fueron su cumplimiento.

Pero si estas reflexiones se justifican, como acabamos de ver, por las profecías, cuyo objeto inmediato es Jesucristo, su verdad resalta aun mucho mas en las otras de que él mismo es autor.

«Los Profetas profetizaron y no fueron profetizados, dice Pascal: «los Santos fueron profetizados y no profetizaron; y Jesucristo fue pro-«fetizado y profetizó.»

Jesucristo es profeta, ya aplicándose las profecías antiguas, ya haciendo otras nuevas como queriendo extender las primeras.

La aplicacion de las profecías á los sucesos es tambien eminentemente profética, cuando los sucesos son ocultos, aunque presentes. ¿Qué habia de mas oculto, de mas oscuro, de mas opuesto á las apariencias sensibles que la divinidad de Jesucristo? Por otra parte, esta circunstancia debia tambien ocurrir para que se cumplieran las profecías, pues estas habian dicho formalmente de él que los hombres no lo reconocerian. Por esto hemos visto que solo por inspiracion lo reconocieron Zacarías, Simeon, María, Elisabeth y Juan Bautista. Sin embargo, al ver estos santos personajes en él al Mesías prometido, no descubrieron detalladamente y punto por punto todo lo que justificaba semejante aplicacion de las profecías. Asimismo, cuando mas adelante sus milagros probaron su divinidad, la profunda oscuridad de su humanidad los desacreditaba en el concepto de muchos, y hasta los mismos á quienes aquellos milagros convencian, sus Apóstoles, estaban muy léjos de descubrir en él todo el objeto de las profecías. Para descubrirlo completamente era necesario ser él mismo. Solamente él poseia todo el secreto, del cual los mas privilegiados solo habian logrado comunicaciones parciales. Así, una de las mas grandes pruebas de la divinidad de Jesucristo es la íntima conciencia que él mismo tenia de ella, y que expresaba tan sencillamente á través de todo cuanto debia impedirle su persuasion y confianza. Nada en el Evangelio es tan encantador y persuasivo como esa calma reflexiva, esa tranquila confianza, esa completa ausencia de toda duda y preocupacion, ese discernimiento profundo é infalible con que Jesucristo ve venir, acepta y dispone él mismo los acontecimientos que parece han de inutilizar todos sus designios. Anegado como en un océano de ignominia, se oculta á todas las miradas, hasta á las de sus discípulos que lo abandonan. Se halla tanto mas abatido y degradado cuanto que los hom-

bres convierten los emblemas de su misma divinidad en señales de infamia é instrumentos de suplicio, y que la mas cruel ironía le defrauda hasta la dignidad, si fuera posible, de sus dolores. Pues bien: en semejante estado, ¿qué piensa, qué dice de sí mismo, qué hace?... cumple, consuma las profecías deliberada, voluntaria y libremente. Solo él las ve todas con claridad, aun las mas oscuras; solo él se ve á sí mismo claramente como su objeto; solo él, en ese drama de su pasion y muerte, en el que aparece abrumado bajo el peso de la naturaleza entera, no deja de tener completa inteligencia de su verdadera situacion; la domina, la quiere, la hace, la adapta al patron de las profecías, y apareciendo como juguete de todas las pasiones desencadenadas contra él mismo, dispone, sin embargo, de ellas como Señor soberano.

Es inútil justificar estas reflexiones con ejemplos sacados del texto: todos los lectores tienen presentes las palabras y los actos memorables de Jesucristo en aquel trance.

De modo que la perfecta inteligencia que de sí mismo tenia Jesucristo, como objeto de las profecías, en la situacion mas desesperada, humanamente hablando, es una profecía superior á todas las demás, y que en realidad no puede proceder mas que de su mismo objeto.

Pero Jesucristo hizo nuevas profecías como extension de las antiguas, profecías tan numerosas que cási podemos decir que todas sus palabras lo son; pues se refieren todas al triunfo ulterior de su doctrina, que parecia iba á quedar ahogada y perdida en su misma cuna. Es verdad que semejantes profecías no están explícitamente señaladas; pero la causa de este fenómeno consiste precisamente en lo que mas notables las hace: su sencillez y su exactitud.

Todas las otras profecías se hallan expresadas en términos pomposos y solemnes, como convenia á la criatura accidentalmente elevada á la confidencia del Criador. Las de Jesucristo son de una sencillez que se escapa á la atencion, pues parecen proferidas en cierta manera sin atencion y con el natural abandono de una inteligencia que ni siquiera se apercibe inmediatamente de lo que revela, porque lo posee en su misma fuente y de propia ciencia; porque lo concibe espontáneamente y del mismo modo que debe ejecutarlo. Es el autor de los sucesos que hace la profecía tan naturalmente como nosotros anunciamos el proyecto de hacer una cosa poco antes de hacerla. La única

diferencia está, y en esto consisten las profecías de Jesucristo, en que la cosa de que se trata es un prodigio.

El segundo carácter de las profecías de Jesucristo, que impide fijar en ellas la atencion, es la perfecta y rápida exactitud con que se van identificando con su cumplimiento, y se pierden en su triunfo. Como nos hallamos colocados en medio de este cumplimiento, engolfados en él, y hasta nos parece haberlo estado siempre, adquirimos su conocimiento natural, antes de que él aparezca, y no le conservamos el intervalo de tiempo y sobre todo de obstáculo que lo separaba de la profecía.

En apoyo de estas observaciones no citarémos mas que un corto número de ejemplos, dejando al lector el cuidado y el placer de descubrir por sí mismo los demás, pues las profecías de Jesucristo son tan sencillas y están tan exactamente unidas á los sucesos, que es menester descubrirlas, aunque, despues de haberlas descubierto, es imposible desconocer su prodigiosa realidad.

Por ejemplo: «Y pasando Jesús por la ribera del mar de Galilea, «vió á Simon y á Andrés su hermano que echaban sus redes en la mar «(pues eran pescadores), y les dijo: SEGUIDME, Y HARÉ QUE SEAIS PES-«CADORES DE HOMBRES [1]. »

Quien reflexionase bien en el carácter y la fuerza de esta profecía, encontraria en ella motivo bastante para convertirse de repente á la fe cristiana.

Hemos probado ya la verdad del Evangelio: esta verdad resalta en todas partes; pero nos parece que el pasaje citado es de ella una prueba muy palpable. Creemos que es tan moralmente imposible que los Evangelistas inventasen estas palabras de Jesucristo y que se las hubiesen gratuitamente atribuido, como lo es que el hombre se eleve naturalmente por los aires. Por esto creemos tambien que el que las pronunció era Dios. Jamás se le hubiera ocurrido al hombre, queriendo hacer una profecía despues de los sucesos, como se deberia suponer que los Evangelistas habian hecho esta cuando ya hubiesen llegado á ser realmente *pescadores de hombres;* jamás, decimos, se le hubiera ocurrido al hombre, queriendo hacer anunciar por un Dios una cosa tan extraordinaria á hombres groseros, hacerlo en términos tan ordinarios y tan sencillos.

¡Qué! ¿se ha considerado bien? unos pobres pescadores de un pe-

[1] Marc., 1, 17.

queño mar de Galilea, llegar á ser *pescadores de hombres;* del mismo modo que lo eran *de peces;* coger los hombres en el mundo y sacarlos fuera de sus pasiones, fuera de su elemento en cierta manera, como á los peces fuera del agua; con sus redes, y ¿qué redes? las de la persuasion y de la palabra; y ¿en qué tiempos, en qué sociedad?...

Es verdad que todo se cumplió al pié de la letra; pero tambien lo es que este era un prodigio inaudito, que todo parecia desmentir y confundir aun á medida que se iba realizando. ¿Qué debia parecerles, pues, antes de esto, en el momento en que oyeron la proposicion, *á aquel Simon y á aquel Andrés que estaban echando sus redes en la mar?* ¿Podian hallarse términos suficientemente brillantes y expresivos para profetizarles y persuadirles su resultado? ¿No se estaba entonces en el caso de exclamar con los Profetas: *Oid pueblos; prestad atencion, vosotros todos los que habitais la tierra;* ó bien: *Cielos, oid mi voz; escuche toda la naturaleza las palabras que van á salir de mi boca?* — Pero no: Seguidme, y haré que seais pescadores de hombres... Como si se tratara de la cosa mas ordinaria y mas sencilla; ¡tan sencilla y ordinaria era, en efecto, para aquel que así hablaba de ella! Se ha dicho que *el estilo es el hombre:* aquí podríamos decir que *el estilo es Dios,* hablando del mismo modo que obra, y no teniendo nunca mas necesidad de esfuerzo para hacer los mayores prodigios, que de elocuencia y arte para persuadirlos.

— Y en seguida dejaron las redes y le siguieron [1], y se cumplió del mismo modo que se habia dicho: fueron hechos *pescadores de hombres.* La primera vez que predicó aquel mismo *Simon,* llamado despues *Pedro,* cogió *tres mil* hombres, la segunda *cinco mil* [2], é insensiblemente ya no fueron hombres, sino ciudades, provincias, el imperio, el mundo entero, lo que aquellos pescadores cogieron y han guardado constantemente desde entonces en sus invisibles redes.

¿Quién puede negar el suceso? ¿quién puede negar la profecía? ¿quién puede negar el triple prodigio de este suceso, de esta profecía y de la concordancia entre los dos? ¿quién no ve particularmente en el tono de la profecía, que esta es verdadera; que solo de la boca de Jesucristo pudieron salir palabras semejantes, y que tanto por su sencillez como por su exactitud, en una materia de suyo tan prodigiosa, es una prueba viviente de su divinidad?

Cuanto acabamos de indicar se concibe mejor que se expresa, y se

[1] Marc., I, 17.
[2] Hechos de los Apóstoles, II y IV.

siente mejor aun que se concibe. Dejarémos, pues, con confianza este pasaje á los hombres de sentimiento y de corazon, y si no son esclavos de sus sentidos y de su orgullo, salimos garantes de su fe.

Hé aquí otra profecía de Jesucristo que no es menos admirable: la que hace respecto de la Magdalena.

Es muy sabido que esta pecadora, el escándalo y oprobio de la ciudad de Betania, fué á arrojarse á los piés del Salvador en la casa de un fariseo, y que en aquel mismo sitio tomó Jesucristo la defensa de esta desgraciada, contra el desprecio é indignacion de todos los circunstantes, inclusos los mismos Apóstoles. Esta escena es admirable; es el cuadro mas tierno que ha podido contemplar jamás el espíritu humano. Únicamente la verdad podia prestar sus bellísimos colores. Los discípulos de Jesucristo no hubieran podido imaginar aquella bondad del Salvador; ellos que, en esta circunstancia, fueron y se presentaron desapiadados y duros, nunca hubieran podido imaginarse que el precio del amor penitente fuese tan grande, que alcanzase á lavar las manchas de una vida entera con las lágrimas de un momento; ni mucho menos se les hubieran ocurrido estas palabras, tan propias para convencernos de la divinidad de Jesucristo como los mas grandes milagros: SE LE HA PERDONADO MUCHO, PORQUE HA AMADO MUCHO. No, los hombres no inventan estas cosas, y por la misma razon el que es autor de ellas no puede ser un mero hombre... Mas de la profecía que hizo en esta circunstancia resulta una prueba sensible de su divinidad:

«*Dejad á esta mujer*, dice dirigiéndose á los circunstantes que murmuraban de indignacion; *¿por qué le sois molestos?*... EN VERDAD OS DIGO, *que en todas partes donde fuere predicado este Evangelio, y* LO SERÁ EN TODO EL MUNDO *(in universo mundo)*, SE CONTARÁ EN ALABANZA DE ESTA MUJER LO QUE ACABA DE HACER EN ESTE MOMENTO [1].»

¡Qué momento para hacer semejante profecía! ¡la gloria eterna de Magdalena pronosticada desde su mas profunda abyeccion, como para desafiar todas las conjeturas! ¡esta gloria asociada para siempre y de una manera particular á la del Evangelio, y la de este llenando todo el universo!

Cuando los Evangelistas escribieron esto no se habia cumplido aun la profecía; por consiguiente no pudieron inventarlo á vista de los sucesos.

[1] Mat., XXVI. — Marc., XIV. — Luc., VII.

Estos sucesos se desarrollaron despues; y en todo el mundo, con la publicacion del Evangelio, fue preconizada la conducta de Magdalena como el mas bello ejemplo y el motivo mas estimulante de la penitencia santificada por el amor.

Este cumplimiento de la profecía de Jesucristo ha ido llegando hasta nosotros, hasta el siglo XIX, y aun parece que nosotros debíamos ser particularmente testigos de ella, y vernos rodeados de circunstancias gloriosas para la Religion de Jesucristo.

En un siglo llamado *de las luces*, todas las inteligencias, todos los corazones, todos los brazos se ligan contra esta Religion, y desde la cumbre de su gloria se ve precipitada en la sangre y tinieblas de su cuna. Del seno de esta misma revolucion sale un hombre que se hace dueño de ella; si aparece rehabilitando á esta Religion, es para subordinarla á su poder y convertirla en escabel de su inmensa ambicion; nuevo Alejandro, toda la tierra enmudece á su presencia [1]; hace de la capital de la Francia la capital del mundo civilizado, y en ella, mientras va reuniendo la gloria en el exterior, le levanta un templo en el interior. Con toda esa gloria se levanta este templo, y llega un dia en que ambos están en su colmo y son verdaderamente dignos el uno del otro... Pero en este mismo dia hace Dios sentir su soplo: la gloria del gran Napoleon se desvanece, y el templo cobija dentro de sus paredes la gloria de la humilde Magdalena. El frontispicio nos la representa en la circunstancia y actitud en que se hallaba cuando Jesucristo pronunció sobre ella esta profecía: EN VERDAD OS DIGO, QUE EN TODAS PARTES DONDE FUERE PREDICADO ESTE EVANGELIO, Y LO SERÁ EN TODO EL MUNDO, SE CONTARÁ EN ALABANZA DE ESTA MUJER LO QUE ACABA DE HACER EN ESTE MOMENTO.

Por mas que deseemos abreviar y concluir, no podemos prescindir de otra profecía que hizo Jesucristo, sobre Jerusalen y sobre el templo:

Hallándose un dia Jesucristo junto al templo, le hicieron notar la belleza de su construccion, y él les contestó: «*Vendrá un dia en que «todo lo que ahora veis aquí será destruido*, DE MANERA QUE NO QUE-«DARÁ PIEDRA SOBRE PIEDRA. Y sus discípulos le preguntaron: Maes-«tro, ¿cuándo sucederá esto?... En verdad os digo que, *no se aca-«bará la presente generacion sin que esto se haya realizado*... Pero *antes «se apoderarán de vosotros y os perseguirán, os llevarán á las sina-*

[1] Menos la España, contra la que se estrelló todo el poder de aquel coloso. El ejemplo de nuestra patria enseñó á la Europa que no eran invencibles los ejércitos del Usurpador. *(Nota de los Editores).*

«*yogas y á las cárceles, y seréis azotados, y compareceréis ante los go-*
«*bernadores y reyes por mi nombre y para que sirvais de testimonio á*
«*la verdad...* Cuando veais que se acerca un ejército á sitiar á Jeru-
«salen, pensad que está próxima su desolacion. Entonces serán los
«dias de la venganza, á fin de que *sea cumplido cuanto las Escritu-*
«*ras contienen.* ¡Ay de las que en aquellos dias estén en cinta ó estén
«criando! Este país será anegado en males, y la cólera del cielo se
«derramará sobre este pueblo. Sus habitantes serán pasados á cu-
«chillo, y llevados cautivos *á todas las naciones,* y Jerusalen será ho-
«llada de los gentiles: hasta que se cumplan los tiempos de las nacio-
«nes... ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! ¡si á lo menos reconocieras en igual
«dia el único recurso que te queda para alcanzar tu paz! entre tanto
«todo está oculto á tus miradas. Vendrá un tiempo en que tus ene-
«migos *te rodearán de trincheras y te cercarán por todas partes;* te des-
«truirán á tí y á tus hijos, y no dejarán piedra sobre piedra, porque
«no conociste el tiempo en que fuiste visitada [1].»

¿Tendrémos necesidad de hacer observar la concordancia literal de esta profecía con los acontecimientos? Isaías y Daniel habian trazado ya este cuadro profético, y Jesucristo se lo apropia, refiriendo los acontecimientos á su persona, y precisando los tiempos y las circunstancias de acontecimientos tan memorables.

Sin embargo, no debemos pasar en silencio los esfuerzos empleados por el emperador Juliano, trescientos años despues, para desmentir la profecía de Jesucristo relativa al templo, y el prodigio que los hizo abortar.

La intencion de Juliano se halla muy bien expresada por Gibbon, cuya pluma hostil al cristianismo se doblega á la fuerza de la verdad, y obligada á describirla arroja en torno suyo, en las notas que acompañan el texto, las vislumbres de su infamacion y de su malicia. «Es-
«tando los cristianos, dice, firmemente persuadidos de que una sen-
«tencia de destruccion habia dejado arruinado para siempre todo el
«edificio de Moisés, queria Juliano sacar del resultado de su empresa
«un argumento especioso contra la fe debida á las profecías y á la
«verdad de la revelacion [2].»

Mas adelante expone Gibbon de la manera siguiente los esfuerzos de Juliano y el concurso de los judíos para hacerlo triunfar: «A la
«señal dada por su poderoso libertador, los judíos diseminados por

[1] Luc., XIX y XXI. — Mat., XXIV. — Marc., XIII.
[2] *Histor. de la decadencia del imper. rom.*, t. IV, p. 395.

«todas las provincias del imperio acudieron á la montaña santa, y su «insolente triunfo alarmó é irritó á los cristianos que se encontraban «en Jerusalen. El deseo de reconstruir el templo ha sido siempre, des- «de su ruina, la pasion dominante de los hijos de Israel. En aquel «afortunado momento olvidaron los hombres su avaricia, y su deli- «cadeza las mujeres. La vanidad de los ricos se sirvió de azadones y «otros instrumentos de plata, y se vió llevar escombros á personas «vestidas de púrpura y seda. Se abrieron todos los tesoros, no hubo «nadie que dejase de tomar parte en tan piadoso trabajo, y *las órde- «nes del gran monarca fueron ejecutadas con entusiasmo por el pueblo «entero* [1].»

El mismo Gibbon nos refiere tambien en estos términos cómo la empresa fracasó: «Pero en esta ocasion los esfuerzos reunidos del po- «der y del entusiasmo fueron infructuosos, y el solar del templo ju- «daico, ocupado actualmente por una mezquita musulmana, ofreció «siempre el compasivo espectáculo de la ruina y desolacion... Los con- «temporáneos de aquel suceso, cuyo testimonio es por otra parte im- «ponente, atestiguan, con cortas variaciones en sus relatos, que los «nuevos cimientos del templo fueron destruidos y dispersados por tor- «bellinos de viento y de fuego. Esta circunstancia fue referida por san «Ambrosio, obispo de Milan, en una carta al emperador Teodosio, que «debe excitar toda la animadversion de los judíos; por san Crisósto- «mo, que podia apelar á los recuerdos de los ancianos de la iglesia «de Antioquía, y por san Gregorio Nacianceno, que publicó una re- «lacion del milagro antes de concluirse el mismo año. El último de- «clara con entera libertad que los infieles no negaban este hecho so- «brenatural; y por mas aventurada que su aseveracion parezca, se «halla confirmada por el irrecusable testimonio de Amiano Marcelino. «Este filósofo guerrero, que estimaba las virtudes de su maestro sin «adoptar sus preocupaciones, cuenta, en la historia juiciosa y llena «de candor que nos dió de su tiempo, los extraordinarios obstáculos «que impidieron el restablecimiento del templo de Jerusalen: *Mien- «tras Alipio*, dice, *ayudado del gobernador de la provincia, activaba «con grande ardor los trabajos, salieron de entre los cimientos terribles «globos de fuego; con frecuencia reventaban sobre los operarios, á quie- «nes hirieron, y á veces les hicieron inaccesible el terreno. Y como si- «quiese este fuego cayendo cada vez con mas fuerza sobre los trabaja-*

[1] *Histor. de la decadencia del imper. rom.*, t. IV, p. 393.

«*dores, como si estuviese destinado á dispersarlos, al fin se abandono «aquel propósito* [1].»

Este texto de Amiano Marcelino embarazó muchísimo á Gibbon, y antes de él á Voltaire: un milagro afirmado por un pagano, y tan á propósito para confirmar una grande profecía, era en efecto una cosa muy importuna; era, pues, preciso recurrir á la física y acusar á la naturaleza de complicidad con la Religion. De aquí resultaron esas numerosas y extensas disertaciones de personas cási siempre incompetentes. «Por lo que á mí hace, dice con este motivo Chateaubriand, «soy demasiado ignorante para entrar en controversia con los he«chos, y carezco de la autoridad suficiente para interpretarlos ó com«batirlos; los refiero como los he encontrado [2].»

Lo único que resultó de aquella sacrílega empresa fue, que al abrir los cimientos para el nuevo templo, se acabaron de destruir los fundamentos del antiguo, y los oráculos de Daniel y de Jesucristo quedaron confirmados con lo mismo que se hacia para convencerlos de impostura.

Dejamos al lector la tarea de notar y apreciar por sí mismo las demás profecías de Jesucristo; esta: CUANDO SERÉ LEVANTADO EN ALTO, TODO LO ATRAERÉ Á MÍ [3]; esta otra: *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que bajará sobre vosotros, y daréis testimonio de mí* EN JERUSALEN, Y EN TODA LA JUDEA, Y EN LA SAMARIA, Y HASTA LOS TÉRMINOS DE LA TIERRA [4]; y en fin, esta otra tan grande y tan invencible, á la cual cada siglo y cada dia paga su tributo: TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA, Y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECERÁN CONTRA ELLA... ID PUES...; ENSEÑAD Á TODAS LAS NACIONES. ID POR TODO EL MUNDO, Y PREDICAD EL EVENGELIO Á TODA CRIATURA, Y ACORDAOS DE QUE YO ESTOY SIEMPRE CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS [5].

Trasladaos á la época en que fueron pronunciadas estas poderosas palabras, y en que fueron escritas: considerad todos los obstáculos que el mundo entero y la naturaleza de los hombres y de las cosas les

[1] Gibbon, *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. IV, pág. 399 á la 401. — Á los testimonios citados por Gibbon deben añadirse los de Rufino, Sócrates, Teodoreto, y Filostorgio.

[2] *Estudios históricos.* — de Juliano hasta Teodosio.

[3] Juan, VIII.

[4] Hechos de los Apóstoles, I.

[5] Mat., XXVIII. — Marc., XVI.

oponian, y al mismo tiempo con qué débiles medios contaban para un éxito tan imposible; considerad en seguida este éxito, este éxito admirable, prodigioso y tan literalmente de acuerdo con la promesa de que se realizaria, y decios á vosotros mismos si pudo predecirlo nadie mas que un profeta, y si pudo cumplirlo nadie mas que un Dios.

Haced el mismo raciocinio y la misma comparacion respecto de cada una de las profecías que hemos citado, y veréis que de cada una de ellas se deduce siempre igual conclusion. Reunid en seguida todas las profecías, y en todas ellas veréis su sucesion inmensa, su manifiesto encadenamiento y su puntual concordancia entre sí y con los acontecimientos. Calculad cuántas casualidades, cuántas coincidencias y qué feliz concurso en los hombres y en las cosas serian necesarios para producir tan admirable conformidad, un encadenamiento tan maravilloso, tanta exactitud en los detalles y en el conjunto de esas profecías y de esos acontecimientos en cosas tan extraordinarias, á tan considerables distancias de tiempos y lugares, á través de obstáculos tan variados, sin el mas pequeño mentis, sin la mas ligera desviacion. Buscad en cualquier otra cosa, á menos que sea en la naturaleza y armonía de los cielos, nada que se parezca á esta manifestacion del Ser soberano...; y preguntad en seguida, en lo mas íntimo de vuestra razon, en lo mas secreto de vuestra conciencia, si el fin de tantas maravillas podria ser acreditar una religion de impostura, y tener por objeto la falsedad.

Abandonamos enteramente la suerte de la Verdad, que es el objeto de estos *Estudios*, á la respuesta que os daréis á vosotros mismos, ó mas bien, que os dará esta misma Verdad; pues si la escuchais bien, oiréis que os dice, con grande asentimiento de vuestra razon, las siguientes palabras que profirió en otro tiempo por boca de su profeta Isaías:

«Venid y raciocinemos juntos.

«¿Quién hizo oir las cosas desde el principio y desde entonces las «predijo? ¿No fuí yo, que soy el Señor [1]? ¿yo, que anuncio desde «el principio lo postrero, y mucho tiempo antes lo que aun no ha sido «hecho, diciendo desde el orígen del mundo: Mis decretos subsisti«rán y todas mis voluntades serán cumplidas [2]?

[1] Isaías, XLV, 21.
[2] Isaías, XLVI, 10.

«Yo anuncié y salvé, yo solo hice tantas maravillas delante de vos-«otros; vosotros sois los testigos de mi divinidad, dice el Señor [1].

«Yo hice predecir mucho tiempo antes lo que sucedió después; ha-«bia anunciado lo que despues se ha cumplido, porque supe que «eres duro, que tu espíritu es rebelde y de hierro tu cerviz. Por esto «te dije las cosas de antemano: antes de que viniesen te las hice sa-«ber, para que nunca dijeses que habian sido obra de tus dioses y «resultado de sus órdenes, y para que reconocieras que yo soy el Eter-«no; que no hay mas Dios que yo; que no hay otro Dios fuerte, justo «y Salvador, mas que yo [2].

«En efecto ¿qué he prometido yo que no lo haya cumplido? Es «verdad que todavía hay cosas, prometidas por mí, que no os he da-«do aun: hay la resurreccion de los muertos y la vida perdurable; «mas lo que os tengo dado ¿no es por ventura bastante para persua-«diros que no ha de faltar lo que aun resta?

«Entremos en cuentas, si os parece; y como teneis en vuestras ma-«nos mi promesa, podeis aseguraros de todo lo que llevo cumplido, «y de cuantas partidas llevo ya satisfechas de mi Escritura:

«Mi Unigénito no habia parecido en la tierra antes de su encarna-«cion: os habia prometido que lo enviaria, y está hecho ya;

«Una Vírgen no habia concebido de una manera tan maravillosa: «os lo habia prometido, y lo cumplí;

«Los gentiles no habian aun creido en mí, y todavía no habian sido «exterminados de la tierra los ídolos de las naciones: lo habia predi-«cho, y lo he cumplido;

«No habia sido reprobado aun el pueblo judío, y no se le habia visto «errante y dispersado en todo el universo: lo habia predicho, y lo he «hecho;

«Una doctrina tan increible como lo es la de la Cruz, no habia si-«do aun persuadida al género humano por un puñado de ignorantes, «y unos groseros pescadores no habian cogido todavía el mundo en «sus redes: lo habia anunciado, y lo hice.

«Pasad adelante en la lectura de mi Escrito: Habia prometido que «os enviaria el Espíritu Santo, y que sobre un fundamento el mas dé-«bil edificaria en medio de vosotros una Iglesia siempre atacada, y «que sin embargo, duraria siempre: este es otro artículo que debeis

[1] Isaías, XLIII, 12.
[2] Isaías, XLV y XLVIII.

«borrar igualmente, pues como veis queda cumplido, en los 1800 «años que se sostiene, y en que continúa á vuestra vista recibiendo «su cumplimiento.

«Por consiguiente, despues que estas y tantas otras cosas tan im- «previstas y singulares, que habia prometido, han recibido un tan «exacto cumplimiento, en el tiempo y modo que tenia marcado á «cada una en mis eternos decretos; ¿no mereceré todavía crédito en «este solo artículo tan grande y tan capital de la vida venidera, y de «la inmortalidad gloriosa, que os prometo si perseverais con fideli- «dad en mi servicio? ¡Qué! veis cumplido hoy dia en todo el uni- «verso lo que prometí en otro tiempo á la fe de solo Abrahan; ¿y du- «daréis todavía si tendrá igual cumplimiento lo que tengo prometido «á la fe del universo entero?... Apoyado, pues, en unas prendas tan «brillantes de la verdad de mi palabra, marchad con paso firme, y sin «titubear en vuestra fe, hácia el fin último que mi Religion os propo- «ne, plenamente seguros de que como se han cumplido las cosas tem- «porales, que se anunciaron tantos siglos antes, tendrán asimismo un «cumplimiento infalible las eternas que os han sido prometidas [1].»

CAPÍTULO V.

LOS MILAGROS.

Las varias partes de nuestro asunto se confrontan y enlazan entre sí de tal modo, que nos expondríamos á grandes repeticiones si quisiéramos tratar de cada una de ellas independientemente de las demás.

Es por lo tanto absolutamente necesario que retengamos lo dicho una vez, y que lo recordemos cási espontáneamente cuando se presente ocasion de referirlo á lo que falta decir todavía.

En el profundo estudio que hemos hecho habemos adquirido la conviccion razonada de la autenticidad y verdad de los Evangelios, y hemos quedado tan penetrados de esta autenticidad y verdad, que al coger el libro de los Evangelios, al abrirlo y leerlo, todo cuanto hay

[1] Imitado de san Agustin.

escrito en él nos parece dotado del mismo poder de persuasion y certidumbre, que si lo hubiéramos visto por nuestros propios ojos.

Luego los MILAGROS consignados en los Evangelios son verdaderos: luego su autor, Jesucristo, es el Autor mismo de la naturaleza.

Una vez conseguido este resultado, que no podrá defraudársenos mientras sea constante, como hemos demostrado, *que no hay nada mas auténtico y verdadero* que el testimonio de los Evangelios; nada mas tendrémos que hacer que disipar las objeciones, ó mejor las preocupaciones que se forman de ordinario en torno de la verdad de los milagros, y confirmarnos, despues de haberlo desprendido de ellas, en el fundamento decisivo de su admision.

Tal va á ser el doble objeto del presente *Estudio*.

§ I.

¿Son posibles los milagros?

¿Ha debido Dios hacer milagros, y cuál es la razon de su conveniencia?

Si los hubo verdaderamente en el orígen del cristianismo, ¿por qué desde entonces han ido siempre en disminucion, y por qué no los hay ya ahora?

Los falsos milagros, que en la edad media encontraron una fe tan sincera, y que tan poco llamaron la atencion de la crítica, ¿no nos enseñan lo que debemos pensar de los milagros en general, y no nos proporcionan un motivo muy poderoso para creer que los milagros evangélicos no tienen en su favor mas que su antigüedad y el prestigio de su alejamiento?

Muchos de estos milagros evangélicos no solamente suponen una *suspension* de las leyes de la naturaleza, siempre difícil de creer, sino un estado de estas leyes distinto del nuestro, lo cual es todavía mas difícil de admitir: entendemos hablar de los hechos de *posesion por el demonio*, y sus diferentes géneros, de los cuales no ha sobrevivido ninguno. ¿No hay evidentemente sobre este último punto nada de ignorancia, de ilusion, de sorpresa ni de truhanería? ¿Por qué estos hechos han desaparecido con las tinieblas de la ignorancia, y no se reproduce ni uno siquiera en nuestros siglos de ilustracion? Pero siendo falsos estos hechos, los milagros que se refieran á ellos, y de los cuales hay tantos en el Evangelio y en los anales de los primeros tiempos cristianos, ¿comprometen y envuelven por consiguiente en el mismo descrédito á todos los demás milagros evangélicos?

Tales son las preocupaciones que debemos desvanecer.

Lo harémos en pocas palabras, convencidos, como nos hallamos, de que á los talentos rectos y sinceros les basta una explicacion exacta, aun cuando sea sóbria y lacónica, y de que los demás no reconocen límites en sus exigencias.

I. ¿Son posibles los milagros?

«Esta cuestion, tratada sériamente, dice *Rousseau*, seria impía si «no fuese absurda; castigar á quien la resolviese negativamente seria «hacerle demasiado honor; bastaria encerrarlo. ¿Quién ha negado «jamás que puede Dios hacer milagros? Seria preciso ser hebreo pa«ra preguntar si podia Dios preparar mesas en el desierto [1].»

Solo un sofista, que debia retractarse inmediatamente despues de haber recibido el beneficio de esta verdad, podia imponerla á los demás con tanta intolerancia.

Nosotros, empero, que nada queremos imponer, ni aun la verdad, entrarémos en algunas justificaciones:

Los milagros son *modificaciones* de las leyes de la naturaleza. Para que aquellas *modificaciones* fuesen *imposibles*, seria necesario que estas leyes fuesen *necesarias*, es decir, que fuese contradictorio que hubiesen podido ser diferentes de lo que son. Pues bien: las leyes de la naturaleza son constantes, pero no *necesarias*. No implica contradiccion que hubiesen podido ser diferentes: por ejemplo, que, en lugar de ser de cien años la vida del hombre, hubiese sido de mil, ó que hubiese sido inmortal, ó que, despues de haber dejado el cuerpo, hubiese vuelto á unírsele; que la procreacion humana se hiciese por la mujer solamente; que los cuerpos no fuesen impenetrables ó graves, etc. Todo esto hubiera podido ser, y entonces lo que es actualmente, la corta duracion de la vida del hombre, la muerte, la generacion por medio de los dos sexos, la gravedad, la impenetrabilidad, etc., que hubiesen acaecido accidentalmente, hubieran sido otros tantos milagros. Este mismo estado actual, á que llamamos *la naturaleza*, no fue en su principio mas que el efecto de un milagro, del mayor de todos ellos, el de la *creacion*. Su conservacion es tambien un milagro continuo, que no tiene otro principio ni mas regla que el poder y benevolencia del Ser soberano que lo sostiene sobre la nada de donde lo sacó. Con esta explicacion comprenderá cualquiera, que no

[1] *Cartas de la montaña*, edicion de 1793, t. XIII, p. 104.

siendo lo que llamamos *milagro* mas que una modificacion en la creacion, esto es, no siendo mas que un pequeño milagro dentro de ese gran milagro de los milagros, su posibilidad no puede ni siquiera ponerse en duda. Es evidente que el mismo poder que creó, y que conservando crea todos los dias, puede modificar.

Mas si *el poder* de hacer milagros no puede ser en sí mismo puesto en duda, se apela á la *sabiduría* de Dios, que se opone á la *alteracion* de sus obras. Estaria en desacuerdo con la idea que debemos formarnos de esta sabiduría, suponer que tenga necesidad de *retocar* su obra, aun proponiéndose un fin superior. Lo que Dios ha hecho ha debido estar bien hecho desde el principio, y estar dispuesto conforme á todos sus fines ulteriores.

Suscribimos enteramente á este modo de pensar: decimos empero que al hacer Dios los milagros no *altera* ni *retoca* sus obras, sino que las hace producir un efecto preparado y concertado desde el principio con sus obras mismas, y que hace parte de ellas; como un legislador que al fijar la regla dispone al propio tiempo su excepcion. Al crear la naturaleza podia Dios disponerla de otro modo que el que tiene, y hacer que lo que es en la actualidad milagroso fuese natural, y que lo que es natural fuese milagroso; por ejemplo, que la gravedad no fuese una cualidad *natural* de los cuerpos. Lo que podia hacer, pues, como *regla*, lo hizo como *excepcion*, debiendo suceder mas tarde y en el momento dado para el objeto que se proponia. Esta excepcion es para nosotros milagro, porque es distinta de la regla y solo se produce en el seno de ella; pero como este milagro se remonta en la voluntad que lo opera al establecimiento de la regla, es decir, á la época en que no habia regla, y en que lo que nosotros llamamos así era el mayor de todos los milagros, la creacion, este milagro, decimos, no es *otra cosa* que la misma creacion, aunque para un caso particular y ulterior. De este modo se concilian perfectamente en lo que llamamos *milagro* el poder y la sabiduría de Dios.

No pretendemos ofrecer esta concepcion como un artículo de fe, aun cuando esté apoyada en los mas puros datos de la filosofía y de la Religion [1]; pero intentamos demostrar con ella que los milagros no cho-

[1] Esta idea de preordinacion de los milagros en el plan general y primitivo de la creacion parece apoyarse particularmente en estas notables palabras de Jesucristo, con motivo del ciego de nacimiento á quien iba á curar: *Este hombre no nació ciego por haber pecado ó por haber pecado sus padres;* SINO PARA QUE LAS OBRAS DE DIOS SE MANIFIESTEN EN ÉL. (Joan., IX, 3 y 4).

can con la razon, y que hallándose además probados *de hecho*, no deben encontrar en nosotros ninguna repugnancia á admitirlos.

II. Los milagros no son, pues, contrarios al poder ni á la sabiduría de Dios; por consiguiente *pueden existir, son posibles.* Pero *¿ha debido haberlos?* ¿La razon que concibe su *posibilidad,* debe admitir igualmente su necesidad y conveniencia? Este es el efugio por donde quiere eludir Rousseau la autoridad de los milagros; no da ninguna razon para combatirla sobre este punto, así como no la habia dado tampoco para probarla en el anterior; dice tan solo: *esta pregunta es ociosa: si pudiese haber alguna diferencia, en cuanto á la fe, en la manera de contestar á ella, las mas grandes ideas que pudiésemos tener de la sabiduría y de la majestad divina estarian por la negativa* [1]. Semejante método de insinuar el error es peregrino, y creemos haber adquirido derecho á no quedar satisfechos.

Si se reflexiona bien, se verá que los milagros eran los únicos medios de notificar á los hombres la intervencion del Criador.

En el estado natural de las cosas, no se nos revela Dios mas que por medio de sus obras, su lenguaje es la creacion: era, pues, conforme al primer estado de las cosas, que, queriendo revelársenos mas particularmente, obrase mas particularmente como Criador; y como *fuera de la naturaleza* ya existente no podia hacer ningun acto de criador sino por medio de actos *sobrenaturales,* de milagros, esos actos extraordinarios de creacion eran los únicos medios de revelacion extraordinaria del Criador. Los actos generales de la creacion no son seguramente indignos de la sabiduría ni de la majestad de Dios; ¿por qué lo habian de ser, pues, los particulares? ¿Habria menos majestad en decir á un muerto: *Resucita,* que en decir al primer hombre: *Crece y multiplícate?* ¿Hemos olvidado que los hechos generales de la creacion no son tales sino con respecto á nosotros, y que al principio fueron, como serán siempre para Dios, hechos particulares, milagros que no se diferencian de los demás sino en que son repetidos? «¡Cuánto des«precio á esos filósofos, exclama el gran Bossuet, que midiendo los «consejos de Dios por su propio cálculo, no lo hacen autor mas que «de un cierto órden general, del cual procede, como puede, todo lo «demás! ¡Cómo si Dios tuviera, á nuestra semejanza, miras gene«rales y confusas, y cómo si su soberana inteligencia no pudiese com-

[1] *Cartas de la montaña*, t. XIII, p. 303.

«prender en sus designios las cosas particulares, *las únicas que sub-*
«*sisten verdaderamente* [1] *!*»

Tened en cuenta que Rousseau parte del principio de que ha habido revelacion [2], y que le asigna *tres* medios ó caractéres principales, de los cuales los dos primeros son *la belleza de la doctrina* y *la virtud de sus discípulos*... A su tiempo verémos cuál es el tercero.

Pero ¿quién no descubre ya el paralogismo en que va á encerrarse? No siendo necesaria la revelacion sino porque están los hombres ciegos y maleados, esta ceguera debia impedirles ver desde luego *la belleza* de la doctrina, y esta malignidad apreciar *la virtud* de sus discípulos y de su autor. Esta *belleza* debia parecer *locura*, esta *virtud crímen;* y la prueba de que así sucedió está en la cruz de Jesucristo y en los tres siglos de persecucion que subsiguieron. Léjos de ser medios, *la belleza* de la doctrina y *la virtud* de sus discípulos debieron ser al principio obstáculos; y léjos de dispensar los milagros, debieron hacerlos mas necesarios. Mas adelante sin duda, cuando hubieron dado sus frutos, pudieron convertirse en medios; pero al principio, lo repetimos, es contradictorio en teoría y contrario á los hechos que la belleza de la doctrina y la virtud de sus discípulos fuesen suficientes para la conversion del universo.

El mismo Rousseau se ve obligado á reconocerlo, y á admitir al fin un tercer medio... *los milagros*. Pero lo endosa en seguida *al pueblo incapaz de formar raciocinios seguidos, de hacer observaciones lentas y seguras, y siempre esclavo de los sentidos... La bondad Divina,* dice, *se presta á las flaquezas del vulgo y* SE COMPLACE EN DARLE PRUEBAS ADECUADAS DE SU CAPACIDAD. *Mas estas pruebas no son nunca para las personas instruidas y que saben raciocinar, pues deben parecerles* EQUÍVOCAS; *para ellas no hay ningun signo verdaderamente cierto mas que el que se desprende de su doctrina, y por consiguiente solo los buenos pensadores pueden tener una fe sólida y segura* [3].

¿Qué dirémos de esta distincion establecida entre el *vulgo* y las *personas instruidas* á los ojos de Dios; de este doble procedimiento de la divina sabiduría respecto de los hombres, tosco el uno para con el pueblo, delicado el otro para con las personas de talento; de esta pretension que hace depender la fe del hilo del raciocinio para los unos, y del cebo de los milagros para los otros, sin que para los primeros

[1] *Oracion fúnebre de María Teresa de Austria.*
[2] *Cartas de la montaña*, t. XIII, p. 85.
[3] *Cartas de la montaña*, t. XIII, p. 88 y 89.

sirvan estos mismos milagros de prueba; de la conclusion, en fin, de que *solo los buenos pensadores pueden tener una fe sólida y segura*, conclusion tan justificada por Rousseau y por todos los buenos *pensadores* de su siglo? Sí: ciertamente, hay una distincion entre el *pueblo* y los *pensadores* á los ojos de Dios y en el efecto de su revelacion, pero es la siguiente: «Os doy gracias, ó Padre mio, Señor del cielo y «de la tierra, porque ocultásteis todas estas cosas á los *sábios* y á los «*prudentes*, y las revelásteis á los *pequeños*. Sí, Padre mio, os doy «gracias porque os plugo hacerlo así [1].»

Pero pasemos adelante. Por lo que precede creeréis que Rousseau reconocia la verdad de los milagros, á lo menos respecto del pueblo. Siendo así, os preguntaréis sin duda, ¿cómo esos milagros que *la bondad divina, prestándose á las flaquezas del vulgo, se ha complacido en hacer como pruebas adecuadas á su capacidad, no sirven* igualmente para los *buenos pensadores*, y cómo siendo *verdaderos* para los unos, son EQUÍVOCOS para los otros? Hé aquí la solucion del enigma: —«Su- «puesto que el carácter de los milagros, dice, convence á aquellos á «quienes está destinado, *¿qué importa que sea aparente ó real?* esta «es una distincion que ELLOS (el vulgo) no se hallan en estado de ha- «cer. — Esto es *lo que hace este carácter de la revelacion equívoco* para «las personas instruidas y que saben raciocinar [2].»

¡Digno defensor de la majestad divina, que encuentra contrario á esta majestad el que haga Dios verdaderos milagros, y que se los hace hacer simulados y engañosos, y estos con tan poca habilidad, que *las personas instruidas* se aperciben de ello!!! Hé aquí, pues, y el mismo Rousseau desenvuelve mas adelante esta extravagante idea, á Dios obligado á hacer milagros en prueba de su revelacion, que hace en lugar de milagros reales milagros aparentes, de la misma manera que un charlatan hace los cubiletes delante del vulgo, *que no se halla en estado de distinguir esta falsedad*, mientras que las personas instruidas y que saben raciocinar lo ven todo, no se dejan fácilmente engañar, y á lo menos juzgan que esos pretendidos milagros son bastante *equívocos*.

¡Oh razon incrédula, á lo que te ves reducida! ¿quién puede castigarte mejor que tú misma lo haces?

Volvamos á tomar el hilo de nuestro asunto:

En nuestro concepto, decir Dios es decir Criador y Dueño de la na-

[1] Luc., x, 21.

[2] *Cartas de la montaña*, t. XIII, p. 89.

turaleza. Naturalmente solo por medio de esa cualidad se nos notifica. En el estado de corrupcion y sobre todo de ceguera moral en que la humanidad habia caido cuando se hizo mas necesaria por esto mismo la segunda revelacion, las pruebas intelectuales ó morales no podian directamente nada. Por otra parte, en todos tiempos estas pruebas no pueden mas que muy imperfectamente convencer de la verdad divina, porque es propio de esta verdad el ser misteriosa é incomprensible para el hombre, á no ser que sea por medio de la fe, cuyo fundamento debe ser la autoridad. Se necesitaban, pues, pruebas de autoridad, y de autoridad divina. El *Criador*, por consiguiente, no podia atestiguar su autoridad sino por medio de actos de *criador*, de milagros.

Por esto con frecuencia apela Jesucristo á esta prueba como á la mas convincente: *Las obras que mi Padre me ha dado potestad de hacer*, dice, *dan testimonio de mí y de que he sido enviado por mi* PADRE... *Si yo no hubiese hecho en su presencia obras que nadie ha hecho... Si no daïs fe á mis palabras, creed á lo menos en las obras que hago... Tiro y Sidon se levantarán en el dia del juicio contra esta nacion; porque si los milagros que se han obrado en su seno hubiesen sido hechos en el seno de aquellas ciudades, se hubieran convertido, etc.* [1].

La conveniencia y la necesidad de los milagros se hallan, pues, justificadas lo mismo que su posibilidad.

III. Si los milagros eran necesarios, ¿por qué no lo son siempre? ¿Por qué ese privilegio concedido á los contemporáneos de Jesucristo, de haber visto aquellos destellos de su divinidad, y reducirnos á nosotros al pálido y dudoso reflejo del testimonio de los hombres? ¿Por qué interponer tantos hombres entre Dios y nosotros? etc., etc.

Nada hay mas fácil de concebir y justificar que la sabiduría de esta economía, que tanto sublevó el humor arrogante de Rousseau.

«No siempre pueden hacerse milagros; no llamarian nuestra atencion sino siendo estupendos, y dejarian de serlo si fuesen ordinarios. «Quien viese por la primera vez la sucesion de los dias y las noches, «la vuelta periódica de las cuatro estaciones, la desnudez de los ár-

[1] Despues de esto parece imposible que tuviera Rousseau valor para escribir: «Me quieren acusar de no admitir una prueba que NO SOLAMENTE NO DIÓ «JESUCRISTO, SINO QUE LA REHUSÓ EXPRESAMENTE...» No debe olvidarse que poco antes habia dicho que LA BONDAD DIVINA DEBIA DAR ESTA PRUEBA AL VULGO.

«boles y el renacimiento de las hojas, la prodigiosa fuerza de las se-«millas, la hermosura de la luz y la variedad de colores, de sonidos, «de perfumes y de sabores, estaria como aturdido, agobiado por tan-«tas maravillas; y sin embargo nosotros no nos paramos en ningu-«na de ellas, no porque nos sea fácil conocer sus causas, porque ¿hay «nada mas oscuro? sino porque estamos habituados á experimentar «sus sensaciones. Fue, pues, muy útil que hiciera Dios milagros, á «fin de que, agrupándose los fieles al rededor de ellos y desparra-«mándose en seguida, sirviesen de autoridad y cambiasen las cos-«tumbres.»

Esta reflexion, en que el simple buen sentido se eleva hasta la mas alta filosofía, es perentoria. Es del grande san Agustin.

Por consiguiente, exigir siempre milagros es exigir *ordinariamente* cosas *extraordinarias*, esto es, lo imposible y lo absurdo.

Pero ademas de ser esto imposible, no es tampoco necesario en el órden de la estricta justicia.

Debe Dios darnos motivos para creer en su revelacion, signos determinantes de su divinidad. Pero ¿carecemos de ellos por ventura? ¿No tenemos todos los necesarios para que sea inexcusable nuestra incredulidad? Esta es la cuestion: nuestros *Estudios* pueden satisfacerla. ¿Qué importa que Dios haya dado mas pruebas ó pruebas mas directas á unos que á otros, supuesto que los que tienen menos tienen las suficientes? «Amigo mio, puede decirnos como á los traba-«jadores del Evangelio, no te hago agravio: ¿no te concertaste con-«migo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete; pues yo quiero «dar á este postrero tanto como á ti. ¿No me es lícito hacer lo que «quiero? ¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno; ó no puedo yo «ser liberal sin causarte celos?»

Además, nosotros no vemos el fin de las cosas y las últimas disposiciones del Padre de familias para el gran dia del juicio, cuando cada uno de los hijos se verá obligado á devolver lo que haya recibido, y á dar cuenta de los talentos que se le hubiesen confiado.

¡Oh! el alma fiel y sencilla que adora á Jesucristo, bajo los velos eucarísticos, debe consolarse de no haber visto su humanidad glorificada, y debe amar las dulces pruebas de su amor y de su fe, cuando recuerde estas profundas palabras: «Porque me has visto, Tomás, «has creido: bienaventurados los que no vieron y creyeron [1].»

Hay, por otra parte, grande ilusion en creer que la vista de los

[1] Joan., xx, 29.

mayores milagros de Jesucristo hubiese convertido á los que se resisten en la actualidad á las pruebas que vamos produciendo. «Si viese «yo un milagro, se dice con frecuencia, me convertiria.» ¿Saben los que así hablan lo que es *convertirse?* ¿Se convirtieron todos los testigos de los milagros de Jesucristo? Muchos se hicieron mas culpables, y justificaron este pensamiento de Pascal: «Los milagros no sirven «para convertir, sino para condenar.» — «Se dice que un milagro «convertiria, cuando no se ve, añade este profundo pensador. Las «razones vistas de léjos, parecen limitar nuestra vista; pero al llegar «á ellas se empieza á ver mas allá. Nada puede detener la volubilidad «de nuestro espíritu. No hay regla, dicen, sin excepcion, etc. [1].»

Rousseau se encargó de acreditar esta prueba de Pascal, y de confundir la insolente exigencia con que él mismo pretende en otra parte que Dios debia haber hecho milagros para todos los hombres. «Se «acaba de descubrir, dice, el secreto de resucitar á los abogados; se «ha estudiado ya el de resucitar á los ahorcados; ¿quién sabe si en «los otros géneros de muerte se llegará tambien á devolver la vida á «los cuerpos que se habian creido privados de ella?... Además, *por «admirable que pudiera parecerme un espectáculo semejante* (el de la «resurreccion de un muerto), *por nada de este mundo quisiera presen- «ciarlo; porque ¿qué sé yo lo que me sucederia? En vez de volverme creyente, tendria mucho miedo de volverme loco* [2].»

La fe ó la *conversion* no es negocio del entendimiento, ni cede á la evidencia. Convertirse es olvidarse de sí mismo, amar á Dios, desamar á las criaturas, morir á sí propio; en una palabra, para aquel que no está dispuesto á ella con toda su voluntad y con todo su corazon, es un milagro mayor que todos los demás. El amor no se impone ni aun por medio de milagros. Es menester hallarse dispuesto á él, y en semejante disposicion se cree en los milagros, y estos convierten; sino, *por admirable que pueda parecer un espectáculo semejante*, hablando el lenguaje de Rousseau, siempre elude uno su autoridad, y los milagros mismos condenan. Este es el sentido de aquellas palabras que dirigia el Salvador á los incrédulos judíos: «Las obras «que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí; mas vos- «otros no creeis, *porque no sois de mis ovejas* [3].»

Pero todo lo dicho hasta aquí, propiamente hablando, no son mas

[1] *Pensamientos*, t. II.
[2] *Cartas de la montaña*, p. 112.
[3] Joan., x, 25, 26.

que consideraciones, y es menester que demos razones directas de la disminucion de los milagros, desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros dias.

Ya hemos dicho en otro lugar, que las razones de credibilidad ó de incredibilidad fueron diversas, pero no inferiores, segun los tiempos; y se puede sostener con ventaja que el estado actual de las pruebas del cristianismo no es inferior al de la época en que vivia Jesucristo y en que obraba sus mayores milagros. Únicamente, por efecto de una ilusion vulgar, nos parece que las pruebas mas lejanas deben ser las mas fuertes; así como nosotros decimos que la vista de los milagros nos convertiria, los que eran espectadores de los milagros y se quedaban sin convertirse, decian que la vista del cumplimiento de las profecías, de que nosotros gozamos en el dia, los hubiera convertido.

¿Cuál de estas dos ilusiones es mas grosera? Seria difícil decirlo: tan compensada está de una y otra parte la suma de las pruebas; este es el motivo que hace que las primeras *(los milagros)* debieron cesar proporcionalmente á medida que las segundas *(el cumplimiento de las profecías)* han ido ocupando su lugar.

Observemos, en efecto, que durante la vida de Jesucristo *nada* lo probaba sino sus milagros; decimos mas, *todo* probaba contra sus milagros.

En el dia nacemos cristianos, chupamos y respiramos el cristianismo desde el seno de nuestras madres, y todo al rededor nuestro en la sociedad nos inspira sus creencias y costumbres. De modo que somos incrédulos por antojo; es menester para ello que las pasiones nos hagan violencia.

Cuando apareció Jesucristo sucedia lo contrario: las preocupaciones paganas, y quizás mas aun las preocupaciones judáicas, estaban en contra de la fe. La naturaleza misma estaba del lado de estas preocupaciones, y formaba con ellas un peso infinito. No eran incrédulos falsos, incrédulos de mala fe consigo mismo, como la mayor parte de los de nuestros dias, á los que era necesario confundir: eran incrédulos verdaderos, sinceros y legítimos, que era preciso convencer; ¿qué decimos incrédulos? no eran incrédulos en particular, sino la masa de la sociedad, el mundo entero, la naturaleza humana; era ese *centro* vasto y profundo en que se agitaba la humanidad, que era preciso refundir y hacer pasar de la sabiduría de los hombres á la locura de Dios.

Pues bien: para obrar este cambio se necesitaban y eran indispen-

sables grandes milagros. Los milagros no solamente eran la prueba mayor, sino *la única* que podia Jesucristo emplear.

Hasta las profecías, léjos de probar á Jesucristo durante su vida, probaban contra él, y lo sobrenatural se mezclaba con lo natural para luchar contra su luz.

Las profecías eran de dos clases, antiguas y nuevas: las antiguas, interpretadas generalmente en sentido humano, habian hecho concebir la esperanza de un advenimiento glorioso y triunfante, á la manera de las grandezas terrestres; y no solo no correspondia Jesucristo á esta esperanza, sino que la contradecia abiertamente con la humildad y abyeccion de su vida y de su muerte. Las nuevas profecías que Jesucristo hacia: que convertiria el mundo: que cuando estaria clavado en cruz todo lo atraeria á sí, etc., desconcertaban aun mas todas las ideas, porque hacian de su humildad y abyeccion, no un accidente, sino una eleccion y un principio de triunfo que echaban por tierra todas las esperanzas y todas las conjeturas.

De aquí resulta que las pruebas que en la actualidad poseemos de la divinidad de Jesucristo (el éxito de su doctrina y el cumplimiento de sus profecías), no solamente no las juzgaban los judíos *favorables,* sino que las creian *contrarias;* de suerte que sin los *milagros* no tenian ningun motivo para creer en él, y este solo motivo tenia que balancear y forzar todas las razones naturales, y hasta las sobrenaturales de incredulidad, que desde entonces se han ido convirtiendo en razones de fe.

Por esto vemos siempre en los Evangelios, que los testigos de los milagros de Jesucristo están divididos entre la fuerza de sus milagros y la de las preocupaciones naturales y sobrenaturales que hemos expuesto. Preocupados é infatuados con sus profecías, y sobre todo con el aspecto carnal bajo que se habian acostumbrado á considerar su objeto, no podian volver del desencantamiento que les causaban la sencillez y oscuridad de Jesucristo; no podian resolverse á ver en él á aquel Cristo *que debia libertarlos de todos sus enemigos;* y en aquel hombre que ellos mismos habian visto nacer entre ellos, como uno de ellos; en ese *hijo de carpintero,* cuyos padres se mantenian aun en la condicion mas oscura, en la que él tambien habia permanecido oculto por espacio de treinta años, y que no salia de ella sino para rodearse de discípulos de mas oscuro orígen todavía, y que se señalaba, si es permitido hablar así, por el lujo de la pobreza y de la debilidad; en aquel hombre, decimos, no podian doblegar su orgullo farisáico á

adorar el Dios. Esta invencible repugnancia extendia un denso velo sobre su espíritu y sus ojos, y les ocultaba el resplandor de los milagros. Forzados á veces por este resplandor y detenidos por sus preocupaciones, se hallaban en lucha consigo mismos, y, *juntándose al rededor* de aquel hombre extraordinario que causaba su desesperacion, le decian: *¿Hasta cuándo nos has de tener en suspenso? Si eres el Cristo, dínoslo claramente* [1], es decir, sólo como nosotros quisiéramos que lo fueras. Mas Jesucristo, sin abandonar su divino carácter, les respondia sencillamente: *Os lo digo, y no me creeis. Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. Mi Padre y yo somos una misma cosa.* A la idea de que el hombre que les habla así es una misma cosa con Dios, los judíos pierden de vista sus milagros, se vuelven á despertar todas sus preocupaciones, y *toman piedras para apedrearlo.* Y como Jesucristo, para confundirlos de nuevo por medio de la representacion de sus milagros, les replica en seguida: *Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais?...* Los judíos evitan esta poderosa razon, diciéndole: *No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á ti mismo.* — ¡Cuántos hay entre nosotros que piden milagros para convertirse, que habrian obrado entonces lo mismo que los judíos!!!

Así es, que para los *milagros* habia un motivo de necesidad enteramente particular, en el estado en que se hallaba el mundo al principio del cristianismo: eran la única prueba, y debia esta ser tanto mas fuerte, cuanto que no solo era la única, sino que tenia en contra suya todas las demás, y debia sostenerlas hasta que, finalmente, llegasen á afianzarse: como esos estribos que aguantan en el aire todo un edificio, reparado desde sus cimientos, hasta que está terminado el cambio regular de sus apoyos naturales.

Pero esta razon que en el orígen del cristianismo hacia los milagros *necesarios*, nos descubre, por el contrario, la razon que en lo sucesivo los fué haciendo cada vez mas *supérfluos*, y que por consecuencia debió hacerlos cesar. Así como los judíos no tenian las pruebas que nosotros tenemos, tampoco podemos tener nosotros las que tenian ellos, y seria muy difícil decir cuáles son las mas fuertes y valederas.

La vista inmediata de los milagros es sin duda una prueba que debe avivar nuestro deseo; pero ¿no es nada el establecimiento universal del cristianismo, la destruccion del paganismo y la conversion de

[1] Joan., x.

toda la tierra idólatra á la cruz de Jesucristo? ¿No vale esto por todo y mas que todo?

Este grande hecho es un milagro que evidentemente debió poner término á todos los demás, porque desde él desapareció el objeto de todos los milagros: el mundo fue cristiano, y no tuvo que hacer mas que continuar siéndolo. Los milagros no tenian por objeto convertir á los hombres individualmente, sino á la sociedad de los hombres, y á estos tan solo como miembros de esta sociedad. Antes de esta conversion no habia para los indivíduos ninguna razon para creer que Jesucristo era Dios, precisamente porque la sociedad en que nacian les inspiraba preocupaciones contrarias. Necesitábanse por consiguiente pruebas directas de esta divinidad, milagros, pues todo estaba por convertir, á saber: la sociedad y por consiguiente los miembros de la sociedad de los hombres. Mas desde el momento en que se consumó la obra de la conversion de esta sociedad, terminó tambien la obra de los milagros. Ya no hubo nada por convertir, pues todos los hombres nacian convertidos. Debieron creer sobre la fe de sus padres, y si perdieron la fe, si se *pervirtieron*, suya fue la culpa. Dios ya nada les debia, y entonces mismo, para salirse de esa incredulidad voluntaria y criminal, no tenian que hacer mas que volver á entrar en el *centro* de las creencias cristianas, en que está el mundo flotando como en su elemento.

Le sucedió al cristianismo, la creacion moral por excelencia, lo que á la naturaleza y á su creacion material. En el principio crió Dios el cielo y la tierra, y ¿cómo los crió? necesariamente por medio de milagros. Desde entonces la naturaleza subsiste, y ya no hace Dios milagros de aquel género; los seres se reproducen *naturalmente*, en virtud del milagro primitivo de la creacion. Lo mismo en el cristianismo: subsiste y se propaga en la sociedad, cuya vida es, sin necesidad de renovar los milagros á cuyo favor se fundó.

No se crea por esto que esta fe tradicional sea una fe ciega é infundada: es una fe llena de lógica y de razon. Porque así como la existencia del mundo presupone la creacion y sus milagros, la existencia del cristianismo en el mundo nos conduce, remontándonos hácia atrás, al gran milagro de su establecimiento, el cual presupone los milagros que lo fundaron. Para quien considere con atencion los elementos del cristianismo y el cáos de disolucion y tinieblas de donde salió, hay en su establecimiento, *sin mano de hombre*, un milagro decisivo que responde de los demás, y nos los hace ver en toda su fuerza, porque sin

ellos, como dice san Agustin, seria mayor que todos ellos. No vemos nosotros los milagros, pero vemos convertido el mundo pagano; y una de dos: ó nos explicamos el mundo convertido por los milagros, o no queremos creer en los milagros, y en este caso nos verémos obligados á ver en este mundo convertido sin milagros uno mayor: en ambos casos la verdad del cristianismo y su divinidad.

Así, pues, debieron cesar los milagros desde el momento en que fue convertido el mundo, por dos razones: primera, porque habia desaparecido el objeto directo de los milagros; segunda, porque satisfecho su objeto, y no habiendo podido serlo sin milagros, nos los demuestra en sí mismo.

Hay además otra razon mas sensible y admirable para la disminucion de los milagros desde el establecimiento del cristianismo, la cual hemos indicado ya, y que es necesario profundizar: esta razon es el cumplimiento de las profecías.

Antes de Jesucristo las profecías alimentaban su expectacion en el mundo por medio del pueblo judío. El sucesivo cumplimiento de muchas de aquellas profecías, concernientes á los destinos transitorios de este pueblo, motivaba su fe en las que se referian al advenimiento ulterior y definitivo de Jesucristo. Así el gran motivo de credibilidad era entonces las profecías, justificándose las unas por medio de las otras.

Cuando apareció Jesucristo, fue desconocido conforme á esas mismas profecías, que se eclipsaron de este modo en su propio cumplimiento. La prueba que habia guiado hasta entonces al pueblo judío, desapareció en su objeto, ó mas bien se convirtió en objecion, en piedra de tropiezo y de escándalo. Los milagros debieron suplir entonces aquella luz perdida y hacer creer, contra todas las apariencias, que Jesucristo era el blanco de las antiguas promesas, y que las nuevas, que él mismo hacia en confirmacion y extension de las primeras, encontrarian luego su cumplimiento: principalmente, que todos los pueblos de la tierra se convertirian á su doctrina; que el pueblo judío seria excluido de la nueva alianza, y andaria miserable y siempre errante por el universo en castigo de su deicida incredulidad, y que la sociedad fundada por Jesucristo sobre los Apóstoles, la Iglesia, triunfaria de todos los esfuerzos del infierno por la sola virtud de su cruz, y permaneceria para siempre, hasta el fin del mundo, asistida de su divino Espíritu.

Estas nuevas profecías, como las antiguas, eran difíciles de creer

en el estado de debilidad y postracion en que se hallaban entonces su objeto y su autor. Su cumplimiento, que forma en el dia la manifestacion de la divinidad de Jesucristo, hacia entonces, en medio de la contradiccion que aparentemente le rodeaba, el escándalo y la locura de la fe cristiana. Por esto eran necesarios los milagros para justificar su verdad.

Pero cuando esta verdad empezó á justificarse por sí misma con los sucesos; cuando las naciones se convirtieron; cuando exterminado el pueblo judío, como habia sido predicho, empezó á arrastrar la maldicion que sobre sí se habia acarreado; cuando se formó la Iglesia con el fuego de las persecuciones, y fué adquiriendo poco á poco, sobre las ruinas del mundo pagano, esa figura imponente y terrible, que ha sido el perpétuo escollo de todo cuanto ha tenido la insolencia de oponérsele; entonces el prodigio de estos acontecimientos, no ya en si mismo, como dijimos mas arriba, sino *en su completa y literal concordancia con todas las profecías* que lo habian anunciado, el prodigio del cumplimiento de las profecías vino á redimir, por decirlo así, la palabra de Dios, y hacer cesar la necesidad de los milagros particulares por un gran milagro siempre subsistente.

«Jesucristo hizo milagros, dice á este propósito Pascal, y tambien «los hicieron en gran número los Apóstoles y los primeros Santos, «porque no estando todavía cumplidas las profecías, y cumpliéndose «por medio de ellos, nada hacia fe mas que los milagros. Estaba pro- «nosticado que el Mesías convertiria las naciones. ¿Cómo se hubiera «cumplido esta profecía, si las naciones no se hubiesen convertido? «Y ¿cómo se hubieran convertido al Mesías, no viendo este último «efecto de las profecías que lo prueban? Antes de que muriera, re- «sucitara y convirtiera las naciones, no estaba todo cumplido; y por «lo mismo durante aquel intervalo se hacian necesarios los milagros. «Ahora empero no lo son ya, porque las profecías son un milagro «siempre subsistente [1].»

De modo, que por una admirable compensacion de la Providencia, que quiere que en todas épocas haya poco mas ó menos los mismos motivos de fe, los dos mas grandes milagros de la Religion, la reprobacion de los judíos y la perpetuidad de la Iglesia, se van haciendo cada dia mas patentes, á medida que nos vamos alejando mas del tiempo de los milagros. El hombre que afirmase que Dios le habia prometido una vida de diez siglos, no seria creido de nadie si no hi-

[1] *Pensamientos*, t. II.

ciese milagros; pero al momento que hubiese vivido trescientos años, esta longevidad sin ejemplo seria un milagro continuo, que bastaria aparentemente para convencer á los mas incrédulos. El pueblo judío, dispersado entre todas las naciones de la tierra, hace ya mas de diez y ocho siglos, ha subsistido en ese estado de *disolucion insoluble*, inaudito antes en la historia, mas tiempo del que subsistieron los mas célebres imperios; y la Iglesia católica, por su parte, ha durado ya diez veces mas de lo que viven de ordinario los sistemas de gobierno mejor combinados.

Pascal observa muy juiciosamente que las profecías son *los únicos milagros subsistentes que pueden hacerse*. En efecto, los otros milagros particulares dejarian de ser tales con su repeticion, y llegarian á ser fenómenos naturales. No sucede esto con las profecías, pues no hay en ellas *repeticion;* hay *un solo hecho singular*, pero tan inmenso, que llena todos los tiempos y lugares, y su *singularidad* consiste en la universalidad y la perpetuidad. Este hecho consta de dos partes: la profecía y el cumplimiento. El prodigio consiste en la separacion de estas dos partes y en su concordancia en medio de esta misma separacion. Hay cuatro mil años señalados primero exclusivamente á la profecía, y todos los demás siglos son para el cumplimiento: la separacion no puede ser mas visible, y su extension, léjos de debilitar el prodigio, es su mas brillante preparacion. En cuanto al prodigio en sí mismo, es decir, á la conformidad del cumplimiento con las profecías, la duracion no puede tampoco debilitarla, pues consiste precisamente en la duracion: aquí está el cumplimiento, aquí el prodigio: la duracion de la reprobacion de los judíos, la duracion de la Iglesia. No solamente no podria este hecho llegar á ser ordinario á fuerza de durar, sino que cada dia se va haciendo mas extraordinario; de modo que no solo es, como dice Pascal, un milagro siempre *subsistente*, sino un milagro que va siempre *en aumento*. Y no solamente un milagro, sino un doble milagro; milagro de hecho en sí mismo, aun cuando no hubiese sido profetizado, y milagro en su conformidad con la profecía.

Haciendo alusion Rousseau á los milagros del Evangelio, no teme decir que *los milagros de los* IMPOSTORES *tienen lugar en las encrucijadas, en los desiertos y dentro de las casas;* pero que los de la Divinidad deberian ser manifiestos y ruidosos, y tener por teatro la tierra entera, como *mandar al sol que cambiase su curso, á las estrellas que se colocasen de distinto modo, á las montañas que se aplanasen, á la*

tierra que cambiase de forma, etc. [1]. No creemos deber discutir sobre tan descabellada y judáica exigencia; pero de ella sacarémos motivo para observar que los milagros del Evangelio (sin conceder que se hicieran en las *encrucijadas*, en los *desiertos* y *dentro de las casas*, como se le antojó á Rousseau, á quien queremos luego confundir) ceden en resplandor y en evidencia al del cumplimiento de las profecías, del cual somos testigos, pues tiene este toda la tierra por teatro, por duracion todos los siglos, se va agrandando todos los dias, y ha adquirido ya proporciones tan colosales, tan superiores al curso ordinario de la naturaleza, que los mas obstinados y mas prevenidos se sienten transportados de admiracion y entusiasmo, como verémos en la última ojeada que echemos, al fin de estos *Estudios*, sobre este punto en el dia tan culminante del cristianismo.

Así, á esta pregunta: *¿Por qué desde el origen del cristianismo han ido disminuyendo los milagros?* contestan tres razones, además de las consideraciones preliminares: 1.ª porque se cumplió el objeto real de los milagros, que era la conversion del mundo; 2.ª porque una vez llenado este objeto, no habiendo podido serlo sin milagros; los hizo desde entonces para en adelante visibles en sí; 3.ª porque este objeto ha venido á ser en su desarrollo y perpetuidad un doble milagro, ya en sí mismo, ya como cumplimiento de las profecías; milagro que va agrandándose á proporcion de nuestro alejamiento de la época de los milagros, de tal modo, que lo que el tiempo quita á estos de impresion lo va añadiendo á aquel, descubriéndose de este modo la divina sabiduría, que lo hace todo con número, peso y medida, de la manera mas admirable, en esta bella economía de las pruebas del cristianismo, en la que el espíritu humano encuentra siempre igualmente, aunque con variedad, medios para asegurarse de la verdad por la razon, y de merecerla por la fe.

IV. ¿Se hicieron acaso los falsos milagros con el objeto de hacernos desconfiar de todo lo que se llama *milagro?* ¿Lo mas seguro para la razon, que no debe determinarse sino en vista de la certidumbre, no será, en tal caso, dudar, ó mejor desechar igualmente todos los milagros?

Esta pregunta supone grande inteligencia de los derechos y deberes de la razon.

[1] *Emilio*, lib. IV.

La razon se debe á sí misma la investigacion y el discernimiento concienzudo de la verdad.

Creerlo todo á ciegas es sin duda una gran debilidad, así como no lo es menor desecharlo sistemáticamente todo; pues si lo primero nos expone á error, lo segundo nos hace imposible el conocimiento de la verdad. Mayor pobreza es desecharlo todo que creerlo todo: porque la credulidad, abrazando el error, abraza á lo menos con él algunos principios y algunos restos de verdad, mientras que la incredulidad no abraza nada, y llega al fin, de negacion en negacion, hasta la muerte de la razon misma. La razon apetece la fe como el estómago los alimentos. Discernir bien los objetos de esta fe es un deber de prudencia; pero desecharlos todos sin distincion y negarlos sistemáticamente es una insigne locura, pues es proceder contra el primer instinto del alma, y hacer consistir su orgullo en su inanicion. Hay mas: es exponerse á todos los extravíos de ese instinto, tanto mas desordenado cuanto mas se le contraría, y verlo caer en contradicciones inauditas y en lastimosas credulidades, justificando aquellas palabras de Pascal: «Los incrédulos son los mas crédulos.»

No debemos ser ni *incrédulos* ni *crédulos*, sino *creyentes* y *filósofos*. Debemos tener en cuenta la verdad, el error y la duda. «Es preciso «tener las tres cualidades siguientes: pirrónico, geómetra, y cristia«no sumiso. Las tres se avienen y se templan mútuamente, dudando «cuando es necesario, afirmando cuando es menester, y sometién«dose á lo que conviene [1].» Estas palabras, que son, como ha dicho su nuevo editor, toda la historia de Pascal, y reasumen el estado de su espíritu, deben ser proporcionalmente la regla de todo entendimiento razonable. Sin duda no es siempre fácil dar con el término medio en esas operaciones diversas, pero el trabajo de su investigacion y conservacion es precisamente en lo que consisten la vida, el ejercicio y la nobleza de la inteligencia.

Estas reflexiones, que deben dominar en todo el estudio de la Religion, pueden aplicarse especialmente al estudio de los milagros.

De que haya habido milagros falsos, muchos milagros falsos, es poco filosófico y hasta irracional deducir una consecuencia de incredulidad absoluta en los milagros.

¿Qué verdad hay en el mundo que no haya sufrido falsificaciones? ¿Cuál podria subsistir si este fuera motivo bastante para desecharla?

Mas aun: no siendo el error, como dice Bossuet, mas que *la verdad*

[1] Pascal, *Pensamientos*, t. II.

de que se abusa, debemos ver en los *milagros falsos, milagros contrahechos*, lo mismo que en la *moneda falsa* vemos la verdadera, fraudulentamente imitada. ¿Por qué hay quien haga moneda falsa? porque espera hacerla pasar por buena. Y ¿por qué espera y logra á veces hacerla pasar por buena, sino porque la hay en efecto *buena*, que *predispone* á recibir la que se le parece? Así es como lo falso solo existe, porque lo verdadero le da *interés* y *crédito*. Examinad todas las falsedades que aparecieron en el mundo, y veréis que todas debieron su orígen y su crédito á alguna verdad primera, cuyas formas imitaron. Hallándose una vez el espíritu del hombre doblegado hácia un lado por la verdad, se hace susceptible de todas las falsedades que puedan de allí originarse. No debemos, pues, admirarnos de que haya habido falsos milagros, ni debemos deducir de ellos ningun argumento contra los verdaderos, pues no son dos cosas contrarias, antes bien se suponen recíproca y necesariamente. Admitid que haya habido verdaderos milagros, y comprenderéis fácilmente, por una razon de interés, que los ha debido haber falsos: partid de la existencia de los falsos milagros, y, buscando el origen y fundamento de su crédito, llegaréis á reconocer que ha debido haberlos verdaderos. — De modo que los falsos milagros no solamente no prueban nada *en contra*, sino que prueban mucho *en favor* de los milagros verdaderos: prueban por *presuposicion*.

Prueban además de otro modo: por *desemejanza*.

Si uno de los privilegios de la verdad, funesto para ella, es prestar interés y crédito al error, tiene tambien otro privilegio reparador, que consiste en que su imitacion no puede ser nunca perfecta, y que la verdad conserva siempre ciertos rasgos inherentes é incomunicables, por los cuales se la distingue; de modo que lo falso prueba lo verdadero. Por ejemplo: si, considerando atentamente los milagros evangélicos, reconocemos, aparte de los caractéres que les son comunes con los demás, ciertos caractéres particulares que les son exclusivamente propios, aun cuando se ha puesto grande diligencia en imitarlos, solo podrémos explicarnos este defecto de imitacion por la imposibilidad, y esta imposibilidad por la verdad absoluta que encierran los que presenten estos caractéres inimitables. Lo falso se imita á sí mismo perfectamente, porque para ello no necesita mas que repetirse: pero no puede imitar del mismo modo lo verdadero, precisamente porque no es verdadero, y porque lo verdadero tiene siempre caractéres que le son esenciales. No presentando jamás en sí mismos estos

caractéres los falsos milagros, los hacen resaltar en los que los tienen, sirviendo así para demostrar su perfecta verdad.

La fe cristiana está en esto de parte de la razon, y la ayuda poderosamente á evitar mil credulidades, á que se abandonaria, si no tuviese una garantía en los caractéres fijos y determinados que esta fe le proporciona. La inteligencia que cree en los milagros del Evangelio y en los que están apoyados en la juiciosa autoridad de la Iglesia [1], cree en ellos fundada en razones que los falsos milagros no pueden presentarle. Satisfaciendo justamente á la razon, la fe la hace discreta, y no la preserva menos de la credulidad que del escepticismo.

Montaigne, aquella inteligencia tan osada pero tan juiciosa al mismo tiempo, comprendió y calificó perfectamente estas dos flaquezas del entendimiento humano con respecto á los milagros. Nadie se burló con mas gracia de los falsos milagros, ni examinó con mas libertad todas las tortuosidades de la razon. Leed particularmente su capítulo De los cojos, en el cual pinta con exactos colores el modo como se acreditan los cuentos mas absurdos: «Soy torpe, y me inclino «un poco á lo sólido y á lo verosímil, dice en el citado capítulo. Ya «veo que se enfadan, y me prohiben dudar so pena de injurias exe«crables: ¡peregrino método de persuadir! Piedad, por Dios; no se «dispone de mi creencia á puñetazos. Para matar á los hombres se «necesita una claridad luminosa y pura, y nuestra vista es demasia«do real y esencial para garantizar esos accidentes sobrenaturales y «fantásticos.» — Este espiritual buen sentido es admirable, y se complace uno en verlo salvar así los derechos de la razon comun, reivindicando los suyos propios. Mas si *no se dispone á puñetazos de la creencia de Montaigne*, ¿sabeis cuál es una de las principales razones? el estar formada en la sublime escuela de la fe cristiana, y el que «para

[1] Habia una vez en Roma un caballero inglés, y habiendo entablado relaciones con un prelado, este le dió á leer un proceso verbal que contenia la prueba de muchos milagros. Leyólo con mucha atencion, y despues lo devolvió, diciendo: «Si todos los milagros admitidos en la Iglesia romana estuviesen fundados «en pruebas tan evidentes como estos, no tendríamos ninguna dificultad en sus«cribir á ellos. — Pues bien, contestó el prelado, de todos esos milagros que «os parecen tan justificados, ninguno ha sido admitido por la Congregacion de «Ritos, por no creerlos suficientemente probados.» Admirado el protestante de esta respuesta, confesó que solo una ciega prevencion podia combatir la canonizacion de los Santos, y que jamás se habria él figurado que la atencion de la Iglesia romana fuese tan extremada en el exámen que hacia de los milagros. — Véase el P. Daubenton en la *Vida de san Francisco Regis*, lib. IV.

«acomodar los ejemplos que de tales cosas nos ofrece la divina pala-«bra, *ejemplos muy ciertos é irrefragables*, y referirlos á nuestros su-«cesos modernos, pues que no vemos en ellos ni las causas ni los me-«dios, se necesita otro ingenio que el que nosotros tenemos.»

Y no creais que sea solamente en este pasaje donde así habla de los verdaderos milagros: en otro capítulo toma por su cuenta á la incredulidad, y le dice su parecer con un buen sentido, no menos admirable y picante, con este título: Es una locura sujetar lo verdadero y lo falso al juicio de nuestra suficiencia. Y no porque olvide ó contradiga caprichosamente lo que dijo antes contra la credulidad: al contrario, lo confirma; pero esta vez coge su asunto con las dos manos, como diria él, y por sus dos asas: «No es á la ventura y sin «razon, dice, que atribuimos á simpleza é ignorancia la facilidad en «creer y dejarse persuadir... cuanto mas vacía y sin contrapeso está «el alma, mas fácilmente se doblega bajo la carga de la primera per-«suasion: he aquí por qué los niños, el vulgo, las mujeres y los en-«fermos están mas expuestos á dejarse arrastrar por las orejas. Por «otra parte, es tambien una presuncion necia el ir despreciando y «condenando como falso todo cuanto no nos parece verosímil; vicio «ordinario en los que piensan tener alguna mas suficiencia que la ge-«neralidad... Condenar de este modo resueltamente una cosa por fal-«sa é imposible, es atribuirse la ventaja de conocer la extension y lí-«mites de la voluntad de Dios y de las facultades de nuestra natura-«leza; y no hay en el mundo locura mas insigne que la de apreciar-«los por la medida de nuestra capacidad y suficiencia... Cuando lee-«mos en Bouchet los milagros de las reliquias de san Hilario, pase: «no es tan grande su crédito, que nos prive de la libertad de contra-«decirlo: pero condenar de un golpe todas las historias parecidas, me «parece demasiada imprudencia. El grande san Agustin refiere haber «visto en Milan que al contacto de las reliquias de los santos Gerva-«sio y Protasio un niño ciego recobró la vista; que en Cartago una «mujer fue curada de un cáncer con la señal de la cruz que hizo so-«bre ella otra mujer recientemente bautizada, y otros muchos mila-«gros, los cuales dice haber presenciado él mismo. ¿De qué acusa-«rémos á san Agustin y á los otros dos santos Aurelio y Maximilio, «que cita en su apoyo? ¿Los acusarémos de ignorancia, de sencillez, «de facilidad? ¿los acusarémos de malicia ó de impostura? ¿Hay en «nuestro siglo nadie tan imprudente que se atreva á compararse con «ellos, ya en virtud y piedad, ya en saber, discrecion y suficiencia?

«*qui ut rationem ullam aferrent, ipsa auctoritate me frangerent.* — Des-
«preciar lo que no concebimos, además de la absurda temeridad que
«en sí supone, es una osadía peligrosa y trascendental; porque des-
«pues que habeis establecido, conforme á vuestra bella inteligencia,
«los límites de la verdad y de la mentira, y que necesariamente ha-
«beis de creer cosas mas extravagantes que las que negais, estais obli
«gados por lo mismo á abandonarlas [1].»

Despues de haber leido Pascal estos dos capítulos, exclamaba con su elevada razon: «¡Cuánto detesto á los que aparentan dudar de los «milagros! Montaigne habla de ellos como se merecen en dos pasa-«jes: en el uno se ve cuán circunspecto es, y sin embargo en el otro «cree, y se mofa de los incrédulos [2].»

Lo mismo harán todos los espíritus razonables.

V. La última preocupacion que nos importa desvanecer es la siguiente: *Los hechos de posesion por el demonio*, y sus diferentes géneros ¿han existido? Si han existido, ¿por qué no existen ya? La curacion de un ciego de nacimiento y la resurreccion de un muerto son grandes milagros; pero á lo menos no tiene uno que creer mas que el milagro en sí, pues la materia que suponen existe ya en la naturaleza y la vemos todos: un ciego, un muerto. Pero en los milagros que tienen por objeto la curacion de los *poseidos*, todo es extraño á la naturaleza actual, la *curacion*, y sobre todo y préviamente la *posesion*. Por lo que se ha dicho, se concibe que esta especie de milagros hayan cesado, pero deberia reproducirse el estado de posesion. Si no existe ya semejante estado, es prueba de que no ha existido nunca, de que era ilusorio; y en este caso se desvanece el milagro de su curacion, y, descansando todos los demás milagros sobre la misma autoridad, quedan todos comprometidos, y la creencia en ellos se ve invadida por la duda mas legítima.

[1] En esta ocasion, pasando Montaigne á hablar, no ya de milagros, sino de las *prácticas de la Iglesia*, hace la siguiente reflexion, cuya exactitud está confirmada por la experiencia: «Y además puedo decirlo por haberlo yo mismo «experimentado, habiendo en otro tiempo usado de esta libertad por mi ca-«pricho y voluntad particular: poniendo en duda ciertos puntos de las prácti-«cas de la Iglesia que parecen mas vanos ó mas raros; pero hablando luego de «ello con hombres instruidos, he visto que todas estas cosas se apoyan en «grande y sólido fundamento, y que solo la estupidez y la ignorancia pueden «hacérnoslas recibir con menos reverencia que lo demás.»

[2] *Pensamientos*, t. II.

A esto es principalmente á lo que debemos contestar.

Esta profunda materia abre una multitud de perspectivas que tientan la curiosidad; pero la economía general de los presentes *Estudios*, en el punto á que hemos llegado, nos obliga á ceñirnos á la parte directa de la dificultad supuesta.

El estado de posesion, de que tanto se habla en el Evangelio y en la historia de los tiempos apostólicos, es considerado como un estado natural por su frecuente repeticion, ó sobrenatural por sus caractéres.

Si se le considera como un estado natural, no es lógico decir que no ha existido nunca, porque ahora no existe ya. ¿Puede decirse que no ha existido la lepra porque ahora no hay leprosos?

Si se le considera como un estado sobrenatural repetido, y es este en efecto á nuestro modo de ver su verdadero carácter, está exento por su misma naturaleza de toda regla y analogía natural de existencia y duracion, y de su disminucion y cesacion no se puede sacar ninguna consecuencia.

De que en la actualidad no existiese, no se puede decir que no haya existido, ni se puede sacar de aquí ninguna induccion que debilite su creencia.

Hasta en su carácter sobrenatural se encuentra una razon de analogía con los milagros, razon que le hace aplicables todas las que hemos dado de la disminucion de estos últimos.

Estas breves reflexiones podrian ser suficientes; pero queremos dar mas ámplia satisfaccion á aquellos á quienes la dificultad embarazaria todavía, tratando sucesivamente de la certidumbre del estado de posesion y de la explicacion de este fenómeno.

1.° De la lectura del Evangelio, de los *Hechos de los Apóstoles* y de la polémica cristiana de los dos primeros siglos resulta un hecho notable, y es, que *el estado de posesion por el demonio*, tal como lo entendemos nosotros ahora, era en aquella época considerado por todos, cristianos, judíos y paganos, como un estado efectivo y notorio. Ni siquiera se sospechaba entonces en la incredulidad que sobre este punto se ha ido formando, desde que ya no tienen lugar ejemplos de la misma naturaleza. Se decia *uno que tiene el demonio*, del mismo modo que se diria ahora *uno que padece de epilepsia*.

— Este ejemplo es comprometido, se dirá; es probable en efecto que lo que se llamaba entonces *tener el demonio* no fuera otra cosa que el estado epiléptico, frenético ó lunático.

— No; porque estas últimas enfermedades, respecto de las cuales

por otra parte no ha dado un solo paso el arte médica, se hallaban caracterizadas y conocidas como en el dia, y era distinto de todas ellas el estado de *posesion*.

En san Mateo leemos, «que habiendo corrido por toda la Siria la «fama de los benéficos milagros de Jesucristo, le conducian todos «los que lo pasaban mal, los poseidos de varios achaques y dolores, «*y* LOS ENDEMONIADOS, *y los lunáticos, y los paralíticos...*» *Variis lan-«guoribus, tormentis comprehensos,* ET QUI DÆMONIA HABEBANT, *et lu-«naticos, et paralyticos* [1].

En este pasaje se ve: 1.° que el estado de posesion era públicamente reconocido; 2.° que era distinto de los demás estados, con los cuales nos parece que se hubiera podido confundir, *tormentis comprehensos, — lunaticos.*

En cada página de los Evangelios encontramos ejemplos semejantes, que atestiguan la notoriedad y distincion del estado de posesion: «Se «paró Jesús en un llano rodeado de sus discípulos y de un gran gen-«tío que habia venido de toda la Judea, y de Jerusalen, y de la ma-«rina, y de Tiro, y de Sidon, para oirle y que los sanase de sus en-«fermedades. *Y los que eran atormentados de espíritus inmundos eran «curados* [2], *y le presentaban* MUCHOS *endemoniados*, y los sanaba, y «la multitud, llena de estupor, se decia: ¿Es este acaso el hijo de Da-«vid? Oyendo lo cual los fariseos, contestaban: *Este no lanza los de-«monios* sino en virtud de Belcebú, príncipe de los demonios [3].» — «Habiendo Jesús convocado á sus doce discípulos, les dió potestad «*sobre todos los demonios,* para lanzarlos, y PARA sanar toda dolen-«cia y toda enfermedad [4].» — «Y volvieron los setenta y dos con go-«zo, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nom-«bre [5].» Nos creemos dispensados de citar mas ejemplos; todos son comunes, y dentro de poco tendrémos ocasion de citar otros nuevos, aun cuando bastan ya estos para probar que el estado de posesion era *notorio y distinto* de las enfermedades. Y no se apoya la certidumbre de este hecho solamente en el testimonio particular de los Apóstoles, sino tambien en el de toda la sociedad de aquella época que se vislumbra al través de su relato; pues todo hombre de buen juicio, aun

[1] Mateo, IV, 24.
[2] Luc., VI, 17 y 18.
[3] Mat., XII, 22 y 24; VIII, 16.
[4] Mat., X, 1.
[5] Luc., X, 17.

cuando fuese incrédulo, se veria obligado á reconocer que los Evangelistas no se hubieran expresado así, si entre los hombres con quienes vivian no hubiese sido el estado de posesion un fenómeno constante.

Por otra parte, lo que manifiesta que semejante estado no pertenecia á ninguna enfermedad normal, es que sus caractéres exteriores no eran siempre los mismos: un poseido estaba frenético; otro se volvia sordo, ciego y mudo á la vez; otro queria arrojarse al agua ó al fuego; otro permanecia constantemente encorvado con violencia, sin poderse enderezar jamás [1]; en una palabra, la posesion no se parecia á ninguna enfermedad particular; participaba ó simulaba varias enfermedades, sin confundirse con ninguna de ellas. Muy necesario era que semejante estado presentase á través de estas varias enfermedades un carácter enteramente particular; porque sin esto se le hubiera confundido con estas enfermedades mismas, y no se hubiera podido distinguir entre un frenético y otro frenético, un mudo y otro mudo, etc., diciendo de él que *estaba poseido por el demonio*, como una cosa que todo el mundo veiá y comprendia.

Habia, efectivamente, en la posesion caractéres accidentales y extrínsecos, que revelaban, por efectos físicos ó morales, la presencia de un agente sobrenatural y satánico [2].

Principalmente por el contacto de los poseidos con la omnipotencia del Cristo, se daban á conocer la presencia de este agente y toda su rabia y maldita condicion, acusándose á sí mismo con gritos y aulli-

[1] Tales son los diferentes ejemplos de posesion consignados en el Evangelio.

[2] Hé aquí algunas de las señales recogidas por los mas hábiles naturalistas y físicos: 1.°, cuando los poseidos permanecen suspendidos en el aire por un espacio de tiempo considerable sin que el arte pueda tener parte en ello; 2.°, cuando hablan varias lenguas sin haberlas aprendido, y contestan bien á las preguntas que se les hacen en estas lenguas; 3.°, cuando revelan lo que está pasando actualmente en lugares distantes, sin que se pueda atribuir este conocimiento á la casualidad; 4.°, cuando descubren cosas ocultas que naturalmente no pueden ser conocidas, como los pensamientos, los deseos ó los sentimientos interiores de ciertas personas *. — Véanse las *Cartas de Saint-André sobre los poseidos*, las *Cartas teológicas de D. la Taste á los defensores de las convulsiones*, y la *Disertacion de D. Calmet sobre las obsesiones y posesiones del demonio. (Biblia de Aviñon*, t. XIII, p. 293).

* Esta última señal puesta aquí para conocer la presencia de un agente sobrenatural y satánico debe entenderse de los pensamientos, deseos, ó sentimientos en algun modo manifestados, porque si son del todo ocultos no puede conocerlos el demonio. (*Nota del traductor*).

dos como el autor de las miserias del género humano, y confesando la terrible divinidad del Hijo de Dios, que venia á destruir su imperio. Pero el Salvador moderaba este brillante testimonio, mandándole, al arrojarlo, que callara [1].

Jesucristo habia solemnemente delegado su poder sobre los demonios á los Apóstoles, y en los actos de estos vemos que hacen uso de este poder. En la ciudad de Filippos, cura san Pablo, en nombre de Jesús, á una muchacha poseida, que, adivinando, daba mucho que ganar á sus amos [2]. — Leemos tambien en los *Hechos*, que en la ciudad de Éfeso, donde se hallaba san Pablo, habiendo querido unos judíos de raza sacerdotal probar aquel soberano poder del nombre de Jesús sobre los demonios, de que el Apóstol usaba, intentaron la curacion de algunos poseidos por medio de esta abjuracion: *Conjúroos por Jesús, el que Pablo predica;* pero el espíritu inmundo les contestó: *Conozco á* Jesús *y sé quién es* Pablo; *mas vosotros, ¿quién sois?* y arrojándose sobre ellos uno de los poseidos, los maltrató. Habiéndose divulgado este hecho entre los judíos y gentiles que moraban en Éfeso, se apoderó el temor de todos los corazones y fue ensalzado el nombre del Señor Jesús [3].

Esto es lo que leemos en los *Evangelios* y en los *Hechos*, y á menos que queramos reirnos de estos libros, los mas verídicos, los mas auténticos, los mas santos de todos, es preciso admitir la certidumbre del estado de posesion. Aun no tomando estos libros mas que como libros ordinarios, es necesario ver en lo que sobre este particular nos dicen, que tal era la creencia universal de aquel tiempo, fundada en los hechos mas constantes y menos equívocos. Lo cierto es, que no sabemos que respecto de este punto hayan sido contradichos jamás, ni por los judíos ni por los paganos.

El escepticismo moderno dirá quizás que estos hechos pasaron en un teatro demasiado estrecho, demasiado lejano, demasiado al abrigo de la crítica por la santa oscuridad que lo rodea, y pedirá, ya que los hechos de este género eran entonces tan constantes, que se los manifestemos en alguna otra parte que no sea la Judea.

Nosotros le darémos esta satisfaccion, y vamos á ver cómo se ensancha este teatro que le parece tan limitado. No se produjeron semejantes fenómenos en el seno del judaismo solamente, sino tambien y

[1] Marc., III, 2.
[2] Hechos, XVI, 16.
[3] Hechos, XIX.

principalmente ante el mundo pagano y en el corazon de su civilizacion y de su imperio. Aquí fue, repetimos, donde especialmente fue confundido el espíritu de mentira, y donde proclamó los groseros artificios de que se valia para engañar la especie humana.

Entre todos los medios de propagacion del Evangelio, este fue por espacio de mas de dos siglos el mas decisivo y mas patente. Nada concebimos tan concluyente como las pruebas que de ello vamos á presentar.

«De solo Jesucristo, dice san Ireneo ante los paganos, tienen todos los que le sirven la gracia, cada uno segun el don que recibió, «de hacer milagros en utilidad de los hombres. Los unos, en efecto, «arrojan los demonios con una autoridad tan soberana y tan eficaz, «que los que se veian atormentados por ellos, pasmados y agradeci- «dos de su curacion, se convierten á la Iglesia, etc. [1].»

«Arrojamos, dice otro célebre apologista, los espíritus engañosos, «que confiesan por sí mismos que á la eficacia de nuestras oraciones «se debe el que sean echados de los cuerpos. Saturno, Serapis y Jú- «piter se acusan al tiempo de huir, Y DAN TESTIMONIO DE NOSOTROS EN «NUESTRA MISMA PRESENCIA, ¡OH GENTILES! Si no creeis en lo que os «decimos nosotros, ¿podréis dejar de creer en lo que os dicen ellos «mismos [2]?»

Dirigiéndose Orígenes á uno de los mas violentos enemigos del cristianismo, á Celso, le cita igualmente el hecho de que «*todos los dias* «son arrojados los demonios por el solo nombre de Jesús [3].»

Julio Firmico Materno, tan conocido por su defensa de la fe, la apoya sobre los mismos fundamentos, y la justifica por medio de los mismos prodigios: «Vuestro Serapis, dice (y ¿á quién creeis que di- «rige la palabra? á Porfirio, aquel implacable enemigo de nues- «tros misterios), vuestro Serapis se ve, pues, obligado á comparecer «al mandato de un hombre y á romper el silencio que quisiera guar- «dar. Vuestros dioses no se atreven á hacer todo el mal que meditan, «contenidos por la fuerza de las palabras sagradas; y lo que vosotros «adorais se ve reducido á sufrir los tormentos con que castigamos nos- «otros á los impostores [4].»

Lactancio, en su admirable libro *De las instituciones divinas*, dice

[1] Iren., lib. II, cap. 33.
[2] Minucio Félix, *Diálog.*
[3] Orig. contr. Cel., lib. I.
[4] *De Error prof. relig.*

tambien formalmente; reparad bien en estas palabras: «Los demo-«nios tiemblan delante de los adoradores del verdadero Dios, cuyo «nombre les hace salir de los cuerpos. Atormentados por las palabras «sagradas, no tan solo confiesan que son demonios, sino que hasta «denuncian sus propios nombres, esos mismos nombres bajo los cuales «se hacen adorar en los templos, y *cási siempre lo hacen en presencia «de sus mismos adoradores.* Protestan á veces con terribles alaridos «cuánto sienten que se les incomode y se les hostigue, y que están dis-«puestos á salir de los cuerpos que poseen [1].»

Dejamos otros muchos testimonios tan directos y formales como los citados: Arnobio, Eusebio, san Atanasio, etc., para producir el del grande san Cipriano. Enumerando este Santo los privilegios que recibian los nuevos bautizados, dice: «Se les concede dar paz á los mas «furiosos y calma á los frenéticos; arrojar los demonios, obligarlos á «la confesion de su miseria, azotarlos y redoblar el ardor del fuego que «los devora [2]...» — En otro lugar, dirigiéndose á Demetriano, afiliado al culto de los ídolos, y uno de los mas furiosos perseguidores de la fe cristiana [3], le dice lo siguiente: «¡Oh! si quisieras oirlos por tí «mismo, y ver cómo los conjuramos, cómo les damos tortura con «nuestros invisibles azotes! les oirias gritar, aullar y gemir con voz «humana, bajo los golpes que el poder divino les hace sentir por me-«dio de nuestras palabras... Ven, pues, y conoce la verdad de los he-«chos que te referimos; y supuesto que te llamas á tí mismo adorador «de los dioses, cree lo que ellos te digan de sí propios; que si tú quie-«res ser personalmente el objeto de tu creencia, oirás hablar de tí «mismo á ese espíritu engañoso que te ciega. Verás que aquellos á «quienes tú ruegas, nos ruegan á nosotros, y que los que tú adoras, «nos temen. Verás á tus señores temblando encadenados entre nues-«tras manos. Ciertamente que tendrás ocasion de avergonzarte de tus «errores, cuando los veas obligados por nuestras preguntas á denun-«ciar en presencia tuya sus prestigios é imposturas [4].»

Un texto tan formal y preciso, entre tantos otros, debe despertar en el alma del incrédulo la mas viva inquietud.

[1] *Lactant. Div. Inst.*, lib. II, cap. 15. Véase tambien el lib. IV, cap. 27.

[2] Cyprian., *Epist.* 2.ª *ad Donat.*

[3] Demetriano estaba investido de un cargo público que le daba ocasion para ejercer su furor contra los cristianos, y san Cipriano pagó con su cabeza la noble libertad con que confesó las divinas verdades.

[4] Cyprian., *Epist. ad Demetrian.*

Sin embargo, vamos á producir otro mas decisivo todavía.

«Hé aquí una demostracion de hecho, dice Tertuliano en su cele-«bre Apologético, dirigiéndose al poder pagano: Mándese compare-«cer ante vuestros tribunales *á un poseido notorio;* que un cristiano «cualquiera ordene á ese espíritu que hable; y si, no atreviéndose á «mentir á un cristiano, no confiesa que es verdaderamente un de-«monio, sino que se dice falsamente Dios, derramad en el mismo sitio «la sangre de este temerario cristiano... ¿Hay cosa mas manifiesta «y segura que una prueba semejante? Hé aquí la misma verdad con «toda su sencillez y energía [1].»

No, nada hay mas manifiesto y seguro: es la verdad misma; y ya no es posible el escepticismo despues de unos testimonios tan imponentes, tan numerosos, tan explícitos y formales, como los de todos estos grandes hombres hablando en presencia de sus verdugos, con la doble autoridad de su genio y de su virtud, y poniendo su cabeza en gaje de la verdad del hecho, cuyo experimento solemne y juridicamente provocan [2].

Añadid, en fin, á todo esto el silencio de sus adversarios, que no los desmienten y que no osan recoger su guante, ó mas bien, que convienen, como Juliano, en el hecho de los poseidos y de su curacion [3].

El estado de posesion por el demonio en el orígen del cristianismo, y la accion de este sobre aquel estado, es, pues, un hecho cierto, cualesquiera que sean las preocupaciones que su desaparicion en los tiem-

[1] *Apolog.*, cap. XXIII.

[2] Á pesar de los muchos testimonios que dejamos de consignar, no podemos prescindir de hacer especial mencion del de Sulpicio Severo: «*He visto,* «dice, un poseido levantado en los aires y con los brazos extendidos, junto á «las reliquias de san Martin.» (*Dial. III*, cap. 6). Y el de san Paulino, tan ilustre por su nacimiento, su sabiduria, su desinterés y su santidad, el cual, en la Vida de san Félix de Nola, asegura HABER VISTO *un poseido que andaba por la bóveda de una iglesia, cabeza abajo, sin que sus vestidos se desordenaran, y que se curó al tocar el sepulcro de san Félix.* — En verdad que no nos sentimos inclinados á la credulidad, todo menos esto, pero nos causaria mucha lástima el que se empeñara en desconocer los títulos del testimonio, los caractéres de la verdad, y los deberes y derechos de la razon hasta el punto de no querer creer en hechos tan atestiguados y certificados únicamente porque son incomprensibles. *Es una singular impudencia*, habria dicho Montaigne, *y una osadía peligrosa y trascendental, ademas de la absurda temeridad que en sí supone.*

[3] S. Cyril. c. Julian.

pos modernos suscite contra esta certidumbre, y por mas inexplicable que parezca semejante desaparicion.

2.° Pero estas mismas preocupaciones van á desaparecer, y á explicarse este fenómeno.

Es cosa reconocida, además de lo que la Religion nos enseña, por el consentimiento comun de todas las naciones y de todos los pueblos, que hay en el mundo cierta clase de espíritus malos, que nosotros llamamos *demonios*.

De ello hemos dado pruebas irrefragables en nuestro *Estudio de las tradiciones universales sobre la caida original y sobre la futura rehabilitacion del genero humano*: el lector puede volver á leerlas, y asegurarse nuevamente de lo que llevamos dicho.

No es menos positivo que todos los pueblos del mundo, á pesar de la inmensa diversidad de lenguas, costumbres y religion que los separa, han tenido sobre el orígen de estos demonios, su caida, su carácter, sus primitivas y funestas relaciones con la humanidad, la maldita y perniciosa influencia que adquirieron sobre ella, y, en fin, sobre la represion que debia ponerles el Libertador esperado y deseado aunque confusamente por todas las naciones, una creencia tan idéntica en la singularidad de sus detalles, que no sabriamos explicarla sino por una revelacion primitiva y un grande acontecimiento original. Este hecho se encuentra garantizado con todas las justificaciones apetecibles, en el *Estudio* á que nos permitimos remitir de nuevo al lector.

En una palabra, puede afirmarse con una confianza que la ciencia justifica mejor cuanto mas profunda es, que la doctrina del cristianismo sobre este punto es la creencia comun del género humano, conservada por una tradicion mas pura y comprobada en su objeto.

El cristianismo, como se sabe ya, nos enseña que el ángel rebelde y caido por la falta irremisible que habia cometido en el cielo, se convirtió en autor del mal sobre la tierra. Cuando crió Dios los espíritus puros, dice Bossuet, les dió parte en su inteligencia y en su poder: al someterlos á su voluntad, quiso, para la buena economía del mundo, que las naturalezas corporales é inferiores les estuvieran sometidas, segun los límites que les habia prescrito. En su caida los ángeles prevaricadores y rebeldes nada perdieron de las ventajas y dones de su naturaleza: ni el poder, ni el vigor, ni la actividad; todo en ellos está por completo, excepto su justicia y santidad, y consiguientemente su beatitud. Les quedó la inteligencia tan penetrante y sublime como

antes, y como restos de su horrible naufragio les quedó tambien la uerza de voluntad para mover los cuerpos [1]. Pero Dios se lo cambió todo en mal, y lo que se les habia dado para que les sirviera de adorno, se les convierte ahora en suplicio. Se han hecho soberbios, mentirosos y envidiosos, y están reducidos, por su desgracia, al triste y repugnante destino de tentar á los hombres, no quedándoles nada de la felicidad de que gozaban en su orígen, mas que el oscuro y maligno placer de encontrar culpables que puedan hacerse cómplices suyos, y desgraciados que puedan llegar á ser compañeros de su infelicidad [2]. Sin embargo, cualquiera que sea la malicia de los demonios, no pueden ejercer su poder sin la permision de Dios, que contiene su furor en ciertos límites, que restringe en ellos, segun le place, la libertad de dañar á los hombres, y que se la da mas ó menos grande, conforme su soberana sabiduría lo juzga conveniente á los intereses de su gloria, al castigo de los pecadores y al perfeccionamiento de los justos.

Al principio este perverso poder se dejó contra el hombre en toda la fuerza nativa de su libertad, para procurarle su ejercicio y darle lugar de añadir á la perfeccion de su naturaleza la de su voluntad. El hombre sucumbió en la prueba, y su enemigo salió vencedor. Este último conservó sobre él un imperio maléfico, por cuyo medio lo arrastró á toda clase de errores y desórdenes, hasta hacerse adorar por él y convertir sus mismos crímenes en una religion y en divinidades.

Pero Dios, que habia permitido aquella fatal prueba de la humana debilidad y de la malicia de los demonios, debia hacernos probar á su vez su misericordia y omnipotente bondad, abatiendo á nuestro enemigo en lo mas cabal de su triunfo, conforme á aquella antigua promesa, tantas veces repetida por los Profetas: *Pondré enemistad entre tí y* EL HIJO DE LA MUJER, *y quebrantará tu cabeza, y no podrás hacer mas que intentar morderle en el calcañar* [3].

[1] La razon nada tiene que objetar contra esta doctrina; porque ¿qué es ella misma mas que un espíritu que mueve un cuerpo? ¿Por qué nuestra alma, nuestra voluntad, que mueve nuestro cuerpo, le está asociada y sujeta, y no puede separarse de él y obrar inmediatamente sobre otros cuerpos de la misma manera? Esto es lo que pueden hacer los puros espíritus tanto mas libremente cuanto no tienen cuerpo propio y peculiar; y léjos de que el espíritu humano encuentre esto contradictorio, halla contradiccion en no poderlo hacer él tambien, ó á lo menos descubre en ello un gran misterio.

[2] Bossuet, *Elevaciones sobre los misterios.*

[3] Entre las muchas pruebas que acreditan el enlace de esta revelacion cristiana sobre los demonios, con la creencia de todas las naciones, transcribi-

Tal era la grande mision del libertador Jesucristo.

La explicacion que apetecíamos se entreve ya:

Viniendo Jesucristo á echar al demonio del mundo, en el que reinaba como señor, debia manifestar en este sentido su poder. La malicia del demonio, que solo habia alcanzado engañar á los hombres, cegándolos para que no la conocieran, debia ser manifestada en toda su perversidad é impotencia. Para hacer la operacion de nuestro rescate mas sensible y mas convincente, era preciso que el principio del mal fuese públicamente presentado en todo su horror y miseria: era preciso que se abriera lucha entre él y nuestro Salvador, y que la accion de nuestro enemigo se hiciese mas ostensible, para que fuese tambien mas patente la omnipotencia que de ella nos libertaba. Para acreditar que él era verdaderamente el Salvador de las almas, debió aparecer Jesucristo Salvador de los cuerpos; y para que pareciese Salvador de los cuerpos, hasta el punto de que se conociese tambien que

rémos tan solo los siguientes pasajes de Plutarco: «Yo no sé, si por mas ex- «traña que nos parezca, no debemos admitir esta opinion que *nos ha transmi- «tido la antigüedad*, de que hay demonios envidiosos y malos, que por envidia «persiguen á los hombres virtuosos, que les ponen obstáculos á sus acciones «buenas, y que ponen en sus espíritus turbaciones y espantos, los que agi- «tan y á veces conmueven su virtud, á fin de que, si perseveran firmes é in- «mobles en el bien, no tengan despues que hayan muerto una vida mejor que «no es la suya.» (*Vida de Dion*, núm. 2). — «Xenócrates cree que los dias «aciagos en que se dice ó hace alguna cosa indigna y vergonzosa, no pertene- «cen á los buenos dioses, sino que hay entonces en la atmósfera, ó en los ai- «res, naturalezas grandes y poderosas, pero malignas y pérfidas, que se gozan «en que se hagan tales cosas por ellas.» (*Tenemos que luchar*, dice san Pablo, *contra los príncipes de las tinieblas*, CONTRA LOS ESPÍRITUS DE MALDAD, ESPARCIDOS POR LOS AIRES. *Carta á los Efesios*, VI, 12). — «El mismo Empé- «docles dice que son castigados por las faltas y ofensas que cometieron. Esto «se parece naturalmente á lo que se cuenta de *Tifon*, que por envidia y malig- «nidad hizo muchas cosas malas, y que, habiéndolo puesto todo en combus- «tion, llenó de males y miserias el mar y la tierra... Y despues fue castigado «por esto, y la mujer y hermana de Osiris se vengó de él conteniendo y amor- «tiguando su rabia y su furor... Otros dicen que no fue la mujer quien hizo «esto, sino uno de sus descendientes, Oro, el cual no mató del todo entera- «mente á Tifon, sino que le quitó la fuerza y el poder de poder hacer ya nada «en adelante... La Divinidad no quiso permitir que su poder (el de Tifon) fuese «del todo aniquilado, sino solo lo relajó y disminuyó, queriendo que siguiese «el combate.» (Plutarco, *de Isis y Osiris*, núm. 24, 26). — No son menos notables las demas tradiciones de los demás pueblos del mundo por su concordancia con la revelacion cristiana, y de todas puede decirse, como Plutarco de la de los egipcios: QUE SE PARECEN NATURALMENTE Á ESTO.

era Salvador de las almas, debió permitir que el mismo maléfico poder que poseia las almas poseyese tambien algunos cuerpos; de manera que, arrojándolo de estos cuerpos, apareciese claramente que podia arrojarlo de las almas, y que era efectivamente nuestro Libertador. Por esto, cuando quiso Jesucristo manifestarse, permitió á los demonios que se manifestasen tambien, y que imitasen en cierta manera su encarnacion, á fin de que se hiciesen visibles hasta cierto punto y corporales, uniéndose al cuerpo del hombre con el designio de dañarlo; y que, estando atados con las cadenas que su malicia habia forjado, fuesen de este modo conducidos ante su juez y señor, condenados por él en público como espíritus impuros, y echados en seguida del templo interior que habian usurpado para mancharlo, y de todos los templos exteriores, en los cuales ocultaban, bajo las apariencias de una mentida majestad, el mas vergonzoso abatimiento y la miseria mas profunda de que la criatura puede ser capaz. Nada comprende la incredulidad en el pasaje de los poseidos de Gerasa, y de la peticion que hicieron á Jesucristo los demonios que los atormentaban, para que los echara á una piara de puercos; pero nada hay mas significativo cuando se considera á aquellos ángeles, en otro tiempo de luz, y que eran de los primeros en la presencia del Todopoderoso, aquellos espíritus de mentira convertidos en príncipes del mundo, en el que se hacian adorar por todas partes como dioses, obligados á poner de manifiesto la enormidad de su usurpacion y la bajeza de su miseria, hasta el punto de convertir en templo suyo el cuerpo de aquellos viles animales, y de pedírselo á Jesucristo como una gracia: *et deprecabantur eum spiritus, dicentes: Mitte nos in porcos*[1] *!!!*

Cuando se preguntó á Jesucristo, por qué el ciego de nacimiento á quien iba á curar se hallaba afligido por aquella enfermedad, Jesús contestó: «No nació ciego porque pecó él ni los que lo pusieron «en el mundo, *sino para que resplandezcan en él las obras de Dios.*» Esta explicacion de la misma boca del Salvador se adapta perfectamente á nuestro asunto; y á la pregunta: ¿Por qué habia *poseidos* en tiempo de Jesucristo? la respuesta que se debe dar es esta: *Para*

[1] Marc., v, 12. — Luc., viii, 31. — Por esto en la divina parábola del Hijo pródigo, se representa á este desdichado *envidiando á los puercos su miserable alimento.* Pero menos culpable que el ángel rebelde, puede aun el hombre acá en la tierra rehabilitarse por medio de la penitencia, y pronunciar con lágrimas estas palabras, que el infierno no comprenderá jamas: *Surgam, et ibo ad Patrem, et dicam ei: Pater, peccavi!!!*

que resplandecieran en ellos las obras de Dios. En el milagro de la curacion del ciego de nacimiento y de otras enfermedades, aparecia Jesucristo muy superior á la naturaleza; pero esto no bastaba para caracterizar su divinidad, pues otros antes de él habian hecho iguales prodigios. La cualidad especial, sobre todo, con que venia, de Libertador del mundo y vencedor de Satanás, no resaltaba visiblemente en estos actos. Podia creerse, segun la antigua opinion de los magos, que se habia difundido por todo el Oriente, y que reapareció despues en los maniqueos y albigenses, que el poder del demonio era independiente del de Dios; podia negarse, con los saduceos y materialistas, la existencia de aquellos espíritus ó su influencia; podia reconocerse, con los paganos, esta influencia, pero equivocarse acerca de su naturaleza hasta tributarle los honores de la divinidad; podia conocerse, en fin, como los judíos, la verdadera naturaleza y la influencia verdadera de los demonios, pero sin considerar á Jesucristo mas que como un profeta semejante á Moisés, ó acaso como un hechicero parecido á aquellos á quienes Moisés habia confundido. Todos estos errores debian ser disipados por medio de hechos decisivos. Era necesario que el Hijo de Dios *hiciese obras que nadie hubiese hecho*, como el mismo dice; y que mandase, no solamente á la tierra sino tambien á los infiernos. Era necesario que el enemigo del género humano apareciese debajo de sus plantas con todo su furor y su dependencia, proclamando por su propia boca el triunfo de su vencedor.

Por esto cuando aquellos espíritus inmundos *veian á Jesucristo, se presentaban ante el, y gritando decian: Tú eres el Hijo de Dios* [1], *dejanos; ¿qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿has venido á destruirnos? Conocemos bien quien tú eres; el Santo de Dios* [2]. *¿Has venido á atormentarnos? no nos eches todavía, no nos precipites aun en el eterno abismo, y permitenos entre tanto entrar en el cuerpo de los mas viles animales;* pero el Salvador, con una apacible majestad, extendia su mano soberana y decia: *Espíritu inmundo, calla y sal de ese hombre*, y al instante, en medio de las convulsiones de la rabia mas espantosa, dejaba el infierno su presa, y entonces *stupebant omnes in magnitudine Dei* [3].

A la vista de la resurreccion de un muerto, el pueblo habia glorificado á Dios, diciendo: *Ha aparecido un gran profeta entre nosotros*

[1] Marc., III, 11.
[2] Luc., IV, 34.
[3] Luc., IX, 43.

y Dios ha visitado á su pueblo [1]. Mas al ver arrojados los demonios se apoderaba de las almas un respetuoso terror, y se preguntaban todos: *¿Quién es este, y qué nueva doctrina es esa, pues su poder se extiende hasta sobre los demonios, á quienes manda y de los cuales es obedecido? ¿Será este el Hijo de David que estamos esperando?* En vano quieren los fariseos alucinar á la multitud, diciendo: *Es verdad que echa los demonios, pero ¿no veis que lo hace en nombre de Belcebú, príncipe de los demonios, de que está poseído?* Pues dan lugar con esto á aquel incontestable argumento de Jesucristo, que confirma todos nuestros raciocinios: *Todo reino dividido contra sí mismo, será desolado al instante. Si Satanás echa fuera á Satanás, está dividido contra sí mismo. Y si yo lanzo los demonios, no puedo hacerlo en nombre de Belcebú, sino por la virtud de Dios...* POR CONSIGUIENTE HA LLEGADO PARA VOSOTROS EL REINO DE DIOS [2].

La oposicion de los reinos se manifestaba efectivamente en la extremada diferencia que la curacion de los poseídos ponia entre los dos reyes, y la visible expulsion de Satanás ponia de relieve la aparicion del Hijo de Dios: *in hoc apparuit filius Dei, ut dissolvat opera diaboli* [3].

Esta es la razon por qué continuaron siendo frecuentes, despues de la resurreccion de Jesucristo, los casos de posesion; es decir, para que los Apóstoles y sus discípulos pudiesen mostrar á todo el mundo cuál era su poder. Por esto vemos que los primeros depositarios de este poder se entusiasmaban al reconocerlo en sí, pues en el Evangelio se nos dice, que despues de haberlo ensayado *volvieron y dijeron al Salvador: Señor,* HASTA LOS DEMONIOS SE NOS SOMETEN POR LA VIRTUD DE VUESTRO NOMBRE [4]. ¡Qué confianza y qué valor no debia inspirar, en efecto, á los Apóstoles y á sus sucesores esta prueba de la divinidad de quien eran ministros! ¿Qué tenian que temer unos hombres que hacian temblar á los demonios? y ¡qué prenda de la verdad de aquellas palabras: *Confidite, ego vici mundum!* En esto, en los milagros que obraba y sobre todo en su poder sobre los demonios, manifestado en la curacion de los poseídos, se encuentra el secreto de su audacia en atreverse contra el universo pagano, y de su rápido triunfo. Así vemos en los *Hechos de los Apóstoles*, que uno de los mayores pasos que dió en sus principios la doctrina cristiana, se debió al hecho que he-

[1] Luc., VII, 16.
[2] . . . . . *Igitur pervenit in vos regnum Dei?* Matth., XII, 25, 28.
[3] Joan., *Epist.*, III, 8.
[4] Luc., X, 17.

mos referido ya de los falsos exorcistas judíos, y del mal que les resultó de haber querido remedar á san Pablo en el uso que hacia del nombre de Jesucristo: «Habiéndose hecho público este suceso, dice «la historia santa, á los judíos y gentiles que moraban en Éfeso, se «apoderó de todos el temor *(cecidit timor super omnes)*, y fue ensal- «zado el nombre del Señor Jesús. Y muchos de los que habian creido, «venian confesando sus pecados. Y muchos de los que se daban á las «ciencias ocultas, trajeron sus libros y los quemaban delante de to- «dos. De este modo crecia mucho y tomaba nuevas fuerzas la pala- «bra de Dios [1].»

Este elemento de conversion se hizo principalmente poderoso cuando el cristianismo, salido de la Judea, se encontró frente á frente con el paganismo, que era mas particularmente la obra del espíritu de mentira. Entonces, segun hemos visto por medio de tantos y tan valederos testimonios, permitió Dios que los demonios se acusasen en alta voz á sí mismos por boca de los poseidos, como autores y objeto de aquel culto infame y extravagante que deshonraba á la especie humana. ¡Qué impresion no debia hacer en los paganos ese espectáculo, frecuente á la sazon, del poder de los cristianos sobre los demonios, y de la confesion de estos, que declaraban que eran sus dioses! espectáculo al cual los cristianos los convidaban con tanta confianza, y que á veces se ofrecian á presentárselo en público y en las mismas gradas de sus tribunales. Aun cuando este hecho nos pareciese extraño, no podríamos dudar de él sériamente, si considerásemos: 1.° la conducta de los cristianos tan unánime, tan abierta y tan resuelta, no solamente en atestiguarlo sino en ofrecerlo como prueba de su fe; 2.° el silencio de sus mas violentos enemigos, que provocados sin cesar acerca de un punto tan decisivo, no contestan ni una sola palabra; 3.° en fin, el gran número de conversiones que producia, y las conquistas que hizo luego sobre todo el paganismo. Esta es, en efecto, una de las cosas que mas sirvió al progreso del cristianismo entre los paganos, porque era la que mas visiblemente se adaptaba á su objeto, como mas arriba dijimos, y como lo confirma el siguiente pasaje de Tertuliano: «El poder que sobre los demonios tenemos, dice *á los paga- «nos*, nos viene del nombre de Jesucristo y de las amenazas que les «hacemos de su parte y de la de Dios. Temiendo al Cristo en Dios, «y á Dios en el Cristo, se sujetan á los servidores de Dios y del Cristo.

[1] *Hechos de los Apost.*, XIX, 17-20.

«Por esto delante de nosotros y á nuestro mandato, asustados con el «pensamiento y por la imágen del fuego eterno, *los veréis* salir de los «cuerpos llenos de furor y cubiertos de vergüenza: si los creeis cuando «os engañan, creedlos asimismo *cuando os dicen* la verdad... *Los testi-* «*monios de vuestros dioses están haciendo muchos cristianos,* porque no «se les puede creer sin creer en el Cristo. Sí, ellos inflaman la fe en «nuestras santas Escrituras, afirman los fundamentos de nuestra es- «peranza... *Todas esas confesiones* de vuestros dioses, que declaran «que no son tales dioses y que no hay mas Dios que el de los cristia- «nos, es sin duda bastante para justificarnos y convencernos de que «adorais la mentira... Creo que nada tengo que añadir á mi demos- «tracion de la falsedad de vuestros dioses y de la verdad del nuestro. «*Hasta la autoridad de vuestros dioses* ha venido á poner el sello á la «evidencia y á la fuerza del raciocinio.»

Despues de esto, ya todos comprenderán por qué los hechos de posesion tuvieron principalmente lugar en la época de la venida de Jesucristo, y por qué se reprodujeron mientras que el cristianismo tuvo que disipar las tinieblas del paganismo. Para que estas tinieblas se disipasen era necesario que apareciesen tales, y que la luz se hubiese manifestado ya tal como era. Aquel suceso debia verificarse por oposicion, y por una oposicion sensible, como lo era todo entonces. Para esto no bastaba que la luz brillase en las tinieblas; las tinieblas no la hubieran comprendido: era preciso que aquellas tinieblas se acusasen á sí propias, y que el mismo espíritu que tenia cegadas á las almas contribuyese á disiparlas. Advertidas de este modo por la autoridad misma de su error, no tenian que hacer mas que una operacion de fe para suscribir á la verdad, esperando conocerla despues en sí misma. Por la misma razon debió cesar este medio extraordinario de revelacion cuando el error estuvo ya enteramente relegado á los abismos, y su imperio hubo cedido su lugar á la verdad.

Para comprender bien esta explicacion, y en general todo el mecanismo de la revelacion cristiana, es necesario no perder jamás de vista lo que hemos dicho muchas veces: que la verdad divina, dirigiéndose á inteligencias libres, debe proporcionarles la luz de tal manera, que tengan siempre en que puedan conocerla por la evidencia, pero que procuren asimilársela tambien por la fe; que sean convencidas sin ser violentadas, y que, á la manera del aire que entra en los pulmones, este aire vivificante del alma no le falte nunca, pero que solo entre por *aspiracion*. Por esto, durante la vida de Jesucristo,

y en todas sus acciones, lo vemos sucesivamente manifestarse y ocultarse, atraernos con los milagros y desesperarnos con los misterios, hablar por medio de parábolas, para que *viendo no veamos, y oyendo no entendamos*, es decir, para que tengamos algo que *mirar*, que *oir* y que *creer*, á fin de que tengamos algo que *descubrir*, que *hacer* y que *merecer*. Este es en particular el motivo porque observamos que atempera el testimonio que de él daban los demonios: no queria precipitar ni que se hiciese fuera de tiempo la manifestacion de una verdad que no queria hacer conocer sino por grados y segun la disposicion de los espíritus; este es el motivo, en fin, porque semejante testimonio debió desaparecer del mundo, cuando victoriosa ya del mundo aquella verdad, cerró ella misma sus puertas, y colocada delante de ellas perpétuamente, ha ido realizando siempre esta promesa: No PREVALECERÁN [1].

[1] Muchas mas consideraciones se nos han ofrecido sobre la materia; pero no hemos querido consignarlas, porque nos habrian detenido demasiado, y por otra parte el lector las suplirá fácilmente. Nos limitarémos solo á recomendarle principalmente que medite algo en la profunda revolucion que obró el cristianismo en el mundo moral. ¿Cómo pudo el paganismo con sus ignominias y sus extravagancias, sus sacrificios humanos, sus prostituciones religiosas, sus infames misterios y sus monstruosidades de todo género, existir en el mismo seno de las civilizaciones antiguas, y pasar en él como una cosa natural hasta el punto de correr por él sin estrépito y sin límites, siendo esta la causa por que nosotros no lo conocemos mas que imperfectamente? ¿Cómo un estado tan profundo, tan inveterado, tan incurable, que no se le sentia, cedió tan rápidamente á la accion del cristianismo? ¿Cómo desapareció para no volver á aparecer jamás? ¿Cómo se curó tan radicalmente la humanidad de semejante dolencia y se va alejando de ella cada vez mas? Evidentemente hay en esto *dos estados de naturaleza* distintos: el estado de caida y el de rehabilitacion; el imperio de Satanás y el de Jesucristo. El paganismo comparado con el cristianismo, *en las condiciones de civilizacion por otro lado perfectamente iguales*, prueba un extravío sobrenatural, satánico; es, por decirlo así, *un estado de posesion en grande*. El mundo pagano fue *exorcizado* por la cruz de Jesucristo, y *su príncipe fue arrojado fuera*, como decia este divino Salvador: *princeps hujus mundi ejicietur foras*. Es verdad que el poder de este genio del mal se hace sentir todavía, pero es en el fondo de los abismos del corazon, solapadamente y por el fenómeno de la tentacion moral; ó bien, cuando se ostenta exteriormente y en acciones, es abominado por la opinion pública y no puede prescribir jamás. No es *destruido*, sino *vencido*, segun la antigua tradicion. Esclavos por nuestros vicios, á lo menos somos libres por nuestros remordimientos, y ya no hay *posesion del mal*, sino combate, y todo lo mas victoria hácia el bien. Estamos, en una palabra, en el estado inverso de antes y en el cumplimiento literal de estas palabras: *Ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*. — En este fenómeno general vuelven á entrar ahora los fenóme-

Así se explican los estados de posesion en su relacion con el cristianismo, su frecuencia en su orígen y su disminucion despues de su establecimiento. Independientemente de esta explicacion, hemos visto además la prueba histórica de su existencia. Por consiguiente, tan solo un miserable pirronismo podria dudar ya de una verdad que tiene á su favor dos garantías, cuya concordancia constituye en todas las cosas la certidumbre trascendental: el hecho y su ley. Cuando por una parte se tiene la prueba histórica de un hecho, y por otra una ley que lo explica; y cuando esta ley y aquel hecho se concuerdan, se corresponden y funcionan, por decirlo así, el uno en el otro con libertad y exactitud á la vez, se tiene en tal caso la mas alta certidumbre posible, la certidumbre completa, la certidumbre viviente, porque se combina entre lo físico y lo moral, entre el hecho y la idea; y esta certidumbre es aun tanto mas fuerte cuanto mas singular es el hecho, pues que su conformidad con la ley que lo explica es una expresion tanto mas rigurosa de su verdad.

Despues de haber así disipado las varias preocupaciones que se forman de ordinario, tocante á la verdad de los milagros, volvamos ahora á sentarnos sobre el fundamento general de su admision.

§ II.

I. «Soy de parecer que es necesario creer en el gran principio de «los milagros, ó venir á parar á la conclusion absurda, si no incon«cebible, de que el Cristo era un bribon, y sus discípulos unos mente«catos ó unos impostores.»

Estas palabras son de un hombre que ha hecho una revolucion completa en la ciencia histórica, por la feliz osadía de sus investigaciones, el célebre Niebuhr [1]. El mismo amor de la verdad que le hizo trastornar el campo fabuloso de la mayor parte de los orígenes de la historia, le hizo reconocer la solidez inamovible de los orígenes del cristianismo y del grande hecho de los milagros, que es su primer elemento. Tal es siempre y en todas las cosas el resultado de la verdadera ciencia: encontrar la Religion al buscar la verdad; y no puede dejar de ser así, puesto que ambas son una misma cosa.

nos particulares de posesion corporal: son síntomas que han ido siguiendo la suerte del principio, y que tienen por objeto el revelarlo extraordinariamente en vista de su curacion.

[1] Citado en la *Revista Británica* del mes de diciembre de 1840.

La razon que da Niebuhr de la verdad de los milagros no es la única, pero es la mas decisiva.

Antes de pesar la prueba de un milagro, el primer movimiento es sin duda no creer en él, porque es opuesto al curso natural de las cosas. Pero este curso natural en sí mismo no es inviolable y necesario; es modificable bajo la accion del que lo estableció. Un milagro, en una palabra, es inverosímil, pero no inconcebible, ni físicamente imposible. Por este lado, pues, habrá inverosimilitud, pero no imposibilidad.

Con respecto á la prueba, en cuanto presenta los caractéres que se encuentran en el testimonio de Jesucristo y de los Apóstoles, ya es otra cosa: aquí hay imposibilidad de que esta prueba sea falsa. El órden moral se diferencia, en efecto, del órden físico, en que aquel es necesario y este no. No hay contradiccion física en que un muerto resucite, y la hay moral en que un hombre veraz sea impostor. Y cuando los motivos de creerlo veraz son tan poderosos, tan eminentes y tan necesarios como los que nos ofrecen Jesucristo y sus Apóstoles, es violar todas las nociones del órden moral y del sentido comun, é incurrir en absurdo, creerlos al mismo tiempo capaces de una impostura tan grosera como la de haber hecho y acreditado milagros falsos.

Por un lado hay, pues, simplemente inverosimilitud, y por el otro palpable absurdidad. La razon no puede por lo mismo vacilar en creer en los milagros, y esto es lo que hacia decir á Niebuhr: «Soy de pa-«recer que es necesario creer en el gran principio de los milagros, ó «venir á parar á la conclusion absurda, si no inconcebible, de que el «Cristo era un bribon, y sus discípulos unos mentecatos ó unos im-«postores [1].»

Es curioso ver á Rousseau dar vueltas al rededor de este argumento, y probar su fuerza por medio de los lastimosos sofismas á que recurre para eludirlo.

No se atreve á decir que Jesucristo es un impostor y el Evangelio un tejido de falsedades; procederia demasiado directamente contra aquel elocuente instinto que le hizo decir con tanta exactitud: «Si la «vida y muerte de *Sócrates* son de un sábio, la vida y muerte de Jesús «son de un Dios,» y que «el Evangelio encierra caractéres de ver-«dad tan grandes, tan luminosos, tan perfectamente inimitables, que «su inventor seria mas admirable que su héroe [2].» No es este su ca-

[1] Hemos presentado en toda su fuerza este argumento en nuestro *Estudio sobre la persona de Jesucristo*.

[2] *Emilio*, lib. IV.

mino, y vemos por otra parte que renueva su profesion de fe y se indigna porque se la pone en duda: «Observad bien, señor, dice, que «suponiendo á lo mas alguna amplificacion en las circunstancias, *yo «no abrigo ninguna duda acerca del fondo de todos los hechos* (consig- «nados en el Evangelio); esto es lo que dije, y no creo supérfluo repe- «tirlo... Nuestros hombres de Dios quieren á toda costa que haya he- «cho de Jesús un impostor. Se calientan los cascos para contestar á «esta *indigna acusacion*, á fin de que se crea que yo la hice [1]; la su- «ponen con aire de certidumbre; insisten en ella, y vuelven afectuo- «samente á la carga. ¡Ah! si esos buenos cristianos pudieran arran- «carme al fin alguna *blasfemia*, ¡qué contentos estarian, etc. [2]!»

Tenemos, pues, segun él mismo, que Rousseau está muy léjos de querer hacer de Jesús un impostor, y de abrigar la mas ligera duda sobre el fondo de todos los hechos consignados en el Evangelio.

—¿Luego son verdaderos los milagros?

—Nada de esto: no quiere reconocerlos, y bajo las apariencias de una duda filosófica, los niega formalmente.

—¿Cómo puede ser esto? ¿Se queda quizás sin decidirse á causa de alguna falsa razon de imposibilidad de los milagros, que equilibraria la imposibilidad de impostura en Jesucristo?

—Léjos de esto, reconoce que los milagros son posibles: «Casti- «gar á quien los negase, dice, seria hacerle demasiado honor; basta- «ria encerrarlo. ¿Quién ha negado jamás que puede Dios hacer mi- «lagros [3]?»

Si los milagros son por una parte posibles, y por otra es imposible ver un impostor en Jesucristo que los hizo ya, é imposible dudar de la verdad del Evangelio que los refiere, deberémos llegar á esta conclusion: luego los milagros son necesariamente verdaderos.

Rousseau, lo repetimos, se resiste á esta conclusion; pero todo su talento y toda su dialéctica no bastan á evitarle una contradiccion tan palpable, sino por medio de sofismas vergonzosos. Conviene exponerlos, no para combatir personalmente su autoridad, cuya influencia se ha ido debilitando ya mucho, sino para demostrar con su ejemplo que todo el genio del hombre no puede hacer mas que disparatar, cuando trata de emplearse en contra de los fundamentos de nuestra fe.

[1] No se equivocaban, como despues verémos; pero creamos entre tanto á Rousseau: seria exigir demasiado quererlo poner de acuerdo consigo mismo.

[2] *Cartas de la Montaña*, p. 115.

[3] *Cartas de la Montaña*, p. 104.

Oigamos, pues, las explicaciones de la incredulidad de Rousseau sobre el punto de los milagros. Estas explicaciones deben ser graves, poderosas y decisivas; pues no se puede ser incrédulo sino apoyándose en la razon, en una excesiva é imperiosa razon: veamos, pues, lo que va á hacer por sí misma esa soberbia razon que se opone tantas veces á la fe.

«Jesús, ilustrado por el espíritu de Dios, poseia luces tan superio-«res á las de sus discípulos, que no es raro obrase una multitud de «cosas extraordinarias, en las que la ignorancia de los espectadores «vió prodigios donde no los habia. ¿Hasta qué punto, en virtud de «estas luces, podia obrar por *medios naturales*, desconocidos á aque-«llos y á nosotros? Hé aquí lo que no sabemos ni podemos saber [1].»

La claridad, dijo Vauvenargues, *es la buena fe de los filósofos*. Con este título nos seria permitido dudar de la buena fe de Rousseau en el pasaje citado, pues es bastante oscuro. Veamos de esclarecerlo:

Jesús, *ilustrado por el espíritu de Dios*, no es seguramente un impostor: hé aquí lo que es claro y en lo que se conviene; no lo olvidemos: —*Obró una multitud de cosas extraordinarias*, ¿con qué objeto? sin duda para acreditar su mision: hé aquí lo que es claro tambien. —¿Qué carácter daba á lo que queria que se reconociese en su mision? un carácter *divino;* esto es incontestable, y Rousseau no lo niega. —Luego era preciso que la multitud de cosas extraordinarias que hacia con este objeto *pareciesen*, no solamente *extraordinarias*, sino *divinas*, es decir, *sobrenaturales;* tal debia ser su intencion y su voluntad. Rousseau lo reconoce implícitamente, como no podia dejar de suceder. — Esas cosas, que debian parecer sobrenaturales, ¿lo eran en efecto, ó no? No lo eran, dice Rousseau: *la ignorancia vió prodigios donde no los habia*. — Aquí tenemos el blanco de la dificultad: Jesús, *ilustrado por el espíritu de Dios*, debia conocer esta ignorancia de los espectadores y su equivocacion. Por consiguiente, especulaba con aquella ignorancia y autorizaba esta equivocacion; inducia á sabiendas y necesariamente á los espectadores, y con ellos á la especie humana, en error; pues daba cosas naturales por sobrenaturales.

Hé aquí ahora la cuestion:

Especulando Jesús con la ignorancia de los espectadores, haciéndoles tomar lo que no era por lo que era, *imponiéndoselo*, ¿hubiera sido un *impostor*?

[1] *Cartas de la Montaña*, p. 118.

Razon incrédula, si eres verdadera razon, dirás SÍ, á menos que quieras mentirte á tí misma; si dices NO, eres absurda.

Sin embargo, Rousseau dice NO; protesta en seguida contra la *indigna acusacion* la *blasfemia*, que hiciese de Jesucristo un impostor.

Tal vez lo hemos comprendido mal, ó hemos analizado mal su pensamiento: dejémosle hablar á él mismo y que se explique por medio de analogías y ejemplos.

«Todo cuanto puede decirse de quien *se gloría* de hacer milagros, «es que hace cosas muy extraordinarias, pero ¿quién niega que se «hagan cosas extraordinarias?» (¡Sofista!!!) «*Yo mismo*, YO *he visto* «*cosas de estas*, Y LAS HE HECHO TAMBIEN... En 1743 ví en Venecia «unas suertes mas nuevas y raras que las de Prenesta. El que las que- «ria consultar entraba en un gabinete, en donde, si queria, perma- «cia solo. Arrancaba una hoja cualquiera de un libro en blanco que «allí habia, y en seguida, guardando la hoja, preguntaba, no en voz «alta sino mentalmente, lo que queria saber. Luego doblaba su hoja «blanca, la envolvia y sellaba, y la colocaba en un libro que tambien «sellaba: por fin, despues de haber recitado ciertas fórmulas estram- «bóticas, sin perder su libro de vista, sacaba de él su papel, reco- «nocia el sello, lo abria, y encontraba su respuesta escrita en él. El «mago que hacia estas suertes se llamaba J.-J. *Rousseau*. Me con- «tentaba con ser hechicero, porque era modesto; pero *si hubiese te- «nido la ambicion de ser profeta, ¿quién me hubiera impedido pasar «por tal?*... El gabinete del abate Nollet es un laboratorio de mágia, «las recreaciones matemáticas son una coleccion de milagros; ¿qué «digo? hasta abundan en las ferias; *el aldeano de Nortolandia*, que «mil veces he visto encender con su cuchillo su lumbre, tiene medios «para subyugar á todo el pueblo, aun en París; *¿qué creeis que hu- «biera podido hacer en Siria* [1]?»

Despues de haber de este modo comparado á Jesucristo al *aldeano de Nortolandia*, á los *hechiceros*, y lo que es peor, *á sí mismo*, Rousseau exclama: «Nuestros hombres de Dios quieren á toda costa que «yo haga de Jesús un impostor, etc.»

¿No es esto bastante para confundir á la incredulidad en uno de sus primeros corifeos, y presentarla de este modo ante el pudor y el buen sentido?

Lo peor que aquí hay es, que Rousseau pretende tener *una fe sólida*

[1] *Cartas de la Montaña*, p. 107, 108, 109.

y segura en la revelacion de Jesucristo, y que no rechaza los milagros sino porque no se hallan á la altura de esta fe, como si rechazándolos no colocase á Jesucristo en el rango de impostor, y no zapase en consecuencia esta fe por su base.

Tampoco teme erigir estas extravagantes contradicciones en sistema, como hemos visto al principio del presente *Estudio*. Sostiene que Dios debió dar á su revelacion diversos caractéres, segun el grado de inteligencia de los espíritus: la *belleza* y *santidad* de la doctrina para los buenos pensadores, y los *milagros* para el vulgo; pero con la diferencia de que no hay signo *verdaderamente cierto* sino el que resulta de la doctrina; pues los milagros *que la* BONDAD DIVINA, *prestándose á las flaquezas del vulgo, se complace en presentarle como pruebas adecuadas á su capacidad*, no tienen necesidad de ser reales; basta que sean aparentes, *siendo, como es, el pueblo incapaz de hacer esta distincion:* por esto aquellos milagros, aunque emanados de Dios, son *equívocos* á los ojos de las personas instruidas y de los buenos pensadores, *como se probará mas adelante* [1], es decir, por los ejemplos del aldeano de Nortolandía, de los hechiceros y del mismo Rousseau.

Estos son los expedientes de la incredulidad; estas son las graves razones, las convincentes teorías, las nobles concepciones de la Divinidad, los motivos satisfactorios que la hacen romper con la fe cristiana. ¡Justo Dios! ¿le redargüirémos? ¡ah! la sangre hierve en las venas; no sabe uno dónde está... ¿Son esos los fundamentos de vuestra incredulidad? Nuestra fe los tiene sin duda mas seguros [2].

Se preguntará acaso por qué Rousseau, que pretende tener *una fe sólida y segura* en la revelacion de Jesucristo, que reconoce la verdad del Evangelio y la posibilidad de los milagros, y que reconoce asimismo la *apariencia* de los milagros de hecho y en teoría, se detiene aquí, y se obstina á toda costa en desconocer la *realidad* de los milagros. ¿De dónde procede ese invencible horror que manifiesta por los milagros, hasta el punto de prescindir de toda razon antes que consentir en ellos, y de someter á la Divinidad á una necesidad de impostura antes que someter su espíritu á una necesidad de fe; al mismo tiempo, lo repetimos, que aspira á esta fe por otra via, por la del raciocinio, y apoyándose en el carácter de belleza y santidad de la doctrina? Lo difícil, sin duda, no consiste tanto en creer en los milagros como en la divinidad de Jesucristo; y si se cree en la divini-

[1] *Cartas de la Montaña*, p. 88.

[2] Alusion á una frase de Rousseau. *Cartas de la Montaña*, p. 118.

dad de Jesucristo, ya no es difícil creer en los milagros; al contrario, lo difícil es no creer en ellos. ¿De dónde nace, pues, esa repugnancia contradictoria en Rousseau?

Vamos á decirlo: la creencia en los milagros importa la creencia efectiva, séria, real é irrevocable en la divinidad de Jesucristo. Es una puerta cerrada á todo retorno á la incredulidad. Es un hecho reconocido, un hecho simple, y sobre el cual no hay que insistir, á no ser para deducir de él explicaciones. Es la via de la autoridad. La creencia, empero, en la revelacion por la via del raciocinio y sobre la belleza y santidad de la doctrina, permite al mismo raciocinio que hoy la reconoce desconocerla mañana, no liga, no obliga irrevocablemente, y cuando no hay otro motivo que os adhiera á ella, os deja flotar en un estado indefinido de licencia que permite creerlo todo y no creer nada, *é ir desde el ateismo hasta el bautismo de las campanas,* como decia muy ingeniosamente Diderot, hablando de Rousseau. Es una creencia *ambulante.*

Por consiguiente, el verdadero motivo que hace que Rousseau no crea mas que en la apariencia de los milagros, es que no tiene mas que una apariencia de fe en Jesucristo, por mas que él diga, y se convierte por lo mismo en una prueba viva de la conveniencia, de la necesidad de los milagros, y por consiguiente de su realidad para todos los entendimientos, y sobre todo para los buenos pensadores; porque necesita la razon humana algo que la fije, cuanto mas activa es, y, permitiéndole ejercitarse y desarrollarse en la comprension y aplicacion de la doctrina, la obligue por *una razon de autoridad* á no separarse de ella y á no perder su libertad en su licencia.

Por esto vemos que la *fe sólida y segura* de nuestro *buen pensador* tan pronto *proclama* la *divinidad* de Jesucristo [1], tan pronto reconoce solamente que se *hallaba ilustrado por el espíritu de Dios* [2], tan pronto no ve en él mas que *al mejor y mas amable de los hombres* [3], tan pronto, en fin, ¡quién lo creyera! naufraga completamente y hace traicion á todo lo que con tanta pena hemos deducido de todos sus sofismas en el siguiente pasaje: «Se nos presenta un hombre que nos habla este «lenguaje: Mortales, os anuncio la voluntad del Altísimo, reconoced «en mis palabras al que me envia. Yo mando al sol que cambie su «curso, á las estrellas que se coloquen de otro modo, á las montañas

[1] *Emilio*, lib. IV.
[2] *Cartas de la Montaña*, p. 115.
[3] *Id.*, *id.*, p. 138.

«que se aplanen, á las olas que se levanten como montañas, y á la «tierra que tome una forma distinta. ¿Quién no reconocerá en seme- «jantes maravillas al dueño de la naturaleza? ESTA NO OBEDECE Á LOS «IMPOSTORES, *que hacen sus milagros en las encrucijadas, en los desiertos «y dentro de las casas; por esto* NO SON CREIDOS *mas que de un corto «número de espectadores dispuestos siempre á dar crédito á todo* [1].»

Hé aquí, pues, á Rousseau llegado espontáneamente al punto á que queriamos obligarle, á aquella *indigna acusacion*, á aquella *blasfemia*, cuya suposicion tanto le indignaba: la inexorable lógica de la *alternativa* lo ha arrastrado de la incredulidad en los milagros á la conclusion de que *el Cristo era un bribon, y sus discípulos unos mentecatos ó impostores.*

Conclusion absurda y horrible, como dice Niebuhr y dijo el mismo Rousseau, pero necesaria, no creyendo en el gran principio de los milagros.

Por consiguiente, el ejemplo irrefragable de Rousseau prueba evidentemente que, Á MENOS DE IR Á PARAR Á LO ABSURDO, ES PRECISO CREER EN EL GRAN PRINCIPIO DE LOS MILAGROS.

Podríamos ceñirnos á este argumento, por ser, solo él, un fundamento racional y decisivo de la fe cristiana. Es necesario no perderlo jamás de vista y llegar en definitiva á fijarse en él, porque es simple, y el punto sobre que gira, LA VERACIDAD DE JESUCRISTO Y DEL EVANGELIO, es de una necesidad absoluta y tiene sus raíces no solamente en la razon, sino en el sentido íntimo, en el corazon, en el alma y en todas las facultades de nuestro ser moral. Los milagros tienen de admirable, para los que no los hemos presenciado, que enlazan la divinidad de Jesucristo con su veracidad. Y como á medida que vamos adelantando, esta veracidad se va revelando mas en sus frutos de civilizacion y de vida, se hace por consiguiente mas palpable la necesidad de creer en los milagros que ella nos garantiza, y por ellos en la divinidad de Jesucristo, que es su consecuencia, á medida que nos vamos alejando de la época en que tuvieron lugar. En tiempo de Jesucristo y durante los primeros siglos del cristianismo, habia, es verdad, la impresion inmediata de los milagros; pero no habia la experiencia y la civilizacion de costumbres y de ideas que nos hacen admirar en el dia toda la belleza y perfeccion del carácter y de la obra de Jesucristo. Por esto era despreciado este carácter, y los incrédulos, como Juliano, Celso y Porfirio, no vacilaban en calificar á Jesucristo de im-

[1] *Emilio*, lib. IV.

postor, y eludian por este medio la autoridad de los milagros, que decian haber sido hechos por el artificio de la mágia. ¿Quién se atreveria en nuestros dias, aun entre los mas declarados incrédulos, á proferir un absurdo semejante? La incredulidad de nuestra época no puede ya dejar de reconocer la belleza del carácter de Jesucristo. Pronuncia así su propia sentencia, y para evitar el adorarlo como Dios, procura exaltarlo como hombre. Pero sin advertirlo se obliga ella misma á ello, dando á los milagros un apoyo de que habian carecido hasta el presente, y que nos fuerza á deducir por ellos, como hemos visto ya, de la belleza moral del carácter de Jesucristo su divinidad.

Este argumento, que á causa de su oportunidad lo hemos presentado por dos veces en el curso de nuestros *Estudios*, es en la actualidad el primer fundamento de la verdad de los milagros: vamos á añadir algunas reflexiones, no para fijar esta verdad, sino para hacerla mas familiar.

II. No tomamos en particular á Rousseau, hemos dicho, para combatir personalmente su autoridad; se desvaneció ya la fascinacion de su *bello estilo*, y el sofista, mostrándose á través de la máscara del filósofo, ha deprimido la gloria del escritor. Nada es bello si no es verdadero. La misma falsedad es menos repugnante cuando se manifiesta, que cuando se encubre con el disfraz de la verdad. En este caso es doble falsedad. Y este es el sello con que la posteridad ha marcado ya á Rousseau [1].

No atacamos, pues, á Rousseau, sino á la incredulidad en general en su persona, porque al fin y al cabo no le faltó talento y genio, y de seguro nadie hubiera sostenido mejor que él la causa de la incredulidad, si esta causa hubiera podido ser sostenida; ella fue quien lo desacreditó. Por consiguiente si se nos abandona la persona de Rousseau, se nos abandona la causa de la incredulidad; si no se quiere abandonar la causa de la incredulidad no concebimos que sea por un motivo que Rousseau no haya hecho valer ya con mas habilidad que cualquiera otro, principalmente en lo que atañe á los *milagros*. Por lo mismo seguirémos discutiendo con este célebre deista.

Hé aquí uno de sus argumentos mas especiosos. Está sacado de su diálogo muy poco filosófico entre *el pensador* y *el inspirado*, en el libro cuarto de su *Emilio*.

[1] Es preciso, sin embargo, reconocer que su falsedad no es de cálculo, sino de pasion.

EL INSPIRADO.

«...Mis pruebas no tienen réplica; son de un órden sobrenatural.

EL PENSADOR.

«¡Sobrenatural! ¿qué significa esa palabra? no la comprendo.

EL INSPIRADO.

«Cambios en el órden de la naturaleza, profecías, milagros y pro-
«digios de toda especie.

EL PENSADOR.

«¡Prodigios, milagros! no he visto nunca nada de todo esto.

EL INSPIRADO.

«Otros lo vieron por tí. Infinidad de testigos..., el testimonio de
«los pueblos...

EL PENSADOR.

«*¿Es de un órden sobrenatural el testimonio de los pueblos* [1]?

EL INSPIRADO.

«No; pero cuando es unánime, es incontestable [2].

EL PENSADOR.

«No hay nada mas incontestable que los principios de la razon, y
«*no se puede autorizar un absurdo apoyándose en el testimonio de los*
«*hombres* [3]. Todavía mas, veamos las pruebas sobrenaturales, pues
«la atestacion del género humano sobre ellas no es unánime... ¿Quie-
«res saber á qué se reducen tus pretendidas pruebas sobrenaturales,
«tus profecías, tus milagros? ¡á creer todo esto bajo la fe de otro!

[1] Aquí se desliza el sofisma.

[2] Si *el Inspirado* hubiese contestado en nombre propio al *Sofista*, le hubiera dicho: «No; pero yo no te he dicho que fuese de un órden sobrenatural *el tes-*
«*timonio de los pueblos*, sino los *milagros.*»

[3] ¡Todavía! ¿es decir que un milagro es un absurdo? ¿No es el mismo Rousseau quien dijo que la cuestion de si Dios puede hacer milagros era impia *si no era absurda, y que castigar a quien la resolviese negativamente seria ha-*
cerle demasiado honor, y que bastaria encerrarlo?

«¡Oh corazon endurecido! la gracia no te habla nunca.»

No es esto lo que *el Inspirado* le hubiera contestado, sino, «¡Oh «falso pensador, voy á refutarte!» y lo hubiera podido hacer del modo siguiente:

Conviene no confundir la prueba *sobrenatural* de la revelacion, el hecho de los *milagros*, con la prueba de este hecho, *el testimonio de los hombres*. — La Divinidad, para revelarse á la criatura, debe hacer actos de Criador, resucitar un muerto por ejemplo: no sabemos cómo podria dejar de convenirse en que este acto constituye una prueba sobrenatural. — Ahora bien: este mismo hecho tiene necesidad de ser probado; y una vez pasado ya en la tierra, se convierte en probable, como todos los demás hechos terrestres, por medio del testimonio natural ó histórico. — ¿Impide esta última prueba natural que el hecho que es su objeto constituya una prueba sobrenatural? ¿la resurreccion de un muerto dejará de ser un milagro porque sea probada y atestiguada por el testimonio de los hombres? — ¿Acaso el testimonio de los hombres, cuando tiene todas las condiciones requeridas, no es un medio para asegurarse de la existencia de los hechos? ¿Acaso la resurreccion de un muerto ú otro milagro cualquiera no es un hecho? ¿Porque un hecho sea sobrenatural deja de ser un hecho? ¿no es al contrario un hecho mas visible, mas chocante, y por lo mismo mas probable por el testimonio? Apelaré á tus mismas palabras: «Los «hechos de *Sócrates*, de los cuales nadie duda, dijistes, están menos «atestiguados que los de Jesucristo [1],» y además: «Observad bien, «señor, que yo no abrigo ninguna duda acerca del fondo de todos los «hechos consignados en el Evangelio. Esto es lo que dije, y no creo «supérfluo repetirlo [2].»

Adelantemos mas: ¿á qué se reduce ese sistema? evidentemente á querer que un hecho sobrenatural no se pruebe sino por una prueba sobrenatural, pues por no tener este último carácter desecha Rousseau el testimonio de los hombres respecto de los milagros. Esto es un absurdo palpable, como ya dijimos en otra parte. ¿Qué seria entonces esa prueba sobrenatural sino otro hecho sobrenatural, que á su vez tendria necesidad de otra prueba sobrenatural, y así indefinidamente? En verdad que esto seria un círculo vicioso. Rousseau contesta

[1] *Emilio*, lib. IV, algunas líneas despues del diálogo.

[2] *Cartas de la Montaña*, p. 115.

al *Inspirado* que le opone los milagros: «No he visto nunca nada de «todo esto;» y en seguida desecha el testimonio de los pueblos, que se le da en lugar de su propio testimonio, porque no es *de un órden sobrenatural*. ¿Hubiera sido su propio testimonio, la prueba *de visu*, á la cual apela, *de un órden sobrenatural?* No niega que la prueba de la vista inmediata y personal de los milagros seria una prueba como él la desea: « A la vista de semejantes maravillas, dice, ¿quién no «reconocerá al momento al dueño de la naturaleza?» Pero, lo repetimos, ¿quién le asegurará en este caso el hecho de estas maravillas? ¿el testimonio de sus sentidos, de sus ojos? Y ¿á qué órden pertenecerá este testimonio mas que al *natural*, absolutamente al mismo que el testimonio de los demás hombres como él? ¿Podria suceder de otro modo, dirigiéndose en definitiva la prueba á *la naturaleza humana*, y debiendo por consiguiente esta prueba, por sobrenatural que sea su asunto, adaptarse á su objeto que es la naturaleza humana, y por lo mismo ser *natural* y *humana*, so pena de imposibilidad y de absurdo?

Para ser consecuente consigo mismo seria menester que se extendiese Rousseau hasta decir que la vista inmediata de un milagro no le convenceria, y que no creeria á sus propios ojos. Esto es lo que precisamente dice en otro pasaje: «Por admirable que pudiera parecerme «un espectáculo semejante, dice, no quisiera presenciarlo por nada «de este mundo; porque ¿qué sé yo lo que me sucederia? En vez de «volverme creyente, tendria gran miedo de volverme loco [1].» Seria hacer un insulto á nuestros lectores, cualesquiera que sean, comparar su incredulidad á una incredulidad tan apasionada é insensata: aquí es á Rousseau personalmente á quien combatimos, y nadie sin duda tomará su defensa [2].

Por consiguiente los hechos sobrenaturales, sobre los cuales descansa la revelacion cristiana, los milagros, no pierden su carácter siendo transmitidos á nuestro conocimiento por el testimonio de los hombres, como no lo perderian si lo fueran por el de nuestros pro-

[1] *Cartas de la Montaña*, p. 112.

[2] ¿No llega hasta el punto de decir con mucha formalidad un absurdo? «Confieso, sin embargo, que hay cosas que si las presenciara yo, me dejarian «asombrado: y no me sucederia tanto esto *al ver andar* á un cojo, *como al que «no tuviera piernas!...*» — Era demasiado sensato Voltaire para atacar al cristianismo con semejantes sinrazones: «Si una compañía de granaderos me diese unánimemente: *Acabamos de ver un milagro*, decia, yo lo creeria.»

pios sentidos. De otro modo seria menester decir que era imposible toda revelacion, y que Dios no tenia ningun medio para manifestarse á su criatura; seria menester decir que la misma naturaleza no canta su gloria, y que somos víctimas de nuestros sentidos cuando contemplamos sus maravillas, y encaminarnos así al ateismo por los caminos de un pirronismo insensato... Si nos paramos delante de este abismo, es preciso reconocer que los mismos sentidos por los cuales percibimos las maravillas de la primera revelacion pudieron servir para percibir los de la segunda, y que el mismo testimonio que nos asegura los hechos de Sócrates ó de César, puede asegurar los de Jesucristo.

Un ciego de nacimiento cree en las maravillas de la creacion, y sin embargo solo cree en ellas sobre el testimonio de los hombres, y sin embargo esas maravillas son para él inconcebibles y mas prodigiosas que lo son los milagros para nosotros. Esta es nuestra situacion respecto de los milagros. No los hemos visto; somos por nuestro alejamiento *ciegos de nacimiento* respecto de ellos, del mismo modo que los testigos de los milagros eran *ciegos de nacimiento* respecto del cumplimiento de las profecías. Pero los vieron otros hombres, y los vieron del mismo modo que los habríamos visto nosotros; lo que habríamos hecho nosotros para asegurarnos naturalmente de ellos, lo hicieron ellos: luego si ellos se aseguraron y se convencieron de ellos, tambien nos hubiéramos convencido nosotros: y si ellos lo reconocieron, tambien nosotros los hubiéramos reconocido. Así es que su testimonio puede tener para nosotros igual valor que el de nuestros propios sentidos; hasta puede decirse que á veces ofrece mas garantías el testimonio de los demás hombres, cuando son muchos y acreditados.

La única cosa cuestionable no es, pues, la competencia del testimonio humano, sino la cualidad especial del testimonio de Jesucristo y de los Apóstoles, y su veracidad.

Si su veracidad es incontestable y manifiesta; si es preciso estar loco ó ser malvado para negarla; *si el Evangelio posee caractéres de verdad tan grandes, tan claros y tan perfectamente inimitables, que su inventor seria mas admirable que su héroe,* debemos necesariamente creer los hechos milagrosos que refiere, del mismo modo que si nosotros los hubiésemos presenciado.

De manera que no va á parar en definitiva el deista á la incredulidad, sino al escepticismo, y lo hace con una ingenuidad pérfida que conviene ahora apreciar.

«Con todo, dice despues de haber proclamado la divinidad del

«Evangelio, este mismo Evangelio está henchido de cosas increibles, «de cosas que repugnan á la razon, y que á todo hombre sensato le «es imposible concebir ni conceder. ¿Qué partido, pues, tomará en «medio de todas estas contradicciones? El de ser siempre modesto y «circunspecto, hijo mio; *respetar en silencio lo que no sabe uno negar «ni comprender*, y humillarse ante el gran Ser, único que sabe la ver- «dad. Este es el escepticismo involuntario en que he permanecido.»

Hé aquí un pasaje que ha causado mas daño que todas las bufonerías de Voltaire, y que todos los demás sofismas de Rousseau, porque deja al alma en un estado cómodo, que sin tener la parte odiosa de la incredulidad, carece de la sujecion de la fe. Este es el estado de *respeto*, de *inadoracion*, tan comun en nuestros dias.

Este estado es falso, y vamos á ver que tambien es el resultado de un sofisma.

Partamos de este punto, sobre el cual estamos todos de acuerdo, á saber: que *el Evangelio posee caractéres de verdad inimitables; que su inventor seria mas admirable que su héroe; que es* IMPOSIBLE *que un libro que es á un tiempo tan sublime y tan sencillo sea obra de los hombres, y que sea hombre aquel cuya historia refiere;* que en una palabra *los hechos de la vida y muerte de* JESUCRISTO *son de un* DIOS.

Admitido todo esto, ¿por qué no adorar? ¿por qué quedarse dudando?

— Porque el Evangelio está henchido de cosas increibles que repugnan á la razon, y que un hombre sensato no puede concebir ni conceder; porque sin poderlo negar no puede uno tampoco *comprenderlo*.

— Hay en este motivo un extraño olvido y una extraña confusion de principios.

El *olvido* es fácil demostrarlo. — Para hacerlo resaltar, observemos que el raciocinio se traduce de este modo: «Yo creeria enteramente «en el Evangelio, si no contuviese nada que yo no comprendiera; su «divinidad no es increible sino porque hay en él cosas que no son en- «teramente claras.» Es el mismo raciocinio que Rousseau hizo ya sobre los dogmas. — «Respecto de los dogmas, dice, mi razon me dice «que deben ser *claros, luminosos, chocantes por su evidencia*. Si la re- «ligion natural es insuficiente, es por la oscuridad que deja en las «grandes verdades que nos enseña. Corresponde á la revelacion en- «señarnos estas grandes verdades de una manera sensible al espíritu «del hombre, ponerlas á su alcance y hacérselas concebir á fin de que

«las crea. *La mejor de todas las religiones es infaliblemente la mas cla-*
«*ra:* quien sobrecarga de misterios y de contradicciones el culto que
«me predica, me enseña con esto mismo á desconfiar de él [1]. El Dios
«que yo adoro no es un Dios de tinieblas; no me dotó de entendi-
«miento para impedirme despues su uso: decirme que someta mi ra-
«zon, es ultrajar á su Autor. El ministro de la verdad no tiraniza á
«mi razon; al contrario, la ilustra [2].»

No puede uno caer en el olvido de los primeros principios de una manera mas grosera ni mas imperdonable.

¿Quién no ve, en efecto, que siendo Dios la esencia *infinita*, y nuestra razon *finita*, sobre todo acá en la tierra, no puede suceder nunca que esta razon abrace, comprenda y contenga la esencia infinita, y que por consiguiente la revelacion de esta esencia debe *excederle* en muchos puntos, los cuales quedan necesariamente para ella *no comprendidos, oscuros, misteriosos é inconcebibles?* Por mas ventajosa que sea la idea que nos formemos de la razon humana, es dar de ella una muy triste prueba hacerle rechazar todo lo que no comprende, principalmente cuando lo que no comprende es divino, infinito, es decir, *incomprensible*. Una razon semejante es tanto mas incapaz de comprender á Dios, cuanto que al exigirlo manifiesta que no se comprende á sí misma.

Raciocinando Rousseau de este modo, volvió la espalda á la verdad: no se equivocó á medias, sino enteramente y de una manera lamentable. Una religion que no tuviese nada que no fuera *claro, luminoso y radiante de evidencia;* y que *no dejase ninguna oscuridad en todo cuanto enseña;* una religion *sin misterios*, léjos de ser *infaliblemente la mejor* de las religiones, como dice Rousseau, seria sin duda *la peor*. No tendria nada de religion, nada de divino, porque *divino* quiere decir *infinito*, é *infinito* quiere decir *incomprensible*. Lo mismo *las peores* que *las mejores* religiones tuvieron todas misterios, y por este medio fue como remedaron la ÚNICA Y VERDADERA RELIGION.

Puede indudablemente decirse que no siendo la religion natural insuficiente sino por la oscuridad en que nos deja acerca de las verda-

[1] ¿Qué se ha hecho la *fe sólida y segura* del buen pensador que, desdeñando los *milagros*, se apoyaba en la *doctrina*, «en su utilidad, en su belleza, en su «santidad, su verdad, su profundidad y todas las demás cualidades que pue-«den anunciar á los hombres las instrucciones de la suprema sabiduría y los «preceptos de la suprema bondad?» (*Cartas de la Montaña*, p. 89).

[2] *Emilio*, lib. IV.

des eternas, el objeto de la revelacion es hacernos conocer estas verdades. Esto es incontestable. Hé aquí la porcion de verdad que en el sofisma de Rousseau se encierra. Pero una cosa es *conocer*, y otra *comprender*, y comprender *enteramente*. La revelacion cristiana nos ha hecho *conocer* á Dios, á nosotros mismos y nuestras relaciones presentes y futuras, con todo lo que importa á nuestros deberes y destinos; y lo ha hecho admirablemente, como hemos podido ver en la segunda parte de estos *Estudios*, y en particular en el capítulo *sobre la Redencion;* pero no nos ha hecho *comprender enteramente* lo que nos ha hecho *conocer*, ni tampoco lo ha puesto *fuera del alcance de toda comprension:* lo ha colocado delante de nosotros con certidumbre, como un asunto de fe, como un objeto de esperanza, como un alimento de amor (tres virtudes esenciales al corazon del hombre, y para quienes es tan necesario el *misterio* como la *certidumbre*), incomprensible, es verdad, pero *comprensible*, por decirlo así, bajo la accion de estas tres virtudes, que sacan de ello torrentes de luz y de energía para la práctica de nuestros deberes y el adelantamiento de nuestra perfeccion.

Dirigiendo todas estas consideraciones al punto preciso de la discusion, decimos: El Evangelio es la revelacion de Dios; Dios es infinito, es decir, rodeado de cosas incomprensibles, y que le es imposible al hombre concebir; luego es contradictorio, llamándose uno deista, no admitir la divinidad del Evangelio, por el único motivo de que está *henchido de cosas incomprensibles, y que le es imposible al hombre concebir*. No decimos que es divino por esto, sino que sin esto no seria divino.

Esto por lo que toca al *olvido* de principios; veamos ahora la *confusion*.

Si Rousseau se hubiese limitado á reclamar la evidencia en los fundamentos extrínsecos de la Religion, todo cuanto dice hubiera sido exacto. La *mejor*, ó mas bien la ÚNICA *religion debe ser en este sentido la mas clara;* por esto el cristianismo es, como dijo Fontenelle, *la única Religion que tiene pruebas*. Es, en efecto, un principio incontestable que para creer en la palabra de Dios es necesario que esta tenga consigo caractéres evidentes de divinidad. Rousseau dice muchas cosas sobre este particular, á las cuales suscribimos; pero es sofística la aplicacion que de ellas hace á la esencia y al fondo del Evangelio.

Hay que distinguir dos principios:

Primero: Abstraccion hecha del fondo de la palabra de Dios, la

divinidad de esta palabra debe certificarse por medio de signos evidentes. Dios ha hablado: hé aquí el punto sobre el cual debe versar la evidencia. Es un hecho puro y simple. — Certidumbre.

Segundo: La palabra de Dios en sí misma, y la accion de Dios en sí misma no pueden ser enteramente comprensibles. Deben de necesidad exceder nuestra comprension, y ofrecer á nuestro entendimiento cosas inconcebibles, y á las cuales debe este someterse. — Misterio.

Esta sumision, además de ser necesaria, es justa y racional, porque si es *exigida* en virtud del segundo principio, está *justificada* en virtud del primero; y la razon no hace mas que obedecerse hasta cierto punto á sí misma, sometiéndose á lo que ya ha reconocido venir de Dios, y adorando el *misterio* sobre el fundamento de la *certidumbre*.

Seria irracional partir del segundo principio, de la oscuridad de los misterios y de la necesidad de someterse á ellos, para frustrar la razon del derecho natural que ha de comprobar los títulos de su sumision en virtud del primero: este exceso está recientemente condenado por la Iglesia.

Es tambien irracional llevar la aplicacion del primer principio al dominio del segundo, exigiendo que todo sea claro, luminoso y radiante de evidencia en el seno de la Religion, aparte la certidumbre adquirida de su divinidad.

El primer error suprime la *razon*, el segundo suprime la *fe;* pues la *fe racional* consiste en el respeto y concordancia de los dos principios.

Una vez reconocido por Rousseau que la divinidad del Evangelio tiene *caractéres claros é inimitables*, ¿qué importa que *este mismo Evangelio esté lleno de cosas inconcebibles?*

Si hubiese oposicion entre la idea de *divinidad* y la de *misterio*, concederíamos que las *cosas inconcebibles* que se encuentran en el Evangelio, pueden balancear sus *caractéres inimitables* de divinidad, y diríamos con Rousseau: *¿Qué partido, pues, tomará en medio de todas estas contradicciones?* Pero está tan léjos de haber oposicion, como hemos visto, entre estas dos cosas, que son inseparables y se suponen mútua y necesariamente.

Por consiguiente queda en pié la divinidad del Evangelio. Si no podemos conocerla, podemos á lo menos concebirla, es verdad, en la esencia de su doctrina y de su accion; pero existe, y esto nos basta; y solamente el olvido mas extraño, la mas rara confusion de principios, pueden sacar, del fondo necesariamente misterioso de esta di-

vinidad, motivo para paralizar la consecuencia *de adoracion* que resulta de sus caracteres tan inimitables y patentes.

Solamente la hipocresía de un sofista puede querer cohonestar el orgullo de esta rebeldía con aquella falsa ingenuidad, modestia y respeto: «¿Que partido, pues, tomará en medio de todas estas con-«tradicciones? El de ser siempre modesto y circunspecto, hijo mio, «respetar en silencio lo que no sabe uno ni negar ni comprender, y «humillarse ante el gran Ser, único que sabe la verdad. Este es el «escepticismo involuntario en que he permanecido.»

¡Que buenas armas nos da aquí Rousseau contra sí mismo! ¡Cuán fácil es, además de lo que llevamos dicho, desenmascararlo y confundirlo por esa sacrílega invocacion del *gran Ser*, bajo la cual hace deslizar su error!

¡El *gran Ser!*... pero Rousseau lo niega implícitamente, y su sistema conduce al ateismo.

«El Dios que yo adoro, ha dicho (tengamos bien presentes estas «palabras), no es un Dios de tinieblas; NO ME HA DOTADO DE ENTEN-«DIMIENTO PARA PROHIBIRME SU USO; DECIRME QUE SOMETA MI RAZON ES «ULTRAJAR Á SU AUTOR.»

A este título ¿cuál es el Dios á quien adora Rousseau? evidentemente ninguno. Aplicando á su deismo la medida que el mismo hizo para el cristianismo, su escepticismo debe ir mas léjos. *Humillarse ante el gran Ser*, ÚNICO QUE SABE LA VERDAD, es una inconsecuencia en la cual no puede detenerse: es preciso que retroceda para humillarse ante Jesucristo, ó que pase de largo sin humillarse ante el *gran Ser que le oculta la verdad*, que es *un Dios de tinieblas, que no ilustra su razon, sino que la somete y tiraniza*, y que, como tal, no puede ser *adorado*.

La existencia de Dios se revela sin duda en la naturaleza, por medio de caracteres sublimes y admirables; pero ¿no brilla tambien su revelacion en el Evangelio con *caracteres patentes e inimitables*? Si, á pesar de estos caracteres, lo desconoce en el Evangelio, porque hay en él oscuridades y cosas inconcebibles en su fondo, debe desconocerlo en la naturaleza, en que estas oscuridades son mas profundas y mas mudas, y en que su razon debe humillarse mucho mas para adorarlo.

Luego, ATEISMO: he aquí la consecuencia necesaria del sistema de Rousseau. Y es esto tan exacto, que para eludir el ateismo, se ve obligado á negar este sistema y á proclamar principios diametralmente opuestos á aquellos por los cuales habia querido sustraerse al cristia-

nismo, incurriendo de este modo en la mas palpable contradiccion. Oigámosle:

«...Por mas que me he dicho: Dios es así; lo siento, lo experi-«mento; *no por esto concibo mejor* cómo Dios puede ser así. En fin, «*cuanto mas me esfuerzo en contemplar su* ESENCIA INFINITA, *menos la* «*concibo;* pero ELLA EXISTE, Y ESTO ME BASTA; *cuanto menos la con-*«*cibo, mas la adoro.* Me humillo y le digo: Ser de los seres, yo exis-«to porque existes tú; meditarte sin cesar es remontarme á mi orí-«gen. EL USO MAS DIGNO QUE PUEDO HACER DE MI RAZON ES ANONADARLA «ANTE TÍ; LA ALEGRÍA DE MI ESPÍRITU Y EL ENCANTO DE MI DEBILIDAD ES «SENTIRME ABRUMADO POR TU GRANDEZA.»

Este es el Dios que Rousseau adora; y sin embargo dijo luego despues: «El Dios que yo adoro no es un Dios de tinieblas; *no me ha do-*«*tado de entendimiento para prohibirme luego su uso;* DECIRME QUE SO-«META MI RAZON ES ULTRAJAR Á SU AUTOR... *Él no tiraniza á mi razon,* «*la ilustra...*»

Hé aquí cómo se ve obligado el deista á contradecirse, y á proclamar sucesivamente el pro y el contra: *la no-sumision* de la razon para sustraerse al cristianismo, y *la abnegacion* de la razon para sustraerse al ateismo; arrojado del uno y del otro, y no pudiendo fijarse en ninguno de los dos.

Dejémosle flotar de este modo entre el *ateismo y el bautismo de las campanas:* está ya juzgado.

Por lo que á nosotros respeta, concluyamos que la naturaleza de Dios no cambia nunca, cualquiera que sea el modo de su revelacion; que la misma ESENCIA INFINITA que *abate* la razon en la naturaleza, debe *someterse*la en el Evangelio; que si el Evangelio nos hace conocer mas esta esencia, no puede *agotarla,* porque es *infinita;* y que debe estar por lo mismo henchida de cosas inconcebibles que exigen la sumision de la razon. Pero del mismo modo que, á pesar de su mayor oscuridad en la naturaleza, no podemos desconocer á Dios y dejar de adorarlo en ciertos caractéres; asimismo en los *grandes, claros* é *inimitables* caractéres del Evangelio la razon reconoce y proclama su intervencion sobrenatural. No está la cuestion en saber si la divinidad del Evangelio es geométricamente concebible en su esencia: esto es imposible; pero sí en saber si EXISTE. Además, esta cuestion no es única; el inventor seria mas admirable que el héroe: no la comprendo, pero la afirmo; cuanto menos la concibo mas la adoro; EXISTE, Y ESTO ME BASTA.

Esta certidumbre inmutable deriva de mil fuentes, y llega hasta nosotros, por medio del espíritu y del corazon, de todos los puntos de la doctrina y de la moral de esta santa Religion: pero antes de todo descansa sobre el testimonio de los sentidos, sobre *hechos:* los milagros y el cumplimiento de las profecías.

Este es propiamente el asiento de la certidumbre evangélica, pues en él todo es claro y positivo para el que quiere estudiarlo bien: son hechos que pueden comprobarse y examinarse en todos sentidos, y que forman el lado demostrativo de la fe cristiana.

Las demás pruebas deducidas de la doctrina, de su belleza, de su utilidad, de su santidad y de su profunda verdad, pruebas intrínsecas y llenas de armoniosas concordancias que revelan las instrucciones de la suprema sabiduría y los preceptos de la suprema bondad, no deben descuidarse por cierto, y nosotros les hemos dado una espaciosa cabida en los presentes *Estudios;* pero se diferencian de las pruebas extrínsecas, en que no están ni pueden estar enteramente libres de oscuridades, porque corresponden inseparablemente á la esencia misteriosa del cristianismo. Esta tiene siempre y necesariamente un lado tenebroso é incomprensible. Por esto sus pruebas, que pueden preparar y confirmar la certidumbre, no pueden crearla por sí solas, ni producirán jamás evidencia. Quedarán siempre cubiertas las mas bellas perspectivas y los mas luminosos aspectos con nubes, con dificultades y con estorbos; que reclamarán el auxilio de la fe, que impedirán se formalice una demostracion, y en donde encontrará siempre la razon, en lo que la confunde, pretextos para dudar de lo que la encanta.

A esto precisamente vino á parar Rousseau, condenándose, por la negacion sistemática de los hechos sobrenaturales que constituyen las pruebas extrínsecas, á no buscar la prueba de la divinidad del cristianismo mas que en la doctrina. Por mas que dijese, para eludir las pruebas extrínsecas que lo hostigaban, que la doctrina era la *única señal verdaderamente cierta* de la revelacion, y que no habia mas *fe sólida y segura* que la que los buenos pensadores deducian de ella; ya hemos visto á lo que vino á parar esta fe cuando se hubo entregado á sí misma, y cómo, á pesar de su bello homenaje á la divinidad del Evangelio, *las cosas inexplicables* que en él encontró, se convirtieron para ella en una secreta pendiente, por la cual fué degenerando en deismo, y por fin en ateismo, como su natural consecuencia.

En realidad lo que Rousseau pretendió fue eludir la obligacion de

Así se explican los estados de posesion en su relacion con el cristianismo, su frecuencia en su orígen y su disminucion despues de su establecimiento. Independientemente de esta explicacion, hemos visto además la prueba histórica de su existencia. Por consiguiente, tan solo un miserable pirronismo podria dudar ya de una verdad que tiene á su favor dos garantías, cuya concordancia constituye en todas las cosas la certidumbre trascendental: el hecho y su ley. Cuando por una parte se tiene la prueba histórica de un hecho, y por otra una ley que lo explica; y cuando esta ley y aquel hecho se concuerdan, se corresponden y funcionan, por decirlo así, el uno en el otro con libertad y exactitud á la vez, se tiene en tal caso la mas alta certidumbre posible, la certidumbre completa, la certidumbre viviente, porque se combina entre lo físico y lo moral, entre el hecho y la idea; y esta certidumbre es aun tanto mas fuerte cuanto mas singular es el hecho, pues que su conformidad con la ley que lo explica es una expresion tanto mas rigurosa de su verdad.

Despues de haber así disipado las varias preocupaciones que se forman de ordinario, tocante á la verdad de los milagros, volvamos ahora á sentarnos sobre el fundamento general de su admision.

§ II.

1. «Soy de parecer que es necesario creer en el gran principio de «los milagros, ó venir á parar á la conclusion absurda, si no incon«cebible, de que el Cristo era un bribon, y sus discípulos unos mente«catos ó unos impostores.»

Estas palabras son de un hombre que ha hecho una revolucion completa en la ciencia histórica, por la feliz osadía de sus investigaciones, el célebre Niebuhr [1]. El mismo amor de la verdad que le hizo trastornar el campo fabuloso de la mayor parte de los orígenes de la historia, le hizo reconocer la solidez inamovible de los orígenes del cristianismo y del grande hecho de los milagros, que es su primer elemento. Tal es siempre y en todas las cosas el resultado de la verdadera ciencia: encontrar la Religion al buscar la verdad; y no puede dejar de ser así, puesto que ambas son una misma cosa.

nos particulares de posesion corporal: son síntomas que han ido siguiendo la suerte del principio, y que tienen por objeto el revelarlo extraordinariamente en vista de su curacion.

[1] Citado en la *Revista Británica* del mes de diciembre de 1840.

no han bastado á contener, y que sigue aun á nuestra vista; un hecho, en fin, que no se puede arrancar del campo de la historia, sin conmover todos los cimientos sobre que esta descansa, y sin violar los mas necesarios principios del órden moral. Dios quiso hacer entrar en esta gran prueba de su Religion todas las garantías que forman la certidumbre humana, en lo que tienen de mas selecto, de mas puro y valedero, á fin de que fuésemos sin cesar atraidos hácia su seno por las mismas razones y los mismos instintos que nos hacen creer en todo lo demás, y para que no pudiésemos contradecirla sin contradecir todos los motivos ordinarios de nuestros juicios y acciones. Por este medio la Religion, cuya cúspide se pierde en los cielos, y que está rodeada de misterios sublimes, toca á la tierra y obra en ella á la manera de un suceso humano; se reviste de las proporciones y toma la forma sensible y palpable de un hecho histórico; se coloca y encadena con los otros hechos *de que nadie duda*, y aparece al igual de ellos; en una palabra, *es una historia*, ó no ha habido historia jamás [1].

Vaya, pues, el deista dando vueltas al rededor de este fundamento, y emplee todas las fuerzas de su ingenio en destruirlo; dejadlo hacer: lo único que logrará será poner de manifiesto su impotencia; al fin irá á estrellarse contra esa piedra, ó, si consigue moverla, nuevo Sisifo, la verá caérsele encima y sentirá mas que nadie todo su peso. *Qui ceciderit super lapidem istum confringetur: super quem vero ceciderit, conteret eum* [2].

Es, pues, necesario fijarse en esta prueba invencible de los milagros, pues forma con la de las profecías el sólido y firme núcleo de la fe cristiana. Sobre ella y en torno suyo van desarrollándose despues los demás elementos de esta fe: la belleza de la doctrina, la santidad de la moral, la suavidad vivificante de la práctica.

Todos estos elementos se combinan entre sí de tal manera, que no se puede tener la fe perfecta sino por su reunion, y que hasta el que parece que no debia ser sino producto y consecuencia de todos los otros, se convierte en su principio y medio. Los milagros hacen creer en la doctrina, y la práctica de la doctrina hace creer en los milagros: la fe en los milagros logra hacer milagros.

[1] «Felicitémonos, escribia el canciller d'Aguesseau á su hijo, de que los «milagros, sobre los que descansa nuestra fe, son unos hechos tan averiguados «como puedan serlo las conquistas de Alejandro ó la muerte de Cesar.» Y el canciller d'Aguesseau sabia muy bien lo que eran testigos.

[2] Mat., XXI, 44.

¿Lo dudais? ¿Quereis saber qué relacion puede haber entre una práctica de Religion y el hecho exterior de los milagros? Vamos á decíroslo: Es que por medio de esta práctica experimentaréis la misma virtud que hizo los milagros, y que en el milagro interior de la curacion de vuestra alma reconoceréis á AQUEL que decia á los paralíticos de la Judea: *Levántate, coge tu lecho y anda* [1].

CAPÍTULO VI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Para los que no quieren penetrar mucho en el cuerpo de las pruebas, aun extrínsecas, del cristianismo, hay algunas que forman relieve, que por su aislamiento y sencillez se prestan á las disposiciones mas débiles del entendimiento, y que parecen proyectar la luz. Para comprenderlas no son menester investigaciones ni cálculos: se ponen espontáneamente en evidencia, y basta fijar en ellas la vista.

Tales son las tres pruebas siguientes, por las cuales vamos á dar fin al curso de estos *Estudios:*

1.° Establecimiento del cristianismo;
2.° Efectos del cristianismo;
3.° Estabilidad del cristianismo.

La primera de estas pruebas será materia para el presente capítulo, y las otras dos para los dos inmediatos.

Considerado el establecimiento del cristianismo de una manera com-

[1] Habríamos podido tratar la cuestion de los milagros por el antiguo método, es decir, por un exámen crítico de los hechos en sí mismos, y en particular desde el punto de saber si los Apóstoles pudieron *engañarse* ó *engañar;* pero los apologistas del último siglo hicieron ya tantas veces y tan cumplidamente este trabajo, que habria sido inútil y enojoso el repetirlo. Nos ha parecido, además, que este método no se acomoda tanto al espíritu de nuestra época, cuya imparcialidad permite entrar en mas dilatados horizontes, y que valia mas hacer resaltar el principio de los milagros, el hecho de la veracidad del Evangelio, y sobre todo poner á la vista sus consecuencias. Ha pasado el tiempo de los alegatos: estamos en la réplica, y por consiguiente muy cerca de la sentencia.

plexa, lleva en sí otras dos pruebas: los milagros y el cumplimiento de las profecías, y por este medio obliga á un reconocimiento inmediato de su divinidad.

Pero, separado de estos dos elementos, abstraccion hecha de los milagros y profecías, tomado en sí mismo y aisladamente, el grande hecho del establecimiento del cristianismo y de su rápida propagacion basta tambien para decidir la fe; y hay la ventaja de que, si se puede llegar á discutir su apreciacion, á lo menos no se puede soñar siquiera en eludir su certidumbre.

Esta materia es de las mas debatidas por los apologistas, y nosotros mismos hemos hablado de ella con mucha frecuencia; sin embargo es de tanto interés para nuestra fe, que creemos deber proponerla todavía á vuestra atencion. Cuando una prueba es decisiva, dice á este propósito Voltaire, cuando es necesaria, ¿debemos evitar el reproducirla? Seria una vanidad criminal y una pueril afectacion. No se trata de variedad, sino de verdad y de argumentos exactos y concluyentes. Esto es lo positivo; de lo demás puede prescindirse.

Primeramente expondrémos el fenómeno del establecimiento del cristianismo, y en seguida examinarémos sus causas.

§ I.

Para comprender bien toda la fuerza del fenómeno del establecimiento del cristianismo, convendria poder olvidar todo cuanto de él sabemos ya, y recibir su impresion como la de un cuadro que se nos hubiese ocultado hasta aquí, y cuyo velo se nos fuese levantando poco á poco.

Hay que considerar en él tres cosas sucesivamente:

La empresa,
Los medios,
El resultado.

I. El cristianismo se nos ofrece en el dia con un sistema teológico perfectamente deducido y formulado, con una moral profundamente justificada por la experiencia, con un culto resplandeciente por sus bellezas, honrado por los reyes, defendido por los grandes ingenios, exornado por las bellas artes, alimentando á la tierra con sus beneficios, y apoyado en diez y ocho siglos de pruebas y de triunfos; cen-

tro necesario de todos los vínculos y relaciones que ha ido creando en las costumbres, en las leyes y en las instituciones civiles y sociales, y envolviendo al mundo en su luminosa y vivificante atmósfera. En semejante estado no podemos dejar de ver en él una cosa grande, poderosa, bella, divina; y sin embargo, ¡cuántos entendimientos lo desconocen todavía y lo hostilizan, y de cuántas violencias recientes lleva impresas aun las profundas cicatrices!

Pero despojemos al cristianismo de todos esos adornos, de todos esos frutos, de todos esos testimonios, de todas esas relaciones y de todas esas luces que de sí mismo nos ha dado; quitémosle todo eso, y no le dejemos mas que su cruz, su cruz de palo, su pesada y ensangrentada cruz, no siendo aun mas que un patíbulo infame, reservado al suplicio de los esclavos; hagamos descender esta cruz de la corona de los reyes y de lo alto de los templos, y hagámosla pasar del centro del mundo á sus extremidades; arrojémosla fuera de él como un objeto de execracion, de horror y de infamia, y despues, en presencia de esta cruz oscura, innoble, manchada con la sangre de los mas viles criminales, coloquemos el mundo pagano, ese mundo de la fuerza, de la voluptuosidad, del feroz orgullo y de la mas torpe corrupcion, que toleraba á un Tiberio, un Claudio, un Neron, un Heliogábalo, ¿qué decimos? que les tributaba incienso, y que en cambio de una servidumbre tan brutal no les pedia mas que dos cosas: *pan* y *fiestas*. Considerad que este estado del mundo pagano, cuyo escándalo hemos recordado tantas veces, no era pasajero y accidental, sino el resultado progresivo y como el sumidero universal de la miseria humana desde el orígen de las sociedades. Figuraos que los abominables excesos de que era teatro, no eran solo inspirados por la perversidad primitiva, sino alentados por el ejemplo oficial y público, autorizados por las leyes, consagrados por las religiones, connaturalizados por el hábito; y que á cualquiera lado que uno se volviera, se encontraba abismado en él, vivia en él, y se hallaba ligado á él por las preocupaciones del espíritu, las inclinaciones del corazon, el extravío de los sentidos, el temor de los hombres y de Dios, y por la autoridad y como por el peso de las edades.

Venir á proponer á este mundo... ¿qué? cambiar por todo el universo las religiones establecidas; renunciar de repente á aquel culto de la idolatría, consagrado por la majestad de los antepasados, armado con la supersticion, y sobre todo identificado con los vicios del alma y con las mas violentas y mas agradables afecciones de la na-

turaleza. No está todo aquí: arrancar estos vicios no ya solamente de sus templos y de sus altares exteriores, sino de los hábitos de la vida, del fondo de los corazones, de las entrañas del alma; desecharlos y aborrecerlos para recibir en su lugar virtudes rígidas, insensibles, desolantes, crueles con la naturaleza, invisibles, y de la mayor parte de las cuales no se habia oido hablar hasta entonces, como la virginidad, el perdon de las injurias, el amor á la pobreza, la penitencia, la caridad, la mansedumbre, la humildad, la abnegacion; es decir, lo contrario de todo cuanto existia, el trastorno de todas las ideas recibidas, la condenacion del mundo y de sí mismo, sin reservarse nada, ni siquiera el mérito del sacrificio, y todo esto para no ser feliz hasta despues de la muerte... Y ¿con qué garantías? porque un hombre crucificado en Jerusalen lo enseñó así, y porque dicen que este hombre se resucitó á sí mismo y subió al cielo, en donde es Dios, no *un* Dios, sino el solo y único Dios, por el cual debemos abandonar todos los demás... Dios crucificado, queriendo ser adorado con su cruz y sobre su cruz, y no solamente adorado, sino seguido é imitado en este mismo estado de sufrimiento y de ignominia... por todo el mundo... Venir á proponer, repetimos, esta doctrina con la cruz en la mano, no á algunos adeptos y en algun lugar secreto, sino en las calles y plazas públicas, entre las estatuas de los dioses y las saturnales de su culto, andando por todas partes, de ciudad en ciudad, del Oriente al Occidente; hacer caer el universo á los piés de esta cruz, llevada desde el Gólgota al Capitolio, é imponerla al mundo como el tipo soberano y absoluto, segun el cual debia todo reformarse:

Hé aquí la empresa.

II. Veamos los medios.

Doce judíos, doce pescadores de un lago de Galilea, que no saben nada, que no tienen nada, á las órdenes de Pedro, el menos emprendedor de todos ellos, y á quien ya habian hecho caer las preguntas de una criada... tal es el ejército del Cristo, tales los conquistadores del universo. — Hé aquí su consigna:

«Jesús envió así á sus DOCE, despues de haberles dado las siguientes instrucciones: No os atareis por tener oro ó plata en vuestro bol-«sillo...; no prepareis ni alforja para el camino, ni calzado, ni bas-«ton...; no penseis nunca en cómo deberéis hablar... Cuando alguno no os quiera recibir, salid de la casa ó de la ciudad, sacudiendo «el polvo de vuestros piés... Yo os envio como corderos en medio de

«lobos. Os harán comparecer en sus asambleas, os azotarán en sus «sinagogas, y siempre seréis perseguidos por mi causa [1]. De este mo- «do daréis testimonio del Crucificado, en Jerusalen y en toda la Ju- «dea, y en Samaria, y hasta los términos de la tierra. Id, pues, por «todo el universo á predicar el Evangelio á toda criatura, y acordaos «de que yo, que me voy y á quien ya no veréis mas, estaré, sin embar- «go, con vosotros hasta la consumacion de los siglos [2].»

Cree uno estar soñando y ser víctima de un delirio falaz, cuando, abstraccion hecha de la divinidad de Jesucristo, de su resurreccion verdadera y de su sobrenatural asistencia, fija la atencion en ese complot, urdido de este modo por doce hombres insignificantes, contra el universo. No sabemos qué extrañar mas, si la locura de la empresa, ó la extravagancia de los medios. Y se admira el completo desprecio de toda prudencia humana, con que el autor del cristianismo concibió alcanzar lo mas gigantesco que haya existido jamás, por medio de lo mas ínfimo de todo, y rehacerlo todo valiéndose de la cási nada: esto es la eleccion de lo imposible; es decir, que es el divertimiento de un loco, si no es el de un Dios: los sucesos lo habian de decidir.

Apelamos sin temor á toda razon bastante exenta de preocupaciones para poder ver las cosas como en sí son: ¿no es así como se presenta la empresa del cristianismo? y si el orígen nos fuese desconocido, ¿no consentiríamos en ver en su resultado, el mas increible, y si fuese probado, el mas decisivo de todos los milagros?

III. Pues bien, este milagro se realizó. El resultado mas rápido, mas inmenso y permanente vino á resolver decididamente la cuestion, y á hacer brillar la divinidad del principio en la nada de los medios. Nuestros doce pescadores, despues de haber aceptado el encargo de ir *por todo el universo* á predicar el Evangelio *á toda criatura*, se repartieron el mundo, y durante su vida lo conquistaron para Jesucristo; inocularon en el género humano la fe cristiana; plantaron la cruz en el corazon del paganismo, y desde entonces el paganismo herido de muerte, no hizo mas que forcejar al pié de esta cruz, principio de una nueva vida, y acabar de morir forcejando.

Nada hay en este hecho que no sea literalmente exacto, y su consideracion por partes no le hace perder nada del prodigio que se descubre en su conjunto: vamos á verlo.

[1] Mat., x; Luc., ix; Marc., vi.
[2] Hechos, i; Mat., xxviii.

Despues de haber recibido su mision, entraron los Apóstoles en una casa de Jerusalen, y «subieron á un cenáculo, en donde estaban Pe-«dro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, «Santiago de Alfeo, Simon el Zeloso y Judas, hermano de San-«tiago [1].»

A causa de la defeccion de Judas no eran entonces mas que once. Lo primero que hicieron, á propuesta de Pedro, fue nombrar uno que reemplazase á aquel traidor, entre los que, como ellos, habian sido testigos de Jesucristo: la suerte recayó en Matías.

Perseveraban en oracion, esperando la señal y el auxilio que se les habia prometido.

Cuando fueron cumplidos los dias de Pentecostes, estando todos juntos en un mismo lugar recibieron el Espíritu Santo, segun se nos refiere en el libro de los *Hechos de los Apóstoles;* en seguida, como embriagados de aquel soplo inspirador, bajaron á la calle y empezaron la predicacion de la cruz, *y á dar con grande energía testimonio de la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo.* Pedro, siempre el primero, empezó á hablar, y al momento se convirtieron tres mil almas; poco despues predicó el mismo Pedro por segunda vez, y se convirtieron cinco mil. Con toda deliberacion dejamos de hacer mérito de los milagros que obraban al propio tiempo, pues queremos prescindir de ellos para fijarnos exclusivamente en el simple hecho del establecimiento del cristianismo. Lo que no puede negarse, es que la ciudad de Jesusalen vió muy pronto formarse la primera sociedad cristiana, y que esta sociedad se hizo rápidamente considerable: *toda la multitud de los que creian no tenia mas que un corazon y una alma.*

Perseguidos por los magistrados de la ciudad, que habian hecho ya morir á su Maestro, son presos, azotados y amenazados de muerte, *por haber llenado á Jerusalen de una doctrina que hacia responsables á estos magistrados de la sangre de aquel hombre;* pero ellos se rien de estos castigos y amenazas, y continúan su predicacion.

Muy pronto su celo y su buen éxito necesitan mas espacio: rebosan fuera de Jerusalen, *y se apoderan de toda la Samaria, y llegan á la Fenicia, á Chipre y á Antioquía,* en cuya última ciudad los discípulos del Evangelio toman por primera vez el nombre de *cristianos.* En todos los lugares por donde pasan, fundan iglesias y dejan discípulos que guardan y propagan el depósito de la fe. Estéban, uno de estos

[1] *Hechos de los Apóstoles*, uno de los *libros mas auténticos*, no debemos cansarnos de repetir con Mr. Guizot, *que nos ha dejado la antigüedad.*

últimos, que habia quedado en Jerusalen, da con su muerte testimonio de esta fe; es apedreado, y su sangre, cayendo sobre uno de sus verdugos, hace de él un grande apóstol: Pablo se convierte, y emplea en la propagacion del cristianismo todo el entusiasmo con que hasta entonces lo habia perseguido.

Pero hasta aquí no hemos visto mas que los preludios. Antes de extenderse los Apóstoles por regiones mas distantes, se reunen en Jerusalen, y aquí, en el primero de todos los concilios y en el momento de irse á separar para siempre, formulan el símbolo de su fe. Esta constitucion de los cristianos, que habia de llegar á ser la ley del mundo, no fue entonces escrita [1]. Despues de haberse visto por última vez, los *doce*, que hasta aquí habian estado y obrado juntos, se separan, cada uno de ellos toma una direccion distinta y se encarga solo de una parte del mundo para desmontarla de las malezas de la idolatría, sembrar en ella el Evangelio y regarla con su sangre: Juan predicó en el Asia Menor; Felipe se fué al Asia Mayor; Andrés evangelizó á los scitas: Tomás á los partos, llegando hasta la India, á donde Bartolomé llevó el Evangelio de san Mateo, escrito antes que los otros. Simon predicó en Persia, Matías en Etiopia, y Pablo en Grecia, en las Galias y en España [2].

Pedro no se fijó al principio en ningun punto: *iba visitando de ciudad en ciudad á todos los discípulos*, como el soberano pastor *de los corderos y de las ovejas;* pero su celo y caridad no le dejaron ignorar por mucho tiempo la sede de su episcopado, y despues de haber predicado el Evangelio en el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia, Simon Pedro el pescador, adelantándose á Pablo, que despues se le debia reunir, se encaminó solo, el primero, hácia la Italia, y fijó sobre Roma su planta para no apartarla de allí jamás.

Vamos á transcribir el texto monumental en que Eusebio, á pesar de sus preocupaciones orientales y de su sospechosa ortodoxia, celebra la llegada de Pedro á las puertas de la ciudad de los Césares:

«Finalmente, dice, en los dias de Claudio Augusto (el año 42 de «Jesucristo) la tierna y misericordiosa providencia de Dios dirigió «contra Roma, que habia llegado á ser la corruptora del género hu«mano, el mas fuerte, el mas grande, el príncipe de los Apóstoles,

[1] *Esta es la carta de Jesucristo, hecha por nuestro ministerio*, dice san Pablo, *y escrita no con tinta, sino con Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, que son los corazones.* (II Corint., III).

[2] Chateaubriand, *Estudios históricos.*

«Pedro, que como un valeroso conductor de la milicia divina, per-
«trechado con las armas del cielo, vino desde el Oriente á traer el
«precioso tesoro de la luz intelectual á los que habitaban en el Occi-
«dente [1]. »

[1] *Hist. eccles.*, lib. II, cap. XIV.

«Pedro, dice el grande san Leon, el príncipe de los Apóstoles, tuvo en
«suerte la capital del imperio romano, á fin de que aquella luz de la verdad
«que habia de iluminar á todo el género humano, colocada en el centro del
«universo, derramase mas fácilmente sus rayos en todas direcciones... Era
«preciso aterrar allí á la filosofía, destruir las falacias del saber humano, y
«derribar el culto de los demonios; allí, en fin, era necesario anonadar la im-
«piedad de todos los sacrílegos errores, cuyo foco era aquella ciudad. ¡Oh
«bienaventurado Pedro! vos no temeis venir á esta grande ciudad, mientras
«que Pablo, vuestro compañero de gloria y trabajos, está ocupado en la orga-
«nizacion de otras iglesias; entrais en esta selva llena de bestias feroces; an-
«dais por encima de este tumultuoso océano con mas seguridad que por sobre
«el mar; no temblais á la presencia de esta señora del mundo, vos que os vis-
«teis sobrecogido de miedo, en la casa de Caifás, á la voz de una simple cria-
«da... ¿Es acaso porque eran menos temibles la tiranía de Claudio y la feroci-
«dad de Neron? Pero no; vuestro amor sobrepujaba todos vuestros temores...;
«los milagros que ya habíais obrado, la gracia de que estábais lleno, y la prue-
«ba que habíais hecho de vuestros poderes, aumentaban vuestra confianza. Ya
«habíais predicado á los judíos, fundado la iglesia de Antioquía, difundido la
«doctrina evangélica por el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia, y la Bi-
«tinia, y ya no podíais dudar de los resultados de vuestra obra y del tiempo
«que os quedaba para coronarla, cuando hacíais entrar el estandarte de la cruz
«de Jesucristo por debajo de los arcos de la ciudad romana, donde, segun los
«decretos de la Providencia, os estaban esperando el honor de vuestra digni-
«dad y la gloria de vuestro martirio.» *(Sermo in natali apost. Petri et Pauli).*

Barthelemy, autor de la *Nemesis*, parece que recibió de estas líneas la inspiracion, cuando termina su pasaje sobre las dos Romas con los versos siguientes:

Salimos en seguida: el puro ambiente
De los campos que el Tiber fertiliza
Bajo un cielo sereno y apacible,
Alegra al corazon que lo respira.
Las cercanas columnas, aun tomadas
Del humo de las hachas eleusinas,
Los profanos jardines, los famosos
Monumentos envueltos en ruinas,
Miramos con desden al encontrarlos;
Y cuando puesto el sol de un bello dia,
La oracion nocturnal tocar oimos,
Y queda la ciudad toda vestida
De un negro velo, entonces se concentra

Desde aquel momento dejó Roma de ser señora: la dominaba ya el cristianismo. Nos lo dice Tácito en términos muy preciosos, porque manifiestan al propio tiempo, por el ejemplo de Tácito mismo, la enormidad de los obstáculos que tenia que atravesar el cristianismo en la política de los emperadores y la prevencion pública, y á pesar de ello la increible rapidez en su difusion: «Neron, dice el ilus«tre escritor, hizo entonces sufrir los mas crueles tormentos á una «especie de hombres, ABORRECIDOS POR SUS INFAMIAS» (á su tiempo verémos, por el testimonio de Plinio, en lo que estas infamias consistian), «y á quienes llamaban vulgarmente *cristianos*. Veníales este «nombre de uno llamado CRISTO, que en el reinado de Tiberio, y por «órden del procurador Poncio Pilatos, habia sufrido el último supli«cio. Contenida por un momento esta EXECRABLE SUPERSTICION, rom«pia de nuevo sus diques, no solamente en la Judea donde habia apa«recido, sino hasta en la misma Roma [1]... Fueron presos muchísi-

El alma demasiado olvidadiza,
Y la frente apoyando en ambas manos
Exclama el viajero: ¡Ó maravilla!
Un pescador oscuro, solitario,
Á esta tierra llegó, de su barquilla
Los destrozos dejando abandonados
Del mar de Galilea en las orillas.
Anda á pié largo tiempo, agoviado,
La cruz en una mano por divisa,
Y en la otra un baston para apoyarse:
¡Solo al poder de Roma desafia!
¡Solo al emperador que se divierte
La sangre derramando, y que domina
El orbe revoltoso con sus huestes!
¡Y Roma toda al pescador se humilla,
Como la espiga bajo la guadaña
Del segador!... Huyen despavoridas
Las deidades que adora el fanatismo:
La insignia de la cruz las intimida:
Y un viejo obispo, inerme, do SAN PEDRO
Se levanta, coloca su alta silla.
Alto misterio encierra esta victoria
Que abruma á todo aquel que lo medita.

[1] Parece, en efecto, que antes, en tiempo del emperador Claudio, y solo algunos años despues de Jesucristo, los cristianos, á quienes se confundia entonces con los judíos, habian ya dado mucho cuidado al poder romano, como se ve confirmado en el siguiente pasaje de Suetonio: *Judæos*, IMPULSORE CHRISTO,

«mos de ellos, á quienes no fue tan fácil convencer del crímen de in-«cendio (por el que se les perseguia), como de una OBSTINACION DE «ODIO CONTRA EL GÉNERO HUMANO. Fueron insultados hasta en sus su-«plicios, los cuales se ejecutaban en los jardines del Emperador, mien-«tras daba este fiestas al pueblo, con el que se mezclaba á veces ves-«tido de cochero. De aquí nacia la conmiseracion por unos hombres «VERDADERAMENTE CULPABLES Y DIGNOS DE TODA ESPECIE DE SUPLICIOS, «pero que parecia eran inmolados al inhumano placer de uno solo, «y no á la pública utilidad [1].»

¡Qué prevencion en un historiador que censuraba los crímenes y costumbres de su época, como Tácito! ¿Qué sucederia, pues, con la generalidad de los demás hombres?

Y sin embargo no hay ejemplo de una rapidez semejante á la de la propagacion del cristianismo. La levadura apostólica, poco antes tan pequeña é insignificante, habia ya penetrado en toda la masa, y salia de ella por todas partes á la vez. Nuestros doce pescadores, perdidos al principio en Jerusalen y limitados á un *cenáculo*, cuentan ya sus conquistas por PUEBLOS, y escriben cartas á las NACIONES: á los *gálatas*, á los *efesios*, á los *filipenses*, á los *colosenses*, á los *tesalonicenses*, á los *hebreos* y á los *romanos*: la sola pluma de Pablo, mas rápida y laboriosa que la de César, alimenta la fe en todo el universo [2].

La célebre carta de Plinio á Trajano hace resaltar tambien este prodigio, atestiguando como Tácito los obstáculos que la política y la prevencion paganas oponian al cristianismo, y la rapidez con que este los iba venciendo todos... «No sé decidirme, dice, á si se debe tener «en cuenta la edad, ó confundir en unos mismos castigos al niño y «al hombre formado; si es conveniente perdonar el arrepentimiento, «y si se debe castigar el nombre, aun cuando esté libre de todo crí-«men, ó los crímenes consiguientes al nombre. (¡Qué consultas!!!) «Sin embargo, he observado la siguiente conducta: He enviado al «suplicio á los que persistian en declararse cristianos... (¡Esperando

assidue tumultuantes, Roma expulit. (Suet., Claud., 25). — No tardó Roma en pronunciar correctamente el nombre del *Cristo* y el de *cristianos*, pues se los enseñaron muy bien los mártires.

[1] *Anales*, lib. XV, núm. 44.

[2] *Quod pervenit ad vos* (escribia á los Colosenses) *verbum Dei sicut et in* UNIVERSO MUNDO EST, *et fructificat et crescit... quod prædicatum est in* UNIVERSA CREATURA QUÆ SUB COELO EST. (Colos., 1, 6 y 23).

«la respuesta!) *Por otra parte*, los que se retractaban aseguraban que «su falta ó error no habia consistido nunca mas que en lo siguiente: «*Se reunian en dias señalados antes de la salida del sol; cantaban á «coro versos en alabanza del Cristo, como de un Dios; se obligaban con «juramento, no á ningun crímen, sino á no cometer nunca robo, sal- «teamiento ni adulterio; á no faltar jamás á su palabra, ni negar un «depósito: despues de esto tenian costumbre de separarse, y se juntaban «de nuevo para comer manjares comunes é inocentes.*»

Es preciso convenir en que tenia mucha razon Tácito cuando llamaba á esto *execrable supersticion, abominables infamias*, y que por semejante *obstinacion de odio contra el género humano*, aquellos hombres eran *verdaderamente culpables y dignos de todos los suplicios:* el género humano de aquella época no podia calificar y juzgar de otra manera á personas que le eran hostiles, hasta el punto de profesar todas las virtudes.

En cuanto á Plinio, testigo ocular de estas virtudes, y despues de haber juzgado necesario, para descubrir la verdad y asegurarse de la declaracion de algunos apóstatas, poner á los fieles en tortura, *Nada mas he encontrado*, dice, *que una ridícula y excesiva supersticion. Sin embargo, si han persistido en ella, los he mandado al suplicio. Porque* DE CUALQUIERA NATURALEZA *que fuese la confesion que hacian, he creido que se debia castigar* Á LO MENOS *su terquedad y su inflexible obstinacion.*

¡Qué! ¿la *mera terquedad* es digna de suplicio, *cualquiera que sea* su objeto? ¿hasta la *terquedad de la inocencia*?... Jamás la fuerza bruta llevó tan léjos el cinismo de la apología. Pero ¿qué decimos de cinismo? no lo habia á la sazon en esto, y la prueba está en que el que habla así es el mas amable de los hombres, ejecutando los decretos del mas generoso de los príncipes. No es Sejano escribiendo á Tiberio, es Plinio que escribe á Trajano. «¡En qué profunda degradacion «habia, pues, caido el espíritu humano, exclama Villemain, para que «un hombre como Plinio mandase llevar al suplicio á hombres que «juzgaba inocentes, y para que un príncipe como Trajano aprobase «semejante barbarie, y escribiese á Plinio: *Has observado la conducta «que mas convenia*[1]!» (*Curso de literatura*, t. II, p. 483).

[1] Lo curioso es que Trajano, al aprobar que los cristianos sean mandados al suplicio, dice, sin embargo, *que no es necesario hacer pesquisas contra ellos.* ¡Qué lamentable contradiccion! ¡Cuán bien manifiesta con esto la misma benignidad de Trajano lo imposible que le era al paganismo el ser justo con los

Por ahí puede calcularse la oposicion que el cristianismo debia encontrar, no solamente en aquella fuerza ciega que pulverizaba toda resistencia, *cualquiera que fuese su naturaleza*, sino en la opinion y en las costumbres de que era expresion, y particularmente en la monstruosa prevencion de que esta Religion era objeto, aun por parte de las personas mas distinguidas. ¿Cómo, en una atmósfera tan anticristiana, que un Plinio y un Tácito no veian en las virtudes evangélicas mas que *infamias abominables, una obstinacion de odio contra el género humano, verdaderamente digna de todos los suplicios*, pudo el cristianismo respirar ni un solo instante? ¿cómo pudo dilatarse y propagarse con la rapidez que dice Tácito y que confirman estas últimas palabras de la carta de Plinio?

«El negocio me ha parecido, dice, digno de atencion, sobre todo «por el número de personas á quienes amenazaba el mismo peligro. «*Una multitud de personas de toda edad,* CONDICION *y sexo* están y estarán todos los dias complicadas en esta acusacion. El contagio de «esta supersticion no ha infestado solamente á las ciudades; se ha propagado tambien por los lugares y los campos. Pero creo que se le «puede poner remedio y contenerlo... Lo cierto es que los templos *que «estaban cási desiertos* son frecuentados, y que los sacrificios, por mucho tiempo descuidados, vuelven á empezar. En todas partes se venden víctimas, *que antes encontraban pocos compradores.* Por ahí se «puede juzgar cuántos volverán de su extravío si se facilita el arrepentimiento [1].»

El universo cristiano desmintió despues las esperanzas de Plinio, dice Chateaubriand. ¡Qué progresos tan rápidos y tan admirables! ¡Una multitud de personas de *toda condicion!* ¡los templos abandonados! ¡las víctimas no encuentran compradores! ¡y el evangelista san Juan acababa apenas de morir!

Aquel efímero resultado, sobre el cual fundaba Plinio su confianza de contener los progresos del cristinismo, nos recuerda este pensamiento de Pascal sobre la naturaleza: «La naturaleza, dice aquel «grande ingenio con ese estilo inimitable que tan bien remeda todos «los movimientos de la verdad, la naturaleza obra progresivamente:

cristianos! «Edicto imperial, exclama con este motivo el formidable talento de «Tertuliano, ¿por qué te combates á tí mismo? Si prescribes la condenacion «de un crímen, ¿por qué no prescribes su pesquisa, y si prohibes su pesquisa, «¿por qué no prescribes su absolucion?» (*Apolog.*).

[1] *Cartas de Plinio.* — Despues sigue la respuesta de Trajano.

«*itus et reditus*. Pasa y vuelve á pasar, luego va mas léjos, luego dos «veces menos, luego mas que nunca, etc... Así se efectúa el flujo de «la mar. Así parece que obra el sol.» Así iba marchando el cristianismo.

Juliano el Apóstata, en sus impíos sarcasmos, deja escapar, acerca de esta marcha invencible, confesiones y revelaciones que no debemos olvidar.

Empieza diciendo que «Jesús y Pablo no pudieron prever las quimeras que se formarian algun dia los galileos; no podian *adivinar* «el grado de poder á que estos llegarian [1]. Pablo [2] y Jesús no tenian «mas pretension que engañar á algunas criadas y á algunos esclavos «ignorantes. ¿Pueden citarse en tiempo de Tiberio y de Claudio cris«tianos distinguidos por su nacimiento ó por su mérito?...

«Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos se atrevieron á decir que «Jesús fuese Dios [3]; pero *cuando en la Grecia y en Italia* UN GRAN NÚ«MERO DE PERSONAS *lo hubieron reconocido por tal, y hubieron empe«zado á* HONRAR LOS SEPULCROS DE PEDRO Y DE PABLO, entonces Juan «declaró que el Verbo se habia hecho carne, y que habia habitado «entre nosotros [4].»

De modo que, bajo Tiberio y Claudio, en el mismo nacimiento de la era cristiana, el cristianismo contaba apenas por neófitos algunas criadas y algunos esclavos, y hé aquí que *inmediatamente despues, viviendo aun el apóstol san Juan, y antes que escribiese su Evangelio*, la Grecia y la Italia están llenas de cristianos que van á honrar los sepulcros de Pedro y Pablo, en la misma Roma, á despecho de aquel poder que acababa de degollarlos. ¿Cómo pudo suceder esto? Juliano no advierte que con semejante observacion presta nueva fuerza al milagro del establecimiento del cristianismo.

Pero ¿qué necesidad tenemos de las revelaciones y confesiones de

[1] *No lo podian adivinar*, convenido; luego si lo adivinaron, hicieron lo que el hombre no puede hacer: por esto habia dicho Jesucristo á sus Apóstoles: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y sobre la tierra; id, pues, en mi nombre* POR TODO EL UNIVERSO *á predicar el Evangelio* Á TODA CRIATURA, *y tened entendido que yo estoy con vosotros todos los dias,* HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS. (Mat., XXVII; Marc., XVI).

[2] ¿Hasta cuándo predicaba en el Areopago?

[3] ¿No conocemos por *Marcos* y *Mateo* aquella delegacion hecha á los Apóstoles por Jesucristo de la *omnipotencia divina* de que se hallaba revestido?

[4] San Cyril. contr. Julian.

algunos paganos? el hecho se presenta mas claro que la luz del dia. A la vista de todos, del Oriente al Occidente, hasta sus entrañas, invade el cristianismo al mundo pagano, y lo disuelve penetrándolo: desde el primer siglo él es la historia, la grande historia, toda la historia del universo. De las gradas del trono de los Césares y cara á cara con su poder, se levantaron aquellas grandes voces de los apologistas cristianos, tan llenas de razon, de calma, de dignidad, de conciencia y de libertad. Estos primeros acentos de la razon cristiana, de la pura razon y del derecho, de que hoy dia gozamos tan plenamente que llegamos á olvidar el orígen de donde nos viene, son deliciosos para el alma, cuando les ve dirigirse por la primera vez á la fuerza, y oponerle un poder espiritual, contra el que nada puede aquella; y es sublime este combate, en el que cada golpe que se asesta contra el cristianismo es un golpe que el paganismo recibe, en el que la verdad va gastando la violencia y cerniéndose invencible por encima de los caballetes. Sorprendido por una resistencia que nunca encontrara todavia, ni siquiera imaginara; no concibiendo nada del principio que la alimentaba, el coloso romano se puso furioso. Aprestó todas sus fuerzas, aquellas fuerzas con las cuales habia conquistado el mundo y lo tenia sujeto, y rodeó al cristianismo de aparatos de muerte. Poseia todo cuanto puede asegurar el triunfo en el órden de las cosas humanas: la fuerza, la seduccion, la opinion; todo, menos la verdad. Mientras los magistrados decretaban la muerte de los cristianos, no encontraban estos ni consuelo ni refugio en nada sobre la tierra: ni en la compasion del pueblo que, ávido de espectáculos de sangre, aplaudia sus suplicios y los conducia á ellos; ni en la opinion de los sábios y filósofos que, envidiosos de su virtud y ofuscados por su doctrina, los ridiculizaban; ni en la rebeldía y la natural defensa, á las cuales por un principio de órden jamás recurrieron; ni, en fin, en la necesidad y la desesperacion, postreros estímulos del valor, puesto que todas las puertas de la vida y de la sociedad, con sus honores y placeres, les estaban abiertas y con las cuales se les convidaba hasta su último suspiro. Desconocidos, calumniados, despreciados, abandonados y rechazados de toda la tierra, sufriendo mil muertes en una sola, y hasta en medio de los mas horrorosos suplicios; con libertad para vivir, y aun solicitados á que vivieran, los cristianos de todos sexos, condiciones y edades, morian... Así venció el cristianismo; de este modo consiguió que despues de tres siglos de una lucha tan atroz no hubiese mas... que cristianos.

Tal es, en resúmen, el fenómeno del establecimiento del cristianismo [1].

¿Puede encontrarse la causa de esto mas que en una fuerza enteramente divina? Esto es lo que ahora vamos á examinar.

§ II.

1. Lo primero que en el cristianismo debe llamarnos la atencion, es la perfecta y unánime inteligencia de su doctrina por los doce Apostoles. No hablamos aun de la *resolucion* de persuadirla á todo el universo, y mucho menos del *resultado*: nos limitamos por ahora á su inteligencia en los Apóstoles; es el establecimiento que hizo en sus espíritus.

En Jesucristo, su autor, la concepcion de esta doctrina que iluminó y santificó al mundo, revela la mas sublime sabiduría, y nos da de él la idea de un Ser aparte, que ni el incrédulo sabe cómo llamarlo cuando no quiere llamarlo Dios. Circunscrito á su sola persona, el fenómeno es ya embarazoso si no es decisivo.

Pero ¿cómo esta misma doctrina, tan sublime, que no puede proceder mas que de un Dios; tan contraria á todas las inclinaciones y preocupaciones de la época en que apareció, que la sabiduría mundana solo vió en ella una locura; tan profunda y tan oculta al sentido humano, que despues de diez y ocho siglos de desarrollo y aplicaciones, á nosotros que nacemos en su seno nos cuesta tanto trabajo penetrarla y recibirla, pudo pasar de repente al alma de doce pobres ignorantes, y pasar con toda esa plenitud que rebosó luego sobre el mundo entero?

[1] El mismo J.-J. Rousseau lo expone en los términos siguientes: «Despues de la muerte de Jesucristo doce pobres pescadores y artesanos emprendieron la tarea de instruir y convertir el mundo. Su método era muy sencillo; predicaban sin arte, pero con un corazon penetrado, y de todos los milagros con que Dios honraba su fe, el mas admirable era la santidad de su vida. Sus discípulos siguieron el ejemplo, y el resultado fue prodigioso. Alarmados los sacerdotes paganos, hicieron entender á los príncipes que el Estado estaba perdido porque se disminuian las ofrendas, y los filósofos, á quienes no tenia cuenta una Religion que predica la humildad, se asociaron á aquellos sacerdotes. De todas partes llovian sarcasmos é injurias contra la nueva secta, y se encendieron contra ella grandes persecuciones; pero los perseguidores solo lograron acelerar los progresos de la Religion que querian destruir. Todos los cristianos corrian al martirio y todos los pueblos al Bautismo: la historia de aquellos primeros tiempos es un continuo prodigio.» (*Respuesta al rey de Polonia*, t. XIV, p. 262, ed. de 1793).

Si el autor del cristianismo hubiese escogido por discípulos algunas de esas grandes inteligencias que lo defendieron despues con tanto esplendor, un Crisóstomo, un Agustin, un Tomás de Aquino, un Bossuet; si les hubiese trazado él mismo de una manera precisa y dado por escrito el programa de su enseñanza; si hubiese trabajado con ellos en propagarlo de modo que les hubiese servido de visible centro de reunion y de unidad, y para formarlos poco á poco bajo su direccion, hasta que su doctrina se hubiese hecho conocer por el mundo, todavía seria prodigioso que hubiese logrado su objeto, si hemos de juzgar por lo que antes de él habian intentado los jefes de escuelas filosóficas, y por todo lo que hemos visto despues fuera del catolicismo en aquel enjambre de sectas, que ni siquiera esperaron la muerte del autor para hormiguear en su doctrina.

Nada de todo esto hace Jesucristo: reune doce hombres de cortos alcances, groseros, incapaces de pensar y de hablar, sumidos en la ignorancia y envejecidos en la materia. No les habla mas que por enigmas, trata siempre con ellos de los mas profundos misterios, no les promete mas que tormentos, y se hace seguir de ellos...; no está todo aquí: se hace seguir durante su vida, pero no obtiene de ellos mas que una adhesion tosca y frágil que cede al primer soplo de la adversidad; muere abandonado, y no les lega otra enseñanza ni otro libro que su cruz; desaparece, y los deja solos en este estado, sin decirles mas sino que vayan á predicar su doctrina á toda criatura... Y hé aquí que de repente germina esta doctrina en ellos, dilata y llena su inteligencia, inflama su corazon, desata su lengua, inspira su conducta, todo lo ilumina en torno suyo, y á todos les hace pensar, sentir, hablar y obrar de la misma manera, y de una manera tan poderosa, tan persuasiva y eficaz, que lo que no habia hecho su mismo Maestro durante su vida, lo hacen ellos: convierten el mundo, y la sola palabra de Pedro cautiva, las dos primeras veces que habla, á ocho mil hombres.

Todo salió de aquí, y despues ninguno, entre los mas grandes genios del catolicismo, pretendió enseñar ni mas ni menos que lo que los Apóstoles enseñaron; lo que ellos dijeron es la regla, y cuanto mas nos acercamos á ello, mas instruidos y mas perfectos somos: sus escritos son el texto, el nervio y el ornamento de los mas bellos discursos.

Ahora empero vamos á preguntar:

¿Como pudo una doctrina tan misteriosa y tan sublime adquirir

desde luego su perfeccion en hombres semejantes? ¿Cómo siendo tan ignorantes la comprendieron á primera vista? ¿Cómo supieron ver en la locura y debilidad de la cruz toda la fuerza de Dios, y prever toda la extension de sus desarrollos y de su aplicacion en el mundo? ¿Por qué eran ellos los únicos que sostenian ser grande, justo, santo, adorable y divino lo que todos, con Tácito y Plinio, llamaban entonces abominable, infame y criminal? Y ¿por qué ellos solos tuvieron razon contra el parecer de todo el mundo? ¿Por qué todos los tesoros del cristianismo de que estamos disfrutando todavía, se hallaban encerrados en aquellos *vasos de barro,* como ellos mismos se llamaban, y se desprendian de ellos por medio de nociones tan sublimes, tan ardientes, tan bien comprendidas, expresadas con tanta energía y tan generosamente confesadas? ¿Por qué no se contradijeron ni extraviaron nunca, aun entregados á sí propios, aislados unos de otros y no habiendo nada escrito de antemano? ¿Por qué lo que predicaba Felipe en el Asia Mayor era absolutamente igual á lo que predicaba Andrés á los scitas; lo que Simon en Persia á lo que Tomás y Bartolomé en la India, Matías en Etiopia, Juan en el Asia Menor, Pedro y Marcos en Italia, y Pablo en tantos lugares distintos? ¿Por qué á la vez apareció la misma doctrina en tantos puntos diferentes, sin que se encontrase en todos sus predicadores ni un solo sectario? ¿Cómo, salidos de las orillas del lago de Genesaret, y no conociendo mas idioma que el de su localidad y el de su profesion, pudieron hacerse comprender de todos en cosas tan espirituales y en sitios tan diversos? ¿Cómo, en fin, todos aquellos *pescadores de peces* se convirtieron tan universal y prodigiosamente en *pescadores de hombres?*

A todas estas preguntas no hay mas que una contestacion posible: los Apóstoles estaban inspirados.

Se manifiesta dificultad en creer en la venida del Espíritu Santo, en el don de lenguas, en la asistencia sobrenatural de Jesucristo y en la verdad de esta promesa: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus*, porque todo esto no consta mas que en el *Evangelio* y en los *Hechos de los Apóstoles;* pero ¿no se vuelve á encontrar, en resultado y en accion, en el éxito universal de la predicacion apostólica con los diversos caractéres que acabamos de señalar? Si no conociéramos este suceso y lo oyéramos contar, ¿no veríamos en él un milagro tan grande, mayor aun que los que lo explican, y no haciendo con ellos mas que un solo y mismo milagro? ¿Se nos ocurriria divinizarlos y decir que este es menos admirable que aquellos? ¡Extraña ilusion de la incre-

dulidad! exige prodigios, se le presentan, y basta que sean incontestables para que dejen para ello de ser admirables! En tanto que puede contradecir el *hecho* de un milagro, reconoce y hasta exagera su carácter, y deja de ver este carácter desde el momento en que no puede contradecir el hecho. En el primer caso, todo lo subleva; en el segundo, nada la admira: incrédula ó crédula segun el interés, jamás segun la verdad.

Pero por mas que haga, el prodigio es aquí demasiado manifiesto. La emision de una doctrina tan sublime y tan ignorada como la de Jesucristo, por espíritus naturalmente tan limitados y nulos como los de los Apóstoles, y una emision que desde luego adquirió toda su plenitud y que llenó el mundo con la rapidez de su luz, no puede ser efecto sino de la mas alta y mas positiva inspiracion. En los Apóstoles es esta inspiracion tan visible como su ignorancia, y esta hace que resalte mas aquella [1].

Esta última proposicion ha sido brillantemente tratada en nuestros

[1] Con este objeto fue escogida. «Dios escogió, dice san Pablo, las cosas locas del mundo, para confundir á los sábios, y las flacas para confundir las fuertes. Escogió las cosas viles y despreciables y las que no son, para destruir las que son...; á fin de que nuestra fe no se fundase en la sabiduría de los hombres, sino en la virtud de Dios.» (I Cor., II).

Esta misma inspiracion se descubre en otros muchos pasajes de los escritos de los Apóstoles. ¿Quién puede leer á san Juan y san Pablo sin sentir á cada página el soplo y como los *efluvios* de la verdad en toda su natural energía? San Pablo especialmente es admirable por dos cosas que de ordinario se excluyen: la exactitud y los arranques. Su palabra rápida y siempre segura corre por encima de los abismos y vuela de la tierra al cielo, enlazando todos los misterios y todos los deberes con una red mágica que no permite separarlos jamás: en un mismo instante está en todas partes; con una sola palabra lo ha dicho todo. Se dirá acaso que san Pablo era ya hombre instruido: sí, era hombre instruido, pero por esto mismo estaba prevenido; tenia preocupaciones; no sabia mas que aquella ciencia farisáica que lo habia constituido en ciego perseguidor. Su instruccion era, pues, mas bien un obstáculo que un medio. Por esto se hizo ignorante para ser Apóstol, *para evangelizar con palabras desprovistas de toda sabiduría humana, á fin de que nada perdiera en ello la virtud de la cruz, no creyendo saber nada mas que á Jesucristo, y este crucificado.* (I Cor., II). Y ¿en dónde habia ido á buscar san Juan aquellas alas de fuego que lo llevaron con tan atrevido vuelo hasta las profundidades divinas, de las que sacó esa generacion del Verbo que mas adelante dejó asombrados á los platónicos, y esas esplendentes visiones que le valieron el sobrenombre de *Águila de Patmos*? Las mismas epístolas, tan cortas como son, de Santiago, san Pedro y san Judas ¿no contienen toda la sustancia del cristianismo y no revelan toda su profundidad?

dias por Troplong, uno de los mas concienzudos é ilustrados ingenios de la época, en su bella memoria, leida en el Instituto, *De la influencia del cristianismo sobre el derecho romano*. Sin dejar de halagar las pretensiones y susceptibilidades filosóficas de los que le escuchaban, el elocuente jurista se expresaba así:

«...La cruz en que Jesucristo habia sido inmolado, se habia convertido en estandarte de una Religion que iba á regenerar el mundo, y los Apóstoles habian salido de la Judea para ir á llevar á las naciones la palabra evangélica. Todos cuantos principios civilizadores habia diseminados en las varias escuelas filosóficas que dividian á las altas inteligencias de la sociedad pagana, los poseia el cristianismo con mas abundancia, y sobre todo con la ventaja de un sistema homogéneo, en el que todas las grandes verdades se hallaban coordinadas con admirable unidad, y colocadas bajo la salvaguardia de una fe ardiente. Pero *además*, de aquel vaso de tierra que, como decia san Pablo, encerraba los tesoros de Jesucristo, se desprendian nociones de moral que iban á encontrar á las masas abandonadas por la filosofía, y les revelaban el verdadero destino de la humanidad sobre la tierra y despues de esta vida. —En efecto, el cristianismo no fue solamente un progreso en las verdades conocidas antes de él, que las dilató, completó y revistió de un carácter mas sublime y de una fuerza mas simpática, sino que fue además (y esto al pié de la letra hasta para los mas incrédulos) *un descendimiento del Espíritu de lo alto...*»

II. Despues de la *concepcion* del cristianismo por los Apóstoles, hay otra cosa que nos maravilla y que descubre tambien á nuestra vista su divinidad, y es la *resolucion* de aquellos de predicarlo por todo el universo.

¿Cómo esos pobres hombres esperaron, cómo se atrevieron á lanzarse en una empresa tan descabellada, faltándoles todos los medios humanos, y atravesándoseles en su paso todos los poderes de la tierra?

La mas insignificante accion tiene su estímulo, y este está siempre en razon de las dificultades y de los medios. Tal es la indeclinable ley de nuestra naturaleza: ley tan necesaria en el órden moral, como en el físico las del equilibrio y de la mecanica, con la singularidad empero de que en el primero es tanto mas exacta, cuanto la carencia de cultura y de desarrollo moral é intelectual permite á la naturaleza del

individuo en quien obra, mas sumision en conformársele: en otros la observancia de esta ley tiene por garantía el peso de la razon; en este goza de todo el poder del instinto. Esto supuesto, figuraos por un lado una empresa tan colosal como la de cambiar la faz del mundo, convertirlo y trocarlo, por decirlo así, de arriba abajo; y por otro la mas completa carencia de medios que se pueda concebir: ni fortuna, ni habilidad, ni seduccion, ni fuerza, ni nada, nada hasta de lo que se necesita para cautivar á un niño; y entre esta carencia de medios y este cúmulo de dificultades, colocad á un hombre de naturaleza sencilla pero buena, á quien se le proponga acometer la empresa; y, en fin, suponed que la emprende, que la abraza, que se precipita en ella con una confianza invencible, y que ha previsto todas las dificultades, y que estas se atraviesan á su paso: ó la razon no es ya nada, y nada valen las reglas de la naturaleza humana, ó ha de haber en este hombre un estímulo de una fuerza incalculable que puedo ignorar, pero que desde luego reconozco. Estoy dispuesto á creerlo todo, antes que creer que obra de este modo sin impulsion, y sin una impulsion que me inclino á juzgar tan extraordinaria como su confianza. Tales se nos presentan los doce Apóstoles; es decir, que tenemos doce ejemplos experimentales de nuestro argumento, ninguno de los cuales cede á otro en evidencia. Por esto, cuando les oigo decir y publicar que vieron á Jesucristo resucitado y que recibieron el espíritu de Dios, los creo sin trabajo y me siento obligado á creerlos, porque nada de esto, aunque sobrenatural, es imposible á la Divinidad, y se encuentra en perfecta armonía con todo lo que ya sé de Jesucristo, y además, porque si no quiero admitirlo, me veo obligado á admitir en su lugar, en la accion de los Apóstoles, una cosa contraria á la naturaleza, que no se concibe, que no puede explicarse; una imposibilidad monstruosa, como lo seria en el órden físico *un hombre que anduviera sin piernas*, el milagro de predileccion de Rousseau.

Para salir del círculo de este argumento, seria necesario poder encontrar una causa humana cualquiera, que explicase la determinacion de los Apóstoles á la empresa de la conversion del universo. Y esto no se logrará jamás. Ofrécese aquí la discusion, con tanta frecuencia entablada por los apologistas, de los diversos motivos humanos que hubieran podido impulsar á los Apóstoles á tan gigantesco propósito. Nosotros dejaremos que la trate Bossuet con aquella entereza y energía de buen juicio que constituye como el temperamento

de su ingenio. Vamos á transcribir un pasaje poco conocido, extraido de su panegírico de san Andrés [1]:

«En una empresa tan extraña, no digo haber salido bien como á «ellos les sucedió, sino haberse atrevido á esperar, es una señal cierta «de la verdad. No hay mas que la verdad ó la verosimilitud que pue- «dan hacer que los hombres esperen. Ya sea un hombre prudente, «ó ya sea temerario, si espera, no hay medio: ó la verdad le obliga, «ó la verosimilitud le seduce; ó la fuerza de aquella le convence, ó «la apariencia de esta le engaña. Aquí todo lo que se ve admira; todo «lo que se preve es contrario; todo lo humano es imposible. Luego, «donde no hay ninguna verosimilitud, es necesario concluir que la «verdad es lo único que sostiene la obra. Búrlese el mundo cuanto «quiera: despues de todo, es preciso que la mas fuerte persuasion «que haya existido jamás en la tierra, sobre la cosa mas increible, «entre las pruebas mas difíciles y en los hombres mas incrédulos y «mas tímidos, el mas osado de los cuales renegó cobardemente de su «Maestro, tenga una causa aparente. El fingimiento no llega á tal «punto, no dura tanto tiempo la sorpresa, ni es tan regular la de- «mencia.

«Porque, en fin, resumamos el argumento de los incrédulos y li- «bertinos. ¿Qué quieren pensar de nuestros santos pescadores? ¿qué? «¿que habian inventado una bella fábula, la cual se complacian en «anunciar al mundo? Pero la hubieran hecho mas verosímil. ¿Qué «eran insensatos é imbéciles que no se entendian á sí mismos? Pero «su vida, sus escritos, sus leyes, la santa disciplina que establecie- «ron, y, en fin, los sucesos mismos, prueban lo contrario. Es una «cosa inaudita, que la sutileza invente tan mal, ó que la demencia «ejecute tan felizmente: ni el proyecto prueba hombres astutos, ni «el resultado hombres desprovistos de juicio. No son hombres pre- «venidos que mueren por sentimientos que mamaron con la leche. «No son especuladores y curiosos que, habiendo meditado en el re- «tiro de su bufete cosas imperceptibles, acerca de misterios incapa- «ces de explicacion, convierten sus opiniones en ídolos, á los cuales «defienden hasta con la muerte. No nos dicen: Hemos pensado, he- «mos meditado, hemos deducido. Sus pensamientos podrian ser fal- «sos, sus meditaciones mal fundadas, sus consecuencias mal deduci- «das y defectuosas. Nos dicen, sí: Hemos visto, hemos oido, hemos

[1] Deseamos que se lea y relea con atencion este pasaje, verdadera obra maestra de raciocinio, trazada por una mano que tantas obras maestras trazó

«tocado con nuestras manos, y muchas veces, y por mucho tiempo, «y muchos juntos, á Jesucristo resucitado de entre los muertos. Si «dicen verdad, ¿qué puede replicárseles? si inventan, ¿qué preten- «den? ¿qué ventaja, qué recompensa, qué fruto piensan sacar de «sus trabajos? Si esperaban algo, debia ser ó en esta vida ó para des- «pues de su muerte. Esperar en esta vida, no se lo consienten ni el «odio, ni el poder, ni su propia flaqueza. Véaseles, pues, reducidos «á los siglos futuros, y en este caso ó esperan de Dios la felicidad de «sus almas, ó de los hombres la gloria y la inmortalidad de sus nom- «bres. Si esperan la felicidad que promete el Dios verdadero, es claro «que no piensan engañar al mundo; y si el mundo quiere figurarse «que el deseo de señalarse en la historia hubiese ido á lisonjear á aque- «llos espíritus incultos hasta en sus barcas de pescadores, diré solo «lo siguiente: Si un Pedro, un Andrés y un Juan, en medio de tan- «tos oprobios y persecuciones, pudieron prever con tanta anticipa- «cion la gloria del cristianismo y la que nosotros le damos, ya nada «quiero mas eficaz para convencer á todos los hombres razonables de «que semejantes personas eran hombres divinos, á quienes el espíritu «de Dios y la invencible fuerza de la verdad hacian ver, en la extre- «midad de la opresion, la victoria ciertísima de la buena causa.»

Es imposible contestar nada á esto: es el verdadero buen sentido y la razon misma que está hablando, y nosotros no tenemos de ello mejor seguridad que el asentimiento íntimo que obtiene en el alma del lector. Es preciso, pues, renunciar á encontrar una causa humana cualquiera á la mas colosal resolucion que jamás haya existido, con la mas absoluta carencia de medios que pudiéramos imaginar. Y como sin embargo es necesario que semejante resolucion tenga una causa, y una causa inmensa, fuerza se hace abrazar la única que se presenta y que declaran sus agentes: la divinidad de Jesucristo, su resurreccion verdadera, su asistencia sobrenatural.

San Juan Crisóstomo hace una bellísima reflexion que descubre mas aun, si es posible, la divinidad de Jesucristo en la conducta de los Apóstoles: —«Es muy comun, dice, olvidar despues de muertos á los «que amó uno con mas ternura. Los Apóstoles abandonaron y nega- «ron á Jesucristo mientras vivia, y cuando hubo sido crucificado mue- «ren por él. Por consiguiente, lo vieron resucitado.»

Esta sencilla reflexion nos parece admirable, y propia para ha- cer brillar la verdad en una alma que no se esfuerza en rechazar su luz.

Desarrollémosla un poco, y hagámosla resaltar por medio de algunos detalles.

Es cierto, pues los Evangelios deben ser creidos, á lo menos en lo que nos dicen en contra de sí mismos, que durante la vida de Jesucristo los Apóstoles no sentian por él mas que una adhesion nada ilustrada y grosera, que les hacia equivocarse á cada instante sobre el sentido espiritual de la felicidad y del poder que constituian el fondo de todas sus promesas. Con frecuencia se les vió vacilar entre él y sus enemigos, y á veces hasta compartir con estos la incredulidad y las murmuraciones. Uno de ellos le hizo abierta traicion. Sin embargo, se mantuvieron en torno suyo mientras fue objeto de la pública admiracion, y pudieron enorgullecerse con sus favores y vivir de sus beneficios. A este precio habian abandonado las redes que una secreta inclinacion de hábito y de confianza les hizo, no obstante, volver á tomar muchas veces: pescadores y apóstoles á la vez. Pero llegó el momento de la grande prueba. Para confortarlos, en su postrer banquete les dió el buen Maestro los mas tiernos testimonios de su amor y las mas reiteradas seguridades del próximo cumplimiento de sus promesas. No les disimuló, empero, las ignominias, los sufrimientos y la muerte por que tenia que pasar; pero hizo brillar á través de todo la esperanza de su resurreccion, y la efusion de aquel Espíritu que debia enseñarles todas las cosas, y realizar por medio de ellos la dominacion universal, el reino eterno del Cristo, que era la grande expectacion hereditaria de su nacion. Deslumbrados por esta esperanza y conmovidos sin duda por tanto amor, prometieron ser fieles; pero ¡vana promesa! ¡ardor quimérico que la simpática confidencia con Jesucristo alimentaba en aquellas almas sencillas, pero que la espantosa realidad de su pasion y de su ignominiosa muerte debia disipar, interponiéndose entre ellos y él! Muy pronto, en efecto, no le vemos mas que solo en manos de sus verdugos. Al principio Pedro le sigue todavía, pero *de léjos* y *por ver en qué pararia aquello*. Un instante despues, lo niega á las preguntas de una simple criada, y protesta por tres veces que nunca lo ha conocido. En fin, aquel tímido rebaño, digno de semejante pastor, se disipa hasta el punto de no dejarse ver ya mas ni uno de ellos, excepto el apóstol san Juan, cuya compasiva amistad vuelve á aparecer entre las santas mujeres al pié de la cruz, cuando la muerte de la víctima ha desarmado á sus verdugos, y que ya nada hay que hacer sino darle sepultura.

No obstante, en este completo naufragio de la fidelidad apostólica

en que nuestros pescadores se muestran tan completamente hombres, parece que no hubiera debido abandonarles la esperanza, pues nada habia sucedido que su Maestro no les hubiese anunciado, y además, este habia aplazado para despues de su muerte la manifestacion de su poder. Podia resucitar al tercero dia, conforme habia prometido. No importa, esta esperanza habia sido impotente para conservarlos fieles. ¿Qué debia suceder, pues, cuando no resucitando Jesucristo, no solamente les iba á acabar de abandonar aquel débil sentimiento de esperanza, sino que se iba á convertir en justo despecho por haber sido engañados?

Hay algunas circunstancias que justifican esta interpretacion natural de las disposiciones de los Apóstoles. No los vemos desde luego muy solícitos en acechar el momento de la resurreccion de Jesucristo; de modo que no son ellos, sino las santas mujeres quienes van y vienen al sagrado sepulcro. Ni siquiera dan un paso movidos por la curiosidad. Escandalizados con la muerte ignominiosa de Jesucristo, están muy persuadidos de que el que acaba de dejarse tratar de aquel modo no puede ser un Dios; por esto dejan que se pase el dia tercero sin hacer ninguna diligencia. Únicamente encontramos á dos de ellos, andando por el camino de Emaús, y que en la exacta pintura que nos hace el Evangelio de sus personas, se reflejan perfectamente las disposiciones que acabamos de insinuar. «Y dos de ellos, dice el Evan«gelio, iban aquel mismo dia (el tercero por la tarde) á una aldea «llamada Emaús, que distaba de Jerusalen sesenta estadios. É iban «conversando entre sí de aquellas cosas que habian acaecido. Y co«mo fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó á «ellos un viajero [1], y caminaba en su compañía. Y les dijo: ¿Qué «pláticas son esas que tratais entre vosotros caminando, y por qué «estais tristes? — Y respondiendo uno de ellos llamado Cleofás, le «dijo: ¿Tú solo eres forastero en Jerusalen, que no sabes lo que allí «ha pasado estos dias? — ¿Qué? repuso él. — De Jesús de Nazaret, «le contestaron, que fue un varon profeta, poderoso en obras y en «palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron «los sumos sacerdotes y nuestros príncipes á condenacion de muerte, «y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que él era el que habia «de redimir á Israel; y ahora, á pesar de todo esto, hoy es el tercer

[1] Este viajero era, segun dice el Evangelio, el mismo Jesucristo; pero como nos colocamos en el punto de vista de la incredulidad, no lo decimos, y solo nos limitamos á lo que se dice de los discípulos.

«dia que han acontecido estas cosas. Es verdad que algunas mujeres «de las nuestras nos han espantado; las cuales, antes de amanecer «fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron di- «ciéndonos que habian visto allí vision de Ángeles, que les dijeron «que él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro para cer- «ciorarse de la verdad del hecho; y encontraron el sepulcro vacío, y «que él no estaba allí [1]. »

Tales eran las disposiciones de los Apóstoles, disposiciones que bien merecian que Jesús les contestase de repente: «¡Oh necios y tardos «de corazon para creer!»

En fin, hay todavía otra circunstancia que acaba el cuadro de la incredulidad y desaliento apostólico; circunstancia sencilla pero muy significativa, que nos proporciona el mismo Pedro, el jefe del rebaño: *Me vuelvo á pescar*, le dice á Tomás y á algunos otros discípulos, *y vamos tambien nosotros contigo*, le contestaron estos [2].

Hé aquí á los Apóstoles vueltos pescadores. Hasta aquí habian esperado, aunque débilmente: *sperabamus;* pero ahora hé aquí que el mismo jefe da la señal y el ejemplo del abandono, *vado piscari;* y vuelve á tomar su primer oficio.

Tales eran los Apóstoles entonces mismo en que la presencia de Jesucristo, ó su reciente memoria, ó, en fin, la esperanza de sus promesas, podian todavía animarlos: gente sencilla pero tosca, incapaz de adhesion, de valor, de fe, de nada generoso y extraordinario, y dejándose arrastrar torpemente por su natural condicion [3].

Y sin embargo, despues de algunos dias volvemos á encontrar á estos mismos hombres reunidos todos en un solo proyecto, que es morir por Jesucristo, tomar su cruz y hacerla adorar en aquella misma ciudad que está humeando todavía con su sangre, en medio de aquel mismo pueblo que gritaba poco antes: *¡Crucifícalo, y caiga su sangre*

[1] Luc., XXIV, 13-24. — ¡Qué tono de verdad! *¡Amigo mio, no es así como se inventa!*

[2] *Vado piscari, venimus et nos tecum.* (Joan., XXI, 3).

[3] No es enteramente exacto lo que dice aquí el autor, que padeció seguramente una distraccion. San Juan nos habia contado en el capítulo anterior tres apariciones de Jesucristo, y en dos de ellas estaba san Pedro. Sin embargo, sus reflexiones no tienen menos fuerza, pues los Apóstoles, ó algunos de ellos, se habian mostrado tan inclinados á la incredulidad, que otro evangelista nos dice, que la última vez que se les mostró Jesucristo antes de su Ascension, los reprendió por su incredulidad y su dureza de corazon. (Marc., XVI, 14).

(Nota de los Editores).

sobre nosotros y sobre nuestros hijos! y en presencia de aquellos mismos doctores y magistrados que sublevaron á este pueblo y legitimaron su rabia sanguinaria. En aquella misma ciudad, repetimos, en medio de aquel mismo pueblo, en presencia de aquellos magistrados, han resuelto los Apóstoles, tan indolentes en defender á Jesucristo mientras vivia, hacerlo adorar despues de muerto. Su celo por la gloria de este ajusticiado, de este maldito, no se limita á esto: quieren que toda la Judea, toda la Samaria, toda el Asia, la Grecia y la misma Roma caigan de rodillas á los piés del instrumento de su suplicio. Aun no es esto bastante para sus almas enardecidas; codician mas todavía, y las miras de su proselitismo abrazan desde luego el universo entero. Tan circunspectos y tardíos en creer, tan fugitivos y dispersos, vueltos poco antes á sus redes, de repente los vemos hechos otra vez apóstoles fervorosos: se confortan para no incurrir ya mas en desliz, avanzan para no retroceder ya mas ni un solo paso, y sin embargo, de todas partes llueven mofas, amenazas, tormentos y todo género de muerte; y Jesucristo no está con ellos, y murió, y no ha cumplido su palabra de resucitar, y todo para ellos se ha perdido, hasta esta frágil esperanza... ¡Cualquiera que seas, ó lector, consulta tu naturaleza humana, y pregúntale si todo esto no seria el trastorno completo de toda ella! ¿De dónde ha podido salir repentinamente, en semejantes hombres y en tales circunstancias, esa confianza? de dónde una energía tan inaudita? de dónde ese celo y esa seguridad que de todo se rien y que no temen ni la muerte, no solamente en sí misma, sino por el perjuicio que va á causar á su empresa?... Si han visto á Jesucristo resucitado, si lo han visto bien, si lo han visto todos, si han recibido la invisible fuerza del Espíritu de Dios, si por sí mismos hacen á cada instante prueba de esa asistencia sobrenatural obrando milagros, si con su sola sombra curan paralíticos, si hacen temblar á los demonios, concebimos que no tiemblen ellos; concebimos que el celo y el amor de la verdad, de la cual tienen ellos en sí tantas garantías, los arrastren á desafiar el universo, seguros de regenerarlo con la ayuda de Aquel que lo crió; concebimos toda su vida santa y apostólica; concebimos su heróica y generosa muerte, lo concebimos y admiramos todo... Pero si no hay nada de todo esto, si Jesucristo ha permanecido en su sepulcro, si no se les ha aparecido como ellos mismos dicen, si la pusilanimidad y desconfianza, contra las que habian podido precaverse durante su vida, son justificadas por una muerte sin resurreccion; si nada de nuevo les ha acontecido, ni

nada ha ocurrido á su rededor desde que los dejamos amedrentados y fugitivos no esperando ya, y volviéndose á sus barcas de pescadores... ¡oh! entonces nada de todo esto concebimos; nuestra imaginacion se pierde en un cáos de imposibilidades sin solucion, y en lugar de un suceso que comprendemos muy bien poder existir en el orden sobrenatural, que excede á lo acostumbrado sin chocar á la razon, y que hasta la eleva y ennoblece, anudándose con un órden de verdades que preceden y que siguen, y cuyo encadenamiento compone el mas armonioso todo, nos encontramos con un suceso que deberia ser enteramente claro é inteligible, y que es, no obstante el mas completo trastorno de la naturaleza y la desesperacion de la razon... No podemos vacilar: incredulidad ó absurdo. ¡Esto es demasiado! Nosotros nos inclinamos decididamente hácia el lado en que se manifiestan la razon y la fe [1].

III. Y sin embargo, todavía no hemos visto el prodigio del prodigio: *el resultado*. Aquí, lo confesamos, faltan palabras para expresar toda la fuerza de una prueba semejante. Por lo mismo creemos que no es necesario insistir en ello, pues las cosas hablan en esto por sí mismas á los que tienen el corazon abierto á la verdad; y por lo que hace á los demás, ya sabemos que la causa de su ceguera no la disipan los raciocinios... No necesita el sol de demostraciones: él mismo se pone en evidencia.

No obstante, veamos:

El argumento que resulta del establecimiento del cristianismo es el mas fuerte, porque es el mas inmediato de todos: es el que se llama

[1] «¿Cómo ha sucedido que unos hombres tan cobardes se hayan hecho tan «animosos?» se pregunta, como nos preguntamos tambien nosotros, el autor del *Arte de raciocinar*, Condillac.» Porque estuvieron convencidos; y lo estaban porque vieron. Todas las circunstancias de las apariciones de Nuestro «Señor Jesucristo prueban que no creyeron á la ligera.

«Si no hablase sino de los motivos que tenemos nosotros de creer, añade «con mucho tino, el incrédulo podria decir que los Evangelistas inventaron «estos hechos. Pero no habrian podido creer los Apóstoles, movidos de unos «hechos que inventaran mas tarde los Evangelistas. Por consiguiente, si cre«yeron fue porque vieron, y no fueron inventados los hechos. Y de que hayan «creido no puede quedarnos ninguna duda.» *(Considerations sur les progrès de la Religion dans les trois premiers siècles)*.

«En aquel intervalo, dice el mismo Strauss, se verificaron *unos sucesos de «grande consolacion.*» (Cap. IV, p. 137). Es verdad; pero diga V. Sr. Strauss, ¿qué sucesos fueron estos?

ad hominem. Su fuerza está en razon de la resistencia de aquel á quien se opone. Para convencer á la incredulidad se apoya sobre la incredulidad misma.

Dices que no crees en la divinidad de Jesucristo, y que no puedes tomar la doctrina de la cruz en sentido absoluto. Hay cosas, añades, en esta doctrina, que á pesar de todos los raciocinios, de todos los hechos, de todos los principios y de todos los resultados que se pueden juntar para procurar persuadírtela, te chocan y la impiden entrar en tu espíritu; por mas que se haga, por mas que tú mismo hagas, no puedes tener fe..., la fe real, la fe completa, la fe que adora, que todo lo atropella, si es menester, y que muere por su objeto. No estamos en el caso de investigar la causa de una incredulidad tan tenaz é invencible. Por cierto que no debe hallarse en la pura razon y en la recta voluntad, y seguramente no serás en este punto tan inocente como te figuras. Pero en fin, cualquiera que sea la causa, el hecho existe; y esta causa te parece natural y legítima; no puedes creer, y te son necesarios milagros para convertirte.

Sea en buena hora; pero convengamos todos, sin embargo, en que ese cristianismo, en el cual no puedes creer, es mucho mas creible en el dia que cuando apareció por primera vez en el mundo. Tú has nacido en su seno, y lo has encontrado enteramente establecido; penetrado de sus influencias, has sido cristiano antes de ser hombre, y para dejar de serlo te ha sido preciso sacudir todas tus preocupaciones de la infancia. Indudablemente tu disposicion á la incredulidad hubiera sido mucho mas franca y mucho mas completa, si no hubieses sido educado en las ideas cristianas: ¿qué hubiera sucedido, pues, si hubieses sido criado en otras enteramente opuestas? No está todo aquí: tu incredulidad de hombre tiene aun que vencer otros obstáculos y nivelar otras consideraciones; porque, en fin, si el cristianismo no te parece literalmente divino, á lo menos es imponente por su duracion, por sus beneficios, por sus relaciones y por sus glorias. Existe, y existe solo, sin que haya religion alguna que se le oponga. Es el culto de la patria, el culto de tus antepasados, el culto del mundo civilizado. Tiene en su favor todo cuanto hay y ha habido de grande, de bello y de ilustre en el mundo, y no podemos nombrar nada de todo lo que ha honrado al espíritu humano, sin recordar al mismo tiempo su nombre. A pesar de todo esto tú eres incrédulo; ¿cuál seria tu incredulidad si nada de esto existiese? ¿cuál seria en un estado de cosas diametralmente inverso, si jamás hubiese resonado en tus

oidos la palabra *cristianismo*, y si criado, educado y formado en las ideas, hábitos y costumbres paganas, oyeses decir por primera vez que un ajusticiado quiere ser adorado, no al igual, sino en lugar de todos los dioses, cuyo brillante culto está identificado con todas las preocupaciones, todos los recuerdos, todos los intereses y pasiones de la patria, de la sociedad y de la naturaleza? ¿que el instrumento de las ejecuciones que se coloca en las plazas públicas, debe ser en adelante preferido á todo, y convertirse, con las ideas abyectas, horribles y repugnantes que sugiere, en el único objeto de estudio, de gloria y de afeccion que debe ocuparte y absorberte, hasta el punto de desechar todo cuanto no esté conforme con él, y hasta morir, si es preciso, por confesarlo? ¿Podrian ocurrirse á tu espíritu y á tu boca otras calificaciones para aplicar á semejante doctrina, que las que le prodigaba el mas grave y mas concienzudo talento de su época, Tácito: *de abominable infamia, supersticion execrable, odiosa y obstinada conjuracion contra el género humano, digna de ser castigada con todos los suplicios?*

Eres incrédulo, dices en el dia, y necesitarias algunos milagros para convertirte, y tu misma conversion seria un milagro: ¿cuántos milagros no serian, pues, necesarios para convertir al mundo pagano? ¿qué prodigio no seria semejante conversion ya realizada?

Porque por fin tu naturaleza y condicion no son distintas de las de los demás hombres; tú bebes tu incredulidad en el mismo fondo de ideas, de juicios y de instintos que todos ellos. La incredulidad no puede causar ninguna ilusion sino simulando inspirarse de ese *sentido humano*, de ese *sentido comun*. Lo que experimentas y lo que hubieras experimentado, si la Providencia te hubiese hecho nacer en el paganismo, debieron naturalmente experimentarlo todos los demás hombres que vivieron en aquella época. Eres una especie de mundo en pequeño, que puedes formarte la idea de lo que era y debia de ser el mundo entero respecto del cristianismo; y si este cristianismo te parece en el dia increible, mil veces mas lo debia parecer á la sociedad pagana.

De aquí deducimos que si el cristianismo es increible, es increible que el mundo entero hubiese naturalmente creido en él. Lo creyó sin embargo, luego es creible; ó bien, se hizo creible por medio de caractéres visiblemente sobrenaturales: por medio de milagros.

Pero tú no admites los milagros: «¿Por qué, pues, te dirémos con «san Agustin, en siglos tan cultos creyó el mundo sin milagros cosas

«del todo increibles? ¿Dirás acaso que las creyó porque eran crèi-«bles? Pero ¿por qué tú no las crees?... Vamos á fijar nuestro argu-«mento: Ó las cosas increibles que se veian persuadieron una cosa in-«creible que no se veia, ó esta cosa era de tal manera creible, que no «tenia necesidad de milagros para ser creida: en ambos casos, ¿se «ha visto nunca obstinacion mayor que la de nuestros adversarios[1]?»

El argumento no tiene réplica; pero lo que acaba de cerrar el círculo de la demostracion que de él resulta y no deja ninguna salida, no dirémos á la sutileza, sino ni al buen sentido, es la manera con que el mundo creyó aquella cosa increible.

Ya lo hemos visto: nada obligó al mundo á creerla mas que un pequeño número de hombres toscos é ignorantes, que no tenian ninguna tintura de bellas letras, ni conocian la gramática, la dialéctica ni la retórica, en una palabra, unos pobres pescadores. El hecho existe, y si se le hubiese podido contradecir, hace mucho tiempo que la incredulidad se hubiera ensañado contra él y lo hubiera borrado: tan molesto le es. Pero tan cierto como oportuno, jamás ha sido ni siquiera puesto en duda, y en sus extremos, la incredulidad ha sido bastante desdichada para convertirlo á lo menos en una arma de ridículo y descrédito contra los cristianos.

Nosotros aceptamos este ridículo y este descrédito, y nos envanecemos de un Pedro, de un Santiago, de un Juan, mas que de un Agustin, de un Bossuet y de un Pascal, porque nos envanecemos de la virtud misma de Dios, mucho mas visible en aquellos que en estos.

Brilla efectivamente la virtud de Dios de un modo extraordinario en el establecimiento del cristianismo por semejantes hombres; y para limitarnos al puro raciocinio, dirémos solo lo siguiente:

Una cosa no es creida por la generalidad de los hombres, sino porque es verdadera ó porque es verosímil. No puede ponerse en duda esta proposicion sin abrazar esta otra: Los hombres pueden creer verdadero lo que *al mismo tiempo* saben ser falso; lo cual es un absurdo. Para que una cosa sea creida es, pues, preciso que sea creible ó que parezca serlo: que sea verdadera ó verosímil.

La verosimilitud de una cosa no puede provenir mas que de dos causas: de la *cosa* en sí misma, ó de los *medios* que se emplean para persuadirla. Esto es evidente.

La *cosa* en sí misma, que en nuestro caso es el cristianismo, era

[1] *De la Ciudad de Dios*, lib. XXII, cap. 8.

para el mundo pagano el colmo de la inverosimilitud : era el mas perfecto contrario de la razon de entonces, del sentido pagano, así popular como filosófico, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, una verdadera extravagancia, *stultitia*: cuanto mas pensemos en ello mas convencidos quedarémos.

Los *medios* empleados para persuadirla, si se hace abstraccion de los milagros, están en la misma proporcion. ¿De dónde sale esta *abominable infamia*, esta *execrable supersticion?* debia preguntarse. ¿Con qué autoridad se recomienda? ¿Quiénes son sus predicadores y fiadores? ¿Son jefes de partido, filósofos ó charlatanes? ¿De dónde han salido? ¿Con qué cuentan? ¿Qué ventajas trae su doctrina? Han salido de la Judea y de su mas oscura plebe; no saben nada ni se glorian de saber nada; son pescadores que acaban de dejar sus barcas para ir á correr el mundo, y que no dicen sino que uno, llamado Cristo ajusticiado en Jerusalen, resucitó; que es preciso creerlos, y por consiguiente, judíos, que es preciso abandonar el culto de nuestros padres; sacerdotes de los dioses, que es necesario derribar sus altares; filósofos, que es menester que nos coloquemos entre los ignorantes; señores, que es necesario fraternizar con nuestros esclavos; esclavos, que es necesario mas que nunca estar sumisos á nuestros señores; todos, que es necesario sufrir... Despues de esto preguntarémos, ¿la inverosimilitud de una predicacion semejante tuvo jamás nada con que poder compararse, mas que con la inverosimilitud de la doctrina?

Si esta doctrina hubiese sido predicada por hombres doctos é ilustres, apenas concebiríamos que hubiesen podido naturalmente persuadirla; y si personas toscas como los Apóstoles hubiesen predicado una doctrina del gusto del dia, sensual y cómoda, debemos creer igualmente que no hubieran producido grande efecto. En el primer caso, la doctrina hubiera matado á la predicacion; en el segundo, la predicacion hubiera matado á la doctrina. ¿Qué debia producir, pues, la reunion de la doctrina de la cruz con la predicacion apostólica?

Nosotros que hemos visto venir en pos de los Apóstoles á los Crisóstomos y á los Bossuet, y á quienes diez y ocho siglos de reflexion han enseñado á conocer la admirable relacion de la doctrina cristiana con su método de predicacion, no nos asombramos; pero antes de que se estableciese, rodeada como se hallaba de misterios sin explicar, y mas que todo de las calumnias y falsos juicios que en el paganismo excitaba; no teniendo para salvar el escándalo y la locura de

su cruz, mas que Apóstoles que eran su imágen viva, y que hubieran comprometido la doctrina mas verosímil y seductora, es imposible imaginarse nada mas impropio para acreditarse. La inverosimilitud de la doctrina y la de la predicacion se confirmaban y aumentaban recíprocamente, para producir la mas perfecta obra maestra de inverosimilitud.

Supuesto, pues, que no fue la verosimilitud quien abrió las puertas del mundo al cristianismo, y que al contrario, todas se las cerraba, ¿quién pudo hacerlo extenderse y penetrar tan abundantemente, mas que la verdad, su propia verdad, es decir, su divinidad, mas poderosa que todo, y creándose ella misma medios milagrosos para conseguir su fin, ó creando directamente este fin sin milagros, por medio de un milagro único, mayor que todos los demás?

¿En dónde puede encontrarse, mas que en la esencia del mismo cristianismo y en una accion sobrehumana, el secreto de un triunfo tan desprovisto de medios humanos, tan á despecho de todos los obstáculos humanos, y de un triunfo tan completo, tan rápido y tan duradero?

¿Habeis observado alguna vez, en una mañana de otoño, levantarse el sol con un cielo opaco y sobre una tierra cubierta de niebla? Está ya sobre el horizonte y nadie lo ha visto todavía. Pero bien pronto el calor interno, del cual es foco, disipa la capa nebulosa que le cubre: se manifiesta ya, pero privado de rayos y semejante á un espectro de luz. Todavía va á serle disputada esta primera aparicion, y á proporcionarle nuevos combates y nuevos triunfos. En efecto, el mismo calor que lo desprendió de los vapores que lo rodeaban va á herir á lo léjos la tierra húmeda y á levantar otros nuevos, que suben á reemplazar á los primeros y á oscurecer otra vez el astro que los ha traido. Pero su calor incesantemente activo los disipa tambien, y al disiparlos hace nacer otros que no permiten tregua en aquella lucha, en que el vencedor absorbe los obstáculos á medida que los va suscitando, y los suscita á medida que los va absorbiendo, hasta que habiendo acabado de purgar la tierra y de agotar la humedad de los aires, el astro gigante rompe de una vez el velo que cubria los cielos, y colocado en medio de su brillante y límpido firmamento, se hace saludar por la naturaleza reanimada como á su libertador y su rey.

Así es como se efectuó el establecimiento del cristianismo, á través de tres siglos de persecuciones suscitadas por su inverosimilitud y vencidas por su verdad.

El cristianismo fue una creacion: se formó en el mundo, como el mundo mismo, *de nada:* fue sacado de la nada. Ved su estructura, nada mas grande: es el mundo moderno. Ved su fundamento, es la misma nada: doce hombres *de nada*. Queriendo Jesucristo probar que era Dios, hizo lo que caracteriza á Dios, lo que nos revela la virtud de Dios, para que nos viésemos obligados á creer en el Hijo, por los mismos títulos con que creemos en el Padre, y para que solos los ateos pudiesen dejar de ser cristianos. Reprodujo entre nosotros la obra de Dios. Y para que no pudiésemos dejar de reconocerlo, *escogió las cosas que no son nada para destruir las que son mucho;* procuró excluir de su operacion todos los elementos naturales que hubieran podido ocultárnoslo, y no solo los excluyó, sino que permitió que se volviesen en contra. Con nada y él solo obró contra todo. Y tan solo despues de haber hecho ver bien distintamente su accion creadora, y despues de haber acabado de convertir el mundo, por la sola virtud de su despreciada cruz, permitió á los poderes humanos que habian quedado vencidos, el ponerse en contacto con ella y glorificarse en su posesion.

Hasta puede decirse que hizo mas que crear; pues como observa perfectamente un autor antiguo: «Reformar es mas que crear: en la «creacion nada se resiste al Criador, ni nada le impide arreglar y «conformar su criatura del modo que mejor le parezca; pero en la «restauracion y reforma tiene que combatir la culpa, la pena y la «voluntad corrompida [1]. »

Si no nos hacemos cargo de toda la magnitud de este prodigio, consiste, en que sucedió en el órden moral, y que en general los fenómenos de este nos afectan menos que los del órden físico. Pero un poco de reflexion nos dirá que el órden moral tiene sus leyes tan constantes y tan necesarias como las del físico, y que cuando el fenómeno se produce tan en grande como la reforma del género humano por el cristianismo, su autor ha probado tan bien su divinidad como aquel que supone Rousseau que se presentara á hablarnos de este modo: «Mortales, os anuncio la voluntad del Altísimo; reconoced en mis «palabras al que me envia. Yo ordeno al sol que cambie su curso, «á las estrellas que se coloquen de otro modo, á las montañas que «se aplanen, á las aguas que se levanten, á la tierra que tome otra «forma. »

[1] *Libro de las criaturas*, por Raimundo Sabunde, filósofo catalan, natural de Barcelona, traducido del latin por Miguel Montaigne. p. 321.

La revolucion obrada por la sola cruz de Jesucristo en el mundo, no es menos maravillosa y divina. Un hombre que es capaz de creer que un suceso, tan contrario á todo lo que sabemos que ha de suceder segun las leyes del corazon humano, se ha verificado sin que interviniera nada de sobrenatural, tiene seguramente mucha mas fe que no se necesita para creer la Religion cristiana, y lo que mas choca es que *se queda incrédulo por pura credulidad.*

Por otra parte, el problema fue admirablemente propuesto, con la indicacion de su solucion, por un juez bien imparcial, y cuando todo estaba aun por hacer.

Acababa de morir Jesucristo, y estaba en su principio la locura de la predicacion de su cruz, cuando los Apóstoles, llamados por la justicia á causa de este hecho, comparecieron ante los magistrados de Jerusalen. El gran pontífice les dice: — ¿No os habíamos expresamente prohibido no enseñar en este nombre? sin embargo habeis llenado á Jerusalen de vuestra doctrina, y quereis hacernos responsables de la sangre de este hombre. — Pedro y los demás le contestan: Es preciso obedecer antes á Dios que á los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó á Jesús, á quien vosotros condenásteis á muerte clavándolo en cruz. Él es á quien Dios elevó á su diestra para que fuera Príncipe y Salvador, y para dar á Israel la remision de los pecados. Nosotros somos testigos suyos en todo cuanto os decimos, y lo es con nosotros el Espíritu Santo que Dios nos ha dado. — Oyendo esto los magistrados rugian de furor, y deliberaban cómo hacerlos morir.

«Entonces, continúa la historia, levantándose en el concilio un fa-«riseo llamado Gamaliel, doctor de la ley, hombre de respeto en todo «el pueblo, mandó que por un breve rato saliesen fuera los Apósto-«les, y les dijo:

«Varones israelitas, mirad bien por vosotros, y atended á lo que «vais á hacer con esos hombres. Hace poco apareció un cierto Teodas «que pretendia que era algo, y hubo como cuatrocientos hombres «que le siguieron; pero fue muerto, y cuantos le dieron crédito fue-«ron disipados y reducidos á nada. — Despues de este se levantó Ju-«das, el galileo, en tiempo del empadronamiento, y arrastró tras sí «al pueblo; mas pereció tambien, y fueron dispersos todos cuantos «le siguieron.

«Pues ahora os digo que no os metais con esos hombres, y que los «dejeis; porque si este consejo ó esta obra viene de los hombres, se

«desvanecerá; mas si viene de Dios, no la podréis deshacer. Cuidad «de que no parezca que quereis resistir á Dios.

«Y ellos siguieron su consejo [1].»

Si este hombre discreto viviese hoy, al leer la historia increible del establecimiento del cristianismo, cuyo principio vió; al contemplar la cruz dominando aun nuestras ciudades desde la torre de las grandes basílicas, y sentado en el trono de Roma, hace mas de diez y ocho siglos, el sucesor de aquel mismo Pedro que compareció en su presencia..., ¿qué os figurais que diria?

Lo que el mismo buen sentido, que se lo hizo presentir, hizo decir á Bayle, á despecho de todos los sofismas:

«El Evangelio, predicado por personas sin nombre, sin estudios y «sin elocuencia, cruelmente perseguidas y destituidas de todo apoyo «humano, no dejó por esto de establecerse en poco tiempo por toda «la tierra. Este es un hecho que nadie puede negar, y que prueba «que es obra de Dios [2].»

CAPÍTULO VII.

FRUTOS DEL CRISTIANISMO.

Si nada conociésemos del cristianismo, ni su doctrina ni su historia; si se nos ocultasen enteramente el árbol y sus raíces, pero se nos ofreciesen tan solo los frutos, todavía nos veríamos obligados á reconocer que estos frutos no son de los que produce la tierra, y que su sávia debe provenir de un principio sobrenatural.

No podemos hacer mas que tratar de paso este asunto, ya tan elocuentemente tratado en obras especiales que todos conocen [3];

[1] *Hechos de los Apóstoles*, v.

[2] Bayle, *Diccionario crist.*, art. *Mahoma*, nota O.

[3] No tenemos necesidad de hacer mencion del *Genio del Cristianismo;* pero recomendamos la obra titulada: *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea;* tres tomos en 8.°, por el presbítero D. Jaime Balmes, traducida del español; obra que da mucho mas de lo que promete, y que tanto por el fondo como por la forma corresponde perfec-

por cuya razon nos limitarémos á presentar su sustancia filosófica.

El cristianismo ha enriquecido al hombre con sus divinos frutos:

En el órden moral,
En el órden intelectual,
En el órden social;

Tres aspectos bajo los cuales vamos sucesivamente á estudiarlo.

§ I.

Frutos del cristianismo en el órden moral.

Primeramente para simplificar la prueba sacada de los frutos morales que ha traido á la tierra el cristianismo, y evitar con anticipacion muchas dificultades secundarias, es preciso fijarnos en un principio cierto y por desgracia muy descuidado.

La Religion verdadera debe ofrecer al hombre, prescindiendo de los esfuerzos de su naturaleza, medios eficaces de perfeccionamiento moral; de manera que todo el que quiera valerse de estos medios, experimente sus efectos sobrenaturales y llegue á un grado, que nunca hubiera alcanzado con los solos recursos que en sí tiene.

Pero esta Religion, que así debe auxiliar la naturaleza del hombre, no puede violentarla. Esto seria destruirla y faltar á su objeto, pues la condicion de esta naturaleza es la libertad, y solo por el ejercicio de esta puede la Religion conducir al hombre hácia su fin. Esta libertad es esencial á la naturaleza del hombre y al objeto de la Religion. Por esto, la verdadera Religion, léjos de destruirla debe extender su ejercicio.

De aquí resulta que quedando el hombre siempre libre, debe poder hacer siempre el mal, debe poder despreciar y desechar el auxilio de esta Religion verdadera, debe poder abusar de ella. Hasta es menester decir que dando mas latitud á esta libertad, y aumentando su capacidad con toda la conciencia de las virtudes y verdades que le prescribe y revela, esta Religion dará lugar á caidas individuales mas malignas, y que la misma prueba que hará subir á unos precipitará

tamente al estado actual de los espíritus. Por lo demás, el éxito mas extraordinario acaba de coronar, en Francia y en España, el mérito de este bellísimo trabajo, que honra al clero, y que honraria á nuestros primeros publicistas.

á otros : *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum :* resultado tanto mas inevitable, cuanto que siendo el hombre tomado desde mas bajo, la prueba destinada á elevarle deberá ser mas poderosa y mas necesaria [1].

Seria, pues, proceder contra la naturaleza de las cosas el quejarse de que esta Religion hubiese dejado subsistir crímenes sobre la tierra, y aun de que ella hubiese dado ocasion á algunos ; porque todo esto no es mas que un efecto de la perversidad humana, de una libertad mas activa, y del abuso mas funesto de un bien mas perfecto, segun aquella máxima tan verdadera : *Corruptio optimi pessima.*

Pero si á pesar de esta perversidad, á pesar de los caprichos de esta libertad, y á pesar de las coincidencias de este abuso, esta Religion obra en los que de veras la abrazan efectos sobrenaturales de perfeccion ; si salva á cualquiera que desea salvarse, aun cuando no hubiese mas que uno, habria ya acreditado su verdad y su divinidad. Sí ; y quede esto bien sentado : si hay *un solo hombre,* tomado como hombre, cualquiera que sea su carácter natural, su condicion, su capacidad, y únicamente reducido á lo que constituye el hombre, — la voluntad, — que haya experimentado en la práctica de la Religion cristiana efectos trascendentales de santidad y de virtud, no se necesita nada mas para justificar la divinidad de esta Religion por sus frutos. En este caso, con el ejemplo de este solo hombre se probará que con el auxilio de esta Religion cualquiera puede curarse de su perversidad natural : no dependerá mas que de él, y no será mas que una cuestion de voluntad. *Si alguno quiere hacer la voluntad de mi Padre,* dirá esta hija del cielo, *verá si mi doctrina procede de él, ó si hablo por mi antojo ;* y aun cuando todos los hombres se mantuviesen perversos por defecto de esta voluntad, esto nada probaria contra la divinidad de la Religion, cuya prueba no habrian aceptado, y que descargada con su cobarde repulsa, no hubiera por ello cumplido menos con su mision no conduciendo al cielo mas que un solo escogido [2].

[1] « El hombre cristiano, dice Mr. de Bonald, no vive con menos pasiones « que el hombre pagano ó mahometano. Y aun es posible que el mayor desarrollo que recibe su inteligencia, y el freno mas severo y mas apretado que « tiene puesto á sus acciones, irriten mas sus pasiones, y las hagan mas industriosas para conseguir sus fines, y de este modo sirvan para aumentar la « fuerza de su alma por lo mismo que añaden vivacidad á sus deseos. » *(Essai analytique*, p. 106).

[2] « Una de las almas mas ricas, mas sublimes y mas santas que yo he co- « nocido, dice el conde de Stolberg, desde su primera juventud habia sido apar-

Pero la Religion cristiana obró y obra todos los dias este perfeccionamiento sobrenatural, no solamente en uno, sino en millones de hombres diseminados por todo el universo. En el seno de la perversidad natural y social, á través de todos los obstáculos que encuentra y que ella misma suscita, en este perpétuo flujo y reflujo de pasiones y de crímenes que componen este miserable mundo, se man-

« tada de la Religion cristiana por el gran mundo; mas el mundo no habia po-
« dido satisfacer nunca sus deseos ni llenar su corazon: siempre rindió ho-
« menaje á la virtud, y buscó la verdad con aquella sed que solo Dios puede
« apagar. La sabiduría de Sócrates fue por ella durante un largo espacio de tiem-
« po un motivo de esperanza; pues hallaba un atractivo simpático en la sublime
« sencillez de este filósofo, que excitaba su solicitud, y movia su celo ardiente,
« aunque circunspecto, hácia las cosas que están mas allá de este mundo. Sin
« embargo, no se paraba aquí, sino que comenzaba á levantar sus deseos á re-
« giones mas elevadas; y cuando por las acciones y maneras de ciertos cristia-
« nos descubrió en ellas lo que siempre habia entrevisto, se aplicó á leer el
« Evangelio de san Juan, cuya elevacion, sencillez, pureza y amor palpitante
« la pasmaron. Mas cuando llegó á aquel pasaje, en que dice el Salvador: *El*
« *que quisiere hacer la voluntad de Dios, conocerá de la doctrina, si es de Dios,*
« *ó si yo hablo de mí mismo,* (Joan., VII, 17), saltó de contento, y exclamó:
« ¡No, ningun sábio, que no haya sido mas que un puro hombre, se atrevió á
« hablar de este modo! ¡ningun sábio ha sometido jamás su doctrina delante
« de todo el mundo á una prueba semejante! — Desde este momento comenzó
« á meditar con mayor celo, y con un amor que iba siempre en aumento; y rogó
« al Ser de los seres, que se manifestaba á su corazon como un padre, y como
« un padre en Jesucristo. Experimentó en un todo cuál es la doctrina de Dios,
« cuando hizo su voluntad; y conoció la felicidad de que disfrutan los que creen
« sin haber visto. Ella fue una guia y un consuelo para muchas personas, y un
« ejemplar sublime y benévolo que manifestaba lo que puede la Religion de Je-
« sucristo, cuando un alma sublime se abandona á su direccion por amor y sin
« condiciones ni reservas. Hasta algunos filósofos han admirado su vida y sus
« maneras; y la juventud inocente de un pueblo romántico, en cuyos alrededores
« buscó ella con frecuencia la soledad y el reposo, y donde halló la soledad y
« el reposo en el seno de Dios, agradecida á sus favores, derramó flores sobre
« su tumba, sobre la tumba de una señora noble, que con frecuencia la jun-
« tara á su rededor para dirigirla hácia el Amigo soberano de la infancia, que
« habia amado ella mientras duró el curso de su vida, y cuyas alabanzas se ele-
« varon hácia los cielos al mismo tiempo que su alma se escapaba de sus labios
« moribundos. » (*Historia de Nuestro Señor Jesucristo*, por Federico Leopoldo, conde de Stolberg, t. II, p. 51). El autor nos hace saber cuál es la persona cuya figura arrebatadora nos acaba de trazar, en una nota, concebida en estos tér-
« minos: « Amelia, princesa de Galitzin, hija de los condes de Schmettau, mu-
« rió en Munster el 27 de abril de 1806. Descansan sus restos mortales en el
« cementerio de la aldea de Angelmondi, cerca la pared de la iglesia y bajo la
« imágen del Dios crucificado. »

tiene sin cesar en una pureza inviolable, en una fijeza invencible, y en una fecundidad eterna. Incesantemente está formando almas de una belleza prodigiosa, que causan envidia al mismo cielo para el cual las prepara, y que con frecuencia él solo llega á conocer. Con nuestra pobre y vil naturaleza hace ángeles, hace santos.

¡Santos! ¿Sabeis bien lo que es esto? ¿habeis reflexionado alguna vez sobre el fenómeno de la santidad?

¿Qué es el hombre tomado en su estado natural? Todos podemos saberlo echando una mirada sobre nosotros mismos: es, en lo que hay de menos malo, un ser inclinado al mal, al egoismo, á la pereza, al orgullo, á la codicia, á la sensualidad, á la crueldad, á la doblez, á una increible frivolidad. Si se abandona á sus inclinaciones, ¿á qué grado no llega de perversidad y abyeccion? y si las contiene á medias, gastado por los esfuerzos que le cuesta, nada le queda para elevarse hasta el bien. Esta grande naturaleza se halla circunscrita al círculo de una moralidad negativa é infecunda, no obra mal: este es todo su heroismo. Y para esto aun es preciso que el temperamento, la edad, la condicion, el buen natural y la carencia de un mayor interés no ofrezcan á la voluntad grande lucha que sostener, ó que esta pueda apoyarse en algunos groseros motivos de reputacion, de orgullo y de inaccion que balanceen el mal con el mal mismo, y que no dejen á ese sábio otro mérito que el de conservarse en equilibrio entre los excesos, y de ser no mas que un epicúreo de virtud.

Hé aquí de lo que es el hombre capaz. Poco mas ó menos este es el diapason de su virtud. Lo mismo que su naturaleza física, su naturaleza moral no traspasa nunca ciertos límites, no salva cierto nivel.

En este nivel toma el cristianismo al hombre para elevarlo hasta la mas alta santidad, es decir, á un estado en que todos los malos instintos de nuestra naturaleza son anatematizados, y en que el bien, en lo que tiene de mas general y absoluto, se hace la profesion de todos los dias, de todos los instantes y de todos los suspiros de la vida; en que el alma, siempre inclinada y suspirando por la perfeccion, y deseando alcanzarla y llegar cada vez mas á ella, no solamente se priva de todo cuanto es prohibido, sino que se despoja hasta de lo que le es permitido, de todo cuanto hay de mas agradable, de mas querido y mas inherente á nuestra naturaleza; se inmola dolorosamente, se circuncida el corazon, no vive ya de la vida sensible y concupiscible, sino para morir á ella todos los dias; y por este medio nace, crece, se eleva y derrama en una vida nueva, toda de perfeccion, de

deber y de virtud, en la que no viendo jamás el bien que hace, sino el que deja de hacer, se desprecia haciendo actos de heroismo, se excita y aguijonea por todos los límites del deber, y va á confundirse, si es lícito decirlo así, con la perfeccion infinita del mismo Dios.

Este es el estado perfecto de santidad; estado sobrenatural para cualquiera que reflexione en la corrupcion y pesadez de nuestra naturaleza, como lo seria para el físico el estado de un hombre que no tocase á la tierra, y se sostuviese habitualmente en los aires.

Y ¡cosa admirable y bien digna de reflexion! el cristianismo produce este estado en toda la naturaleza del hombre, en todas las edades y condiciones, y á través de todos los obstáculos. Nunca consulta á la naturaleza, tan dueño es de ella. Todo le es bueno para hacer un santo: un niño, un guerrero, un sábio, un pastor, un rey, una doncella, una alma ya pura, una alma criminal: todo se hace en sus manos capaz de santidad. De ordinario, hasta en las dificultades y resistencias de la naturaleza y de la sociedad, obra esas metamórfosis llamadas *conversiones*, y que no son menos prodigiosas en el órden moral que las de la fabulosa antigüedad en el órden sensible. Si quiere hacer brillar la caridad y el celo del apostolado, escogerá un perseguidor; si quiere hacer ver la inflexible intrepidez y el heroismo de la constancia, tomará el corazon de una vírgen; si quiere encantarnos con una obra maestra de dulzura y humildad, irá á buscar el alma de un rey, hará nacer la sencillez de la fe en el alma de un filósofo, y la mas sublime filosofía en la de un campesino [1]; inspirará al heredero de un gran nombre y de una brillante fortuna la pasion de la renuncia de todo y de la pobreza; se apoderará de la elegante señorita en medio de los preparativos del himeneo y en el seno de las caricias maternales, para transformarla en *Hermana de Caridad;* y de la pecadora que el mundo desprecia y rechaza, hará la amante de un Dios tres veces santo.

La accion del cristianismo en el alma se parece á la de aquellas sustancias ferruginosas que, inyectadas en las maderas mas porosas y

[1] «Mientras uno en la hermosa aldea de Angelmondi, cerca de la ciudad «de Munster, se esforzaba en manifestar á un labrador la pena que le causaba «la desgracia, como aquel la llamaba, que habia experimentado este por el pe«drisco que habia destrozado sus cosechas; *¡Oh*, dijo el viejo labrador, sa«cudiendo con sonrisa los canos bucles de su cabeza, *no llame V. á esto una «desgracia, pues no es mas que una pérdida: solo el pecado merece ser llamado «desgracia.*» (Stolberg, *Historia de Nuestro Señor Jesucristo*).

blandas, les comunican la dureza é incorruptibilidad de las mas fuertes y consistentes. Es una sávia sobrenatural. Un santo es un hombre rehecho, un hombre *nuevo*.

Sin embargo, solo el que hizo al hombre puede rehacerlo de esta suerte.

Este estado se hace sobre todo mas pasmoso comparándolo con el de la naturaleza humana cuando no habia aparecido aun el cristianismo.

Convenimos en que los paganos tuvieron hombres virtuosos y *sábios;* pero no tuvieron jamás lo que nosotros llamamos un *santo*. Practicaron las virtudes que estaban naturalmente á su alcance, virtudes humanas, relativas, interesadas; pero no obraron la virtud por ella misma, sencilla, verdadera, absoluta, desasida de todo motivo humano y á toda costa. En la vida de sus sábios encontramos deformidades morales monstruosas, y vemos que por unos pocos esfuerzos que hicieron en un punto, se relajaron por ignominiosas debilidades en otros. Con frecuencia emplean una prodigiosa energía en algo que al principio creemos pertenecer á la virtud, pero que mirado de cerca no es mas que un verdadero vicio, cuyo prestigio consiste en no ser mas que lo opuesto á otro vicio, el cual á su vez y en otras circunstancias parece virtud por el mismo medio. El sentido moral es en ellos extraordinariamente limitado, y si traspasan estos límites, es siempre para incurrir en falsedad. Grandes disertadores de virtud, todo lo gastan hablando de ella, y ya nada les queda para practicarla. Poseen su fausto, pero no su sencillez. Sus acciones no siguen nunca á sus escritos [1]. No saben sostenerse sobre las solas alas del deber y del sa-

[1] «Comparaba los escritos de los antiguos paganos, que tratan de las cos-«tumbres á unos brillantes y magníficos palacios, edificados únicamente sobre «arena, ó sobre barro. Ensalzan mucho las virtudes, y las presentan mas ama-«bles que todo cuanto hay en el mundo; pero no enseñan lo bastante á cono-«cerlas, y á veces aquello que decoran con un nombre tan bello, no es mas «que una insensibilidad, ó un orgullo, ó un desespero, ó un parricidio.» (Cartesio, *Discours de la méthode*). — «Los espíritus mal humorados, observa con «mucho tino Mr. de Bonald, no saben notar en los pueblos cristianos mas que «los vicios, porque las virtudes son su estado ordinario, y el único que se halla «autorizado; como no se paran con entusiasmo sino en las virtudes, si alguna «observan en los pueblos paganos, porque el vicio era el estado comun, y au-«torizado por la ley.» (*Del Divorcio*, p. 169). Testigos son de esto la incorruptibilidad de Fabricio, la continencia de Escipion, y otros *hechos memorables* de esta especie, que grababa la antigüedad sobre los mármoles y el bronce, y cuyo elogio ruborizaria hoy dia á cualquiera que se hubiese hecho digno de él.

crificio, y es siempre preciso que fijen su punto de apoyo en algun interés humano, de los cuales el mas sutil es la idolatría de sí mismo. Jamás conocieron la *abnegacion*, la abnegacion de todo, hasta de sí mismo despues de todo lo demás. Esto consiste sin duda en que semejante virtud no está en la naturaleza del hombre, lo mismo, lo repetimos, que el sostenerse en el aire sin tocar á tierra. «Empuñar «mas de lo que la mano permite, abrazar mas de lo que pueden «contener los brazos, y querer saltar mas extension de la de nuestras «piernas, es imposible y monstruoso, dice Montaigne, y lo es tam«bien que el hombre quiera hacerse superior á sí y á la humanidad, «pues no puede ver sino por sus ojos, ni comprender sino con su com«prension; se elevará si Dios le alarga *extraordinariamente* la mano; «se elevará abandonando y renunciando á sus propios medios, y de«jándose levantar y sostener por los medios puramente celestiales. A «nuestra fe cristiana y no á la virtud estóica corresponde el obrar esta «divina y milagrosa metamórfosis [1].» — El buen sentido no podia hablar mejor.

Por otra parte, para elevarse los paganos á la santidad, no solamente les faltaba ayuda, sino conocimiento, pues ni siquiera tenian de ella idea. Habia tantos sistemas acerca de la virtud como acerca de la verdad. La palabra virtud, que en el dia refiere todas las ideas á un solo tipo, era entre ellos específica, con tantas modificaciones como costumbres, hábitos y escuelas habia, y esto provenia de que no tomaban su idea mas que en sí mismos. Indudablemente la idea de la virtud está en nosotros, tenemos conciencia de ella; pero está solo en estado de *reflexion*, como una imágen en un espejo: su esencia está en Dios, á cuya semejanza estamos formados. El sentido moral es la imágen de Dios en nosotros. Pero esta imágen no puede subsistir sino por su relacion con el original, de modo que no puede haber virtud verdadera mas que por la Religion que constituye esta relacion. Poco á poco y como consecuencia de un desórden original, habia ido el hombre perdiendo la vista de Dios; y el politeismo habia corrompido la Religion verdadera hasta el punto monstruoso de que en lugar de ser el espejo de la perfeccion de Dios, el hombre habia hecho de Dios el espejo de sus propias imperfecciones, que se le presentaban ya como modelo. Las relaciones entre Dios y el hombre, no solamente estaban perdidas sino invertidas. ¿Cómo podia conservarse en medio

[1] Montaigne, *Ensayos*, lib. II, cap. XII.

de semejante trastorno la idea de la perfeccion moral? Sin duda en el fondo quedaba todavía algo de ella en la conciencia del género humano; pero este algo era tan embrollado y confuso, que se prestaba á todas las falsas interpretaciones, á todos los errores y á todos los extravíos que nos ofrece la moralidad entre los antiguos.

En el colmo de este estado tomó el cristianismo al género humano. Por consiguiente, ¿cuál fue el principal medio de la regeneracion que vino á traerle? hacer salir la perfeccion divina, la santidad por esencia de lo *desconocido*, en que se hallaba como abismada; acercarla y hacerla descender al alcance del hombre; personificarla, encarnarla para que se hiciese mas visible y mas sensible, y ¡cosa profundamente admirable! humanizarla. La santidad en Dios nos hubiera abrumado, y nosotros no hubiéramos sabido cómo imitarla en nuestra calidad y condicion de hombres, puesto que los objetos en que debíamos ejercitarla no son los mismos para nosotros que para Dios. Para salvar esta dificultad se hizo Dios hombre, á fin de que nosotros viésemos su santidad en ejercicio humano. Nos enseñó la manera de unirnos á él para imitarle segun nuestra condicion, tomando él mismo esta condicion y practicando en ella nuestras virtudes humanas con su santidad de Dios. Redujo, coló, permítasenos el atrevimiento de la expresion, coló la esencia de su infinita santidad en un molde humano: se hizo hombre-modelo, hombre-Dios, á fin de que para imitar á Dios no tuviéramos que hacer mas sino imitar á un hombre.

Hé aquí de qué modo fue dado otra vez á la naturaleza humana el tipo de la santidad en Jesucristo, que es el Santo por excelencia, el *Santo de los santos*. Y para que pudiéramos llegar á imitarlo, su conocimiento fue acompañado de un auxilio misterioso, de un atractivo sobrenatural y omnipotente, que acerca, incorpora y transfigura al cristiano en Jesucristo, y lo convierte en uno de sus miembros, santo como él y por él, á proporcion de la fidelidad á seguir este divino atractivo, que es la gracia: la gracia que es la sávia de Jesucristo, la sávia que hace los Santos.

Por esto, desde que apareció, vemos brillar por todas partes en el mundo esa admirable eflorescencia de virtudes celestiales, esa poderosa fructificacion de santidad. Los doce Apóstoles, que eran las ramas madres de aquel divino tronco, comunicaron desde luego su virtud á todos los que se ingertaron en él; esta regeneradora virtud corrió rápidamente por todas las obras del género humano, y brotó por todas partes vigorosos tallos, á través de todos los obstáculos de la corrup-

cion y de la demencia. «¡Qué espectáculo, exclama á este propósito «Fontenelle, para el mundo corrompido el nacimiento del cristianis- «mo! Ver aparecer y derramarse por el universo hombres que opi- «nan de distinto modo que todos los demás acerca de los principios «mas comunes; hombres que condenan todo lo que con mas ardor «es apetecido por los demás, y que profesan un amor sincero á todo «cuanto los demás aborrecen. El lenguaje de la queja les es desco- «nocido, á menos que sea en la prosperidad; no se contentan con te- «ner en medio del infortunio una constancia invencible: gozan de una «alegría que llega con frecuencia hasta el transporte; si no se ofre- «cen espontáneamente á los tormentos, es porque se contienen; en- «viándolos al suplicio, no se les da sino lo que con mas ansia codi- «cian. ¿Qué prodigios son estos? debian decir los paganos: ¿qué «trastorno es este? ¿han cambiado de naturaleza los bienes y los ma- «les? ¿ha cambiado acaso la de los mismos hombres? La admira- «cion debió de llegar á su colmo cuando se vio á los filósofos que, «hasta entonces habian aparecido en posesion de todas las virtudes «y de todas las verdades, confundidos en sus especulaciones y en sus «prácticas por otros filósofos incomparablemente mas perfectos. Es- «tos últimos sábios, ó mas bien su Maestro celestial, era quien des- «truia aquellas falsas especies de paciencia, establecidas por sábios «engañosos, y mas viciosas acaso que la impaciencia natural á los «hombres que no tienen mas guia que las pasiones..., etc. [1].»

Desde entonces la raza de los Santos no ha dejado de reproducirse en la tierra, sin degenerar jamás. ¡Qué multitud y diversidad de Santos no ha engendrado el cristianismo en todas épocas, en todas las situaciones, en todas las edades y en todos los rangos, abriéndose paso á través de todo, por una virtud que hace lo que quiere y que solo se aconseja consigo misma; oponiendo á las dificultades y necesidades de los tiempos, diversos caractéres de santidad que los dominen, y en los cuales se encarna y perpetúa su imprescriptible poder! Nos falta espacio para delinear, hasta para nombrar esos testimonios vivos de la divinidad de nuestra santa Religion; su número no nos lo consiente, y su superioridad nos dispensa; y no pudiendo escoger entre todos esos héroes, preferimos dejar que se presenten por sí mismos al recuerdo y á la admiracion del lector: no tienen ninguna necesidad de recomendacion [2].

[1] Fontenelle, *Discurso sobre la paciencia.*

[2] Esto es lo que ha hecho, mucho mejor de lo que nos atreveríamos nos-

Por otra parte, como hemos dicho ya, uno solo basta, y hay uno que tuvo poder suficiente para amansar al patriarca de la impiedad, y para hacerle rendir homenaje á la divinidad del principio de este poder. La pluma de Voltaire no encontró jamás el nombre de san Luis, sin perder todo su veneno y hacerse cristiana. Muchas veces hizo su elogio, y ¡cosa notable! nunca pudo separar al hombre del santo: tan evidentemente le hizo conocer el buen sentido, mas poderoso que sus preocupaciones, que la causa de tantas virtudes no podia dejar de ser sobrehumana. Hé aquí algunos fragmentos de este elogio, que es el del cristianismo en san Luis:

«Confieso que los antiguos poseian todas las virtudes humanas; «las virtudes divinas no se encuentran mas que entre los cristianos.

«¿Qué buen rey, en las religiones falsas, vengó todos los dias en «sí mismo los errores inherentes á una administracion difícil, y de «los cuales no se creen los príncipes responsables? ¿Dónde está el «grande hombre de la antigüedad, que haya creido deber dar cuenta «á la justicia divina, no digo de sus crímenes, sino de sus mas lige«ras faltas, y de las faltas de los que, encargados de hacer cumplir «sus mandatos, podian no ejecutarlos con bastante justicia?

«¿Qué climas, qué tierras vieron jamás á los monarcas paganos «despreciar la grandeza que hace considerar á los hombres como se«res superiores, y la delicadeza que enerva; y en medio del repug«nante disgusto que inspira un cadáver y el horror de la enfermedad «y de la muerte, transportar en sus reales brazos á hombres oscuros, «infestados del contagio, exhalándolo todavía, y darles una sepultura «que otros brazos temblaban de darles?

«Caido en poder de los musulmanes, alimentan estos la idea de «ofrecer á su ilustre cautivo la corona de Egipto. Jamás recibió la «virtud mas hermoso homenaje [1].

«Subamos de punto nuestra admiracion; veamos, no lo que tenia «encantada al África, sino lo que debe satisfacernos, aquella piedad «heróica que nos recuerda todas las acciones santas de su vida.

«San Luis es humilde en el seno de la grandeza; es rey y humil-

otros á ensayar, nuestro amigo el Sr. Rodière, profesor de derecho en la facultad de Tolosa, con el título de: *Los Santos y su siglo*, obra santa y agradablemente escrita, en la que su autor ha derramado en un corto número de páginas el tesoro de una erudicion variada, de un espíritu observador, de un alma poética y de un corazon lleno de fe.

[1] Á no ser el que le da Voltaire en este momento.

«de. San Luis socorre á los pobres; se postra en su presencia: es el «primer rey que les haya servido. Toda la moral pagana no habia «siquiera imaginado una cosa semejante.

«No es menos desconocida de la antigüedad profana la caridad. «Es verdad que los antiguos conocian la liberalidad y la magnani- «midad; pero ¿tuvieron siquiera idea de ese celo por la felicidad de «los hombres y por su dicha eterna? ¿Tuvieron nada que se pare- «ciese á aquel ardor con que el santo Rey procuraba aliviar las al- «mas de los débiles, y socorrer todos los infortunios?

«La Religion produce, en las almas que ha penetrado, un valor «superior, y virtudes superiores á las virtudes humanas. En san Luis «santificó todo lo que tenia este de comun con los héroes y los bue- «nos reyes.

«¡Oh fantasmas vanas de virtud! ¡oh alienacion de espíritu! ¡cuán «léjos estais del heroismo verdadero! Mirar de la misma manera la «corona y los grillos, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte; «hacer cosas admirables y temer ser admirado; no tener en el cora- «zon mas que á Dios y su deber; no afectarse sino por los males de «sus hermanos, y considerar los suyos como una prueba necesaria á «su santificacion; hallarse siempre en la presencia de su Dios; no em- «prender nada, no triunfar nunca, no sufrir sino por él: hé aquí san «Luis, hé aquí el héroe cristiano, siempre grande, siempre sencillo, «siempre olvidado de sí mismo. Reinó para sus pueblos; hizo todo el «bien que pudo, sin desear siquiera las bendiciones de aquellos á quie- «nes hacia felices. Huyendo de la gloria, que habia de ser el premio «de sus beneficios, los extendió á los siglos venideros. No hizo la guer- «ra mas que por sus súbditos y por su Dios. Vencedor, perdonó siem- «pre; vencido, sufrió su cautiverio sin afectar insensibilidad. Su vida «se pasó toda entera en la inocencia; vivió en cilicio y murió sobre «la ceniza [1].»

Este elocuente cuadro de la santidad cristiana en san Luis puede aplicarse, en sus rasgos esenciales, á todos los demás Santos que propone la Iglesia á nuestra admiracion. Su condicion y sus obras han sido diversas en el exterior; pero interiormente se encuentra en el mismo principio, el mismo espíritu de sacrificio, y el mismo heroismo de virtud.

Y no es preciso limitar á los Santos canonizados por lá Iglesia el

[1] Voltaire, *Razon del cristianismo*, en la palabra Aveux.

número de esos florones de la corona del cristianismo; hay una multitud de otros que pasaron en la oscuridad, que viven y mueren en ella todos los dias, tanto mas santos cuanto mas desconocidos son al mundo y á sí mismos, y que están como perdidos en su humildad. Los Santos son como las estrellas del firmamento: además de las que forman las varias constelaciones reconocidas, hay una infinidad de otras que por su misma elevacion se ocultan á nuestra vista: el cielo espiritual tiene tambien su via láctea.

La accion del cristianismo es incesante é infinita, aun cuando á veces sea oculta; y despues de dos mil años de fecundidad, germina y da todavía flores tan aromáticas y frutos tan sabrosos como en su principio [1]. Es una funesta preocupacion que desalienta á muchas almas el imaginarse que la santidad sea tan extraordinaria, y el no reconocerla mas que en las manifestaciones exteriores que caracterizan la vida de los principales Santos; además de aquellos por cuyo medio quiso Dios edificar al mundo, hay muchísimos otros á quienes reserva para sí solo. La santidad puede existir sin manifestaciones exteriores; decimos mas, sin manifestacion interior. Los actos y no su manifestacion es lo que hace los santos; y como el distintivo de la santidad es la sencillez, debe de haber una multitud de almas, á quienes el mundo no conoce y que no se conocen á sí mismas, á quienes despreciamos y que tambien se desprecian á sí propias, las cuales de seguro están en los caminos de la santidad.

¡Oh! si supiéramos todos los santos que existen en este momento sobre la tierra, no en parajes distantes, sino al rededor de cada uno de nosotros!... En nuestros dias hay quien se ha complacido en contar los *misterios* de la corrupcion y del crímen, ¡si se pudiesen poner

[1] El 29 de junio de 1842 murió en Saint-Pallais de Saintes una jóven de una condicion oscura, hija de pobres padres, y que ganó toda su vida el pan con el trabajo de sus manos, cuya santidad se presentó con caractéres sobrenaturales. Uno de estos, de que todo el mundo puede ser juez, se halla en los escritos que nos ha dejado, publicados bajo los auspicios del no menos sábio que piadoso obispo de la Rochela, que les ha puesto una carta suya pastoral por prefacio, y que guarda en su palacio los autógrafos. Estos escritos, salidos de la pluma de una jóven trabajadora, entre las fatigas y sus penas, nos descubren un alma verdaderamente sobrehumana por sus conocimientos, y sobre todo por su ardentísimo amor por las cosas de Dios. No tememos avanzar que por la sencillez, la precision, la correccion, la elevacion, y hasta por lo sublime de sus pensamientos, de sus sentimientos y de su estilo se acercan estos escritos á los de Fenelon, y llegan alguna vez á alcanzar los de Bossuet. Esta jóven es *María Eustela*.

de manifiesto los *misterios* de la santidad y del sacrificio! ¡Oh! si las cabañas, los hospitales, las boardillas, las cárceles, los claustros, los desiertos, y sobre todo el humilde hogar doméstico, pudiesen contarnos todo lo que han visto, si pudiesen presentar todo lo que han recibido de las virtudes cristianas! ¡Qué espectáculo! Pero esto es un secreto entre Dios y sus Ángeles, un secreto hasta para los autores de estas virtudes, que el dia en que Dios los corone dirán con la ingenuidad del desinterés: *¿Cuándo fue, Señor, que hicimos todo esto*[1]? un secreto para el mundo que no es digno de ellos, y que las mas veces no es capaz sino de justificarlos insultándolos.

El mundo sin embargo se salva por ellos: bien pronto se corromperia y volveria á quedar sumido en las tinieblas de donde salió, si los verdaderos cristianos no fuesen, segun la expresion del Salvador, *la sal de la tierra y la luz del mundo.*

En efecto, el fruto del cristianismo no está limitado á la santificacion individual de sus miembros, sino que, por medio de esta santificacion purifica y moraliza la conciencia pública del género humano, de la cual participan los mismos que permanecen separados de su accion inmediata. El cristianismo ha dado la salud al mundo. Desde su centro sobrenatural ha obrado sobre el natural de las sociedades humanas: las legislaciones, las instituciones, las costumbres y las diferentes relaciones que las componen, han sido reformadas sobre el Evangelio. La corrupcion pagana y la barbarie germánica han ido sucesivamente desapareciendo, y el mundo ha llegado á respirar el cristianismo como el aire. Todo lo que es general en el dia, todo lo que es público y universal, es cristiano ó se encamina á serlo. Indudablemente hay y habrá siempre corrupcion y perversidad en el mundo, porque habrá siempre libertad; hasta parece que en nuestros dias las hay mas que nunca; pero á mas de que nos hallamos en un estado extraordinario de transicion, podríamos hacer observar que no hay mas que crímenes *privados*. En otro tiempo habia crímenes públicos, sociales, colectivos; la perversidad se hallaba no solamente en las almas particulares, sino en el alma misma de la sociedad, en las leyes, en la opinion, en las instituciones, en los hábitos, en todo aquello por lo cual vivimos en comun. En la actualidad, no tememos decirlo, la hay menos que nunca, y cualesquiera que sean los extravíos de la moralidad privada, el nivel de la moralidad social ha ido

[1] Mat., xxv, 38.

siempre, salvo en las épocas de crísis, elevándose cada vez mas. Hay un fenómeno que importa mucho observar: cada uno de nosotros tiene en cierto modo dos existencias, una privada, libre y responsable, y otra pública, social y sujeta á la influencia de la atmósfera en que vivimos. No siempre está esta de acuerdo con aquella, y sucede con frecuencia que censuramos con todo el mundo y de buena fe lo mismo que cometemos en particular. Quizás nunca han estado estas dos existencias mas divorciadas que en nuestros tiempos modernos. Nunca, si quereis, habrá habido mas crímenes, pero tampoco se habrán hecho nunca tantas protestas. Hasta los mismos crímenes que se cometen tienen un carácter de singularidad, de *excentricidad*, como dicen, que se declara contra la insensatez lo mismo que contra la perversidad: hasta tal punto los rechaza la razon pública, y la conciencia social los condena. Hágase lo que se quiera, suceda lo que quiera, habrá siempre alguno que permanecerá cristiano y que lo irá siendo cada vez mas: este alguno es todo el mundo. Los impíos y los malvados honran el freno que cubren de espuma, y aun cuando su número fuese mas considerable y mas encarnizado su furor, no les seria permitido jamás prevalecer contra el cristianismo, y esto por una razon muy sencilla: porque no pueden combatirlo sino por medio de sus dones.

Por cierto es este un fenómeno muy raro y una hermosa prueba de la divinidad de un principio que, despues de haber conducido el mundo hasta un punto tan elevado de civilizacion, á través de los elementos mas contrarios, lo contiene en él, en contra de la inmoralidad privada que esta misma civilizacion engendra, y continúa haciéndolo avanzar en ella, á través de todos los excesos particulares de una sociedad que vivifica á despecho de sus miembros.

El cristianismo triunfó de la corrompida civilizacion del paganismo: purgó de ella al mundo, y este fue un bellísimo preludio. En seguida tuvo que emprender otro trabajo enteramente distinto del primero, pero no menos grande y bello: tuvo que triunfar de la barbarie que vino á interponerse á su accion regeneradora. Despues de haber separado los hombres civilizados de sus preocupaciones, tuvo que civilizar á los salvajes. Despues de haber corregido tuvo que enseñar. Por distinta que fuese de la primera esta segunda empresa, la llevó á cabo con igual resultado, sin cambiar de principios ni de medios, sin dejar de ser siempre el mismo. Hasta llego, ¡cosa admirable! a trabajar por mucho tiempo y á la vez en estas dos grandes empresas; y mientras que con una mano santificaba las costumbres pútridas de Ro-

ma y de Corinto, amansaba y civilizaba con la otra los feroces hábitos de las hordas vomitadas por el Norte. De este segundo alumbramiento salió el mundo moderno con todo el desarrollo de sus facultades morales, intelectuales é industriales. Pero faltábale al cristianismo pasar por otra prueba y alcanzar otro triunfo: salvar al mundo del abuso de los bienes de que lo habia colmado: conservarle estos bienes y aumentarlos á despecho de este abuso; hacerlo pasar por encima del fatal escollo, contra el cual toda humana sociedad se ha estrellado, á saber, la corrupcion de sus propias riquezas, la decadencia de sus propias grandezas, la muerte despues de la vida. Escollo mas temible que los anteriores, pues está en razon de la altura de la civilizacion que lo engendra, y el triunfo debe obrarse sin ningun apoyo de la misma naturaleza del obstáculo, y por un esfuerzo puramente interior.

Este es sin embargo el grande espectáculo que tenemos á nuestra vista, sin fijarnos mucho en él, y que caracteriza nuestra época de *transicion*. Esta crísis heróica que hace mucho tiempo se iba preparando, se declaró decididamente en el siglo XVIII. La sociedad moderna rajó el escollo; zozobró y desapareció por algun tiempo en los abismos. Pero llevaba un piloto divino que sabe mandar á los vientos y á las olas. Ha reaparecido la civilizacion, vomitada por el abismo en que se habia perdido; y si se hace sentir todavía la agitacion, si las pasiones baten aun los flancos de la Iglesia de Jesucristo y se sublevan para apoderarse otra vez de ella, dejadlas, esto no es mas que un resto ó una repeticion ficticia de peligro. La razon cristiana, la fe católica, identificadas de hoy mas con todo cuanto hay de verdaderamente conservador, civilizador y progresivo, van tomando cada dia una situacion mas elevada; y despues de tantas pruebas de la accion de Dios, y tantas prendas de la fidelidad de sus promesas, ilustrados por lo pasado, confiados en lo presente, y seguros del porvenir, digamos con Pascal: «Es muy bueno verse de este modo azotados por «la tempestad, en una embarcacion que se sabe no puede perecer.»

§ II.

Frutos del cristianismo en el órden intelectual.

1. Hay tanta debilidad en el espíritu del hombre como miserias en su corazon. Sin embargo, esta debilidad atestigua su grandeza, pero caida, que en vano intenta recobrar y que no obstante no puede abdicar. Las tendencias de todas sus facultades no le permiten igno-

rar que no todo acaba con el cuerpo, y que le rodea un mundo sobrenatural; y la debilidad de estas mismas facultades no le permite tampoco saber á qué ha de atenerse respecto de ese mundo sobrenatural, y qué es lo que en él le espera. Incapaz de saberlo todo y de todo ignorarlo, no pudiendo fijarse para descansar ni en la negacion ni en la afirmacion, atraido por la verdad, suspendido por la duda, su razon es mas limitada que su instinto, y su ciencia mas consumada consiste en *saber que nada sabe*. ¡Palabra la mas profunda que haya salido de la boca del hombre! porque supone el sentimiento de las cosas que no conoce, y porque expresa la elevacion de su destino por el grito de su caida.

Mas allá del estrecho límite de lo que la razon comprende, se abre y extiende un espacio vacio para ella, en el que se mueven las fantasmas de su ignorancia, su vista espira, no puede distinguir nada, y en el que sin embargo sospecha que hay grandes cosas [1]; inclinada hácia este abismo, como Empédocles, no le es dado apartar de él sus ojos, pues siente que allí se está agitando para ella algun destino importante; pero tampoco le es dado abrirlos lo suficiente para ver lo que allí se pasa [2]. — Ese espacio vacio que todos llevamos dentro de nosotros mismos, ese abismo, es la region del *misterio*.

De aquí han salido y salen aun todos esos sistemas ideológicos y teogónicos, cuyo torbellino compone la historia de la filosofía humana, y cuyo resultado no vemos nunca. De aquí salieron todas las supersticiones y todas las extravagancias religiosas que han reinado sucesivamente sobre la tierra, haciéndola presa y juguete de tantos fanáticos ó impostores. De aquí, en fin, salen á veces para los espíritus mas sosegados esas molestas incertidumbres, esos vértigos repentinos, esos terribles *tal vez*, que los hacen perderse incesantemente en interminables conjeturas sobre su próximo destino, sin poderles encontrar jamás una solucion; pues por mas que hagamos no podrémos dormirnos nunca sobre el borde de semejante abismo: es un volcan que de continuo está humeando [3].

[1] *Majus esse quiddam suspicata est, ac pulchrius, quod extra conspectum natura posuisset.* (Séneca, *Quaest. nat.*, I, Praefat.).

[2] Á pesar mio el infinito me atormenta. No sabria soñarlo sin temor y sin esperanza, y por mas que de él se haya dicho, se espanta mi razon de verlo, y sin embargo no poderlo comprender. (Alfredo de Musset, *Esperanza en Dios*).

[3] Jouffroy, de quien puede asegurarse que murió consumido por ese noble tormento, lo pintó de una manera admirable en su escrito, titulado: *Del problema del destino del hombre*.

La Religion de Jesucristo vino á satisfacer esta gran necesidad del alma humana; vino á abrir un camino sobre este abismo.

Este gran beneficio, por haberse hecho tan ordinario ha hecho olvidar su necesidad, precisamente porque la ha colmado; y no es raro encontrar personas que se lisonjean de poder prescindir del socorro de la fe, y de mantenerse superiores á toda credulidad sobre el pié firme de la razon.

Pero esta es una ilusion muy grande. La incredulidad en su sentido absoluto no es mas que una palabra. Nunca ha habido *incrédulos*. Nos explicarémos.

Indudablemente ha habido gran número de incrédulos, si se entiende por tales los que han rechazado los dogmas de la Religion cristiana, á pesar de que no hay muchos que los hayan completamente desarraigado de su espíritu. No todos los que parecen y se creen incrédulos en sentido relativo, lo son siempre en realidad. La mayor parte se asemejan á los que de noche tienen miedo, y que para distraerse cantan mientras van andando: cuando les asalta un peligro repentino, esos mentidos valientes se vuelven mas creyentes de lo necesario, y muchas veces cuesta gran trabajo el desvanecer su desesperacion.

Pero los incrédulos consumados, ó para hablar mas exactamente, los *increyentes*, ¿son *incrédulos*? No; porque, como dice Bossuet, «los «absurdos en que incurren negando la Religion, son mas insosteni- «bles que las verdades cuya sublimidad los espanta; y por no que- «rer creer misterios incomprensibles, siguen uno tras otro errores in- «comprensibles [1].» No se calcula bien lo que es preciso creer para no creer, porque lo que en este caso se cree está conforme con nuestras pasiones que nos lo ocultan; pero considerado en sí y con ojos filosóficos, la impiedad no puede desechar ningun punto de la fe cristiana sin reemplazarlo por otro punto mil veces mas inadmisible, y sin poner un absurdo en el lugar de una dificultad. Los deistas, los ateos y los materialistas no creen en Jesucristo, en Dios ni en la espiritualidad; pero para fundar su incredulidad en estos diferentes órdenes, se ven obligados á profesar creencias opuestas que sublevan el buen sentido del cristiano mas humilde, y le hacen devolver centuplicada la desdeñosa compasion de que es objeto. Por ejemplo: que el mundo se haya criado por sí mismo, ó que lo que cambia y muere

[1] *Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga.*

todos los dias exista por sí eternamente, que la casualidad haga continuamente actos de suprema inteligencia; que los átomos enredándose y chocándose hayan llegado á producir todo el mecanismo de este hermoso universo, y que continuando este mismo movimiento no deshaga su obra, sino que al contrario la conserve en el órden perfecto que admiramos; que la materia esté por sí misma dotada de movimiento, sensaciones, voluntad, inteligencia y conciencia; que los hechos históricos de la vida de Jesucristo y de los doce Apóstoles no hayan existido nunca, y que toda la historia del orígen del cristianismo no sea mas que una alegoría mitológica, bajo la cual se quiso tan solo personificar el culto del sol, la luna y los doce signos del zodíaco; ¡seria gracioso formar una especie de símbolo de todos los símbolos de la incredulidad! Todo cuanto hay de mas extravagante, de mas fútil, de mas absurdo, todo lo cree el *increyente*, todo se ve obligado á creerlo; y el *creyente*, al contrario, no cree ninguno de esos absurdos, porque no puede creerlos; porque ofenden á su razon; porque no es crédulo; en una palabra, porque es creyentè. «Seria un «hermoso trabajo, dice d'Aguesseau, el en que se procurara probar «que es mas difícil no creer que creer [1].» Por esto, otro gran talento, Antonio de Fussal, despues de haber examinado detenidamente todas las sectas filosóficas, decia con admirable exactitud: «Nada he «encontrado mejor que creer en Jesucristo.» Es verdad que los incrédulos tienen una ventaja, la de poder cambiar de sistema; pero como no pueden hacer mas que cambiar de absurdos, y que á menos de poner en entredicho su razon es preciso que crean alguno, no hacen otra cosa, con la facilidad de su cambio, que creerlos todos, y merecer por este medio con mas justicia la aplicacion de aquella sentencia de Pascal: «¡Incrédulos los mas crédulos [2]!»

Por lo que á nosotros hace, «no necesitamos tener ninguna curio- «sidad respecto de Jesucristo, podemos decir con Tertuliano, ni ha-

[1] *Cartas sobre diferentes asuntos*, t. XVI, p. 76. — «En efecto, dice Vol- «taire, la division no se hizo con igualdad, pues que lo propio de la incredu- «lidad es de creer todo lo que es increible, contradictorio, é imposible; de «creer lo que no se entiende, sin autoridad alguna que sea capaz de persuadir- «noslo. Al contrario, la fe cristiana consiste en someter nuestra razon, no por «una ciega credulidad, sino por una credulidad dócil, y que la misma razon «autoriza.» (*Raison du Christianisme*, aut mot AVEUX).

[2] Este dicho nos recuerda aquel de Séneca: *Philosophi, credula natio.* (*Quaest. nat.*, VI, 26). Véase el curioso comentario que de él hace Mr. de Maistre, *Soirées de Saint-Pétersb.*, t. I, p. 181.

«cer investigaciones respecto del Evangelio. Cuando creemos, no que-«remos creer nada mas allá. Hasta creemos que no hay nada mas que «creer [1].» Estas palabras traen á la memoria estas otras de Joubert: «La Religion prohibe creer nada mas allá de lo que ella enseña [2];» y las siguientes de Portalis: «La fe no hace mas que ocupar el sitio «que la razon deja vacío, y que la imaginacion llenaria incontesta-«blemente peor [3].»

Mas no está todo aquí. Los incrédulos declarados no se han limitado á esta credulidad, por decirlo así, necesaria á su misma incredulidad, y cási siempre se les ha visto caer en credulidades gratuitas, en prácticas de supersticion ridículas y groseras por su objeto y por su incoherencia. La experiencia enseña que los que mas creen en los sortilegios, en la mágia y en el fetiquismo, son los mas decididamente pronunciados contra las verdades de la fe. ¡Cuántos incrédulos hay que creen en el diablo, y no creen en Dios; que se entregan supersticiosamente á observancias minuciosas y maniáticas, mientras desdeñan las mas santas y nobles prácticas de piedad [4]! En otro tiempo ¿no se mostró Juliano, tan filósofo en su gobierno, el mas supersticioso de todos los hombres en sus ideas religiosas? ¿No se entregaron los incrédulos de la edad media, Cardan, Pomponacio y Bodin, á las mas insensatas prácticas y opiniones? Y ¿no fue el siglo XVIII, ese siglo de la incredulidad por excelencia, el juguete de los charlatanes? ¿no se abandonó sin miramiento á las manías mas fantásticas? «La máxima de la época parecia ser la siguiente, dice el historiador «Lacretelle: *Es menester creerlo todo, menos lo que creyeron nuestros «padres* [5].» Si se nos revelase todo cuanto pasó oculto y subterráneo en ese siglo *de la razon y de las luces*, quedaríamos pasmados. «Al-«gunos años antes de la revolucion francesa, dice Portalis, me decia «uno de los conservadores de la Biblioteca nacional, que hacia mu-«cho tiempo que la mayor parte de los que iban á instruirse en aquel «vasto depósito, no pedian mas que libros de sortilegio y de cábala.

[1] *Tratado de las prescripciones*, VIII.

[2] Joubert, *Pensamientos*, etc., t. I, p. 117.

[3] Portalis, *Discurso sobre el Concordato.*

[4] He conocido un hombre, famoso por su incredulidad, ateo, materialista, y charlatan, que no se vestia jamás sin hacer sobre sus vestidos la señal de la cruz, por el miedo que tenia de morir de apoplejía; y así era como acordaba á la supersticion lo que negaba á la fe.

[5] *Historia del siglo XVIII*, t. VI.

« — El erudito P. Roubiés, del Oratorio, que era bibliotecario de la «pública en Lyon, me enseñó, pocos meses antes de su funesta muer- «te, acaccida en 1793, un proceso verbal que contenia los detalles y «la prueba de los abominables misterios que se celebraban en unas «asambleas nocturnas y periódicas: misterios mas horribles que to- «dos aquellos de que nos ha conservado recuerdos la historia del pa- «ganismo mas grosero y mas impúdico [1]. »

Si en la actualidad encontramos pocos de esos deplorables extravíos del espíritu humano, consiste en que el espíritu del siglo se ha ido apartando de la incredulidad. Hay en el dia pocos incrédulos; no hay mas que indiferentes, y aun su número va disminuyendo de continuo. La fe cristiana vuelve á ser venerada. Esto es lo que nos libra de aquellas vergonzosas debilidades; lo que salva á los mismos enemigos de esta fe. En torno suyo se va formando una especie de espíritu general que los arrastra aun á su pesar, que obra á distancia de su foco, como por una ley de gravitacion, y regula, hasta cierto punto y sin que ellos se aperciban, sus acciones y pensamientos. Si pudiésemos hacer completa abstraccion de las creencias cristianas, veríamos al espíritu humano arrastrado de repente á las mas degradantes y disolventes supersticiones, sin que las cabezas mejor organizadas, las que creen mejor poseerse, pudiesen evitarlo desde que el contagio se hubiese desarrollado en derredor suyo. Aquel espacio vacío, de que hemos hablado, y que empieza en el límite al cual llegan nuestros conocimientos naturales, hasta el punto indefinido á donde se extienden nuestras intuiciones é instintos, y que podemos llamar *la facultad del misterio*, tiene necesidad de alimentos: si le quitais la fe racional, se echará en brazos de la supersticion. Por esto las religiones paganas, por falsas que fuesen, valian mas que la carencia completa de toda religion; eran un punto de detencion sobre la pendiente indefinida de la locura y de la perversidad [2]. Por esto la fe cristiana, que no solamente nos preserva del error sino que nos dirige hácia la

[1] Portalis, *Del uso y del abuso del espíritu filosófico*, t. II, p. 171.

[2] «Está tan léjos de que la supersticion haya nacido del establecimiento de «las religiones positivas, que puede muy bien asegurarse que sin el freno de «las doctrinas y de las instituciones religiosas, la credulidad, la supersticion, «y la impostura no tendrian límite ninguno. Hablando en general, los hom- «bres tienen necesidad de ser creyentes para no ser crédulos; así como tienen «necesidad de un culto para no ser supersticiosos.» (Portalis, *Discours sur le Concordat.*).

verdad, y que es *el camino, la verdad y la vida*, es el don mas precioso hecho á la inteligencia, y puede llamarse *la calzada* de la razon [1].

No creemos augurar mal, pensando que nuestros lectores se hallan penetrados como nosotros de la importancia de la verdad que en este momento pretendemos probar, y así nos será permitido apoyarla todavía en dos poderosas autoridades.

El célebre Burke, publicista de un buen juicio tan bien inspirado y tan práctico, en el libro que publicó sobre la revolucion francesa, en lo mas fuerte de su desbordamiento, para preservar á la Inglaterra, su patria, de los globos incendiarios que le enviaba el volcan, escribia este notable pasaje:

«Sabemos y tenemos un orgullo en saber que por su constitucion «es el hombre un animal religioso; que el ateismo es no solamente «contrario á nuestra razon sino hasta á nuestro instinto, y que no «puede sofocarlo por mucho tiempo; y si en un momento de disipa«cion, si en el delirio de una embriaguez causada por aquel espíritu «de fuego destilado en el alambique del infierno, que en la actuali«dad está bullendo tan furiosamente en Francia, debiésemos nos«otros poner en evidencia nuestra desnudez, sacudiendo la Religion «cristiana que ha hecho hasta el presente nuestra gloria y nuestro «consuelo, y que ha sido entre nosotros un grande manantial de ci«vilizacion, como lo ha sido tambien para tantas otras naciones, te«meríamos (sabiendo bien que el espíritu no puede soportar el vacío) «que viniese á ocupar su lugar alguna supersticion grosera, perni«ciosa y degradante [2].»

No es menos notable la segunda autoridad; y la circunstancia enteramente confidencial en que fue emitida, le da un carácter todavía mas filosófico. El que nos la refiere, tambien talento distinguido, de Fontanes, lo hace en términos que atestiguan todo el valor que él mis-

[1] «¿Quién lo siente mas evidentemente que nosotros? dice Montaigne; por«que, aunque le hayamos dado principios ciertos é infalibles, por mas que «iluminemos sus pasos con la lámpara santa de la verdad, que plugo á Dios «comunicarnos, vemos, sin embargo, todos los dias, que por poco que ella se «aparte del sendero ordinario, ó que se extravie del camino trazado y batido por «la Iglesia, al momento se pierde, se embaraza y se enreda, revolviéndose y «flotando en este vasto mar turbado y agitado de las opiniones humanas, sin «freno que la detenga, y sin objeto. Al momento que pierde este grande y co«mun camino, empieza á dividirse y á disiparse en mil caminos diferentes.» (*Essais*, liv. XXXI, ch. XII).

[2] *Reflexiones sobre la revolucion de Francia*, por Burke, p. 189.

mo le daba. Los conservarémos en nuestra cita, pues forman como su engaste:

«PALABRAS DE BONNET.

«Hallándome en Ginebra en 1787, tuve deseos de ver al ilustre Bonnet, discípulo de Loke, precursor de Condillac, y autor del *Ensayo analítico de las facultades del alma* y de las *Observaciones sobre los cuerpos organizados*. Lo encontré en su casa de Genthod, situada en una posicion á la vez alegre y magnífica, á orillas del lago, entre las cumbres de los Alpes y del Jura. Al principio me habló con admiracion del abate l'Epée, cuya gloria ha recogido Mr. Sicard, que ha perfeccionado su descubrimiento. Despues me enseñó algunos fragmentos de correspondencia con el erudito Moisés, judío de Berlin, y unos de los mas sutiles metafísicos de este siglo. Por fin la conversacion recayó sobre los iluminados. No quiso ocultarme que los hombres ilustres de la Suiza padecian aquel delirio. Me atreví á preguntarle la causa, y hé aquí poco mas ó menos su respuesta:

«La filosofía moderna, me dijo, ha conmovido los fundamentos de «todas las creencias religiosas. Imprudentemente arrancado el es-«píritu humano á las doctrinas sobre que descansaba hacia tantos si-«glos, no sabe ya á qué asirse ni en dónde fijarse. La ausencia de la «Religion deja un vacío inmenso en los pensamientos y afecciones del «hombre, y este, siempre extremado, los llena de los mas peligro-«sos fantasmas en lugar de una cosa maravillosa, sábia y consoladora, «adaptada á nuestras primeras necesidades; así es como el hombre, «haciéndose incrédulo, no hará mas que precipitarse mas fácilmente «en la supersticion: llevará hasta en el ateismo la necesidad de las «ideas religiosas, que es una parte esencial de su ser, y que debe ha-«cer siempre su dicha ó su tormento; abusará de sus propias ciencias «mezclando con ellas los desvarios mas monstruosos; divinizará los «efectos físicos y las energías de la naturaleza; se le verá caer de nue-«vo en un politeismo absurdo; en una palabra, estará dispuesto á «creerlo todo al mismo tiempo que dirá que ya no cree en nada. Ya «es tiempo de que la verdadera filosofía vuelva á acercarse, por su «propio interés, á una Religion que ha desconocido demasiadamen-«te, y que es la única que puede dar un vuelo infinito y una regla «segura á todos los movimientos de nuestro corazon. Es preciso dejar «á la imaginacion humana los alimentos sanos, si no se quiere que se «nutra de venenos.»

«Tales fueron las reflexiones de Bonnet, continúa de Fontanes. Confieso que cuando las oí me causaron muy poca impresion; pero despues las he recordado muchas veces, y ahora las presento á la consideracion de los hombres pensadores [1].»

Con estas reflexiones y autoridades tan claras, tan poderosas y unánimes que de todas partes surgen para formar conviccion, debe quedar probado que, además de lo que la razon sola puede comprender, hay cosas que el alma humana *apetece* invenciblemente; hay en ella una facultad especialmente religiosa, la facultad del misterio, que es tan natural, tan esencial al hombre como la memoria, la imaginacion, el juicio y la voluntad. Los que rechazan las creencias cristianas no se despojan con eso de esta facultad; no hacen mas que quitarle los alimentos y exponerla á que eche mano de otros nocivos. Si hay algunos que hayan conseguido sofocarla y que se crean por esto mas adelantados, sepan que solamente son mas limitados; les falta un sentido, el sentido del infinito, el sentido de Dios. Por la vaguedad e impotencia natural de esta facultad, el hombre es inferior al ángel; por su privacion es inferior al hombre. Esta verdad tiene á su favor lo que ha habido siempre de mas universal y constante en la naturaleza humana. Si el hombre es un *animal racional*, no es menos un *animal religioso*.

¿Qué se debe deducir de aquí sino que el mismo Dios, que ha dispuesto todos nuestros sentidos y todas nuestras facultades con un objeto determinado, ha debido dar tambien á esta facultad religiosa un objeto, ha debido satisfacerla y regularla? Al ver, sobre todo, que entregada á sí misma precipita al hombre en abismos sin fondo, é introduce la perturbacion en toda la economía de su ser moral, debemos creer que debe existir para ella un estado normal de órden, de satisfaccion y de desarrollo, que la preserve de sus caidas y que la ejercite segun su fin. Y despues al encontrar en la doctrina de Jesucristo y en la adhesion del alma á esta doctrina este estado de órden, de satisfaccion y de desarrollo religioso, único entre todas las religiones; al ver que estas no pudieron hacer mas que paliar ó señalar el mal de esta facultad, y que únicamente aquella nos ha dado su bien, debemos reconocer y adorar en un beneficio tan grande la misma mano que ha criado á nuestra alma, porque solamente ella ha podido dirigirla tan bien, á través de tantos precipicios, hácia su fin.

[1] *Obras de Mr. de Fontanes*, t. II, p. 142.

II. Para mejor penetrarnos de esta verdad, entremos en un exámen mas detallado de la relacion de la fe cristiana con nuestra alma, y en particular con la razon.

Satisfacer digna y cumplidamente la facultad religiosa de nuestra alma, sin menoscabar las demás facultades, sin sujetar ni empobrecer á la razon, haciéndola entrar al contrario en esta satisfaccion, haciéndosela propia, desarrollándola en ella y dilatando todas sus potencias: hé aquí el problema que únicamente el cristianismo ha podido resolver.

1.° Primeramente, no sujeta ni empobrece á la razon. No le quita nada, en efecto, de cuanto puede saber por sí misma, y la deja ejercitarse libremente en el círculo de sus conocimientos naturales. Nada le usurpa de su dominio. Su doctrina no empieza sino allí donde la razon acaba, ó donde su vista se turba, se extravia y se pierde. La fe se junta únicamente á la razon. No es tampoco sumision lo que le exige, pues llegada á este punto, la razon no abdica mas que su impotencia; le pide tan solo asentimiento, le propone una alianza, en la cual nada puede perder y sí ganar mucho. Hay mas, y esto es lo importante en esta primera consideracion: la fe no se junta á la razon por *juxta-position*, si es permitido decirlo así, sino por *incorporacion*. El cristianismo es la única religion que tiene pruebas. Antes de exigir la creencia de sus misterios, invita á la razon á examinar su autoridad, y le presenta sus títulos; y hasta despues que ha debido, segun sus luces naturales, reconocer su validez y su divinidad, no exige la creencia en su doctrina y la práctica de esta creencia, todo por via de consecuencia, es decir, por via de razon. La fe se adapta por este medio á la razon como un instrumento, como un *argumento*, en expresion del Apóstol; y esto se efectúa por medio de las pruebas extrínsecas de que la fe está provista, y á las cuales esta no puede negarse sin faltarse á sí misma. El cristianismo es la única religion que procede de este modo, que dirige á la razon y que no le pide mas que lo que no puede lógicamente rehusar. Es, pues, evidente que hay en esto un carácter único de veracidad.

2.° En segundo lugar, la fe da libertad y soltura á la razon, y le asegura sus propias riquezas.

Llegada al punto en que la fe la toma en sus brazos, la razon no solamente no puede adquirir ni comprender nada, sino que además se consume en impotentes esfuerzos para pasar mas adelante, y corre peligro de abismarse. Es una Penélope que vuelve á urdir por la ma-

ñana la trama que deshace durante la noche, expuesta á ver su libertad arrebatada por mil amantes indignos de ella, que se disputan su conquista y devastan su palacio: queremos decir, mil sistemas, mil quimeras, que sin jamás satisfacerla la dejan siempre cada vez mas empobrecida por la duda, y abandonada á los mas funestos extravíos. La fe viene á arrancarla á esta tiranía, á librarla de este yugo de hierro, bajo el cual cae á cada paso, y á hacerla admitir en su lugar un suave freno que la dirige sin violentarla por las regiones de la luz.

Le asegura y devuelve sus propias riquezas. Hay efectivamente cierto número de verdades capitales que están en los confines de la razon y del misterio, las cuales no abarca la razon desde luego, y que solo comprende de una manera débil y poco segura. Tales son las verdades de la existencia de Dios, de su unidad, de su providencia y de sus principales atributos; de la espiritualidad del alma, su libertad y responsabilidad; de su inmortalidad; de un estado futuro de recompensas y castigos, etc.: verdades que forman lo que llamamos teología natural. Puede decirse que son verdades de razon, porque comprende esta sus motivos principales, sus fundamentos necesarios, como hemos visto en el principio de estos *Estudios;* sin embargo puede tambien decirse que una porcion de estas verdades están sumidas en la noche del misterio; la razon no las comprende nunca completamente, y por esto está expuesta á vérselas disputar, á no saber adquirirlas ó guardarlas, ó hasta adulterarlas peligrosamente, y á convertirlas en motivos de error y de desórden.

Para juzgar del estado natural del espíritu humano respecto de estas verdades, es menester considerar lo que habian llegado á ser en el mundo pagano. Habian desaparecido en la noche del politeismo para la generalidad de los hombres; y si parecia que algunos filósofos las habian conservado, no era mas, dice Sócrates, que como *los desvarios de una vieja delirante* [1], ó, segun Ciceron y Séneca, que como *los sueños de lo que se desea, mas bien que de lo que se tiene* [2]. Y sin embargo, ¡en qué estado, en qué cáos de torpes y extravagantes sistemas se hallaban estas verdades envilecidas y confundidas!

El cristianismo vino á redimir estas verdades y á restablecerlas en todo su lustre y completo acuerdo; las vulgarizó y confirmó. Despues

[1] Gorgias.

[2] *Somnia sunt non docentis sed optantis.* (Ciceron, *Acad. quæst.*, lib. IV, cap. XXXVIII). — *Rem gratissimam promittentium magis quam probantium.* (Séneca, *Epist.* 102).

de haberlas conducido á un punto de pureza y sublimidad que excede á todo lo que la filosofía, en su mas atrevido vuelo, habia hasta entonces sospechado sobre ellas, las puso al alcance de todo el mundo, y las preservó para siempre de toda alteracion y ruina, sobrenaturalizándolas por medio de la fe. «Ésle necesario al hombre, dice «muy acertadamente santo Tomás, creer y recibir como de fe, *per «modum fidei*, no solamente las cosas que son superiores á la razon, «sino tambien las que la razon puede comprender; y esto, primera«mente, á fin de que el hombre llegue mas pronto al conocimiento «de la verdad divina; en segundo lugar, para que el conocimiento de «Dios esté al alcance de todos, y últimamente, para que se adquiera «la certidumbre de él. En efecto, la razon humana está muy expues«ta á equivocarse en las cosas divinas: testigos los filósofos, que aun «en las cosas humanas, cayeron con toda su razon en grandes errores «y contradicciones. Para que pudiésemos tener, pues, de Dios un co«nocimiento cierto y libre de toda duda, fue necesario que las divi«nas verdades nos fuesen transmitidas por el medio de la fe, como «palabra de Dios que no puede mentir [1].»

¡Qué beneficios tan inmensos no trajo el cristianismo á la tierra, no solamente volviendo á darle estas verdades, sino asegurando á todos los hombres su posesion, y su conservacion á todos los tiempos, por la demostracion compendiada de la fe, que sin excluir el método del raciocinio inmediato, lo suple para la inmensa multitud que no es capaz de formarlo, y preserva de sus extravíos á los que su misma vivacidad de ingenio los expondria á ellos! Por este medio reconstituyó el cristianismo la filosofía, fijándola sobre un suelo consistente y fecundo, en lugar de ese terreno movedizo y arenoso de los sistemas en que se hundia á cada paso la filosofía antigua.

Como todo está enlazado en nuestro entendimiento, sujetando estas primeras verdades á la base de la fe, el cristianismo encerró todas las demás verdades de un órden inferior. Puso un principio de certidumbre en el alma humana, que en seguida trilló todos los caminos de la razon. Vulgarizando estas verdades, no solo hizo participar á todos los hombres, individualmente y sin distincion, de sus beneficios, sino que creó por este medio lo que se llama la razon pública, ese foco comun tan eficaz, que preserva ó repara las aberraciones de la razon privada, y que es como el alma de las sociedades modernas.

[1] 2, 2, *Quæst.*, 2, art. 23.

«¡No quiera Dios que sea yo injusto ni ingrato! exclama el filósofo «ya citado, Bonnet; contaria con mis dedos los beneficios de la Re- «ligion, y reconoceria que hasta la verdadera filosofía le debe su na- «cimiento, sus progresos y perfeccion. ¿Me atreveria á asegurar que «si el Padre *de las luces* no se hubiese dignado nunca ilustrar á los «hombres, yo mismo no seria idólatra? Nacido quizás en el seno de «las mas profundas tinieblas y de la supersticion mas monstruosa, me «hubiera perdido en el fango de mis preocupaciones, sin ver en la na- «turaleza y en mi propio ser mas que un cáos. Y si hubiese sido bas- «tante feliz ó bastante desgraciado para elevarme hasta la duda acer- «ca del Autor de las cosas, de mi destino presente, de mi destino «futuro, etc., esta duda hubiera sido perpétua, nunca hubiera lle- «gado á fijarme, y acaso hubiera hecho el tormento de toda mi vi- «da[1].»—El que celebra así el beneficio de la fe es un gran filósofo; por sus palabras, sugeridas por su distinguido talento, puede calcularse la inmensidad de este beneficio para la generalidad de los demás hombres.

3.° En fin, despues de haber facilitado á la razon comun, y reconducido al estado de certidumbre y de evidencia para todos los hombres aquellas prenociones y conjeturas que constituian el tormento de las mas elevadas inteligencias, el cristianismo reveló además por este medio verdades que hubieran estado para siempre fuera del alcance del espíritu humano. Hablamos de las verdades contenidas en los dogmas particulares del cristianismo: la Trinidad, la Encarnacion, la Redencion, la caida de Adan, la rehabilitacion en Jesucristo, y todo ese magnífico conjunto de la doctrina católica, cuya alta filosofía, hermosas relaciones y fecundas aplicaciones son materia de la segunda parte de nuestros *Estudios*. Estas verdades, que pertenecen á la teología propiamente dicha, reciben y agrandan las verdades mas sencillas que pertenecen á la teología natural, de la misma manera que corresponden estas á los mas puros instintos de la razon. Descubriéndonoslas, no hizo el cristianismo mas que desarrollar una perspectiva cuyo punto visual está en la razon, y cuyo fondo refleja luminosamente sobre todo lo que precede, y todo lo alumbra en derredor nuestro y dentro de nosotros mismos. Sin embargo, aun cuando la razon no hubiese podido descubrir jamás la doctrina cristiana, una vez revelada, se encuentra reactivamente conforme á las mas puras luces

[1] Bonnet, *Investigaciones sobre el cristianismo*, p. 221.

de la razon, de la cual puede decirse, que si no conoce esta doctrina, á lo menos la reconoce siempre. Indudablemente es esta doctrina misteriosa en su fondo, pero es tambien luminosa en sus reflejos, y siendo invisible, nos lo hace ver todo. El misterio es el distintivo de lo infinito con respecto á lo finito. Pero este respeto puede ser mas ó menos circunscrito, y contenernos mas ó menos dentro de los límites de la ignorancia. Pues bien: el cristianismo vino á ensanchar este respeto, á dilatar estos límites, á darnos aire, espacio y luz, y á extender el horizonte de nuestra vista. No es él quien ha inventado el misterio, porque el misterio existia ya, y existirá siempre hasta cierto punto; con la única diferencia de que antes lo teníamos tan cerca que nos oprimia, y ahora lo vemos en la extremidad del horizonte. El cristianismo libró al espíritu humano de los primeros misterios que obstruian su vista natural, le descubrió verdades y relaciones de que ni siquiera tenia idea, y, en fin, no le hizo encontrar nuevos misterios, sino porque está en la naturaleza de las cosas que así sucediese. Basta que nos diera suficiente luz para ilustrarnos sobre todos nuestros deberes, y hasta conviene que no nos hubiese dado mas, para que de este modo concentrásemos en ellos toda nuestra atencion.

Por otra parte, entre los misterios de que el cristianismo nos libró y los que nos propuso, hay la grandísima diferencia de que los primeros eran misterios naturales, es decir, que versaban sobre las cosas ya existentes en torno nuestro y en nosotros mismos: nuestro rango en la creacion, el enigma del bien y del mal en el mundo, el principio, la regla y el objeto de nuestro destino; ó bien sobre la Divinidad en su relacion primitiva é inmediata con el mundo; su existencia, su independencia creadora, su unidad y santidad; y los nuevos misterios, la Encarnacion, la Redencion, la Gracia, etc., son del órden sobrenatural, y resultan de la operacion de Dios fuera del estado primitivo de las cosas. Aquí el misterio se presenta con mucha mas justicia; es mucho mas tolerable. Es una nueva operacion de Dios; toda operacion de Dios es por su naturaleza misteriosa; puede ser hecha inteligible, pero Dios no nos debia la inteligencia absoluta de esta operacion, y mucho menos la operacion misma. La razon no puede quejarse de no comprender de la revelacion de Dios mas de lo que naturalmente estaba llamada á saber de ella, sobre todo cuando á esta revelacion debe la restauracion de los conocimientos naturales que habia perdido.

Otra diferencia que importa mucho consignar, es que los misterios

naturales del destino humano eran misterios de ignorancia y de error, mientras que los misterios cristianos son simplemente misterios de fe. Así es que en ellos no solamente habia defecto de comprension de la naturaleza de Dios, del orígen y fin del hombre, del verdadero mal, del verdadero bien y de su contradiccion en el mundo, de nuestra miseria, de nuestra grandeza y de los medios de conducirnos relativamente á Dios y á los demás hombres: habia además sobre todos estos puntos tan importantes, ignorancia; habia otra cosa peor: engaño, error, confusion; mientras que, aparte de que por efecto de los misterios cristianos llegaron estos puntos á ser reformados, conocidos y comprendidos, los mismos misterios cristianos no opusieron al espíritu humano otra dificultad que una dificultad de comprension. Los conocemos perfectamente, los sabemos, son precisos, fijos y formales; la imaginacion no se gasta ni pierde estudiándolos; el mas pequeño niño los comprende y sabe de memoria; no flotan confundidos y embrollados en el cáos de la razon, sino que se destacan y giran armoniosamente sobre nuestras cabezas en el *firmamento* de la fe. Su misma incomprensibilidad no es absoluta, sino relativa: ese firmamento fija los ojos de la inteligencia sin aprisionarlos, y se aleja ó se deja penetrar, segun el grado de pureza del que quiere contemplarlo.

En resúmen, la fe cristiana abunda para la razon humana en miramientos y beneficios. En primer lugar, nada le quita de lo que ya posee como propio, y no la toma en sus brazos sino en el punto en que por sí mismo ya nada puede. — Llegada aquí, no se le junta arbitrariamente, ni se le impone: se hace recibir racionalmente, se adapta, por medio de las pruebas sensibles de su divinidad, á los datos que ya la misma razon posee; de tal manera, que hace esta un acto propio al recibir el fundamento de la fe, que por esta incorporacion se convierte en una adicion, una consecuencia y una prolongacion de la razon misma. — Por este medio se encuentra la razon inmensamente aliviada, pues ve satisfecha aquella insaciable necesidad de correspondencia con lo infinito que constituye su nobleza y su tormento; y no solamente satisfecha, sino preservada de mil errores y de multitud de deplorables caidas, á que la arrastraria inevitablemente esa necesaria y terrible facultad religiosa que no puede sofocar sin degradarse, y á la cual no puede abandonarse sin perderse. De este modo ha salvado la fe cristiana al espíritu humano de dos abismos, cuya alternativa es inevitable, y en cuya pendiente ha estado siempre colocado carecien-

do de este divino socorro: el escepticismo ó la supersticion, la impiedad ó la locura. — Por medio de este celestial instrumento, volvió la razon á adquirir el conocimiento y la segura posesion de una multitud de verdades primordiales, que se hallaban en otro tiempo en sus confines, pero que estaban como derrumbadas en el abismo de su ignorancia, y cuyo trastorno habia conmovido y desunido todas las otras verdades que mas adheridas le estaban. Al devolverle estas verdades madres en lo que tienen de mas sublime, la fe las confirmó y vulgarizó de tal suerte, que todos podemos gozar de ellas sin que nadie pueda comprometerlas, y que serán para siempre la fortuna pública del género humano y el patrimonio sustituido de todas las generaciones. — Además de estas verdades primitivas, devueltas y aseguradas, el cristianismo dotó tambien á la razon de verdades enteramente nuevas, en las que por sí misma jamás hubiera sospechado, y que sin embargo, armonizándose con las primeras verdades, como estas lo hacen con los mas puros instintos de la razon, se hacen para esta reconocibles y fecundas por estas armoniosas relaciones, aunque en sí mismas sean misteriosas. — En fin, el carácter misterioso de las verdades sobrenaturalmente reveladas por el cristianismo, á diferencia de la oscuridad de ignorancia y de error que rodeaba á las verdades naturales, no afecta sino á la comprension y no á su nocion, perfectamente libre y precisa hasta el punto de poder caber en la cabeza de un niño. Además, esta resistencia de comprension no es tampoco absoluta; no choca con la razon, sino que la descansa; le deja materia en que ejercitarse, sin oponerle nada que la confunda; y despues de haberle hecho conocer y comprender una multitud de cosas oscuras y confusas, le da siempre en definitiva la conviccion fija de lo mismo que no comprende.

La operacion de la fe es absolutamente semejante á la de un instrumento óptico, que se adapta á la vista natural, y es como una *prolongacion* suya; que acerca, corrige y presenta con claridad los objetos irregularmente confundidos; que hacé descubrir otros nuevos, y extiende la vista hasta una distancia infinitamente mayor que la que el ojo podia naturalmente recorrer. La fe ha sido como el telescopio de la inteligencia: agrandó su horizonte, y le hizo descubrir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad [1].

[1] *Per revelationem, novis et puris phantasmatibus utitur ratio*, dice santo Tomás. — « Así como puede decirse que la razon es una revelacion natural, de « que Dios es el autor, dice Leibnitz, así puede tambien decirse que la revela-

III. Abierto de este modo el mundo espiritual á la inteligencia, se dilató esta, y encontró en él una expansion que le hizo dominar los sentidos y la naturaleza en que la tenian encarcelada las supersticiones sensuales de la antigüedad. La fe cristiana la alivió, enseñándole, por el medio de la autoridad, verdades cuya investigacion agotaba antes todas sus fuerzas, y cuya contemplacion ahora las renueva. La libró del desaliento y del escepticismo, dándole una basa fija de donde pudo partir con seguridad, y á la cual pudo volver á descansar. Al mismo tiempo creó á su rededor, por la difusion y comunidad de las mismas luces, un contrapeso de sentido comun que la ha preservado de sus extravíos individuales, y una poderosa palanca que ha centuplicado sus fuerzas, poniendo las de todos á la disposicion de cada uno en particular. En fin, por la íntima comunion que estableció entre el alma y su Autor, entre la verdad y la virtud, introdujo en ella un principio de vida que es para el espíritu lo que este para el cuerpo, que concentra, disciplina é inspira sus movimientos, impide que sus riquezas se degeneren y corrompan, y es, segun la feliz expresion de Bacon, como el aroma de sus conocimientos: *Fides aroma scientiarum.*

Pertrechado con este socorro, el espíritu humano, que habia permanecido por espacio de cuatro mil años como sumido en el estado de infancia, se elevó á una altura que no se habia conocido jamás; fué marchando de progreso en progreso, y en todas sus conquistas ha atestiguado magníficamente en favor de la verdad de una Religion bajo cuya influencia descubriera todas las verdades. «Al ver, dice Vol-«taire, á la razon hacer progresos tan pasmosos, pero tan solo des-«de el momento de la predicacion del Evangelio, bien podeis consi-«derar á la fe como una aliada que debe venir en vuestra ayuda, y «no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla, y «no temerla [1].»

Parece que la sumision de todas las cosas al entendimiento humano haya sido el premio de la sumision del entendimiento mismo á la fe.

«cion es una razon sobrenatural, esto es, una razon extendida por un nuevo «fondo de descubrimientos emanados del mismo Dios. Pero estos descubri-«mientos suponen que tenemos el medio de discernirlos, que es la misma ra-«zon; y así es como el proscribirla para ceder su puesto á la revelacion, seria «lo mismo que arrancarse los ojos para ver mejor con un telescopio los saté-«lites de Jupiter.» *(Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano).*

[1] Voltaire, citado en la *Razon del Cristianismo*, en la palabra Aveux.

Esto debió suceder, segun el orden jerárquico de los seres. Del mismo modo que por su primera rebeldía contra Dios habia visto el hombre á su voluntad rebelada contra su razon, sus sentidos contra su voluntad, la naturaleza contra sus sentidos, perdiendo de esta manera sobre todas las cosas y sobre sí mismo el imperio que él habia sido el primero en rehusar á su Autor; del mismo modo, aprovechándose del divino socorro que se le ofrecia para levantarse de su caida, debió participar, aun acá en la tierra, de la restauracion que no alcanzará completamente hasta que esté en el cielo, segun aquella palabra de san Pablo: *Instaurare omnia in Christo*. Por esto vemos que su sumision á la ley del Cristo volvió á inaugurar el imperio de la verdad sobre su razon por medio de las ciencias teológicas y metafísicas; el imperio de su razon sobre su voluntad, y el de esta sobre sus sentidos por medio de las ciencias morales; y el imperio de sus sentidos sobre la naturaleza por medio de las ciencias exactas é industriales: tres ramos de conocimientos cuyo prodigioso desarrollo, bajo la ley evangélica, ha conducido á la humanidad hasta el trono de la mas elevada civilizacion, y justificado aquel bello adagio: *Servir á Dios es reinar* [1].

[1] En vano se nos opondria á esta reseña que el apogeo de la civilizacion ha coincidido con el reino de la incredulidad. — Porque primeramente respondo que el siglo de la incredulidad no ha hecho mas que recoger lo que habian sembrado los siglos de la fe, y que el *siglo de los grandes talentos* es el que hizo el *siglo de las luces*. Todos los grandes procedimientos del espíritu humano en las ciencias exactas, de que tanto nos envanecemos, el método de induccion, las leyes de la mecánica celestial, la aplicacion del álgebra á la geometría, el cálculo diferencial, etc., han sido descubiertos en los tiempos y por los hombres de fe: Bacon, Newton, Kepler, Cartesio, Leibnitz, Pascal. (En apoyo de todo esto véanse los *Elogios* de Fontenelle y D'Alembert). No somos grandes nosotros, ni mas grandes que ellos, sino porque hemos montado sobre sus espaldas. Han sido los Moisés de la tierra prometida de la civilizacion intelectual: no se les permitió á ellos su entrada, pero ellos son los que á ella nos condujeron. Y con esto no pretendemos hablar mas que de las ciencias físicas; porque, por lo que toca á las metafísicas, que son mucho mas propias para decidir la cuestion por la relacion mas íntima que tienen con la fe, hemos precisamente degenarado de estos grandes hombres, habiéndose quedado ellos como las columnas de Hércules de la filosofía. Desde que ellos desaparecieron no hemos hecho mas que retrogradar hasta llegar al materialismo, y aun hasta el panteismo de los antiguos; y hasta hoy dia, para cubrir su pobreza y su vergonzosa desnudez, se reviste la filosofía con sus mantos. No ha sido, pues, la incredulidad la que ha producido los frutos de la civilizacion, sino la que ha venido á cogerlos cuando se hallaban sazonados: la civilizacion es exclusivamente cristiana en su origen, y data de los siglos de la fe. — 2.° Todavía adelantamos mas: hasta la misma incredulidad da implícitamente testimonio de

Por otra parte, sin concretarnos aquí al estudio histórico de los progresos del entendimiento humano en su relacion con la fe, nos limitarémos solamente á un hecho muy grande, y es, que en general todos los verdaderos filósofos y todas las inteligencias privilegiadas que han existido en el mundo, todo cuanto ha descollado entre los hombres, se ha apoyado en la fe cristiana. Los mas nobles representantes de la razon, los conductores de la humanidad, han sido apóstoles ó discípulos de Jesucristo: este es un hecho reconocido. «Con facili-«dad podríamos citar, dice D'Alembert, la lista de los grandes hom-«bres que han considerado la Religion como la obra de Dios, lista ca-«paz de *conmover, aun antes de examinarla,* á los mejores talentos, y «suficiente á lo menos para imponer silencio á una turba de conju-«rados, enemigos impotentes de verdades necesarias á los hombres, «verdades que Pascal defendió, que Newton creia, y que Descartes «respetaba [1].»

la fuerza del principio cristiano que abandonó. En efecto, los vahidos que está experimentando el espíritu humano no le vienen sino de haber sido elevado á tanta altura por la fuerza de este principio. En el vértigo que le ocasiona su grandeza, y en la embriaguez que le causan sus riquezas, se ha creido señor absoluto de sí mismo, no por otro motivo sino porque ha sentido que era dueño de todas las cosas. No ha fijado su vista sino sobre lo que estaba debajo de sus piés, y ha olvidado la mano que le puso en tan grande altura, como si esta mano por lo mismo que le elevó tanto no hubiese quedado superior á él. Cometió el pecado de Adan, y el pecado del ángel rebelde: precisamente porque el cristianismo le habia hecho el confidente del Altísimo. — 3.° Y por fin, para los que miran las cosas en grande, que es como debe mirárselas, la incredulidad que acabamos de atravesar, no es mas que una crísis que no puede durar, y que se trabajarian en vano los que quisieran provocarla de nuevo, porque no es compatible con la verdad de la civilizacion. Así es como vemos que va desasiéndose esta de aquella, y como va retornando á los grandes é inmutables principios de la fe cristiana. Las ciencias, que por largo tiempo habian sido falsificadas por su alianza con la filosofía incrédula, se han separado de ella completamente, haciendo desde esta época unos progresos hasta ahora desconocidos, y lo que mas pasma es que han encontrado la fe en todos los caminos de la verdad, y que nos traen todos los dias soluciones que vienen á confirmarla. Por lo que hace á esta filosofía, puede decirse que está dando visiblemente las últimas boqueadas, porque ya no se sostiene sino por la retractacion, la ficcion, el favor, cosas todas que son mortales para ella, y que prueban que su tiempo ya pasó.

[1] D'Alembert, *Eloge de Bernouilli.* — Esta verdad resalta de un modo particular de la lectura de los *Elogios* de Fontenelle, lectura que podemos llamar edificante por el feliz acuerdo que nos presenta entre el ingenio y la fe, porque entre sesenta y nueve sábios, de que hizo el elogio Fontenelle, quizás no lle-

¡Qué prueba de la verdad del cristianismo! Porque al fin esos mismos talentos que en todas las cosas tributaron culto á la verdad, que vivieron en su estudio y contemplacion, que emplearon en su investigacion todas las fuerzas y todo el desinterés de que el espíritu humano es susceptible, que en sus hermosos descubrimientos y en sus grandes trabajos en metafísica, en moral, en matemáticas y en ciencias naturales, manifestaron que sabian conocerla y encontrarla, á los cuales la debemos; y que son para nosotros como sus canales; esos mismos talentos, repetimos, reconocieron que el cristianismo era ver-

guen á tres que no hayan brillado tanto por su piedad como por su saber; y Fontenelle se hizo acreedor á nuestros elogios por haberles tan hermosamente elogiado.

Cási todos los Santos han sido unos espíritus superiores, y lo han probado por medio de escritos no menos trascendentales que lo han sido sus virtudes, y cuyo resplandor pertenece con tanta mas razon al cristianismo, que en su mayor parte han brillado en los siglos de decadencia y de barbarie, á manera de celestes metéoros en las noches del invierno. Tales han sido santo Tomás de Aquino, san Bernardo, san Anselmo, y subiendo mas arriba, san Agustin y todos aquellos Padres de la Iglesia, que no han sido menos los Padres de la Razon, ya que jamás se habia encumbrado esta tanto como en las concepciones de estos confesores de la fe. Cartesio no es superior á san Anselmo, y sus famosas *Meditaciones* son hijas del *Monologium* de este gran Santo, y se hallan ya en las obras de san Agustin, sin que la filosofía de estos tiempos se atreva á negarlo, á pesar de ser contrarias sus tendencias. Y aun es digno de notarse que para cubrir á estas, y para abusar mejor de la autoridad de Cartesio, que ha tomado por su pasaporte, ensaya á afiliarse por medio de aquel gran genio á los grandes ingenios del sacerdocio cristiano, cuyos escritos filosóficos reproduce con afectacion, con introducciones, y aun á veces con títulos que desnaturalizan su verdadero espíritu, como el de *Racionalismo cristiano* dado al *Monologium* y al *Proslogium* de san Anselmo por su nuevo traductor, monsieur Bouchitté. Mas este juego, cuyo secreto consiste en hacer servir la autoridad de la fe para consagrar su ruina, y á hacerla *respetuosamente* traicion, no es bueno sino para engañar á los sencillos. La fe sincera, de donde nacian las inspiraciones de Cartesio, y que le hacia *poner de parte las verdades de la fe como las primeras en su creencia, y guardar constantemente la Religion, en la que le habia hecho Dios la gracia de ser instruido* (Discours de la méthode), esta fe de que no se apartó nunca su filosofía, y la que se propuso implícitamente por objeto, abre un abismo entre sus tendencias y las de los metafísicos modernos. Por lo que toca á san Anselmo es todavía mas profundo el abismo, del que nos da él mismo la medida cuando, al hablarnos de los racionalistas de su tiempo, los Rosceninos, y los Abelardos, dice: «Buscan la Razon por-«que no creen, y nosotros la buscamos porque creemos.» (*Cur Deus homo*, lib. I, cap. II); y además: «No busco el comprender para poder creer, pero «creo para comprender.» (*Proslog.*, cap. I). — Y por esto ha magníficamente comprendido, y nuestros filósofos ni aun á sí mismos se entienden.

dad, la *Verdad* misma; lo proclamaron, lo profesaron, y no solo con sus escritos sino con sus acciones, hicieron de él el motivo capital de sus estudios y de su conducta; y ¡se quiere que se hayan equivocado, equivocado hasta tal punto, y que, á pesar de este error fundamental, ó mas bien por la influencia de este error, hayan descubierto la verdad en todo lo demás!...

Y ¿quién falla de este modo? por lo regular son espíritus que ignoran la verdad cristiana; que no la han estudiado nunca mas que en los libelos en que se hace profesion de desfigurarla; que viven respecto de ella en un antiguo terreno de preocupaciones que ni una sola vez han examinado sériamente: ¡son espíritus que declaran sin vacilar que Bonnet, Euler, Kepler, Leibnitz, Clarke, Pascal, Bossuet, Newton, Malebranche, Descartes, Bacon y tantos otros ingenios superiores que hicieron de ella el estudio concienzudo de toda su vida, se engañaron completamente en todo lo que á ella hace referencia!... Declaren, pues, asimismo que se engañaron en metafísica, en moral, en matemáticas, en astronomía y en ciencias naturales, é inscríbanse contra todas las luces, negando las de la fe; ó bien reconozcan el lazo de verdad que las une, y, como dice Bacon, que *poca ciencia conduce á la incredulidad*, y que *mucha ciencia reconduce á la fe;* verdad cuyo feliz experimento confiesa haber hecho personalmente un distinguido talento de nuestro siglo, Benjamin Constant: «Mi obra, dice (la his«toria del politeismo), es una prueba singular de esta verdad de *Ba«con.* Profundizando positivamente los hechos, recogiéndolos de todas «partes, y chocando con las innumerables dificultades que oponen á «la incredulidad, me he visto obligado á retroceder en las ideas re«ligiosas. Lo he hecho por cierto de muy buena fe; pues cada paso «retrógrado me ha costado mucho. Aun en la actualidad todos mis «hábitos y recuerdos son filosóficos, y aun defiendo palmo á palmo «todo lo que la Religion va conquistando en mí... [1].»

No tenemos necesidad de hacer observar que el reducidísimo número de talentos superiores que han hecho profesion de incredulidad no debilita esta verdad, antes al contrario, la confirma, pues es muy evidente, por la comparacion de su carácter y de sus escritos con los de sus nobles adversarios, que el furor por distinguirse, la inmoralidad, la envidia, el odio y todas las viles pasiones que conducen al error y lo hacen necesario, fueron las raíces de su incredulidad, y por

[1] *Carta á Mr. Hochet*, publicada por Chateaubriand en el prefacio de los *Estudios históricos.*

otra parte, que á pesar de estas poderosas causas de ceguera, a pesar de los empeños formados, y á pesar de la confusion de retractarse, dieron al mundo el espectáculo de las mas chocantes palinodias, y confesado mil veces contra sí mismos la fuerza invencible de la verdad que se habian propuesto destruir. Compárense y pónganse en los dos platillos de la balanza el carácter y las costumbres de Voltaire y el carácter y las costumbres de Bossuet, la vida de Rousseau y la de Fenelon: considérese que no hay en las obras de los unos ni una sola palabra que pueda ser objetada contra su fe, y que se han podido componer muchos volúmenes de lo que escribieron los otros contra su propia incredulidad; y no se podrá menos de convenir con nosotros en que la incredulidad de esos genios funestos es una prueba *è contrario* de la divinidad de nuestra fe. La pluma de los incrédulos es como la lanza de Aquiles, que curaba las heridas que hacia.

Pero principalmente en la comparacion de los frutos producidos por el genio cristiano con los que ha dado el humano ingenio fuera del cristianismo, resulta la verdad de este. Seguramente está el genio repartido entre los hombres, y bajo el concepto del *temperamento* nada hemos tenido mejor que Platon, Sócrates, Aristóteles, Ciceron, Séneca y muchos otros filósofos de la antigüedad; aun bajo ciertos respectos y en todo lo que corresponde á los *procedimientos* del espíritu, es preciso confesar que fueron por mucho tiempo nuestros maestros. Pues bien: comparad sus obras metafísicas y morales con las nuestras; poned las obras de Ciceron al lado de las de san Agustin, las de Platon al lado de las de santo Tomás de Aquino, las de Séneca al lado de las de san Pablo, Aristóteles junto á Bossuet, Epicteto y Marco Aurelio al lado de Bourdaloue, de Massillon, de Fenelon, de Pascal, de Malebranche, de Leibnitz, etc., y decid si no hay, no decimos en *las formas*, entendámonos bien, sino en *el fondo*, en *el producto* de estos últimos, una profundidad, una exactitud, una perfeccion y una solidez de miras infinitamente superiores; si no hay entre los primeros y los segundos toda la distancia del sueño á la realidad, y si no se ve claramente por semejante comparacion que en Jesucristo se levantó sobre el mundo una gran luz. «Yo quisiera que para nuestro placer «y nuestra instruccion, dice Voltaire, todos los grandes filósofos de «la antigüedad, los Zoroastros, los Mercurios Trismagistros, hasta «los Numas, volviesen en el dia á la tierra y conversasen con Pascal, «¿qué digo? con los hombres menos instruidos de nuestra edad, que «no son seguramente los menos sensatos: pero que me perdone la an-

«tigüedad: yo creo que harian una triste figura. ¡Pobres charlata-«nes! ya no venderian sus drogas sobre el Puente-Nuevo [1]. »

Lo que hay sobre todo altamente decisivo es que, como observa Voltaire, no son nuestros grandes pensadores, sino los *hombres menos instruidos de nuestros dias*, los que nos bastaria oponer á los mas célebres filósofos de la antigüedad; y que no solamente debajo de los ricos mantos, sino debajo de las pobres chupas se encuentran nuestros Sócrates y nuestros Epictetos, formados, como están, *en esa sublime ciencia del Evangelio*, dice tambien Voltaire, *á la cual se llega cuando aun no se tiene el entendimiento bastante desarrollado para estudiar las ciencias elevadas* [2].

¡Propiedad verdaderamente divina de esta doctrina que se hace de este modo toda de todos para realizar su maravillosa enseñanza en todos los espíritus; que prescinde del raciocinio para comunicarse á los mas limitados, y se presta á él para satisfacer á los mas hábiles; cuya luz se condensa en rayos que le permiten introducirse en el ojo mas míope, sin perder nada de su sustancia, y se dilata en las capacidades de la inteligencia hasta contentar á las mas vastas, conteniéndolas sin embargo dentro de los límites de una misma enseñanza! Únicamente el cristianismo presenta esta alianza de la filosofía trascendental con la Religion popular. Haciendo Bossuet el catecismo para los niños, ¿qué decimos? aprendiendo á veces él mismo los secretos de la perfeccion evangélica de boca de las mas humildes ovejas de su rebaño, edificándose con su ejemplo é instruyéndose con sus respuestas mas de lo que él las instruiria á ellas con sus preguntas: ¡qué espectáculo! Lo decimos con una conviccion profunda: en estas cosas está Dios. Solamente el que hizo al sol pudo dar al Evangelio todas las propiedades de su luz: *Illuminans omnem hominem.*

IV. El Evangelio es en el mas alto grado lo que se llama un *principio*. Es *el Principio* por excelencia.

Esta consideracion pondrá fin al presente trabajo.

Los hombres no hacen los principios: los reciben y los transmiten. Ni siquiera los demuestran; los presuponen sobre la autoridad del sentido comun, y por ellos demuestran despues todo lo demás. De modo que los principios son comunes á todos, como todo lo que viene directamente de Dios. Los principios no reconocen mas inventor

[1] Voltaire, citado en la *Razon del Cristianismo*, en la palabra Aveux.
[2] Voltaire, *Ibidem*.

que á Dios. Son la verdad en sustancia, directamente comunicada á la razon humana por su Autor, *la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*. Esta luz no se encendió mas que una vez en el principio, en una proporcion determinada é igual para todos. La diferencia de luces entre los indivíduos y entre los pueblos, no proviene luego sino de la diferencia de fidelidad en conservar esta luz-principio, en deducir de ella consecuencias, y hacer de ella aplicaciones. Pero en sí misma, lo repetimos, la suma de principios que constituyen esta luz natural no podria aumentarse sino por una accion semejante á la que dotó con ella una vez á la razon. Todas las inteligencias humanas reunidas no podrian introducir en el mundo un principio mas de los que se hallan circulando en él.

Por otra parte, el espíritu humano, que no puede darse á sí mismo nuevos principios, puede perder los que recibió de su Autor; puede adulterarlos, trastornarlos, y cuando esta adulteracion y este trastorno se haya hecho progresivo y se haya convertido en general y natural en cierto modo, como lo era en la última edad del mundo pagano, tampoco hay mas que la misma mano que los introdujo la primera vez en el mundo, que pueda restaurarlos.

Finalmente, como la misma mano corruptora y disolvente que oscureció y trastornó la luz en los principios, sigue obrando, y debe naturalmente acarrear la misma disipacion, la misma subversion, es claro tambien que solo el Autor de los principios, despues de haberlos restablecido y aumentado, puede conservarlos inviolablemente en el seno de nuestra naturaleza, impotente para conservarlos, y que tiende sin cesar á pervertirlos.

Tales son en el mundo los tres caractéres de la accion de Jesucristo y de su Evangelio.

1.° Esta accion restableció en su esplendor primitivo los principios de la razon y de la moral naturales, y los rehizo desde los cimientos, en una época en que se hallaban tan oscurecidos y alterados, que su restablecimiento fue reputado locura y crímen de *lesa humanidad*, como dice Tácito: *Odio humani generis convicti sunt.* (Annal., lib. XV, cap. 44).

2.° Extendió, elevó y aumentó la luz natural de la razon por medio de principios nuevos y superiores á los que restablecia, conforme lo decia el mismo Jesucristo: *Non veni solvere legem, sed adimplere;* es decir, que hizo doblemente y de un solo golpe lo que evidentemente los hombres no podian hacer, y lo que no se habia hecho mas que

una vez en el principio por el Criador, y lo hizo con tal identidad, que los principios evangélicos llegaron á hacerse comunes, vulgares y como naturales, sin que podamos distinguirlos de ellos hasta el punto de que los mismos que impugnan el hecho de la revelacion evangélica, conservan sus luces, viven de ellas, y no tienen nada mas para oponerle que esas mismas luces que solo de él proceden.

3.° En fin, estableció ese cuerpo de principios, restablecidos y completados sobre una base fija y para siempre inmutable, de modo que ya no puede ser, como antes, alterado ni trastornado. Formó con ellos algo vivo y animado con vida propia y personal, que se conserva, se defiende, se propaga, é invade todo lo que puede oponerse á su extension: un fenómeno visiblemente sobrenatural en el órden moral y hasta en su constitucion sensible, que es la Iglesia. La luz natural se habia ido debilitando: la luz evangélica ha ido siempre en aumento. El mundo habia desfigurado la verdad primitiva: la verdad evangélica se ha transfigurado al mundo; y por este último efecto, lo mismo que por los dos anteriores, su autor, Jesucristo, ha magníficamente justificado lo que de sí mismo dijo: *Yo soy la Verdad y la vida: yo soy la Luz del mundo: yo soy el* Principio [1].

§ III.

Frutos del cristianismo en el órden social.

Si la verdad del cristianismo se prueba por los frutos directos de su doctrina y de su moral en su relacion con el mundo superior, nos parece que se probará mejor todavía por sus resultados indirectos en el órden temporal y sensible.

Como no puede ser verdadero sin ser la verdad en su mas sublime potencia, todo debe resentirse de su influencia.

Sin embargo, conviene hacer una distincion muy importante.

El fin directo del cristianismo es santificar al hombre con el auxilio de la gracia, salvarlo del mal, y hacerlo llegar á la patria de los Santos. Este fin se dirige á cada hombre, tomado aisladamente. Es una accion inmediata y privada, que se introduce en las almas para obrar en ellas, con el concurso de la voluntad, la obra de su santificacion individual, á través de todos los obstáculos exteriores y sin guardar ningun miramiento á las circunstancias temporales de la hu-

[1] Joan., VIII, 25.

manidad. En este sentido, el cristianismo dió desde el primer dia todo su fruto, y no ha hecho despues mas que reproducirse, encaminándose y encaminándonos á todos hácia la eternidad. Por lo demás, con todo se acomoda, hasta con un Calígula y un Neron; da al César lo que es del César, y declara que su reino no es de este mundo.

Pero aun proponiéndose principalmente este fin directo, el cristianismo debió de necesidad obrar indirectamente y por via de consecuencia sobre el estado temporal, colectivo y sensible de la humanidad, con una accion lenta, progresiva é indefinidamente civilizadora, que es la que debemos ahora examinar.

Es imposible que sucediese de otro modo, pues es el efecto de toda doctrina que tiene algun poder para obrar mas ó menos de arriba abajo, de lo particular á lo colectivo; y en razon de la bondad y extension de este efecto, puede juzgarse de la verdad de la doctrina. Las sociedades y la gran sociedad de los hombres tienen una existencia colectiva, propia y distinta, que no es una vana abstraccion, como han pretendido algunos. Esta existencia se expresa y conserva por medio de lo que llamamos vínculos sociales, es decir, por medio de todo aquello por lo cual vivimos en comun: las leyes, los hábitos, las instituciones, las costumbres y la opinion. Cada uno de nosotros tiene indudablemente su libertad, y los movimientos de esta libertad producen una grande diversidad de ideas, de costumbres y decisiones en la superficie de las cosas; como se mueven en todas direcciones los pasajeros sobre el puente de una embarcacion, pero sin embargo la embarcacion va siguiendo una ruta determinada, y esta ruta, cualquiera que sea, arrastra á la vez á todos los pasajeros. La atmósfera en donde nacemos influye sobre nosotros, y la sociedad sobre sus miembros. Pero por la misma razon, los miembros deben influir sobre la sociedad, si por acaso se sienten inspirados de un principio superior al que la mueve. Entonces, y únicamente entonces, se puede con toda verdad decir con Mr. Guizot, que el hombre es el que hace el mundo, y que el mundo se arregla y marcha en razon de las ideas, de los sentimientos y de las disposiciones morales del hombre. Pero esto, repetimos, supone anteriormente en el hombre la libertad de tomar sus inspiraciones morales en un principio distinto y superior á la sociedad.

I. Entre tanto, y antes de examinar los resultados que ha obrado el cristianismo en el órden social, debemos hacer observar, en el mis-

mo medio de que se valió, un primer resultado muy precioso, pues es como el polo de la civilizacion moderna: hablamos de ese principio de accion de los indivíduos sobre la sociedad, que no conocieron nunca las sociedades antiguas.

Entre los pueblos paganos la sociedad lo era todo, los indivíduos nada. Estos estaban enteramente absorbidos en aquella. Aquella divinidad, que llamaban la *Patria*, no permitia á sus hijos respirar sino por ella; les inspiraba todos sus odios, todas sus pasiones y preocupaciones; su poder consistia en el aniquilamiento personal de todos ellos, y su libertad en la servidumbre de todos. Ni siquiera les quedaba el refugio del otro mundo de las almas, que se abre en esperanza á los gemidos del oprimido y recibe sus quejas, mientras tanto que no venga sus agravios. Los dioses eran cómplices de la sociedad en su tiranía, ó mas bien eran la sociedad misma divinizada y gravitando con todo el peso del Olimpo sobre la tierra. Minerva, Vénus ó Júpiter, eran la Grecia, el Asia y Roma personificadas; y para que la identificacion del poder temporal y espiritual fuese mas completa, los soberanos de la tierra disfrutaban á su vez de los derechos y honores de la divinidad: el antromorfismo y la apoteosis se daban la mano. La verdad de semejante estado acaba de ponerse de manifiesto con la observacion de que lo que existia en grande se reproducia en particular: lo que era el ciudadano respecto de la patria, lo eran los hijos y la mujer respecto del padre y del marido, el esclavo respecto del señor, todo cuanto era débil respecto del fuerte, entregado fatalmente á una voluntad superior y no perteneciéndose á sí mismo en nada. Y lo notable es que esta comprension se ejercia en razon inversa del número: aquello era como una pirámide de servidumbres, en cuya cúspide estaba la libertad pública.

Una organizacion tan homogénea y concentrada, en la que los indivíduos no eran mas que moléculas de un todo compacto, debia dar prodigiosos resultados de fuerza y de grandeza materiales. Hasta es menester decir que en el apogeo de su accion, en aquel punto heróico que presentaron las repúblicas de la antigüedad, hubo una grandeza moral verdadera en aquella identificacion suprema de las voluntades privadas á la voluntad pública, aquella grandeza que va siempre unida á la idea de sacrificio cuando la voluntad lo acepta y lo precede: tal fue el tiempo de los Milcíades para Atenas, de los Leónidas para Esparta, y de los Régulos para Roma.

Pero este tiempo fue muy corto, comparado con la larga vida de

las sociedades modernas, comprado con enormes sacrificios, y seguido de una irremediable corrupcion. Habiendo el valor individual y la libertad propia del hombre sido abismados en la cualidad de ciudadano, cuando esta, por su misma extension, desaparecia, no quedaban ya mas que esclavos. Siendo mutilados y violados en tan crueles constituciones todos los derechos y sentimientos de la naturaleza, un estado tan falso y violento no podia durar mucho tiempo, y por poco que se debilitase debia luego caer. Ningun contrapeso lo preservaba de sus propios excesos, ni ningun elemento vital y reparador podia transformarlo y hacerlo revivir. Lo que hay además de singular es que lo que hace vivir á nuestras sociedades modernas, lo que les da mas importancia, la justicia natural, la asistencia mútua, la reparticion de los beneficios y de las cargas, la libertad individual, el progreso de la verdad, etc.; eran principios de muerte para las sociedades antiguas, y debian necesariamente acarrear su disolucion, puesto que no eran otra cosa estas sociedades que la violacion organizada de todos aquellos grandes principios [1]. Estos, es verdad, por esta misma violacion habian como desaparecido de la conciencia del género humano; pero lo que de ellos quedaba instintivamente, era suficiente para disolver la sociedad, sin serlo bastante para regenerarla, y por consiguiente se debia llegar á aquel estado indefinible de corrupcion que presentaba el mundo pagano en los últimos tiempos, en que no habia ya ni sumision ni libertad, sino servidumbre y licencia en todo.

Apareció el cristianismo, y sin dirigir ni una palabra directamente reformadora á la sociedad temporal de la humanidad, tomó al mundo social tal como se hallaba, y declaró que no queria mezclarse con él: *Mi reino no es de este mundo*, dijo. Hasta sancionó los poderes públicos por respeto al principio de órden que constituian, y prescribió *dar al César lo que es del César*, no pidiendo para Dios mas que lo que le pertenecia, es decir, la santificacion de las almas por la observancia de su ley de verdad.

Probaria no obstante mucha cortedad de vista el no descubrir en semejante reserva nada nuevo para el mundo temporal, y el oponerla, como tantas veces se ha hecho, al cristianismo como un límite dis-

[1] Esto se descubre principalmente en el pueblo romano, en el que, á medida que va entrando como *furtivamente* la equidad en el derecho rigoroso, se ve que va disolviéndose la constitucion, hasta el punto de concurrir la edad mas bella del derecho con el mas profundo aniquilamiento de la constitucion.

tintivo de su poder, fuera del cual ya no se extiende su accion. Es todo lo contrario; pues en esta distincion se encuentra todo el poder del cristianismo, no solamente respecto de la conducta de las almas para con Dios, sino por esto mismo respecto de la direccion superior de las cosas humanas.

¡Qué cosa mas nueva, en efecto, cuando apareció el cristianismo, que *un reino que no era de este mundo*, que llamaba á sí todas las quejas, todos los sufrimientos y todas las angustias de la humanidad, y que lanzaba tan formidables maldiciones contra las riquezas, la injusticia, la voluptuosidad y la violencia! ¡Qué cosa mas nueva que distinguir á Dios del César, limitar lo que se debe á este con lo que se debe á aquel, y en caso de conflicto entre las dos obligaciones y los dos reinos, decretar que debe prevalecer el de Dios! Hasta entonces, como hemos dicho, la sociedad civil acumulaba todos los poderes; se apoderaba del hombre en su cuna, y arrogándose sobre él un derecho absoluto de vida y de muerte, en lo físico y en lo moral, le decia: No vivirás, no pensarás ni sentirás sino por mí; tus dioses serán mis dioses; ni aun la naturaleza tendrá en tí mas inspiraciones que las que yo le permita; y en la lucha que pudiera surgir entre ellas y mis instituciones, el triunfo deberá ser siempre de las últimas. El cristianismo venia á colocar enfrente de ese poder otro poder totalmente distinto, que consagraba y robustecia al poder civil, permitiendo empero y hasta prescribiendo desobedecerle en todo cuanto fuese contrario á sí mismo. Indudablemente este poder espiritual se hallaba en gérmen en la conciencia humana, y esta debió siempre desobedecer el mandamiento de una iniquidad; pero jamás habia recibido una expresion tan distinta, tan explícita y formal; jamás los dos mundos, las dos ciudades, habian estado tan claramente deslindados como lo estuvieron por la revelacion que Jesucristo nos hizo del de Dios, de su ley santa, de los intereses eternos anejos á su observancia, de los motivos y medios de conformarnos á ella, y por el establecimiento que dejó en la tierra de una institucion encargada de representarlo hasta el fin de los tiempos.

Desde entonces ya no fue el hombre solamente griego, romano o germano; pudo ser cristiano, católico, ciudadano del reino de Jesucristo é hijo de su Iglesia, en cualquiera punto del globo donde viviese, y encontrar en su sumision á los deberes de esta cualidad, la mejor de todas las libertades, el mas precioso de todos los derechos: la libertad de no obrar mal, el derecho de obrar bien, no en el sen-

tido relativo é interesado de un país ó de un siglo, sino en el sentido filosófico y divino, es decir, absoluto, de la palabra; la libertad y el derecho de ser dueño de su alma entre los hombres, y á través de todas las relaciones y de todas las trabas de su condicion social sobre la tierra, respirar y conversar en el cielo.

Fácil seria demostrar que de esta primera libertad religiosa salieron todas las demás libertades civiles, políticas y sociales que han ido desarrollándose hasta nuestros dias, y cuya perfeccion no será completa sino hasta que se conformen perfectamente con su principio. Pero no basta un capítulo: serian necesarios muchos volúmenes para dilucidar tantos puntos, sobre los cuales no podemos hacer mas que pasar ligeramente.

Lo cierto es que por el establecimiento de su poder espiritual, el cristianismo libró al hombre de su absoluta sujecion al poder temporal; que por la distincion del primero de estos poderes, le dió un valor individual de libertad ante el segundo, y por este medio un principio de accion sobre la sociedad, provechoso aun á esta, porque la contrabalancea en sus excesos, la levanta de sus caidas, la regenera en su corrupcion, y la estimula y hace progresar en su duracion.

Desde entonces estamos viendo lo que no se habia visto jamás: apóstoles, mártires, anacoretas, confesores, santos de todas clases é instituciones de toda especie, concentrándose todos en el foco de un poder espiritual, distinto de todos los poderes; expresando la perfeccion evangélica en sus diversas aplicaciones á las necesidades de los tiempos, inspirándose de un principio superior á sus vicisitudes; conservando la luz de la verdad en las tinieblas de la ignorancia ó del error, y la inflexible regla del deber en medio de la licencia; oponiendo todas las virtudes á todos los vicios, protestando eternamente por medio de la santidad contra la corrupcion; y hasta cuando el mundo los persigue, obligando al mundo á acusarse á sí mismo y á encaminarse detrás de ellos hácia las sendas de la verdad.

El mundo gritó desde el principio contra este poder incorruptible y santificante, y lo llamó enemigo del género humano; en todos tiempos ha habido y habrá lucha entre lo espiritual y lo temporal, entre la fe y la razon, entre el sacerdocio y el imperio; pero mirando las cosas desde un punto muy elevado, á esta lucha debe el mundo su salud y su civilizacion, pues por ella ha sido la verdad probada y manifestada, y se ha conservado su distincion y la independencia nece-

saria á su accion sobre la sociedad, cuya corrupcion la hubiera hecho degenerar, si se hubiera confundido con ella.

Tal es el gran medio de civilizacion que trajo el cristianismo á las sociedades humanas, y por el cual ha ido sucesivamente reformándolas en el sentido absoluto de la verdad en todas las cosas, aun en las temporales y sensibles.

A este medio deben las sociedades cristianas esas largas existencias siempre activas, esa juventud eterna, y, despues de tantos siglos, esa plenitud de vida que las hace lanzarse en busca de nuevos horizontes. Pueden sufrir revoluciones y transformaciones progresivas, pero no conocen aquellas fatales decadencias, aquellas descomposiciones irremediables que llevaban en su seno las sociedades antiguas, y cuya marcha analizaron tan profundamente Bossuet y Montesquieu. No conocen tampoco aquella estúpida inmovilidad de los pueblos de la India, que no vegetan sino con la condicion de no marchar nunca hácia adelante. Viven real y verdaderamente, y viven siempre mejor. Y es que la verdad divina es la vida verdadera de las inteligencias y de las sociedades; que entre los antiguos, lo que de esta verdad madre se les habia dado, iba sucesivamente empobreciéndose á causa de su confusion con el curso temporal de las cosas, contra cuyo arrastramiento nada podia defenderla, y que en los pueblos de la India no se conserva sino como una momia, desfigurada entre las envolturas del poder, y al abrigo de todo contacto con la espaciosa atmósfera de la razon. En las sociedades cristianas empero, totalmente distinta del elemento temporal, y las mas veces en lucha con él, se mantiene accesible á todos los espíritus sobre el fundamento libre de Jesucristo y de su Iglesia, á pesar de todas las persecuciones, de todos los agasajos y de todas las vicisitudes, como un centro fijo y activo á la vez, que contiene y desarrolla á la humanidad dentro de una esfera infinita [1].

[1] « La tiranía, que parece ser una calidad inherente á la civilizacion mu-« sulmana, ha resultado en ella de la unidad de los poderes espirituales y tem-« porales, y de la confusion de la autoridad moral y de la fuerza material. Esta « es la causa principal del estado estacionario en que ha caido por todas par-« tes. » (Guizot, *Hist. de la civil. en France*, t. I, p. 76). — « Lo mismo ha suce-« dido en la India, en donde la sociedad continúa subsistiendo á la verdad, pero « inmóvil y como helada. » (*Hist. de la civil. en Europe*, p. 34). — « Cuando se « mira la civilizacion europea en su totalidad, se nos presenta incomparable-« mente mas rica que ningun otra. Y así ved, como despues de quince siglos « que está durando, está todavía en un estado de progresion continua. Es ver-

II. La falta de espacio no nos permite descender hasta los resultados, y nos obliga á circunscribirnos á un exámen de síntesis; pero el hecho general del progreso indefinido de la civilizacion, desde la promulgacion del cristianismo, es bastante sensible para hacer impresion en todo talento reflexivo, tanto mas cuanto que contrasta manifiestamente con el progreso de decrepitud que habia conducido el mundo hasta las puertas del cáos, cuando vino el cristianismo á retirarle de ellas.

Desde luego nada hay mas explícitamente consignado en la historia general, que la poderosa reconstitucion del mundo carcomido ya, bajo el soplo del cristianismo. Mr. Villemain ha hecho sobre esta verdad consideraciones generales, llenas de interés, en dos escritos notables, en los cuales, á nombre de la historia y con la mas ilustrada crítica, reivindica para el cristianismo la prioridad exclusiva y sobrehumana de esta gran regeneracion: *los hombres no eran suficientes para ella*, dice: *solo el cristianismo pudo llevarlo á cabo.*

Mr. Troplong, en su erudito tratado *De la influencia del cristianismo en el derecho romano*, nos hace asistir mas detalladamente á las reformas sucesivas, obradas por aquel ESPÍRITU CELESTIAL, como él lo llama, en las legislaciones romanas, y por consecuencia en todas las relaciones sociales de los hombres entre sí. Es una obra muy demostrativa, porque procede por exposicion de los hechos mas que por preconcepcion y teoría, y porque en ella el filósofo cede siempre el lugar al legista.

Mr. Guizot, despues de Montesquieu, nos ha hecho ver tambien á la civilizacion europea surgiendo del seno del cristianismo, y debiéndole sus mas vitales instituciones [1].

« dad que no marchó, ni de mucho tan rápidamente como la civilizacion de la « Grecia; pero sus progresos no han cesado de crecer: está entreviendo delante « de sus pasos una inmensa carrera, á la que se arroja de cada dia con mayor « rapidez, porque la libertad acompaña cada vez mas todos sus pasos. Esto pro- « viene de que, á diferencia de las otras civilizaciones, en las que la domina- « cion exclusiva de un solo principio ha sido una causa de tiranía, la libertad « en Europa ha sido el resultado de la variedad de los elementos del órden so- « cial y del estado de lucha, en el que han constantemente vivido.» (*Hist. de la civil. en Europe*, p. 37). — Las bellas páginas de donde hemos extractado estos fragmentos no nos eran todavía conocidas cuando escribimos las nuestras; lo que advertimos solo con el fin de hacer homenaje á la verdad de acuerdo de miras entre Mr. Guizot y nosotros.

[1] « Entre las causas de nuestra civilizacion, hay una que se presenta á to- « dos los espíritus, y esta no es otra que la Iglesia cristiana... Entre los cris-

No hay publicista, ni historiador, ni crítico digno de este nombre, que no haya reconocido esta verdad, y que no haya hecho de ella el punto de partida y el hilo regulador de todos sus estudios. En nuestros dias sobre todo, en que las revoluciones que acabamos de atravesar nos han puesto en el caso de ver mejor en el fondo de las cosas y de apreciar sus resultados, esta verdad ha llegado á ser un axioma que sus mismos enemigos no pueden disimular, y que toman hábilmente el partido de reconocer.

Pero el trabajo mas rico y mas completo que sobre tan vasta materia ha visto la luz pública, y en el que está tratada desde su orígen hasta nuestros dias con una erudicion tópica y grande acopio de buen sentido, es el del presbítero Balmes, del cual hemos hablado ya en una nota, y que tiene por título: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo, en sus relaciones con la civilizacion europea.* En el primer tomo despues de haber probado con hechos y documentos incontestables que solo la mano del cristianismo destruyó la esclavitud, estableció el principio y realizó el hecho de la libertad humana, y devolvió al hombre su dignidad propia y su valor natural, prosigue manifestando que todo el edificio de la civilizacion moderna ha sido levantado por la misma mano que habia restablecido su primer fundamento. La profunda sagacidad con que expone los principales caractéres de esta civilizacion, prepara dignamente para los ricos detalles por los cuales va deduciendo su formacion del cristianismo. Hé aquí su hermosa y rápida pintura: jamás de esta palabra tan complexa y tan vaga de *civilizacion* se hizo una definicion mas analítica y exacta:

«El individuo con un vivo sentimiento de su dignidad, con un gran «caudal de laboriosidad, de accion y energía, y con un desarrollo «simultáneo de todas sus facultades; — la mujer elevada al rango de

«tianos de aquella época, señores, entre el clero cristiano habia hombres que «habian meditado profundamente sobre todo, y habian dilucidado todas las «cuestiones morales y políticas; que sobre todas las cosas tenian opiniones «fijas y sentimientos enérgicos, acompañados de un vivo deseo de propagarlas «y de hacerlas reinar. No ha hecho jamás ninguna sociedad en el mundo los «esfuerzos que hizo la Iglesia cristiana (diria mejor católica, que era la única «en aquellos tiempos) en los siglos V y X, para obrar á su rededor y asimi-«larse el mundo exterior. Cuando estudiarémos su historia particular verémos «todo lo que ha probado, pues en cierto modo puede decirse que atacó la bar-«barie por todos lados para dominarla y de este modo civilizarla.» (Guizot, *Hist. de la civil. en Europ.*, p. 80).

«compañera del hombre, y compensado, por decirlo así, el deber «de la sujecion con las respetuosas consideraciones de que se la ro- «dea; — la blandura y firmeza de los lazos de familia, con poderosas «garantías de buen órden y de justicia; — una admirable conciencia «pública, rica de sublimes máximas morales, de reglas de justicia y «equidad, y de sentimientos de pundonor y decoro, conciencia que «sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que «el descaro de la corrupcion llegue al exceso de los antiguos; — cierta «suavidad general de costumbres, que en tiempo de guerra evita «grandes catástrofes, y en medio de la paz hace la vida mas dulce y «apacible; — un profundo respeto al hombre y á su propiedad, que «hace tan raras las violencias particulares, y sirve de saludable fre- «no á los gobernantes en toda clase de formas políticas; — un vivo «anhelo de perfeccion en todos ramos; — una irresistible tendencia, «errada á veces pero siempre viva, á mejorar el estado de las clases «numerosas; — un secreto impulso á proteger la debilidad, á socor- «rer el infortunio, impulso que á veces se desenvuelve con generoso «celo, y cuando no, permanece siempre en el corazon de la socie- «dad, causándole el malestar y desazon de un remordimiento; — un «espíritu de universalidad, de propagacion, de cosmopolitismo; — «un inagotable fondo de recursos para remozarse sin perecer, para «salvarse en las mayores crísis; — una generosa inquietud que se em- «peña en adelantarse al porvenir, y de que resultan una agitacion y «un movimiento incesantes, algo peligrosos á veces pero que son co- «munmente el gérmen de grandes bienes y señal de un poderoso prin- «cipio de vida: hé aquí los grandes caractéres que distinguen á la ci- «vilizacion europea: hé aquí los rasgos que la colocan en un puesto «inmensamente superior á todas las demás civilizaciones antiguas y «modernas [1].»

Nos parece que es haber adelantado mucho, en la prueba de la tésis que remonta la civilizacion europea al cristianismo, el empezar por dar de esta civilizacion una definicion tan perfectamente verdadera; pues para presentar con tanta exactitud sus principales rasgos, es menester haber perfectamente comprendido antes sus causas; y cuando el autor, haciéndose luego cargo de cada uno de estos rasgos en particular, investiga su filiacion y genealogía, á la doble luz del sentido comun y de la historia, llega á hacernos palpar hasta cierto punto su

[1] Tomo II, pág. 6, 7 y 8; 2.ª edicion, por D. Antonio Brusi.

principio generador en el cristianismo, y el agente de su formacion en el catolicismo, hasta el dia en que pasaron á las constituciones y á las costumbres.

No pudiendo seguirlo en tan vasto asunto, nos limitarémos á observar que cambiando el cristianismo la situacion religiosa de la humanidad con relacion á Dios, se halló haber preparado por via de consecuencia todos los cambios sobrevenidos en las demás relaciones naturales y sociales del esclavo al dueño, de la mujer al marido, del hijo al padre, del pobre al rico, del súbdito al soberano, del ciudadano al extranjero, que debian manifestarse en la sucesion de los tiempos. Y cuando vemos todas estas relaciones, hasta entonces falseadas, violadas, universalmente desconocidas, resentirse cási inmediatamente del contacto del cristianismo; cuando desde este momento las vemos tender incesantemente á un mejoramiento manifiesto, en el sentido de la verdad absoluta de las cosas, de la dignidad de las personas, de la santificacion de las necesidades y de los derechos; cuando vemos á los autores y agentes de estas reformas remontarse todos á la idea cristiana, y á los Apóstoles de esta precederles, introduciendo en las costumbres, con sus discursos, sus escritos y ejemplos, como las semillas de la civilizacion, nos sentimos obligados á atribuir su causa al cristianismo, y juzgando de esta causa por sus efectos, á proclamar su alta y soberana verdad.

Desde el primer momento, el cristianismo hizo hacer á sus discípulos, á título de religion, lo que se introdujo despues á título de civilizacion, en las leyes, en las instituciones, en las costumbres, y hasta cierto punto, en la naturaleza de las sociedades modernas. Así es como aun en el seno del paganismo y de la barbarie realizó, contra y á despecho de las costumbres de la época, obras maestras de sociabilidad, que han servido de tipo á los reformadores de que mas nos enorgullecemos. La igualdad en las leyes, la tolerancia en las costumbres, esa necesidad de justicia en las instituciones, esa preponderancia siempre creciente del derecho sobre el hecho, de la razon sobre la fuerza, y esas tendencias universales de humanidad, de fraternidad, de fusion universal y de unidad que caracterizan á nuestro siglo, eran cosas puramente cristianas, mucho tiempo antes de ser legales, civiles y sociales. Aun en la actualidad, las instituciones y las obras del catolicismo exceden con mucho á toda nuestra civilizacion, y forman como su vanguardia. La civilizacion no es perfecta todavía, y aunque sin cesar tiende á serlo, jamás llegará al reino en-

tero del Evangelio y al poder de su caridad. Para conocer la medida de este poder y para verlo en accion, es menester examinar y calcular el poder de la miseria humana. En todas partes donde se encuentre esta, veréis brillar aquella. No hay una sola necesidad de nuestra naturaleza á cuyo lado no haya colocado el cristianismo un beneficio; no hay miseria para la cual no haya inventado un socorro, y todo con una plenitud, una delicadeza y un desinterés, cuyos efectos causan á veces envidia á los mismos favoritos de la civilizacion. Hasta el bien que la sociedad hace en obras filantrópicas, además de ser inspirado por las costumbres cristianas, necesita en definitiva pasar por la punta *magnética* de la caridad, por la mano y los dedos de sus apóstoles, para llegar con delicadeza y perseverancia hasta los males que tiene por objeto. Y á mas de los males que la sociedad alivia de este modo, hay una multitud de otros que están absolutamente fuera de la esfera de su beneficencia, y que solo la Religion busca con celo infatigable y consuela con maravilloso resultado. Puede decirse del cristianismo lo que la sagrada Escritura dice de Dios: Todos los dias abre su mano y alimenta todo lo que respira. Es el ojo del ciego, el pié del cojo, el oido del sordo, el institutor del niño, el apoyo del anciano, el guardador del loco, el visitador del prisionero, el padre de los huérfanos, el enfermero de las dolencias, el limosnero de los pobres, el abogado de los oprimidos, y el misericordioso regenerador de todos los culpables. A mas de los males que constituyen como el patrimonio de la naturaleza humana, hay otros que corresponden á los tiempos, á los lugares, á los accidentes, y que el cristianismo procura tambien aliviar ó curar con una maravillosa caridad. Por mucho tiempo ha sido el hospitalario de los viajeros, el compañero del leproso, el redentor de los cautivos, y el emancipador de los esclavos; y cuando los grandes azotes de la guerra, del hambre, de la inundacion ó de la peste, se derraman sobre los pueblos, se le ve aumentarse en sus sacrificios y acomodarse con alegría á todos los peligros. Todo esto lo hace el cristianismo siempre, en todas partes, sin interrupcion, sin fausto sobre todo, y hasta sin ningun esfuerzo; todo es natural en él, hasta el punto de que no lo notemos: tan habituado se halla el mundo á todas sus obras. Y sin embargo, únicamente él hace todo esto; ninguna religion pudo inspirarlo jamás; la sociedad, la misma naturaleza son impotentes; en fin, es todo ello tan propio y distintivo del cristianismo, que las mismas sectas que se han separado de su centro de actividad, aun cuando continúen llamándose cristianas y que

sigan inspirándose de su moral escrita, han sido desde luego heridas de incapacidad para obrar esas maravillas de caridad, á pesar de todo el interés que tienen, y de todos los recursos humanos que emplean en simular una fecundidad que ya no tienen.

El cristianismo lleva, pues, en sí mismo un principio realmente sobrehumano de caridad, un poder singular y único de beneficencia, es decir, un carácter distintivo de divinidad.

Este poder es el que, obrando indirectamente en torno suyo, eleva las ideas y las costumbres, las transforma y transfigura, y produce la civilizacion, es decir, la beneficencia social.

Para obrar de este modo en el seno de la naturaleza humana, para conservarse con un carácter de santidad siempre inviolable, con un celo de sacrificio siempre superior; para elevar á sí á esta naturaleza egoista y cruel, é irla conduciendo sin cesar hácia el bien, y para hacérselo meditar, hacérselo proyectar de continuo, y comunicarle su doble tormento, es preciso ser el Bien mismo, el Bien soberano y por esencia, y si es lícito decirlo así, en persona.

Esta reflexion se corrobora y confirma al ver que el cristianismo no se limita, como la beneficencia natural, á tal bien particular, al alivio de tal miseria, á la satisfaccion de las necesidades sensibles, etc.: lo abraza todo, y todo á la vez. Nada se le escapa, y no se ocupa nunca de satisfacer las necesidades físicas, sin procurar al propio tiempo la satisfaccion de las intelectuales y morales. Al tocar los cuerpos, su divina mano penetra hasta las almas y cura todo el hombre á un mismo tiempo. Consuela los sufrimientos, y hace mas aun, los hace amar, y convierte los males en remedios. En una palabra su benéfica accion revela visiblemente el carácter divino de lo *absoluto*.

Lo que prueba además que es el Bien por esencia, es la sencillez, y hasta puede decirse, la carencia de medios con que obra las mas grandes cosas. Ved como son inmensas sus obras; como se forman y crecen con sorprendente rapidez; ayer no existian todavía, y hoy se las encuentra en todas partes. ¿De dónde salieron, quién las engendró, quién supo tan bien preparar y concebir esa poderosa organizacion que se extiende á veces como una red mágica sobre las ciudades, las provincias, los reinos y hasta sobre el mundo entero, jugando al rededor del globo, como dice la *Escritura* de la Sabiduría de Dios: *Ludens in orbe terrarum* [1]? ¿En dónde están los planos y las

[1] Esto puede aplicarse plenamente á las grandes obras católicas de *san Vicente de Paul*, de *san Francisco Regis*, de la *Propagacion de la Fe*, y de su

máquinas de esas obras gigantescas que se deslizan sin ruido como los astros? en ninguna parte: una pobre mujer, un humilde sacerdote, alzándose un dia del pié del altar, inspirados por el celo de la caridad, y mirando las cosas desde el punto de vista de Dios, vieron el bien que se podia y debia hacer; se fueron derechos á la ejecucion: esperaron, y todo siguió. Esta es la historia de todas las obras del cristianismo. Estudiadlas, si podeis, en su inmensa variedad, en sus profundas fuentes, y encontraréis invariablemente en ellas este carácter providencial de creacion. La Providencia se oculta en las obras de los hombres, ó no se manifiesta mas que accidentalmente y en tiempos de revolucion; pero en las obras del cristianismo está siempre en evidencia; crea sin cesar, sin cesar produce de la nada maravillas de beneficencia, y las sostiene sobre la nada. Por esto no les da el mundo toda la importancia que se merecen, habituado como se halla por su flaqueza á no juzgar de los resultados sino por los medios. No ve las maravillas del cristianismo, del mismo modo que no ve las de la creacion. Y ¡cosa singular y cuyo contraste es muy significativo! concede el mundo marcada atencion, por lo contrario, á los que se deshacen en discursos y proyectos sobre la beneficencia, pero cuyas palabras no pasan nunca á ser accion. Se extasía ante la caridad locuaz de un novelista sibarita, y no ve la caridad en accion en la persona de un pobre sacerdote que hace mucho mas de lo que el otro escribe. Y es que el mundo no ama el bien mas que en imágen y representacion, porque lo halaga sin obligarlo; y el cristianismo es el bien mismo en realidad, es decir, en sacrificios y en resultados. Con respecto á las obras del cristianismo, la conducta y los juicios prueban que aquellas dimanan de un principio superior; su dificultad le espanta, y su sencillez le disgusta; son demasiado difíciles y demasiado fáciles á la vez: demasiado difíciles al hombre, demasiado fáciles al cristiano. Este resultado es la mas manifiesta confesion de su divinidad.

El mundo, sin embargo, es arrastrado á pesar suyo, y sin quererlo hácia el cristianismo; se le resiste y le obedece; y este es tambien uno de los infinitos caractéres de la accion de Dios en su Religion. Desde

jóven hermana la *Sociedad de la Oceanía*, que á estas horas está tomando á nuestra vista un desarrollo tan magnífico, y que por añadidura y como en retorno de su objeto principal, que es la proteccion de los misioneros y la extension de la civilizacion, cuyos apostoles son estos, está prometiendo tan brillantes ventajas á nuestro comercio, á nuestro pabellon y á nuestra marina

el principio, el mundo se ha resistido siempre al cristianismo, porque el cristianismo es santo. Ninguna otra religion fue jamás el blanco de una hostilidad tan encarnizada. Pero tambien desde el principio se apoderó el cristianismo del mundo, y fué siempre mejorándolo con un mejoramiento cada vez mas creciente y que no conoce fin, porque es la verdad en su mas elevado poder. Este carácter indefinidamente perfeccionador del cristianismo, á través de la resistencia incesante de su objeto, es admirable. Los incrédulos no niegan el hecho; al contrario, lo encuentran tan divino, que de él han sacado la doctrina panteística del progreso, es decir, de la perfeccion divina identificada con la humanidad, y uniéndose á ella cada vez mas. Pero lo que destruye esta doctrina, no decimos por medio del raciocinio, lo cual seria muy fácil, sino por el hecho, es que la humanidad no presentó nunca este fenómeno sino bajo la influencia del cristianismo, porque en todas las demás partes permaneció estacionaria é inactiva, ó activa pero efímera en su moralidad. El progreso social continuo no existe sino en la humanidad cristiana. Únicamente el cristianismo pudo domar esa bestia feroz, y sin enervarla, dejándole toda la independencia salvaje de su naturaleza, que á veces se manifiesta hasta en nuestros siglos civilizados, por medio de extravíos individuales, y con frecuencia colectivos, que parece van á resucitar la antigua barbarie, no deja de conducirla hácia la civilizacion, y de conducirla cási siempre por medio de estos mismos extravíos.

Esta accion general é indirecta del cristianismo sobre la humanidad, á despecho de sus resistencias, prueba quizás mas aun su divinidad, como dijimos al principio, que la accion particular é inmediata que ejerce sobre las almas que se la someten.

Una doctrina falsa, ó á lo menos que no lleva en sí mas que una verdad relativa, puede disimular el error ó la imperfeccion que contiene, por los efectos directos que se la hacen producir en ciertas circunstancias y lugares, con la ayuda de medios ficticios y forzados; pero los efectos indirectos que no se han podido prever, las consecuencias que el tiempo le hace presentar, y las resistencias que sobrevienen, no tardan mucho en hacerle traicion y en confundirla. Medida por esta regla, que es bastante severa pero justa, no hay institucion humana que se resista, porque, en efecto, no hay ninguna que sea absolutamente verdadera.

Solo el cristianismo resiste la prueba; y ¡cosa notable! su verdad brilla mas cuanto mas amplia y mas profunda es aquella. Mirado de

cerca, confunde al sentido humano por la profundidad de su doctrina y la severidad de sus preceptos; pero á medida que su aplicacion se extiende y profundiza en la humanidad, y va atravesando sus resistencias, van saliendo de su seno efectos generales, indirectos y sucesivos, que excitan cada vez mas la admiracion y el reconocimiento. Se descubre que tiene conveniencias y relaciones para todos los tiempos y lugares, y para todos los diferentes estados de la humanidad en la infinita diversidad de su especie. Es siempre actual; en todas partes es local ó susceptible de serlo. Se implanta lo mismo en el corazon afeminado del politeista antiguo, en el pecho del bárbaro, en la frente deprimida del cafre y del indio, y en el cerebro del europeo moderno. Se dirige á todas las edades, á todas las inteligencias, á todos los caractéres y á todos los genios. Pero sobre todo, y esto es lo mas admirable, se dirige á todas las edades de la humanidad en su duracion, é imprime á esta duracion un carácter regular de progreso en la verdad y en el bien, de los cuales es eterno alimento. Su fecundidad se aumenta cuanto mas produce, y á medida que va avanzando, se va creando una atmósfera mas espaciosa, y la llena al mismo tiempo que la crea. Léjos de condenar las exigencias, las provoca, ó mas bien él mismo les da lugar, y sin cesar las aumenta, con el objeto de satisfacerlas indefinidamente. De manera que, enteramente al revés de las cosas humanas, cuya vida está toda en el presente, ó cuando mas en un pasado muy corto, y para quienes el porvenir es funesto, el elemento de la vida del cristianismo está principalmente y siempre en el porvenir, como una tierra á la que la simiente que recibe la va haciendo cada vez mas fecunda. Podríamos decir que está mas en el porvenir que en el pasado. Sin embargo, ¡qué pasado se parece al suyo! ¡Diez y ocho siglos de triunfo desde su aparicion, y cuarenta siglos anteriores de expectacion y de profecías, es decir, todo el tiempo transcurrido desde el orígen del tiempo! Pero está mas todavía en el porvenir, pues la humanidad, hecha por él cada vez mas capaz de recibir sus aplicaciones, y llegada á la perfecta edad viril de la edad cristiana, como dice san Pablo: *Virum perfectum in mensuram ætatis plenitudinis Christi*, irá recogiendo de él mismo bienes siempre mas perfectos, sin poder llegar nunca, no obstante, á la perfeccion de su divino modelo.

Tal es el cristianismo considerado en sus efectos temporales y sociales. De aquí se sigue que es por excelencia la Religion de la humanidad, y por consiguiente de su Autor.

Hagamos sobre todo cuanto acabamos de decir en el presente capítulo una consideracion general que lo resume.

Entre tantas pruebas de la divinidad del cristianismo, no quisiéramos, para llamar la atencion de algun incrédulo de buena fe, mas que la siguiente:

Un hecho cierto y su necesaria consecuencia.

Este hecho cierto consiste en que las tinieblas de la supersticion cubrian el globo, y que la idolatría, el politeismo y todas sus prácticas insensatas y degradantes, es decir, el error mas grosero y los mas impúdicos vicios, eran el estado constante y universal de la especie humana, y se reflejaban en las sociedades por la violacion de todos los vínculos sociales de los hombres entre sí, haciéndolos pasar del yugo de la violencia al de una irremediable corrupcion; — que únicamente el cristianismo arrancó el mundo á esta perniciosa influencia, completamente y sin retroceso, desde el momento en que apareció y en todas partes donde brilló, y que el culto, en espíritu y verdad, de un Dios tres veces santo, criador, salvador y remunerador, con todas sus benéficas emanaciones y todas sus aplicaciones sociales, es decir, aquella sublime filosofía de la ley natural, purificada de toda alianza, que las mas elevadas inteligencias de la antigüedad no hicieron mas que entrever, se convirtió por su medio en la ciencia práctica y vulgar de todos los espíritus sin distincion, en el encanto de los corazones, en el sentido comun de los pueblos, y como en el ambiente de la naturaleza humana; — que en donde no penetró el cristianismo, subsistió sin ninguna modificacion el mismo antiguo estado de supersticion y de grosera idolatría; y que vemos aun sus tinieblas agrupadas é inmóviles en la extremidad del horizonte cristiano, sin que puedan desaparecer por sí mismas, tan inherentes son á la flaqueza humana, ni subir á turbar la serenidad de nuestro cielo, tan poderoso es el cristianismo para contenerlas; — que regiones en otro tiempo libradas como nosotros de estas tinieblas por el cristianismo, y que brillaron bajo su influencia con todo el esplendor de la inteligencia y de la virtud, habiendo dejado de obedecerle, en África y Asia, volvieron á caer desde luego en el embrutecimiento y abyeccion de las razas degeneradas, y permanecen hace muchos siglos estacionarias en la noche en que las dejó el cristianismo al retirarse; — en fin, que esa actividad de las facultades morales, intelectuales y sociales, ese desarrollo progresivo de luces y de humana sociabilidad que llamamos civilizacion, ese continuo perfeccionamiento que en todas las cosas ape-

tece siempre lo mejor, y que, á pesar de sus equivocaciones y abusos, es evidentemente la fe y el fin de la humanidad; que la civilizacion, decimos, en todo cuanto merece tan bello nombre, es efecto de una virtud atractiva del Evangelio, sigue por todas partes los pasos de sus apóstoles, se eclipsa ó reaparece con su culto, se altera ó se mejora, segun que se apartan de él ó se le acercan, y es como su irradiacion.

Este es el hecho cierto, acaso el mejor caracterizado de todos cuantos se pueden presentar.

Hé aquí su necesaria consecuencia:

Luego hay en el cristianismo algo que eleva y sostiene la razon, el corazon, la sociabilidad, todo el edificio de la naturaleza humana, á una altura á que sin él no puede llegar, y que por él va sin cesar aumentándose; un principio que en todas partes donde se pone en contacto con la humanidad, cualquiera que esta sea, pagana ó bárbara, salvaje ó culta, decrépita ó naciente, realiza en todos sus miembros indistintamente una perfeccion de inteligencia, moralidad y civilizacion, que no pudo darse á sí misma jamás, á pesar de todos los esfuerzos de cuarenta siglos anteriores á la revelacion de este principio; de la cual se ha visto eternamente privada en todos los lugares donde él no habia aun penetrado; la cual no ha podido conservar en las regiones que él ha abandonado; luego este principio, decimos, viene de otra parte que de esta misma humanidad, é implica la intervencion regeneradora de su primer Autor; probaria la existencia de este supremo Autor, si no lo estuviese ya por la existencia de la humanidad misma, y la prueba mas aun, porque la existencia de Dios no resulta de la grande obra de la creacion y de la humanidad, que es su reina; sino por via de induccion, y se encuentra oscurecida en ella por aquel gran misterio de desórden que parece acusar al autor de la obra, mientras que el principio cristiano nos hace asistir á la operacion misma de Dios en nosotros y en torno nuestro, nos da la conviccion de su experiencia, lo justifica de la imputacion de nuestros desordenes, reparándolos, y lo revela por medio de caractéres de verdad, de santidad y de amor, que lo hacen visible á nuestro espíritu, sensible á nuestro corazon, palpable hasta cierto punto á nuestros sentidos, y realizan aquel hermoso nombre con que él mismo quiso hacerse llamar: Dios-con-nosotros.

CAPÍTULO VIII.

ESTABILIDAD DEL CRISTIANISMO EN LA PERPETUIDAD DE SU CONSTITUCION CATÓLICA.

Para hacer entrar tantas y tan vastas consideraciones en el estrecho espacio á que hemos tenido que reducirnos en el capítulo anterior, nos ha sido preciso darlas en síntesis, y prescindir de todas sus aplicaciones. De otro modo, apenas nos hubiera bastado para esta sola materia una obra de la extension de la que vamos á terminar. De esta imperfeccion resultará sin duda que los que se sienten inclinados por su prevencion á contradecir aquellas consideraciones, las encontrarán incompletas. Por otra parte, no ignoramos que para ellos son necesarias demostraciones rigurosas, y que á veces ni con esto se contentan; pero esperamos tambien que los talentos meditabundos y sinceros (cuyo número va aumentándose todos los dias), que aman la verdad hasta bajo sus velos, y que tendrian á escrúpulo el hacerla solidaria de la debilidad de sus apologías, sabrán reconocerla y comprenderla á pesar de la insuficiencia de nuestra exposicion, y acaso hasta se la apropiarán con tanta mas razon, cuanto que les habrémos dejado mas trabajo para acabar de conocerla.

Por lo que á nosotros toca, tenemos conciencia de esta verdad en todo cuanto sobre ella acabamos de decir; y habrémos llenado nuestro objeto, si hemos podido comunicarla en este simple estado de conciencia, que por lo demás es el postrer resultado de toda demostracion, lo mismo que su principio, y hasta puede prescindir de ella.

Sin embargo, creemos deber entrar, aunque por un momento, antes de terminar los presentes *Estudios*, en un terreno mas firme contra las exigencias del error, y llegar á sentarnos sobre esa roca de la Iglesia de Jesucristo, fundamento de todo cristianismo verdadero, y prueba material siempre creciente de su divinidad.

Esta prueba es demasiado considerable para no habernos debido llamar la atencion muchas veces en el curso de estos *Estudios;* con frecuencia hemos hablado de ella, y, sin embargo tenemos necesidad

de terminar por ella, porque parece ser mas particularmente la prueba de nuestra época, hecha mas elocuente por las grandes ruinas que acabamos de atravesar, y por las que aun nos amenazan á medida que vamos rehabilitándonos, y en medio de las cuales aquella *piedra,* colocada por la mano de Jesucristo, se sostiene y descuella sola despues de diez y ocho siglos, como la única piedra de esperanza para el porvenir.

Invitamos á todos los que nos han hecho el honor de seguirnos en el exámen de las varias partes del edificio cristiano, á echar con nosotros una mirada, la postrera, sobre ese gigantesco todo de la Iglesia, cuyas gradaciones son siglos, y que va siempre elevándose; sobre el hecho inconmensurable de la estabilidad y perpetuidad de la Iglesia de Jesucristo en su visible constitucion terrestre, es decir, en el Papado.

Este hecho ha alcanzado ya de tal manera todas las proporciones de prodigio, que en adelante puede prescindir de la apología. Basta contemplarlo. Cautiva hasta sus adversarios, y les obliga no solamente á reconocerlo, sino á proclamarlo en alta voz.

Por esto se ha hecho fácil nuestra tarea; no tenemos mas que hacer que callar, y dejar que hablen los mismos que no participan de nuestra fe: su incredulidad se conmueve y destruye por sí misma ante esta gran manifestacion de la verdad. Debemos con tanto mas motivo hablar así, supuesto que, además de la autoridad que consigo lleva la confusion, el lenguaje de la incredulidad tiene, cuando se ve obligada á rendir homenaje á la verdad que le es contraria, una fuerza, una originalidad y una franqueza de expresion que nosotros, creyentes, no podemos encontrar, por la razon de que la fe y el hábito de la verdad nos la hacen demasiado familiar: no nos sorprende, porque estamos demasiado identificados con ella, y no nos entusiasma, porque la poseemos; mientras que cuando la buena fe del incrédulo, en los intervalos lúcidos de su prevencion, le permite ver la verdad, la ve mejor hasta cierto punto, porque la ve desde fuera y á alguna distancia; siente mejor su fuerza, porque está luchando con ella, y ella lo posee tanto mejor, cuanto que él no la posee á ella.

Habráse podido notar ya esto en las citas de la incredulidad, de que por esta causa hemos procurado sembrar nuestros *Estudios;* pues es una gran prueba de la verdad de una doctrina, el que sus adversarios la confiesen, y hablen á veces de ella mejor aun que sus partidarios, y esto es lo que vamos á poner de manifiesto en los testi-

monios que producirémos respecto del grande asunto del presente capítulo.

Tres historiadores, profesores de la protestante Alemania, Hurter, Voigt y Ranke, se han dedicado, cada uno separadamente, al estudio del Papado. El primero, que despues ha señalado á los otros dos el camino de la sumision á la verdad católica, tomó por asunto la vida de Inocencio III; el segundo la de Gregorio VII, y el tercero las revoluciones del Papado, principalmente con respecto á la reforma protestante. ¡Cosa admirable, y cuya razon no puede encontrarse sino en la verdad de nuestra fe! Estos asuntos, tan peligrosos á causa de las prevenciones y calumnias del último siglo, y que los mismos católicos no se atrevian á tocar, se han convertido en la pluma concienzuda, aunque hostil por posicion, de los tres citados escritores protestantes, en honor del catolicismo y en prueba de su verdad ante la razon. ¿Qué destino es, pues, el de esa Iglesia, que cuando se ve, despues de tantos siglos, ultrajada por sus propios hijos, encuentra vengadores en los que habian sido hasta entonces sus adversarios, y ve que en el dia le dan gloria los herederos de los que tanto se la disputaron hace trescientos años?

Pero lo mas notable es el eco que este homenaje, salido de la protestante Alemania, ha encontrado en Inglaterra, en la que, como todo el mundo sabe, se ha apoderado de las mismas eminencias científicas un gran movimiento de retorno hácia el catolicismo.

Un hombre de Estado de este ilustre país, que tomó parte, como ministro de la guerra, en sus consejos; un publicista de los mas distinguidos, cuya pluma enriquece sus revistas, Mr. Macauley, se ha aprovechado de la obra de Ranke para decir la verdad acerca de la Iglesia católica, tal como se nos presenta en la sucesion de las revoluciones que ha ido atravesando hasta nuestros dias. Su testimonio es tanto mas poderoso, cuanto que no se halla aun libre de las prevenciones de su secta, y se halla sobre esa pendiente de retorno á la verdad, por el cual discurren en el dia tantos buenos talentos, y hácia el cual los arrastra su propio peso. Vamos á citar en parte y á analizar aquel memorable trabajo:

«No hay ni ha habido nunca en la tierra, dice [1], una obra de la

[1] Este artículo pareció en octubre de 1840 en la *Revista de Edimburgo*, que goza en Inglaterra del mayor crédito, y que continúa siendo la Revista de los whigs. Fue traducido al francés en la *Revista británica* de enero de 1841, cuyo redactor hace observar que *se ha esmerado en dar una traduccion literal, por-*

«política humana, tan digna de exámen y estudio como la Iglesia «católico-romana. La historia de esta Iglesia enlaza las dos grandes «épocas de la civilizacion. Ninguna otra obra existe ya que nos traiga «á la memoria aquellos tiempos en que salia del panteon el humo de «los sacrificios, mientras que los tigres y leopardos saltaban en las «arenas del anfiteatro Flaviano. Las mas soberbias casas reinan- «tes datan solo de ayer, comparadas con esa sucesion de Soberanos «Pontífices, que por una série no interrumpida se remonta desde el «Papa que en el siglo XIX consagró á Napoleon, hasta el que ungió «á Pepino en el VIII. Aun mucho mas allá de Pepino va á perderse la «augusta dinastía apostólica en la noche de las eras fabulosas. La re- «pública de Venecia, que en antigüedad seguia despues del Papado, «era moderna comparativamente; pero aquella república no existe «ya, y el Papado subsiste todavía, no en estado de decadencia, no «como una ruina, sino lleno de vida y en una vigorosa juventud. La «Iglesia católica envia aun á las extremidades del mundo misioneros «tan celosos como los que desembarcaron en el condado de Kent con «san Agustin; misioneros que aun se atreven á hablar á los reyes ene- «migos con la misma libertad y energía con que lo hizo el Papa san «Leon en presencia de Átila. El número de sus hijos es ahora mas «considerable que en ningun otro de los siglos anteriores. Sus adqui- «siciones en el Nuevo Mundo lo han abundantemente compensado de «lo que pudiera en el antiguo. Su supremacía espiritual se extiende «en las vastas regiones situadas entre las llanuras del Misuri y el cabo «de Hornos, regiones que antes de cien años contendrán probable- «mente una poblacion igual á la de Europa. Los miembros de su co- «munion llegarán seguramente hasta ciento cincuenta millones, y es «fácil demostrar que todas las demás sectas juntas no forman un nú- «mero de ciento veinte millones. No hay por ahora ninguna señal que «indique que está próximo el término de esta inmensa soberanía. Ha «visto el orígen de todos los gobiernos y de todos los establecimien- «tos eclesiásticos que existen en el dia, y no nos atreveríamos á decir «que no está destinada á ver su fin. Era ya grande y respetada antes «de que los sajones pusieran el pié en el suelo de la Gran Bretaña, «antes de que los francos pasaran el Rhin, cuando florecia aun la elo-

que un artículo semejante cási puede calificársele de un suceso, y ser mirado como manifestacion séria de una reaccion en favor del catolicismo en Inglaterra. Mr. Macauley ha tomado por texto la *Historia del Papado en los siglos XV y XVI*, por Ranke.

«cuencia en Antioquia, cuando los ídolos eran adorados todavía en «el templo de la Meca. Puede, pues, ser grande y respetada, aun «cuando algun viajero de la Nueva-Zelandia se detenga en medio de «una vasta soledad, al lado de un arco roto del puente de Lóndres, «para estudiar las ruinas de San Pablo.»

Despues de esta rápida y general ojeada sobre la institucion de la Iglesia, se pregunta el célebre publicista [1], de qué manera podria semejante institucion perecer. Se repite mucho, dice, que el progreso de las luces debe ser favorable al protestantismo, y perjudicial al catolicismo, *quisiéramos poderlo creer, pero lo dudamos*, al ver que no le han sido contrarios los inmensos pasos que el espíritu humano ha hecho dar hasta aquí á las ciencias naturales, ni el perfeccionamiento que han alcanzado el arte de gobernar, la política y la legislacion. Léjos de esto, creemos que si algun cambio hay, ha sido muy favorable á la Iglesia de Roma. Y cuando, por otra parte, consideramos los terribles ataques á que ha resistido, nos es difícil concebir que pueda perecer.

Aquí M. Macauley entra en una rápida y brillante exposicion histórica de las luchas por que ha pasado la Iglesia hasta nuestros dias. Dejando á un lado las persecuciones sangrientas, multiplicadas y prolongadas, que le disputaron su establecimiento, la toma solamente en una época en que se hallaba establecida y honrada entre los pueblos, en el siglo XI, es decir, á mas de la mitad de su larga existencia.

Cuatro veces, dice, desde aquella época se ha rebelado el espíritu humano contra su yugo.

La primera de estas insurrecciones estalló en el Mediodía de la Francia, á favor de la relajacion de costumbres y de las comunicaciones de aquel país con los pueblos infieles; la herejía de los albigenses habia comunicado á todos los corazones el desprecio y odio al yugo católico. El Papado habia perdido su autoridad en todas las clases, desde los grandes señores del feudalismo hasta los simples aldeanos. La posicion geográfica de los sectarios hacia el peligro particularmente formidable á la jerarquía, y parecia probable que bastaria una sola generacion para propagar la doctrina reformada en Lisboa, en Lóndres y en Nápoles; pero no debia suceder así. Volaron al socorro de la Iglesia los guerreros del Norte de la Francia; la Iglesia por su parte

[1] En la parte analítica en que vamos á entrar, hemos conservado las expresiones características.

produjo dos Órdenes célebres de su milicia espiritual, los Franciscanos y los Dominicos; la herejía quedó vencida en el doble terreno de la fuerza y de la persuasion, y la Iglesia, un momento antes amenazada de una total derrota, parecia ya inexpugnable, defendida por el amor, el respeto y el terror del género humano.

Habia transcurrido siglo y medio, y vino el gran levantamiento del espíritu humano contra la dominacion espiritual de Roma. El poder del Papado habia llegado á su apogeo. Contuvo al poder temporal, á pesar de todos los recursos de la política y de la guerra que desplegara para defenderlo Federico II, el mas hábil de todos los emperadores de Alemania. Pero se declaró al fin una terrible reaccion contra el poder romano. El hombre que mas parte tomó en esta revolucion fue Felipe IV, llamado *el Hermoso*, rey de Francia, príncipe déspota por situacion y por temperamento, sombrío, implacable, sin escrúpulos, igualmente dispuesto á la violencia y al embrollo, y rodeado de hombres de espada decididos y de legistas. El mas valiente y altivo de los Pontífices romanos, preso en su palacio por órden de Felipe y cobardemente ultrajado, murió loco de despecho y de terror. La sede papal se traslada á Avignon bajo la dependencia de la Francia; empieza el gran cisma de Occidente; se divide la fe de los pueblos, y en medio de tan fatales circunstancias se hace oir la voz de Juan Wiclef, que conmueve á la Inglaterra, y resuena hasta en el corazon de la Bohemia. — Despedazada así la Iglesia por el cisma, y rudamente atacada á la vez en Inglaterra y en Alemania, se encontraba en una situacion cási tan apurada y peligrosa como en la época de la crísis que precedió á la cruzada de los albigenses. Tambien se desvaneció este peligro: la autoridad civil prestó á la Iglesia un apoyo vigoroso, el concilio de Constanza puso fin al cisma, y el mundo católico volvió de nuevo á la unidad bajo un solo jefe.

Pasó apenas otro siglo, y empezó el tercero y mas memorable esfuerzo en favor de la libertad espiritual. Aquí Mr. Macauley pinta con grandes rasgos la lucha inmensa empezada por las predicaciones de Lutero contra las indulgencias, y que terminó ciento treinta años despues con el tratado de Westfalia. La victoria del protestantismo fue rápida y completa en los países septentrionales de Europa. Una multitud de circunstancias la favoreció, y parecia que debia eternizarla; no obstante, cincuenta años despues del dia en que Lutero habia quemado la bula de Leon X delante de las puertas de Wittemberg, empezaba el protestantismo á perder terreno para no conquistarlo jamás.

En el Mediodía se habia dejado ver el celo católico en todo su fervor. Apodérase de la Iglesia de Roma el Espíritu de reforma en las costumbres y disciplina, y durante una sola generacion, este espíritu la renueva desde el palacio del Vaticano hasta la ermita mas oscura de los Apeninos; todas las Órdenes religiosas son reformadas y purificadas, y todas producen obras de desinterés y de santidad, dignas de los antiguos tiempos; y principalmente los Pontífices romanos presentan en sus personas toda la austeridad de los primeros anacoretas de la Siria. Paulo IV conservó sobre el trono pontificio el mismo fervor de celo y devocion que habia observado en el convento de los Teatinos; debajo de sus espléndidas vestiduras ocultaba Pio V el cilicio de un simple fraile, iba con los piés desnudos presidiendo las procesiones, y edificaba á su rebaño con innumerables ejemplos de humildad, de caridad, de perdon de las injurias, al mismo tiempo que sostenia la autoridad de su silla y las doctrinas ortodoxas con toda la obstinacion (recuérdese que es un protestante el que habla) y vehemencia de un Hildebrando. Gregorio XIII se esforzó no solamente en imitar sino hasta en exceder á Pio V en las severas virtudes de su santa profesion. Siendo así la cabeza, pronto lo fueron tambien los miembros. Aquella renovacion del espíritu interior producia en el exterior inmensos recursos de celo y de desinterés por la defensa de la Iglesia. Aparecieron entonces en la escena los Jesuitas, y al poco tiempo estaban ya en todas partes, á despecho del Océano y de los desiertos, de la peste y del hambre, de los espías y de las leyes penales, de los calabozos y torturas, de los suplicios y cadalsos, tomando todas las formas, en todos los países, argumentando, instruyendo, consolando, entusiasmando los corazones de la juventud, animando el valor de los tímidos, ofreciendo el Crucifijo á la vista de los agonizantes; inflexibles en una sola cosa, en su fidelidad á la Iglesia. Al mismo tiempo que la Iglesia sacaba de su seno estos recursos espirituales, se aprovechaba tambien de los recursos temporales que la autoridad civil de los Estados que permanecian católicos desplegaba para defenderse de las invasiones de la herejía. Así, mientras que el protestantismo se propagaba rápidamente por una parte de la Europa, se extendia tambien con rapidez, por la otra, la regeneracion católica. Entre las dos regiones hostiles, se extendia geográfica y moralmente un *gran territorio disputado*, la Francia, la Bélgica, la Alemania meridional, la Hungría y la Polonia, cuya conquista debia decidir la victoria. La historia de las dos generaciones que subsiguieron, es la de la lucha

por la posesion de este territorio misto ó dudoso. La fortuna pareció al principio enteramente favorable al protestantismo, pero la victoria fue al fin para la Iglesia romana. Venció en todos los puntos; y durante el transcurso de doscientos años, el protestantismo no ha sido capaz de reconquistar lo que entonces perdiera. — Por otra parte, es menester no olvidar, añade Mr. Macauley, motivando difusamente este juicio, que aquel brillante triunfo del Papado debe principalmente atribuirse, no á la fuerza de las armas, sino á una grande reaccion de la opinion pública en su favor.

Cási un siglo despues del establecimiento definitivo de los límites entre el protestantismo y el catolicismo, empezaron á manifestarse las señales del cuarto peligro de la Iglesia romana: la filosofía. El nuevo peligro era muy distinto de los anteriores; hasta entonces solo habia sido atacada una parte de las doctrinas de la Iglesia; pero la naciente escuela las rechazaba todas: su símbolo era negativo. Los nuevos sectarios tomaban una de sus dos premisas á los protestantes, y la otra á los católicos; admitian con estos que el catolicismo era el único cristianismo puro, y sostenian con aquellos que muchas partes del cristianismo eran contrarias á la razon. De semejante amalgama debian resultar, por una necesidad lógica, las conclusiones de Voltaire. Sin embargo, la sola negacion no ha turbado jamás la paz del mundo; y si el patriarca de la *santa* Iglesia filosófica se hubiese contentado con mofarse de la historia de Saul ó de las mujeres de David, y con criticar la poesía de Ezequiel con el mismo rigorismo con que analizaba las obras de Shakspeare, poco hubiera tenido que temer la Iglesia. Pero el secreto de su fuerza y de la de los demás filósofos estaba en la mezcla de la verdad con sus errores, y el generoso entusiasmo oculto en sus impertinencias. Las únicas armas eficaces con que los filósofos atacaron la fe evangélica, estaban sacadas de la moral del Evangelio. Al dogma y á la moral del Evangelio se les habia puesto lastimosamente en pugna. Habia por un lado una Iglesia que se gloriaba de la pureza de una doctrina transmitida por los Apóstoles, pero empañada por los excesos de los poderes temporales que le habian dado la mano; y por otro una secta que hacia irrision de esta doctrina, y que decia hallarse dispuesta á desafiar á todos los poderes de la tierra, por la causa evangélica de la justicia, de la caridad y de la tolerancia. La irreligion, *accidentalmente* asociada á la filantropía, triunfó por algun tiempo de la Religion, *accidentalmente* ligada con los abusos políticos y sociales. Las nuevas doctrinas se esparcieron rápidamente por toda

la cristiandad; París fue su capital en el continente, y los preceptores de la Francia lo fueron luego de toda la Europa. Y no las adoptaba el espíritu público solamente; hasta los gobiernos arbitrarios le abrian las puertas, y entre los iniciados estaban los soberanos de Prusia, de Rusia y del Austria. La Iglesia de Roma era aun, á lo menos ostensiblemente, tan espléndida y tan sólida como nunca: pero se hallaban minados sus cimientos. El primer acontecimiento que puso de manifiesto esta situacion fue la caida de la Sociedad de Jesús. Sobre sus ruinas se desbordó con espantosa rapidez el movimiento filosófico. Los sucesores de Voltaire exageraron sus doctrinas, y al fin la revolucion estalló. La antigua Iglesia de Francia, con toda su pompa y sus riquezas, desapareció. Algunos de sus sacerdotes compraron el derecho de vivir separándose de Roma; otros se mancharon con la apostasía, y se hicieron perseguidores; fueron degollados muchísimos, y los restantes huyeron buscando un asilo á la sombra de altares enemigos. Cerráronse las iglesias, enmudecieron las campanas, las reliquias fueron profanadas, y los sagrados vasos fundidos. Los bufones, vestidos con capas pluviales, iban á bailar la *carmañola* delante de la Convencion. El busto de Marat destronó al de los Mártires, y una prostituta, colocada sobre los altares de *Nuestra Señora* (la catedral de París), recibió las adoraciones de la multitud, que exclamaba que al fin aquellos arcos góticos resonaban por primera vez con los acentos de la verdad. Las desgracias de la Iglesia no se limitaban á la Francia. El espíritu revolucionario se hizo conquistador, é invadió toda la Europa: la España fue luego vasalla suya, y la Italia le estuvo sujeta. Fueron saqueados los conventos de Roma; la bandera tricolor flotó sobre el castillo de San Ángelo, y el sucesor de san Pedro, preso por los impíos, murió en su poder, y por mucho tiempo estuvieron sus restos sin los honores de la sepultura... No es extraño que en 1799, hasta los observadores dotados de cierta sagacidad, hubiesen podido creer que habia llegado la última hora de la Iglesia de Roma: un poder enemigo triunfante, el Papa muriendo en el cautiverio, los mas ilustres prelados de Francia viviendo en país extranjero de la limosna de los protestantes: los mas hermosos edificios que la munificencia de los siglos habia consagrado al culto de Dios, convertidos en templos de la Victoria ó en salas de festin: semejantes señales podian muy bien ser consideradas como indicios ciertos del fin de aquella larga dominacion.

«Pero no era este su fin. Herida nuevamente de muerte, la *corza*

«*blanca* [1] no debia por esto perecer. No se habian aun concluido los fu-
«nerales de Pio VI, y habia empezado ya una gran reaccion; reaccion
«que despues de cuarenta años va en aumento todavía. La anarquía
«habia tenido su dia; pero de aquel cáos salia un nuevo órden de co-
«sas, nuevas dinastías, nuevas leyes, nuevos títulos, y en medio de
«todo volvia á aparecer la antigua Religion.

«Refiere una fábula árabe que la gran pirámide fue edificada por
«reyes antidiluvianos, y que fue la única obra de los hombres que so-
«brevivió al diluvio. Tal fue la suerte del Papado; habia quedado se-
«pultado en la grande inundacion, pero sus cimientos no se conmo-
«vieron; y cuando disminuyeron las aguas, apareció sola en medio
«de las ruinas del mundo que acababa de ser destruido. La república
«de Holanda, el imperio de Alemania, el gran consejo de Venecia,
«la antigua Liga helvética, la casa de Borbon, los parlamentos y la
«aristocracia de Francia, habian desaparecido; la Europa estaba lle-
«na de creaciones nuevas: un imperio francés, un reino de Italia,
«una confederacion del Rhin. Los últimos acontecimientos no habian
«solamente afectado las instituciones políticas y los límites territoria-
«les; la distribucion de la propiedad y el espíritu y la composicion de
«las sociedades, habian en cási toda la Europa católica sufrido un
«cambio completo; pero la Iglesia, siempre inmutable, estaba aun
«en pié.

«Algun historiador futuro, tan hábil y moderado como el profesor
«Ranke, contará, *lo esperamos*, la resurreccion católica en el si-
«glo XIX. Sentimos que al hablar de una época tan cercana á la
«nuestra, corramos peligro de decir cosas que podrian excitar las pa-
«siones y la cólera; harémos, pues, no mas que una observacion que
«parece merecer una séria atencion.

«Durante todo el siglo XVIII, la influencia de la Iglesia romana
«fué constantemente declinando; la incredulidad hizo grandes con-
«quistas en todos los países católicos de Europa, y hasta obtuvo en
«algunos un completo ascendiente: el Papado fue en fin rebajado lo
«suficiente para llegar á ser objeto de la irrision de los incrédulos, y
«de la compasion mas bien que del odio de los protestantes. En el si-
«glo XIX, esa misma Iglesia tan abatida, se ha ido levantando gra-
«dualmente de este abatimiento, y ha reconquistado ya su soberano
«poder. Los que reflexionen con calma en lo sucedido últimamente

[1] Alude á una calificacion dada al catolicismo por Dryden en una de sus sátiras alegóricas.

«en España, en Italia, en la América meridional, en Irlanda, en los «Paises Bajos, en la Prusia y en la misma Francia, no podrán du- «dar de que su imperio sobre el corazon y el entendimiento de los «hombres es mayor de lo que era cuando aparecieron la *Enciclopedia* «y el *Diccionario filosófico*. Es verdaderamente notable que ni la re- «volucion moral del siglo XVIII, ni la contrarevolucion del XIX, no «hayan añadido nada al poder del protestantismo. Durante la pri- «mera de estas dos épocas, todo lo que estuvo perdido para el cato- «licismo lo estuvo tambien para el cristianismo; durante la segunda, «todo lo que el cristianismo reconquistó en los países católicos, lo re- «conquistó para el catolicismo... Del siglo XVI acá, algunos pueblos «católicos han pasado del catolicismo á la incredulidad, y vuelto á pa- «sar de la incredulidad al catolicismo: no hay ni uno solo que se haya «hecho protestante.»

El que escribió estas líneas es protestante, pero es al mismo tiempo hombre de Estado, publicista distinguido, que dice la verdad conforme la ve, y que la dice en un país en el que va recibiendo de dia en dia una confirmacion sensible, aun cuando se abstenga de consignarla. Despues de escrito este artículo, el movimiento católico en Inglaterra no ha cesado de justificar toda su significacion circunstanciada. En cuanto á su significacion absoluta y dogmática, no nos atreveríamos á lisonjearnos de que sea completa respecto del autor, y que él mismo haya reconocido aun la gran consecuencia que de ella resulta: la divinidad del catolicismo. Se limitó á consignar el hecho, á hacerlo resaltar. No se crea que esto sea poco, pues aquí el hecho es la idea, el dogma; y no obstante son tales los secretos miramientos del error con respecto á la verdad revelada, que no es raro que un mismo hombre consigne admirablemente el hecho, haga deducir á todos su consecuencia dogmática, y no la vea sin embargo él mismo, aun cuando sea inmediata y necesaria. Hasta sucede á veces que la ve en cierto modo sin verla, y la dice sin comprenderla. Queriendo Dios hacernos sentir que la fe es un don, y al mismo tiempo el premio de la sumision y la perseverancia en merecerla, permite á veces estas singulares contradicciones; no hace caer las escamas de la ceguera sino una á una, y no las cura sino sucesivamente, como hizo con aquel ciego del Evangelio, al cual preguntó, despues de haberlo tocado una vez, *si veia algo*, y él contestó: *Veo los hombres como árboles que andan* [1].

[1] Marc., VIII, 24.

Hay otro ejemplo mas notable todavía de ese estado de transicion respecto de la misma verdad que es objeto del presente capítulo.

En un artículo publicado en Bélgica *dos años antes* que el de Mr. Macauley, Mr. Eugenio Robin, publicista de mucha fama, manifestó la impresion que debe causar en todo el que considere un poco las cosas, el grande hecho de la perpetuidad del poder católico. Pero, á diferencia de Macauley, no se ocupó solamente del hecho, sino que detrás de este se le aparecieron la idea y el dogma; no pudo evitarlos, y, como Balaam á la vista de Israel, profetizó la fe, de quien sin embargo no participaba todavía.

Vamos á transcribir dicho artículo; lo recomendamos á los que se hallan en el mismo estado en que se encontraba á la sazon su autor, y confiamos no permanecerán en él por mucho tiempo:

«Un hombre de talento y de corazon dijo un dia delante de mí (yo «era niño todavía): «En la actualidad no hay en el mundo nada fijo «y estable en lo cual pueda uno fijar su vida. Las ideas y los reyes «pasan, todo muda, todo se gasta con una rapidez devoradora. La «sociedad cambia diez veces de faz entre la cuna y el sepulcro de un «mortal. Verdaderamente, en medio de esta versatilidad de las co«sas, no hay mas que una ciudad y un hombre que, por su inmovi«lidad en el océano del tiempo, presente á nuestro espíritu una imá«gen de enlace y perpetuidad: Roma y el Papa. Buscadme, para los «que están cansados de errar á merced de todos los vientos, y que «piden á la vida la calma de la eternidad, un refugio seguro donde «encontrar abrigo, un puerto siempre abierto para amarrar su barca, «á no ser que sea en esa roca mas alta que las tempestades, Roma y «el Papado.»

«Estas palabras, soltadas sin pretensiones y en medio de una con«versacion sucesivamente frívola y séria, cayeron sobre mí, y con«servé siempre su recuerdo: tanta impresion me habian causado. En «efecto, para los corazones indiferentes ó distraidos, para los espí«ritus irresolutos ó que les da vergüenza confesar su error, para la «incredulidad sistemática, para las mas rebeldes convicciones, para «tantos, en fin, que nos hallamos extraviados en las tinieblas de la «duda, ¿no es un espectáculo capaz de despertar el sentimiento cre«yente, adormecido ó sofocado en nosotros, esa formidable inmuta«bilidad contra la cual se han estrellado siempre el tiempo, las guer«ras, las torturas y el desprecio; esa fijeza de un solo punto en medio «de todo lo que pasa para no volver; esa luz combatida por el soplo

«de todas las tempestades, y que ningun viento puede apagar; esa fe «tan mística, tan inmaterial, que se manifiesta á la humanidad por «la evidencia de un hecho material, único en la historia del mundo?

«No sé á quién se debe este espiritual capricho: Nada es tan ab«surdo como un hecho. Sí: el hecho de la víspera que contradice el «hecho del dia siguiente; el hecho producido por casualidad en el «trabajo cotidiano de un pueblo que desmiente la idea especulativa, «salida de la cabeza de un hombre; el hecho que se apresura á colo«carse detrás del hecho para probar algo, y cuyo imprevisto choque «destruye todo lo logrado antes con gran trabajo.

«Pero un hecho como este: El apostolado, confiado por Jesucristo «hace mas de diez y ocho siglos á uno de sus discípulos, se ha ido «perpetuando de Papa en Papa hasta nuestros dias; poder decir esto «hoy y estar seguro de lo que se dirá mañana, debe significar algo «muy notable. Y si se considera que desde el dia en que se pronun«ciaron aquellas palabras en la Judea, la barbarie, el cisma, la re«forma y la filosofía se han sucesivamente arrojado con fuego y es«pada en mano sobre aquella silla ocupada por el mismo Apóstol, re«producido en mil vidas; que Roma, la ciudad eterna de los tiempos «modernos, como lo era en la antigüedad, ha sido tomada, vuelta «á tomar, ocupada y saqueada por todas las plagas salidas del Oriente «y del Occidente; que no hace mas que tres siglos entraron en ella «en nombre de Lutero unos soldados embriagados, capitaneados por «un renegado, y que no han pasado sino treinta años desde que un «emperador, soberano suyo por conquista, le enviaba un prefecto, «como hacian los de Constantinopla en los primeros tiempos de sus «pontífices; ¡ah! entonces el hecho se pone al nivel del grandor de «la idea, se hace inmenso como el dogma, y aun cuando lo conoz«camos, es preciso, lo repito, que este hecho sin igual signifique algo «muy importante.

«En vano quisiéramos apartar la vista de esta prodigiosa imágen «de perpetuidad. Habiendo venido despues de las mas grandes per«secuciones que Roma ha sufrido desde los siglos de los Mártires, nos «vemos obligados á decirnos: Indudablemente se cumplirán las pro«mesas de los tiempos. El sueño de la filosofía era abatir el Papado, «porque conocia que es la cabeza y el corazon del catolicismo; y que «si podia morir, era necesario asestar sus tiros á este corazon y á esta «cabeza; pues el Papado y el cristianismo son tan inseparables, que «la reforma no existe sino con la condicion de conservar siempre vivo

«el recuerdo de su rebelion, y que su fe cimentada en la desconfian-«za, no encuentra un poco de la vitalidad que le falta, sino concitan-«do el odio de lo que ella misma llama el papismo. La duracion del «Papado era, pues, para nuestros padres toda la cuestion del por-«venir. Diez y ocho siglos son sin duda un gran respiro en el curso «de las cosas; pero destruido el Papado, ganaba la filosofía el pleito, «que consistia en probar que nunca habia existido sino á favor de la «ignorancia y la barbarie. Vino la revolucion; sabia bien la consig-«na: se dirigió al corazon, desterró al Papa, y este murió. Otro Pa-«pa le sucedió, y la cadena de perpetuidad no estuvo rota ni siquiera «el tiempo que lo habia estado en otras épocas tambien azarosas para «el catolicismo. En la actualidad pasó ya el tiempo de la filosofía. Los «destructores duermen en el pasado, al lado de Lutero, la Enciclo-«pedia, la república y el imperio. Roma se conserva siempre en pié, «y en este centro de la cristiandad, despedazada por los estragos de la «incredulidad y de la indiferencia, hay un Papa, como lo habia en «tiempo de Neron, cuando el cristianismo naciente era despedazado «en el circo por las fieras.

«En torno de esta milagrosa continuidad, la Europa ha cambia-«do tres veces de aspecto. Se han levantado y desaparecido tres im-«perios: el de Cárlo Magno, el de Cárlos V y el de Napoleon. Han «brillado naciones que ya no existen. Se descubrió un mundo que «quedó dividido entre el poder temporal y el espiritual, y solamente «el último conserva en él su parte. Todo ha pasado: ideas, pueblos «é imperios. Solo ha quedado en pié la ciudad de Roma; solo ha que-«dado el Papado. Hay en este hecho, no me canso de repetirlo, algo «que vale la pena de reflexionar un poco sobre ello.

«Pero estamos en una época en que los partidos han inventado «una lógica hábil que sabe negar la evidencia. Los antiguos odios «contra Roma no se han extinguido aun en nuestros corazones re-«volucionarios. Los padres creyeron haber regenerado el mundo, y «los hijos que aceptaron su grandeza no pueden acostumbrarse á la «idea que eleva al catolicismo á su vista, á expensas de la gloria fu-«gitiva de que se envanecen, y que el Papado, desde su inexpug-«nable altura, hubiese contemplado, con una mirada llena de tierna «conmiseracion y con una completa certidumbre en las divinas pro-«mesas, nuestras terribles rebeliones, nuestras mas fuertes invencio-«nes, nuestros incendios, propagados por todos los ángulos del mun-«do, la sangre derramada hasta anegar los corazones, aquella ruina

«de imperios y de reyes caidos; no pueden acostumbrarse, digo, á la «idea de que el Papado hubiese contemplado todo esto, del mismo «modo que desde la playa mira un viejo marinero la lucha de los ele- «mentos, seguro, por ciertas señales que ha visto en el cielo, de que «al dia siguiente todo aquel alboroto habrá cesado, y que el desbor- «dado Océano volverá á entrar en sus abismos.

«Nuestro orgullo no puede consentir sin violencia en esta domi- «nacion de un pensamiento inmutable y eterno, en el terrible pen- «samiento de nuestra historia de ayer; y no pudiendo negar que la «roca ha permanecido siempre inmóvil, que la luz del faro no se ha «nunca extinguido, y que nuestra revolucion, fatigada ya, no deja «oir mas que sordos rugidos, nos consolamos de ello, figurándonos «que la roca se va alejando de nosotros cada dia, por lo mismo que «nosotros vamos andando siempre hácia delante, y ella es un punto «inmóvil; y con la idea de que, arrastrados por el irresistible movi- «miento del progreso, como si el movimiento que arrastra á la hu- «manidad hubiese empezado ayer, llegarémos á ir tan léjos, que aca- «barémos por eludir la severidad de aquel ojo abierto sobre nosotros, «hace diez y ocho siglos.

«¡Oh ceguera del orgullo! Un humilde sacerdote (el P. Lacor- «daire), que fue amigo y compañero de Lamennais, pero á quien «una falsa gloria no ha precipitado, como á él, en una duda sin fondo, «levanta su elocuente voz, y nos contesta: No; por mas que hagais, «los que no quereis reconocer lo que fue y lo que es; por mas que ca- «mineis siempre hácia adelante, echándoos con todas vuestras fuer- «zas por las sendas infinitas del porvenir; aquella tranquila mirada «que está fija sobre vuestro presente, como lo estuvo sobre vuestro «pasado, os perseguirá siempre, en todas partes, hasta en los últi- «mos horizontes de la eternidad; pues esa luz, de la que creeis poder «huir porque está fija, es á la vez inmóvil y movible. A cualquiera «parte á donde vayais está siempre con vosotros, es vuestro centro y «vuestra atmósfera; es como el sol, del cual no podríamos alejarnos «ni un paso, aun cuando tuviésemos la ligereza del viento y la in- «mensidad del desierto ante nosotros. Creeis que el Papado dormita «y se duerme en su pasado, grande como la fosa de un gigante, por «la magnitud de lo que se le ha quitado. Pero os engañais; constan- «temente ha presidido á los negocios del siglo, y los preside todavía: «está siempre en pié, siempre en accion, siempre dispuesto á atar y «desatar. En la actualidad, que aceptamos todas las glorias de lo pa-

«sado, los mas esclarecidos talentos reconocen los beneficios que la «humanidad le debe. Vosotros sabeis lo que ha hecho: mirad lo que «está haciendo ahora.»

Hemos querido dar este bello trozo en toda su extension, aun cuando para ello hayamos tenido que reducir lo que nos faltaba añadir. Se siente un placer en estrecharse para cederles el sitio, cuando se tiene la dicha de poder recibir huéspedes semejantes. Dirémos, pues, pocas palabras para recoger el fruto de sus discursos.

Todo el que piensa debe reconocer el gran fenómeno tan bien explicado por Mr. Macauley, y penetrarse de la razon dogmática de este fenómeno, tan concienzudamente indicada por Mr. Eugenio Robin. A cualquiera escuela que pertenezcamos, si no hemos renunciado á la reflexion y queremos hacer uso de ella, es necesario venir á parar á esto.

Una vez llegados aquí, está ya formada la fe para el espíritu, y su determinacion no depende mas que del corazon y de la voluntad.

La divinidad del cristianismo se prueba por un hecho divino, palpable: por un prodigio que indica la accion de Dios, y que importa su poder.

Refiriéndonos á las preciosas consideraciones contenidas en las dos citas que preceden, notemos los principales caractéres de este prodigio, y midamos, si es posible, sus diversos grados.

El primero consiste en el hecho material y tosco de la permanencia de un mismo poder, de una misma doctrina, de una misma disciplina, de una misma constitucion, de una misma forma, en una palabra, de una misma Iglesia, desde hace diez y ocho siglos; hecho único en el vasto campo de la historia, al cual nada se parece, y que sale de la esfera de los destinos humanos. Para medirlo en este primer grado, no es menester solamente mirarlo en los diez y ocho siglos pasados, sino en el presente, en el cual se aumenta, y en el porvenir que se abre á su presencia; y en el que las mas escudriñadoras miradas lo siguen hasta perderlo de vista mas allá de todo cuanto existe. Esto solo es extraordinariamente prodigioso.

Lo que aumenta mas el prodigio, es principalmente que semejante perpetuidad de un mismo poder no tiene lugar en medio de las inmóviles costumbres del Oriente, sino en el seno de la instable Europa, patria de las revoluciones, en una atmósfera de actividad incesante, en la que los hombres y los sucesos, las ideas y los hechos, se chocan de continuo sin tregua y sin descanso: océano furioso, ante el cual

la sede de la Iglesia ha sido siempre como el promontorio de las tempestades.

La Iglesia, en efecto, y esto es un grado mas del prodigio, no solamente ha vivido en medio de esta devorante actividad, sino que constantemente ha tomado en ella la primera parte, ha estado siempre en lo mas récio de la refriega; y, único personaje en tan vasta escena, en la que ha desempeñado el primer papel desde Neron, y de la que todos los demás actores han desaparecido, ha sido siempre y sigue siendo aun el director del drama.

Añadid además qué las mas veces esta actividad, que ha devorado á todos sus agentes, se ha dirigido contra la Iglesia: que mil veces ha tenido esta en sus manos los destinos del mundo, y que no hay tribulacion y ataque que no haya sufrido: la fuerza, la astucia, la política, el cisma, la herejía, la filosofía, el silogismo, el epigrama y el cadalso, y todo esto en grande escala, en lo que hay de mas infernal: *las puertas del infierno*, en una palabra, que al primer golpe hubieran estrellado á todo otro poder, y que se han estrellado contra este. *Es un yunque que ha gastado todos los martillos*, decia el protestante Teodoro de Beza; y lo mas notable aun en este lado del prodigio es que esos ataques que durante diez y siete siglos habian sido solo sucesivos contra la Iglesia, se concertaron y unieron para batirla en brecha todos á la vez en el siglo XVIII, y no han logrado mas que rejuvenecerla y sepultarse á sí mismos. ¡Con cuánto mas motivo que Pascal podemos nosotros, que hemos venido despues de esta última prueba; nosotros, que hemos sepultado á Voltaire, á la república y á Napoleon; nosotros, á quienes la Iglesia sepultará, exclamar: «Lo «admirable, incomparable y enteramente divino es que la Iglesia, «que ha vivido siempre, ha combatido siempre [1]!»

Hay mas, y hé aquí otro grado que aumenta mas el prodigio: esta Iglesia ha permanecido constantemente sin ceder ni acomodarse á nada: «Perecerian los Estados, dice Pascal, si con frecuencia no se aco- «modasen las leyes á la necesidad. La Iglesia, empero, no ha hecho «nunca nada de esto. Es necesario ó pasar por semejantes acomoda- «mientos, ó contar con milagros. No es extraño conservarse doble- «gándose, pero propiamente esto no es conservarse, y á pesar de esto, «todo perece al fin enteramente; no hay nada que haya durado quin- «ce siglos. El haberse conservado esta Religion siempre inflexible,

[1] Pascal, *Pensamientos*, 2.ª parte.

«es divino [1].» ¡Cuán bien justifican los hechos á esta observacion! Ella es toda la historia de la Iglesia. ¡Cuántas veces no ha desempeñado su destino contra todas las reglas de la prudencia humana! Es preciso que nos contengamos; pero contempladla ante Lutero, ante Enrique VIII, ante Napoleon, ante Lamennais; contempladla hace poco tiempo ante Prusia, ante Rusia y ante España; contempladla en la actualidad ante Inglaterra, que sin embargo vuelve á su seno, y que no le pide mas que una palabra para apaciguar la agitacion irlandesa, como cuando se separó de ella en tiempo de Enrique VIII no la pedia tampoco mas que una palabra para desatar los vínculos de su matrimonio con Catalina de Aragon; contempladla, en fin, en estos momentos ante el Austria. Nada la conmueve, nada la seduce ni la espanta: se le separa un reino ó vuelve á ella, un conquistador la amenaza ó la halaga; un genio, rey de las inteligencias, inclina ó levanta su cabeza ante ella, ¿qué la importa? no la preocupan mas que dos cosas: la caridad en todo, y la verdad como fin de todo. Esta es su política, este su interés de Estado. Mientras puede esperar algo de la reflexion ó del arrepentimiento, amenaza ó suplica; pero desde el momento en que se declara abiertamente la obstinacion, rompe con todo, y esta ruptura es siempre fatal á sus enemigos; al fin de todo se ve que ella es la única que ha conservado la vida. No llegando este caso espera siempre, porque el tiempo es suyo.

Por consiguiente, subsistir siempre en un mundo en que todo se precipita, en medio de una agitacion devoradora, tomando sin cesar una parte activa en esta agitacion, y subsistir siempre inflexible, ¿no es un gran prodigio, no es una señal cierta de verdad? ¡Qué! ¿dudais de una Religion que os ofrece en prenda de su verdad un prodigio semejante? ¡qué prodigio, pues, no debeis ser vos mismo!

Pero hay mas todavía, y vamos á llegar al colmo, despues de lo cual la incredulidad no puede ser sino un castigo.

Este prodigio que nos confunde, que es superior á la naturaleza, y por consiguiente á toda prevision humana, antes de que empezase á realizarse, cuando nada aun podia hacerlo augurar, y que todo lo existente le era esencialmente antipático, en medio de circunstancias personales que eran su nada, este prodigio, decimos, fue pronosticado por Jesucristo, y su realizacion no es mas que el cumplimiento de sus promesas.

[1] Pascal, *Pensamientos*, 2.ª parte.

El hecho es de los mas ciertos, de los mas patentes; no hay aquí la menor incertidumbre en la anterioridad de la prediccion, el menor equívoco en el sentido y significado de los términos; todo es auténtico y literal: las siguientes memorables palabras están grabadas con caractéres de luz:

TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA, Y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECERÁN JAMÁS CONTRA ELLA... ME HA SIDO DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA... COMO ME ENVIÓ MI PADRE, ASÍ OS ENVIO YO. ID, PUES, ENSEÑAD Á TODAS LAS NACIONES, Y ACORDAOS DE QUE YO ESTOY CON VOSOTROS TODOS LOS DIAS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS.

No hay que añadir ni quitar nada á estas palabras, para ajustarlas á los sucesos posteriores; abarcan toda su extension, toda su firmeza, toda su significacion. Si no se hubiesen dicho, y al presente, en que los sucesos se han desarrollado ya tanto, quisiéramos inventarlas para expresar este último fenómeno, no encontraríamos otras mas propias. Son, en fin, tan directas y precisas, que si estos sucesos no se hubiesen realizado, como lo han sido y continúan siéndolo, la falsedad de la Religion seria manifiesta.

Lo que lo es ahora es su verdad. Así como Jesucristo se obligó con nosotros por la promesa, nosotros estamos obligados con él por el cumplimiento. Son dos cosas recíprocas. Solamente el que hizo la una puede hacer la otra, y quien prevé y obra de este modo sobre el porvenir, no puede ser menos que un Dios.

Por este medio perpetuó y universalizó Jesucristo la fe en su divinidad entre los hombres; economía que no puede ser mas admirable. Vivió por espacio de como treinta años bajo la forma humana en Judea solamente, y despues desapareció. Pero ¿era esta toda la mision de un Dios, de un Dios venido para salvar al género humano? Siendo así, ¿cómo hubieran sabido los siglos futuros que vino con los caractéres demostrativos de su divinidad, y cómo hubieran podido aprovecharse de su venida? ¿De qué modo hubiera podido el género humano comunicarse con su Salvador? La fe hubiera debido irse debilitando con la impresion temporal y local de aquella intervencion pasajera... Pero esperad, y veréis el expediente de un Dios: forma una Iglesia, le da universalidad y perpetuidad, y se une á ella como se habia unido antes á la naturaleza humana.

Por este medio se pone en contacto con los hombres en la generalidad de todos los tiempos y lugares. Hace que entre ellos y él no me-

dien ni tiempos ni lugares. ¿Qué es, en efecto, mas que la division, lo que constituye los lugares? ¿en qué consisten los tiempos sino en la sucesion de las cosas? No existe tiempo mas que para lo que pasa; no hay distancias mas que para lo que se divide. En donde no hay mas que un hecho único, universal y continuo, no existe mas que un tiempo y un lugar. Los diez y ocho siglos transcurridos no son diez y ocho siglos sino para los acontecimientos que con su caida han ido marcando su curso; pero no para la Iglesia, que es un solo acontecimiento siempre universalmente presente, en el dia lo mismo que en tiempo de Carlo Magno, de Constantiño ó de Neron, como desde que Jesucristo le dice: *Yo estaré contigo todos los dias hasta la consumacion de los siglos.* Desde este momento está con ella, y nunca se le ha separado; y comunicando con la Iglesia, comunicamos tan directamente con Jesucristo, como los Apóstoles á quienes estas palabras se dirigieron.

Y ¡cosa profundamente admirable! cuanto mas nos vamos alejando de aquella época, mas esta comunicacion, que aun en el órden natural de las cosas deberia debilitarse, se aumenta hasta cierto punto por parte de Jesucristo en favor nuestro. ¿Cómo? porque el prodigio de la perpetuidad de la Iglesia va siempre creciendo cuanto mas dura, y revela cada vez mas en ella la presencia de Jesucristo; es este un argumento que cada año tiene mas fuerza. La manifestacion de Jesucristo se aumenta todos los dias por este medio con el prodigio de la perpetuidad de la Iglesia; sale y se desprende de él, uno tras otro van cayendo como velos todos los accidentes humanos que lo ocultaban, y al fin ya no quedará mas que él; él, no mas real pero sí mas manifiesto.

Indudablemente tenian los Apóstoles pruebas muy directas de la divinidad de Jesucristo: sus milagros, y sobre todo su resurreccion y ascension. Entre estos dos últimos milagros colocó Jesucristo la fundacion de la Iglesia, y la promesa de su sobrenatural perpetuidad. Todo esto se necesitaba para hacer creer á los Apóstoles en ella: tan contrario le era todo en el mundo, empezando por ellos mismos. Ellos, ignorantes, groseros, débiles, abandonados de la visible presencia de Jesucristo, que hasta entonces no les habia bastado; ¡ellos convertir el mundo! ¡hacer lo que el mismo Jesucristo no habia hecho! ¡sostenerse y perpetuarse en semejante empresa hasta el fin de los tiempos! ¡Qué experimento para su fe! pero al mismo tiempo ¡qué pruebas las de la resurreccion y ascension! — Ahora bien, respecto de

nosotros, las cosas están trocadas. Lo que para los Apóstoles era prueba, la personalidad gloriosa de Jesucristo, se convierte para nosotros en experimento, á medida que el tiempo va debilitando su impresion y alejando su plan histórico; y lo que para ellos era experimento, la conversion del universo y la perpetuidad de la Iglesia, se va haciendo en la misma proporcion prueba para nosotros; y de este modo todos tenemos iguales méritos ó prendas iguales, aunque diversas, de la misma fe: la de los Apóstoles fue experimentada y probada en lo que tenemos nosotros por evidente, y nosotros lo somos en lo que ellos presenciaron.

Oigamos á san Agustin explicando á su pueblo esta rica economía, que es un bello trozo de sus escritos:

«Estaba Jesús en medio de sus discípulos, dice á los fieles congre-«gados el dia de la fiesta de la Ascension; los discípulos lo vieron su-«frir, lo vieron clavado en la cruz; y luego en seguida lo vieron pre-«sente y vivo despues de su resurreccion. ¿Qué fue, pues, lo que no «vieron? el cuerpo, es decir, la Iglesia. Vieron todo lo demás, pero «no el cuerpo. Vieron el esposo, pero la esposa se hallaba oculta to-«davía. Por esto la habia tambien anunciado con anticipacion; pues «está escrito: *De este modo debia el Señor sufrir, y al tercero dia re-«sucitar de entre los muertos.* Aquí está el esposo. Y ¿qué dice de la «esposa? *Y en su nombre la penitencia y la remision de los pecados se-«rán predicadas en todas las naciones, empezando por Jerusalen.* Esto «no lo vieron aun los Apóstoles. No vieron la Iglesia propagada por «todas las naciones, empezando por Jerusalen; vieron la cabeza, y «por esta creyeron en todo el cuerpo: por lo que veian creyeron en «lo que no veian. Nosotros somos como ellos. Vemos cosas que ellos «no vieron; y ¿qué cosas son estas? La Iglesia extendida por todas «las naciones. ¿Qué es lo que no vemos nosotros que ellos vieron? «Jesucristo bajo la forma humana. Pues bien; así como ellos viendo «aquello creyeron en el cuerpo, es decir, en la Iglesia, nosotros que «vemos el cuerpo, creamos en la cabeza. ¡Ojalá pueda de este modo «lo que vemos sostenernos mútuamente en la fe! La vista de Jesu-«cristo los sostenia á ellos, y les hacia creer en la Iglesia, que des-«pues debia formarse; la vista de la Iglesia debe sostenernos á nos-«otros tambien, para hacernos creer en Jesucristo resucitado. Su fe «ha sido satisfecha; tambien lo será la nuestra. Su fe en la Iglesia ha «quedado realizada; la nuestra en Jesucristo se realizará tambien. «Como á nosotros, les era conocido Jesucristo todo entero; pero no

«lo vieron todo entero, como tampoco lo vemos así nosotros. Ellos «vieron la cabeza y creyeron en el cuerpo; nosotros vemos el cuerpo «y creemos en la cabeza [1].»

Estas palabras se pronunciaron hace mas de catorce siglos. ¡Cuánto ha crecido desde entonces el cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia! Si san Agustin veia lo que los Apóstoles no habian visto, nosotros podemos tambien decir que vemos lo que el mismo san Agustin no habia visto. ¿Qué vemos que él no hubiese visto? La perpetuidad de la Iglesia, de la cual él no habia visto mas que la universalidad, y los Apóstoles ni la perpetuidad ni la universalidad, sino solamente al jefe. Y así como los Apóstoles, sobre la fe en el jefe, creyeron en la universalidad y perpetuidad, y san Agustin, sobre la fe en la universalidad, creyó en el jefe; asimismo y con mayor razon nosotros, sobre la fe en la perpetuidad y universalidad, debemos creer en Jesucristo y su Iglesia.

La perpetuidad de la Iglesia es, pues, y será cada vez mas la prueba sensible de la divinidad del cristianismo, para las generaciones que se vayan sucediendo. En la actualidad sobre todo, es la gran prueba del dia, porque se ha hecho mas prodigiosa por la prueba-mónstruo por que acaba de pasar, y por ese gran contraste que forma su inalterabilidad con la ruidosa ruina de nuestras revoluciones.

Los enemigos del cristianismo conocen bien que este es su lado fuerte, su verdadero milagro; por esto se esfuerzan en aminorarlo y disminuirlo. No pueden hacer que la Iglesia no viva, que no viva despues de diez y ocho siglos, que no sobreviva milagrosamente al mas furioso ataque que haya sufrido jamás. Pero hé aquí cómo eluden el prodigio. Empiezan diciendo que la Iglesia *va á morir*...; en seguida convierten este sencillo aserto, por medio de gratuitas suposiciones, en una realidad, profetizando y transportándose mentalmente á una época supuesta, que nunca llegará..., y acaban por asistir á su entierro, como si aquella época hubiese llegado ya... ¡Qué puerilidad! Se nos figura estar viendo á aquellos insectos de las orillas del Hipanis, que segun Aristóteles viven un dia, y que, como dijo un autor espiritual y anónimo, midiendo el universo por su corta duracion, se anuncian unos á otros, á eso de las cinco de la tarde, que dentro de muy poco la naturaleza debe acabar, y que el mundo va á desaparecer dentro de un *centenar* de minutos. — Los de las orillas del Sena

[1] Sermo IV, *in festo Ascensionis.*

son mas generosos con la Iglesia: llegan hasta concederle *trescientos* minutos.

¿Quereis oir unas palabras que los confundan y os conforten?

«Al presente, escribió una pluma ilustre, miran á la Iglesia y di-«cen: *Va á morir, y muy pronto desaparecerá su nombre, y no habrá «ya cristianos: llegó su hora;* y mientras están diciendo esto, veo que «mueren ellos todos los dias, y, sin embargo, la Iglesia permanece «siempre en pié, anunciando el poder de Dios á todas las generacio-«nes que se van sucediendo.»

Estas palabras fueron pronunciadas por san Agustin [1] hace ya catorce siglos.

De modo que á lo menos hace catorce siglos que la Iglesia *va á morir;* y como las cosas siguen del mismo modo y la Iglesia *va* SIEMPRE *á morir*, se puede deducir de aquí que *no morirá* JAMÁS.

Sin duda es esto cierto: la Iglesia va siempre á morir, y esto es precisamente lo que hace de su perpetuidad un prodigio grandísimo. Dios ha permitido que estuviese siempre humanamente en peligro, para mejor demostrar que se halla siempre divinamente asistida. Por esto su historia, desde el Calvario hasta Fontainebleau, no es mas que una sucesion de crísis desesperadas, que le hacen volver á encontrar el principio de la vida en sus extremos, y que la prueban en la ignominia y la sangre. Decís que va á morir: luego va á vivir; luego va á producir. Ha muerto ya: luego va á resucitar gloriosa. La Iglesia no está en estado de temer la tumba, porque allí es donde nació. Su divisa será siempre aquella del Apóstol: *Cum infirmor, tunc potens sum.* No hablamos así solamente en nombre de la fe, sino tambien en el de la historia: nosotros mismos lo hemos visto ya.

Pero nuestra fe no se halla en el dia sometida á semejante prueba; estamos en uno de esos intervalos en que la Iglesia recoge los frutos de una lucha reciente, y ve volver á ella las olas amansadas del espíritu humano. En esta inteligencia, nunca fue menos exacto decir que la Iglesia va á morir; al contrario, parece que todo va preparando su triunfo. El soplo de una impiedad de colegio puede muy bien hacer arrugar la superficie de las cosas en Francia, pero en el fondo

[1] Enarr. *in Ps.* LXX, 12. — Que vengan á decirnos todavía: Esta Iglesia ha vivido sobrado tiempo, ya es anticuada. ¡Ó palabra impía! ¿Por qué vosotros os habeis separado de ella, decís que no existe? Reflexionad que sois vosotros los que bien pronto vais á desaparecer, y que sin vosotros ella existirá siempre. (Enarr. *in Ps.* CI).

se están obrando, de seguro, la calma y el retorno. La causa de la civilizacion se halla ahora mas que nunca indentificada con la del cristianismo. Esta verdad es de una experiencia demasiado reciente para poderla olvidar tan pronto, y entretiene además el presentimiento de las peligrosas transformaciones que aun nos faltan atravesar. En el dia hay necesidad de la Religion para ir formando las nuevas sociedades, para suavizar las relaciones, para hacer menos violentas las transiciones, para asegurar los derechos sobre los deberes. La única religion positiva es el cristianismo, y no hay cristianismo perfecto sino en el catolicismo. No siempre se dice así, y hasta á veces oimos lo contrario; pero en el fondo se siente y se piensa así, y la fuerza de las cosas conduce siempre á ello: todo lo demás puede considerarse como superficial. Alcemos la vista, y examinemos lo que está pasando en el mundo: esa reciente manifestacion del fervor católico en Alemania; ése hermoso espectáculo de la moderacion católica en la agitacion política de la Irlanda; ese profundo movimiento de retorno hácia la unidad católica en Inglaterra; el concurso providencial de este último movimiento, con la caida de los imperios de Oriente, y su ocupacion por las potencias europeas, entre quienes será la Inglaterra la mas activa y la mas numerosa; la necesidad de civilizar á ese nuevo mundo, es decir, de cristianizarlo, y la reaccion que de aquí resultará sobre las costumbres de la misma Europa; la pronunciada tendencia de las costumbres hácia la universalidad, y la unidad que se manifiesta y aumenta en las creaciones de la industria: hé aquí porque, aun circunscribiéndonos á las grandes líneas de nuestro horizonte, nos atrevemos á esperar que la Iglesia va á vivir ahora mas que nunca; y profecía por profecía, preferimos la siguiente de Mr. de Maistre: *Dentro de cien años la Francia será cristiana, la Inglaterra católica, y los pueblos de Europa irán á Constantinopla á cantar un Te Deum en la basílica de Santa Sofía.*

Pero ¿qué necesidad tenemos de abandonarnos á conjeturas? El prodigio se ha ido desarrollando de tal manera, hasta nuestros dias, que puede decirse que ha pasado ya al estado de *ley*. El hecho histórico de la perpetuidad de la Iglesia despues de diez y ocho siglos, considerado en todos sus caractéres y los sucesos que lo constituyen, es tal, como lo probó Mr. Macauley, que no se puede concebir cómo podria dejar de continuar. Si la Iglesia hubiese debido perecer, habria perecido ya mas de mil veces, y nada le puede ocurrir por parte de los hombres, ni de las cosas, ni del tiempo.

que no lo haya atravesado ya. El pasado le responde del porvenir.

Existirá, pues, siempre, como ha existido, lo mismo despues que antes; en el pueblo cristiano hasta el fin del mundo, lo mismo que en el pueblo judío desde su principio; en la série de los Papas, remontándose hasta á los Apóstoles, como en la série de los Profetas, remontándose hasta á los Patriarcas: apoyándose en ambos lados, y enlazándose toda en su piedra angular y su jefe Jesucristo.

Con este infinito encadenamiento y esta inmutable fijeza se despliega á nuestra vista el edificio augusto del cristianismo, participando de la eternidad en el tiempo, y formando como el istmo de la verdad en el océano de las edades.

En verdad que es esta la obra de Dios, y su maravilla respecto de los hombres.

Únicamente su mano podia darle semejante extension y estabilidad.

El mismo patriarca de la incredulidad se vió forzado á reconocerlo:

«El judaismo, dice, la religion de Zoroastro y el sabeismo, se arrastran por el polvo. El culto de Tiro y de Cartago cayó con estas «soberbias ciudades. La religion de Milcíades y de Pericles, la de «Paulo Emilio y de Caton, no existen ya; la de Odin desapareció; «hasta la lengua de Osiris, que fue despues la de los Tolomeos, es «ignorada de sus descendientes; el teismo puro no ha existido jamás. «Solo el cristianismo quedó en pié en medio de tantas vicisitudes y «en el estrago de tantas ruinas, inmutable siempre como el Dios que «es su autor.

«La verdad permanece eternamente: los fantasmas de las opinio–«nes pasan como los sueños de un enfermo.

«La Religion, segun confesion de todos, existe hace seis mil años, «y las sectas nacieron ayer. *Me veo obligado á creer y admirar* [1].»

[1] Voltaire, citado en la *Razon del Cristianismo*, en la palabra AVEUX.

CAPÍTULO IX.

CONCLUSION.

Reducidos acá en la tierra algunos flotantes restos de verdad, restos de un gran naufragio, el misterio de nuestro destino nos cerca por todas partes como un vasto océano. A cualquiera lado que nos volvamos, por mas que hagamos, lo volvemos á encontrar sin fondo ni orillas, esperando el momento de tragársenos. Es esta una condicion bien miserable por cierto, y en la que el orgullo no tiene de qué alimentarse. Pero por otra parte, la incuria y el escepticismo no son el estado natural de nuestra alma, criada para la dicha y la verdad. A menos que cerremos los ojos, que no queramos reflexionar, que abdiquemos la facultad de pensar, y que nos rebajemos hasta á la vida animal, que no se cuida de saber ni de dónde procede ni á dónde se dirige, pues sus apetitos brutales la limitan á lo presente, es preciso que sepamos sentir esta gran miseria, y la noble pero laboriosa necesidad de remediarla; es preciso que sepamos tentar la navegacion de la inteligencia, y que en una situacion tan desesperada no repudiemos el auxilio de una embarcacion salvadora que se nos presenta para admitirnos á bordo y llevarnos á la tierra natal.

Pero ¿existe realmente este auxilio? ¿Hay para nosotros un medio seguro para reconocernos y encontrarnos en este vasto abismo; para saber con exactitud lo que somos, lo que hemos sido, lo que deberémos ser; cuáles son nuestros destinos mas allá del tiempo, y lo que nos espera despues de la muerte, en esa eternidad impenetrable y muda, que aquella va siempre abriendo y cerrando, sin que jamás podamos sorprender su secreto; para conocer el término de ese terrible juego que estamos jugando á la fuerza con ella, y para portarnos desde ahora en cada una de nuestras acciones, de nuestras voluntades y pensamientos, de modo que podamos con seguridad alcanzar los bienes y evitar los males enormes que le son consiguientes? ¿Hay, decimos, una religion cierta que nos instruya y asegure en todas estas cosas; que nos levante de nuestras ruinas, y nos restaure en nuestra grandeza; y que sea para nosotros la luz que precede en la oscu-

ridad, el camino que conduce á la vida por entre los senderos que guian hácia la muerte, una mano que salva y de la cual podamos asirnos para levantarnos? En una palabra, ¿el cristianismo (pues ninguna otra pretendida religion podria sufrir semejante pregunta), es la verdad?

¡Qué pregunta para los hombres que tengan conciencia de su valor!

Hé aquí cómo refiere el historiador Thierry la impresion que ella causó á un bárbaro:

«Habiendo Paulino, misionero católico, abordado á la tierra de los sajones para predicar en ella la luz del Evangelio, se dirigió primero al rey Edwin, que á la sazon los gobernaba, y logró convencerlo de la verdad de su doctrina. Pero esta conversion, enteramente personal, imponia al apóstol una tarea mas difícil: la de hacerse escuchar de la nacion, sobre todo, habiendo declarado el rey que dejaria á esta la libertad de su creencia. Sin embargo, Paulino obtuvo de él que el gran consejo nacional, compuesto de los magistrados, de los ricos propietarios, de los militares de alta graduacion y de los sacerdotes de los dioses, se reuniria para deliberar sobre tan grave asunto. Empezó el rey exponiendo á la asamblea los motivos de su cambio de creencia; y dirigiéndose despues sucesivamente á cada uno de los asistentes, les fué preguntando á todos lo que les parecia de la nueva doctrina. El jefe de los sacerdotes, que fue el primero que tomó la palabra, confesó la impotencia de sus propios dioses. En seguida se levantó uno de los jefes de los guerreros y habló así:

«Acaso te acuerdes, ó rey, de una cosa que sucede á veces en los «dias de invierno, al hallarte sentado á la mesa con tus capitanes «y hombres de armas, al rededor de la lumbre, cuando tu sala está «muy caldeada, pero que llueve, nieva, y sopla el viento por fuera. «Viene un pequeño pájaro que de un vuelo atraviesa la sala, entran«do por una puerta y saliendo por otra: el momento de esta travesía «es para él de completa felicidad, pues no siente ni la lluvia ni la tem«pestad; pero el momento es rápido, el pájaro desaparece en un abrir «y cerrar de ojos, y del invierno vuelve al invierno. Tal se me figura «la vida de los hombres sobre esta tierra, y su curso de un momento, «comparado con la extension del tiempo que la precede y la sigue: «este tiempo es para nosotros tenebroso é incómodo, y nos atormenta «con la imposibilidad de conocerlo [1]. Por consiguiente, si la nueva

[1] Es cosa muy curiosa el hallar en este sajon el mismo tormento que nos

«doctrina puede enseñarnos algo cierto sobre esto, merece que la si-«gamos [1]. »

Esta gran cuestion, cuya importancia conocia tan bien aquel bárbaro, es la que acabamos de agitar en los presentes *Estudios*, y sobre la cual cada uno de los que nos han seguido puede ya fallar. Como el rey Edwin, hemos expuesto nuestras razones para creer en la verdad del cristianismo y abrazarla. Indudablemente lo hemos hecho con mas celo que habilidad; estamos léjos de haberlo dicho todo, de haberlo dicho bien, y nuestra flaqueza ha hecho mas de una vez traicion á nuestros designios; sin embargo, apelamos á las impresiones que en nuestra obra hayamos podido causar para la conclusion que de toda ella debe deducirse.

La fuerza de esta conclusion puede á nuestro modo de ver graduarse del modo siguiente:

Es posible la verdad del cristianismo;
Es probable;
Es cierta;

Y cada uno de estos grados de afirmacion lleva consigo, y en una proporcion siempre creciente, la necesidad lógica de abrazar esta Religion santa.

I. Y en primer lugar, para sentir toda la exactitud de esta conclusion en este primer grado: la verdad del cristianismo es posible, es menester proponernos la cuestion contraria: ¿Jesucristo es un charlatan ó un impostor? ¿Son mas que juego su doctrina, su moral, sus promesas y sus amenazas? ¿El cristianismo es una falsedad manifiesta? ¿Es esto una cosa clara? ¿Es cosa demostrada? ¿Podemos quedarnos tranquilos sobre esta conclusion, y no inquietarnos mas sobre el

pinta Pascal para conducir el hombre al estudio de la fe, y cási en los mismos términos que este lo hace: «Cuando considero, dice, lo poco que ha de durar «mi vida, absorvida, por decirlo así, en el océano de esta eternidad que me «ha precedido, y que me ha de seguir, me espanta el silencio eterno de esos «espacios infinitos... Como no sé de dónde vengo, ni á dónde voy, sabiendo «únicamente que al salir de este mundo voy á caer para siempre ó en la nada, «ó en las manos de un Dios á quien he irritado, sin saber cuál de estas dos «condiciones ha de caberme por toda una eternidad.» (*Pensamientos*, t. I, p. 224, y t. II, p. 9).

[1] *Historia de la conquista de Inglaterra*, por Thierry, t. I. p. 105.

Evangelio que sobre el Alcoran, no hacer mas caso de Jesucristo que de Júpiter ó de Brahma?...

Si no fuera un loco ¿habria hombre que se atreviese á decirlo?

Suponiendo que no esté rigurosamente demostrada la verdad del cristianismo, ¿se sigue de esto que haya de rechazarse? De ningun modo, porque tampoco se halla demostrado el que sea falso; y para poderlo dejar en paz, seria preciso que así fuese. El mas mínimo grado de posibilidad de que Jesucristo sea Dios, que es como si dijéramos, que es para nosotros la vida ó la muerte eterna, es suficiente para conducirnos en su seguimiento, y á averiguar cada dia mas la verdad de su palabra. Porque como nada se arriesga á seguirle, aunque no sea Dios, y es espantoso el peligro de no seguirle si lo es, esta simple *posibilidad* de que lo sea basta para convencer de que es un loco cualquiera que no le sigue, y no procura saber lo que hay de esto por medio de una experiencia personal.

Esto es lo que sugeria el simple buen sentido al guerrero sajon al dar su parecer tan cuerdo: «Si la nueva doctrina puede enseñarme «algo cierto sobre esto, merece que la sigamos.»

Y esto es lo que inspiraba una sana filosofía á un sábio del último siglo, que experimentó la amistad y la enemistad de Voltaire, á Maupertuis:

«No es necesario, decia, que la verdad de la Religion cristiana sea «demostrada para condenar al Impío, bastando solo que sea posible; «porque el mas mínimo grado de posibilidad hace insensato todo lo «que se dice en contrario. Y preguntamos nosotros, ¿qué espíritus «hay tan cortos ó tan falsos para creer como demostrada la imposi«bilidad de la Religion cristiana?

«No es propio de filósofo el negar lo que no es imposible, como no «es de hombre sensato el acometer un tan gran peligro [1].»

«Si nos falta el último grado de evidencia, añade en otra parte con «mucho juicio, pruebas tenemos bastante fuertes para persuadir«nos... Tiene sin duda alguna la verdad de la Religion todo aquel gra«do de claridad que debe tener para dejarnos el libre uso de nues«tra voluntad. Si la razon llegaba á darnos de ella una demostracion «rigurosa, nos veríamos obligados á creer, y nuestra fe seria pura«mente pasiva [2].»

[1] Œuvres de Maupertuis, t. II, *Lettre XVII sur la Religion.*

[2] Œuvres, t. I, *Essai sur la Philosophie morale.* — Los sentimientos y la conducta de Maupertuis no estuvieron por cierto en contradiccion con estas

Los incrédulos están siempre clamando que se les pruebe hasta la evidencia (y ¡sabe Dios qué evidencia es la que piden!!!) la divinidad del cristianismo. Esta última reflexion de Maupertuis, que la hemos hecho con frecuencia nosotros mismos, condena plenamente su exigencia, tanto mas, como añade él, que la naturaleza de una Religion divina exige que se presente relativamente oscura á la debilidad de nuestra razon. Así, pues, no tenemos que probar nosotros *hasta la última evidencia*, hasta *la evidencia invencible*, la verdad de la Religion; porque esto ni es necesario, ni debe ser, y en un cierto sentido no es posible atendiendo á la naturaleza y al objeto de la Religion. Pero lo que sí seria necesario, lo que sí deberia ser; y lo que seria posible en el partido de los incrédulos, si fuese razonable, seria que nos probasen ellos hasta la última evidencia la falsedad de la Religion cristiana, y que estuviesen de ello plenamente convencidos. Ellos son los que deben decir cosas enteramente claras y decisivas contra la Religion; y esto de su parte es absolutamente indispensable para poder justificar este partido tan aventurado en que se empeñan de insultarla. Esto por otra parte debe serles muy fácil, porque nada debe impedirles de que vean y de que hagan ver una falsedad tan grosera, como se ve claramente que lo es la falsedad de todas las otras religiones.

Pero no; mucho es lo que en ello trabajan sin serles posible jamás el llegar á una demostracion semejante.

Quedamos, pues, que á lo menos es posible que el cristianismo sea verdadero; que es posible que Jesucristo sea Dios; que es posible que sea obligatoria su ley; que es posible que sus promesas no menos que sus amenazas sean seguidas de un efecto eterno...: por consiguiente, debemos seguirla.

Si fuese posible el abstenerse de tomar partido ya sea en pro ó ya en contra de él, seria concebible el que se hiciese; pero no hay remedio, su doctrina (y esto es un sello de su divinidad) es tan precisa y absoluta que, como él mismo nos lo ha dicho: *El que no está por él, está contra él.* Ya seria tomar partido el no tomarlo; seria tomar el partido de arriesgar su eternidad contra la posibilidad de que en ello esté empeñada... Por consiguiente, repetimos, esta sola posibilidad ya es determinante.

Y esto tanto mas que la razon comprende muy bien que Dios ha de-

juiciosas palabras; pues que murió *entre dos capuchinos*, dice Voltaire, que lo persiguió hasta en su agonía. Es odioso y sienta muy mal, dice Mr. Villemain, ese ridículo, lanzado sobre los últimos momentos de un enemigo.

bido reducir al principio la luz de su verdad á la proporcion de esta simple posibilidad, para poner en prueba nuestra voluntad y dejarle el mérito de un primer esfuerzo; y que haciendo ella este esfuerzo, enseña la experiencia que no se para en esto aquella luz, sino que se difunde y satisface á medida que uno le es fiel.

Aunque, pues, no hubiéramos podido sacar otra cosa de nuestros Estudios que este resultado: La verdad del cristianismo *es posible*, ya habríamos logrado nuestro objeto. Podemos, empero, decir sin presuncion, que estamos seguros de este primer resultado.

II. Pero hemos penetrado aun mas adelante; hemos debido convencer á todo lector, que nos haya leido con atencion, que la verdad del cristianismo no solo es *posible*, sino tambien *probable* é *infinitamente probable;* con lo que hemos aumentado con la misma proporcion la fuerza de conclusion práctica que resultaba ya de su sencilla posibilidad.

Lo que hace probable y muy probable la verdad del cristianismo es primeramente el que sea posible. No aventuramos nada al adelantar una asercion semejante.

Es tan grande la distancia que hay entre las obras de Dios y las de los hombres, que no es fácil hacer ilusion por mucho tiempo á los ojos de la razon humana fingiéndole una Religion divina, sobre todo cuando esta razon es ilustrada, y que desconfia hasta el punto que lo hace hoy dia.

Y sino, dad una mirada á todas las otras religiones: ¿cuál hay que no sea claramente falsa, y de la que pueda decirse como del cristianismo, que es *posible* que sea verdadera? ¿Sobre qué otra Religion hubiéramos podido hacer este largo y concienzudo trabajo? Es evidente que no pueden soportar el exámen; y así es como le evitan, como lo apartan de ella cuanto les es posible, y se envuelven gustosas con una fraudulenta oscuridad, en la que tampoco les ha hecho el honor de perseguirlas la controversia. Tienen necesidad de países salvajes, de pueblos embrutecidos y enervados, sobre los que reinan por medio de la ignorancia y de la impostura; y cuando el aire libre de la razon llega á tocarlas, se deshacen y se resuelven en polvo como las momias.

El cristianismo es el único capaz de sostener el exámen; ¿qué digo? él mismo lo provoca, le apura, y sale de él siempre victorioso: no habiendo mas que los sofistas y los majaderos que se rehusen á ello. Hemos hecho tres tomos de Estudios filosóficos sobre él, mas de cien mil

se han hecho antes de nosotros, y el resultado ha sido siempre el de Bacon: *Poca ciencia aparta de la fe, y mucha ciencia hace volver á ella.* Ved como en la corta y débil experiencia que hemos hecho de esta verdad, cuánto nos ha sido confirmada en todos sus puntos: sobre los hechos primordiales del cristianismo, sobre sus dogmas, y sobre sus fundamentos históricos.

Sus hechos primordiales: haciéndoles pasar por el triple crisol de la ciencia, en lo que tiene ella de mas positivo, de mas exacto, y mas impreconcebible, hemos visto como se ha desvanecido todo lo que chocaba á la razon en la relacion de Moisés; y como sus misterios han venido á confundirse con los misterios de la naturaleza y de la ciencia, ó mejor con sus incontestables verdades.

Sus dogmas: creemos haber disipado todo lo que la ignorancia y la prevencion se complacen en ver en ellos contradictorio con los principios necesarios de la razon, y haber descubierto en ellos las relaciones mas bellas, las mas fecundas y luminosas, ya sea con nuestro espíritu y nuestro corazon, ya sea tambien con nuestras necesidades y destinos. Es muy cierto que exceden en parte á la razon, mas de ningun modo la son contrarios: son misterios y no absurdos. Por otra parte, este carácter misterioso léjos de ser contrario á su verdad, es su condicion indispensable. Porque ¿cómo es posible que una Religion verdadera, á saber, que tiene por objeto al infinito, no sea misteriosa en este objeto, ya que la naturaleza, que no puede ser sino limitada, está sembrada de cosas misteriosas y las mas chocantes? Las mismas verdades matemáticas ¿no nos presentan acaso aspectos bajo los que nos escandalizan, y se presentan como falsas á todos los que no están iniciados en los secretos de la geometría? ¿Por qué trastorno, pues, de ideas, decimos con razon, por qué absurdo se pretenderia que fuese menos misteriosa la esencia que sus emanaciones, y la Verdad que las verdades? Esto no quiere decir que la Verdad sea en sí misma realmente oscura, porque es la misma luz; sino que por esto mismo que es luz nos deslumbra, y parece oscura á nuestra razon enferma, demasiado débil para sufrir sus resplandores. El velo del misterio no está sobre ella, sino sobre nuestro ojo: es el velo de nuestra debilidad por respecto á su sublimidad. Y ¿no vemos todos los dias que, aun en el órden de las verdades naturales y entre los hombres, el grado de claridad depende de la proporcion que hay entre las ideas del que habla y las del que escucha? y aquí la proporcion es inconmensurable. La distancia que va entre la inteligencia de un Newton y la de un campe-

sino es limitada, y sin embargo este último hallaria misterios en las concepciones de aquel. ¿Cuánto mayor es el misterio que ha de encontrarse entre la distancia infinita que separa la Suprema Inteligencia de la inteligencia humana, aunque fuera la de un Newton? Si los dogmas cristianos son realmente revelados por Dios, es preciso que nos parezcan incomprensibles [1]; su misteriosa oscuridad no es, por consiguiente, una prueba de que sean improbables, antes bien las relaciones misteriosas que nos descubren á proporcion de lo que les vamos estudiando mas y asimilándonoslos por la fe, nos conducen cada vez mas á reconocer su profunda verdad.

Por fin, hemos hecho la prueba de la verdad de las palabras de Bacon en las pruebas históricas del cristianismo, que hablando con todo rigor son sus verdaderos fundamentos. Cuanto mas se las discute, tanto mas exactas se las encuentra; cuanto mas exacto y riguroso es el exámen que de ellas hacemos, tanto mas nos sorprenden su fuerza y su resplandor. Y lo mas notable que hay aun es que, tanto á este como á los demás puntos del cristianismo, las objeciones le aprovechan. Porque no solo las resuelve, sino que saca de ellas nuevas consideraciones en apoyo de su verdad; y hemos deseado muchas veces que sobre la exposicion que de ellas hemos hecho, se nos dirigiesen objeciones, porque estamos seguros de que solo vendrian á atizar el foco de su luz y á suministrarnos la ocasion de difundir mas y mas sus resplandores.

Y nótese bien, que entre todas las religiones no hay mas que el cristianismo que haga esto: no hay mas que él que tenga pruebas, y que entre á discutir las objeciones que se le hacen. Seria inútil el pedir pruebas á las otras religiones; pero el cristianismo no espera que se las pidan; sino que las ofrece y las presenta á todos: y ¡qué pruebas! pruebas numerosas, diversas, formales, eminentemente capaces de ser discutidas, en una palabra, hechos: se abandona, se descubre á la controversia sobre mil puntos, cuando bastaria que uno solo de ellos fuese falso para quedar confundido: ¡y sin embargo todavía no se ha podido confundirle! ¡y en último resultado su verdad es posible!!! Por consiguiente es probable, por no decir cierta.

Es cierto que es atacado, y que lo ha sido en todos tiempos; en todos tiempos ha habido hombres, y hombres de talento, y hasta hombres de ingenio, que le han rehusado su adhesion, y que han hecho to-

[1] Nos complacemos en dejar bien sentada por última vez esta verdad.

dos sus esfuerzos para arrebatarle la de los demás. Este hecho es verdadero, y no tratamos de disimularlo; pero ¿qué es lo que prueba?

Prueba y aun prejuzga por tres razones la verdad del cristianismo:

En primer lugar, el cristianismo no puede ser verdadero sin que sea santo, y no puede serlo sin declarar guerra á las pasiones, y por consiguiente sin que estas se la declaren. El ser atacado de esta manera es su verdad y su vida, y aun su gloria. Es una prueba eminente de la santidad del cristianismo la oposicion furiosa que siempre halló en ciertos talentos superiores, mas corrompidos; porque es tan santo, que la corrupcion ciega el ojo mismo del ingenio con respecto á su verdad. Y como su santidad es la esencia de su verdad, se sigue que los ingenios corrompidos que la combaten son una prueba tan eficaz de su verdad, como los ingenios virtuosos que la defienden. Los sarcasmos del autor de la *Pucelle*, y los sofismas del autor de la *Héloïse* contra el cristianismo, confirman las poderosas apologías de Bossuet y de Pascal.

En segundo lugar, no se ataca sino á lo que es fuerte y capaz de resistir. De aquí es que, si el cristianismo no fuese verdadero, tiempo há que no se hablaria de él, ni se escribirian contra él libros; ni se habrian hecho nunca. ¿Quién ha pensado en atacar jamás de un modo semejante á Júpiter, á Mahoma ó á Brahma? La estupidez ó la corrupcion forman sus adoradores, y no han conocido jamás impío alguno; y si algun *sábio* les ha rehusado su incienso, ha sido únicamente en su corazon, sin haberse dignado preparar argumentos para combatirlos, contentándose con sonreirse. Mas por lo que toca al cristianismo, es cosa muy distinta, es preciso hacer libros, hacer millones de libros, y aun montañas: desde hace diez y ocho siglos que es lo único que se hace, siempre se vuelve á comenzar, mas siempre sin fruto alguno. Es evidente que si el cristianismo no hubiera tenido la verdad en su favor, se hubiera hecho imposible su defensa, y despues de tantas discusiones se hubiera puesto de manifiesto su falsedad, y se hubiera hallado su parte flaca, el lado del error cierto, y seria negocio concluido... Pero no: se continúa siempre en atacarle: por consiguiente es invulnerable.

Es cosa admirable, en efecto, que todos estos ataques, tan prolongados y tan furiosos, no hayan podido arrancar ni un grano de arena á la masa imponente de su apología. Hace ya cási dos mil años que dura el combate, y su terreno ha quedado idénticamente el mismo, sin haber retrocedido el cristianismo ni un solo paso: son las mismas

y siempre idénticas sus pruebas, sin que ni una sola se haya debilitado bajo los golpes de la discusion, y no ha tenido necesidad ni aun de ser modificada. En el año de gracia de 1848, como Orígenes en el de 200, y como san Justino en el de 138, hemos presentado nosotros al pueblo judío en sus dos estados, hemos presentado el carácter de Jesucristo, los Evangelios, las profecías, los milagros, el gran prodigio de la predicacion apostólica, y la conversion del universo á la cruz de Jesucristo; la moral divina del cristianismo, sus dogmas, sus frutos, su estabilidad, su perpetuidad, etc., todas sus pruebas, en fin, con la misma fuerza, con la misma confianza, y no hay quien pueda levantarse y decirnos: Tal prueba ya nada prueba; se halló contra ella tal respuesta, tal documento, tal hecho, que la desmiente ó la debilita: nadie puede decirnos tal. Que nos diga ahora todo hombre de reflexion y de conciencia: ¿es posible que el error tenga tal fortuna y una integridad semejante? Sin embargo el tiempo ha cambiado cien veces el aspecto de las cosas humanas, y ha producido millones de combinaciones funestas para el error; y no obstante el espíritu humano ha ido adelantando, se ha ilustrado, se ha agitado, y al paso que se ha ilustrado y puesto en movimiento, no ha cesado de buscar en su parte corrompida el lado débil del cristianismo, que con su santidad lo está hiriendo.

Una cosa hay todavía mas admirable. Seria muy singular la fortuna de esta Religion, si no es la misma verdad. Porque por el espacio de mil setecientos años no cesó de encontrar á su paso por el mundo mas ó menos ataques que la probaron sin hacerle perder ninguna de sus ventajas, pero tambien hallaba testimonios de fidelidad y de decision que la consolaban y honraban. Vino un siglo corrompido, aunque ilustrado por su inteligencia: le ciega su corrupcion sobre la verdad de esta Religion santa, y le sirve maravillosamente su inteligencia para combatirla. Quiere la casualidad que se liguen al mismo tiempo contra ella hombres de ingenio, no encontrando para oponérseles sino unos vulgares defensores. Los grandes atletas de la fe, Bossuet y Pascal, habian ya descendido á la tumba; Voltaire y todo el ejército enciclopédico que está á sus órdenes entra en batalla contra el *Infame,* y no se encuentran sino con unos adversarios mas propios para hacer el gasto á su honor sarcástico y burlon por la sencillez del celo, que á detener su curso por la altura de su talento. Se pone todo en movimiento en este asalto de gigantes, y se acumula todo: historia, filosofía, novelas, ciencia, poesía, diccionario, drama, libros sobre

libros, Pelion sobre Osa... Mas ¿en qué viene á parar en último resultado toda esta guerra espantosa contra el cristianismo? Mucha bulla se ha metido, muchas declamaciones se han hecho, se han amontonado sofismas, risas, insultos, ruinas, barro y aun sangre; pero en el punto de vista de la verdad ¿qué es lo que queda? ¿qué es lo que ha perecido? ¿qué es lo que ha sucumbido en los fundamentos de nuestra fe? Nada, absolutamente nada; se les halló los mismos despues de la tempestad que antes, y el Ilmo. Frayssinous, al subir de nuevo á la cátedra de Nuestra Señora, no ha tenido que hacer mas que exponer á la razon calmada la verdad del cristianismo para hacerla triunfar, al modo que se ve como se refleja á sí mismo el sol luego que se ponen claras las aguas de un estanque, despues que se habia presentado como roto y empañado mientras duró el tumulto y agitacion de sus olas.

Y no está ahí todo aun: despues de esta prueba formidable le esperaba al cristianismo otra prueba aun mas temible. Porque falsificadas y apartadas de su objeto las ciencias en este ataque, habian vuelto á sí mismas y á su acostumbrada marcha hácia la verdad, y el espíritu humano, habiendo aumentado inmensamente el tesoro de sus conocimientos, los ha llevado á un grado prodigioso de precision, de extension y de diversidad. Ved, pues, llegado seguramente el tiempo en que el error del cristianismo, que es un tejido de hechos geológicos, históricos, filológicos, arqueológicos, etnográficos, va á ser desenmascarado: ¡tantas luces sobre todos estos puntos, y tan pocas intenciones favorables á la causa del cristianismo!!! Esta fria calma de la ciencia inexorablemente exacta y escéptica ¿no se presenta mas temible para el cristianismo que todos los furores que acaba de sostener? ¡Qué prodigio el que un error tan grande haya podido atravesar tantos siglos sin ser descubierto! ¡Era seguramente por falta de instruccion, ó porque no habian sabido hacerlo! Mas al fin sonó la hora de la razon calmada é inflexible; brilló el resplandor de la ciencia en todas las profundidades de la naturaleza y de la historia: ¡qué será del cristianismo!... ¿será confundido para siempre?... no! ¡mas justificado que nunca!!! se halla que su primera consigna es la última de todas las ciencias.

¿Y será excedernos si despues de esto decimos que la verdad de esta Religion es posible, que es probable, infinitamente probable?

III. Pero no basta todo esto: es tambien cierta. Y sobre esta con-

clusion definitiva apelamos confiadamente á las impresiones que estos *Estudios* han debido dejar en todo espíritu juicioso y sincero.

Hubiéramos querido resumirlas en este punto y poner en relieve la última fuerza de esta conclusion. Lo hemos probado, pero ha sido en vano: todas las expresiones y todas las formas han faltado á nuestro deseo, y nos hemos convencido por experiencia de que las grandes convicciones, lo mismo que las grandes pasiones, son mudas.

Creemos además que semejante trabajo por nuestra parte no es necesario: debe ser exclusivamente personal de cada uno de nuestros lectores; y hasta debe estar ya hecho, ó no se hará jamás.

No podríamos, en efecto, explicarnos, sino por una ceguera sobrenatural, que un hombre que nos hubiese seguido en todo el curso de estos *Estudios,* con la atencion que su asunto inspira, hubiese llegado hasta el fin sin haberse dicho mil veces á sí mismo: Seguramente sí, el cristianismo es verdadero.

Concíbese fácilmente la incredulidad de los que no han estudiado nunca las pruebas del cristianismo, que jamás se ocupan de ellas, que las suponen contestables, porque han visto que bien ó mal se las contesta, y porque ellos mismos tienen interés en que lo sean, y cuya inteligencia y corazon incesantemente encorvados bajo el yugo de las cosas ordinarias de la vida, y haciendo de su hábito una regla única de decidir, no pueden encontrarse con objetos que difieren de ellas tan sensiblemente como los dogmas y misterios del cristianismo, sin encontrarlos quiméricos y absurdos. Semejantes á aquellos infelices, imaginados por Platon, que encadenados en un lugar subterráneo, de espaldas á la luz, y no viendo mas que lo que les viene de frente, llaman realidades las sombras que pasan por el fondo de la caverna, producidas por los objetos que se mueven entre ellos y la luz, y que desatados por un momento y puestos en libertad maldicen del foco luminoso, cuyo súbito resplandor los ciega, no distinguen en su deslumbramiento ninguno de los objetos que nosotros llamamos reales, y quieren volver á sus acostumbradas sombras, como si estas fuesen para ellos las únicas realidades.

Pero que el hombre que ha hecho un generoso esfuerzo para vencer esta primera prevencion, llegada á ser natural en los que han vivido por mucho tiempo alejados de la Religion, que poco á poco ha ido habituando su vista á las cosas celestiales y á la sublime doctrina de Jesucristo; y que sin poder jamás comprender, es verdad, toda la sustancia de esta doctrina necesariamente misteriosa, del mismo modo

que no se puede determinar el disco del sol, ha visto no obstante desaparecer las incoherencias é incompatibilidades que á primera vista habia creido percibir en ella, y sucederles al contrario rasgos de una sabiduría infinita, correspondencias llenas de armonía con nuestra naturaleza y nuestras necesidades, maravillosas consonancias con nuestro espíritu y nuestro corazon, una luz que todo lo pone de manifiesto, y por cuyo medio sobre todo aprendemos tan bien á conocernos, conocer á Dios y comprender nuestra situacion respecto de Dios, de los demás hombres, del bien y del mal, de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad, y todas las cosas singulares, sobrenaturales y divinas que brillan en todas partes, conforme tantas veces hemos podido ya admirar;

Que el hombre que, despues de haber de este modo entrevisto la divina sabiduría en el objeto del cristianismo, ha estudiado luego sus fundamentos; ha examinado con solidez y por sí mismo sus pruebas tan numerosas, tan fuertes, tan necesariamente decisivas; ha visto la incontestable y humanamente imposible concordancia del Génesis de Moisés con el último resultado de las ciencias; la concordancia cierta de la tradicion judáica con todas las tradiciones del universo, acerca de puntos tan singulares como la institucion del sacrificio, la caida original y la esperanza de un libertador; la admirable concordancia de todos los caractéres de la venida, de la persona y del reino de Jesucristo, con aquella expectacion universal, á la que él puso fin, respecto del lugar, del tiempo, de las principales circunstancias y del objeto propio de su divina mision;

Que examinando despues las pruebas mas inmediatas, ha contemplado de cerca la sobrehumana é incomparable figura de Jesucristo, en el que brillan todas las virtudes en la mas pura expresion, y todas las verdades en la mas profunda sabiduría; en quien el ojo de la envidia ó del encono no pudo sorprender jamás una debilidad ni un error; tan tierno en su vida, y tan sublime en su muerte; superior y sin embargo accesible á todos los hombres; tipo adorable de perfeccion que la naturaleza humana no igualó jamás, ni antes ni despues, y que no desmiente nunca ni en nada la idea de que sea la Verdad en persona, la Sabiduría increada, descendida hasta nosotros para elevarnos hasta ella, el Verbo hecho carne;

Que ha reflexionado sobre la necesaria alternativa de que si el Cristo no es lo que quiso parecer, es decir, lo que logró hacerse creer por la humanidad, Dios mismo es, ¡cosa monstruosa! un impostor, y el

mas osado, el mas sacrílego, el mas torpe y á la vez el mas venturoso de todos los impostores: el Hijo adorable del Eterno ó *el Infame;*

Que ha examinado hasta los últimos términos de la indubitable autenticidad de los Evangelios y de su esencial integridad, y admirado en ellos la grandeza en lo que tiene de mas sublime, la sencillez en lo que tiene de mas ingénuo, el desinterés en lo que tiene de mas verdadero; nada estudiado, nada afectado, sino un candor natural que no toma nunca ninguna precaucion, y que no atendiendo mas que á la verdad se limita al único cuidado de decirla al pié de la letra, y de imprimir su sello en el hecho, con caractéres de sinceridad tan grandes, tan pasmosos, tan inimitables, que su inventor seria mas admirable que su héroe; libro verdaderamente santo, que no solo se justifica por sí mismo, sino por el indisputable crédito de que ha disfrutado desde el primer momento en el mundo; crédito que nada ha podido usurparle, y que es tal, que puede decirse de él que es el *documento de comparacion* de la Verdad entre los hombres;

Que el hombre que ha considerado esa maravillosa série de profetas, sucediéndose unos á otros por espacio de dos mil años, el último de los cuales precede en quinientos al acontecimiento; y que todos juntos, lo mismo que cada uno en particular, predijeron de tantas maneras diferentes hasta las menores circunstancias de la venida, de la vida, de la muerte y del reino de Jesucristo: su raza, su nacion, su tribu, su familia, el lugar preciso, aunque oscuro, de su nacimiento, el carácter milagroso de este nacimiento, su doble naturaleza divina y humana, su oscuridad, sus trabajos y su ignominiosa muerte; luego su gloria, la paz que dió á la tierra, la predicacion de su ley en todo el universo, empezando por Jerusalen, la conversion de las naciones idólatras, la reprobacion del pueblo judío por haberlo despreciado, la ruina de este pueblo, de su ciudad y templo, la maldicion inherente á sus pasos errantes hasta el fin, las fechas correspondientes, los rasgos distintivos, y, por decirlo así, el retrato perfilado de todos estos grandes y singulares acontecimientos; — el que ha considerado que aquellas profecías de que Jesús era objeto, se juntaron luego con las otras que hizo el mismo Jesucristo, siempre igualmente dueño y señor de los sucesos, ya realice las primeras, ya publique las segundas en la situacion mas contradictoria en apariencia á unas y otras;

Que el hombre que ha meditado en el prodigio de esos sucesos tomados en sí mismos, y haciendo resaltar el prodigio de su prediccion,

principalmente el establecimiento del cristianismo; cómo el universo pagano admitió la ley de un ajusticiado; cómo doce pescadores se hicieron dueños del mundo; cómo groseros é ignorantes durante su vida, tímidos, flacos y dispersados en su muerte, se convirtieron de repente, y por efecto de esta muerte que debia aniquilarlos, en águilas de ciencia, en leones de valor, en ángeles de virtud, y, sin letras, sin armas, sin ninguna seduccion, sin nada, concibieron, osaron y alcanzaron su objeto tan perfectamente en conformidad con las palabras de su Maestro, contra todas las leyes, y á despecho de todos los obstáculos de la naturaleza y de la sociedad;

Que ha recogido tantos y tan irrefragables testimonios de santidad en lo que tiene de mas eminente, de fe en lo que tiene de mas intrépido, de ingenio en lo que hay de mas noble y elevado, reuniéndose las mas veces en los apóstoles, los mártires y los doctores de la verdad cristiana, y formando la mas segura prenda de verdad que pueden darse los hombres entre sí;

Que ha ido contemplando los frutos del cristianismo, sus desarrollos y aplicaciones en el mundo, aquella poderosa regeneracion de las costumbres corrompidas del paganismo, aquel freno impuesto á las feroces costumbres de los bárbaros, y entre estos dos elementos de disolucion y destruccion, el elemento cristiano, colocándose superior á todos, asimilándose el mundo, atrayendo á sí todas las cosas, y produciendo en el órden moral, en el órden intelectual y en el órden social, virtudes, verdades y bienes que la humanidad no conocia, que á pesar de sus esfuerzos en lo que le quedó de su naturaleza propia, no ha podido nunca igualar, que á pesar de su perversidad no ha alcanzado jamás á corromper, y cuyo principio sobrenatural se revela por esa tendencia incesante hácia la perfeccion que distingue á las sociedades cristianas, y cuyo término, siempre ansiado y jamás conseguido, no es otro que el Evangelio de Jesucristo, es decir, el cielo abierto sobre la tierra;

Que ha fijado, en fin, sus miradas sobre el prodigio de la estabilidad y perpetuidad de esa Religion que se extiende desde el orígen del mundo hasta Jesucristo, y desde Jesucristo hasta el fin del mundo; en particular sobre el hecho que excede á toda comparacion, de esa inviolable sucesion de Pontífices, por cuyo medio comunicándonos en el dia con el que está sentado en la sede de Roma, llegamos y nos comunicamos con Pedro y con Jesucristo, y esto á través de diez y ocho siglos, y á través de los escombros y ruinas de la historia mas

atormentada por las revoluciones; que lo devoró todo, todo, hasta los hechos de la víspera, todo, excepto lo que fue objeto de mas ataques y mas encarnizamiento, todo, excepto esa Iglesia, á quien dijo Jesucristo: *Anda, yo estoy contigo hasta la consumacion de los siglos;*

Que el hombre, repetimos, que ha recorrido de este modo todas las pruebas del cristianismo que acabamos de enumerar y las que omitimos, y que las ha estudiado, pesado y juzgado, no solamente en sus rasgos generales, sino tambien en esa infinita justificacion de detalles en que se hace sentir su exactitud, con tanta mas razon, cuanto que es la misma naturaleza de las cosas quien las proporciona, y el trabajo concienzudo quien las recoge;

Que el hombre, en fin, que ha hecho con nosotros este prolongado trabajo y este escrupuloso exámen, y que, considerando al cristianismo en todas sus fases, estudiándolo en todos sus puntos, interrogándolo en todas sus partes, comprobándolo en todos sus títulos, tanto como le es á la razon posible y á la investigacion filosófica permitido, ha recibido constantemente una respuesta de verdad, ha visto á esta verdad salir de todas partes, ofrecerse á cada momento, desprenderse, manar, por decirlo así, á medida que íbamos adelantando en su exámen, de cada capítulo, de cada página, de cada línea, inundándonos en su inagotable fecundidad, como una fuente cuyas aguas se aumentan por los mismos medios que se emplean para agotarla;

¡Que este hombre dude!... hé aquí lo que no nos es posible concebir. Y, permítasenos decírselo, las diversas pruebas cuyos testimonios se nos han ido ofreciendo durante el curso de la publicacion de estos *Estudios*, nos aseguran en la idea de que no nos engañamos.

Entre este gran número de pruebas se encuentran varias que tienen una fuerza extraordinaria, y de las que bastaría una sola, si se la examinara y pesara bien, para hacer que se decidiese el espíritu mas exigente, con tal que fuese al mismo tiempo imparcial. Sin embargo, por mas que cada una de estas pruebas sea muy fuerte por sí sola, y separadamente no quiero fijarme en ninguna aisladamente tomada, sino que quiero considerar la totalidad y la reunion de todas ellas, y me atrevo á sostener que, de la reunion de tantas pruebas y de tantas señales diferentes de la divinidad del cristianismo, resulta una voz tan fuerte y tan sonora, que no hay nadie que no deba ruborizarse de no ceder á sus acentos, ó de afectar que no la oye.

Si el cristianismo no es verdadero, necesariamente debe ser falso. Pues bien: la suposicion de la falsedad del cristianismo en medio de

tantas pruebas de su verdad; la suposicion de que todas estas pruebas procedentes de tan léjos, de tantos puntos distintos y á través de tantos sucesos y vicisitudes, sin el concurso de los hombres y contra su voluntad, por el solo efecto de la casualidad, ó mas bien del mas infernal designio, llegaron á concentrarse todas con inalterable concordancia en un solo punto, para producir en él una falaz apariencia de verdad, es la suposicion mas monstruosa, mas impía y mas antifilosófica que se puede concebir: es el desvarío de un loco.

Seguramente no se comprende bien con facilidad el cristianismo, pero la incredulidad es mil veces mas exigente con la razon que la fe. Pide siempre que se le expliquen los misterios; pero tambien se le pide á ella que explique las pruebas, aunque no se crea que estos dos defectos de explicacion se compensan, pues los misterios del cristianismo están en los cielos, y sus pruebas sobre la tierra. Los misterios deben ser inexplicables, como todo lo que pertenece á lo infinito; pero las pruebas deben ser resolubles como todos los hechos terrestres que pertenecen al dominio de la razon y de los sentidos. Nosotros no podemos explicaros enteramente, en el sentido de la fe, la Trinidad, la Encarnacion, la Redencion, etc., y si pudiésemos, por esto mismo seria falsa la Religion; pero vosotros debeis poder explicarnos enteramente, en el sentido de la incredulidad, la conformidad de Moisés con las ciencias, las profecías, el establecimiento del cristianismo, la persona de Jesucristo, la perpetuidad de la Iglesia, etc.; pues todos estos *hechos* sobreviven á vuestra incredulidad, y no podeis prescindir de ellos sino con la condicion de explicarnos cómo pueden conformarse con ella, ó bien no os negais á admitir misterios incomprensibles sino para abrazar contradicciones monstruosas.

Pero no, vosotros no podeis explicarnos estos hechos en el sentido de la incredulidad, y nosotros los vemos venir por sí mismos, en apoyo de nuestra fe; y además de estas pruebas, os podemos presentar en los misterios, si no la razon última, á lo menos razones de segundo órden, cuya maravillosa belleza es una nueva fuente de pruebas tan fuertes, hasta cierto punto, como las primeras.

De modo que todo nos inclina á creer; todo nos impide el no creer: la fe se eleva sostenida sobre las pruebas y atraida por los misterios, y la incredulidad se abisma en las confusas contradicciones que estas pruebas desechadas hacen caer sobre ella, y va á perderse en los desolantes misterios de la naturaleza y de la razon.

El cristianismo está tan plenamente arraigado en la verdad, que

no puede arrancársele á sabiendas de la inteligencia, sin que la misma verdad siga, sin que desaparezcan todas sus reglas, sin que se confundan todos sus principios, y que no quede ya mas que el abismo del escepticismo mas absoluto.

Ó el cristianismo es la misma Verdad, ó la Verdad no existe.

Si el cristianismo no procede de Dios, es enemigo suyo; acusa á su sabiduría y bondad, y desmiente en cierto modo su existencia, como no pudiendo conciliarse con un error tan enorme y tan especioso. Si no se ha de ser cristiano, es lógico que se ha de ser ateo, y la experiencia lo ha demostrado ya durante el último siglo.

Ya lo habia dicho La Bruyère con aquella gracia de ingenio que le es peculiar:

«Si mi Religion fuese falsa, lo confieso, hé aquí el lazo mejor tendido que es posible imaginar; seria imposible evitarlo y no caer en él. ¡Qué majestad y qué esplendor de misterios! ¡qué enlace y encadenamiento de toda la doctrina! ¡qué razon tan eminente! ¡qué candor é inocencia de costumbres! ¡qué invencible y poderosa fuerza la de los testimonios dados sucesivamente, y durante tres siglos enteros, por millones de personas las mas sábias y moderadas que habia á la sazon en la tierra, y á las cuales el sentimiento de una misma verdad sostiene en el destierro, en las cárceles, á la vista de la muerte y del último suplicio! Coged la historia, abridla, y remontaos hasta el principio del mundo, hasta la víspera de su nacimiento. ¿Hubo nunca nada semejante en toda la sucesion de los tiempos? ¿Podia el mismo Dios encontrar nada mas propio para seducirme? ¿Por dónde puedo escaparme? ¿á dónde puedo dirigirme, no digo para encontrar algo mejor, sino algo que se le parezca? Si es preciso morir, quiero morir por esto; prefiero negar á Dios, que reconocerlo en un engaño tan especioso y tan completo; pero lo he estudiado bien, no puedo ser ateo, y me siento inclinado y arrastrado hácia mi Religion; esto es hecho [1].»

Estamos tranquilos por el efecto que esta conclusion puede producir en nuestros lectores. Y sin embargo no podemos dejarlos aquí. Es menester que los acompañemos hasta mas léjos, y que les mostremos el término del viaje: despues de esto, dejarémos que se abandonen á las inspiraciones de su corazon y á las resoluciones de su voluntad, necesarias en definitiva para salvar ese espacio que aun queda mas allá de la *conviccion*, hasta llegar á la *fe*.

[1] La Bruyère, cap. *De los espíritus fuertes.*

Dirémos, pues, todavía algunas palabras:

No es necesaria la comprension absoluta para ponerse en movimiento hácia la fe; basta que en lo que comprendemos haya necesidad de creer. Efectivamente hay entonces razon de creer en lo que comprendemos, y mérito en creer en lo que no comprendemos; hay fe racional.

Ó mas bien hay razon y mérito en ambas cosas; porque hasta hay mérito en comprender, pues no se logra sin aplicarse á ello; y hay tambien razon en no comprender, pues no seria divina la Religion si nosotros pudiésemos llevar nuestras miradas hasta su fondo.

Para que el cristianismo sea verdadero, esto es, divino, infinito, es preciso que nos exceda en su objeto. La luz debe escaparse cerca las extremidades, no por defecto de luz, sino por defecto de vista; de tal manera, que un aumento de aplicacion y de pureza en la vista da por resultado un aumento de vision y de claridad, y esto es lo que sucede con el cristianismo, y lo que explica esa diversidad y esa movilidad de las disposiciones del espíritu respecto de él, segun que estas parten de un fondo de voluntad mas ó menos puro.

Esto es lo que hemos experimentado tambien nosotros en nuestros *Estudios;* porque ¿cuántas veces, por la persistencia de nuestras miradas, hemos llegado á ver la luz desprenderse de las sombras del misterio, y salir de sus profundidades rasgos de la mas maravillosa sabiduría? Sin embargo, no hemos tocado á ningun límite; por todas partes hemos dejado el espacio, el infinito, mas allá de nuestra corta razon, es decir, el misterio. Indudablemente hubiéramos podido aspirar á un grado mas eminente de inteligencia, en lo cual puede cada uno ejercitarse, segun la medida de sus fuerzas; pero seria contradictorio hacer de esta comprension *absoluta* la condicion de la fe, y es menester saber resolverse á esta por las razones que ya se tienen, supuesto que son necesarias é invencibles.

Porque, como en último resultado, á cualquiera punto que se llegue debe encontrarse lo infinito en incomprensibilidad, debe uno saber limitarse á sí mismo, contentarse con razones primeras, y hasta saber descubrir una última razon de verdad en esa carencia de razon última, que es la propiedad de todo cuanto es divino.

Hay mas todavía, *la razon*, como dijo perfectamente cierto escritor, *no da la última razon de nada.* Puede decirse tambien con la misma exactitud, que no da la primera razon de nada, y es porque los

extremos se le escapan. ¿Qué da pues? da las razones medias. Es una mediadora que une los datos del sentido comun con las percepciones del sentido íntimo, y que desde el principio al fin del silogismo es la guia del sentimiento. Por esto es necesario saberla tomar y dejar á tiempo, y es seguirla siempre saberla dejar así, pues ella misma lo reconoce y lo quiere.

Pero si esto es exacto, aun en las cosas que llamamos naturales, ¿cuánto mas debe serlo en lo que atañe al órden sobrenatural y divino?

De esto principalmente puede decirse que la razon no sabe dar la razon última. Sucederia, pues, que los que no la siguen mas que á ella en las investigaciones de la fe, por mas que hayan sido heridos y sobrecogidos por la luz de la verdad, no tienen al fin mas que la fe del espíritu, es decir, un hermoso tejido; pero cuya trama, no hallándose sujeta por ningun nudo, está expuesta á deshacerse á cada instante por sí misma.

¿Qué debemos, pues, hacer para creer, para estar tranquilos, para lograr la razon última?

Hélo aquí:

Un gran maestro, Pascal, que por mas que se haya dicho [1], supo ponerse del lado de la razon, dijo con aquella admirable exactitud que en él era el fruto de la experiencia y del genio á la vez:

«Hay tres medios para creer: *la razon*, el hábito y la inspiracion. «La Religion cristiana, que es la única que posee la razon, no reco- «noce por verdaderos hijos suyos á los que creen sin inspiracion: *no «por esto excluye la razon* y el hábito: *al contrario;* pero es preciso «*abrir su espíritu á las pruebas*, confirmarse en ellas por el hábito, «y ofrecerse por medio de las humillaciones á las inspiraciones, úni- «cas que pueden producir un verdadero y saludable efecto: *ut non «evacuetur crux Christi* [2].»

Todo el secreto de la fe está en estas pocas palabras, dictadas por la mas general y constante experiencia, y cuya exactitud es muy fácil hacer sentir al espíritu.

Seria absurdo decir á un hombre: Empieza por creer. Contestaria con razon: Esto no depende de mí, y por este camino lo mismo podríais conducirme al fetiquismo que al cristianismo. Mostradme primero la verdad del cristianismo, y despues, una vez reconocida esta verdad, yo os aseguro que creeré.

[1] Mr. Cousin, en sus dos artículos sobre el *Escepticismo filosófico de Pascal.*

[2] *Pensamientos*, t. II.

Por esto Pascal pone á la cabeza de los elementos de la fe LA RAZON; *es preciso,* dice, *abrir su espíritu á las pruebas.* Hé aquí lo que hemos hecho en los presentes *Estudios;* y nos parece habernos librado en todos ellos de la nota de *escepticismo.* Hemos usado ámpliamente de la razon, acaso hasta la hemos fatigado en esa cosecha siempre inagotable de verdades y de pruebas que el cristianismo le ha ido ofreciendo.

Pero es preciso reconocer tambien, por todo cuanto acabamos de decir últimamente, que la razon debe al fin detenerse; que sus exigencias deben tener un término como su poder, y que por su propio interés debe encerrar, si es lícito decirlo así, sus propias riquezas y confiar su custodia á un poder mas igual y mas continuo. Este poder es el *hábito*, es decir, la práctica exterior de la verdad, que no solamente conserva sino que confirma los descubrimientos de la razon.

Dejemos todavía hablar á Pascal, es decir, al buen sentido y á la experiencia.

«Es preciso que nos conozcamos; tenemos tanto de autómata co-«mo de espíritu, y de aquí es que la demostracion no es el único ins-«trumento por cuyo medio se obra la persuasion. ¡Cuán pocas son «las cosas que hay demostradas! las pruebas no convencen mas que «al espíritu: el hábito constituye nuestras pruebas mas fuertes y crei-«das; inclina al autómata que arrastra al espíritu, sin que este lo ad-«vierta. Es necesario recurrir al hábito *cuando el espíritu ha conocido «ya en dónde se halla la verdad,* á fin de abrevarnos y teñirnos en esa «creencia que continuamente se nos está escapando, pues es muy di-«fícil tener siempre presentes todas sus pruebas. Es menester adquirir «una creencia mas fácil, como es la del hábito, que sin violencia, sin «arte, sin argumentos, nos hace creer las cosas é inclina todas nues-«tras facultades á esta creencia, de modo que nuestra alma cae na-«turalmente en ella. Cuando no se cree sino por la fuerza de la con-«viccion, y el autómata se siente inclinado á creer lo contrario, no «es suficiente. Es preciso hacer creer á nuestras dos partes, al espí-«ritu, por las razones que basta haber visto una vez en su vida; y «al autómata, por el hábito, y no permitiéndole obrar en contrario. «*Inclina cor meum, Deus* [1].»

Nos permitirémos añadir á este hermoso pasaje una observacion,

[1] *Pensamientos*, t. II. — «Este método, dice el concienzudo editor de Pas-«cal, de llegar á la fe por prácticas exteriores, no es nuevo, pues se halla re-«comendado por los maestros de la teología moral.»

y es que, por mas que hagamos, estamos siempre sujetos al hábito, y si esto no es *en favor*, es *en contra* de la Religion. El efecto que de ello resulta en este último caso es disolver inevitablemente la conviccion racional mas robusta, por ejemplo, la que acabamos de formarnos, y hé aquí cómo. Esta conviccion se compone de dos elementos: la fuerza de las pruebas, que nos obliga á suscribir á los misterios, y la penetracion de los misterios, que hace cesar su oposicion aparente con la razon, y descubre en ellos al contrario bellezas de semejanza que la persuaden. Pero el trabajo de espíritu que ha producido estos dos elementos no puede continuarse siempre; va á cesar, y solo obrará en nosotros el hábito de las cosas ordinarias de la vida, de nuestras vanidades y pasiones. ¿Qué va á resultar de aquí? que este hábito debilitará por un lado la impresion de las pruebas, y por otro hará revivir la oposicion *aparente* de los misterios con la razon, por su oposicion real con este hábito; y por medio de estos dos efectos, que se ayudan mútuamente, disolverá rápidamente la conviccion. Pero si á esta conviccion adquirida por el estudio haceis suceder un hábito que le sea conforme, es decir, la práctica de esta misma verdad convertida en conviccion, esta verdad se irá haciendo cada vez mas familiar: su concordancia con la razon se conservará, y hasta se irá aumentando con el ejercicio; convirtiéndose la razon de creer en hábito, el hábito se convertirá á su vez en razon, y sucederá con los misterios de la Religion como con los de la naturaleza, que no reparamos en ellos á fuerza de verlos, y que, no menos admirables en sí mismos que los de la Religion, no se diferencian de ellos sino porque el hábito nos oculta su profundidad.

Por otra parte, y esto es decisivo, entre los dos hábitos á que nos vemos obligados á sujetarnos, el de nuestras preocupaciones naturales y de nuestras pasiones, y el del ejercicio de la verdad cristiana, ¿no es este último el mas racional, el mas lógico y seguro? ¿No es mas consecuente hacer lo que hayamos reconocido ser verdadero? Entrar en una senda de desasimiento de nuestras pasiones, ¿no es la mejor de todas las precauciones contra el error, y añadir la garantía de la virtud á la de la verdad? La ignorancia y las pasiones son en nosotros dos causas de extravío. Por medio del estudio disipamos la ignorancia, y llegamos al camino de la verdad; pero si dejamos subsistir las pasiones, no tardará en obstruirse de nuevo este camino, mientras que si las vamos disminuyendo, se nos irá facilitando por esta misma disminucion: de aquí procede en las almas la relacion de

la virtud y de la verdad, de la santidad y de la fe. Procurad, pues, os dirémos con Pascal, convenceros de la verdad divina, no tanto por la argumentacion de las pruebas, como por la disminucion de vuestras pasiones [1].

De este modo se concilian y justifican los dos primeros medios para creer: la razon y el hábito.

Finalmente, el tercer medio, que solo y aislado puede producir un verdadero y saludable efecto, es *la inspiracion*, esto es, la infusion de la misma verdad en el corazon por la sumision de esta á pedirla y recibirla en su verdadera fuente, que es Dios en Jesucristo y Jesucristo en su Iglesia. La fe es Dios sensible al corazon por la gracia, como es sensible al espíritu por las razones. Puede muy bien tenerse la certidumbre de la verdad cristiana sin el conocimiento de estas razones, cuando Dios mismo comunica inmediatamente esta verdad al corazon; y ¡cuántos cristianos hay que no la conocen mas que por este medio, y que, sin embargo, están muy eficazmente persuadidos de ella! Es preciso reconocer tambien que la Religion no podria ser verdadera y divina si no obrase de este modo, pues se debe á todos, y la mayor parte no son capaces del estudio de sus pruebas. Por este medio les da una prueba viva de su verdad, que vale mas que todas las otras, y que es accesible á todos, porque solo depende de la voluntad.

Por la misma razon no pueden todas las demás pruebas suplir á esta, y los mas grandes ingenios se ven obligados á recibir la fe de la misma manera que el rústico campesino. No se crea por esto que las otras pruebas dejen de ser buenas; dirémos mas, son hasta exigibles por la inteligencia que es capaz de estudiarlas, pues la verdad divina debe ponerse en armonía con todas las capacidades de nuestra naturaleza; pero cualesquiera que sean estas capacidades, como el corazon es tambien una capacidad que debe ejercitarse; como á los ojos de Dios somos todos iguales; y como no podemos tener naturalmente con él mas que una relacion de sumision, é importa para el establecimiento del órden que esta relacion sea tanto mas íntima cuan-

[1] « Yo abandonaria desde luego los placeres, dicen, si tuviese fe. Y yo os « digo: vosotros tendríais desde luego la fe, si hubiéseis abandonado los pla- « ceres. Á vosotros toca empezar. Si yo pudiese os daria la fe. No puedo ha- « cerlo, y por esto no puedo tampoco saber si lo que decís es verdadero. Pero « vosotros podeis abandonar los placeres y experimentar si es verdadero lo que « os digo yo. » (*Pensamientos*, t. II).

to mas inclinados nos sentimos á reconocerla; por todas estas razones y otras muchas, en las que nos seria supérfluo entrar, la verdadera fe es un don que es preciso pedir á Dios, de la manera que toda criatura miserable debe pedir á su Criador: de rodillas.

Además, si la Religion cristiana es verdadera, como estamos convencidos, y como despues de tantas y tan poderosas pruebas no podemos dejar de reconocer, la necesaria consecuencia que de aquí resulta, es: que Dios quiso ponerse en mas particular contacto con nosotros por medio de esta Religion: que en ella Dios está en Jesucristo, y Jesucristo en sus Sacramentos y en su Iglesia; que está en ella real y especialmente, y que en ella nos espera con las manos llenas de las gracias que solo por este medio podemos alcanzar, cuando se nos ha manifestado. Reflexionad bien en esta rigurosa consecuencia: la Religion cristiana es necesariamente verdadera, luego está Dios en ella de una manera que no está en ninguna otra parte; luego me espera en ella, y debe querer que en ella vaya yo á encontrarlo; luego si voy á ella, experimentaré necesariamente los efectos de su presencia de un modo muy particular, y que deberá confirmar por medio de efectos sobrenaturales las razones naturales que yo tenga ya para creer en él.

Y ¿no lo dice él mismo? no oís su voz que os llama?

Venid á mí, dice, *todos los que estais trabajados y agobiados, y yo os aliviaré* [1]. — *Yo soy la Luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida* [2]. — *Yo soy el Camino*, sin el cual no se puede andar; *la Verdad*, sin la cual nada puede conocerse; *la Vida*, sin la cual nada puede existir, y *nadie puede ir al Padre sino por mí: seguidme* [3]. — *Yo soy la puerta: quien por mi entrare será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos, pues yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en mas abundancia* [4]. — *Fijaos en mis palabras, y conocereis la Verdad, y la Verdad os hará libres, y alcanzaréis la vida eterna* [5]. — *El agua que yo doy apaga la sed para siempre, y se convierte en el que la recibe en una fuente viva que salta hasta la vida eterna* [6]. — *Dices: Rico soy, y estoy lleno de bie-*

[1] Mateo, XI, 28.
[2] Juan, VIII, 12.
[3] Mateo, IX, 9; Juan, XIV, 6.
[4] Juan, X, 9, 10.
[5] Juan, VIII, 32.
[6] Juan, IV, 13, 14.

nes, y de nada tengo falta : y no conoces que eres un cuitado y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo. Te aconsejo, pues, que compres de mi oro afinado en fuego, para que seas rico [1]. — *Al que sepa vencerse á sí mismo* para venir á mí, *le tengo reservado un maná escondido que ninguno conoce sino el que lo recibe* [2]. — *Venid, pues, ved y gustad cuán suave es el Señor* [3].

Procurad, pues, experimentar por vosotros mismos la verdad de todas estas promesas, de las cuales tantas garantías teneis ya. Llegados desde tan léjos hasta el umbral de la fe, no teneis que hacer mas que pasarlo con generoso paso para ser desde luego iniciados en todas sus maravillas. Hasta aquí no habeis visto mas que lo que debe ser; entonces veréis lo que es, veréis el Ser mismo de la Verdad, la Verdad viva. La poseeréis, y ella os poseerá á vosotros, y en medio de esta recíproca posesion y del calor que ella producirá, os diréis con transporte : ¡Sí, es ella! Y con ella tendréis en un solo todo la paz, la alegría, la fuerza, la libertad y la vida, la verdadera y soberana vida!!! ¿Por qué os hemos hablado tanto de ella? ¡Ah! ¡qué no hubiésemos podido, sin todos estos raciocinios, comunicaros solamente una gota de su esencia, de aquella suave esencia que se complace en derramar sobre los corazones que le están sometidos! ¡Cuán pronto hubiérais entonces quedado persuadidos y libres de todas vuestras incertidumbres!!! Pero la Verdad ha querido, para el ejercicio necesario de nuestra libertad, reservarse el principio de tan inefable comunicacion, y que nadie conociese ese *maná escondido*, sino el que lo recibe y se hace digno de él por la victoria. Basta que en razon no podais rehusarla, para que os veais obligados á someteros á ella. Vuestra resistencia no seria ya legítima, porque solo provendria de esa mala porcion de nosotros mismos, que conspira secretamente contra la verdad, retarda tanto como puede su conviccion, hasta le sobrevive una vez adquirida, y cuya inmolacion es el mérito distintivo y el supremo deber de la fe.

Ya está dicho todo. La verdad os ha dado bastantes garantías de sí misma en esa multitud de consideraciones y de pruebas por cuyo medio ha ido convenciendo vuestro espíritu. A vuestra vez debeis en adelante darle vosotros á ella otras que acrediten el celo y la sinceridad de vuestro corazon en obsequio suyo; y de este modo pronto en-

[1] Apocal., III, 17, 18.
[2] Apocal., II, 17.
[3] Psalm., XXXIII, 9.

traréis en ese estado tan apetecido de la fe cristiana, en el que todas las garantías entre Dios y el alma desaparecen en la incertidumbre y la realidad de la posesion.

CAPÍTULO X.

RESÚMEN.

Cierto dia dió el rey Darío [1] un gran convite á todos sus familiares, á todos los magistrados medos y persas, y á todos los dignatarios, gobernadores, consejeros y prefectos que dependian de su imperio, desde la India hasta la Etiopia, que comprendia ciento veinte provincias. Despues de haber comido y bebido, y que se hubieron marchado todos, se fué el rey á su cámara, se metió en cama y durmió. Durante su sueño tres jóvenes de su guardia se dijeron entre sí: Proponga cada uno de nosotros un proverbio, á ver quién lo resuelve mejor al gusto del rey, y á este le hará el rey grandes regalos; será vestido de bella púrpura, tendrá una copa de oro, una cama dorada, un carro con frenos de oro, una tiara de lino fino, y llevará un precioso collar; tendrá el segundo lugar despues de Darío, por su sabiduría, y el rey le llamará primo suyo. Entonces cada uno de ellos escribió un proverbio, y lo firmó, y en seguida pusieron los tres papeles debajo de la almohada del rey, y se dijeron: Cuando se levante el rey le darémos nuestros escritos, y aquel, cualquiera que sea de los tres, á quien el rey y los magistrados de la Persia juzguen haber sido el mas sábio en su proverbio, saldrá victorioso, segun queda convenido.

El primero habia escrito: El vino es fuerte.

El otro: El rey es mas fuerte.

El tercero: Las mas fuertes son las mujeres; pero la verdad domina y es mas fuerte que todas las cosas.

Habiéndose levantado el rey, los tres jóvenes se le presentaron

[1] Lo que vamos á referir está tomado del *tercer* libro de Esdras, que es reputado apócrifo por la Iglesia, y como tal no se encuentra en las Biblias ordinarias. Retirándolo á nuestra fe, no por esto le prohibe la Iglesia nuestros respetos; los Padres se sirvieron de él muchas veces, y está recibido aun como canónico por los griegos.

y entregaron sus escritos. Los leyó, y convocó en seguida a sus magistrados y ministros, sus pretores y prefectos, y los reunió á todos en gran consejo. Juntado este, y sentados ya todos los asistentes, se leyeron los tres escritos, y en seguida dijo el rey: Llamad á esos jóvenes para que vengan aquí á sostener sus tésis. Fueron introducidos, y empezó el que habia proclamado la fuerza del vino. Ponderó el poder de este licor que abate á los grandes, llena de gozo á los abatidos, hace desatinar á los sábios, hace olvidar los vínculos mas queridos, y pone el puñal en la mano entre unos mismos hermanos. Despues de haber hablado así, calló, y tomó la palabra el segundo empezando por celebrar el poder de un rey: representó á los hombres mandando á toda la naturaleza, y colocado sobre todos ellos al rey que los domina y dispone de ellos. Con una palabra los lanza en los peligros de la guerra; todo lo trastornan, matan y se hacen matar, y el fruto de la victoria es siempre para el rey. Al mismo tiempo otros trabajan y recogen los frutos, y aun esto es tambien para llevar al rey el tributo de sus sudores. Solo y sin rivales, el rey no tiene mas que decir: matad, y matan: perdonad, y perdonan: herid, y hieren: exterminad, y exterminan: edificad, y edifican: derribad, y derriban: plantad, y plantan. Y todo el pueblo, hasta los magnates, lo oyen. Despues se sienta para comer, y bebe y duerme; pero aquellos dan guardia á su alrededor, y no pueden dejarla para ir á sus negocios: tan ligados están por la voluntad del rey. ¿Cómo, pues, no reconocer en el rey lo que hay de mas fuerte en la tierra? Despues de haber hablado en estos términos, calló.

El tercero, que habia hablado de las mujeres y de la verdad (era Zorobabel), se adelantó á su vez y dijo:

«¿No son las mujeres las que han engendrado al rey y á todo su pueblo? ¿no son ellas las que han criado y alimentado á los que plantaron las viñas, de donde sale el vino? Las mujeres son las que distribuyen á los hombres la gloria, y las que hacen los vestidos con que ellos se adornan. Los hombres no pueden separarse de ellas. Si están ocupados en acumular oro y plata y cuanto hay de mas precioso, no tienen mas que ver una mujer elegante y bella, y dejando todas sus cosas, fijan al momento sus ojos en ella y la miran con la boca abierta, codiciándola mas que todo su oro. El hombre abandona el padre que lo engendró y la tierra en que ha nacido, para ir á unirse á la mujer. Y recrea su alma con ella, y no se acuerda ya del padre, de la madre, ni del país. Pero ¡qué! ¿es menester advertiros de que las

mujeres os poseen, y que vosotros no lo sabeis? Coge el hombre un puñal, va á los caminos á cometer robos y homicidios, atraviesa los mares, desafia el furor de las fieras, viaja en el horror de las tinieblas, y cuando ha cometido sus robos, sus iniquidades y rapiñas, lo lleva todo á su querida. ¡Cuántos hay que se han vuelto insensatos por sus mujeres, cuya pasion les ha puesto en esclavitud! ¡cuántos han perecido y se han suicidado, cuántos han pecado por ellas! Indudablemente es grande el rey en su poder, pues en todas partes no hay nadie que no tema tocarlo; sin embargo, yo he visto á la hija de Bezasis, compañera de este rey soberbio, sentada á su lado, quitar la sagrada diadema de la cabeza del monarca, ponerla sobre la suya, y taparle la cara con la mano; y á todo esto él la estaba mirando embobado, riéndose cuando ella se reia, y si ella se enfadaba, él la halagaba hasta que volvia á conquistar su gracia. ¡Oh hombres! reconocedlo pues, las mujeres son las mas fuertes.»

Al llegar aquí el discurso, el rey y sus consejeros empezaron á mirarse unos á otros; pero el jóven orador empezó desde luego lo que le faltaba decir sobre la Verdad.

«¡Oh hombres! continuó, las mujeres son si duda las mas fuertes, la tierra es grande tambien, elevado el cielo, y el curso ligero del sol le da la vuelta y vuelve á su primer punto en el rápido espacio de un dia. Pero superior á todas estas cosas, y mas magnífico que todas ellas, es el que las ha criado, y su verdad grande y fuerte mas que todo. Toda la tierra invoca la Verdad, la bendice el cielo, y todas las criaturas se mueven por ella y tiemblan ante su faz. Nada malo hay en ella. El vino es malo, malo el rey, malas las mujeres, todos los hijos de los hombres son malos, lo mismo que todas sus obras, y como no hay nunca verdad en ellos, perecerán en su iniquidad. Pero la Verdad subsiste y se acrecienta eternamente; vive y permanece en los siglos de los siglos. No hay para ella acepcion de personas ni distincion alguna; pues lo que es justo lo da á todos, buenos y malos, y todos hallan gracia en sus obras. No hay en su juicio nada malo; sino la fuerza, el reino, el poder y la majestad de las edades. ¡Bendito sea para siempre el Dios de verdad!»

Y dejó de hablar, y todos exclamaron á una: ¡La Verdad es la mayor y la mas fuerte!!!

Entonces le dijo el rey: Pídeme lo que quieras, además de los dones convenidos, y todo te se dará en recompensa de tu sabiduría; te sentarás junto á mí y te llamaré primo mio.

Pero el jóven le contestó: «En recompensa de todo, no quiero «pedirte mas que una cosa: que te acuerdes del voto que hicistes al «tomar el cetro, de reedificar á Jerusalen y volver á levantar su «templo, y que quieras, ¡oh majestad! disponer desde luego su eje- «cucion.»

A estas palabras, levantándose el rey Darío, le abrazó, le besó, y escribió desde luego á todos sus superintendentes, que devolviesen la libertad á los judíos, y les facilitasen la vuelta á su patria, y la reconstruccion de su ciudad y de su templo.

Marchóse entonces el jóven libertador, y poniéndose de cara hácia la direccion de Jerusalen, bendijo al Rey del cielo diciendo: Tuya es la victoria, tuya es la sabiduría y la claridad, y yo no soy mas que tu pobre servidor. ¡Bendito seas, tú que me distes la sabiduría, ¡yo te confesaré siempre, Señor Dios de nuestros padres!

¡Ojalá que tambien nosotros, en medio de las diversas seducciones que se disputan los corazones de los hombres, pudiésemos haber hecho prevalecer la excelencia de la Verdad, y logrado que volviesen á levantar al fin su templo, que es la fe en Jesucristo! ¡ojalá pudiésemos haber puesto los primeros cimientos de esta fe en unos, haberla aumentado en otros, completado y reforzado en muchos, y contribuido algo por este medio á esa renovacion social, cuyos materiales son removidos en el dia por tantas manos, cuyo presentimiento hace latir tantos corazones, y cuya obra solo Dios dirige y ordena, porque solo él ha de ser su último fin! ¡Felices nosotros, si por nuestro cariño y devocion á tan santa causa no hemos pasado inútilmente por la tierra, y si hemos sabido desempeñar en ella nuestra mision de católico y de francés! Tales son nuestros votos y nuestras últimas palabras en este momento solemne para nosotros, en que vamos á terminar los presentes *Estudios*, y á soltar esta pluma que hace cuatro años no hemos dejado de la mano, y que con frecuencia nos ha sido muy pesada. Si, como está escrito que hasta un vaso de agua fria tendria su recompensa, pudiésemos nosotros esperar alguna por este vaso de agua de la Verdad, dado á nuestros hermanos; la que pediríamos, no seria seguramente el renombre de autor, las alabanzas de un diario, las ovaciones de una academia, el favor de los grandes, ni nada, en una palabra, de toda esa gloria humana, superior

a nuestros méritos é inferior á nuestros deseos; ¡no: sino que el principio de nuestros trabajos sea su premio! ¡Que la Verdad corone en nosotros sus propios dones! ¡y que, sin envanecernos con una comparacion que nada justifica, á menos que sea el celo por la misma causa, podamos obtener lo que el Ángel de las escuelas pedia cuando contestó á la siguiente pregunta de Jesucristo [1]: *Bien escribiste de mí, Tomás; ¿qué recompensa quieres?* — A VOS SOLO, SEÑOR!!!

[1] *Bene de me scripsisti, Thoma. Quam ergo mercedem accipies? — Non aliam, Domine, nisi te ipsum.* (Leccion del Breviario Romano, *Oficio de santo Tomás de Aquino*).

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE.

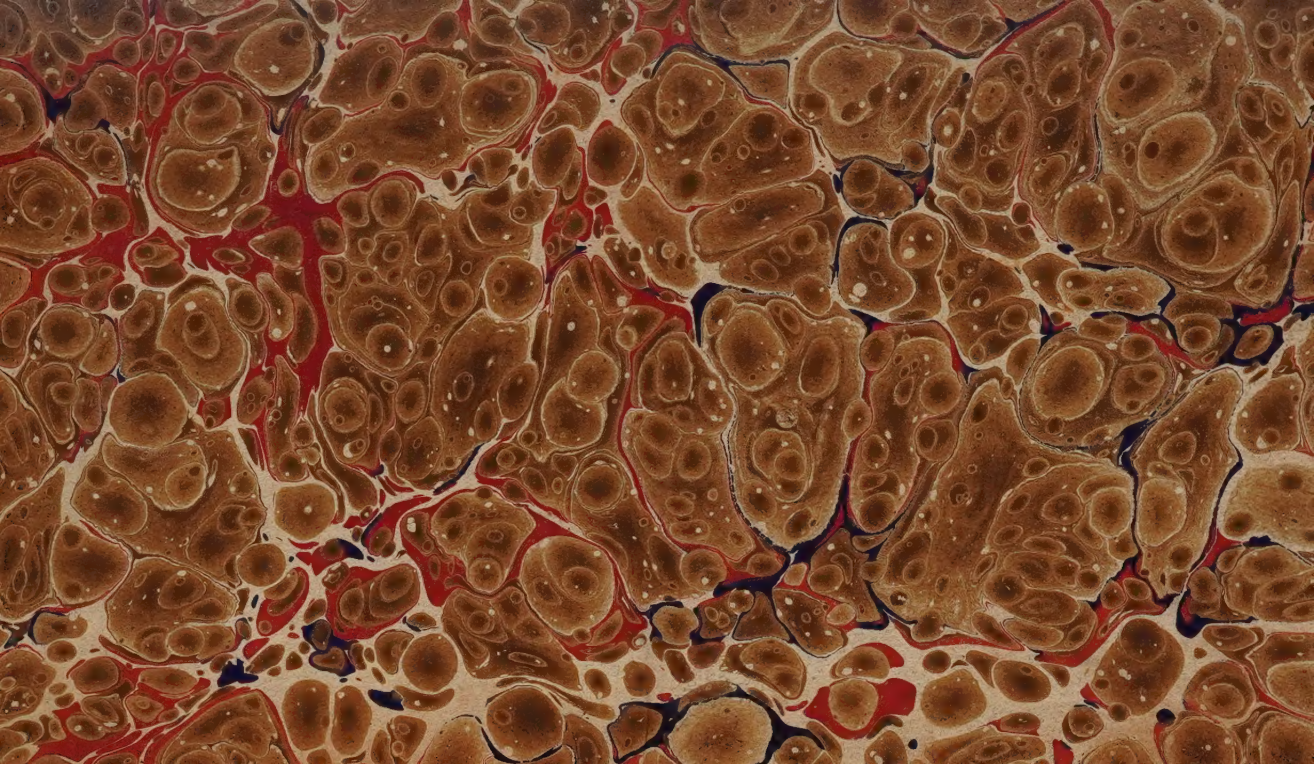
ÍNDICE.

TERCERA PARTE.

PRUEBAS EXTRÍNSECAS.

CAPÍTULO I.—Prólogo. . . . . *Pág.* 3
CAPÍTULO II.—Jesucristo. 19
CAPÍTULO III.—Los Evangelios. 62
CAPÍTULO IV.—Las Profecías. 111
CAPÍTULO V.—Los Milagros. 201
CAPÍTULO VI.—Establecimiento del Cristianismo. 262
CAPÍTULO VII.—Frutos del Cristianismo. 296
§ I.—Frutos del Cristianismo en el órden moral. 297
§ II.—Frutos del Cristianismo en el órden intelectual. . . 311
§ III.—Frutos del Cristianismo en el órden social. 335
CAPÍTULO VIII.—Estabilidad del Cristianismo en la perpetuidad de su constitucion católica. 353
CAPÍTULO IX.—Conclusion. 378
CAPÍTULO X.—Resúmen. 403

FIN DEL ÍNDICE.



239
N51 Vol. 3
Nicolas, Auguste
AUTHOR
Estudios Filosoficos Sobre
TITLE El Cristianismo.

DATE LOANED	BORROWER'S NAME	DATE RETURNED